ENCANTAMIENTO Y MAGIA

ARTURO CASTIGLIONI

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

CASTIGLIONI
ENCANTAMIENTO Y MAGIA

Esta obra sobrepasa los linderos sugeridos por su título, escueto pero revelador: se trata de uno de los capítulos más azarosos en la historia del pensamiento del hombre: sus aventuras en la eterna búsqueda de la cura para sus males, cuando aún el razonamiento y la experimentación no habían logrado los resultados que hoy conocemos en la ciencia y tecnología.

La psicosis, individual y colectiva, forma el núcleo del libro. A partir de la actitud mágica del hombre ante un universo que lo intimida y lo acongoja, Castiglioni examina los esfuerzos por lograr la ayuda de lo sobrenatural y lo milagroso. Y en el ameno desfile de tales intentos se pasa revista prácticamente a todos los sistemas ideados para prever, y quizá modificar, las líneas del destino; esto es, para escapar a las constantes amenazas cósmicas y dirigir, en propio beneficio, las fuerzas desconocidas que rigen el corto tránsito de la vida.

Aparecen, así, los tanteos, las pruebas y fracasos —en ocasiones algunos triunfos milagrosos— en el intrincado camino que, a la larga, nos condujo a la astronomía desde la astrología, a la química desde la alquimia, a la medicina racional desde el curanderismo: a la ciencia. . . desde la magia. Mas el encantamiento, la fascinación —la magia, digámoslo claro— no han sucumbido aún; es más: con frecuencia renacen y, como por ciclos, perviven en casi todos los rincones de la Tierra y en las más variadas formas y posturas, manifiestas en el impulso interminable que ha llevado al hombre de todas las épocas a recurrir a los últimos refugios del espíritu, aquellos que yacen más allá de los cinco sentidos clásicos.

El doctor Arturo Castiglioni, médico, viajero incansable y constante investigador —trabajó más de cincuenta años para esta obra y para una magnífica *Historia de la medicina*— fundamenta su sagaz estudio en las investigaciones de Frazer, más tarde ampliadas por Freud y Jung. A ello agrega su experiencia personal y la compulsa técnica de una bibliografía selecta (desde *De lamiis et phitonicis mulieribus* (1489), *De secretis operibus magiae* (1542) y *De oculta philosophia* (1651), hasta las obras ya modernas).

La lectura de ENCANTAMIENTO Y MAGIA, de Arturo Castiglioni, es ya, en sí misma, una aventura de fascinacion, un arte de magia. . .

PORTADA: SIGNUM, S.A.

Sección de Obras de Antropología

ENCANTAMIENTO Y MAGIA

ARTURO CASTIGLIONI

ENCANTAMIENTO Y MAGIA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México

Primera edición en italiano, 1934
Primera edición en inglés, 1946
Primera edición en español, 1947
Segunda edición en español, 1972

DS
BF 1589
C 35
1972
M-24B207

FL-106350

DS
BF1589
C35
1972
M-000157011

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
BIBLIOTECA

Traducción de
Guillermo Pérez Enciso

Esta obra fue publicada en Milán, 1934, por la casa A. Mandatori, con el título de *Incantesimo e magia*, y en Nueva York, 1946, por Alfred Knopf, con el título *Adventures of the Mind*.

D. R. © 1947 Fondo de Cultura Económica
Av. Universidad 975, México 12, D. F.

Impreso en México

A mis nietos
Fabrizio, Florence, Doris
y Gerardo,
con amor y esperanza

FL-106350
FL-31795

PREFACIO

En estas páginas he recogido los resultados de mi experiencia y observaciones durante cincuenta años dedicados a estudiar la medicina y su historia, a viajar por diferentes países y a enseñar a estudiantes de distintas naciones.

Al revisar la historia de los sufrimientos de la humanidad y los esfuerzos por restaurar la salud, ciertos hechos me impresionaron de un modo particular. En primer lugar y de modo evidente, la existencia, en todos los pueblos, de una firme creencia y de una constante apelación a lo misterioso, a lo sobrenatural, a las fuerzas mágicas, cuyo poder se sostiene no sólo en la fe inconmovible, sino que se afirma por observaciones imparciales. En todas las épocas se recurre a la necesidad del milagro: de las curas milagrosas, aunque en formas diferentes. Esta necesidad la inspira el deseo de evasión y, directa o indirectamente, origina todas las prácticas mágicas. Éstas se encuentran por lo general relacionadas, especialmente en los tiempos de epidemias, guerras, hambres u otras catástrofes sociales, con poderosas sugestiones individuales y colectivas y con frecuencia con disturbios mentales también individuales o colectivos.

Todos los mitos, desde el del Sol en los pueblos primitivos hasta el mito político de la raza superior, han tenido un papel decisivo en la historia de la humanidad. Estas sugestiones de masas toman algunas veces el aspecto de psicosis colectivas y en todas ellas juegan un papel importante los hechiceros, los magos, los sacerdotes de todas las religiones y los dirigentes que ejercen una influencia trascendental sobre la mente.

Para el médico y el historiador presentan gran interés las analogías existentes entre ciertas perturbaciones de la mente colectiva y ciertas notas características en el curso de las enfermedades epidémicas. Entre ambas formas de disturbio social, las epidemias y las trágicas aventuras colectivas de la mente, existe una analogía innegable en algunas de las condiciones que aparecen con el origen (miasma, malaria; por ejemplo, el aire contaminado de los antiguos, el medio social y económico anormal y desfavorable en la concepción moderna), con el modo de contagio (a través de infección directa o por medio de un transmisor) y con las consecuencias. El renacimiento de las antiguas supersticiones y de las prácticas mágicas, la rebelión contra las leyes morales, el odio violento y la persecución de minorías, son fenómenos permanentes.

Simultáneamente o siguiendo a estas manifestaciones, el senti-

miento de frustración y el deseo de evasión se dirigen, en ocasiones, hacia la propia destrucción y aniquilamiento, bajo la realización de hechos incidentales, difíciles de identificar. Aparece un ansia de destrucción que puede culminar en epidemias de suicidios colectivos y que recuerda desarrollos análogos en el curso de psicosis individuales. La espera de un fin catastrófico es evidente, por ejemplo, en las psicosis colectivas del año 1000, cuando se había predicho el fin del mundo; después de la plaga de 1300, en los episodios de los Flagelantes; en los suicidios en masa de Magdeburgo, en 1520, cuando los astrólogos habían predicho un diluvio inminente; en la tal llamada revolución de las back-landers *en el Brasil; y más frecuentemente en el anhelo de los fakires indios por infligirse torturas. Es el depresivo miedo maniático el que incita a la destrucción y a la muerte como una vía de escape. La "honorable muerte" de los japoneses se incluye entre estas manifestaciones.*

Uno de los acontecimientos más importantes en el estudio de la enfermedad y de sus causas aparece en los tiempos recientes y se encuentra íntimamente relacionado con estos hechos. Desde hace cincuenta años se acepta generalmente que el laboratorio es, o puede ser, capaz de dar una respuesta correcta a los problemas relativos al origen y al curso de las enfermedades. Aunque la evidencia microbiológica y bioquímica es un factor prominente en la explicación de estos problemas, y puede serlo aún más, no ofrece una solución satisfactoria de ellos. Esta convicción ha dado lugar a una nueva valoración de algunos factores que se habían menospreciado. La disposición constitucional de los individuos y de los grupos, cuya importancia la subrayó Hipócrates, juega un papel sobresaliente.

El papel que pueden tener los factores físicos y la sugestión ha sido destacado en tiempos recientes. Esta corriente de pensamiento, en la cual la doctrina de Freud y su escuela tienen una huella indeleble, ha subrayado la importancia de los estudios generales de la psicología de los pueblos primitivos y no cultos. La comprensión de la mente de las generaciones pasadas tiene gran importancia en la actualidad, al igual que el conocimiento de la mentalidad infantil para la comprensión de la mente del adulto. Así como la historia de la vida del niño ha aclarado muchos problemas concernientes al origen de los desórdenes mentales del adulto, un estudio de la evolución de la mente en el pasado puede dar luz en las trágicas aventuras de nuestro tiempo.

No hay duda que los acontecimientos que han puesto en peligro nuestra civilización pueden considerarse desde un punto de vista psicológico. ¿No será posible que el tratamiento de los desórdenes mentales colectivos coincida con los mismos principios que han con-

ducido a éxitos tan importantes en el campo de las enfermedades epidémicas? Las condiciones saludables del medio y la nutrición, la educación de los niños en las prácticas higiénicas, el aislamiento de los contagiosos, el control de los focos de infección, la protección de los individuos menos resistentes, el mejoramiento de las condiciones generales, principalmente las sanitarias, no tanto en la lucha contra los gérmenes —los que no pueden suprimirse de un modo definitivo—, sino en el incremento del poder de resistencia del individuo y del grupo y su adaptación al medio, todas éstas han sido medidas que han logrado disminuir las enfermedades y aumentar la duración de la vida. Han alcanzado un éxito que las antiguas y enérgicas medidas legislativas no lograron alcanzar.

Cuando se estudian sus orígenes, algunas de las causas y de modo especial los factores psicológicos, se encuentra una analogía entre los trágicos acontecimientos sociales que han puesto en peligro de muerte a la sociedad y las grandes enfermedades epidémicas del pasado. Si es verdad que difieren en extensión y en intensidad más que en su carácter esencial, ¿no es posible que el psicólogo, el educador, el "médico de las almas", obtenga idénticos resultados a los tan brillantemente alcanzados en el campo de las organizaciones de sanidad pública? ¿No justifica esto la creencia de que si la inmunización por el aumento de las resistencias de la salud, el control más riguroso sobre los focos de infección y la creación de una sanidad racional, han obtenido éxito en la lucha contra las epidemias, los mismos medios puedan ser los factores principales para eliminar o al menos reducir las enfermedades epidémicas de la mente? ¿Acaso la contaminación del espíritu público no juega el mismo papel en las trágicas aventuras de la mente, que juega la contaminación de los alimentos o del agua potable en la transmisión de la tifoidea o de la disentería?

No es propósito de este libro presentar una historia cronológica de los acontecimientos que pueden explicarse en conexión con las causas psicológicas; esto supondría escribir de nuevo la historia de la humanidad. Este libro —una parte del cual se publicó en Milán (Mondadori, 1934), bajo el título Incantésimo e Magia, *es un ensayo de exposición de algunos hechos históricos que parecen tener un carácter común en sus orígenes, desarrollo y consecuencias, sin pretender que las causas psicológicas sean las más importantes, ni mucho menos que sean las únicas determinantes.*

Deseo expresar mi agradecimiento más cordial a mi viejo amigo el doctor Paul Ferden, por su invaluable ayuda y por sus benévolas sugerencias y críticas.

Conozco que sólo puedo aportar una pequeña contribución a la

discusión del problema. Pero al escoger algunas de las aventuras más importantes de la mente en pueblos diferentes y épocas distintas, he procurado mostrar las acciones permanentes de algunos de sus factores, la analogía entre fenómenos aparentemente distintos, sus orígenes, desarrollo y consecuencias y la necesidad de una defensa similar contra sus amenazas.

ARTURO CASTIGLIONI

Universidad de Yale, Enero de 1946

PARTE PRIMERA

EL MUNDO MÁGICO

I

LA MENTE HUMANA ES AVENTURERA

1. Fondo necesario

La mente humana es, como dice Santayana, curiosa, aventurera y redundante. Se esfuerza por levantar el velo del misterio, por encontrar protección y defensa, por huir de la amenaza y del peligro y por lograr el placer y el bienestar, en la forma más deseable por el momento. Al niño lo anima, sobre todo, el deseo de comprender lo ignorado e ignoto, las cosas extrañas e inexplicables que se encuentran fuera de su percepción inmediata y de su fácil comprensión. El hombre joven es incitado hacia la aventura heroica y sensual e incluso hacia la sentimental y romántica, por el impulso derivado del apetito de sus sentidos. El hombre adulto, en la madurez física e intelectual, que ha alcanzado la etapa en que la vida parece sólidamente fundada, vive o trata de vivir razonablemente, debido a que lo requiere su seguridad personal, y la de sus seres queridos, así como la preservación de todo lo que posee. Pero conserva todavía el deseo de la aventura, que puede tomar diferentes caminos, aventura política o erótica, o manía. Tal vez la capacidad e interés por la aventura sea el índice más destacado de la permanente vitalidad o de la agilidad de la mente. La aventura infantil se orienta hacia las cosas nuevas, extrañas o peligrosas, y la limita la percepción del peligro o la voluntad de los familiares o de los maestros. La aventura del adulto en busca del placer o del poder, formas de evasión las dos, se encuentran frenadas por las leyes morales o sociales, por la opinión pública y por el miedo a la sanción.

Los factores externos que determinan las grandes aventuras sociales o colectivas son aquellos que ejercen su influencia simultáneamente en la masa de los individuos que constituyen una sociedad organizada o no. La herencia y el medio juegan, en primer lugar, un papel en la producción de las condiciones físicas y en consecuencia en la disposición de la mente. Intervienen, además, otros factores que agravan o amenazan las condiciones de vida, sugiriendo la necesidad de una evasión y llevando a cabo esta sugerencia por la vía que se ofrezca más fácil o aceptable. Los fenómenos meteorológicos, los terremotos e inundaciones, las epidemias y las guerras, se encuentran entre estos agentes. Los magos y curanderos milagrosos, los soñadores y visionarios, los jefes o aquellos en quienes se suponen po-

deres sobrenaturales, devienen caudillos en estas aventuras y determinan su sentido. En ellas puede jugar un papel decisivo todo aquel que sea capaz de comunicar a los individuos o a la masa la esperanza o la fe en un éxito, que de otro modo aparezca como una quimera.

En primer lugar, la aventura puede realizarse dentro de los límites de las leyes éticas, morales o sociales, proporcionar un impulso colectivo para una nueva organización económica, para el intento de formar una estructura social mayor, más amplia y más justa, en que el poder y el bienestar, los deberes y los derechos, estén equitativamente distribuidos. La aventura puede, en segundo lugar, desarrollarse en las revoluciones políticas y sociales y cambiar el orden de las cosas. Finalmente, por motivos diferentes y distintas influencias, puede llevar a tentativas colectivas y subvertir un orden establecido que se considera dañoso o fatal.

En los periodos de depresión económica, seguidos de graves sufrimientos, cuando la facultad crítica aparece disminuida o distintamente orientada, surge la necesidad emotiva de imprimir nueva dirección a las ideas. Entonces es cuando, como una influencia colectiva, ética y constructiva, la concepción religiosa señala todos los caminos físicos y espirituales, de salvación y de curación milagrosos, y todas las tentativas de concentrar las facultades emotivas hacia la aspiración única de una vida mejor sobre la Tierra. Y cuando esto no parezca posible se orienta la aspiración hacia la otra vida, hacia el "Más Allá", que ofrece una justa recompensa como premio a todos aquellos que han sufrido y un eterno castigo a los pecadores. De otra parte, se encuentran tentativas antitéticas y antisociales de aventuras revolucionarias: el alzamiento del Anticristo contra el Mesías, una alianza con las fuerzas malignas, cuando la ayuda recibida de la fe religiosa o de las leyes morales o sociales parece insuficiente. Entonces surge la magia diabólica, el pacto con el demonio, y toma un infinito número de nombres y un infinito número de formas. Representa la tentativa por subvertir todos los principios morales, por agredir a todo orden constituido y por destruir a los individuos o grupos de individuos, familias, clanes o grupos étnicos, razas o clases sociales, que aparezcan como un obstáculo para este nuevo programa. De aquí cobra fuerza, finalmente, la idea de una raza superior o de la discriminación racial, es decir, un intento de imponer una nueva ley creada por motivos egoístas, egocéntricos y antisociales, en lugar de la existente con anterioridad. Algunas veces, la batalla trágica y violenta contra el orden de cosas estable y progresivo que constituye nuestra civilización se desenvuelve de esta manera.

La historia de las diversas aventuras de la mente puede compararse con la vida de un río que en condiciones normales corre bañando y fecundando las riberas creadas por él a través de los siglos y que el hombre ha reforzado en defensa de las tierras que cultiva. De pronto el río, por causas varias, puede desbordar sus orillas, pero aun esta inundación, si es oportunamente frenada y sabiamente dirigida, puede ser fuente de fecundidad. Mas si en la crecida rompe sus barreras y sus diques, destruye en corto espacio de tiempo el producto de un largo y paciente esfuerzo, y esas mismas fuerzas que fueron creadoras y fecundadoras se transformarán en una fuerza violenta y trágicamente destructora.

2. La mentalidad del hombre primitivo

Es necesario destacar aquí que, de acuerdo con las diferentes condiciones de vida, del medio, de la educación o de extrañas influencias, la evolución de la mentalidad del hombre primitivo no puede considerarse como siguiendo un curso único. Existen muchas diferencias fundamentales entre los modos de pensamiento y de acción de las primitivas tribus indias de América y las existentes entre las de Polinesia o de otras regiones. Creemos, no obstante, que una cierta corriente de pensamiento puede identificarse con características comunes, especialmente en la apreciación de los más decisivos hechos del nacimiento y la vida, de la enfermedad y la muerte. Hemos procurado escoger y citar algunos entre los muchos ejemplos que muestran estas características generales de la evolución de la personalidad y de la conducta social de los grupos. En la consideración del problema de la vida y la muerte y en los esfuerzos por crear una defensa o una evasión se encuentra una correlación, y a veces una analogía, entre la concepción del hombre primitivo y la del moderno. El dolor, el miedo, la esperanza, determinan siempre la misma reacción en el paciente y en todos los tiempos constituyen la causa fundamental de la espera del milagro y de la orientación hacia lo mágico.

"Hechicería" y "magia" son términos usados en el más amplio y variado de los sentidos para indicar ideas y prácticas, impresiones y ritos, hechos invocados y deseados, temidos o aborrecidos, acontecimientos maravillosos, extraños e inexplicables, que van desde los ritos simbólicos de los antiguos al sortilegio de la pitonisa, de la impresión en nuestro ánimo de una sinfonía a las virtudes terapéuticas de la sugestión, de la fascinación provocada por la pura belleza femenina al truco del prestidigitador. Es necesario reconocer que no hay nada en la vida de la naturaleza y en la historia de la humanidad que no presente un toque de encantamiento, que no esté penetrado por una magia sutil. La definición exacta de estos con-

ceptos, la precisión de sus orígenes y su significación constituye uno de los más difíciles problemas.

Desde los tiempos más antiguos, los estudiosos, los curiosos, los creyentes y los escépticos, han encarado este problema e intentado resolverlo desde diversos puntos de vista. Desde el emotivo o religioso, desde el artístico o literario y desde el analítico o analógico, examinando siempre sus manifestaciones externas y tratando de captar su significación. Las conclusiones han sido de lo más variado y con frecuencia enteramente contradictorias: unos admiten los hechos sin crítica alguna o los niegan sin discernimiento; otros proclaman la magia omnipotente en todas sus formas, mientras que otros más la consideran simplemente una colección de imposturas o de manifestaciones morbosas. Todos los aspectos individuales y todas las manifestaciones de la magia han sido examinados, interpretados y juzgados miles de veces y casi siempre de modo diferente, según las opiniones del autor, y, sobre todo, de acuerdo con las direcciones del pensamiento y las concepciones científicas de la época.

En la actualidad creemos que, con vistas a comprender la significación o alcance de una idea o grupo de ideas, es necesario indagar los orígenes de ciertas orientaciones del pensamiento en los gestos, sonidos, formas u otras expresiones por medio de las cuales el hombre primitivo expresa su reacción a una impresión o percepción. Estas reacciones ocurren cuando el hombre apenas comienza a aparecer en el escenario de la Historia y cuando su individualidad física, psíquica y social, lentamente se va dibujando y adquiriendo una forma definida.

Todo lo que nosotros sabemos de los acontecimientos que ocurren en la superficie terrestre no es más que un fragmento de la más reciente historia de la especie humana. Del hombre que vive durante cientos de miles de años en este planeta conocemos apenas, episódicamente, la historia de ocho o diez milenios y con los pocos restos que poseemos de los tiempos más antiguos podemos reconstruir sólo unos fragmentos de historia. Sin embargo, de lo que podemos deducir en torno al modo de pensar del hombre primitivo, cabe suponer la existencia de ideas y concepciones que, a pesar de ciertos cambios y aparentes mutilaciones, se encuentran presentes en la mente del hombre moderno.

Las inscripciones más antiguas, trazadas en las paredes de las cavernas que guarecieron a los primeros habitantes de la Tierra, ofreciéndole amparo de las inclemencias de la intemperie y de las bestias, expresan una asociación de ideas que es completa, si bien sencilla, así como una cierta habilidad al trasladarlas a la forma gráfica. Sin embargo, es evidente, sin duda, que lo que nosotros estamos acostumbrados a considerar los primeros restos de toda civilización son el resultado de un período de formación que abarca muchos miles de años. Del mismo modo las pinturas, los instrumentos primitivos, las armas, los utensilios domésticos, las tumbas y los toscos monumentos de piedra atribuidos a las épocas prehistóricas representan, en realidad, el resultado de un proceso ya avanzado, de una evolución extremadamente lenta.

Estos dibujos y objetos y estos restos de acontecimientos y actitudes de la vida y la muerte del hombre primitivo constituyen documentos preciosos que nos permiten seguir, al menos hasta cierto punto, la orientación del pensamiento en sus primeras manifestaciones organizadas desde las más remotas épocas y nos indican, a veces, sus orígenes. Pero para nuestros propósitos, debe atribuirse su mayor valor a las huellas indelebles que los acontecimientos de la historia humana han impreso, desde los tiempos más lejanos y por medio de múltiples fenómenos, determinando, acelerando o frenando la evolución de la humanidad, en la mente del hombre de hoy.

Podemos alcanzar a descubrir la individualidad psíquica del hombre primitivo, no siempre fácilmente reconocible, al interpretar estos residuos que afloran, como veremos, sólo o especialmente bajo determinadas circunstancias, al igual que esos depósitos prehistóricos que surgen a la superficie cuando alguna parte de la Tierra sufre un profundo sacudimiento.

Desde los exhaustivos y documentados estudios de Freud y de su escuela, no hay ninguna duda que los acontecimientos afectivos que van seguidos de impresiones dejan una profunda y duradera huella en el individuo, aun cuando le ocurran en su infancia, cuando es incapaz de razonar, permaneciendo después perdida la memoria de los acontecimientos mismos. Un número de hechos pueden indicar cuándo los fenómenos idénticos se consideran buenos para la colectividad, la cual necesariamente obedece a las mismas leyes que rigen la vida de sus componentes. Las investigaciones históricas y paleontológicas más recientes han demostrado, irrefutablemente, que los cuentos más antiguos de extraños sucesos y seres no pueden considerarse por más tiempo en calidad de leyendas fantásticas, como lo habían sido hasta hace poco.

En todos los pueblos primitivos se encuentran concepciones que señalan la existencia de un tipo biológico humano bastante distinto de aquel cuyos restos hemos conservado. En todas partes se encuentra la tradicional creencia en un ser bisexual, hermafrodita. Todos los pueblos primitivos imaginan al hermafrodita como una divinidad suprema que regula las leyes de la vida y de la muerte. En la tradición hebraica contenida en el libro de Zohar se señala la antigua

creencia en el primer ser humano bisexual. Este anhelo de una bisexualidad mágica, mística y sobrenatural, mantenido a través de los siglos, tiene su origen probable en la bisexualidad fisiológica y psicológica de la raza humana.[1]

Las leyendas del Diluvio, de la Atlántida, de la presencia en la Tierra de reptiles y cuadrúpedos enormes y monstruosos, de gigantescos pájaros; las historias de batallas titánicas entre grotescos animales, y de extrañas metamorfosis, representan evidentemente el recuerdo real, condensado por el tiempo, de los hechos ocurridos en la prehistoria. Dado que estos hechos tienen su lugar en la historia, dado que conocemos la existencia de un diluvio, de animales gigantescos y de metamorfosis biológicas, es natural que el hombre que atestigua estas cosas y transmite su recuerdo ocupe también su lugar en la historia.

Los mitos son un producto necesario de la mentalidad infantil, al igual que la de los pueblos primitivos. Se originan como una evasión hacia el campo de lo mágico, como una explicación aparentemente aceptable, como una esperanza de salvación. Esto explica la existencia de mitos universales tan bien conocidos como el de la serpiente que debido a su misteriosa apariencia, a su extraña forma de vida, a la fría viscosidad de su piel y al veneno mortal de sus colmillos, desde tiempos prehistóricos ha sido objeto de terror y adoración. Acaso sea la serpiente la primera criatura considerada como un milagroso remedio, venerada en los templos de Grecia y en los de Nínive, en África y en Polinesia, la India y Egipto: adorada por temor y con la esperanza de propiciársela. Esto se aplica igualmente a los mitos de la astrología y de la alquimia, así como a los mitos actuales del superhombre o de la raza superior.

3. El niño y el hombre primitivo

En ciertas épocas y bajo determinadas circunstancias o en contacto con ciertos estímulos, los recuerdos de hechos y criaturas de los primeros días surgen de nuevo a la superficie desde las profundidades en que aparentemente estaban sumidos. Al igual que las impresiones y sensaciones de la primera infancia, o su recuerdo, inesperadamente, sin ofrecer ninguna razón aparente, retornan a la conciencia del hombre maduro, de igual modo, por motivos no siempre discernibles, el recuerdo de las ideas de la primitiva vida de la humanidad reaparece en el pensamiento colectivo.

[1] Una contribución interesante a este tema se encuentra en la obra de Windhuis: *Der Zweigeschlechter-Wesen.*

La explicación puede ser simple y clara, tal vez por medio de un ejemplo de la vida biológica del individuo. Sabemos de modo cierto que una mínima cantidad de substancia tóxica introducida en la sangre de un niño durante su vida uterina es suficiente, no sólo para modificar profundamente durante toda su vida la calidad de su sangre, sino que también determina cambios en los órganos y los tejidos y le crea una predisposición para ciertas enfermedades y lo inmuniza para otras. La infección sifilítica en el útero determina, para toda la vida del individuo, una condición en la cual es posible que la enfermedad pueda volver a manifestarse muchas décadas después de la infección y al mismo tiempo lo inmuniza contra una nueva infección en que la enfermedad pueda aparecer. Podrían citarse numerosos ejemplos similares.

Igualmente sabemos que una fuerte impresión ocurrida durante la primera infancia, que había producido un fuerte choque afectivo, un traumatismo psíquico, aunque pase desapercibido, es suficiente para modificar la mente de la persona y para causar manifestaciones patológicas muchos años después. En este sentido es en el que Freud señaló el origen de algunos elementos en los síntomas de las psicosis.

Es, pues, reconocido el hecho de que analógicamente los fenómenos biológicos ejercen su influencia a través de muchas generaciones, tanto por lo que respecta a la vida física como a la evolución mental. Debe considerarse un error el querer limitar esta transmisión a los hechos considerados como patológicos, ya que es evidente la transmisión de generación en generación de disposiciones constitutivas como resultado de leyes en gran parte desconocidas.

La historia de la colectividad refleja la historia del individuo, al igual que la historia del individuo repite, en un círculo más restringido, la historia de la especie. Los grandes acontecimientos que afectan a la humanidad en los primeros tiempos de su vida y la lucha feroz contra la intemperie, contra los animales más fuertes que el hombre y contra los infortunios, han moldeado el cuerpo humano y, al mismo tiempo, su mente de un modo determinado, haciéndolo más sensible a ciertas influencias, más refractario a otras, disponiéndolo para contraer disturbios en las funciones mentales y ciertos contagios de ideas, e inmunizándolo contra otros. La historia de las epidemias mentales muestra una estrecha similitud con la historia de las epidemias de enfermedades contagiosas. De hecho, las enfermedades contagiosas padecen, a través de los siglos, ciertas transformaciones en sus manifestaciones, a través de las modificaciones de las características físicas del hombre y de los cambios del medio ambiente. En el transcurso de las generaciones el hombre puede llegar

a ser inmune. Es manifiesto que el hombre de nuestra época está menos expuesto a la lepra que el hombre de los tiempos antiguos, así como también es conocido el hecho de que ciertas enfermedades han perdido su virulencia.

Otro hecho nos conduce a la misma conclusión. Así como en la infancia de la persona encontramos ciertas expresiones, gestos y conceptos que pueden aparecer en adultos de desarrollo retrasado o detenido por causa de accidentes externos o por defectos hereditarios o de constitución, así encontramos en los pueblos primitivos o salvajes, que no tienen contacto con la alta civilización, manifestaciones y conceptos que son probablemente idénticos a los de nuestros más remotos antepasados: las mismas causas conducen a las mismas reacciones. Empleamos prudentemente la expresión "probable", debido a que no se puede tratar de una identidad material y objetivamente comprobada, y porque hechos incontrolables han afectado lentamente, y algunas veces profundamente, el medio ambiente, a pesar de aparecer cerrado e impenetrable.

Esto explica el hecho de que en leyendas, cuentos y creencias y supersticiones populares de todas las razas humanas, que viven en los climas más varios y bajo las condiciones más distintas, se han conservado concepciones comunes que las relacionan con su remoto y común origen. En algunos casos estos orígenes se han perdido irremediablemente, como ocurre con ciertas ideas, expresiones y lenguas; el vasco y el etrusco, por ejemplo, cuyos orígenes es ya imposible descubrir, debido a que se han perdido ciertos eslabones de la cadena.

La fantasía se presenta como la primera y más fácil evasión de la realidad de la vida. Cada uno de nosotros se conforma a sí mismo imaginándose satisfacciones y alegrías o posibles actos de venganza. El niño imagina la venganza contra su maestro, el hombre contra un juez o policía. Si las malas noticias lo irritan o entristecen, siente el inmediato deseo de vengarse también en el hombre portador de las malas nuevas e instintivamente reacciona contra el objeto mismo, la carta o telegrama, antes de vengarse en la causa de los hechos. Esto explica la facilidad con que se sugestiona contra personas o grupos, como los judíos; o contra la democracia, el capitalismo o el bolchevismo, etcétera, hecho que se presenta en todos los tiempos.

4. La llamada del pasado

Ciertas concepciones y conducta del adulto que aparecen como extrañas, irrazonables y algunas veces monstruosas, pueden encontrar explicación comparándola con los actos de individuos afectados de

enfermedades mentales, las que casi siempre son desviaciones en el desarrollo; o por un examen a fondo de la mentalidad infantil y sus manifestaciones, encontrando el origen de las ideas con quien estos actos se conexionan. Para los observadores de la evolución mental de los pueblos primitivos aparece con claridad el absoluto contraste entre el origen de las ideas, gestos y acciones de un hombre perteneciente a una civilización varias veces milenaria y la civilización misma. Esta explicación se apoya en las condiciones que han determinado los traumas psíquicos y físicos que estos pueblos han sobrellevado. Así aparece fácilmente, conociendo la historia del totemismo, la razón de la persistencia de ideas como la del animal heráldico y del nahual: el lobo, el águila, el toro, el león, etcétera, que se encuentran en los escudos de armas y parecen representar las tradiciones e ideales de un pueblo en una época en que ocurren las más violentas competencias y luchas. Así, también, se podría presentar infinito número de ejemplos de casos aparentemente antitéticos por el hecho de que dos o más fases de la historia de la especie humana han sido colocadas la una al lado de la otra sin que el trazo de conexión histórica sea visible.

La tierra, madre de la humanidad, origen de la vida y cuna de todas las especies vivientes, conserva celosamente todo lo que le ha sido depositado, lo que puede conservarse, desarrollarse y transformarse, de acuerdo con las condiciones de la tierra misma, del clima y del medio. Una cierta calidad de tierra, de arena, arcilla, etcétera, conserva intactos los huesos, las armas, la arquitectura, mientras que otras los alteran y transforman en nuevas formas de vida de modo que no son fácilmente reconocibles si sobreviven a la metamorfosis. De este modo la mente humana conserva, alteradas o inalteradas, pero siempre vivas, las huellas que le han sido confiadas. La mentalidad primitiva, expuesta a escasas influencias externas, conserva las impresiones antiguas casi en la superficie, al igual que ciertos terrenos depositan los restos de las civilizaciones primitivas bajo una ligera capa de arena, fácilmente reconocible para un ojo observador. En algunas regiones que poseen una feroz y gloriosa historia de guerra y civilización y de destrucción y reconstrucción, la tierra y el clima han favorecido una vegetación tremenda y exuberante. En estos casos sólo con una larga y perseverante búsqueda, eliminando la superestructura y la vegetación, sacrificando las últimas ruinas, se puede llegar a captar la luz que la historia ha tenido sepultada en las profundidades de la tierra. Finalmente, otros terrenos han absorbido y destruido las antiguas formas, transformándolas en alimentos substanciales para los gérmenes depositados por el viento, y la vida del pasado revive en una nueva forma, a la que ha dado un valio-

sísimo sustento. Este es el caso, por ejemplo, de las civilizaciones superpuestas de Roma o de las que afloran en las desiertas arenas de Egipto.

Tal fenómeno nos permite pensar que es posible relacionar monumentos de las antiguas civilizaciones con el arte más moderno y encontrar contactos que de otra manera buscaríamos en vano. Así podemos explicar ciertas manifestaciones de nuestra mente que aparentemente son irreconciliables con el presente grado de evolución. Esta convicción va dirigida hacia aquellas ideas, que aunque en apariencia sepultadas, todavía viven en nosotros. Estas ideas vuelven a la superficie por razones análogas a las que determinan la reaparición de los monumentos desaparecidos de las antiguas civilizaciones. Estos fenómenos son los trastornos que destruyen la superestructura durante un cierto tiempo, o para siempre, al igual que los trastornos psíquicos producen la disociación de la personalidad. Otros hechos, como los terrenos volcánicos, las grandes guerras y otros acontecimientos, conmueven la colectividad, derriban la superestructura, y reducen el cuerpo político a condiciones de vida análogas a las de los grupos primitivos. La paciente labor de exploración que trata de alcanzar las profundas capas del subconsciente puede revelar su presencia.

Bajo la acción de hechos análogos, o de un ambiente similar, vuelven a resurgir las ideas arcaicas o ancestrales. Esto explica el fenómeno bien conocido en los pueblos coloniales designado con el nombre de indigenismo. Los hombres "civilizados" que han vivido entre los pueblos primitivos, perdiendo todo contacto con su civilización durante muchos años, muestran analogías y algunas veces identidad con la mentalidad de los nativos. La vuelta a las ideas ancestrales deriva de la repetición de aquellos aspectos o condiciones de la vida, clima, y medio que determinó la primitiva formación. Análogamente puede darse el retorno de grupos civilizados enteros a manifestaciones similares a aquellas del hombre prehistórico o primitivo, lo que la historia registra en su curso como una consecuencia de grandes catástrofes, epidemias, hambres, guerras o trastornos telúricos que alteran la colectividad, y que es análogo a la regresión del individuo, es decir, a la vuelta a un primer estado de la evolución, lo cual se produce como consecuencia de un trauma o conmoción violenta. Cuando se destruyen las superestructuras de la civilización y el hombre, débil e inerme, vuelve a las primeras condiciones de vida, impulsado por el terror tiende a sobreestimar los peligros que lo amenazan y la exagerada necesidad de defensa lo hacen acudir a las formas de pensamiento o de acción que hacía tiempo que estaban olvidadas.

5. El principio vital

La índole característica de la mente primitiva está determinada por las condiciones externas de la vida y el medio ambiente del individuo y por su grado de adaptación. No es fácil en realidad, y en algunos casos imposible, concebir en qué forma un hombre, cuyas reacciones y percepciones difieren tanto de las nuestras, imagina la esencia de la vida. Eso que nosotros llamamos "alma" era para el hombre primitivo el principio vital, material e inmaterial al mismo tiempo, visible y reconocible y algunas veces identificable en objetos próximos o lejanos; otras veces fugaz, oculto, invisible. Este principio presenta como la nota más interesante y constatable su multipresencia, su capacidad de estar en dos o más sitios a la vez. El alma, fuerza o principio vital, puede existir al mismo tiempo en el cuerpo de un individuo, en una planta, en un animal. Podrían citarse numerosos ejemplos de este modo de pensar común a todas las razas estudiadas y observadas. Esta alma vive, o puede vivir, simultánea y sucesivamente, en todas estas entidades. Y es una conclusión lógica que la bipresencia o multipresencia, y su total presencia, supone la posibilidad y aun la certeza de su supervivencia. Esto establece la continuidad de la vida bajo otra forma y en otro lugar, es decir, en lo adjunto a todo individuo —sombra, imagen, etcétera— o en aquellas cosas que están en contacto con él y que tienen una influencia en su vida: plantas, animales, etcétera.

El principio vital, el "mana" de ciertos pueblos salvajes, puede ejercer su influencia a distancia y sobre el individuo. Interviene en los hechos más importantes de la existencia, nacimiento, enfermedad y muerte. Actúa en el embarazo, el que de acuerdo con la concepción del hombre primitivo no puede ocurrir sin la participación activa de algún objeto con que esté identificado, una planta, un fruto, un animal o una estrella. Determina todos los acontecimientos de su vida hasta el momento en que la fuerza vital abandona el cuerpo para encontrar otra sede, y siempre vive en una forma próxima al muerto, el *ka* de los antiguos egipcios, el *dschinn* de los árabes, el *fravashi* del Avesta y símbolos similares de otros pueblos.

Todas las prácticas mágicas o místicas tienden a buscar la presencia de esta alma o principio vital, ya que casi siempre se le identifica con ciertos órganos o materiales. Frecuentemente los pueblos primitivos creen que el alma reside en la grasa del riñón. El principio vital es, necesaria y esencialmente, sagrado e intangible: tabú y contiene en sí mismo las dos características contrarias de miedo y horror, respeto y deseo, las cuales, como tendremos ocasión de ver, están unidas en una serie de conceptos ambivalentes.

El hombre primitivo, debido a esta mudable residencia de su alma, es decir, de su principio vital, siente profundamente que todo lo que lo rodea forma parte de sí mismo. Se adhiere a su grupo, del cual, si acaso, llega a separarse muy tardiamente, del mismo modo que en sus primeros tiempos separaba su personalidad de la de su madre y llegaba a ser consciente de sí mismo como individuo. La muerte del animal totémico, del que toda la tribu come, es probablemente el símbolo de la separación del individuo de la tradición de la tribu. Un conflicto idéntico se expresa en la mitología del último período, leyenda de Edipo, cuando la unión a la madre se combina con la rebelión del individuo contra la autoridad paterna (complejo de Edipo). En la sociedad primitiva el individuo no existe sino como miembro del grupo del cual no es capaz de separarse por sí mismo. Siente la necesidad de defenderse de su grupo al igual que de los elementos singulares que lo atraen o repugnan, lo que parece expresar la constante ley de la simultánea atracción y repulsión, adaptación y rebelión, de todas las agrupaciones orgánicas, así como en la célula original.

6. Los vínculos y las pertenencias

En el primer período de la vida social primitiva, aun las funciones más simples y elementales, sexo, alimento, etcétera, sólo pueden realizarse en el seno de la familia o de la tribu. Sin la ayuda de otros hombres pertenecientes al mismo grupo, el hombre es incapaz de cazar y obtener el sustento, ni coger los frutos de los árboles; sin su ayuda, el hombre no puede vivir ni criar a sus hijos. Su ego no está limitado ni confinado en su cuerpo ni en su escasa e insegura conciencia individual, sino que abraza todas las cosas que lo rodean y participan en su vida, aun aquellas que después de un breve contacto con él se separan por sí mismas de su cuerpo, así como las uñas, los dientes, el pelo, las secreciones, los excrementos, las pisadas, las imágenes, el nombre, el vestido, las armas y todos los objetos que forman parte contingente y permanente de su personalidad.

Creemos necesarias unas pocas palabras sobre la importancia atribuida al pelo. Es un concepto antiquísimo el de que la fuerza vital de un individuo reside en su cabello y que cortándoselo deviene débil y flojo. De esta concepción mágica se encuentran numerosas pruebas en la Antigüedad: de aquí deriva la leyenda de Sansón, que pierde su fortaleza cuando Dalila le corta su cabellera. *Vir pilosus seu fortis seu libidinosus*, dice el proverbio latino, y en el folklore de todos los pueblos se encuentran trazas indudables de esta creencia en el poder mágico del pelo. Nesso, rey de Megara, posee una

cabellera dorada en la cual reside toda su fuerza. Cuando Megara fue sitiada por los cretenses y Scilla, hija de Nesso, enamorada de Minosses, rey de los cretenses, corta el cabello fatal de la cabeza de su padre, éste cae muerto. Una serie de pruebas de esta tradición son citadas por Frazer,* quien señala que los nativos de la isla de Amboine todavía creen que la fuerza reside exclusivamente en el pelo. Los anales de la Inquisición narran cómo el famoso inquisidor Sprenger hacía cortar el pelo a los sospechosos de hechicería y su colega Cumanus hizo pelar a cuarenta brujas antes de someterlas a tortura.

La característica más particular de la mentalidad primitiva es el hecho de que la imagen forma parte verdaderamente del individuo aunque esté separada de él: continúa viviendo su vida, sufriendo sus dolores y puede ser su substituta, de tal forma que la rotura por cualquier causa de la imagen repercute sobre la vida del propio individuo. Esto explica que entre los antiguos pueblos se dictasen disposiciones severísimas prohibiendo el uso de retratos en cualquier forma y ordenando esconder las imágenes. La misma explicación puede aplicarse a las prácticas existentes entre poblaciones salvajes, que prohíben a los exploradores fotografiarlas. Una enorme complejidad de supersticiones se conocen alrededor de los espejos. Todavía hoy, entre los pueblos civilizados, se encuentran restos de tales supersticiones en la creencia de que la rotura de un espejo es portadora de la desgracia y, así, de la rotura de un espejo se deduce un grave daño para la persona cuya imagen reflejaba. Tal vez el concepto del importante papel jugado por las imágenes aclara el origen de ciertas figuras contrahechas que frecuentemente se encuentran en la iconología de algunas civilizaciones, como las de la América precolombina. Acaso esto también explique las figuras grotescas de las deidades orientales, que evidencian la tendencia a separarse de la forma humana y que deben su origen a la prohibición de las imágenes que reproduzcan fielmente la realidad. Sobre este punto remito al interesante estudio de Roheim: *Spiegel-zauber* (El espejo mágico).

Según este concepto, todas las cosas que pertenezcan o hayan pertenecido al individuo pueden en ciertas circunstancias substituirlo, pues son como una prolongación de la propia persona. El mismo lazo liga al individuo con el grupo del que es una pertenencia y el que puede a su vez reemplazarlo con cualquier otro. Esto se confirma por medio de un rito de sangre que asevera el rígido carácter de tal ligazón. El cambio de sangre entre varios individuos del mismo grupo o el sacrificio simultáneo de víctimas humanas, los cuales proba-

* Cf. *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, 4ª reimpresión, 1969.

blemente se cambian en las últimas épocas por ritos como el de la circuncisión, constituyen demostraciones de esta concepción y son símbolos de esta pertenencia. Tal idea primitiva contiene la intuición de una verdad fundamental, como lo muestran los recientes estudios de los grupos sanguíneos, que revelan la existencia real de un parentesco biológico, objetivamente comprobado, entre la sangre de los miembros de la misma familia o grupo, lo que determina que el examen biológico de la sangre pueda excluir o admitir relaciones familiares entre ciertos individuos. La "voz de la sangre", cuya existencia sólo se admitía en la convencional fraseología romántica, debe en la actualidad considerarse como una realidad existente. En las épocas primitivas todos estos ritos de sangre tendían a crear, de acuerdo con la concepción fundamental, lazos más estrechos e indisolubles entre varios individuos, lazos que tendían a hacerse más sagrados y terribles por prácticas tales como las centradas en torno al "tabú", que comprendía a individuos o clases de individuos en un círculo cerrado e impenetrable, lo que le daba a la vinculación un carácter más estrecho.

Es necesario destacar una de las notas más importantes y características de la mentalidad primitiva: en las actividades del grupo tienen una valiosa participación todas las cosas que están en contacto con el individuo y que estrechan los lazos que lo ligan al grupo o que unen al grupo con el individuo, desde el momento en que comienza a ser hasta el momento en que deja de ser. De aquí que no existan límites para la persona en relación con el grupo, ni para las cosas en relación con la persona. En rigor, los límites de la individualidad sólo comienzan cuando el grupo se dirige hacia otro grupo, el que aparece como distante y con intereses diversos y contrarios.

De estas premisas se deriva el tipo de religión que se presume sea la primera fe existente en la humanidad: el totemismo. El grupo, movido por la necesidad de individualizarse frente a los demás grupos, siente la urgencia de escoger entre los seres vivientes aquel con quien se halla más íntimamente ligado. Lo escogido es el "tótem", el animal que constituye la posesión del grupo por excelencia, el ser del que el grupo afirma que desciende, al cual se siente estrechamente vinculado, el que puede representarlo o reemplazar y al que, a su vez, el grupo puede substituir y reemplazar. Es probable que este animal sea el más temido y del cual la colectividad desee una segura protección o que su ayuda sea necesitada, por lo cual se le atribuyen las virtudes de la fuerza, del coraje y de la astucia, que son esenciales para la vida del grupo. Es necesario decir que la anexión violenta, la captura de un ser superior es demasiado fuerte y muy peligrosa. El tótem es sagrado, no puede ser comido, no es posible servirse de él y ni siquiera puede ser mencionado. Entre las tribus primitivas solamente una vez, en un banquete común, al que asisten todos los miembros del grupo, se sacrifica el animal totémico y es comido por todo el grupo. Ésta es la forma directa e inmediata por la cual se imagina que las virtudes del tótem se transmiten a todos los miembros del grupo, concepción que, como nosotros sabemos, se repite en una forma más o menos mística en casi todas las religiones posteriores bajo la forma de la comunión de la carne y de la sangre, y en la cual, como anteriormente se señaló, se manifiesta el principio de rebelión colectiva contra la autoridad, la rebelión de las individualidades del grupo contra sus tradiciones ancestrales. Este culto primitivo, del que tendremos ocasión de hablar más ampliamente, se caracteriza por otras leyes importantes entre las que se encuentra como la más notable y de más difícil comprensión la que prohíbe las relaciones sexuales entre los miembros del mismo grupo totémico. Como una remota y antiquísima religión, el totemismo señala una etapa indeleble de la historia: el clan del búho, de la loba, del oso, son, ideológicamente, los lejanos antecesores de Atenas, Roma y Berlín, y así sucesivamente...

7. El mundo mágico

Si queremos formarnos una idea aproximada de la mentalidad del hombre primitivo y de sus notas más características, veremos que éstas derivan, como es natural, del medio ambiente, de sus condiciones de vida y de sus antecesores. El hombre primitivo se encuentra estrechamente vinculado a la tierra, de la cual apenas se destaca físicamente y a la que está firmemente unido por las raíces de su raza, por las costumbres y hábitos de su vida cotidiana, por las necesidades creadas por su existencia. Trata de establecer una unión profunda y real, que llega casi a ser mística, entre su propio ser viviente y todas las cosas que lo circundan y de las cuales se siente parte inseparable, como un partícipe obligado de todas las formas de la vida y de la muerte. Por la misma razón derivada de la evolución histórica, su conciencia de la vida no conoce el límite del tiempo y del espacio: el principio vital del individuo se identifica y multiplica con el de los animales, las plantas, las estrellas, con todo aquello con que vive en una relación continua y recíproca. La vida que siente en su propio ego vive también, simultánea y sucesivamente, en otros seres y formas, en una acción continua e ininterrumpida, debido a que su propia existencia, a causa de las circunstancias, puede dominar las otras vidas o ser dominada por ellas. De esta concepción fundamental deriva, como consecuencia, que cada elemento de esta

vida, elaborada en una compleja e infinita interdependencia, puede substituirse, entera o parcialmente, en una o en todas sus funciones, por otro elemento. Y esto ocurre en primer lugar dentro de los límites del grupo que representa el círculo de intereses más inmediato y próximo, y sólo más tarde traspone los límites del grupo. Así se explica la idea de la metamorfosis, que tal vez sea un residuo místico de remotos hechos primordiales en la evolución y la vida de la metapsicosis que deriva de esta última.[1]

De este modo el hombre primitivo vive su vida en el grupo al cual está vinculado, ligado a la tierra, de la cual escasamente se destaca por su postura erecta, en medio de los animales, de las plantas, de los sonidos, de las fragancias, de los soles y la lluvia, a los que día a día observa como algo propio y a lo que pertenece como la célula de un órgano pertenece a un complejo organismo. Su individualidad no está limitada ni definida debido a que no es consciente de ella y su vida no tiene un seguro principio ni un bien marcado fin, dado que no concibe la vida del yo desligado de sus infinitas prolongaciones.[2] En este mundo mágico todo el cosmos, todo lo que lo circunda, aparece como animado y viviente. No existe una apreciación objetiva de la realidad de las cosas. Los conceptos y la realidad son todavía idénticos. La vida y la muerte no son sino el paso a nuevas formas. Por ello en los primeros tiempos de la humanidad la mentalidad del hombre aparece al mismo tiempo como infantil y universal. No existen los límites entre lo real y lo irreal: todo parece igualmente posible, temible o adorable. Es un mundo poblado de una continua angustia, de un deseo ilimitado y de una fantasía sin fin, y en el que cada día se puede producir, para cada individuo, un cambio en la ley dictada por el temor y la necesidad de defensa. Directa e inmediatamente, el hombre siente la fascinación y el embrujo de la tierra, de las leyes antitéticas de preservación y destrucción, de la vida y de la muerte. En este mundo mágico su alma ingenua se libra a los espacios de lo ignoto.

De este conflicto en el cual se manifiesta la existencia de dos tendencias opuestas, nace la sed de liberación de la esclavitud, la necesidad de la evasión, la búsqueda del otro yo que reside en el individuo o fuera de él. Interviene la necesidad de otra vida, la admiración o adoración del que promete la protección o la defensa o la liberación

[1] La identificación del hombre primitivo con los animales o con los objetos puede considerarse una consecuencia del hecho de que para él no existen límites de la personalidad. El mundo mágico existe cuando se pierde la actividad crítica del yo, que examina la realidad de los hechos.

[2] P. Ferdern ha hecho una valiosa contribución al estudio de los límites del ego.

del dominio ejercido por un buen o mal demonio. El hombre herido o amenazado por los terremotos, los rayos, la peste o la invasión enemiga, necesita buscar protección y, cuando la ley creada y aceptada no es suficiente, busca protección más allá de la ley. Y si ésta es demasiado dura o demasiado estricta, el hombre se rebela contra ella. Así se delinean las dos tendencias fundamentales de la magia: una consiste en la búsqueda de la ayuda sobrenatural para lograr protección, es una magia social y constructiva; la otra representa una evasión contra la ley que impide toda libertad de acción y prohíbe toda manifestación del instinto y es una forma de evasión antisocial y contra la legalidad establecida.

II

EL HECHIZO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

1. La angustia de la muerte

Ningún hecho del individuo y de la colectividad ofrece mayor interés desde el punto de vista psicológico que el comportamiento del hombre en las diversas etapas de su evolución, en su modo de enfrentarse al sufrimiento y a la muerte. Nada más impresionante que el eterno drama de la batalla librada por el individuo en defensa de su vida y de su existencia contra los peligros que continuamente lo amenazan. Incitado por el instinto de conservación, lleno de terror por lo desconocido e inexplicable, presa del deseo apasionado de vivir y de saber, busca por todos los caminos libres o secretos del cielo y de la tierra las causas de la muerte. La muerte aparentemente es eludible debido a que todos los seres no parecen destinados a morir. El hombre busca en el origen de la vida la causa de este cambio que puede ser el final. Quiere defender su vida por todos los medios, proteger su existencia con los remedios más eficaces, preservarse de la muerte. Atiende a los fenómenos que acompañan a la fecundación y al principio de vida en las plantas, animales y seres humanos, y trata de lograr la protección de las estrellas que se le aparecen con plenos poderes sobre su vida y su bienestar. Trata por todos los medios de descubrir el motivo de la interrupción de la vida y supone que la primera causa sea un acto arbitrario de un agente externo. Atribuye el origen de la vida y de la muerte a todas las cosas próximas o remotas fuera del alcance de su voluntad y que él imagina que lo influyen y afectan. Cree que los animales, plantas y estrellas son cómplices o participantes en los acontecimientos de la vida y al mismo tiempo ejercen su influencia beneficiosa o maléfica: de aquí deriva la necesidad de rodearse constantemente de un sistema total de defensa, estimulando e invocando las manifestaciones benévolas y favorables y evitando o cambiando la dirección de las influencias nefastas. Nada le parece más irreparable que esta firme creencia en su poder para eliminar o vencer las causas. Porque no hay un término final en la vida, dado que los seres que parecen muertos resurgen bajo otra forma, como la mariposa surge de la oruga, como las plantas que parecían sin vida reverdecen y florecen en la primavera, como la tierra semeja muerta bajo el helado invierno pero más tarde los capullos y las flores la cubren de gloria.

Nos parece evidente admitir que para el hombre primitivo la muerte es sólo una mutación debido al hecho de que el cuerpo es abandonado por alguna cosa, bajo ciertas circunstancias y por algún tiempo, pudiendo volver a su antigua sede y reanimarla o al cuerpo de un animal, de una planta o de otra forma de la naturaleza. Tal explicación parece ser para la mentalidad primitiva la más simple y al mismo tiempo la más capaz de sobreponerse al temor de lo desconocido y eliminar el carácter trágico con que se imagina el acontecimiento de la muerte. Admitiendo como algo seguro la supervivencia, la muerte no es más que el paso de una forma de vida a otra, y todas las mutaciones y tránsitos dependen de otros individuos o de los objetos a su servicio, o tal vez de otros seres animados o inanimados que rigen los destinos del hombre. Es obvio que nuestros primitivos ancestros trataban de descubrir las causas de la enfermedad, que contiene la amenaza de muerte, así como los motivos que pueden influir o impedir el desarrollo de procesos naturales como la fecundación de la tierra, la madurez de los frutos, el embarazo, etcétera. Es lógico que se asignen estas causas a principios vitales adversos residentes en otras criaturas o contenidas en seres remotos y sus dependencias. La concepción de que la vida es una constante lucha en que logra la victoria el más fuerte de los combatientes, concepto perfecta y exactamente biológico, predomina sin duda en la mente del hombre primitivo que necesita defenderse diariamente de los peligros que lo circundan y amenazan: contra el clima, los fenómenos meteorológicos, los animales y tantos otros. . .

El mundo, como se muestra en múltiples concepciones idénticas en lo fundamental, comunes a todos los pueblos, se reconoce como el escenario en donde las fuerzas adversas están continuamente luchando las unas contra las otras: la luz y la obscuridad, el frío y el calor, la primavera y el invierno; lo bueno y lo malo, están en una guerra constante. Se obtiene una continuación mística en los hechos de la vida, que se expresa simbólicamente en el círculo mágico. El sueño es una suspensión temporal de la vida activa, un presagio de la muerte. Los sueños se presentan como una continuación de la vida bajo otra forma, en un plano que permite la comunicación y el contacto con invisibles seres distantes, con aquellos seres que prolongan su vida en mudables formas y en otros lugares. Así se consolida la concepción de la continuidad de la vida más allá de la muerte física y se constituye la idea de la coexistencia de dos almas en un cuerpo o en diferentes lugares; aunque ambas almas pertenezcan a un mismo individuo. Sin duda, el hombre primitivo está familiarizado con el desdoblamiento de la personalidad, en el enfermo, o como resultado de la acción de substancias tóxicas. Dos personali-

dades, es decir, dos almas, pueden vivir la una junto a la otra en un conflicto permanente o casual.

2. La amenaza y la defensa

En este mundo mágico domina el temor del peligro lejano y siempre próximo, sobre todo la amenaza de lo desconocido. El motivo esencial de cada acción humana es el impedir o alejar los elementos adversos, estableciendo relaciones seguras con aquellos que beneficia. Estas acciones de defensa, de seguridad ante el miedo, están sobre todo indicadas por la experiencia. Ya Plinio observaba que la concepción mágica deriva del conocimiento empírico de la medicina. En muchos casos puede identificarse fácilmente la causa del mal, especialmente en aquellos en que el hombre primitivo percibe más rápida y fácilmente los síntomas de la enfermedad. Así, en los casos de heridas el hombre primitivo conoce que para sacar una espina, extraer una flecha, soltar una cuerda, y en tantos otros, se puede encontrar la causa del mal y facilitar la curación. También sabe que muchas enfermedades son provocadas por los parásitos y animales peligrosos y que es necesario apartarse, protegerse de ellos o matarlos. Conoce el peligro que deriva de las condiciones atmosféricas, de la lluvia, de las tormentas, de los rayos y aprende a ampararse en las cavernas, bajo las hojas de los árboles, o en espacios cerrados. Es lógico que atribuya fuerza vital, volitiva y consciente, a todos los parásitos, las serpientes, la lluvia, los rayos, todo lo cual aparece como animado por la voluntad de lastimarlo o por la misión de herirlo, por encargo de fuerzas superiores. De igual modo aparecen animados aquellos seres o substancias que le son benéficas: el sol, las estrellas, las plantas, los vestidos que lo protegen, presagios que lo defienden y guían. Esta concepción animística es uno de los caminos que conducen a la magia.

De aquí deriva por simple analogía la convicción de que todas las enfermedades y desventuras, como todos los hechos favorables de la vida, dependen, directa o indirectamente, de causas análogas aunque éstas no sean visibles ni identificables. Así, por ejemplo, del conocimiento de que ciertas enfermedades intestinales son producidas por parásitos surge la creencia de que todas las enfermedades intestinales son provocadas por parásitos, aunque éstos no sean visibles. Del conocimiento de que las hemorragias son consecuencia de las heridas deriva la conclusión de que todas las hemorragias son producidas por lesiones de armas que se creen ocultas en el cuerpo. En los casos de enfermedad mental es evidente la suposición de que un ser extraño y hostil ha penetrado en el cuerpo del individuo y

actúa y habla con él o contra él. Finalmente, dadas las relaciones existentes entre los cuerpos celestes y fenómenos meteorológicos con la vida del hombre, en que estos fenómenos ejercen una influencia manifiesta (hechos de la vida femenina, inflamaciones causadas por las quemaduras del sol, enfermedades derivadas del frío y humedad, etcétera), se les atribuyen una parte activa en todos los fenómenos de la vida, de la enfermedad y de la muerte, a estos seres lejanos e impenetrables. La relación entre los fenómenos meteorológicos y los hechos de la vida normal o patológica de todos los seres vivientes en la Tierra aparece muy clara, y la primitiva concepción mágica la apoya en la experiencia. No sólo la fertilidad de la tierra, el germinar de las cosechas y el madurar de los frutos están en relación con estos factores, sino también la repetición de procesos fisiológicos en términos fijos, marcados por las estrellas (la menstruación) y hechos patológicos (días críticos, fiebres intermitentes), conduce naturalmente a buscar en el Sol, en la Luna, en las estrellas, en la lluvia y en los súbitos cambios atmosféricos la causa de esta serie de manifestaciones de la vida y de la muerte.

Estos cuerpos celestes, cuyas visibles mutaciones rigen la vida del cosmos, y que impresionan profundamente la imaginación del hombre primitivo, devienen, en esta concepción fundamentalmente correcta, los rectores de todas las manifestaciones de la vida; esto explica la importancia del mito solar, basado en la observación de las revoluciones celestes, como base fundamental de las religiones más antiguas. Son, como habíamos señalado, la estructura fundamental de la mentalidad humana, que se mantiene firme aun cuando las posteriores superestructuras, edificadas sobre la base de la razón crítica, oculten su origen. Tienen un fundamento positivo y hasta cierto punto exacto.

Se forma así, lenta y progresivamente, una compleja y a veces sistemática jerarquía de seres superiores y poderosos, tanto más fuertes cuanto más temidos, difíciles de alcanzar y de someter a la voluntad del hombre y de sus necesidades. Es una jerarquía en la cual los cuerpos celestes, y en primer lugar el Sol, ocupan los lugares más importantes. Pero cada ser, animado o no, es decir, todo lo que circunda al hombre, apreciable por los sentidos o accesible por la imaginación, tiene su lugar en ella. Los árboles majestuosos que elevan su magnífica vegetación, las altas cumbres de las inaccesibles montañas que proyectan sus vastas sombras y cortan el horizonte, aparecen ante él como un ejemplo estupendo e inexplicable de una grandeza sobrehumana e impenetrable. Los ríos impetuosos y terribles parecen conducir, en sus corrientes, infinitas promesas y desconocidas amenazas. El hombre se inunda de temor por las grandes flores de

vivos colores y perfumes embriagantes y por el veneno escondido en las plantas, por los animales que en tantos aspectos de la vida física, tales como las maravillosas metamorfosis de los insectos, la perfecta asociación de las abejas y de las hormigas, el poder de los pájaros de elevarse y volar y el de otros animales de desaparecer en las profundidades de la tierra, se muestran como superiores al hombre. Finalmente, entre los hombres mismos se manifiesta con mucha claridad la diferenciación entre los individuos de un grupo, en los que se encuentran individuos excelsos por estar dotados de cualidades que pocos poseen. A hombres con cuerpos robustos o deformes, con pelo u ojos de un raro color, que en suma poseen cualidades físicas diferentes de las de la mayoría, se les considera capaces, para bien o para mal, de ejercer una influencia benéfica o maligna.

De esta concepción deriva un misticismo de la tribu, que origina las supersticiones y el odio de razas, y que considera favorables o peligrosos a los hombres de otros linajes de apariencia distinta, a causa del color de su pelo o de su piel u otra nota exterior que los distingue como diferentes de la mayoría. Nace de aquí la enemistad y la persecución a los hombres de otros orígenes, y es en realidad a este concepto primitivo al que se debe el origen del odio racial que en determinadas circunstancias y momentos se manifiesta en la manera más decidida y en la forma más feroz.

Lévy-Bruhl, que ha estudiado agudamente la mentalidad primitiva, ha recogido un precioso material de observaciones. Son particularmente notables las debidas al danés Rasmussen. Éste se encontraba ligado, por vínculos de parentesco familiar, con algunos esquimales y pudo obtener de ellos, y sobre todo de un hechicero, médico y mago, llamado Aous, una serie de indicaciones valiosísimas sobre la psique de este grupo étnico que vive tan alejado de los grandes centros de civilización y bajo condiciones climatológicas peculiares. "Nosotros —dice este inteligente mago— no somos creyentes, pero tenemos temor. Todas nuestras costumbres derivan de la vida y están dirigidas hacia la vida. Nosotros tememos al dios de la Luna, Sila, y a Takanakapsaluk, la gran mujer que vive en el fondo del mar y reina sobre las criaturas marinas. Tememos las almas de los muertos y las de los animales que hemos matado, y usamos la experiencia de nuestros padres para protegernos de las desventuras." Según los misioneros y expedicionarios, no difiere esta concepción de la de los indígenas de Polinesia, para los cuales el afecto, la devoción y el acatamiento a sus mayores y a sus dioses se inspira principalmente en el miedo.

De este motivo del temor derivan las alianzas entre el hombre y las fuerzas sobrenaturales, con la conclusión, tácita pero segura, de

un pacto con los poderes invisibles, un pacto que requiere ser cumplido estrictamente y en el cual se fundan, como veremos, las leyes secretas. Este pacto determina el valor de los amuletos y de los talismanes y la intervención del mago que es el agente intermediario del mismo.

El miedo es el factor predominante y la primera causa en la historia de las aventuras de la mente, o al menos crea el ambiente en el cual se puede desenvolver con facilidad. Es el temor a la muerte, a la enfermedad, a la miseria o a otra de las penalidades amenazadoras, para el que no acepta las leyes establecidas por el grupo o su jefe. El secreto del éxito de los grandes magos reside en el miedo preexistente en el ambiente y determinado por los hechos exteriores y el cual crea artificialmente para vencer o dominar al grupo.

En el momento en que el hombre está convencido de que infinitas fuerzas exteriores ejercen una continua acción determinada, benéfica o maléfica, sobre su vida, y que ningún acto de su vida puede librarlo de ellas, procura por todos los medios ser más poderoso y llegar a ser dueño de sí mismo. Él vence a los animales porque ha sabido crearse las armas; conquista a los hombres más débiles y a los enemigos que lo amenazaban y sojuzgaban; vence las adversidades de la naturaleza creando protección para sí mismo. Le aparece como evidente la posibilidad o necesidad de encontrar un medio de vencer a los enemigos invisibles, con los que no puede emplear la fuerza física o atacarlos con armas y defender su vida individual o la del grupo contra estos poderosos elementos, que en muchos aspectos son análogos a los causados por fuerzas ya conocidas y ya vencidas, y a quienes estos elementos protegen y amparan. Y en este sentido y bajo esta concepción se organizan la agresión y la defensa.

Es necesario proteger todos los hechos que acompañan la fecundación, el embarazo y el nacimiento, hechos esenciales en los cuales se basa la fuerza y la existencia del grupo. La organización de ritos fálicos y los monumentos prehistóricos que simbolizan los órganos genitales en formas gigantescas, nos prueban que los hechos relacionados con la generación constituyen el punto básico de la concepción social de los más antiguos tiempos; de aquí que a estos símbolos se les atribuyan poderes protectores y profilácticos. La magia se sirve de todas las armas para identificar y coaccionar las invisibles y visibles fuerzas externas y volverlas en favor del individuo y del grupo.

La idea religiosa tiene, al menos en parte, un origen común con la magia, pero difiere esencialmente en los medios. La religión no tiende a dominar las fuerzas sobrenaturales: invoca el favor de estos seres sobrenaturales y lo obtiene por medio de rogativas, oraciones, actos piadosos y por otros medios numerosos, en los cuales la volun-

tad y decisión de la divinidad, consciente y espontánea, no puede ser constreñida de ningún modo.

Hegel afirma que la magia pertenece a todos los tiempos y a todos los pueblos. Y aunque es difícil definir de un modo exacto y en unos límites seguros el significado de este término, se puede afirmar que representa los esfuerzos hechos durante un cierto estado de ánimo, permanente o transitorio, para lograr la realización de un deseo en un mundo en que no existen fronteras entre lo real y lo irreal. La magia significa no sólo un complejo de acciones, sino también un nexo de ideas y representaciones con múltiples y vastas interferencias, las cuales pueden llegar a comprenderse cuando se piensa que en sucesivos tiempos y bajo varias condiciones, y todavía en el presente, los médicos y guerreros, los místicos y charlatanes, los músicos y poetas, los científicos y filósofos, y los grandes pensadores e insignes hombres de acción, han sido considerados como magos. En realidad, es evidente para un observador cuidadoso, que en todos estos casos, tan diversos, esta atribución parece ser en cierto modo justa. Es evidente que cada uno de estos hombres posee, en formas diversas y por motivos diferentes, las cualidades esenciales de ánimo necesario: la fuerza de la sugestión y la facilidad de arrebatar a otros individuos o grupos con su palabra o con su acción, con la voluntad expresada en el gesto, en el discurso, en el ritmo o en el ejemplo.

Hay, por lo tanto, magia en los hechos que producen la fascinación (una palabra que por su significado se encuentra íntimamente ligada con las imágenes sensuales), la *charme* (que deriva directamente del carmen, del verso, del ritmo) y el encantamiento (que etimológicamente demuestra su origen en el canto). Hay magia en la fascinación de las ideas que permiten o acompañan estos estados de ánimo, en los hechos que se desarrollan en él y que a su turno ejercen una acción de encantamiento sobre lo que los ha determinado, la magia activa que deriva de los hechos naturales o de un estado de excepción, pero sobre todo de la fe en el éxito y del poder del encantador que impone fe y voluntad sobre el oyente. Este estado de ánimo es la base sobre la cual han nacido toda la fe y todas las creencias, es la situación en la que el juzgar crítico está suprimido o silenciado. De aquí, como nosotros veremos, que en un sentido amplio, la historia de los hombres insignes, de los guerreros y poetas, de los fundadores de religiones y los exploradores, y de los aventureros y curanderos, se encuentra íntimamente vinculada a las alucinaciones, a las obsesiones colectivas y sugestiones de la masa, y pertenece a la historia de la magia.

Si se trata de un individuo, el estado de ánimo y el medio ambiente determinan el momento más adecuado para la sugestión. Si se trata de un grupo organizado o inorganizado, es el ambiente o el estado de depresión física o psíquica, como el que sigue a la guerra, al hambre o a las epidemias, el que crea un estado de ánimo colectivo en el que las corrientes sugestionadoras ejercen una influencia vasta y profunda y fácilmente aceptada. Las masas dominadas por una fascinación demoniaca o destructiva, pueden compararse a las personas afectadas por infecciones epidémicas, provocadas por una persona infectada entre individuos sanos o más bien entre individuos predispuestos al contagio, como sucede en el caso de las enfermedades contagiosas.

Frazer afirma que los magos son la clase social organizada más antigua de la historia, que las creencias de carácter mágico tales como el tótem o tabú son los primeros sistemas religiosos de la humanidad. De acuerdo con Combarieux, el origen de la música necesita encontrarse en la magia. Es opinión de Huvelin que las artes plásticas y sin duda el teatro y la danza derivan de la magia. Y es manifiesto que, si se admite que el hombre primitivo vivía y todavía vive en un mundo mágico, como atestiguan exploradores y misioneros, se debe deducir que en la concepción mágica antigua se encuentra la base del mundo del espíritu.

La magia, considerada como un complejo de ideas, originando actos diversos en la forma, pero unificados por una sola tendencia, caracteriza el desarrollo inicial en los primigenios tiempos históricos. La evolución de la magia marcha paralela a la del pensamiento y de ella vienen y derivan los hechos que han perdido su conexión con las causas que los determinaron. ¿Qué podemos pensar observando un anillo o un collar de perlas, contemplando una danza pintoresca o pronunciando un augurio, sino que estos hechos y objetos proceden directamente de una antiquísima concepción mágica?

En sus orígenes la magia actúa probablemente con la palabra y el lenguaje, en una serie de gestos y actos dirigidos hacia un definido propósito, los que lenta y progresivamente se organizan en una serie compleja de prácticas, fórmulas y ritmos. Pero la característica más importante de la magia desde el punto de vista psicológico, y que necesita subrayarse si queremos comprender su evolución, es la preexistencia de un estado de ánimo especial en el que se suscita y sobre el cual se funda. Es un estado psicológico en el que las facultades críticas no han nacido, han sido abolidas o notablemente disminuidas —por razones que examinaremos más tarde—, mientras que los poderes afectivos e imaginativos son excitados, por los mismos o diferentes motivos, hasta el máximo grado de intensidad. Y es a este estado de ánimo al que se le aplica comúnmente el término de "encantamiento", sin duda porque el ritmo, el canto, la música,

fueron los medios primeros y más simples con los que se provocó el hechizo mágico.

La magia requiere como necesarios, de un lado, un factor mágico y de otro la abolición o ausencia de sentido crítico. Esta última condición puede existir en el niño o en el hombre primitivo, en quienes la facultad crítica, que se manifiesta sólo en un estado avanzado de la evolución, está ausente o débil. Puede causarse por enfermedades mentales de un tipo disociativo o por venenos, tales como ciertas substancias químicas y bacterias que circulan por la sangre durante o después de la infección y por estados de depresión o de sobreexcitación psíquica. Puede determinarse, finalmente, por una sugestión que a su vez se transforme en una autosugestión, creada por el individuo mismo, o en una heterosugestión, esto es, creada por otros. Este factor psíquico del estado de encantamiento, expresión que tal vez indica de un modo claro e inmediato su carácter, constituye la determinación fundamental y esencial de la magia.

3. El hechizo mágico de la naturaleza

La forma primera del hechizo mágico se encuentra en la naturaleza. En ella juegan un papel destacado la luz, la música, los colores, las fragancias, como medios de ejercer una acción determinada sobre los sentidos de los seres vivientes y de provocar o incitar sensaciones y deseos. De hecho, el primer hechizo de la vida procede de la naturaleza misma, y tiende a excitar y dirigir los instintos sexuales de los seres vivientes, y con ello a asegurar la conservación de la especie. El canto melodioso de los pájaros, el colorido de sus plumajes, el perfume de las flores, la secreción de substancias olorosas en ciertos animales y una serie de otras manifestaciones de este género, pueden clasificarse, sin duda, entre los innumerables medios, no todos identificables, por los cuales la naturaleza ejercita su fascinación y crea ese estado especial de encantamiento. Por esta razón los intentos más antiguos del hombre por lograr un hechizo mágico fueron por estos procedimientos de imitar el aspecto, los colores, los perfumes de los animales y los cantos de los pájaros. Y es muy probable que la imitación condujera más tarde a substituir la figura del animal, vistiéndose con su piel, adoptando sus gritos y actitudes y asumiendo su nombre.

La música del universo, en sus mil manifestaciones, es la forma más antigua del hechizo de la vida.

Al mismo tiempo que la fuerza sugestiva, y determinando esta gran armonía, el hombre primitivo advierte con profundo terror las manifestaciones antitéticas de la naturaleza. Siente el profundo temor del trueno y del relámpago, es intimidado por el violento golpear de la lluvia, aterrado ante la cruel destrucción de la vida por los torrentes de fuego que arrojan los volcanes, abrumado por los diluvios que arrasan en pocas horas los frutos de su trabajo. Percibe la intensa fascinación de las noches obscuras y sin estrellas, de los inaccesibles silencios que lo reclaman desde las profundidades de los cielos y de los mares, del encanto de la muerte. Poco a poco, lentamente, a través de los siglos, escucha inconscientemente las voces de la naturaleza, va dominando las dos grandes leyes universales, las dos supremas tendencias antagónicas.

Del encanto de la vida y de la muerte en la naturaleza, y buscando protección o evasión, el hombre extrae el ejemplo y la enseñanza. Protege su vida valiéndose de grandes estruendos, del fuego y de los deslumbrantes colores, para mantener alejados a sus enemigos y provocarles un sentimiento fantástico de terror. Trata de apropiarse las fuerzas adversas, al igual que se dominan los animales, ofreciéndoles alimentos y sacrificios, tanto verdaderos como ficticios. De esta concepción derivan, sin duda, los numerosos ritos sanguinarios, desde los sacrificios humanos hasta el de los animales. El hombre trata de atraer las fuerzas benévolas por medio de la música y la imitación del canto de los pájaros. Los primeros instrumentos musicales, fabricados con huesos huecos, proceden de la época paleolítica y se usan para atraer a los animales. Las prácticas mágicas se acompañan con el repiquetear de las manos o golpeando dos piezas de madera; el sonido del tambor, en el cual, según la creencia, está oculto el demonio de la guerra, acompaña en las batallas. Sin las canciones mágicas la batalla no puede comenzar. El mago comienza el canto, hoy todavía entre algunas tribus de Polinesia, con un largo recital cantado de las gestas gloriosas, que nos recuerda las figuras de los remotos y primitivos poetas.

El uso de substancias estupefacientes para lograr un estado de encantamiento, no es sino una imitación tal vez intencional o inconsciente de un proceso de la naturaleza; lo mismo puede decirse del abundante y frecuente uso de los perfumes, de los colores y de todos los medios que sirven para provocar el hechizo.

La experiencia enseña al hombre primitivo los medios para dirigir las fuerzas adversas, del mismo modo que espanta a los animales y se dirige a los seres malignos sobrenaturales. Una persona enferma es golpeada y herida, sacudida y maltratada, sirviéndosele porciones drásticas de cada uno de estos remedios, bajo la convicción de que así expulsará al demonio maligno. G. Zilboorg, en su *History of psychology*, ha dedicado un estudio completo sobre la agresión en la enfermedad y la locura. Tal forma de curar la locura ha permane-

cido generalmente en uso, en los dos últimos siglos, en todas las instituciones para alienados.

Una práctica común a toda la magia antigua es la de destruir todas las propiedades del enemigo, tratar de romper su sombra, quemar su pelo y sus uñas, escribir su nombre y lanzarlo a las llamas: romper su imagen.

Existe la creencia de que pueden vencerse las fuerzas adversas distrayendo su atención mediante acciones y objetos que dirijan su violencia contra otros objetos. Esto explica el valor protector atribuido a las imágenes fálicas, que obtuvieron un gran favor entre los romanos, y de las cuales elaboraban amuletos en varias formas. De aquí que el quemar las imágenes y libros que representan una fuerza enemiga peligrosa, como se lleva a cabo en tiempos recientes, revele su relación con esta primitiva idea. Los libros son los enemigos tradicionales de todas las tendencias irracionales, y ello es debido a que constituyen la representación de la ley escrita y firme, contra la cual es muy difícil combatir.

Otro método de defensa, igualmente importante, consiste en esconder o cambiar las características de la propia identidad, como ocurre en la naturaleza cuando emplea el mimetismo de acuerdo con el medio circundante, con la coloración protectora y el *camouflage*, del cual tenemos en el pasado y en el presente numerosos ejemplos. De esta concepción nace la máscara, que es el intento de cambiar la personalidad transformando el aspecto. El mismo origen pueden tener los frecuentes cambios de nombres, que son tan importantes en todas las prácticas mágicas y, más tarde, como veremos, en las prácticas religiosas derivadas de ellas, y bajo otras formas, en la vida política.

Los gorros con plumas vistosas, los vestidos de colores brillantes y extraños —uniformes militares antiguos—, y el acompañamiento de música altisonante, son otros medios que sirven para cambiar la identidad de la personalidad, espantar al enemigo y ejercer una sugestión inmediata y activa.

Los nombres tienen una gran importancia, que viene de su poder de establecer y determinar el lugar del individuo en el grupo y distinguirlo de los otros componentes del mismo. Los nombres constituyen, además, la esencia y el carácter más importante de la personalidad. Cambiarse el nombre equivale a un cambio real y efectivo de la personalidad. El hombre primitivo mantiene la creencia de que con el cambio de su nombre no lo alcanzarán los peligros que acosaban a su personalidad abandonada. En la mentalidad infantil se encuentran frecuentes analogías con esto, ya que el niño cree que cambiándose el nombre o los vestidos se transforma en otro o se

hace a sí mismo irreconocible. Los nombres tienen un poder mágico y místico: son al mismo tiempo una palabra y un símbolo. No sólo las personas, sino todas las cosas tienen nombres: la casa, las armas, los ríos, las montañas. Es una costumbre extendida entre los pueblos primitivos el darle nombre a un niño en una ceremonia solemne durante la cual se cree que el padre le comunica su alma o una parte de ella. Esto origina la costumbre de dar al niño el nombre del padre o del abuelo y la práctica primitiva del padre que sopla el rostro del niño. Las tribus primitivas creen en la existencia de una relación fundamental entre el nombre y el año, el día y la estación en que se impone el nombre. Se encuentran casos frecuentes de nombres secretos sólo conocidos por el mago o el padre, para que nadie, al conocer el nombre, pueda ejercer artes mágicas contra la persona. De este concepto deriva la prohibición de pronunciar los nombres divinos, de la cual es un ejemplo la prohibición bíblica de pronunciar el tetragramático nombre de Dios. De acuerdo con esta concepción, el cambio de nombre aleja el peligro y conjura la suerte.

Existe una idea, que en un término moderno podría denominarse profiláctica a apotropaica, en la que se funda una defensa en torno al individuo, y que puede estar constituida por propiedades de personas o cosas amigas que tienen la innata virtud de detener el peligro lo mismo que las empalizadas defienden el recinto del poder de los animales feroces. Nacen de esta creencia los múltiples usos de amuletos y talismanes en varios tipos, de verdaderos métodos apotropaicos que desvían las fuerzas malignas del individuo. Más adelante tendremos ocasión de exponer ampliamente estos métodos; entre ellos se encuentran las palabras mágicas y simbólicas y los exorcismos de todas las formas y tipos, que de acuerdo con los gustos, según la época y según el ambiente, se van objetivando en varios módulos que persiguen la protección y la defensa.

Esto explica el origen de los altisonantes títulos y atributos divinos dados a los gobernantes asiáticos y emperadores romanos, el tabú de nombres como "líder", *Führer*, *Duce* o "Hijo del Sol"; los emblemas como la esvástica, los haces, y tantos otros...

En conclusión, en la propia naturaleza encontramos el primer ejemplo de protección y amenaza y el primer fundamento de la magia social o antisocial, según que acepte o favorezca la acción del demonio bueno o malo o se rebele contra él. La magia antisocial es la alianza o pacto con el demonio maligno, al cual se está sujeto y del cual se trata de obtener las condiciones más favorables, alcanzando su ayuda por medio del sacrificio de todo lo que el individuo posee o espera poseer en la esperanza de una vida mejor.

4. Analogía e imitación

En su ideología y en su práctica, la magia es esencialmente analógica e imitativa. Esto deriva de la creencia fundamental de que es posible obtener resultados seguros en la lucha contra fuerzas invisibles y desconocidas, deseando estos resultados, pensando en ellos y aplicando los mismos medios con que se han obtenido resultados ciertos en hechos análogos determinados por causas conocidas. También se encuentran analogías con la magia imitativa en la mentalidad del niño, la que se fundamenta en este principio. Se puede recordar la práctica seguida para producir la lluvia, todavía en uso en muchos pueblos salvajes, y que consiste en remover un estanque con un trozo de madera, haciendo salpicar el agua, y otros numerosos ejemplos. Entre éstos se encuentra la manipulación y práctica directa que favorece el embarazo y el parto (manipulación en el vientre de una mujer que grita y llora; simulación del parto, durante el cual una muñeca de madera se oculta cerca de la que va a ser madre; simulación del acto de amamantar, etcétera). Todas las prácticas citadas, directas o indirectas (sombras, nombres, imágenes, etcétera), pertenecen a la magia imitativa. Ésta tiene su semejanza en los pensamientos y gestos del niño y se encuentra en ciertas formas de psicopatía disociativa en que cada acto contra la propia sombra, imagen o nombre se considera malévolo y por añadidura fatal. De esta concepción también derivan todas las prohibiciones de usar imágenes, pronunciar nombres, seguir las huellas, etcétera.

La magia imitativa o analógica, que Frazer denomina homeopática porque considera que el término *imitación* sugiere un agente consciente que imita, se basa en una asociación de ideas, en el principio de que cosas similares inevitablemente producirán los mismos efectos. Las prácticas del hombre primitivo y de los habitantes del antiguo Egipto y de Babilonia se encuentran todavía hoy entre los nativos de Polinesia y África. Los indios de Norteamérica tienen la creencia de que, diseñando la figura de una persona en arena, ceniza o arcilla, o considerando cualquier objeto como el cuerpo de una persona y punzando la forma u objeto con astillas, la persona misma resulta herida o muerta. El mismo Frazer cita una forma de hechicería en Malasia que consiste en fabricar un muñeco de unos treinta centímetros con una colmena vacía. Los malayos creen que atravesando el ojo de un muñeco, el enemigo queda ciego; perforando su cabeza sufre de dolor de cabeza; invirtiendo la figura de la cabeza a los pies y envolviéndola en un sudario como si fuese un cadáver y pronunciando las oraciones de la muerte, el enemigo morirá de verdad. Entre los batak de Sumatra, una mujer estéril que quiere ser madre talla la figura de un niño en madera y lo calienta en su seno, segura de que así satisfará plenamente su deseo. En el archipiélago de Baar, cuando una mujer desea tener un niño, estrecha un muñeco de algodón rojo sobre su pecho como si lo amamantara. Este mismo principio de simulación, tan gustado de los niños, conduce a practicar la ficción del nacimiento como una forma de rito y también para restituir la vida a una persona ya muerta. Así Dióforo cuenta la ceremonia en que Juno adopta a Hércules como hijo: lo toma de la cama, le quita los vestidos y lo deja caer en tierra simulando el nacimiento; el historiador añade que aún en sus días los bárbaros practicaban los mismos ritos al adoptar hijos. Y parece que tales costumbres todavía se siguen en Bulgaria y entre los turcos de Bosnia, pudiéndose citar de estos hechos numerosos ejemplos.

En relación con la concepción mágica de la virtud atribuida a las imágenes, los actos de amor, de piedad o de enemistad ejecutados en la imagen, tienen el mismo valor y el mismo resultado que si se realizaran directamente sobre la persona o animal mismo. La adoración o condenación en efigie parece derivar de esta concepción y a ella debe atribuirse la prohibición de las imágenes en la legislación bíblica.

En los fenómenos de sugestión colectiva, la imitación juega un papel principal. La importancia que tiene en la psicología colectiva es bien conocida de aquellos que han estudiado la historia del suicidio de dos, tres o cuatro personas y aun de grupos enteros; manifestaciones psicopáticas colectivas tales como el baile de San Vito, la histeria de masas de los Flagelantes, que ocurren en 1300, después que la peste ha diezmado miles y miles de vidas humanas, y las demonopatías colectivas como la de Verzeris, en Friuli, en el 1800, descrita por Sighele. La imitación en las masas se produce con una rapidez inmediata y fulminante; los individuos no tienen tiempo de usar sus poderes críticos, así como a un individuo predispuesto para contraer cierta enfermedad le falta tiempo para preparar la defensa del organismo. De otra parte, el individuo débil y deprimido que no sigue el ejemplo de los demás corre el peligro de ser considerado un débil o cobarde y entonces se ve obligado a seguir la misma dirección. La imitación que domina en el niño y en el primitivo, deviene extremadamente fuerte en las masas cuando en una época de depresión queda abolida la crítica y se condena todo juicio personal e independiente. Esto explica el efecto fulminante de la acción antisocial y destructiva de las masas, especialmente cuando éstas se organizan. De esto último tendremos ocasión de hablar más ampliamente.

Los ritos y las prácticas sanguinarias derivan de la misma con-

cepción. Dado que la sangre constituye la fuerza y el verdadero sentido de la vida (y se explica fácilmente cómo para el primitivo esto corresponde a la realidad, dado que una gran pérdida de sangre produce la muerte), los intentos mágicos están por lo general conectados con ella. No hay, de hecho, ninguna práctica mágica importante, bien se dirija a sellar la amistad o a cimentar un amor, a causar el daño o la muerte del enemigo, a ratificar una comunidad de intereses, o a documentar los vínculos indisolubles de una secta o a estrechar las relaciones de dependencia y lealtad, en que la sangre no juegue un papel predominante. Por el mismo motivo y originadas en el mismo orden de ideas, aquellas prácticas que incluyen la representación de órganos o de actos sexuales, que se encuentran en los dibujos más antiguos, en las primitivas imágenes plásticas, en los jeroglíficos, en las letras de los alfabetos más antiguos y que comprueban el enorme papel jugado por el factor sexual en la mentalidad primitiva, constituyen una parte notable de la magia.

5. La unidad mística y simbólica

La solidaridad del hombre con el grupo, con las cosas que le pertenecen y con todo lo que lo circunda es la base fundamental de la concepción mágica. A esto se añade la creencia, igualmente arraigada, de una antítesis que periódica o permanentemente, bajo la influencia de factores conocidos o desconocidos, puede surgir entre los individuos, los grupos y las fuerzas e incluso entre las diversas tendencias de la mente del individuo. Nosotros conocemos cómo este concepto de la presencia simultánea de la fuerza vital en dos o más lugares, la idea de una doble personalidad y la posibilidad de que pueda vivir en varias formas y épocas, constituye una de las características esenciales de la mentalidad primitiva. Sabemos que se encuentra esta concepción en los retratos y representaciones de divinidades monstruosas con muchas cabezas y muchos pies, y en las narraciones de posibles metamorfosis de la personalidad, que fundamentalmente no significan sino la tentativa de evasión de la individualidad. Se puede fácilmente encontrar la analogía de estos conceptos con los resultados de las últimas investigaciones científicas en torno a la existencia de elementos antitéticos en la célula, de la permanente batalla entre la conciencia y la inconsciencia en el individuo que afirma su personalidad y su pasado, el centro del cual se encuentra en su herencia ancestral, entre la voluntad y el instinto, la razón y la fe. Estas formas aparecen muy diversas, pero todas derivan de un idéntico origen de la colectividad. Así, parece razonable afirmar que esta primitiva concepción de antitéticos elementos

en lucha, que adquiere un carácter más fundamental en las concepciones morales y religiosas, como lo bueno y lo malo, el cielo y el infierno, las luces y las tinieblas, etcétera, debe considerarse como la percepción inconsciente, indefinida o exagerada de una inmanente verdad biológica.

La magia imitativa o simpática, considerada en sus fuerzas determinantes y en su concepción básica, no sólo es imitativa por tender a imitar las causas para obtener efectos ya conocidos, sino que lo es en un sentido más amplio y profundo. Crea sus propios conceptos y prácticas sobre la supuesta relación de unidad y de antítesis entre los elementos del cosmos, presuponiendo la existencia de tales relaciones de interdependencia (según Lévy-Bruhl, "la ley de la participación") entre todos los seres y todos los elementos. La magia imitativa se funda en la objetivación del deseo del individuo o de la colectividad para preservarse o en el deseo de agresión, destrucción y muerte de los enemigos. La creación, derivada de causas internas o externas, de un estado especial de ánimo de encantamiento, en que todas las facultades críticas son disminuidas o abolidas y en el que se acrecienta la facultad afectiva, constituye, tanto la premisa como la consecuencia de una intensa objetivación de tales deseos.

En un periodo posterior de la evolución, la concepción mágica crea el símbolo representando esta idea concreta y condensada de defensa, evasión y agresión. Tomando el estado de hechizo mágico y presuponiendo la ley fundamental de la unidad mística existente entre todas las cosas, reales o irreales, entre las personas vivientes o imaginadas, los símbolos se presentan como un instrumento mágico de primera importancia. No debe asombrar el que se piense que este proceso puede considerarse como una etapa en la evolución de todas las ideas, las cuales necesariamente en un cierto momento cristalizan en una forma fija. El ejemplo más inmediato se encuentra en el lenguaje, en el que primero los sonidos, después las letras y finalmente las palabras, constituyen representaciones o símbolos de ideas, que asumen más tarde un valor y significación independiente del valor y significación que originalmente se les atribuye.[1]

Las acciones simbólicas devienen entonces equivalentes de las reales, debido a que están dictadas por el deseo y la voluntad, que son los puntos de partida y los únicos factores verdaderamente indispensables. Lanzar una flecha envenenada en dirección del enemigo con la intención de herirlo equivale, en lo que concierne al deseo y al

[1] Bleuler y Cassirer han publicado importantes estudios del problema del origen del lenguaje, y sus opiniones han provocado amplias discusiones. El lector que desee mayor información sobre este sugestivo tema, la podrá encontrar en los trabajos de estos autores.

pensamiento, a herirlo realmente. Una de las prácticas mágicas mejor conocidas, usada hasta muy recientemente, consiste en atravesar con un alfiler una figura que tiene el nombre y la personalidad del individuo a quien se desea realizar el mal. A esta categoría pertenecen las prácticas mágicas que consisten en quemar algún pelo o en derretir un corazón de cera, los cuales se supone que simbolizan la persona contra la cual se dirige el acto. Todavía hoy se encuentran innumerables ejemplos de estas prácticas.

No menos frecuentes e interesantes son las prácticas simbólicas relativas a encadenar las fuerzas mágicas o a transferir la enfermedad a otro, prácticas que se han conservado hasta nuestros días. En humildes iglesias de la provincia francesa de Eure-et-Loire muchas estatuas de la virgen y de santos se encuentran cubiertas de cintas; cada una de ellas lega la enfermedad de un paciente a la imagen. En una pequeña iglesia de uno de estos pueblos se encuentra la estatua de un santo local lleno de pequeños clavos y uñas que sirven para pasar la enfermedad a la estatua. En Fleury-sur-Ambelle se encuentra un dolmen llamado la piedra de San Martín, y este monumento druídico está agujereado para que los campesinos pasen lazos en la creencia de que podrán curar a sus hijos de la peritonitis tuberculosa. Los campesinos bretones siguen una práctica análoga para transferir el dolor de muelas. Siguiendo una antigua costumbre transmiten su enfermedad a un sauce colocando algunas fibras del árbol sobre las encías enfermas, volviéndolas a poner en el árbol y cubriéndolas con la corteza. Otros creen transmitir la fiebre a la rama de un árbol en la que los números de nudos corresponden a los días de fiebre. Esta costumbre está relacionada con muchas prácticas de los pueblos antiguos y con el lenguaje secreto de los nudos.

6. La medicina mágica imitativa

La medicina simpática emplea acciones simbólicas por medio de procedimientos abreviados cuyo éxito es igualmente cierto. Si buscamos las pruebas de esta concepción en la medicina antigua, en sus intentos para curar las enfermedades y evitar la muerte (muchos ejemplos de estos intentos se encuentran en la medicina de los pueblos primitivos y en la medicina popular) hallaremos una serie de muestras convincentes. Pero aun en este campo, tal vez más que en ningún otro, el papel de la imaginación, respaldada por miles de años de experiencia en el establecimiento de estas prácticas, es en realidad muy importante. La primera tentativa en el campo de la organoterapia que se lleva a cabo en las épocas prehistóricas, tiene, sin duda, este doble origen. Predomina la creencia de que una persona

enferma puede curarse con las cualidades adscritas a un órgano o animal si se come este órgano o animal. Plinio afirma que ya en los tiempos antiguos se sabía que los que comían una víbora viva se inmunizaban contra los efectos venenosos de su mordida, y partiendo de esta idea, la carne y otros órganos de la víbora juegan un papel importante en la antigua terapéutica. Más tarde abunda el concepto de que los ojos de los pájaros son un remedio excelente contra las enfermedades de la vista, los testículos de los animales ayudan a la cura de la impotencia, los dientes de las hienas curan las enfermedades dentales y las vejigas de ciertos animales, principalmente los cerdos, curan las enfermedades de la vejiga. De igual modo se suministran substancias excitantes a las personas que se encuentran en estado de sobreexcitación, se cubre con polvo amarillo a los que sufren de ictericia, como es costumbre entre los antiguos hindúes, y a las personas con escarlatina, de acuerdo con la antigua medicina china, se les expone a una luz roja. La becada o chochaperdiz, a causa del color amarillo de sus ojos, es famosa por el poder curativo de la ictericia, y los vendedores de esta ave las tienen con los ojos tapados para que las personas enfermas, al mirarlos, no se curen gratuitamente. El oro era considerado el remedio soberano para las enfermedades de los riñones. La antigua organoterapia, que revive hoy en la moderna concepción de la opoterapia, se encuentra fundada sobre la magia "imitativa".

De una clara concepción simbólica, a veces derivada o sugerida por la experiencia, se deduce la idea de curar enfermedades de los órganos con plantas de la misma forma o color. La pulmonaria es considerada como de gran poder curativo en las enfermedades de los pulmones; asimismo, a otras plantas se les atribuye un gran valor terapéutico para diferentes enfermedades.

La antigua cura mágica puede aplicarse, siempre de acuerdo con este concepto imitativo, lo mismo al paciente que a alguien relacionado con él. Frazer cita que un médico de Daiachi, llamado para atender un caso, se tiende sobre la tierra pretendiendo estar muerto. Se le trata como a un muerto, envolviéndolo en una estera, sacándolo fuera de la casa y depositándolo en la tierra. Después de un cierto tiempo los espectadores desenvuelven al pretendido muerto y lo vuelven a la vida. Igualmente deberá pasarle, entre tanto, a la persona enferma. Una cura para los tumores se prescribe por Marcelo de Burdeos, médico de Teodosio I: "Se toma una raíz de verbena, se la corta por mitad y se coloca un pedazo en el cuello del enfermo y la otra sobre un fuego humeante. Cuando la verbena esté seca, también lo estará el tumor y desaparecerá." A esto se añade que, si el enfermo no está satisfecho de la cura, el médico puede castigarlo

metiendo la verbena en agua, porque mientras la raíz se humedece de nuevo, el tumor se forma otra vez.

De un concepto análogo de la magia imitativa deriva el uso de las pieles y plumas de los animales, que debido a la ley mágica de las propiedades, transmiten las cualidades de dichos animales de donde proceden. Las plumas de águila, la piel de la serpiente, las garras del tigre y las crines del león transmiten los poderes o virtudes de estos seres al hombre que los usa.

Así, el deseo del individuo y de la especie, de conservar la vida y el deseo opuesto de destruirla, han dominado a la humanidad desde los tiempos primigenios. Permanecen en la conciencia y en la inconsciencia y los elementos mágicos persisten, aun cuando la evolución de las facultades críticas o la concentración de las facultades emotivas en las corrientes religiosas, da una orientación diferente a su desarrollo. Pero como tendremos ocasión de ver, la crítica objetiva de un lado y la fe religiosa de otro, son las últimas superestructuras que pueden estar presentes simultáneamente y pueden desaparecer periódica o duraderamente, cuando por causa de circunstancias especiales del individuo o de la colectividad pueda ocurrir un retorno a condiciones análogas a las de los ancestros. Este retorno puede producirse por el predominio de la facultad emotiva, del estado de encantamiento, o del estado de ánimo tendiente a la alucinación y al emerger del inconsciente. Estos estados son análogos a los que se manifiestan en el individuo después de una grave enfermedad contagiosa o a los que siguen al uso de estupefacientes. Ellos refuerzan el sentimiento de la necesidad de una defensa violenta del individuo o del grupo frente a un grave peligro. En conclusión, en estos estados se presenta una sensación de aislamiento y de inferioridad frente a fuerzas adversas abrumadoras y la necesidad de recurrir a todos los medios posibles para vencer el peligro. En esta forma aparece la regresión: el individuo y el grupo dominados por el terror, por las necesidades de evasión y el deseo de agresión, retornan a las primeras creencias y a las prácticas primitivas.

III

EVOCACIÓN Y ENSUEÑO

1. La continuidad de la vida

En la concepción del hombre primitivo, como hemos visto, la muerte no es el fin, sino simplemente el paso de un estado de ser a otro. El muerto continúa teniendo necesidad de comer y beber y de cumplir todas las funciones de la vida material. Puede sentir y ver lo que ocurre entre los vivientes y puede ejercer una influencia buena o mala, que puede ser mejor o peor según su envidia o su deseo de venganza o castigo. El mijo y la sal son sus alimentos.

Según esta creencia, el muerto, al igual que el vivo, puede estar presente en dos o más lugares a la vez; puede aparecer en forma de fantasma, de animal o de planta. Cuando está bajo tierra, el frío y la humedad lo hacen sufrir. La vida continúa particularmente en los huesos, porque ellos están menos expuestos a la putrefacción. Se considera al cráneo el muerto mismo; se le piden consejos y se le dirigen discursos y rogativas en nombre de la tribu. La trepanación es una operación quirúrgica frecuentemente practicada en la Edad de Piedra como un tratamiento racional para los heridos de fractura de cráneo. El propósito principal perseguido en esta operación cuando se practicaba con los cadáveres, como lo prueban los numerosos cráneos perforados hallados en Europa, África y América del Sur, era el de tallar los huesos en forma de discos que pudieran usarse como amuletos. La posesión de los huesos y principalmente del cráneo de uno de los antecesores proporciona una fuerza especial porque pone a disposición del poseedor toda la fuerza y poder que pertenecían al que murió.

Tal hecho explica la importancia que ello tiene para las tribus cazadoras de cabezas. Éstas asumen una forma particularmente interesante en ciertas poblaciones ecuatoriales, según la descripción de Karsten. Poseer las *tsantsas* equivale al propio dominio de los hombres que, en vida, fueron dueños de esas cabezas.

De acuerdo con esta misma concepción, el principio vital puede residir en todas las partes del cuerpo o propiedades del muerto. Los nativos de las islas del Estrecho de Torres, descritos por Bruce, creen que la esencia vital del muerto, designada por la palabra indígena *keber*, puede residir no sólo en el cuerpo, sino también en cualquier objeto usado en las ceremonias funerarias o que se haya

enterrado con el cadáver. Obtener la posesión de una parte del cuerpo o de algunos de estos objetos, equivale a obtener el control sobre el muerto y dominar su individualidad. Esto explica la costumbre de prohibir la destrucción de las cosas pertenecientes al difunto y principalmente la casa.

De aquí deriva también la repugnancia que existe en los pueblos primitivos para aceptar la herencia, y la costumbre de poner en la tumba las cosas más caras y de mayor valor, pues se trata de evitar que por descontento o envidia, venga a pedirlas el muerto.

2. Supervivencia y evocación

La idea mantenida por las sociedades primitivas de que el muerto puede estar presente en dos o más lugares a la vez, se liga a la creencia muy difundida de que el principio vital del individuo puede vivir separado de su cuerpo. Según los antiguos egipcios el *ka* o fuerza vital, continúa viviendo separadamente cerca de la tumba del muerto, y hay que guardarle los debidos honores y suministrarle los alimentos necesarios. Sólo cuando el cadáver es destruido, quemado, y las cenizas aventadas, se puede admitir que está definitivamente muerto e incapacitado de hacer daño, aun cuando la convicción general es que los poderes y cualidades del muerto sobreviven a todas las cosas que le pertenecieron. De esta concepción derivan numerosas leyendas, como la espada de Aquiles, el yelmo de Mambrino y tantas otras. Pero si el cuerpo no ha sido destruido, y aun eventualmente si se le ha destruido, el muerto puede volver a participar en la vida de su grupo. Puede aparecer y vivir en las circunstancias más variadas y en diversos lugares a la vez; por eso puede manifestarse bajo la forma de animal o de animal y humano a la vez. Frecuentemente aparece bajo la forma de serpiente, como lo expone *Lévy-Bruhl*, recogiendo las narraciones de varios exploradores, en donde el muerto-serpiente tranquiliza la vida y crea buenas disposiciones de ánimo. Su aparición se interpreta como una prueba de sus intenciones amistosas.

En todas las sociedades primitivas se encuentra un concepto complejo sobre las condiciones de vida del difunto. Éste vive en grupos establecidos bajo los mismos principios que lo rigieron durante la vida, compuestos de sus antepasados y gobernados por las mismas leyes. Los individuos que mueren sin descendencia son particularmente infelices, dado que nadie puede rogar por ellos.

Como habíamos dicho, en la mentalidad del primitivo se puede hablar de una supervivencia, pero no de una inmortalidad; y en consecuencia, la segunda vida, al igual que la primera, deberá alcanzar su fin. Casi todas las tribus de Polinesia y África mantienen la creencia de que el muerto puede morir o puede ser matado y recomenzar la vida bajo otra forma. La reencarnación, una creencia mantenida por muchos grupos, completa el ciclo de la vida al admitir que la vida continúa y pasa de un ser a otro.

El papel representado por el muerto es importante, tanto por la autoridad que haya tenido en vida, derivada de su edad, experiencia, trabajo, victorias, conquistas, etcétera, como del poder derivado de su capacidad de estar siempre presente e invisible, ejerciendo una influencia determinada e incontrolable. Según las circunstancias, el hombre primitivo se ve impelido a invocarlo o a alejarlo, a desear o temer su intervención. Siente la necesidad de requerir la ayuda de sus antepasados y amigos fieles que en su vida estuvieron junto a él como valiosos consejeros y verdaderos compañeros, para valerse de ellos en los momentos de peligro. Igualmente claros son los intentos del hombre primitivo para desaprobar las apariciones de los muertos y tratar de frustrarlas, temiendo que los espíritus hostiles de enemigos desaparecidos puedan reaparecer.

De esta idea nace el deseo, de hecho la necesidad, de entrar en comunicación directa con estas fuerzas imponentes y superiores que en los sueños, delirios, visiones y alucinaciones causados por enfermedades o tóxicos, o bajo la influencia de ciertas palabras, gestos o hechos o prácticas de encantamiento, pueden reaparecer bajo varios aspectos. Reclamarlos entre los vivos, hacerlos partícipes constantes y seguros de los hechos cotidianos, tenerlos como amigos en la buena y en la mala suerte y mantenerlos a distancia si son enemigos, constituye el fundamental propósito de la magia.

Desde el punto de vista psicológico, el hombre que cree escuchar las voces de sus antepasados, que cree oponer o adaptar sus deseos y necesidades a su voluntad, o imponer su voluntad sobre la de ellos, es en realidad el ejecutante de una lucha permanente entre su yo consciente y su inconsciente ancestral, en que las voces del pasado continuamente surgen amonestando o consolando, educando o amenazando. Proyecta en el mundo exterior los acontecimientos que se desarrollan en su mente, tal como ocurre en los sueños.

Poseer e identificar estas voces, volver a tener la forma del muerto, es sin duda el propósito esencial de la práctica mágica más importante, la evocación. Sabemos que el emplazamiento, la evocación y el exorcismo son prácticas dirigidas al mismo propósito: identificar y hacer más claramente perceptibles aquellas llamadas de voces interiores que son escuchadas por cada individuo, particularmente en ciertos estados de ánimo, y que expresan las tradiciones ancestrales, olvidan las leyes y palidecen las imágenes en el recuerdo. El hombre

que se dispone a evocarlas crea en sí mismo un estado de recogimiento, de concentración de su atención hacia su íntima individualidad de oyente. Es la actitud de quien, en un grande y profundo silencio, llama a un ser querido, ignorando si está cerca o lejos, si querrá obedecer o no a su voz, en la cual tiembla a un tiempo la angustia y la esperanza.

Si prestamos atención a prácticas similares de la sociedad actual veremos la importancia concedida a la sugestión de palabras como Führer o Duce, repetidas rítmicamente por la muchedumbre; a los nombres o iniciales, a la invocación de los muertos (como en el caso de Horst Wessel en Alemania) y a las fórmulas simbólicas. Todos estos factores poseen un gran poder de sugestión que deriva más que nada de su simplicidad, la cual actúa directa e inmediatamente. Estos hechos son esencialmente idénticos con los que se encuentran en la magia de todas las épocas.

Es posible evocar los espíritus de los familiares muertos, de los amigos y enemigos, de los protectores del grupo, de la familia, del individuo, de todos los vivos y todos los muertos. La evocación se extiende a las fuerzas vitales ignotas que pueden residir en los cuerpos celestes, en los manantiales, en los ríos, en los árboles, en las montañas y en las propiedades del hombre y en las cosas. En el hombre primitivo, como en el inconsciente de cada hombre, se encuentra la creencia en una fuerza vital que reside en todos los seres vivientes y en la propia substancia del cosmos; la omnipresencia de estas fuerzas hace posible, y a veces necesario, el evocarlas y aprehenderlas para apropiárselas o combatirlas.

En las prácticas mágicas de todos los pueblos, la virtud del nombre es tal que es suficiente pronunciarlo para determinar la aparición de la persona a quien pertenece el nombre; por ello está generalmente prohibido nombrar al muerto o al espíritu maligno. De aquí se origina la costumbre, todavía vigente, de prohibir el nombrar a personas que poseen la reputación de ser portadoras del mal y de hacer algún conjuro si tal nombre se ha pronunciado. De esta concepción deriva el miedo que domina especialmente en los pueblos orientales —árabes, turcos, judíos, hindúes—, de oír alabar a los niños o de pronunciar sus nombres por extranjeros, porque eso basta para provocar la envidia y las malas artes de los espíritus malignos.

La práctica de la evocación propiamente dicha, ha sido considerada en todas las épocas el fundamento de todos los actos mágicos. La evocación, como se comprueba convincentemente en numerosos ejemplos, aun de la época actual, recogidos en recientes trabajos que describen las prácticas de evocación de los nativos de Haití, el centro del culto mágico de vudú, requiere, como todos los estados mágicos, un estado especial de ánimo en el cual predominan las facultades emotivas sobre las críticas. Es un estado de expectación ante el acontecimiento mágico, ante el milagro. El hechizo ejercido por la palabra que evoca y reclama, el hechizo de la muerte que se aleja para resucitar y que se acerca para vivir, son el fundamento de todos los métodos usados a través de los siglos para producir la evocación, que está en contacto directo con el inconsciente colectivo del cual puede ser que derive la conciencia de la especie. La evocación es por esto la objetivación del deseo de una relación directa entre el individuo y su pasado.

3. Los sueños

Los sueños, como ya habíamos indicado, son el indicio luminoso que surge de tanto en tanto de las profundidades del inconsciente y que indica la dirección de los deseos. De los sueños nace, tal vez, la primera concepción de la posibilidad de una relación directa con los espíritus de los muertos. Esto se confirma por el fenómeno de la alucinación, debido a factores endógenos y exógenos, y el de la sugestión que puede ser autosugestión o heterosugestión. Todos estos fenómenos requieren la presencia de un estado de ánimo especial por motivos que son evidentes de acuerdo con las relaciones existentes entre la conciencia y el inconsciente. Es un estado de ánimo en el que a una disminución de la facultad crítica individual corresponde una mayor acentuación de la facultad emotiva. Durante el sueño queda suspendida la conciencia de la personalidad, abolida la voluntad activa y ausente la facultad crítica.

La razón por la que los sueños han tenido siempre un notable papel en la magia deriva de que esencialmente corresponden a la esencia misma de la hechicería, que es, sobre todo, la objetivación del deseo. La interpretación de los sueños que propone Freud es una teoría que ciertamente contiene una visión de la verdad. En los sueños, como en la magia y en los ritos mágicos, la realización del deseo aparece activada por la impaciencia y causada por la sugestión. Freud observa justamente que del hecho que la magia ha sido practicada por miles de años, así como de ciertas expresiones del lenguaje, se puede deducir la importancia asignada a los sueños en todas las épocas. En todas las épocas se encuentra la expresión "esto ha sobrepasado todos mis sueños", "es algo que no me habría atrevido a soñar nunca". Y a los deseos más ambiciosos se les ha designado siempre como sueños. Debido al hecho de que no todos los sueños aparecen como puras realizaciones de los deseos, dado que existen muchos sueños plenos de angustia, se puede considerar que las ma-

nifestaciones del inconsciente y un elemento de terror y amenaza son inherentes a la objetivación del deseo. Se ha señalado el papel que tiene el miedo, la actitud inicial del hombre ante lo desconocido y lo sobrenatural, en la concepción mágica. Este sentido del miedo, que la razón vence o domina, se manifiesta en el inconsciente, resurge en la propia realización del deseo y probablemente deviene más violento cuando el estado mental del individuo no es sano. Las pesadillas y los sueños obsesionantes y miedosos predominan aun en el estado de vigilia cuando el inconsciente se encuentra dominado por el miedo.

Las analogías entre los sueños y las alucinaciones también tienen una parte importante en la magia. Inducir a dormir y a soñar pertenece a todas las prácticas mágicas y ha sido considerado por los magos de todas las épocas como un medio de obtener el éxito. Esto se demuestra por las narraciones de los viajeros y misioneros, así como por muchos ritos de curación mágica, como el durmiente en el templo de Esculapio, los sueños en la cueva del profeta Elías, etcétera, y por un número de investigaciones experimentales que han estimulado ligeramente el sentido que provoca las alucinaciones. Coleridge habla del caso notable de un sirviente que durante su alucinación febril repetía largos pasajes en hebreo, una lengua en la cual era completamente ignorante, pero que había oído hablar a un rabino.

Es evidente que siendo los sueños la expresión de deseos manifiestos o reprimidos, o el resultado de miedos y angustias, la muerte puede aparecer y jugar un importante papel en ellos. El afecto hacia los hijos y el fuerte deseo de que no se rompa la relación con ellos los llama de nuevo a la vida en los sueños; y a la inversa, el temor del Más Allá y la amenaza del castigo y de la venganza, hacen comparecer las terribles y sanguinarias sombras. En todas las épocas la humanidad ha dedicado a los sueños una miedosa y esperanzadora atención a causa de la creencia de que ejercen una influencia determinada sobre el futuro. Los sueños se convierten en un arma formidable en manos del mago y ellos guían las acciones del antiguo curandero y sugestionador de un modo no del todo diferente del que dirige la comprensión del psicoanalista contemporáneo.

El papel ocupado por los sueños en el origen de la creencia primitiva en la continuidad de la vida es un problema que ha originado muchas discusiones entre los psicólogos. Algunos de ellos están dispuestos a admitir que el hombre primitivo confunde las visiones de los sueños con las apariciones de los muertos. Es sin duda difícil obtener una idea clara del origen de las asociaciones psíquicas, que suelen sufrir numerosas modificaciones según las condiciones individuales y del medio. Pero, parece lo más probable, que el hombre

primitivo, por lo general, no considera las imágenes que aparecen en los sueños como sombras de la muerte y que en todo momento las visiones del sueño contienen o parecen contener, un indicio de otra forma de vida. Y también parece verdadero, por razones fácilmente comprensibles, que las figuras de los muertos temidos o amados son las que más frecuentemente aparecen en estas visiones; esto último, en opinión de Freud, son simples manifestaciones de los deseos del inconsciente. Roheim ha examinado y analizado los sueños de primitivos, con su ayuda, y ha hecho interesantes observaciones.

4. La evocación y el tipo del evocador

Al lado de la evocación de los muertos, la magia de todos los tiempos conoce y practica la evocación de las fuerzas conocidas o ignoradas de todas las especies. Evocar, como lo indica la palabra, es una llamada, una apelación, en la cual la voz y el nombre tienen una función importante. De aquí que puedan evocarse todas las fuerzas vivientes de los animales, plantas, fenómenos celestes, como la luz, las tinieblas, el fuego, los relámpagos, etcétera, los ríos, las fuentes, las montañas, las estrellas. El hombre primitivo percibe en todas las cosas que lo circundan la presencia de un poder superior, del que puede servirse en su favor o impedir que actúe contra él.

Es fácilmente comprensible la necesidad de organizar un sistema y de establecer una jerarquía de estos poderes. La ley del orden, del sistema, de la graduación de las diversas fuerzas, es sin duda una de las necesidades fundamentales impuestas por las exigencias de la vida misma. El hombre desea distinguir entre los poderes que se ejercen en unos límites estrechos y los que con su posición en el cosmos indican la vastedad de su poder. Mientras el poder de un animal o de un enemigo está limitado a las personas próximas o al grupo, el poder del Sol, de los rayos, de las estrellas, aparece infinitamente amplio y asume necesariamente el primer lugar de las jerarquías, que se conservan en las primeras estructuras religiosas. Como ya veremos, estas estructuras, aunque constituidas sobre la más compleja asociación de ideas y con la ayuda del criticismo más altamente desarrollado, mantienen esta sistematización jerárquica en sus líneas esenciales. Las civilizaciones más avanzadas, aun las más distintas religiones monoteístas, revelan esta nota que aparece en la jerarquía de santos, ángeles, demonios, y en sus categorías y subdivisiones.

La intervención del intermediario que evoca estas fuerzas y hace provechosa la acción misma, es una de las consecuencias de esta clasificación. Tales intervenciones requieren el conocimiento de muchos hechos, el reconocimiento de innumerables fuerzas, la decisión exacta

sobre cuáles deben seleccionarse y finalmente, y lo más importante, la justa aplicación de los medios necesarios. En el campo de la evocación mágica ocurre el mismo fenómeno que en la evolución social de las industrias y de las artes: en los primeros tiempos cada hombre es un leñador y un herrero, un cazador y un constructor de empalizadas, agricultor y pastor, etcétera. Con el aumento de los conocimientos y con el perfeccionamiento de la técnica, la cual se hace más y más compleja, y con el continuo incremento de la demanda, cada miembro del grupo lentamente asume funciones específicas, de la misma manera que lo hace un grupo de células en la evolución progresiva de un organismo. El evocador es sin duda el individuo dotado de los conocimientos necesarios para llamar a las fuerzas lejanas e invisibles, mediante una serie de actos o gestos que en los primeros tiempos fueron sencillos y consistían en llamar a grandes voces a estas fuerzas, cuya intervención se deseaba. Una serie de dibujos conservados, de pueblos primitivos, muestran cómo los gestos y las danzas que acompañan a la canción, también sirven para ese propósito. Este y otros hechos que ya señalaremos, demuestran que en las prácticas de la evocación la parte más importante se asigna a la expresión rítmica o al gesto. El ritmo en la expresión o en el movimiento, algunas veces lento y monótono, otras veces discordante y fogoso, se considera siempre el factor principal de la evocación. El origen de todas las fórmulas de la evocación quizá consista en infinitas repeticiones rítmicas de las mismas palabras o de sonido similar, repetidas en el mismo tono. Probablemente aquí se deba buscar el origen de la poesía y de la música y el poder atribuido al ritmo en el acto de llamar a las fuerzas ocultas y remotas.

La intervención del intermediario aparece como una premisa necesaria y es lógico que, según la jerarquía de los seres sobrenaturales, se forme la jerarquía de aquellos que pueden evocarlos y según sea el grado de ésta tendrán a su disposición seres inferiores o también superiores. Un ejemplo clásico de esta concepción es la narración bíblica sobre el mago del faraón que compite con Moisés y la demostración de la superioridad de este último y del poder invocado por él, el cual es mucho mayor que el del mago egipcio que sólo puede producir los milagros más sencillos y elementales.

5. Las características de la evocación

En la esencia de la evocación se encuentra la llamada al pasado, la objetivación de un deseo, la proyección exterior de un fenómeno que se verifica en el individuo, la necesidad del yo individual de conectarse con su pasado y con los recuerdos de las manifestaciones

del mismo. El recuerdo del pasado anticipa el futuro. La evocación se ofrece en infinitas formas, desde la evocación mágica y ceremonial del demonio y de los muertos, hasta el llamado de las figuras y acontecimientos del pasado histórico del individuo o de las razas. Infinitamente diversos en su gradación son los estados de ánimo que acompañan o proceden esta evocación y los cuales pueden sobreponerse por un momento a los conceptos o figuras presentes en la viva imagen del pasado. La evocación construye un puente, crea un equilibrio, aunque siempre temporal, entre las eternas antítesis del inconsciente y de la conciencia y para este fin las palabras y la música, los magos evocadores y los hechiceros magníficos, cumplen un propósito definido.

El mago o sugestionador evoca el pasado para traer el augurio o la promesa del futuro; evoca el recuerdo de todos los fuertes dolores sufridos, de las amenazas contra el individuo o el grupo y los acentúa y exagera para demostrar la necesidad de la defensa y de la agresión. La evocación mágica antisocial, inspirada por la frustración y dirigida hacia la agresión, con la inclinación hacia la venganza y a la represalia, con vistas a crear una nueva grandeza de dominación política y económica es igual a la actual propaganda totalitaria, la que reclama el imperio germano, la conquista de Roma, el peligro judío, la furia bolchevique y tantas otras. La evocación del pasado es una apelación a los recuerdos y temores del primitivo inconsciente y aparece como la antítesis del razonamiento crítico.

IV

LA ADIVINACIÓN

1. La adivinación entre los pueblos primitivos

La adivinación tiene una parte preeminente en la vida de todas las sociedades primitivas. Este mismo carácter se conserva entre los grupos que viven en regiones inaccesibles a la civilización, bajo condiciones análogas a las de los pueblos europeos de la época cuaternaria.

El deseo de un conocimiento de lo oculto se origina, podemos decir, de la comprobación de la insuficiencia de las fuerzas y los sentidos del hombre, y de otra parte de la convicción de que sólo por un aumento de su conocimiento se puede obtener cuanto se necesite para la vida, asegurarla e incrementar su bienestar. Sin duda, la adivinación es una forma de la objetivación del deseo de vivir y de conocer.

La adivinación del futuro inmediato y determinado, del presente desconocido y del pasado que se desvanece, se desarrolla en el hombre primitivo simultáneamente a las necesidades de su vida y de su ambiente. La primera predicción necesaria es la del tiempo, la de las condiciones favorables o desfavorables para cazar, del éxito en las batallas, del curso de una herida o enfermedad, la del descubrimiento del autor de un hurto, de un asesinato o de otra acción nociva o peligrosa para el individuo o el grupo.

Es evidente que la adivinación se apoya en el recuerdo consciente o inconsciente del pasado, en un conocimiento especial basado en una larga experiencia y en una manifiesta facultad de observación crítica. El miembro más inteligente del grupo, el que observa con más atención y frecuencia los fenómenos que preceden a la lluvia, los hábitos de los animales, la conducta de los delincuentes, o el resultado de una enfermedad, adquiere una posición sobre los demás que sin duda atribuye a sus poderes sobrenaturales, de igual modo que el profano que se encuentra ante una afirmación, un juicio o una profecía, la que es seguramente cierta pero que no puede reconstruir el proceso y los nexos de las causas con los hechos visibles, atribuye su origen a poderes maravillosos. El conocimiento de la adivinación del futuro puede ser parte de la intuición, que es la facultad de deducir de la observación de hechos presentes la conexión probable con acontecimientos futuros. El mago, "el hombre de las medicinas", de las sociedades primitivas, no era en su origen

sino el experto, el inteligente, el observador, el que debido a sus dotes afirma su superioridad y llega a ser el consejero y el miembro más importante de la tribu. De igual modo el hombre más fuerte en la lucha, el más ágil en la caza, el más resistente a la intemperie llega a ser el jefe del primer grupo social. Esto se vincula al origen de la idea de "tótem", según la cual el poder de un grupo va unido al de un animal al que se considera superior en cuanto a fuerza, agilidad o astucia o se le atribuye cualquier facultad misteriosa.

La medicina adivinatoria es una parte esencial de la medicina primitiva. El médico adivinador debe sobre todo adivinar la causa secreta de la enfermedad y en todos los documentos que se conservan de la medicina mágica antiquísima y que en realidad representan la tradición primitiva, el primer acto del médico mago consiste en adivinar la causa de la enfermedad; "cuando veas a tal o tal enfermo —como se indica en el comienzo de todos los textos médicos del antiguo Egipto—, tú dirás: este demonio o el otro, o tal gusano, o tal parásito, son la causa de la enfermedad y entonces procederás de la siguiente manera..." La diagnosis y la prognosis son una parte de la adivinación mágica; la terapéutica, como veremos en el capítulo en que se hable de la medicina mágica, se apoya principalmente en el empirismo. Más tarde se desarrollará la medicina a partir de los gérmenes de observación contenida en esta forma de adivinación. Así, la adivinación del tiempo se desarrolla sobre la observación sistemática de los astros.

Nos permitimos admitir la posibilidad de que el hombre que vive en los grupos primitivos posee poderes que denotan una aguda sensibilidad o susceptibilidad hacia las sensaciones, que escapan a nuestros sentidos. Podemos suponer que el hombre primitivo probablemente era más agudo en el sentido de la vista y más perfecto en el del olfato, así como mucho más sensible en el auditivo, debido a la gran necesidad que sentía de estas cualidades en su diaria lucha por la vida; y, así, se encuentra dotado de una sensibilidad que a nosotros nos parece inexplicable, al igual que el sentido de orientación de los pájaros o de los perros policías. Esta sensibilidad puede haberse perdido o manifestarse sólo en algunos individuos que viven bajo condiciones psíquicas peculiares o bajo circunstancias que pueden causar su reaparición.[1]

Negar la existencia de la adivinación, los límites de la cual hemos

[1] Freud ha llamado la atención de sus lectores sobre este tema en su *Neue Vorlesungen* ["Nuevas aportaciones al psicoanálisis", 1933]. Cree que estas disposiciones deben considerarse como un residuo rudimentario de un sentido que estuvo muy desarrollado en los primeros tiempos y que aparece, al igual que los llamados residuos "subhumanos", en el hombre de hoy.

establecido, rehusar admitir su posibilidad y clasificar todos estos hechos en la categoría de fraudes o sugestiones, es una fácil manera de solucionar un problema complejo. Pero desde el punto de vista científico, estrictamente objetivo, esta clasificación es inaceptable al igual que la admisión de que estos hechos son debidos a la intervención de fuerzas sobrenaturales. Por otro lado, partiendo de la concepción, que nos parece indubitable, de que toda concepción humana posee una base en la realidad y deriva de una intuición, o de las conclusiones correctas o erróneas basadas en la experiencia de hechos actuales, es necesario admitir que la adivinación, que es el conocimiento de cosas ocultas en el futuro, es tan vieja como el razonamiento humano y debe tener un principio de verdad. El hecho es que esta noción ha persistido inalterable por miles de años y ha sido aceptada por los más autorizados estudiosos y observadores de todos los tiempos.

2. Signos y presagios

Los métodos de la adivinación son muchos y muy variados, según las épocas y el medio en que se produzcan. La ineficiencia de algunos de estos métodos aparece a primera vista para el observador imparcial: casi todos parecen no tener ninguna acción en el logro del éxito que se les atribuye.

Pero no podemos olvidar, como ya hemos señalado, que la parte más importante de la adivinación consiste en producir el hechizo, que es la creación de un estado de ánimo especial en el que ciertas facultades pueden actuar, y de todos los medios que representan el estímulo que pueden excitar esas facultades. Sin duda no es muy importante conocer cuáles sean esos estímulos, pero es suficiente concentrar la atención sobre un cierto hecho u objeto, orientando todas las facultades psíquicas de un individuo en una sola dirección lo mismo que las de su auditorio, lo que a su vez ejerce sobre el sujeto una acción de sugestión colectiva. Estos estímulos pueden llegar a ser agentes de sugestión en la misma forma que una lámina de metal brillante o un vidrio luminoso, un dibujo o una música rítmica pueden provocar el estado hipnótico o hipnoide u otros fenómenos psíquicos de características similares.

Los presagios están íntimamente ligados a la adivinación. Aparecen como signos premonitorios por los cuales se cree prever el resultado favorable o desfavorable de una acción sobre un acto que está por efectuarse o un acontecimiento que está por producirse. Los fenómenos meteorológicos, el vuelo de los pájaros, la presencia de ciertos animales y otros hechos numerosos son considerados como presagios

favorables o desfavorables. En el principio se trata, evidentemente, de la asociación fortuita de fenómenos que se interpretan como una relación de causa y efecto. La idea abstracta de accidente o azar no existe. Esta es también el tipo de adivinación que Renan llama "colectiva", la adivinación de un gran peligro, por ejemplo, el que impulsa a las masas a iniciar algunas veces grandes emigraciones. Es difícil encontrar las causas directas. En algunos casos, como ocurre en la India, donde ciudades enteras, como la antigua Delhi, son abandonadas improvisadamente, sabemos que es debido a la sugestión de peligros mágicos que se suponen inherentes a los lugares mismos, de presagios o de posibles factores meteorológicos.

La interpretación de los presagios, como una parte de la magia, se considera en las antiguas civilizaciones como una función sacerdotal, esto es, como una interpretación de la voluntad de los dioses. Al adivino que interpreta los presagios, que explica el sentido de los signos, como Calcante, se le tiene en gran honor y su función es considerada la más digna de todas. Adivinadores, augures, sacerdotes y todos aquellos que se dedican a adivinar la suerte o a predecir el futuro, encuentran en todas las épocas el mayor apoyo en las manifestaciones psíquicas del inconsciente y particularmente en los sueños. La interpretación de estos últimos ha sido considerada siempre como un hecho básico del arte de la adivinación.

La variedad de presagios que se creen existentes en cualquier época se explica fácilmente cuando se piensa que la coincidencia o concomitancia de hechos de cualquier género era considerada como la manifestación de una voluntad superior y un signo concreto mediante el cual esta voluntad se manifiesta a los vivientes. Así, el origen de la astrología se supone en la búsqueda de las influencias directas que los astros ejercen sobre los acontecimientos de la vida y se encuentra basada en la suposición de que existe una conexión recíproca entre los fenómenos meteorológicos y los hechos de la vida y la muerte, a los cuales domina, así como en la convicción de que en el orden inmutable que aparece al hombre primitivo como la ley suprema, los movimientos del Sol y de las estrellas representan el ritmo fundamental y necesario que tiene que repercutir en la vida de los individuos y de los grupos. La adivinación se transforma en un factor social de gran importancia y a ella se le confía la dirección en todas las acciones decisivas que conciernan al grupo. Los dibujos recientemente descubiertos en las cuevas prehistóricas de Dordoña, representan escenas de adivinación y de prácticas mágicas, que consisten principalmente en danzas rítmicas alrededor del animal totémico. Escenas análogas se encuentran en casi todos los dibujos primitivos existentes.

La caza entre los pueblos primitivos es un asunto de Estado, debido a que, desde el punto de vista económico, constituye la más importante ocupación activa del grupo, y acaso la única. Por eso es necesario concentrar sobre ella toda la atención, para perfeccionar los medios técnicos, para desarrollar los sentidos humanos y para advertir cualquier movimiento de sorpresa y ataque de los animales feroces. No menos importante que la adivinación del éxito de las empresas guerreras o luchas de conquista, es este tipo de profecías a las cuales los pueblos primitivos asignan la mayor importancia. En las adivinaciones oficiales se llama a responder a los poderosos agentes de fuerzas sobrenaturales que reinan sobre el dominio más vasto: en primer lugar el Sol, después las estrellas, los fenómenos celestes, los animales de gran tamaño, los grandes árboles, los montes y los ríos.

Los hechos de la existencia individual están dominados por fuerzas particulares que más tarde son consideradas demonios, protectores, etcétera. La adivinación individual se asigna a adivinos menos autorizados y potentes, ya que los intereses individuales chocan frecuentemente con los colectivos. La casta de los augures, que llegó a ser oficial y del Estado, y muy poderosa en las antiguas civilizaciones mediterráneas, inició una fiera persecución contra los que se habían dedicado a la adivinación individual, la cual estaba prohibida o escasamente tolerada por las primitivas religiones. La magia oficial es violentamente adversa a la magia antisocial.

La creencia en la adivinación para el beneficio de los individuos existe ininterrumpidamente a través de los siglos. El presagio del bien y del mal, la validez de los signos premonitorios y la significación de los sueños en la vida individual mantienen en el inconsciente colectivo toda su importancia, tal vez porque de ellos deriva el origen de los hechos más fácilmente constatados y objetivamente veraces. Muchas cosas que se consideran como presagios no son sino síntomas precoces, interpretados correcta o incorrectamente. Así, por ejemplo, la importancia del presagio atribuido en todos los tiempos al estornudo, deriva de la observación de que un estornudo es a veces el comienzo de una enfermedad. El aura epiléptica se considera un presagio, así como la aparición de ratones en las casas se considera como un anuncio de peste, cuando en realidad, heridos por la enfermedad abandonan su refugio y se hacen visibles. Numerosos ejemplos similares podrían citarse. Añadiremos aquí que con frecuencia se observan presentimientos reales en personas de sistema nervioso fuertemente deprimido, los cuales reflejan tal vez un estado físico imposible de controlar por los medios de que disponen; es decir, reflejan las indicaciones de una molestia orgánica, que apenas se inicia.

Algunos hechos no fácilmente determinados pueden causar sensaciones de bienestar o de zozobra, los que se interpretan como presentimientos. Es suficiente citar, por ejemplo, la impresión de un malestar inexplicable y profundo que se deriva del contacto con ciertas personas, impresión de la cual se trata en vano de encontrar el motivo, y que frecuentemente los hechos revelan como justa. Es bien conocido que un sentimiento de alegría o de bienestar llena nuestra alma en presencia de una persona que se considera amiga o favorablemente dispuesta hacia nosotros y que emana una atmósfera que alcanza a los sentidos por una vía desconocida de nuestra sensibilidad. Podemos igualmente mencionar los sentimientos derivados por la creencia en el "mal de ojo" o en el poder inherente a personas cuya psique se muestra diferente de las de los demás y que creemos que ejercen una influencia maléfica sobre las que están cerca de ellos.

Si consideramos la explicación dada por el psicoanálisis a los sueños, que son descritos como manifestaciones de sensaciones reprimidas o de deseos ocultos, de igual modo podemos explicar ciertos fenómenos, como los sueños premonitorios, en los cuales aparece un deseo reprimido o un temor oculto.

3. "Homo divinans"

No es propósito de este libro exponer todas las hipótesis que tratan de explicar el origen de los hechos adivinatorios y a los que recientemente les ha sido dedicado un cuidadoso estudio por la Society of Psychical Research de Londres, la cual ha recogido un material valiosísimo y de un interés asaz inestimable. Unida a estas hipótesis, frecuentemente se crea una nueva terminología: Driesch, quien en 1933 publicó un trabajo sobre este tema, en gran parte aceptable y en parte discutible, llama al estudio de los hechos ocultos "parapsicología y se propone el problema de los fenómenos existentes originalmente en el campo de la adivinación (*Urphänomene* según el sentido de Goethe). Pero las hipótesis y las designaciones no solucionan el problema, cuyos hechos básicos y su desarrollo histórico creemos importante resumir.

La adivinación, al igual que la magia, de la que es un aspecto esencial, aparece en todas las épocas y está ligada a los orígenes de la sociedad. La adivinación está estimulada por el deseo de defensa, por el terror, por la esperanza; está ligada a una sensibilidad especial de ciertos individuos, los que generalmente poseen disposiciones hip-

nóticas o sonambúlicas; estas sensibilidades pueden ser incitadas por un estado de encantamiento, el cual a su vez puede ser causado por numerosas influencias que actúan sobre el sistema nervioso. La adivinación surge de las necesidades impuestas al hombre en la lucha por la vida; del deseo de vivir, del miedo instintivo a la muerte, de la necesidad de conocer el futuro para regular la propia vida y las propias acciones, para evitar la desgracia y la muerte. La adivinación escoge los medios que necesita, los crea y los desarrolla, de todos los seres y cosas del cosmos. Los factores individuales y sociales tienen una importancia esencial y variada de acuerdo con las condiciones del ambiente, de la época y de los individuos que forman el mundo en el cual existe.

Este fenómeno se presenta en las sociedades que están atravesando un periodo de depresión, así como en las personas enfermas o convalecientes de una grave enfermedad. Sienten la necesidad de reafirmar su confianza en el futuro y protegerse del peligro. En las sociedades europeas de la postguerra, igual que en las de la Edad Media, alrededor del año 1000, cuando el fin del mundo parecía inminente, los astrólogos y quirománticos, los profetas de todas las categorías se multiplicaban y eran buscados y escuchados incluso por personas inteligentes y sanas. Los que predicen el futuro o prometen salud y bienestar reciben un amplio crédito y particular renombre, especialmente aquellos profetas que se presentan en las formas más fantásticas e inverosímiles.

V

LA PERSONALIDAD DEL MAGO

1. Las funciones del mago

Con la formación de los grupos sociales organizados la práctica de la magia se desarrolla más ampliamente junto a las necesidades, deseos y contingencias en los cuales deberá usarse. De las circunstancias de incrementar sus posibilidades de aplicación, producida por el desarrollo de los grupos y las relaciones entre ellos, se impone la necesidad de regular tales prácticas, establecer una jerarquía de fuerzas favorables y adversas y codificar estas prácticas complicadas para que sean conservadas por el grupo.

La personalidad de los encantadores o magos notablemente poderosos se diferencia de un modo claro de los demás miembros del grupo y, así, en los primeros tiempos, cualquier individuo podía ser un curandero y ejercitar las prácticas propias de la medicina mágica; mas con el progreso del conocimiento, la clara discriminación entre las enfermedades, el reconocimiento de que un cierto número de personas posee un mayor grado de cualidades y conocimientos que otras, el número de los médicos magos se va reduciendo y poco a poco se determina una selección. Así como el guerrero más fuerte llega a ser el jefe de la tribu y el cazador más capaz dirige la caza, de igual modo el hombre que mejor conoce las estrellas, las virtudes de las plantas y los venenos de los animales, que es capaz de curar la enfermedad y ayudar a los dolientes y mantener alejada a la muerte, asume en el grupo una posición especial. Probablemente esta posición se le adjudica a causa de cualidades diferentes o superiores a las de los demás, o por características físicas fácilmente apreciables, tales como su pelo, de un raro color en el grupo, o una fuerza física excepcional, o alguna deformidad. Tales cualidades pueden unirse o reemplazarse por poderes conectados con alguna cualidad psíquica, la que se cree que está en contacto con las fuerzas invisibles y las domina. El hombre que se distingue en el grupo por tener alucinaciones, sueños y visiones y que posee la cualidad fundamental del *Homo divinans* (esto es, el conocimiento de las cosas lejanas en el pasado y en el porvenir, la habilidad para interpretar el significado de los presagios, un poder sugestivo que provoca estados especiales en los otros miembros del grupo o que alivia los estados provocados por otros agentes y que posee la se-

guridad del éxito) hace convergir, en sí mismo, la fe de sus compañeros.

El mago es creación del ambiente, esto es, de la sugestión colectiva, cuando el sentimiento de dependencia es muy fuerte y es necesaria la guía de un hombre vigoroso y experto. Actúa al mismo tiempo como el substituto del padre y transmite el pensamiento y la voluntad de los ancestros, expresa las tradiciones del grupo y establece contacto con las fuerzas sobrenaturales. En algunas tribus primitivas, como atestiguan numerosos ejemplos de islas de Polinesia y de ciertas regiones de África, se escoge al mago y se le obliga a aceptar con amenazas su puesto y sus funciones. En algunas ocasiones, especialmente en los tiempos más lejanos, se advierte por todo el grupo una vasta sugestión derivada de las fuerzas naturales o de las condiciones económicas o de otros factores externos, sin que se perciba la intervención de un intermediario. Pero en este caso la sugestión es desordenada, fragmentaria, casual y circunstancial. Con la creación de la figura del mago la sugestión ha objetivado el hecho fundamental, ha descubierto al dominador y se despliega simultáneamente del grupo al dirigente y del dirigente al grupo. De las variadas condiciones del ambiente, de la personalidad del dirigente, de las cosas sugeridas por él, la acción colectiva puede orientarse hacia necesidades místicas, heroicas o destructivas. Tal es el origen de los misterios, de las grandes empresas bélicas o económicas, con un toque heroico como las Cruzadas o de aventuras trágicas similares. En realidad la voz del mago no es otra cosa que el eco de las voces de esperanza y de deseo de la masa. Este hecho corresponde a otro fenómeno biológico, según el cual, los resultados de una actividad fisiológica en un órgano, estimulan a su turno nuevas actividades, ordenadas o desordenadas, normales o patológicas.

En las sociedades primitivas el mago dirige la vida sexual de los individuos y preside todas las prácticas que acompañan a sus manifestaciones, especialmente la fecundación, el nacimiento y la aparición de la virilidad, que se considera como el momento decisivo de la vida del individuo. Enseña y practica los actos propiciatorios y de iniciación, dirige las danzas mágicas y las canciones rítmicas. Enmascarado, rodeado de las más variadas formas de la teatralidad que corresponde a la necesidad psicológica de un individuo doliente o vehemente, es el director de la mascarada que lo acompaña y que asume un papel importante en las manifestaciones del grupo. Interpretando la posición de las estrellas, presagia y prevé el futuro del recién nacido, o por el vuelo de los pájaros y por muchos otros factores coincidentes con el nacimiento. El sabe conjurar y alejar las fuerzas malévolas, cómo evocar y aplacar las sombras de la muerte.

Animado por la necesidad, el deseo y la voluntad de ejercer su poder, el mago constituye la conjunción de las fuerzas sobrenaturales y el grupo. De estas fuerzas sobrenaturales, con las que está en contacto constante en los sueños, alucinaciones, visiones o por otros medios, recibe los mensajes y requerimientos y transmite las órdenes o comunica sus deseos. A los hombres, de los cuales conoce sus deseos y sus necesidades, les muestra el camino para lograr la acción de estas fuerzas o para vencerlas. Hay en el mago una cierta cualidad especial, una técnica particular, que le ayuda a retener su posición en el grupo. Puede ser en realidad, un médico capaz que conoce por su larga experiencia, por la aguda observación o por intuición, los procedimientos necesarios para aliviar de sus males a los que sufren; puede estar dotado del talento musical que le permita producir los rítmicos sonidos o tocar la música que provoque en un individuo el estado de ánimo deseado; o puede saber cómo reproducir las formas y figuras con notable destreza. Sin duda sabe cómo utilizar oportunamente todos los medios de que dispone para provocar admiración, miedo o fe; sabe escoger los colores de las plumas que lo adornan, qué máscara es la más conveniente o qué aroma es el más sugestivo. Pero la cualidad esencial y principal del mago, en todas sus funciones y en todas sus prácticas, es, sin duda, la de saber provocar en sí mismo y en los demás, ese estado de ánimo especial que es necesario para la magia, el estado de encantamiento en el que concentra y aguza su voluntad con la certeza de lograr el resultado deseado. El estado de encantamiento se puede provocar por una serie de medios, muchos de los cuales conocemos y que todavía se usan para producir estados análogos, ensueños, hipnosis, sonambulismo o alucinación o en los estados más simples de reducción crítica o de disminución de la conciencia. Muchos otros medios, algunos de los cuales se han practicado sucesivamente en otros tiempos, se han olvidado o han perdido su eficacia. La música y el ritmo, que originan reacciones emotivas, los perfumes, las substancias venenosas, las monótonas repeticiones de fórmulas, la postura de las manos la fijación en un punto brillante o luminoso, por no hablar de muchos otros, son los medios con los que se crea el estado de ánimo.

Estos métodos, aplicados en varias formas y grados, constituyen prácticas y ritos mágicos. De un lado colocan al sujeto en condiciones de poder admitir las prácticas mágicas, de otro lado le dan al mago la convicción siempre segura de estar dotado de poderes superiores, hasta el punto de provocar el estado de ánimo necesario para someter al individuo a su dominación y a la de las fuerzas que de él emanan.[1]

[1] Es interesante la cuestión de si el mago es siempre un hombre. La persona más experta en la creación del hechizo es la madre o la niñera. Los que

2. La fe y la sugestión

El encantamiento puede ser individual o, en casos más frecuentes, colectivo. En el primer caso, cuando se ejerce sobre un individuo, se refleja, antes que nada, sobre el mago. En el caso del encantamiento colectivo se manifiesta sobre todo como una repercusión o como una especie de contagio entre los participantes, por un efecto de sugestión recíproca o colectiva, la que a su vez puede reflejarse en el mago. Esto no excluye el hecho, como ocurre en los magos de todos los tiempos y lugares, de que empleen sus artes (artes que todavía es necesario efectuar y que algunas veces se practican en la moderna cirugía) para incrementar su poder y su éxito.

Pero la fe es indispensable. Sólo la seguridad del éxito que se deriva de la ausencia de crítica determina el gran resultado. El hombre con un espíritu crítico desarrollado nunca será un verdadero mago. El que no está seguro de sí mismo sólo puede ejercer su poder débilmente, o con ayuda de la violencia. Sólo la confianza en el éxito producido por su propio poder personal, o por factores sobrenaturales a los cuales atribuye su poder, puede ejercer el hechizo que domina a las masas. En el grupo sometido a la sugestión de la personalidad y acción del mago se producen sugestiones recíprocas, a través del contagio, que dan la base para la común y confiada espera del milagro: uno de los factores más importantes en la preparación del estado de ánimo individual o colectivo. El individuo o la colectividad, plenos de fe y de voluntad, animados únicamente del deseo del éxito y de la espera de la acción mágica, se encuentran desde el principio desprovistos de la propia facultad crítica y de la propia acción racional que puede impedir la sugestión o dificultarla. Un primer hecho, por simple o insignificante que sea, se interpreta de acuerdo con la promesa y la expectación, y la impresión que se crea está proporcionada a la preparación, organización y tamaño del grupo. Estos hechos han sido estudiados en ciertas manifestaciones de las masas que se repiten regularmente en la colectividad y en los hechos hipnóticos y sugestivos de cualquier género y grado.

Algunas máximas fundamentales vigentes en los modernos Estados totalitarios se encuentran íntimamente relacionadas con esta idea.

conocen mejor los venenos o tóxicos son el cocinero y la comadrona. La historia de la magia abunda en mujeres que son aficionadas a las artes mágicas (como la pitonisa de Endor o las brujas de la Edad Media y las de tiempos recientes). Sin embargo, el mago es casi siempre un hombre. Y es que la cualidad de dirigente y la de ser capaz de sugestionar —lo que todo mago requiere— raramente se encuentra en una mujer El mago es en la concepción común, la persona que combina las cualidades necesarias para practicar el sortilegio y la sugestión.

La absoluta prescripción de la infalibilidad del Caudillo y la esencia de consignas como "obedecer, no discutir"; "el Jefe nunca se equivoca", y los centenares de variantes que la ley suprema imprime, graba y pinta en miles de formas en los libros, en las casas, en las calles y en las plazas: el dogma se impone a todo el mundo. La fe ciega es la premisa necesaria de la obediencia ciega.

El estado de sugestión colectiva determina a su vez una acción sobre el estado del mago e incrementa su poder, como el aplauso del público u otros signos aprobatorios constituyen un factor dinámico de primer grado para el orador o el artista.

Numerosos milagros relatados por la historia se pueden explicar por esta constante acción recíproca entre el sujeto y el objeto. Casi todos los casos de curación colectiva, de muy difícil explicación, comenzando, por ejemplo, por aquellos en que el paciente sana mientras duerme en el templo de Esculapio, la curación de la escrofulosis por el toque real y las epidemias neuróticas colectivas que han ocurrido en todos los tiempos, principalmente durante la Edad Media (el baile de San Vito, el de la tarántula, etcétera). La base de estos casos es siempre la acción mágica consistente en un fenómeno aislado o consecutivo que tiene un fundamento real y puede demostrarse por la experiencia. En los casos de curación colectiva se trata evidentemente de uno solo, casi curado realmente con la medicina adecuada, o de fenómenos de enfermedades nerviosas vencidas por la acción sugestiva; tales ejemplos crean la fe en el médico-mago y la confianza en su habilidad y en su milagroso poder terapéutico. Pueden citarse numerosos ejemplos en la historia antigua y moderna de casos de sugestión colectiva. Las manifestaciones aisladas que siguen a las alucinaciones o que coinciden con los síntomas de personas realmente enfermas o intoxicadas, producen el temor colectivo, la sensación de malestar y la tendencia a exagerar los hechos ligeros e insignificantes.

Es posible estudiar mejor los hechos de la medicina mágica debido a que es más fácil controlarlos. El médico-mago que puede detener la hemorragia de la herida extrayendo el arma, que puede hacer expulsar un parásito del cuerpo de una persona enferma, y puede quitar el sufrimiento mediante una sangría, hace nacer la creencia de que todas las hemorragias derivan de un arma o de un objeto, visible o invisible, que todas las enfermedades son debidas a un ser viviente que debe ser alejado y que todos los dolores relacionados con las inflamaciones se curan con una sangría. Son numerosos los casos de histéricos que se han curado mediante un toque y un gran número de medicamentos deben su fama secular al mismo origen. Numerosas descripciones y gráficos existentes atestiguan una opera-

ción fantástica: la de cambiar los huesos del cráneo, que logra maravillosas curaciones y que puede citarse como un ejemplo.

Admitida la posibilidad y por analogía casi la certeza, de que la acción sugestiva puede contribuir y aun obtener éxito en casos de enfermedades diversas en los que se observan los primeros resultados favorables, nada parece imposible a los que tienen fe en la acción mágica. *Carmina vel coelo possunt deducere lunam* (Los versos mágicos son capaces hasta de sacar la Luna de los cielos) canta Virgilio. En realidad el círculo mágico es un círculo cerrado, como una corriente eléctrica entre sus dos polos y aun dentro de este círculo las posibilidades y las probabilidades son infinitas.

3. El poder secreto

En la práctica mágica, el mago es el director y no únicamente el actor. La creencia en el éxito le es indispensable: los fracasos nunca le son atribuibles, ni a su arte, sino al ardid de un mago antagónico o a la presencia de pecadores en el auditorio. Su arte mismo, la multiplicidad y el contraste de los deseos y las voluntades, lo exponen a los peligros derivados de la competición de otros individuos que poseen, como él, poderes iguales o mayores, que son capaces de ejercer la sugestión sobre individuos y grupos y explotan sus conocimientos en su propio provecho. Este hecho que impone la necesidad de salvaguardar el poder del mago, contribuye a hacer indispensable la neta diferenciación del mago en el grupo, para garantizar su superioridad en el aspecto material o externo, diverso a los demás. El incienso solemne, el perfume, los vestidos, las máscaras, los ornamentos fastuosos como las piedras de color o las plumas de variados matices, el acompañamiento de la música, la decoración de las casas con los huesos de los muertos o de los animales sagrados, todo lo que es, en suma, raro o difícil de obtener, constituye una prueba de su superioridad y de su poder, y es un factor eficaz en sus proezas. Las manifestaciones rítmicas en todas las formas, la música, la danza, las canciones, la repetición monótona de fórmulas, que son incomprensibles para el vulgo, completan o, mejor dicho, preparan la concentración, la atención, el éxtasis o el frenesí, según el orden del ritmo.

Un mago pobre, débil, modesto y sencillo en su vestir y en su hablar, sin música y sin colorido, es inconcebible, porque se despoja de todo su poder y prueba con esa manifiesta inferioridad su impotencia, a menos que su condición no tome caracteres tales de excepcionalidad extraordinaria que aparezca como una renuncia personal, como expresión de fuerza y voluntad, que supone una sugestiva virtud, cuando la parsimonia en el hablar llega casi al mutismo y la

sobriedad en el alimento casi al ayuno. Estos individuos pueden ejercer a su vez, en ciertos momentos, una sugestión igual o más violenta sobre los individuos o las masas. Tal ocurre cuando los individuos o las masas sienten la necesidad de reaccionar contra las manifestaciones demasiado violentas de poder o cuando otras razones los inducen a aceptar esta fuente de sugestión, lo que es particularmente frecuente entre los pueblos orientales cuya imaginación es excitada por motivos íntimamente conectados con las ideas ancestrales y con las condiciones de su existencia. El ejemplo de Gandhi comprueba de un modo claro este hecho.

La aspiración hacia la eliminación o renuncia a los bienes materiales es una expresión de lo que puede denominarse el hechizo de la muerte. El sacrificio de los bienes terrenos, las reglas de castidad, el ayuno, la abstención en el comer y en el beber, son modos de purificación. El apartarse de todas las relaciones terrenas y el separarse de las pasiones del grupo, constituye una parte importante de la preparación del mago. Esto es perfectamente claro, porque la comunicación con los muertos, sobre la cual funda en gran parte su poder, requiere una separación de todo lo viviente y la admisión de todas las formas posibles de renuncia, que lo aproximan a la muerte. En muchos pueblos primitivos el mago debe abstenerse de comer carne, porque todo contacto con cuerpos de animales se considera impuro. Este principio de purificación material presenta en algunos aspectos una interesante analogía con la purificación ideal del espíritu, que en las épocas más civilizadas conduce, a través de las ideas religiosas, hacia el éxtasis. En algunas religiones primitivas, cuando la magia va cediendo ante el avance de la religión, la purificación comprende e incluye ambas formas y a veces las confunde. Un estudio interesante de Goldberg sobre la concepción mágica en la Biblia, demuestra la identidad del pecado mágico y el religioso.

La preparación de la persona y del lugar, la elección de la víctima destinada al sacrificio y el complicado ritual contribuyen a esta purificación real y simbólica de altísima importancia.

Todo esto determina la separación y la superioridad del mago sobre los miembros del grupo y la necesidad del secreto celosamente mantenido, porque la acción del mago, que presenta un contenido individual y antisocial, dado que no sólo es el portador de la salud o el que salva la vida, sino que puede traer la muerte o causar la enfermedad, debe mantenerse en la sombra. La magia tiende a satisfacer las pasiones de los individuos que requieren su intervención: libres de leyes morales —que no existen en los grupos primitivos—, ninguna acción parece imposible o prohibida. Todo ello hace necesaria la constitución de una casta que lentamente se va formando mediante la

transmisión de las fórmulas secretas y de los ritos, con una serie de procedimientos de iniciación dirigidos a provocar la fe y a inspirar terror. El hombre destinado a ser miembro de la casta debe someterse a estas condiciones de iniciación. La casta detenta el poder misterioso e inaccesible por medio de ritos con frecuencia sanguinarios, a través de costumbres en que la sangre, las prácticas sexuales, el fuego y la destrucción juegan un papel importante, dado que constituyen los elementos reales y las simbólicas fundamentaciones del deseo: de la vida y de la continuación de la vida, de la muerte y de la destrucción.

Desde los tiempos más remotos la sangre ha sido el centro vital de la concepción mágica; el sacrificio de animales, que derivan de los sacrificios humanos más antiguos (el canibalismo fue seguramente en sus orígenes una práctica mágica con el propósito de incorporarse al poder del enemigo, del que se comía la carne; lo que explica la costumbre muy difundida de comerse el corazón del enemigo), se transforma después en sacrificios que, como la circuncisión, presentan un carácter especial de iniciación o con posterioridad en actos puramente simbólicos. Los hechos sexuales, en torno a los cuales se envuelve la vida del inconsciente, encuentran una significación simbólica en mil formas, a causa de la práctica de la circuncisión a la llegada de la pubertad, un rito que forma parte de una iniciación colectiva, que se origina en los usos de los sacerdotes egipcios y que se encuentra en las ceremonias de las primitivas tribus de África.

4. La figura del mago

La casta de los magos, a la cual en épocas remotas necesariamente pertenecía el médico-mago, con el transcurso del tiempo organiza y codifica sus prácticas. Las fórmulas y los ritos se envuelven con el misterio. Un tabú especial, con sus complejas prohibiciones y sus funciones, garantiza la infalibilidad de la casta. Así se establece la inaccesibilidad de los magos y la invisibilidad de los objetos pertenecientes al culto mágico y bajo esta protección ocurre la transformación de muchas prácticas en símbolos, que podemos decir que constituyen una condensación, una substitución convencional, como la de una firma o una cifra por un nombre.

La institución de un sistema de fórmulas rígidas e inmutables, priva a la magia, como a todos los sistemas, de posibles desarrollos ulteriores, porque el necesario respeto a las fórmulas, establecidas y requeridas por el grupo, limitan y circunscriben su acción. El poder individual y sugestivo se transfiere de la personalidad del mago a las prácticas, fórmulas, signos, talismanes y amuletos; más tarde,

estos mismos pueden ser capaces de provocar actos mágicos, así como la acción del legislador se transfiere de la palabra a la ley misma y el espíritu cede el poder a la letra: *quod non est in actis, non est in mundo* (lo que no está registrado no existe). Pero el poder de la sugestión directa permanece en todas las épocas, estrechamente relacionada con la personalidad del mago.

El médico-mago llega a ser el jefe del grupo con la constitución de una casta ligada por los ritos, con la codificación de las prácticas y con el aumento de poder, pero al mismo tiempo y por las mismas razones se inicia la decadencia de lo que podríamos llamar la magia oficial. Esta decadencia deriva en primer lugar del exceso de poder político concedido al mago, lo que compromete o vuelve difícil la posición del jefe guerrero. La decadencia de la magia es debida también, en parte, al desarrollo de la crítica con el aumento de los conocimientos, con la ampliación de las relaciones entre los diversos grupos, con las relaciones contra el sistema organizado, y final, pero primordialmente, con la aparición de los sistemas religiosos. Cuando la fe en la invocación y en la plegaria a una deidad poderosa y remota prevalece sobre las invocaciones y hechizos prohibidos por las leyes religiosas, el poder de la casta declina. Sólo entre los pueblos que viven aislados de todo contacto social y en los que por razones varias el desarrollo de las facultades intelectuales y críticas ha sido detenido, puede la magia adjudicar la gracia y la ventura, el sol y la lluvia y ser el único médico.

La figura del hombre-médico, del hechicero de las tribus primitivas, cambia y se adapta según los tiempos. Se recluye en la magia negra cuando las religiones monoteístas empiezan a surgir y a dominar, o reaparece en la figura del caudillo del grupo, el gran sugestionador que incita a las masas al entusiasmo y a la pasión, a la esperanza loca y a la acción desesperada. A través de la historia permanece invariable el tipo del hombre que guía a las masas y las somete a su poder, suprimiendo toda crítica e ignorando o aboliendo las leyes sociales. Su programa es la creación y la estabilización de una fuerza superior a las leyes de la religión: el super-hombre, el super-Estado, la super-raza; programa que en muchos casos está destinado al fracaso porque se funda sobre imaginarias premisas antagónicas de la realidad. La aventura a la que conduce a las masas es necesariamente una aventura trágica.

En sus notas esenciales la personalidad del mago y del hechicero persiste a través de todos los siglos y de todos los pueblos, al igual que se mantiene el deseo de mejoramiento, la esperanza del milagro, la voluntad de vencer las fuerzas adversas, el temor a lo desconocido, lo que ninguna legislación puede contener de un modo total

Keyserling afirma que no hay ningún hombre que en algún momento de su vida no desee ser un mago. El mago es el intermediario entre el grupo y las fuerzas invisibles, benévolas u hostiles del mundo sobrenatural. Rodeado de misterio es dueño de todos los medios que pueden provocar un estado de ánimo especial en él mismo y en los demás. La obscuridad en sus palabras y en sus profecías, el misterio de su aspecto y de sus acciones, lo hacen aparecer como el portavoz de un mundo remoto e inaccesible. Es una atmósfera de lo sobrenatural, de evocaciones de ideas ancestrales, de tradiciones y leyendas. Su poder se basa sobre la ley de su inviolabilidad y sobre la fe en su infalibilidad.

La historia muestra que ningún mago puede ser infalible y que su poder cesa en el momento en que otro mago muestra su superioridad. Se da muerte a los magos, como cuenta Frazer, al igual que le daban muerte a los reyes en los tiempos antiguos, las gentes que querían heredar su nombre y sus virtudes; en la magia, como en la guerra, la victoria pertenece al más fuerte. La ausencia de éxito necesita explicarse por los errores cometidos por los demás o por la falsa interpretación de las órdenes recibidas. La confesión humana y honesta de los errores cometidos, que es el núcleo de las religiones monoteístas desarrolladas, y el principio de conducta racional, porque reconocen y admiten la inferioridad y los errores de los individuos o de los grupos, no puede aceptarse por el mago y sus iniciados, dado que puede significar su fin y el derrumbe de su sistema. Muchos ejemplos prueban la verdad de este hecho; basta citar la narración bíblica sobre el encuentro entre el mago del faraón y Moisés: aunque el primero era capaz de obtener milagros sencillos (*ot*), no podía realizar milagros extraordinarios relacionados con la colectividad (*mophet*). Este es un ejemplo de la necesidad del mago inferior de ceder el campo ante el superior.

A través de los siglos la figura del mago se delinea en forma diferente, variando en los nombres, en las funciones y en el prestigio: y así permanece hasta nuestros días. Para su poder necesita crear hechizos; es capaz de servirse sabiamente de todos los medios para obtener el éxito. Siempre se encuentra rodeado de la fe del débil, siempre seguro y confiado defensor de su infalibilidad. Un constructor según Kant, un hombre superior según el sentido dado a esta palabra por Nietzsche, posee la cualidad necesaria para guiar a la grey, siendo consciente de este poder y estando dispuesto a aplicarlo.

Aquí se encuentra el núcleo de la creencia en la raza superior de la teoría de la violencia de Sorel y Pareto, de la doctrina del hombre superior, que antes de crear un nuevo orden mundial debe

destruir el presente y eliminar a todos sus oponentes, los que según su concepto son sus enemigos irreconciliables porque piensan libremente, critican con independencia, dado que su poder debe eliminar y destruir, necesariamente y a la vez, la individualidad y la crítica.

VI

INSTRUMENTOS MAGICOS: AMULETOS, TALISMANES Y FETICHES

1. Las plantas mágicas

Como habíamos visto al estudiar la acción del mago y del ambiente, un cierto número de casos mágicos se llevan a cabo directa e inmediatamente como la expresión de actos psíquicos preparados y realizados con la ayuda de fórmulas, gestos, palabras o complicados ritos. En otros casos esta acción se ejerce por medio de elementos mágicos, esto es, por seres o substancias que están investidos de la fuerza mágica y que pueden alcanzar en la acción misma gran importancia. Existen dos categorías de utensilios. La primera incluye los que por razón de alguna característica esencial de eficiencia despiertan el deseo de la acción; entre éstos se encuentran, por ejemplo, las yerbas medicinales, los venenos y tantos otros. La segunda categoría comprende innumerables substancias que por sí mismas, hablando objetivamente, no pueden ejercer ninguna acción eficaz en ningún sentido, tanto favorable como desfavorable, pero cuyo poder deriva, exclusiva y directamente, de las imágenes que provocan en la mente de los actores. Muchos de estos factores pertenecen a ambas categorías, dado que por su origen y por una experiencia secular, son o pueden ser eficaces bajo determinadas condiciones y en cierto número de casos pueden cumplir su papel ampliando la sugestión y la fe.

De acuerdo con la mentalidad primitiva, son también mágicos los factores que proporcionan una protección material e inmediata como el ladrido del perro contra los ladrones, el techo de una cabaña contra la lluvia, el rumor del fuego que aleja a los animales feroces. Cada acontecimiento de la vida está contenido en el círculo mágico y el uso de la magia se emplea tanto para la defensa como para el ataque. Dado que en la mentalidad primitiva, como se ha señalado, no existe una separación rígida entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo normal y lo milagroso, entre lo posible y lo imposible, cada acto está determinado en su preparación y en sus probabilidades, sólo por las necesidades y los deseos.

Considerando las condiciones de vida de los pueblos primitivos es natural que el primer factor mágico y el más importante sea el empleado para combatir y prevenir las enfermedades y la muerte. Puesto que la enfermedad y la muerte se consideran mágicas, porque

indican la obra de fuerzas visibles e invisibles, la acción mágica se considera necesaria para la protección. Se encuentran numerosos remedios tomados del reino vegetal, algunos de ellos con un valor terapéutico real, tales como raíces de plantas como el ajo, la zanahoria, la escila, etcétera; yerbas medicinales como la ruda, el ajenjo, la artemisa, el helecho, el hisopo, el aceite de ricino y la verbena, para citar sólo las más populares; flores como la peonía, el áster, las rosas, el clavel, el botón de oro; semillas como las del cardo o la del muérdago; maderas y cortezas como las del áloe y el tejo; resinas como la benzoína, el alcanfor, la mirra, el lentisco, la goma y el incienso.

La historia de las plantas mágicas puede seguirse casi sin interrupción hasta nuestros días, porque casi todas las plantas a las que les fue atribuida una virtud mágica por los pueblos primitivos han conservado su popularidad. Algunas veces, como ya se ha dicho, esta popularidad deriva de poderes terapéuticos reales, como, por ejemplo, el uso de las raíces de la quina, que está autorizado por la medicina científica, pues su poder de curar las fiebres intermitentes era bien conocido en los pueblos de la América precolombina. En muchos otros casos las virtudes de estas plantas dependen de su forma, de su aspecto, de la semejanza de las raíces, las flores o los frutos, con ciertos aspectos de enfermedades o con cualquier órgano del cuerpo humano. El ranúnculo se considera excelente para la curación de las enfermedades de los riñones a causa del color amarillo de sus flores, y se pueden citar numerosos ejemplos similares. Esta teoría, que fue denominada la teoría de las "signaturas", debido a que las plantas revelan en su aspecto los signos de su poder curativo, está representada especialmente por Paracelso.

La huella de la magia en estos casos, no es otra que la documentación oficial —exagerada y envuelta en un misterio por el mago— de las cualidades esenciales que la medicina empírica ha reconocido después de una larga experiencia. Ningún médico experto debe asombrarse de que la propaganda con que se presenta al público el medicamento, tienda a exagerar las indicaciones y su eficacia.

Citemos, por ejemplo, la famosa planta de la mandrágora. Casi todos los recetarios de la Antigüedad y de las épocas medievales alaban las cualidades de sus flores, hojas y raíces en formulados para sedativos y poderosos soporíferos. La mandrágora fue remedio de más alto precio hasta el fin de la Edad Media. También famoso como afrodisíaco, como narcótico, para [illegible] embarazo. Toda la literatura de treinta siglos, desde las [illegible] sas hasta Shakespeare, desde la Biblia a Maquiavelo, consagran celebridad. A causa del poder atribuido a la mandrágora [illegible] por la más reciente investigación química, dado que [illegible]

CENTRO DE ESTUDIOS MAYAS • FONDO D. SODI • U.N.A.M.

tancias sedativas y estupefacientes como la atropina, se ha formado toda una leyenda y un ritual mágico para cosechar la planta y escarbar sus raíces. Se encuentran numerosos ejemplos de la búsqueda nocturna de esta planta, en cementerios y bajo las horcas, porque la mandrágora que crece bajo un cuerpo colgado es particularmente eficaz. Las raíces se describen como representaciones de cuerpos masculinos o femeninos, en analogía con sus facultades afrodisíacas. De aquí que la planta llegue a ser un talismán que se prende de los escudos de los guerreros o en el cuello de los niños. Éste es un ejemplo clásico de la elaboración de todo un complicado edificio simbólico derivado de una observación experimental, simbolismo que todavía se mantiene vivo en gran parte del Oriente.

En otros casos la fama de la virtud mágica de la planta deriva de causas completamente diferentes. Así hallamos, por ejemplo, una planta famosa por sus virtudes mágicas, y que todavía se encuentra en muchas casas, especialmente en Inglaterra, Alemania y Francia, a la que se considera dotada de una particular virtud apotropaica, es decir, capaz de alejar el peligro o los demonios. Cada año en Navidad o Año Nuevo, millones de ramas de muérdago expresan los buenos augurios y la esperanza de aportar buena suerte a la casa en donde se las ha colgado. ¿No era éste el origen de su fama, de la cual habla Plinio en su narración del culto que le dedicaban los galos? Y en la leyenda nórdica de Balder, el héroe mitológico, es una rama de muérdago la que da muerte a un dios enemigo. El origen de su fama quizá derive de que el muérdago es una planta parásita, que crece sobre otras plantas, no tocando tierra sus raíces. Se cree que el muérdago ejerce una acción mágica protectora sobre los grandes árboles, la que se considera como la transfiguración de una fuerza sobrenatural. Actúa contra todas las fuerzas que tienden a postrar al hombre, contra la epilepsia, contra los abortos y contra los rayos que hieren la tierra desde los cielos. Aún más: después de miles de años, la fe en las virtudes mágicas del muérdago se mantiene viva entre los campesinos de la Bretaña, que lo consideran un protector de las casas contra los rayos, entre los originarios de Escocia que la llevan consigo en los viajes como un talismán contra la mala suerte y, finalmente, en los grandes centros de Europa y América, el muérdago cuelga detrás de las puertas o en las lámparas, como un amuleto que defiende la casa contra todo mal.

El tabaco importado de América como una hierba mágica curativa, y que era usado en los pueblos americanos ha gozado de renombre en toda Europa durante tres siglos, como un remedio universal y eficaz.

Sólo hemos citado algunos ejemplos, que podrían darse por cientos, para mostrar la gran tenacidad con que viven las leyendas y las supersticiones en el inconsciente, y las relaciones que presentan estas ideas mágicas con la observación de la realidad hábilmente exagerada, aunque esto no pueda demostrarse de un modo claro.

2. Remedios animales y minerales

Casi todos los animales han contribuido a la terapéutica mágica en todas las épocas: el cuerno del ciervo, la bilis del perro, la sangre del asno, los testículos de varios animales, la víbora, el lagarto y otros numerosos remedios mágicos desempeñan un papel importante.

Estos remedios se aplican en la forma más variada en toda la medicina antigua. Los baños, las fumigaciones, los ungüentos y los aceites se usan en muchas enfermedades con el propósito de defender al enfermo del maleficio y alejar de él la causa del mal. Se tiene la creencia de que los polvos, los cocimientos, las aguas aromáticas y diferentes clases de baños, aplicados por vía bucal o externa, así como composiciones de diversos géneros, constituyen un remedio eficaz contra todas las infecciones.

Se atribuye un gran poder al agua, en especial a la de los ríos y del mar. El agua en la que se sumergen carbones ardiendo se considera en la antigua magia un remedio soberano contra el mal de ojo. Esta creencia en el poder del agua para la protección y la purificación, ocasiona, evidentemente, la afirmación talmúdica de la perfecta inmunidad del pescado y su perfecta salud porque vive en el agua. De esta idea deriva la práctica de bañar a los niños, de lavar a los cadáveres, según el concepto primitivo que permanece en las prescripciones bíblicas; la orden severa de lanzar el agua en donde se ha tomado un baño porque contiene fuerzas mágicas peligrosas, así como otros numerosos preceptos. En las fórmulas terapéuticas de la antigua Asiria, el agua tiene un papel importante y los conjuros contienen esta fórmula: "Tu magia, tu veneno, tu maleficio, desaparecen con el agua de mi cuerpo y te arranco de mis manos con el agua de la purificación." Este concepto del lavado mágico, concepción fundada en una verdad real, aparece conservado y ampliado en las civilizaciones más antiguas. Se cree que el agua del Jordán cura la lepra; en la antigua India se concedía la máxima eficacia a bañarse en el Ganges o ponerse agua del río en las partes infectadas del cuerpo. Del mismo origen deriva el lavado de los árabes y la purificación de los sacerdotes egipcios. Este concepto se encuentra también en las antiguas leyendas celtas y teutónicas.

No es menos importante el poder mágico atribuido al fuego. Del concepto protector del fuego y de la luz que mantienen alejados a los

animales y que ejercen una acción benéfica sobre el organismo, surge la idea de la purificación por medio del fuego, una idea fundamental sobre todo en las razas primitivas, que se expresa en las antorchas encendidas prescritas en las tablas del ritual de la antigua Babilonia y en los ritos hindúes, bíblicos, persas y espartanos. Los ejércitos van precedidos de portadores de antorchas; durante el parto o después de la muerte cada práctica mágica va acompañada del llamear de los fuegos. En la antigua medicina mágica asiria, el mago lanzaba al fuego objetos fácilmente combustibles pronunciando estas palabras: "Al igual que se queman y desaparecen estos objetos, así desaparecen de este hombre la enfermedad y la impureza." El concepto de alcanzar la purificación atravesando un fuego, deriva de esta idea fundamental, que se liga en los tiempos posteriores con la Dea Candelifera de la antigua Roma (la diosa que lleva velas), que protege a los recién nacidos impidiendo que los espíritus malignos se acerquen al niño. En esta idea se origina, también, el uso de las antorchas en los matrimonios, en las festividades, en los funerales y sobre las tumbas.

Es naturalmente sobresaliente el papel atribuido a la tierra considerada como diosa y madre, de la cual todo procede y a la cual todo retorna. Es una práctica frecuente entre los pueblos primitivos, enterrar al enfermo para curarlo, en la convicción de que la enfermedad y sus causas se quedarán en la tierra y que a través de la protección de la tierra no podrá actuar el maleficio.

Desde los tiempos más antiguos se conocen una gran cantidad de remedios procedentes del reino mineral. Los primeros son las piedras preciosas, el jacinto, el zafiro, la esmeralda, el berilo, la perla. Se atribuye una acción importante a los meteoritos y a casi todos los metales, pero principalmente el oro, la plata y el hierro contienen muchas y variadas virtudes terapéuticas.

Se consideran como excelentes remedios contra los maleficios al oro y a la plata, y esto explica la costumbre de dorar los cuernos de las víctimas destinadas al sacrificio, el poner oro en la boca de los muertos, el uso de ornamentos de oro: anillos, collares, coronas, máscaras y tantos más. También se atribuye un notable poder mágico al cobre y al bronce, pero inferior al del hierro. El hierro es el material con que en toda época se forjan las armas y los instrumentos, lo cual es por sí mismo una evidencia de su poder protector. Se cree que posee un poder profiláctico y curativo en todas las enfermedades y en todos los peligros, y que defiende al individuo contra todo maleficio: se considera importante su aplicación en los casos de convulsiones. Las cadenas y anillos de hierro, las herraduras, los cuchillos, los clavos y en general todos los objetos hechos de este tenaz

metal, cuya posesión representa para el hombre primitivo una defensa eficaz y una riqueza preciosa, se consideró en épocas remotas que protegía contra el mal de ojo, siendo innecesario destacar cómo esta creencia se mantiene viva y extendida en nuestros días. Un vestigio de esta creencia es la costumbre de tocar hierro y, últimamente, madera.

Más tarde, se señalan poderes curativos y mágicos a otros metales como el zinc, el antimonio y el mercurio.

3. Amuletos y talismanes

Ya hemos citado los utensilios mágicos más importantes dirigidos a combatir una enfermedad real o a proteger al hombre de la amenaza de los padecimientos y la muerte. No menos importante es la serie de factores mágicos cuyas virtudes derivan de la sugestión y que tienen la misión de defender al individuo y a la colectividad del mal de ojo y de otras influencias malignas.

Los amuletos han existido, sin duda, desde el comienzo de la historia y han conservado su fama a través de los siglos. En un tiempo la palabra amuleto indicaba un objeto con un poder curativo. Se discutió la etimología de la palabra, en gran parte por los antiguos romanos, quienes creían que el término derivaba de la palabra *amoliri*, esto es, alejar el mal. Más tarde se admitió su derivación de la palabra griega *amma*, nudo, o de *amula*, palabra con la que se indicaba antiguamente los vasos de ámbar que se colgaban del cuello de los niños para mantener distantes a los espíritus malignos. Finalmente se consideraba derivada de la palabra árabe *chamalet* o de la griega *amulon*, almidón, remedio que se estima infalible contra los envenenamientos. El término "amuleto", en su uso general, indica un objeto que posee la cualidad mágica y pasiva de defender al portador de las influencias malignas. Esta palabra corresponde a la de *bulla* de los antiguos romanos, a la de *fascinum*, originalmente el falo, al cual se atribuye un considerable poder mágico defensivo y a la de *filacteria* o agente apotropaico de los griegos.

Es necesario distinguir entre amuletos y talismanes. La palabra "talismán", según Seligmann, deriva probablemente del griego *telesma*, objeto de lujo, algo perfecto, o del árabe *tamina*, objeto mágico, o quizá se encuentra en relación con el término hindú *tali*, regalo hecho por el esposo a la esposa en el acto del matrimonio, o con algún otro objeto apotropaico, el *taleth* bíblico o mantón en el que se envuelven las gentes para rogar. El talismán ejerce una influencia mágica activa, ya que puede proporcionar fortuna o éxito a quien lo lleva. A veces estos dos conceptos se confunden y el talis-

mán es también amuleto o viceversa. El hombre primitivo considera a los dos como medicinas y el hombre-médico o chamán los escoge y distribuye.

El más antiguo es el formado con partes del cuerpo o con secreciones de una persona o animal. Entre ciertos pueblos primitivos el padre unge al niño con grasas recogidas de su propio cuerpo; envuelve su cuello con las uñas o piel de un animal, lo cubre con el cuero de un toro, de una liebre o un tigre. En nuestra época se encuentran restos de estas costumbres en el valor atribuido a los dientes o plumas de ciertos animales, al pelo del elefante o a cosas similares.

Una gran importancia tienen los dibujos de signos mágicos en la piel, de donde deriva el uso del tatuaje. La práctica de este último ha logrado una extensión enorme, universal, y se ha mantenido a través de los siglos, con un significado idéntico que todavía conserva. En los primeros tiempos se ejecutaba el tatuaje introduciendo bajo la piel substancias de diversos géneros que daban relieve al dibujo. Las figuras y amuletos prehistóricos de Chipre conservan con claridad los signos de tatuajes y en el culto de Cibeles se grababa la marca con alfileres candentes.

En las épocas primigenias, en las que predominó el dibujo lineal o geométrico, había la costumbre de tatuar estrellas. El consiguiente desarrollo va mostrando tatuajes que representan animales extraños y fantásticos, actos obscenos, figuras simbólicas como pájaros de amplias alas que dirigen su vuelo hacia el corazón de la persona, serpientes que se enroscan a lo largo de los brazos o piernas, figuras de mujeres o nombres de seres queridos: es evidente que la figura posee idéntico poder que el objeto y que la palabra escrita tiene una virtud igual a la de la cosa que expresa.

Todos los adornos del cuerpo son, en su origen, amuletos o talismanes. En su origen eran signo de bienestar y salud y con el transcurso del tiempo se transformaron en adornos cuyo significado mágico se ha olvidado, como ocurre con los collares, las perlas, los anillos, etcétera. Este carácter mágico atribuido a los amuletos explica cómo todavía en los tiempos históricos, no se admite su herencia y se les entierra en las tumbas con el muerto, como ocurre con las joyas maravillosas de los reyes egipcios o de los guerreros griegos y en otros casos en periodos más recientes. El carácter mágico de los amuletos explica igualmente la cantidad de adornos usados por los pueblos primitivos en todas las partes de su cuerpo: en las narices, labios, orejas, cuello, brazos y pies. Esta costumbre no deriva de ninguna consideración estética y significa la defensa de todas las partes del cuerpo de los peligros que lo amenazan.

El amuleto debe llevarse sobre el cuerpo, dado que su poder deriva de su contacto con la piel. De acuerdo con esta idea, que explica por qué las figuras y dibujos sobre la piel poseen un poder mayor e inmediato, los amuletos y talismanes forman con el individuo un nexo indivisible.

Las "mascotas", los animales u objetos portadores de suerte y que protegen contra los peligros y la desgracia, y que alcanzaron enorme popularidad en la última guerra, es evidente que pertenecen a la categoría de amuletos y talismanes.

4. La acción de los factores mágicos

La virtud de los distintos amuletos y talismanes deriva de algunas características personales, como consecuencia de la sucesión de hechos en los que se cree encontrar un nexo causal. El individuo que considera que la fortuna lo favorece o la desgracia lo hiere cuando viste un cierto vestido, lleva algún adorno u objeto, tiende a atribuir aquellos fenómenos a estos objetos. Esta idea permanece en nuestra época.

Un criterio fundamental en la selección de los amuletos se basa en su apariencia o en la substancia con que están hechos, o con el propósito que persiguen. Las plantas y minerales de color rojo curan las enfermedades de la sangre; la piel del antílope da velocidad, la piel del elefante y del león, fuerza. Así se explica la importancia de los anillos y adornos de marfil, de garras de leopardo y de otras partes de animales poderosos.

Existe la creencia de que la fuerza mágica inherente a un objeto se transmite a otro. Esto conduce a la fabricación de amuletos y talismanes artificiales, a los que el mago transmite la fuerza del objeto original o el poder que él mismo posee, de acuerdo con la convicción dominante en ciertos grupos humanos, lo que se lleva a cabo por medio de una serie de ritos. Se considera necesario acompañar la preparación de los objetos mágicos con ceremonias y ritos. Algunos amuletos requieren que se lleven de cierto modo y en forma visible; otros, por el contrario, deben mantenerse ocultos y secretos, ya que pierden su eficacia si alguien puede verlos o siquiera imaginarlos; otros, como hemos dicho, constituyen puros adornos. El amuleto y talismán por excelencia, aquel cuya principal función la origina el valor que se le atribuye, es la varita mágica que se usa para mantener alejados a los enemigos, para trazar el círculo mágico, para señalar el punto donde deben congregarse las fuerzas mágicas, para unir y dividir. La varita mágica se menciona en la Biblia en relación con los milagros realizados por Aarón ante el faraón y con el agua sacada de la roca por Moisés. La varita de Esculapio, en torno a la cual se

enrosca la serpiente, puede también citarse en este sentido. No se encuentra quizá ningún ser viviente o ningún objeto inanimado, en el que la creencia del pueblo no haya supuesto un amuleto o talismán.

De los amuletos y talismanes se distinguen los fetiches. La palabra fetiche deriva de la portuguesa *feitiço*, ficticio, y muy probablemente tiene el mismo origen que la italiana *fattura*, acción mágica y *fattucchiere*, hechicería. En el siglo XVIII los exploradores y marineros la aplicaban a las prácticas religiosas de los pueblos primitivos y concretamente a la idea de divinidad que reside en objetos materiales y a su adoración. En realidad no se ha demostrado que el primitivo considere al fetiche como la sede de la divinidad o del espíritu superior a que adora; no se encuentra una diferencia esencial entre la idea de talismán o amuleto y el fetiche. Este último rinde una fuerza especial provocada por el mago, es impregnado de este poder y, para conservarlo, se requieren muchas prácticas y procedimientos, sin los cuales lo perdería y quedaría sin ningún valor. Frecuentemente los fetiches son figuras de hombres o de animales de formas extrañas o con ciertos órganos excesivamente desarrollados. Pueden ser también dientes, cuernos o plumas de animales, partes de plantas u objetos elaborados en las más variadas formas. Al lado de los fetiches individuales se encuentran fetiches colectivos a disposición de todo el grupo al que protegen de todos los males.

El poder atribuido a los factores mágicos, sean inherentes al objeto mismo o transmitidos de otros objetos, personas o animales, sólo en muy pocos casos se encuentra conectado con reales poderes terapéuticos o protectores, reconocidos y comprobados, como en ciertas substancias medicinales. Debido a la creencia en una posible transmisión de su poder superior, éste se atribuye, en una proporción mucho mayor que la realidad, a un número contado de objetos. La acción tóxica, real y experimentada, de cierto veneno, puede ejercitarse por cualquier substancia a la que se haya transmitido ese poder mediante ciertas prácticas y, de igual modo, los valores terapéuticos o profilácticos de una planta medicinal pueden fácilmente transmitirse a otra substancia puesta en contacto con ella. El valor de los medios mágicos deriva en gran parte y casi exclusivamente de la sugestión que conduce a creer en la existencia de tal virtud. Su fuerza depende de la sugestión y será mayor si se combina la sugestión colectiva con la autosugestión. Por esto los factores mágicos en sí mismos poseen escasa importancia y es necesario no olvidar que su actividad deriva de la sugestión de su poder. Por su forma, por su rareza, su singularidad u otras características que excitan la imaginación, y finalmente y sobre todo por la creencia tradicional en el poder conectado con ellos, influyen en la mente del hombre primitivo. Obrando sobre el inconsciente a través de cientos de miles de años, a despecho de toda la superestructura de la civilización, ejercen su poder aún sobre personas cuyas facultades críticas están bien desarrolladas, y su acción se acepta generalmente casi sin discusión, como una posibilidad que se tiene en cuenta por necesidad o por prudencia.

VII

PRÁCTICAS, FÓRMULAS, RITOS Y SÍMBOLOS

1. La música, los gestos, las danzas y las palabras en la fascinación del ritmo

La historia de las prácticas mágicas, esto es, de los procedimientos por medio de los cuales se inicia y efectúa el acto mágico, revela la historia de las aventuras de la mente. Con la necesaria discriminación entre las fuerzas benévolas y las adversas, con la organización de la jerarquía de los magos y la fijación de las prácticas de hechicería, aparece la necesidad de recoger en un grupo y con reglas fijas un cierto número de prácticas derivadas de un concepto análogo o idéntico. La música rítmica, que precede y acompaña al mago en su acto, ejerce una acción excitante o deprimente sobre las facultades emotivas. El ritmo predominante en un momento o en un ambiente dado, expresado por medio de la música, puede ser justamente considerado el factor determinante de la acción mágica, porque tiene una parte destacada en la creación de la atmósfera necesaria. El efecto de los colores, a veces combinados armoniosamente o a veces en contrastes estridentes, el uso de perfumes embriagantes que contribuyen a crear un estado de ánimo especial, las luces intensas, los intermitentes resplandores que iluminan cosas horribles o escenas pavorosas, son otros de los factores que se usan en las prácticas mágicas de un modo predominante. Cumplen la función extremadamente importante, como se ha dicho, de preparar la atmósfera, de concentrar la atención sobre un punto particular, de eliminar la crítica, de excitar las facultades emotivas de los espectadores y de imbuir la fe en el milagro. Constituyen los elementos verdaderamente activos de la magia. La música, los ruidos y la luz son factores mágicos que actúan a distancia para alejar a los enemigos, para ahuyentar a los poderes adversos, o para pedir la ayuda de las fuerzas amistosas: son la eficaz invocación al poder que llena el mundo mágico. La danza señala la reunión de los iniciados en el círculo mágico.

Fórmulas incomprensibles, repetidas largamente en una voz monótona en medio del más profundo silencio, concentran la atención de los espectadores en la acción. Las danzas rítmicas poseen originalmente un carácter mágico imitativo porque reproducen parcialmente los gestos de los animales, lo que recuerda la popularidad del paso

de ganso de Alemania, o los de los individuos bajo condiciones especiales de excitación.[1]

Estos movimientos rítmicos acompañados por una música monótona, repetida una y otra vez, con una melodía triste, lenta y nostálgica, provocan en los oyentes un estado de ánimo que puede llegar a ser alucinatorio, y determina la misma condición mental en los ejecutantes. De aquí la importancia que los movimientos rítmicos han tenido a través de los milenios, en sus formas varias, unidos a otros factores como el canto, los vestidos, colores, perfumes, danzas, etcétera. Para citar un ejemplo moderno basta recordar la significativa importancia atribuida al enérgico saludo nazi y fascista. El sugestivo valor de las danzas, que son en sus orígenes una serie de gestos afectivos y emotivos, derivan sin duda de su condición fascinante, de la teatralidad del danzante, de los cambios aparentes o simulados de su personalidad. Algunas antiguas danzas mágicas representan el movimiento cíclico de la vida y de la muerte, por lo que ocupan una notable parte en los rituales funerarios. Estrictamente ligado a las danzas está el origen de los misterios, de los cuales se deriva el drama.

Cada acto importante de los pueblos primitivos es precedido o acompañado por la música, la que se ejecuta durante la construcción de una cabaña o un camino, en todos los tipos de trabajo agrícola, especialmente en la siembra y en la cosecha. Las danzas son el preludio para la celebración de todas las ceremonias simbólicas, al igual que de la guerra, y son una parte esencial en toda manifestación del hechizo de la vida y de la muerte.

La variedad de las danzas entre los pueblos primitivos es tan notable, que es difícil explicar su origen por una regla general. Entre ciertos pueblos, como los esquimales, las danzas son una imitación de los movimientos de pájaros o animales; Eyre describe una danza del canguro en el lago Victoria como una imitación maravillosa. Otros pueblos imitan los movimientos de las ranas, lo que tiene como propósito invocar mágicamente la lluvia. Catlin relata que los indios mandan del Missouri, para obtener una buena caza, organizan la

[1] El ritmo repetido como una fuente de placer y sugestión, tanto para el niño como para el primitivo ha sido analizado convincentemente por Rene Spitz en "Wiederholung, Rhythmus, Langeweile" (*Imago*, 2, 1937). Afirma que la repetición de una acción o de un cuento, al igual que la de un ritmo, produce un sentimiento de estar protegido de lo desconocido, que aparece siempre como un peligro. La cosa bien conocida es segura. El adulto, con un sentido crítico despierto, encuentra monótona la repetición, pero en ciertos casos en los que predomina el inconsciente, la acepta y llega a ser un modo de sugestión. Ernst Lach sostiene que la repetición es una ley fisiológica y biológica relacionada con la circulación.

danza del búfalo, que dura día tras día como una imitación de los movimientos de este animal.

Las danzas demoniacas que he tenido ocasión de contemplar en Ceilán y en la India septentrional, en la que los participantes están enmascarados, tienen siempre un origen mágico y un carácter de ritual.

Otras danzas rituales derivan evidentemente de la imitación de los epilépticos o de otros psicópatas y poseen la intención de provocar análogos estados de excitación en los danzantes y en los espectadores. Algunas veces las danzas son ejecutadas por individuos ebrios y acaban en orgías. En ocasiones caen de verdad por tierra víctimas de convulsiones. La danza del derviche, acompañada de gritos y manifestaciones semejantes, que todavía podía verse en Scutari, en la Turquía asiática, es una derivación de las primitivas danzas mágicas.

El uso mágico de la música y de la danza, del sonido y del ritmo, precede sin duda al de las palabras, las cuales son esencialmente humanas, puesto que los factores mágicos señalados hasta ahora son deducidos de la naturaleza y constituyen imitaciones de los ritmos naturales o de los actos de los animales. Representan la acción central por medio de la cual se prepara la atmósfera de una vez para siempre o poco a poco, y se mantiene de un modo constante a la misma temperatura.

El valor sugestivo de las palabras, en el ritmo más que en la significación, se ha reconocido desde los tiempos más antiguos. Desde las épocas más lejanas, las palabras pronunciadas en las prácticas mágicas han sido cantadas. En el antiguo testamento (Samuel I: x, 5; Reyes II, 3, 15), se señala el poder de la música para provocar un estado de encantamiento o de exaltación: al decir de la antigua expresión, las palabras mágicas vuelan en las alas de la música. El mago canta y cuando durante el canto se exalta, se escucha su palabra como una orden o como una profecía, mientras que sus gestos adoptan una significación decisiva.

La palabra adopta un valor particular cuando toma la forma de un ritual, de una bendición, de una maldición, de un juramento o de un exorcismo. La bendición es considerada como un hecho cumplido: la simple manifestación del deseo equivale a la segura e irremediable objetivación del deseo mismo. Nada puede interferir en este hecho logrado como se muestra en el ejemplo de la bendición dada por error a Jacob por Abrahán, obtenida por fraude, pero en la que no es posible anular los efectos.

Las maldiciones y las invocaciones de las fuerzas adversas o de acontecimientos terribles se consideran, igualmente, hechos entre los hechos: frecuentemente se combinan los juramentos con las maldiciones. Negelein observa, justamente, que los pueblos primitivos consideran el juramento como una fuerza demoniaca, una cosa extraña que sale de la boca, que ejerce un efecto inmediato, quemando los labios y la lengua si se usa falsamente. La tribu kpelle de África atribuye la destrucción de los tejidos de la boca, de la nariz y de los labios, causada por la lepra, el lupus o la sífilis, a los efectos de un brebaje dado a las personas para probar la veracidad de sus juramentos.

El conjuro, que es la invocación en la cual se alejan los peligros o las fuerzas adversas y se defiende la integridad del individuo o del grupo, tiene en verdad un origen remoto, cuyas huellas pueden encontrarse en las más antiguas representaciones gráficas de las épocas prehistóricas: dibujos simbólicos de animales heridos, de escenas violentas, de plantas y objetos con el único propósito de expresar un deseo violento. Al mismo tiempo esta expresión de deseo es, sin duda, una orden a través del poder mágico, al igual que las órdenes de los soberanos que se expresan en forma de deseos.

2. Fórmulas y símbolos

De todo lo expuesto hasta ahora, aparece claro cómo con la organización de la magia, con la constitución de una clasificación de las prácticas mágicas y con la fijación de estas prácticas, las fórmulas y los ritos lentamente se han transformado en símbolos.

El origen de muchos símbolos es naturalmente el mismo. La cruz, el símbolo más antiguo y más ampliamente conocido, representa los frutos colgando de los árboles. Pero también se origina del cruce de dos líneas opuestas: la horizontal indica estabilidad, la quietud, el agua; la perpendicular significa el movimiento, el nacimiento, el fuego: dualismo y bipolaridad, la unión resultante de dos contrastes fundamentales: símbolo antiquísimo de los egipcios, de los cretenses y de los pueblos más antiguos. El círculo, un símbolo de eternidad e infinitud, es probable que derive su significación simbólica de los grandes astros que dominan en nuestro universo: el Sol y la Luna. El círculo expresa el concepto de la ley cíclica de la vida, de la muerte que renace, de la cual los pueblos antiguos creen que la serpiente es el emblema. El exágono, símbolo de perfección, se presenta en las flores, en los copos de nieve; el pentágono es una de las formas de la naturaleza viviente y aparece como símbolo de humanidad.

El ejemplo más elocuente de un símbolo aceptado universalmente es el del altar, que procede de tiempos antiquísimos y que aparece profundamente sugestivo, símbolo de la losa, plancha o mesa so-

grada, en la que se situaban los alimentos consagrados a la divinidad, los sacrificios, y en donde ardía el fuego eterno.

Las fasces romanas, el símbolo del poder, debido a que en la Roma antigua se representaba en el haz del licor la estrecha unión de varias tribus, devienen en el Estado totalitario moderno, la expresión simbólica o sagrada del absolutismo dominante, que liga las diversas voluntades con el lazo de un poder indisoluble. La esvástica, en los antiguos hindúes, originlamente símbolo del movimiento solar e intimamente conectada con todos los mitos solares, surge con una nueva vida, como símbolo definido y rígido de un culto personal e irracional, que trata de reforzar la leyenda de la raza aria superior.

La escritura tiene un origen mágico. Los primeros signos grabados en las rocas, las figuras mágicas de divinidades amadas o temidas, aparecen como simbólicas. En los ideogramas (que representan partes del cuerpo, actos sexuales, fenómenos de la vida) cada signo indicaba una palabra y un concepto. En una palabra, la primera letra (y después cada letra) es un símbolo. En las primeras épocas la escritura es emblemática y secreta, inteligible sólo para los iniciados.

Se encuentra una serie de otros signos simbólicos que tienen el mismo origen y que están basados en el concepto de la relación entre las virtudes visibles y secretas de las cosas. La fuerza real o material de la ligazón de un indivíduo o de varios individuos a un lugar o a una aspiración determinada, encuentra su expresión simbólica en el anillo, en los cinturones, en los collares. El trazado del círculo en torno a las patas de los animales para impedir acercarse a las fuerzas malignas, y que deriva de la costumbre de levantar empalizadas y quizá constituya su idea originaria, todavía subsiste en varias regiones del globo, en las costumbres de los campesinos. De igual modo las fórmulas y palabras son simbolizaciones abreviadas de largas invocaciones, así como en los primeros alfabetos la forma de cada letra compendiaba muchos conceptos distintos.

Se usan las representaciones de estrellas, de plantas y de animales mágicos para simbolizar las fuerzas, los deseos, las atracciones y las antipatías, las simpatías y el odio. De la misma manera que las huellas simbolizan y encarnan a un animal, y el nombre y aun la sombra de un hombre lo simboliza y representa, el fulgurar de los astros contiene el poder que se le atribuye y posee la misma cualidad. Los símbolos de las plantas poseen cualidades curativas, y los de los animales constituyen una amenaza o un peligro. Freud afirma que el valor de los símbolos deriva de estar constituídos por los materiales contenidos en el inconsciente. Así, en realidad, cada símbolo sugiere, reclama o recuerda, defiende un instinto, un deseo, una esperanza.

3. El poder de los símbolos mágicos

Con el progreso del tiempo, las prácticas mágicas se codifican y tienden cada vez más hacia su fijeza y rigidez, de igual modo que lo hacen con el perfeccionamiento de las facultades intelectuales, las leyes de los gestos, del lenguaje, de la escritura, de la música, y las recíprocas relaciones sociales. La representación simbólica toma una mayor importancia, dado que tanto los deseos, las necesidades y los medios que el hombre emplea para satisfacerlos, como los peligros que derivan de la lucha en que el individuo y la colectividad se encuentran sumidos, aumentan de un modo constante. Uno de los principales motivos de este hecho es la conservación fiel de numerosas prácticas mágicas en ordenadas colecciones y la creencia de que producir nuevos procedimientos puede ser peligroso. Así como en el lenguaje un número relativamente restringido de palabras debe representar un número de ideas (a veces más amplio, a veces más limitado, debido a que un continuo aumento hace necesarias nuevas subdivisiones), así un cierto número de símbolos debe constituir el fundamento del repertorio mágico. Hasta cierto punto esto hace indispensable la intervención de un experto, que es el único que sabe cómo interpretar y utilizar los símbolos, mientras que el hombre primitivo era capaz, o creía serlo, de lograr la práctica necesaria para el éxito por la simple imitación.

El mago de las épocas en que la magia se regía por fórmulas fijas, estaba, en relación con sus predecesores, en la misma posición que se encuentra el científico de hoy, en su conocimiento del significado de las fórmulas, en relación con el experimentador o práctico de siglos pasados. Así como las fórmulas que expresan fuerzas elementales son las más conocidas del profano y aun podríamos decir las más populares, las figuras simbólicas más difundidas y aceptadas son las más sencillas. De aquí que los símbolos más simples y elocuentes sean las figuras geométricas que sugieren la protección de la casa, la línea circular limitada a sí misma, que da la idea de la unión completa en la cual no puede ingresar o salir el enemigo. Las formas de las letras del alfabeto primitivo (conservado en las lenguas semíticas), en los números que simbolizan en su forma rígida el concepto del ritmo —dominando en la naturaleza en una serie de fenómenos perfectamente conocidos y observados por el hombre primitivo porque regulan su vida y sus acciones y constituyen su base inalterable— tienen en este lenguaje simbólico una importancia de primer orden. Las figuras son la base de toda la mística geométrica, y el círculo, el cuadrado y el triángulo constituyen aún los principales elementos a los que es necesario añadir toda la concepción de la mística numé-

rica con sus diferentes significaciones del número, el número perfecto, los números favorables y desfavorables, y demás. Entre los pueblos primitivos, el poder de los signos y de las figuras geométricas se limita a los números sencillos y a las figuras, pero se llevan a cabo numerosas combinaciones de números y figuras, números y astros, números y letras. La atención del hombre primitivo es atraída por conjunciones extraordinarias y extrañas, que algunas veces lo aterrorizan; se graban en su memoria y se transforman en presagios de acontecimientos raros, afortunados o desastrosos.

En sus primeras fórmulas el alfabeto realiza una importante contribución a las fórmulas simbólicas: cada letra en sí misma o a causa de su posición, asignada de acuerdo con números o formas geométricas, tiene una significación especial, y cada uno de los elementos mencionados contribuye a la formación de un complejo ritual mágico, que difiere, en el tiempo y en los lugares, pero que es idéntico en sus líneas fundamentales. En este ritual colaboran todos los factores esenciales de la magia que lentamente van adquiriendo la estructura artificial del dogmatismo mágico. Los ritos y las fórmulas, las prácticas y los procedimientos, las danzas y las canciones rítmicas las imprecaciones y los conjuros, se combinan en el círculo cerrado de la nueva estructura. Ésta persiste, incambiable en la forma y en el propósito, como una nota característica y sistemática en todas las grandes aventuras antisociales de la mente en nuestra época. Defiende a la clase que detenta el poder y conserva su secreto, el que garantiza un sistema complejo y a veces terrible de leyes de iniciación. Existe la evidencia histórica de muchas de estas leyes, incluyendo la fundamental del tabú, la creencia que prohíbe el contacto con los magos y con los objetos mágicos, que prohíbe o regula el empleo de los procedimientos mágicos, que afirma la inviolabilidad de los nombres, de las imágenes, de las palabras, de los números, y que establece las penas más graves para los transgresores, identificando (como se demuestra por la semejanza de estas palabras en muchas lenguas antiguas) el concepto de sagrado con el de horrible, el de santo con el de prohibido y manteniendo a las personas o cosas que poseen poder mágico en una posición tenazmente defendida. Otras leyes de origen y de carácter mágico presentan una significación simbólica: la principal entre éstas es la del tótem, de la que hemos tenido ocasión de hablar

4. Magia blanca y magia negra

La concepción de los demonios y de los espíritus es en realidad posterior a la magia y representa, al igual que el simbolismo o simultá-

neamente con le simbolismo, un propósito de clasificación y regulación que es típico en la evolución del sistema animístico y antropomórfico. En esta nueva concepción demoníaca cada ser asume una función particular, buena o mala, favorable o adversa, lo que expresa una fase de la sucesiva evolución de la animística. Con la admisión de la existencia de demonios y debido a la oposición esencial entre la idea mágica y la religiosa que se va formando como una evolución de la idea demoníaca, se inicia la decadencia de la magia. También la determinan factores políticos y sociales. La magia, esencialmente antisocial, se encuentra en una posición contraria a la concepción del Estado y de sus dirigentes. Desde este punto de vista, las luchas intestinas de los Estados más antiguos, la lucha constante entre los poderes político y militar y el de los magos, con la victoria a veces de los unos o de los otros, constituye una evidencia de esta evolución.

No hay duda de que la idea religiosa en sus comienzos, cuando se separa del demonismo y de los sistemas politeístas, se apoya en la concepción mágica. La idea religiosa acepta, como es lógico, el simbolismo místico de la magia, adoptando en parte sus ritos y sus prácticas y empleando, sobre todo, su procedimiento fundamental, esto es, la preparación del ambiente por medio de la sugestión. Muy pronto la idea religiosa se aleja esencialmente de la magia y adquiere más tarde, particularmente en las concepciones monoteístas, un predominio absoluto. Esto se afirma en una serie de prescripciones dirigidas a combatir la continua y permanente interferencia de la magia y a extirparla de la mente del pueblo, empleando los medios de adaptar, desfigurar y transformar las ideas mágicas en las nuevas estructuras religiosas, como se muestra en ciertas narraciones bíblicas: tales por ejemplo, la de la serpiente de bronce, la bruja de Endor, etcétera. Cuando el núcleo étnico está sólidamente organizado se afirma la necesidad de una legislación moral y civil, que es la única garantía de la vida, del bienestar, del comercio y del progreso del grupo, y entonces la religión, en representación y protección de estas leyes, lucha más violentamente contra la magia. Y de este modo se produce la escisión entre la magia blanca, permitida o tolerada por las leyes porque persigue fines morales y sociales, y la magia negra, que cristaliza los intereses antisociales y antirreligiosos.

VIII

LA SOCIEDAD SECRETA Y SUS LEYES

1. Las leyes de las sociedades primitivas

Las sociedades primitivas, en las cuales, como hemos observado, la concepción mágica es fundamental para todas las formas de la vida individual y social, se rige por una serie de leyes que difieren según el lugar, la época y el grupo étnico, en su forma y en su aplicación, pero que son análogas o parcialmente idénticas en su estructura fundamental. Se puede probar fácilmente la identidad de estas leyes con aquellas que regulan la vida de los grupos sociales y particularmente las de las primeras sociedades de tribus. En nuestros días todavía encontramos sus vestigios.

Con la sistematización de la magia se forma en muchas áreas culturales primitivas la casta de los magos o la hermandad mágica con varias atribuciones, rodeadas de una serie complicada de ritos y se establecen estas castas como verdaderas sociedades secretas, compuestas de los iniciados, a los que se les confían varias funciones, entre las cuales se encuentran la política y la jurídica. Webster, en su libro sobre las primitivas sociedades secretas, ha dedicado un interesante capítulo a estas hermandades mágicas todavía existentes entre los grupos primitivos. Particularmente interesante es la información recogida por la expedición antropológica de Cambridge entre las tribus de la Nueva Guinea y las islas del Estrecho de Torres. En Pulú el "kwod", o casa del hombre, es escenario de una importante ceremonia fúnebre o danza de la muerte, un rito anual en honor de los miembros de la tribu fallecidos recientemente, en la que no se permite la participación de los no iniciados. El jefe de la ceremonia es un héroe, de acuerdo con la leyenda popular originaria de la Nueva Guinea y se representa por una figura de madera sin ojos ni orejas que sólo pueden ver los iniciados. Los ejecutantes, con las cabezas cubiertas por máscaras, representan los espíritus de los miembros de la tribu muertos hace poco tiempo e imitan su andar y sus gestos característicos, para imbuir a los participantes la certeza de que el espíritu del muerto viene a visitar a sus amigos.

En ciertas tribus primitivas se atribuye a la intervención de la hermandad mágica un valor terapéutico. Cuando el jefe o alguna persona importante está enferma, el Duk-duk de las islas del archipiélago de Bismarck celebra ceremonias que duran hasta una sema-

na y que están relacionadas con la propiciación de los espíritus malignos. En la isla de Florida las sociedades secretas celebran periódicamente sacrificios y fiestas, destinados a obtener el favor de los espíritus que gobiernan la vegetación y que se ejecutan al comenzar la época en que se comen los primeros frutos de ciertos árboles.

Entre los areoi, una sociedad que parece hallarse difundida por toda el área de Polinesia, Webster señala la existencia de una confraternidad mágica de gran importancia, derivada probablemente de una antigua asociación secreta del tipo melanésico. Los primeros misioneros cristianos la consideraron como una banda diabólica en cuyos ritos se practicaban las peores infamias. Los nativos tienen un misterioso respeto a los miembros de la sociedad y los que alcanzan posiciones superiores gozan de grandes privilegios; después de su muerte se les asigna un puesto en el más excelso paraíso. El iniciado admitido en el grupo sagrado adquiere un nuevo nombre que sólo pueden pronunciar los miembros de la hermandad. Los festivales en honor de Oro, el divino fundador y protector de la sociedad, tienen el carácter de misterios dramáticos, con intermedios de canciones y danzas. En los templos, que también sirven de tumba para los altos miembros de la sociedad, realizan sacrificios humanos en el altar. Estos sacrificios, practicados por los nativos hasta la introducción del cristianismo, eran la ocasión para reunir a los hombres más influyentes. Uno de los estudios más importantes de estos ritos es el realizado por Montgomery.

Las sociedades de otras regiones de las Islas del Pacífico, como las de Uritoi en las Islas Marianas y la de Maeri de Nueva Zelanda, son análogas y presenta en esta última un carácter esotérico. Esencialmente mágicas son algunas sociedades del África Occidental como la Kufong, una sociedad de los mende, que se ocupa de la hechicería y de las prácticas de encantamiento y particularmente de la preparación de filtros.

En algunas partes de África y especialmente en el Congo, las ceremonias de iniciación son diferentes. Se llevan a cabo por el hombre-médico, que constituye una asociación por su propia cuenta. Bajo su vigilancia, a los muchachos en la edad de la pubertad se les separa en el bosque, donde se les hace la circuncisión y se les proporciona una instrucción especial. En alguna tribu, como entre los kaffirs, existen verdaderas escuelas para la preparación de los magos o de los brujos, que deben probar antes que nada que sufren alucinaciones o visiones. La admisión en la hermandad se obtiene después de un largo noviciado y después de la ejecución de ciertos ritos exactamente análogos a los practicados en las antiguas iniciaciones de la tribu. Entre algunos grupos del sur de América existen ciertas cere-

monías de iniciación que no han sido abandonadas del todo. Antes de la llegada de los misioneros, el *knina*, lugar donde se reunían los muchachos durante el periodo de pubertad, era teatro de escenas misteriosas de origen antiquísimo, en las que los papeles eran representados exclusivamente por hombres, disfrazados de varias formas, pintados de sangre, con las caras cubiertas, cantando y saltando, emitiendo gritos salvajes, tratando de presentarse a sí mismos lo más espantosamente posible.

Son muy interesantes las prácticas de la hermandad mágica de los indios de Norteamérica. Al comienzo del nuevo año algunas de estas sociedades celebran ceremonias por un periodo de cuatro días y cuatro noches, durante los cuales se preparan todas las medicinas mágicas, y todas las personas que creen estar enfermas acuden al local de la sociedad para ser curadas. La sociedad de las Caras Falsas o *Akonwarah*, extendida entre las tribus iroquesas de Norteamérica, según Boyle, es una sociedad de hombres enmascarados, lo que deriva de la supuesta relación de sus miembros con ciertos espíritus cuyo poder está totalmente concentrado en su horrible aspecto; estos miembros eran capaces de producir distintas indisposiciones o enfermedades. Una sociedad de los indios omaha posee y prepara, según Dorsey, una poción especial con la que, antes de las batallas, impregnan los rifles y las balas para que puedan matar a los enemigos, y a los caballos para que aumenten su vigor.

Muchas de estas hermandades, además de las funciones médicas, ejecutan ritos especiales conectados con la maduración de las mieses, la caída de la lluvia y la fecundidad de los animales domésticos. Así, se podrían citar la Sociedad del Búfalo, entre los omahas, y la de la Serpiente, entre los sioux, que celebran ceremonias complicadísimas invocando la lluvia. En muchas de estas ceremonias las prácticas están estrechamente relacionadas con las más antiguas prácticas mágicas en las cuales los participantes se cubren con la piel de animales varios, que representan los animales totémicos del clan, imitando sus gestos y actitudes. Las danzas, las canciones rítmicas y los sacrificios de sangre constituyen los medios para comunicarse con los grandes espíritus.

2. El culto del tótem

Los ritos de los pueblos primitivos y salvajes, como lo indica la constante referencia a las costumbres de los animales, su imitación y en muchas prácticas la simbolización de animales y plantas, muestra una relación directa con el primer y más antiguo sistema mágico, que entre algunos pueblos substituye a la religión: el totemismo, es-

tudiado en primer lugar por el escocés McLennan en 1869, y más tarde examinado, discutido y analizado por psicólogos, sociólogos y médicos, incluyendo a Wundt, Reina, Frazer y Freud. Reina ha resumido el código del totemismo en los siguientes preceptos aceptados por gran número de tribus: la obligación de rendir honores funerarios al animal totémico y darle sepultura como a miembro del grupo; la prohibición de matar ciertos animales reverenciados y respetados por el grupo; la prohibición de comer la carne del animal totémico, excepto en casos especiales, previamente prescritos; la obligación de celebrar ceremonias expiatorias si el animal totémico es muerto inevitablemente; la adopción del nombre del animal totémico por todo el grupo o por algunos individuos; el uso de los símbolos de tótem en la bandera del grupo, en las armas o el cuerpo; la creencia de que el poder del tótem no se ejerce contra los miembros de la tribu; la creencia de que el tótem protege a su tribu del peligro y prevé el futuro; y finalmente la convicción de que todos los miembros de la tribu están ligados al tótem por el vínculo de un régimen común.

Es necesario añadir algunas otras indicaciones para completar el cuadro del totemismo. Frazer, en su libro *Totemism and Exogamy*, afirma que el tótem es un ser material, animal o vegetal, hacia el cual los primitivos sienten una supersticiosa veneración, debido a que creen que entre el tótem, los hombres del grupo, y cada ser de la misma especie, existe una relación especial y recíproca de protección y acatamiento. El tótem se distingue del fetiche en que nunca es una planta o animal solo, sino siempre una especie; nunca es un toro, sino *el* toro, nunca una encina, sino *la* encina. El totemismo puede considerarse tanto un sistema mágico como civil. Se encuentran tótem de tribus que pertenecen a todo un clan y se transmiten de generación en generación y tótem sexuales que pertenecen a los miembros masculinos o femeninos de la tribu con exclusión de los miembros del sexo opuesto.

Hay dos importantes leyes fundamentales en el código social. La primera es la prohibición de la unión sexual entre los miembros del mismo grupo. La exogamia ha sido interpretada de modo distinto por varios autores. Freud mantiene que se inspira en la necesidad de combatir la tendencia del primitivo al incesto, mientras que otros autores consideran éste como un motivo secundario. En realidad, es evidente que, tanto en la investigación moderna como en la antigua, esta prohibición constituye uno de los cánones fundamentales del totemismo.

La segunda ley importante es la señalada por Robertson Smith, en *The Religion of the Semites* (Londres, 1907). Considera que el

tan llamado banquete totémico es un acontecimiento importante y significativo del totemismo. En este banquete la ceremonia se ofrece en la forma de una comunión entre los creyentes y el tótem. Este hecho se basa en la idea de que en el banquete totémico, el guía espiritual del grupo y los fieles afirman de un modo material su comunión comiendo y bebiendo, reunidos, la carne y la sangre del tótem, lo que evidencia su estrecha ligazón. Robertson Smith afirma que le está prohibido al individuo matar al animal víctima y esta muerte sólo se justifica en ocasión del banquete, en donde todo el grupo asume la responsabilidad. El mismo autor piensa que la víctima es idéntica al animal sagrado, que originalmente se consideraba un ser superior sacrificado para cimentar las relaciones entre el grupo y su tótem. Comer en común la carne de la víctima sagrada constituía la prueba fundamental del significado originario del sacrificio y esto explica el ambiente de misterio que envuelve la muerte de la víctima, la que tiende a reforzar los vínculos de sangre que ligan a los fieles con el ser superior. Así, en el embrujo de la muerte se forma y se esparce el hechizo de la vida.

Este rito, que deriva de la concepción mágica de las propiedades, de la que nos hemos ocupado en capítulos anteriores, y de la idea de la transmisión de las cualidades peculiares de un hombre o de un animal a la persona que come su carne, constituye una parte esencial de la *intichiuma* de las tribus de la Australia Central, que Spencer y Gillen observaron entre los arunta. Frazer ha descubierto notables ejemplos de esta comida en común entre algunas tribus del África Occidental.

Las exposiciones nominalista, sociológica y psicológica de los orígenes del totemismo son tan variadas, que es necesario remitir al lector a las obras de los autores mencionados que tratan el tema con gran profundidad en la observación y en la deducción. La teoría psicoanalítica de Freud (*Totem und Tabu*, Leipzig, 1922), se basa en la existencia de ideas análogas en los niños y en los neurópatas y, particularmente, en el examen de algunas fobias animales que son bastante frecuentes en la infancia, las que pueden explicarse como una proyección, en otras palabras, como la trasposición, en la psique del niño, del miedo al padre y hacia un animal. La analogía realmente existe entre la concepción del niño, del neurópata y los pueblos primitivos, en los hechos psíquicos que hemos tenido ocasión de señalar, presenta la doctrina de Freud como la hipótesis más plausible que explica estos interesantes conjuntos de fenómenos. Es necesario destacar que todo sistema social, de la mayor importancia para la historia, es esencialmente mágico. Esto se fundamenta en el deseo de asociar los hechos y las individualidades de distintos caracteres y origen, sin ningún nexo causal racional, en una ligazón mística para establecer una comunión que tienda a garantizar la protección y la defensa contra fuerzas inalcanzables e invisibles. El hecho de que la idea de tótem se combine simultáneamente con el concepto de sagrado y prohibido, lo que ocurre también con el tabú, prueba que la magia se basa en esta asociación de ideas, que somos capaces de comprender en la actualidad. La magia está determinada por la existencia de sentimientos diversos y contrarios, tales como el amor y el odio, el respeto y la hostilidad hacia el mismo objeto. Este hecho psicológico, que es denominado ambivalencia por Bleuler, es especialmente estudiado y aclarado por Freud y su escuela. Se puede afirmar, tal vez, que esta concepción, la cual combina todas las manifestaciones de tendencias opuestas derivadas de razones antagónicas, se origina en el hechizo de la vida y de la muerte, que constituye la ambivalencia por excelencia. La existencia simultánea de sentimientos opuestos que se encuentran, tanto en el niño como en el primitivo, es evidenciada por la existencia de palabras con dos sentidos, el uno opuesto al otro, y por la existencia de dos sentimientos contrarios, en el que uno tiende a predominar. Con frecuencia, en este último caso, la dirección de un sentimiento se cambia con vistas a suprimir el sentimiento adverso, el cual a su vez se proyecta sobre otro objeto.

3. La ley del tabú y sus orígenes

El tabú es una ley social que regula todos los aspectos de la vida de los pueblos primitivos y que, en parte, los determina, constituyendo el fundamento de toda una legislación y representando un sistema importante de protección y defensa. La palabra tabú, de orige polinésico, indica un concepto familiar a los pueblos primitivos pero extraño a nuestra concepción. Significa al mismo tiempo la cosa sagrada y venerada, la impura, prohibida y peligrosa; el "horror sagrado" interpreta parcialmente su sentido. Es tabú una cosa a la que la persona no puede aproximarse, tocar, ni nombrar, sin caer en graves peligros: esta prohibición se deriva, no de leyes morales o divinas, sino de la cosa misma. En otras palabras, esta prohibición es la cualidad esencial, la cualidad substancial más importante, inmutable, inalterable, no sujeta a ningún poder humano o sobrenatural, es la ley en sí misma. Wundt señala que el tabú es el código más antiguo de la humanidad, que deriva de su carácter sagrado (y en este caso la palabra sagrada tiene el significado del latín *sacer*, del hebreo *kadosch*, y del griego ἁγιός, esto es, lo santo y lo temible a un tiempo), del cual se deducen las prohibiciones y los casti-

gos para aquellos que no las observan. Existe una diferencia esencial entre el tabú natural adscrito a una fuerza misteriosa, *mana*, que, como hemos dicho, es inherente a la persona o al objeto, y el tabú indirecto que puede adquirirse o transmitirse a los demás por un jefe, un sacerdote o cualquier persona o cosa que lo posea. Esta posibilidad de transferencia aparece natural para los familiarizados con la creencia primitiva de que cada cualidad inherente a una persona puede transferirse de un modo válido y completo a otra persona u objeto, de un modo voluntario o accidental, y por medio de prácticas, ritos o palabras, como sucede en el caso de las bendiciones, de los conjuros, de la transmisión de enfermedades o de la muerte a un animal (*Kapara'* de los hebreos), a través del contacto, de la varita mágica, etcétera.

La ley del tabú defiende y protege a los miembros importantes del grupo, a los animales que simbolizan o representan sus orígenes y a los objetos a los que se les atribuye una importancia particular, contra cualquier contacto que represente una violación. La ley del tabú, por otro lado, ampara al débil del poder mágico de los sacerdotes, de las personas, de los animales y de las cosas que son tabú y cuyo contacto pone en peligro la existencia. La ley del tabú previene al hombre del contacto con las cosas peligrosas tales como cadáveres o alimentos venenosos, o de los peligros que penden sobre los actos importantes de su vida, principalmente los actos sexuales, y protege al hombre de los demonios o seres sobrenaturales que le son adversos, lo que subraya la cualidad mágica de esta concepción. El castigo de los transgresores de la ley es automático, esto es, deriva de cada hecho cuya transgresión es una ofensa a la ley y sólo más tarde la sociedad impone la pena.

Las personas o cosas que son tabú poseen, además, según esta concepción, un poder terrible que se comunica mediante el contacto, que tiene consecuencias espantosas para el individuo o el objeto que no es capáz de soportarlo. Puede compararse a una fuerte descarga eléctrica. La intensidad de esta fuerza mágica depende de la persona u objeto de la cual emana y sus efectos pueden ser diversos según la fuerza que a su vez posea aquello con quien entra en contacto. Así, el tabú del rey o de los grandes sacerdotes puede dar muerte a los miembros del grupo que se pongan en contacto con ellos, pero puede soportarse en gran parte por un sacerdote o un jefe de grupo, quienes a su vez sólo pueden aproximarse bajo determinadas circunstancias a otros individuos a los que puedan transmitir parte de su poder mágico.

El tabú es permanente en los grandes sacerdotes, en los objetos pertenecientes al culto, en los jefes, en los animales sagrados, en los muertos y en todas las cosas que le pertenecen o pertenecieron. El tabú es temporal cuando se liga a determinadas condiciones como la menstruación, el embarazo, el estado de preparación para una batalla, etcétera.

El tabú consiste en un infinito número de limitaciones y prohibiciones, que pueden multiplicarse ilimitadamente sin explicación o justificación. Las personas que violan las leyes, aunque involuntariamente, se hacen acreedoras de las penas más graves. Wundt explica los orígenes del tabú afirmando que esta concepción comprende todas las costumbres en las que se manifiesta el temor al contacto con las personas u objetos relacionados con las prácticas rituales o que poseen este carácter. El mismo Wundt sostiene que el tabú deriva del miedo y de la objetivación del miedo hacia el poder mágico o demoníaco que reside en una persona u objeto tabú. Más tarde el tabú constituirá un poder en sí mismo, independiente del concepto demoníaco.

Freud realizó un estudio brillante de interpretación del tabú desde el punto de vista del psicoanálisis. Lo compara con las ideas del neurótico, es decir, con sus *idées fixes*, que desde un cierto punto de vista pueden ser semejantes a las prohibiciones del tabú. En la enfermedad conocida como *délire de toucher* existe para el enfermo una prohibición absoluta de entrar en contacto con el objeto o con la persona prohibida y aun de pensar o pronunciar su nombre. El enfermo tiene la creencia de que este contacto representa un peligro de muerte. El mismo Freud señala que esta analogía con el tabú es más formal que esencial. No obstante esta analogía real, como lo muestra Freud en la comparación que establece entre la concepción del tabú de un jefe maorí, que no puede soplar sobre el fuego porque le participará su poder mágico, que éste a su vez se transmitirá a la vasija que está en el fuego y de allí a los alimentos que contiene, y a la persona que los coma, la cual puede morir; y el caso de una enferma que desea retirar un objeto de su casa por el solo hecho de que fue comprado en una calle que lleva el nombre de un amigo que vive en una ciudad lejana y contra el cual se dirige su *idée fixe*, impidiéndole establecer contacto con él. Lo interesante en la argumentación de Freud es que en ambos casos se trata de una cuestión de ambivalencia; esto es, el vivo deseo de tocar o poseer una persona o cosa, al que sigue una prohibición más fuerte que el deseo. Según Freud, este permanente conflicto entre el deseo y la prohibición es la génesis del tabú; y las prohibiciones del tabú son las leyes fundamentales del totemismo que prohíben la cosa más viva y fuertemente deseada, esto es, la muerte del animal totémico y las relaciones sexuales entre los miembros del mismo grupo.

De aquí que la fuerza mágica del tabú consista en el hechizo, la fascinación, la sugestión que emana y que ejerce una tentación sobre todos los deseos más agudos del inconsciente, lo que es naturalmente infeccioso, dado que la sugestión y el ejemplo son contagiosos.

En la legislación del tabú, estudiada profunda y ampliamente por Frazer, se crea, sobre estos principios fundamentales, todo un sistema de prohibiciones y de ritos para obtener el perdón para las personas que transfieren estas prohibiciones. En casi todos los pueblos primitivos se lleva a cabo una ceremonia ritual, para el hombre que ha matado a un enemigo, tendiente a obtener el perdón del muerto. La cabeza del enemigo muerto es tratada por los salvajes de Borneo y los indios de Norteamérica con el mayor respeto y con una serie de actos expiatorios. El vencedor que ha dado muerte a un enemigo no puede volver a su casa por varios meses, ni puede tener contacto con su mujer; es considerado impuro y no puede volver a ocupar su puesto en la familia y en el grupo hasta después de una serie de ceremonias dirigidas a conciliarlo con el espíritu del muerto.

El tabú que envuelve a los reyes, que se manifiesta en el poder mágico que emana de ellos, constituye una defensa notable contra el peligro. El jefe se encuentra envuelto en una red de costumbres y prescripciones, prohibiciones y ceremonias, no sólo para protegerlo, sino también para impedirle actuar en contra de sus deseos. El estricto ceremonial tabú que envolvía, en tiempos relativamente recientes, al mikado del Japón, al que se le prohibía tocar la tierra con sus pies, exponerse al aire, cortarse el pelo y las uñas, y al que se obligaba a permanecer en su trono horas y horas como una estatua, da una idea de la severidad de estas leyes, que originalmente dirigidas a proteger al soberano, se transforman más tarde en una sistemática rigidez, en una verdadera tortura. Algunos ejemplos muestran cómo las limitaciones, no sólo en los movimientos y en los contactos, sino también en la alimentación y en la realización de los actos más elementales de la vida, han sido codificados por las civilizaciones superiores. El sumo sacerdote de Júpiter, en la antigua Roma, el *flamen Dialis*, estaba rodeado de una serie de prohibiciones tipo tabú: le era prohibido montar a caballo, ver a guerreros armados, tocar la harina y la pasta fermentada, comer y mencionar la carne igual que algunos otros alimentos, no debía tocar un cadáver ni abandonar el templo con la cabeza descubierta. No menos complicadas eran las prohibiciones que rodeaban a los antiguos reyes de Irlanda, a quienes, por ejemplo, les estaba prohibido visitar ciertas ciudades en ciertos días, cruzar un río, etcétera. La legislación todavía algo severa que aún controla las relaciones entre las castas en la India, en las que estaba severamente prohibido el contacto con individuos de otras castas, con los intocables, sosteniendo que su presencia o aun su sombra volvía impuras todas las cosas, constituye una reminiscencia del concepto tabú.

La severidad de los tabúes que rodean a los muertos entre los pueblos primitivos es debida parcialmente a la creencia en los poderes extraordinarios de los mismos. El contacto con los cadáveres tiene por consecuencia la segregación inmediata del grupo de todas las personas que se encuentren próximas. A estas personas se les prohibe entrar en las casas y tocar a otros individuos, hablar con ellos, y sólo después de ritos de un claro carácter mágico, son los familiares o amigos del muerto los que permiten el regreso a la vida social. Es interesante mencionar que está prohibido mencionar el nombre del muerto y que la infracción de esta prohibición se considera un crimen tan grave como el homicidio. Por este motivo se establece generalmente la costumbre de cambiar el nombre al moribundo, así como a las demás personas, cosas y animales que posean el mismo nombre. Entre los pueblos primitivos el nombre constituía una parte esencial y la más importante entre las propiedades de una persona. Pronunciar un nombre era considerado una evocación inmediata y directa y una acción igual o más importante que el contacto con el individuo. En Hawai, después de la muerte de un rey, se eliminaban todas las palabras que contenían su nombre (F. Mauthner).

Las concepciones del tótem y del tabú, con su compleja organización, abarcan todos los acontecimientos y casi todos los actos de la vida, constituyendo factores sugestivos, de primer orden, que ejercen una influencia perdurable y crean un estado de ánimo especial. El individuo que forma parte de un grupo que practica la religión del tótem (en su forma originaria o en su modificación) y que pertenece a un clan regido por numerosas prohibiciones tabú, se encuentra ligado por lazos indisolubles. Su vida física, social y moral se halla contenida en unos límites estrechos, y ni siquiera le es posible pensar en traspasarlos. Es claro que esta condición se crea por un estado psicológico en el que se admite el reconocimiento de que estas limitaciones son reales e inmutables. En este estado la objetivación de su deseo reprimido se hace más violenta, vive una frustración que tiende hacia una necesidad de agresión. Esto explica por qué el hecho mágico, de un lado es la fuerza esencial de este poder dominante y adverso, y de otro lado representa la única posibilidad de liberación. La magia es el instrumento por medio del cual el hombre primitivo trata de controlar las fuerzas naturales, cambiar las acciones de los espíritus o demonios, de los jefes o de los muertos y condenar aquellos deseos cuya simple formulación está prohibida por la ley.

Contra la limitación, contra el freno y contra el control del super yo de la individualidad racional se revela el *Es*, el "ello", pronombre neutro que en la terminología psicoanalítica designa el inconsciente, o según la terminología de Jung, el inconsciente arcaico. En los días primigenios el arma más poderosa en la lucha es la magia, como más tarde lo fue la religión y en épocas recientes la ciencia.

4. La máscara

La máscara se adopta, a través de una concepción analógica e imitativa, para proteger al individuo por medio de una evasión de su personalidad. El individuo que se recubre con la piel del animal totémico, que cubre su cara con una máscara que representa un animal poderoso, que se adorna con pinturas extrañas y horripilantes y que trata de hacerse irreconocible, cree que asume la personalidad que aparenta. De este modo se libra de las amenazas de los seres superiores, de los espíritus y de las fuerzas adversas, que no lo reconocen en su nuevo aspecto. Esta creencia es análoga a la concepción de inmunidad que supone el cambio del propio nombre. El individuo que lleva la máscara de un animal feroz adquiere su fuerza de igual modo que si bebiera su sangre o comiera su carne; utiliza esta fuerza para intimidar o vencer a sus enemigos. Así se explica la enorme importancia de las máscaras en todas las prácticas mágicas de todos los pueblos y explica su variedad, lo extraño de sus modelos y la constitución de máscaras típicas que deben representar a individualidades deseadas de un modo especial por su poder u otras cualidades. El uso de la máscara es anterior a la época histórica, al menos en la forma sencilla de cambiar los rasgos faciales con pinturas de varios colores, con la ayuda de adornos, con plumas de diversas clases, cintas y otros objetos extraños. Esta costumbre ha persistido en varios grados y formas a través de todas las épocas en todos los pueblos y, en rigor, se puede afirmar que todos los medios artificiales de colorearse la piel, el pelo, las cejas y demás, derivan de esta concepción inicial, esto es, del cambio de la personalidad y del deseo de tomar otra personalidad, por razones de protección o de utilidad, con vistas a intimidar a los demás o hacerse irreconocible, para vencer a los enemigos por medio del terror o influir sobre gentes diversas por medio de la seducción.

La máscara representa la objetivación del deseo que existe en la mente del hombre de evadir su propia personalidad. Tal deseo se manifiesta en una forma evidente y sencilla en el hombre primitivo y en una forma compleja, derivada de sus tormentosas dudas, en los individuos inteligentes y cultos. El intento de evasión de la propia

personalidad se expresa de un modo muy claro en la predilección por los efectos teatrales, los cuales son los intentos aislados o colectivos de evadirse de la propia individualidad por medio de la sugestión del cambio de personalidad de los actores. Este intento de evasión es uno de los hechos dominantes y una de las leyes fundamentales de la magia. Es el deseo de cambiar la propia vida y la propia individualidad el que anima y dirige las prácticas mágicas; y es, a través del cambio de la personalidad del individuo (transitoria mediante el encantamiento, pero admitida como definitiva por los primitivos), como se efectúa la acción mágica. La metamorfosis era en un primer tiempo la acción mágica *par excellence*, más tarde se eleva a la metempsicosis o, lo que es lo mismo, al cambio de la personalidad en la vida de ultratumba.

En definitiva, es por medio de este traspasar los límites de la propia personalidad como adquieren los magos su gran poder, y este poder se consolida en el grupo sólo cuando la sugestión de esta mutación se difunde y acepta. El jefe se transforma en el dios del grupo o de la muchedumbre. La posibilidad, la oportunidad y la necesidad del cambio de la personalidad, como un medio de defensa o de ataque al mismo tiempo, es un arma infalible en la vida y en la muerte y un fundamento esencial de la magia. No hay duda que, en sus orígenes, el ejemplo de estos cambios se encuentra en la vida y en las manifestaciones de las plantas y de los animales, que ocultan su individualidad para defenderse o para atacar o adoptando el color y el aspecto del medio que los rodea.

La sugestión puede ejercerse de un modo más efectivo en la sociedad secreta. El misterio, las máscaras, el tabú, el tótem, los ritos de iniciación y las graves amenazas para aquellos que osen violarlas, constituyen las murallas que la circundan. Esta barrera impide la evasión y a veces multiplica los efectos de la sugestión colectiva. Por esto el grupo o partido político está gobernado por leyes inflexibles.

IX

EL CÍRCULO MÁGICO

1. Los factores que crean el círculo mágico

En los primeros tiempos el hombre se siente uno con la naturaleza, estrechamente ligado a la tierra sobre la que vive, al igual que los seres vivientes que lo rodean y de los cuales en el transcurso de miles de años se ha venido diferenciando. Esta progresiva evolución de la personalidad es una consecuencia necesaria del proceso biológico. En una época remota se desliga de sus hábitos animales y crea una forma de vida propia. Posteriormente el individuo se diferencia de los otros miembros de su grupo y siente el deseo de ser más fuerte que ellos y dominarlos. Este erguirse progresivo del hombre va acompañado del desarrollo de su conciencia, de su dignidad y de su deseo de ser superior que se manifiesta cuando el hombre ve la posibilidad de elevarse sobre lo que lo rodea. En época más reciente se forma el sentido moral o espíritu de justicia, que deriva del deseo y de la necesidad de crear un orden estable con el propósito de protegerlo y defenderlo al mismo tiempo que a la familia y a las cosas que le pertenecen. Esta evolución incluye una serie de superestructuras debidas a la condición social y económica de la vida y un infinito número de hechos accidentales. Está acompañada de una adaptación de las facultades físicas y psíquicas; de un desarrollo de la inteligencia y de las facultades críticas, las cuales se hacen cada vez más necesarias; de un debilitamiento de aquellas facultades que con los cambios en las condiciones de vida y del medio se ejercen menos y llegan a atrofiarse como órganos inactivos.

La falta de adaptación, cuando los cambios en la vida social e individual, en los progresos de la técnica, o en las condiciones climatológicas o culturales, son demasiado rápidos, crean lo que Ogburn llama un *cultural lag*. Es cierto que la naturaleza humana está creada sobre la posibilidad y la premisa de que una lenta adaptación puede ocupar siglos o milenios. Es también cierto que los cambios en nuestra vida, producidos por un rápido desarrollo de la aplicación técnica, han tenido enormes consecuencias individuales, económicas y sociales. Y aunque no se quiera admitir que ésta sea la única causa de la moderna falta de adaptación, sí puede explicar la persistencia de hábitos mentales del pasado que los hechos recientes no han sido capaces de eliminar o cambiar.

El fácil acceso a la sugestión, una de las características de los estados de ánimo excesivamente emotivos, la ausencia de crítica, para la que no existe ningún límite real o irreal, natural o sobrenatural, posible o imposible, constituyen otros tantos elementos que explican una serie de hechos extraños y misteriosos que se verifican en el individuo que ha conservado o aumentado la sensibilidad primitiva de la especie. Una sensibilidad especial a la temperatura y a las tormentas, un presentimiento de los terremotos, el don de adivinar la presencia de agua bajo la tierra, y otros fenómenos de adivinación y de excesiva sensibilidad a los fenómenos meteorológicos, nos dan una indicación de las cualidades que se le atribuyen al *Homo divinans* y que se atenúan cuando el hombre se separa o disminuye su íntimo contacto con la naturaleza.

La sensibilidad y todos los hechos que se ligan o dependen de ella contribuyen a crear una atmósfera en que cada manifestación es sentida de un modo profundo, crean un mundo mágico accesible a la influencia de los sonidos, de las palabras y de las sensaciones visuales, que se interpretan según la voluntad del que ejerce esta sugestión. El contacto con lo invisible aparece posible y real: la estrecha solidaridad del individuo con el grupo y con su pasado, el enlace de lo viviente con la muerte y con todo lo que nace constituyen el plano sobre el cual se establecen y dirigen los actos de encantamiento. Los sueños y las alucinaciones no son ya interpretados, sino directamente considerados como hechos actuales. No existe la concepción contemporánea del milagro debido a que el hecho más sencillo es siempre inexplicable y milagroso y nada es absolutamente imposible. Dado que no existen la premisa lógica y el concepto del nexo causal que constituye la base de la experimentación científica, el origen de todo acontecimiento reside en el deseo, el deseo de un individuo o de su enemigo, de un grupo adversario. Así, la vida se ofrece como una lucha perpetua entre las voluntades y deseos opuestos que generan fuerzas contrarias.

La clara luminosidad de la atmósfera en ciertas regiones, ¿no constituirá la explicación de una hipersensibilidad fisiológica que deriva hacia una más clara y profunda sensibilidad, así como la presencia de la niebla produce un enturbiamiento de la atmósfera que hace difícil la visibilidad e influye ciertamente sobre la nitidez de las percepciones intelectuales? La acción directa del medio es evidente y segura: el alto grado de sensibilidad del hombre que vive en regiones apartadas de todo ruido, en contacto con la naturaleza y en una atmósfera clara y transparente, límpida, es una consecuencia fácilmente explicable.

Si consideramos los monumentos arquitectónicos como documen-

tos que atestiguan la sensibilidad de un pueblo o de una época, pensamos por un momento, para citar unos pocos entre numerosos ejemplos, en el carácter mágico, luminoso, de la arquitectura hindú, con sus grotescas e innumerables formas de animales que se encaraman sobre fantásticas columnas, formas que son hijas de la atmósfera luminosa de la India, de su vegetación y de la rapidez y fantasía de sus manifestaciones. El templo griego, con su exacta estructura y la pura armonía de su belleza, expresa la mentalidad crítica y especulativa, que es el producto de un clima meteorológica e intelectualmente moderado. Las torres góticas señalan el afán infinito de una luz mística más allá de las nubes que obscurecen o enturbian la clara visión de la realidad.

2. La mentalidad y la sugestión colectiva

Si el mago se destaca sobre el grupo y afirma su superioridad es debido no sólo a que posee una mayor sensibilidad, sino a la capacidad de usarla, formando en su torno el ambiente mágico y la espera de la acción mágica, que aparece tan cierta y necesaria como la salida del Sol, la lluvia, o el alimento, y representa la objetivación del deseo. Con una fe tenaz y absoluta, el grupo reclama la acción mágica de los vivos y de los muertos, listos a vengarse brutalmente de todo aquello que se opone a su imperiosa voluntad. El medio ambiente ejerce una acción constante sobre el mago que lo domina y es dominado por él. Es la acción recíproca de dos fuerzas que se dirigen la una hacia la otra, y se refuerzan tanto como les es posible, en la voluntad de crear un hecho que se considera indispensable para la existencia de cada una de ellas. El mago pretende persuadir a cada uno de los miembros del grupo de que el acontecimiento se ha producido de acuerdo con los propios deseos y con la propia voluntad. Así se explica cada falta de éxito por la intervención de nuevas fuerzas hostiles o por errores cometidos en la ejecución de los ritos, y se llegan a crear hechos que, aunque existiendo sólo en la imaginación, pueden ser eficaces en las consecuencias deseadas. Según la expresión de Buda, cada hombre es un deseo, el deseo crea la voluntad y la voluntad determina los hechos de la vida. Ésta constituye la definición fundamental de la interacción del mago y el medio, que se realiza dentro del ámbito del hechizo.

En las sociedades primitivas, la primera formación es la de la horda original (*Urhorde*), la que siente la necesidad instintiva de someterse a las órdenes de un jefe (según Le Bon y Sighele). Cuando el jefe posee las cualidades personales necesarias para dominar a la masa y, en particular, la fascinación que deriva de su fe absoluta en

el éxito, y además una voluntad firme y fuerte, capaz de imponerse a la de la masa, se establecen los requisitos esenciales para la relación recíproca entre el jefe y el grupo.

Según W. MacDougall, las formas complejas de la sociedad poseen, como resultado de su pasado histórico, tendencias primitivas que no proceden de las unidades simples que la constituyeron. Los actos colectivos son únicos y difieren de los de cada individuo. Cada sociedad posee una vida mental que no es la suma de sus unidades individuales. Las masas actúan de un modo distinto del de las personas aisladas. De aquí que se pueda hablar de una mentalidad colectiva o de grupo, que difiere constantemente de la mentalidad individual.

El totemismo es un ejemplo básico de este espíritu de grupo que se desarrolla por la vida, por las tradiciones, por los instintos inconscientes y por el poder sugestivo de lo supraindividual. Otro típico ejemplo del tradicional espíritu de grupo es el que se desarrolla en el sistema de casta de las sociedades cerradas y estancadas de la India.

Es notable el hecho de que, en la masa, el individuo pierde su personalidad consciente y de que predomina la tendencia a la inmediata realización de la idea sugerida. El individuo perteneciente a una masa posee una sensación de poder e irresponsabilidad que aumenta su fuerza. El contagio, un fenómeno de fácil constatación, semejante a las condiciones hipnóticas, hechiza a las masas hasta lograr que los individuos aislados pierdan no sólo las facultades críticas, sino la comprensión de sus intereses particulares. El individuo se transforma, como lo señala Le Bon, en un autómata sin voluntad propia, y aun individuos que aislados son cultos y refinados, cuando forman parte de la masa se identifican con ella y disminuyen notablemente sus facultades intelectuales y críticas. La masa, como observa con claridad Freud, es fácil de influir y para ella no existe lo inverosímil; no conoce ni la duda ni la incertidumbre; piensa en forma de imágenes concretas y no en conceptos abstractos, y estas imágenes se suceden las unas a las otras en una teoría de asociaciones incontroladas como en los sueños o en las alucinaciones. La masa carece del sentimiento de censura que deriva del razonamiento y de un sentido de la realidad; cada suposición deviene una certeza, cada sospecha un odio. Exige de sus héroes la fuerza y la violencia, siente la necesidad de ser dominada y simultáneamente quiere temer y reverenciar a su guía. Lo irreal, observa Le Bon, precede siempre a lo real: predominan la vida fantástica y las ilusiones.

En nuestra época, los grupos dominados y esclavizados, aun los no homogéneos y organizados, pueden ser sometidos a la sugestión,

aunque esto es difícil debido a que la sugestión ejercida por medio de la prensa y la radio no puede ser tan violenta ni tan decisiva como la originada en el contacto inmediato con el jefe. La masa homogénea es más accesible a la sugestión y sus reacciones son más violentas y duraderas. Las muchedumbres organizadas y disciplinadas actúan compactamente y con orden cuando la crítica se debilita o tiende a desaparecer. Uno de los secretos del éxito consiste en la preparación de masas compactas y homogéneas, masas guiadas por un grupo fuerte y homogéneo, perteneciente a la secta o partido, ligados por intereses personales y por el temor, por los juramentos y las amenazas y por los lazos de una solidaridad inexpugnable.

El estado de encantamiento, característico de un individuo que se encuentra bajo la influencia de substancias tóxicas o de estados psíquicos especiales, se transforma en un hecho colectivo, por contagio y por la acción recíproca que se verifica entre el individuo y la colectividad, lo que prepara a la masa o al grupo para crear el ambiente favorable para la magia. Nosotros veremos qué papel tan importante juega en la historia de todas las prácticas mágicas la ausencia de adaptación entre la herencia social y la naturaleza original del hombre.

La masa es una pluralidad de individuos que expresan una conducta de grupo: puede ser la tribu, el clan, el partido político, los sindicatos; todos sus elementos están expuestos a una sugestión en masa. Freud ha demostrado que la evasión de un conflicto puede conducir a una neurosis, histeria, compulsiones mórbidas, ansiedad neurótica, paranoia, melancolía y estados de depresión maniática. En los grupos y en las masas se pueden producir estados patológicos similares ocasionados más por el ambiente o por motivos psicológicos que por factores fisiológicos. La masa vive en un mundo esencialmente irreal e imaginario y su concepción de los hechos es fundamentalmente fantástica. El nacionalismo agresivo y el concepto del super-Estado (Hegel, Fichte, Treitschke) contribuyen a la elaboración del mito del Estado.

Las consignas efectivas que predican el odio hacia los judíos, hacia la democracia o la plutocracia, derivan de esta fantástica concepción de la raza superior, la que no ha sido nunca aceptada por los tolerantes pueblos latinos, cuya mente más flexible nunca ha presentado un campo abonado por el misticismo.

En las razas orientales predominan los factores emotivos. El sentido de dependencia, la necesidad de una protección paternal y de ser guiado por una persona adulta o fuerte y la necesidad de la dictadura, que se deriva de esta concepción, aparecen como indispensables cuando se intensifica la lucha por la vida. La adoración

de los antepasados es una característica de las razas orientales que ha desaparecido lentamente en el mundo occidental con el ritmo febril de la existencia.

La mentalidad japonesa es un típico ejemplo de este sentido de dependencia de los antepasados o de una persona fuerte, para la cual existe una disciplina de lealtad a la dictadura, a la dictadura de los antepasados o del emperador, todo lo cual determina la aparición de emociones que nos parecen patológicas. El recurso del suicidio es la única solución aceptable para aquellos que, voluntaria o involuntariamente, han faltado a la ley suprema.

La mente colectiva, en lo referente a los intereses derivados de las necesidades de las condiciones de vida del grupo primitivo, está dominada por la voluntad del jefe. Tales necesidades son: contender con los grupos vecinos o enemigos, aliarse con grupos amigos y, finalmente, las necesidades de la vida material. Éstas están determinadas principalmente por los hechos meteorológicos y por otras condiciones derivadas de la cría del ganado, de la caza, del tráfico, etcétera. Cada hecho accidental y externo puede influir en algunos miembros aislados del grupo o en todo el grupo y contribuir, a su vez, a la formación del ambiente necesario para la espera, el desarrollo y el éxito del acto mágico. La magia se considera como un remedio y como el camino de salvación: por eso los intereses de los individuos y del grupo concentran todos los deseos y todos los esfuerzos, y exigen imperiosamente la acción mágica. No es fácil analizar individualmente todos los factores que contribuyen a la creación de este ambiente especial y a la formación de su acción. Sin embargo, esta situación es evidentemente similar a la de nuestros días, en que los grupos incitados por la pasión o por necesidades económicas reclaman acciones aparentemente imposibles e intervenciones milagrosas. Aquí es manifiesto el papel representado por la sugestión colectiva en el desarrollo de los acontecimientos. Forzado por la acción de las masas humanas, siempre dispuestas a aplaudir al victorioso y dar muerte al mago incapaz de lograr los resultados deseados, el caudillo se encuentra compelido a obtener el éxito a toda costa y cuando no lo logra, a encubrir su fracaso, desviando el castigo hacia otros. Se protege con una estructura que puede ser la tribu, la comunidad, el Estado o el partido, cuyo poder lo defiende, lo sostiene y lo rodea. Desde el comienzo buscaba la ayuda de las fuerzas que pueden encontrar o formar en los grupos hacia los cuales va dirigido el milagro. Por eso los magos procuran defender su persona y su trabajo en los momentos de peligro. El temor creado en una vasta escala gracias a esta organización y las amenazas que derivan de ella constituyen un im-

portante factor de cohesión compulsiva y ha sido siempre su arma más poderosa.

Su posición espectacular dentro del grupo origina para el mago la necesidad de rodearse de misterios en sus prácticas, de mantener el secreto, para que ninguno de aquellos de quien no esté completamente seguro pueda repetirla o controlarla. Por estos medios refuerza su influencia sugestiva y logra obtener la fe ciega, la espera segura, la entrega incondicional y la ausencia de criticismo por parte del grupo, lo que constituye la premisa esencial del éxito. El mago inviste a sus expresiones de tal ambigüedad que sus palabras pueden interpretarse según el desarrollo de los hechos. Cada miembro del grupo, que está sinceramente convencido del poder del mago y que piensa obtener beneficios personales de él, se convierte en su ayudante. Repite con convicción —lo prueban numerosos ejemplos—, y algunas veces con exageración inconsciente, los milagros realizados por el mago y asegura y afirma el poder de éste sobre el grupo, ya que lo garantiza con toda la fuerza de su fe inquebrantable.

La identificación o la clara designación de los enemigos es algo indispensable. Por eso la destrucción de las razas, de los partidos y de los grupos adversos que pueden ser (según las épocas) los plutócratas, los judíos, los bolcheviques, etcétera, es una parte necesaria de la acción mágica del grupo, en la presente edad de este mundo antiguo. Todos estos hechos se repiten en la historia como fenómenos pocas veces idénticos, pero siempre análogos.

3. Ascensión y decadencia del mago

Cada cambio en la constitución del grupo y especialmente cada alteración de su homogeneidad se reflejan en las relaciones entre el mago y el grupo y en el poder de la acción mágica. La situación cambia, de un modo inmediato, con la influencia de personas extrañas al grupo que no poseen una fe absoluta en la facultad del mago y que mantienen viva su capacidad crítica, y cambia también con la influencia de individuos que están acostumbrados a considerar, con la mayor atención y con libertad de juicio, los hechos y las personas. El aumento de relaciones y el contacto con otros pueblos, el mejoramiento de las condiciones económicas y una guerra victoriosa, son también factores que contribuyen a aumentar el sentido crítico individual y social. Como consecuencia, decrece el poder del mago, y gradualmente y al mismo tiempo, el grupo o el individuo pierden la fe en la acción mágica en la que no sienten necesidad de creer o no quieren hacerlo por considerarla peligrosa. Ocurre lo mismo en las manifestaciones contemporáneas de sugestiones colectivas, cuando la presencia de personas escépticas o incrédulas, que no sienten la necesidad de recurrir a tales medios, se considera como causa de la falta de éxito. Por otro lado, la historia demuestra que todos los hechos que empeoran las condiciones de la vida individual o colectiva contribuyen, en primer lugar, a la disminución de las facultades críticas y provocan a su vez una gran necesidad de lo sobrenatural e incrementan los poderes de los magos. Se podría decir que el índice del poder del mago en una época y en un pueblo determinados, es al mismo tiempo la medida de sus condiciones económicas y espirituales. Este sería el mismo caso del individuo que, después de una grave enfermedad o de profundos trastornos en su existencia económica, física y afectiva, es una víctima fácil de las alucinaciones y, por tanto, cede a las sugestiones que lo dominan y busca lo que se ha llamado, tan justamente, los paraísos artificiales; es decir, la acción de los estupefacientes.

La toma del poder por un gran conductor de las masas está siempre precedida por síntomas que indican el momento justo, esto es, por el aumento de las supersticiones y el rápido incremento del número de los magos inferiores. Como un ejemplo reciente se puede citar que Berlín, entre 1930 y 1938, se vio invadido por un número inesperado de supersticiones, de astrólogos y de profetas, de videntes y quirománticos a quienes seguía una muchedumbre de creyentes o, al menos, de curiosos. Se editaban alrededor de una veintena de publicaciones sobre astrología, con lo que se popularizaban todas las prácticas mágicas. Era esto un intento evidente de evadirse de la desagradable realidad de la vida y de la esclavitud de una necesidad dolorosa. Estos hechos señalan siempre la iniciación del poder de los grandes magos, que asumen el dominio, suprimen la voluntad y la crítica de las masas y dirigen sus afectos hacia un objetivo único. Esto es la continuidad, en la idea y en la práctica, de la sugestión colectiva que se repite constantemente cuando se producen las circunstancias que la determinan.

Así, nos encontramos entonces en condiciones de poder interpretar las afirmaciones de los antiguos tratadistas de un modo más justo, según los cuales la acción mágica sólo puede producirse en un círculo mágico reducido, dentro del cual se encuentra todo aquello que posee las cualidades requeridas. Ningún extraño puede penetrar dentro de esta línea y esto explica de un modo simbólico y actual la necesidad de la cadena que rodea y reúne a aquellos que esperan la acción mágica. La crítica de un solo individuo que posea una mente perfectamente serena puede perturbar las condiciones necesarias para la acción. La acción mágica sólo puede producirse cuando existe una perfecta relación y cooperación de las fuerzas dentro y

fuera del grupo, y cuando se establece la relación estrecha con los factores que determinan la vida del grupo.

El examen de los hechos esenciales y característicos de la magia antisocial permite agruparlos de la siguiente manera:

1º Las condiciones externas, climáticas o económicas, que crean un estado de depresión o desconfianza en las leyes, las cuales aparecen injustas, inútiles o dañosas.

2º Las condiciones de accesibilidad del individuo o de la masa a la idea de una posible evasión ante un peligro o amenaza, por medios sobrehumanos o sobrenaturales, misteriosos o desconocidos, improbables e inexplicables, como el peligro o la amenaza misma.

3º La presencia de un sugestionador, de un mago, de un vidente o de un caudillo (o de más de uno) convencido de la verdad de su opinión, de su punto de vista y de la infalibilidad de su éxito. Éste ejerce una sugestión colectiva por medio de promesas, amenazas y de todo el arsenal de medios sugestivos que despiertan los instintos del inconsciente, encienden las emociones y suprimen la crítica.

4º La elaboración de un sistema de términos, figuras u objetos que adquieren un poder simbólico y mágico y que se usan ampliamente para establecer, en una forma directamente sugestiva, los principios esenciales de las leyes antisociales.

5º La creación de un estado de encantamiento colectivo, de sugestión en masa, análogo a las condiciones de la intoxicación o infección contagiosa, en el que se anulan o disminuyen las facultades críticas. Este fenómeno es explotado hábilmente por las personas capaces de apreciar las consecuencias y de aprovecharse de ellas para aumentar su poder y así encadenar a la masa por los medios violentos que ha sugerido el peligro y ha hecho aceptables el estado de depresión.

6º La formación de un estado de recíproca sugestión entre el caudillo y las masas. Estas últimas, a través de su acción colectiva y de su violenta adhesión (lo que implica una amenaza en caso de fracaso), ligan tenazmente al caudillo a su programa y a sus promesas y, al mismo tiempo, lo amenazan si su sistema se desmorona y si sus promesas resultan fallidas.

He tratado de recoger en este capítulo los datos más importantes que explican, según mi opinión, la formación de la idea mágica en las épocas primitivas, seleccionando únicamente los hechos más interesantes entre los más frecuentemente citados, los más ampliamente conocidos o los más fácilmente accesibles.

Esta rápida exposición de una serie de complejos fenómenos que

se desarrollaron durante miles de años antes de la creación de los sistemas religiosos, no puede ser más que un esbozo sumarísimo de la evolución de la idea mágica en las épocas primitivas. Se trata de una evolución que aparece comprobada en documentos de la prehistoria y en la mentalidad de los primitivos. Admitimos, no la identidad, lo que supondría un error, sino la analogía entre las creencias del hombre de las épocas primigenias y las de aquellos hombres que, a pesar de los cambios, mantienen las ideas antiguas en sus trazos esenciales. Así como la historia de la célula y de sus componentes puede conducir a la explicación o al concepto, si no total, al menos aproximadamente exacto, de nuestro organismo y de sus funciones, de igual modo el examen de las ideas elementales formadas o contenidas en la mente del primitivo, pueden explicar la supervivencia de ciertas ideas y la compleja formación de ciertas concepciones que, para el observador superficial, aparecen como creaciones psicológicas del presente, a pesar de que sólo difieren de las antiguas creencias en sus manifestaciones, en su extensión y en su profundidad, pero no en sus orígenes.

PARTE SEGUNDA

LA MAGIA EN LA ANTIGÜEDAD Y EN LA EDAD MEDIA

X

LA MAGIA CHINA DE LOS NÚMEROS Y DE LAS LETRAS

Es una empresa difícil escribir la historia de la magia y de los distintos aspectos que asumen las aventuras de la mente y del conjunto de hechos que se deben a diferentes causas y adoptan formas diversas. Es difícil, sobre todo, una clara distinción entre los acontecimientos que presentan tendencias antisociales y destructivas y los acontecimientos pertenecientes a categorías opuestas. En estas tendencias se presentan cambios, a veces, en un sentido o en otro, mientras estas aventuras se desarrollan bajo la influencia de factores causales, en una dirección determinada.

He procurado dividir la historia de la magia según los grupos étnicos y las épocas. Sin embargo, esta división, como cualquier otra, es inevitablemente artificial. Los acontecimientos se desenvuelven de un modo distinto según los países y las épocas; de modo igual a las enfermedades contagiosas que brotan en pequeños grupos, que otras ocasiones se propagan con la rapidez de la luz y a veces se desvanecen sin ninguna razón aparente. Un estudio de la historia de la lepra, de la peste, del tifo y de otras enfermedades infecciosas, revela que en ciertas épocas, por razones cuya naturaleza podemos conjeturar de un modo definido rara vez, las formas, los síntomas y el desarrollo de estas epidemias cambian de carácter. Sin duda las medidas preventivas y al aumento de la resistencia física de los individuos y de los grupos, así como la inmunidad que se ha desarrollado con el tiempo, responden en gran parte de estos cambios, pero no son suficientes para explicar ciertos hechos inusitados.

Fenómenos similares aparecen en la historia de las aventuras de la mente colectiva: surge un complejo sistema de defensa, los grupos se hacen más impermeables a la acción mágica y hasta se produce un cierto tipo de inmunidad debida al desarrollo progresivo de la inteligencia crítica.

En los tiempos antiguos las leyes morales y sociales se oponían a la magia; más tarde, fuertes organizaciones sociales, la Iglesia y, finalmente en periodos más recientes, los resultados de la investigación experimental, combaten e interrumpen su acción, sin llegar, sin embargo, a destruirla. Según las condiciones económicas y sociales, la solidaridad del grupo y el desarrollo de los estudios científicos, la idea mágica crece o declina, gana o pierde poder.

He tratado de definir los tres tipos de grupos étnicos: el del Pacífico, el Oriental y el Mediterráneo. Los contactos del primer grupo con las otras corrientes del pensamiento son menos evidentes y ciertas que las de los dos últimos. Conocemos, a través de la reciente investigación de su historia, que los pueblos orientales y mediterráneos presentan frecuentes y decisivos contactos entre sí, aunque el cuadro sea incompleto debido a que el estudio de la historia de las creencias y sugestiones entre los árabes, eslavos, teutones y otras razas mezcladas con estos pueblos, presentan un campo sin fin para una investigación similar. Creemos que la selección de ciertos grupos étnicos y de ciertos periodos históricos, permitiría formarse una imagen suficientemente clara de la evolución de estas ideas.

Los periodos en los cuales creo que podría dividirse esta historia son: el Antiguo, en el que la aparición del cristianismo señaló la primera decadencia de la magia; la Edad Media, especialmente después de la terrible peste del siglo XIV, en que cada tipo de magia floreció con un mayor vigor; el Renacimiento, en el que la aparición del individualismo, de la crítica histórica, del concepto del Estado y de la iniciación de la ciencia experimental, afirmó triunfalmente la victoria de la razón sobre el instinto; y, finalmente, la Edad Moderna, en que con las amplias crisis económica, política y social, una vez más surgen a la luz múltiples manifestaciones de las aventuras colectivas de la mente, mismas en las que varios grupos sociales se encuentran envueltos.

1. El hechizo de los números

Existe una íntima analogía entre las ideas de los pueblos que viven en las orillas del Gran Océano, cuyos contactos mutuos en épocas remotas no debemos investigar aquí. Esta magia, que podemos llamar del Pacífico, es dominada aparentemente por una tendencia fundamental hacia la sistematización numérica y geométrica, un ejemplo de la cual se encuentra fácilmente en la hechicería azteca de la América precolombina. Esta tendencia domina igualmente en el arte, en la literatura y las concepciones religiosas de los pueblos del Extremo Oriente.

En la época que precede a la introducción del budismo en China dominan el país dos sistemas: el taoísmo y el confucionismo. Este último es un cuerpo de doctrina política y ética, erigido en sistema en el Estado de Confucio (550-478 a. c.), mientras que el taoismo es una doctrina místico-religiosa en la que Lao-tse (580-530 a. c.), su legislador, recoge antiguos conceptos tradicionales, revistiéndolos de una forma mística e incorporándolos en todas las manifestaciones de la

vida del pueblo. La idea de dos fuerzas principales, constantemente opuestas, el *yang*, masculino y activo, y el *yin*, femenino y pasivo, es esencialmente mágica. El *yang* es enérgico, excitante; el *yin* es blando y dócil; el primero encuentra su apogeo en el verano, el último en el invierno. El hombre es dominado indistintamente por las dos fuerzas. Todos los poderes del universo viven en él y por esto es una imagen del cosmos: cada una de sus partes, de sus órganos y de sus funciones corresponde a las partes, a los órganos y a las funciones del universo. La correspondencia entre estos elementos es íntima y constante, así como perfecta su clasificación y subdivisión. A los cinco elementos, madera, fuego, tierra, metal y agua, corresponden cinco colores: verde, rojo, amarillo, blanco y negro; hay cinco regiones: oriente, sur, centro, oeste y norte; cinco órganos: el bazo, el pulmón, el corazón, el hígado y los riñones; cinco formas de seres, cinco tonos, cinco números, cinco especies de plantas, cinco espíritus, cinco olores, etcétera. A cada elemento le corresponde un órgano, un color, un tono, un número, etcétera. Todo el cosmos se encuentra enmarcado en un rígido sistema en el que la posición de cada individuo y de cada parte tiene mayor importancia para las relaciones recíprocas que se derivan. Es un sistema que está dominado por el simbolismo de los números que rigen la vida de los hombres y de los astros. Algunos números tienen un significado favorable o desfavorable. La música china está regida por cinco tonos que corresponden a los "cinco" planetas.

Por esta concepción sistemática se explica la veneración que rodea a ciertos animales, a quienes se les considera símbolos de todo el sistema. Así, por ejemplo, la parte convexa de la tortuga corresponde al cielo, su parte inferior a la superficie plana de la tierra, las veinticuatro conchas laterales corresponden a la veinticuatro estaciones de la luna y los cinco cuadros centrales a los cinco planetas.

Es obvio que en un sistema construido en esta forma la astrología cumple un importante papel; debido a que las leyes del cosmos rigen la vida del hombre, ésta puede descubrirse por medio de ella. La ordenación del calendario chino es similar a la azteca: los signos y símbolos gobiernan los periodos, se dividen los días en propios e impropios y el calendario posee el poder y la significación de un talismán.

La extraordinaria propagación del confucionismo entre el pueblo, las pagodas construidas por orden del emperador, las estatuas, retablos y pinturas y las biografías ilustradas de Confucio y de sus seguidores se multiplicaron tan rápidamente que las imágenes alcanzaron preponderancia y cada figura y cada signo tiene un significado bien claro. Se le cuenta al pueblo, repetida durante siglos y siglos, la

historia de la vida de Confucio, en la que ocupa una parte notable la magia, siendo suficiente mencionar su encuentro con los cubos simbólicos que originan sus máximas sobre la mutabilidad de la vida humana, la estatua de oro con los labios sellados que Confucio encuentra en un templo, simbolizando la obligación del sabio de callar, la historia, ampliamente narrada en su biografía, de que Confucio oye una antigua tonada y, deteniéndose a escucharla, pierde el gusto de comer carne, y otras muchas. Los cuatro miembros, los doce discípulos, los sesenta y cuatro sabios de la Galería del Este con otros tantos personajes simbólicos, cada uno de los cuales se invoca en una serie de prácticas mágicas.

El taoísmo, aunque tiene la dignidad de un sistema de gobierno, se apoya en la doctrina de la duplicidad del alma, de la que se encuentran las primeras formulaciones en los escritos de Tse-tchan, un filósofo del tiempo de Confucio. Según esta doctrina cada hombre tiene dos almas, el alma inferior, *pe*, que dirige la vida material y un alma superior, *hom*, que gobierna la vida espiritual. Esta doctrina es generalmente adoptada y constituye un punto de partida para las prácticas mágicas.

2. Las prácticas mágicas

Las prácticas mágicas se encuentran recogidas en el Libro de las Transformaciones o Libro de los Cambios (*Y King*). Este libro se divide en sesenta y cuatro capítulos, cada uno de los cuales se dedica a un signo, una especie de jeroglífico, el cual se explica. Estos signos, llamados hexagramas, están compuestos de seis líneas paralelas, algunas de las cuales están rotas; simbolizan, según la interpretación de centenares de comentadores, la historia pasada y futura de todos los individuos y de todos los acontecimientos, atribuyéndosele su origen a las manchas y líneas que aparecen en la piel de un dragón legendario que emerge del Río Amarillo o a los dibujos de la concha de tortuga. Constituye en realidad un sistema complicado, basado en las matemáticas o en la geometría, para explicar o simbolizar todas las leyes que gobiernan el universo.

Muchas de las prácticas mágicas más conocidas han sido ampliamente estudiadas y descritas por el P. Henri Doré, jesuita que vivió largos años en China. En su excelente obra *Recherches sur les superstitions en Chine* (Shangai, 1919) explica, ilustrándolas con numerosas reproducciones de estatuas y pinturas encontradas en casas y templos, un gran número de antiguas ceremonias que todavía se practican en China. El estudio de este libro y de alguna otra obra sobre tema similar es suficiente para proporcionar una clara visión o

comprensión de las características de la magia china. Todas las prácticas mágicas son descritas minuciosamente, expuestas exactamente hasta en sus detalles más mínimos, con una infinita cantidad de distinciones sutiles. Aparece evidente que la idea predominante en la magia china es el poder absoluto del signo, de la letra y de la palabra escrita. Puede prevenirse cualquier enfermedad, provocarse un acontecimiento feliz o evitarse uno adverso cuando se ingieren las cenizas de un papel en que se había escrito un exorcismo o invocación. El método mágico por excelencia, el que ejerce la influencia más profunda e inmediata sobre cualquier clase de gente, es la escritura. Los amuletos consisten en pedazos de pergamino o de simple papel en los que escriben las más variadas fórmulas. En todas las casas ocupan un lugar importante las imágenes mágicas con escritos explicatorios, invocadores o desaprobadores. Finalmente, otra característica de la magia china es la importancia concedida a los números que, como hemos visto, dominan toda la estructura de la religión, así como la medicina y, en general, todos los aspectos de la vida.

Las prácticas mágicas, conservadas a través de los siglos de modo incambiable, en una forma rígida y ordenada en un sistema complicado, acompañan al chino desde el momento en que es concebido hasta su muerte, siguiéndose un infinito número de ritos dedicados a los muertos. El deseo más grande de los chinos es el tener una descendencia numerosa y para este fin los ritos mágicos requieren la intervención de animales fantásticos como el unicornio y el fénix. El lugar de honor en la alcoba de los recién casados lo ocupa la imagen de Koan-Kong, un célebre literato chino, que ofrece a los esposos un niño con el birrete de los letrados. Cuando el parto no se efectúa rápidamente, se lleva a la casa de la mujer enferma una mesa de la pagoda sobre la cual pone la mujer sus vestidos. Talismanes y amuletos escritos en pedazos de papel por los sacerdotes se ponen o se pegan sobre el cuerpo de la mujer. Un pequeño espejo de cobre colgado del cuello de una joven madre le permite entrar en la casa de una persona muerta sin peligro de sortilegio.

Tan pronto como nace un niño se le hace el horóscopo para descubrir los obstáculos que puede encontrar en su vida. Las flechas labradas con madera de melocotonero se consideran excelentes para poner en fuga a los espíritus malignos, si se las lanza en todas direcciones. Los familiares siempre temen la visita de una bruja que puede robar al niño o la de un genio maligno que algunas veces toma la forma de un perro amarillo, que trae la desgracia. En ciertas regiones de la China es costumbre sacrificar un gallo a los espíritus de los difuntos, tres días después del nacimiento de un niño. Es cos-

tumbre dar a los niños el nombre de un animal en la creencia de que los malos espíritus serán engañados. Está muy extendido el uso de tocar pequeñas campanillas a los pies de los niños para espantar a los demonios. Para proteger a los niños del mal de ojo se usa una gran cantidad de amuletos en todas las formas, especialmente pendientes, medallones, medallas que se ponen sobre los gorros y los vestidos. Uno de los más curiosos de estos amuletos, descrito por Doré, es el llamado "vestido de las cien familias". La madre pide a cada uno de sus vecinos un pedazo de vestido y algún hilo, con ellos se hace un vestido de muchos colores que servirá para defender al niño, puesto que todo el mundo ha contribuido con algo para este propósito.

Son innumerables los amuletos dedicados a proteger al niño de las enfermedades, y existen amuletos particulares para cada mal. Se practican ritos muy definidos y elaborados hasta el último detalle. El amuleto contra el dolor de cabeza no sirve para el dolor de oídos o de garganta, por ejemplo.

Uno de los ritos más interesantes, relacionado con las creencias mágicas de la América precolombina, puesto que presenta las características de la ordenación aritmética y podríamos decir, literaria, de la magia china, es la de las aduanas que han sido descritas con cuidado especial por los escritores de costumbres chinas. Según una creencia muy difundida, cada niño debe pasar a través de una serie de aduanas, esto es, departamentos en los cuales se le controla, examina y se le permite pasar o se le detiene por los espíritus que cumplen esta tarea particular y molestan a los viajeros en el camino de la vida. Existen treinta aduanas, cada una con su nombre propio. Reglas exactas establecen el tiempo del tránsito, así como los requisitos necesarios para lograr pasar: amuletos, figurillas o palabras mágicas escritas sirven como pasaporte y garantizan el libre tránsito. Se encuentran, por ejemplo, la aduana de la gallina de oro, la de los cien días, la de los ocho diablos, la de la serpiente de hierro, la del tigre blanco y muchas más. Pasada la aduana Nº 30, lo que ocurre cuando el joven ha cumplido dieciséis años, disminuye notablemente el peligro de los espíritus malignos y se siente más seguro y tranquilo, pero aún le es necesario continuar utilizando una serie de prácticas de defensa. Todos los ritos que acompañan al compromiso, al matrimonio y a la entrada de la novia en la casa del esposo constituyen una perfecta organización de ceremonias mágicas, prescritas con toda claridad y exactitud.

Las prácticas mágicas dedicadas a las enfermedades graves y a la muerte son igualmente precisas. Por ejemplo, cuando se aproxima visiblemente el fin, se le quita al moribundo su cinturón, que es parte esencial e indispensable de su vestidura. La razón de esto es que

la palabra *sash* (*tai-tse*), el cinturón, se pronuncia de igual modo que la palabra *t'ai-tse*, que significa robar o llevarse un niño. Sin duda, para evitar que la palabra asuma su segundo significado y para evitar que alguien viendo el cinturón, pronuncie esta palabra —lo que puede tener el mismo valor que una equivocación— se aparta el objeto y se aleja así el peligro.

Todas las ceremonias mágicas que se ejecutan después de la muerte van acompañadas de la costumbre simbólica de "cruzar el puente", lo que simboliza el paso de esta vida a la próxima, al igual que durante el entierro, lo que revela la importancia atribuida al culto de los muertos. Para demostrar cómo algunas de estas prácticas se encuentran directamente relacionadas con las creencias mágicas de los primitivos y de la Antigüedad clásica, citamos la de la "casa de papel". A los cuarenta y nueve días de la muerte se construye una casa de papel, con los muebles, utensilios y demás cosas que formaban parte de la vida del difunto, también de papel. Se quema la casa, en la creencia de que puede transferirse al otro mundo, donde va a usarla el espíritu del difunto. Esta noción es análoga a la de los primitivos que enterraban las armas en la misma tumba y a la de los antiguos egipcios que colocaban exactas reproducciones de las casas, sirvientes, animales y demás cosas en la tumba del muerto. Otra ceremonia del mismo tipo es la de colocar coronas de paja sobre la tumba de los niños para impedir que los perros celestes vengan a devorarlo. Las coronas son como un círculo mágico en el que se cree que los demonios malignos son incapaces de penetrar. Una costumbre ampliamente difundida en China y en el Japón es la de colocar moneda acuñada o papel moneda, o imitaciones de papel moneda, en las tumbas. Estas monedas denominadas "el derecho del pasaje" están destinadas a que el muerto pueda pagar al Caronte de la creencia china.

Hemos escogido algunas de las prácticas mágicas descritas por los centenares de libros que en Europa y en China se han dedicado a este tema, para demostrar que en China no sólo se ha conservado religiosamente la creencia mágica en su forma más minuciosa y en sus manifestaciones, sino que además se han organizado todas las prácticas conectadas con ella, dentro de un método sin precedente. Con este hecho la mentalidad china revela su estricta fidelidad a toda la tradición y particularmente a la palabra escrita.

Esta fidelidad a la palabra escrita deriva, tal vez, del profundo respeto y devoción sentidos, desde los días del Celeste Imperio, por los literatos, los que, como en ningún otro país del mundo, ocupan una posición social muy alta y consolidada. Además, esta fe en el poder soberano de la palabra escrita y en la eficacia mágica de un

signo trazado por un hombre docto crea y consolida la influencia de los hombres de letras. El mago, en la creencia china, es un letrado: cada palabra escrita o grabada es un instrumento mágico de gran importancia y por eso a los libros o a cualquier hoja de papel impresa, se les considera con respeto y temor. El libro es el tabú por excelencia.

La perfecta ordenación, matemática, de las ceremonias mágicas chinas, análoga a la magia americana, deriva a su vez de esa tendencia hacia la observación minuciosa y al respeto de todas las formas y gestos, por pequeños e insignificantes que sean, lo que constituye una de las características de la mentalidad china. Esta observación minuciosa y exacta de las prácticas hace necesaria y explica esa pasión constante de los chinos por las descripciones detalladas, las listas sin fin, las distinciones que no parecen terminar sino en lo metafísico. En China abundan los títulos, los métodos, las normas. En los diagnósticos se distinguen quinientos tipos diferentes de pulsaciones; existen mil puntos diferentes en la acupuntura y una práctica terapéutica extensamente empleada en la medicina china.

Esta concepción mágica, ordenada, matemática, infinita en sus aspectos y en sus formas, interminable en sus subdivisiones cristalizadas por siglos y radicada en la fe inmutable del pueblo, constituye uno de los aspectos más interesantes de la historia de la magia. Lo constituye porque revela cómo en un país cerrado a las influencias extrañas y a las grandes corrientes del pensamiento, se lleva a cabo una proliferación, por la subdivisión, de las ideas mágicas, y cómo, a consecuencia de esta impenetrabilidad, la forma o la letra alcanzan el dominio absoluto sobre el espíritu.

XI

LOS SISTEMAS MÁGICOS DE LA AMÉRICA PRECOLOMBINA

1. El calendario mágico

Para el estudio de la psicología de los pueblos primitivos, América ofrece uno de los campos más interesantes. Hasta un tiempo relativamente reciente estaba habitada por pueblos afines, aislados durante milenios de las demás civilizaciones. En estas páginas se intenta hacer una descripción sumaria de las ideas mágicas de los americanos anteriores a Colón. Estas ideas se expresan en sus monumentos y en las creencias de sus descendientes.

Uno de los hechos más notables lo constituye la concepción dualista de la naturaleza que existe entre los kagaba de América del Sur, así como entre los indios arowak que habitan en la Sierra Nevada de Colombia, estudiada por Preus, uno de los etnólogos más ilustres. La concepción religiosa de estos pueblos se caracteriza por la creencia en una suprema deidad femenina. La gran diosa Hava Sibalaneuman es la madre de todas las razas humanas, de todas las piedras, de todos los animales y de todas las plantas. Ella rige el Sol, la lluvia y la Luna. Es interesante señalar que todas las mujeres creen que derivan de la divinidad femenina, de esta madre universal, lo que recuerda las antiguas sociedades matriarcales, así como la organización social de algunos insectos (como las abejas, en que la reina es la madre universal). Los hombres, por el contrario, tienen su origen en otra divinidad, en otro ser superior, que es un hombre. Esta clara distinción dualista entre la especie de los hombres y de las mujeres, deriva de las épocas en que los pueblos primitivos no comprendían la fecundación y creían que se debía a ingerir ciertos alimentos o al contacto con ciertos animales o plantas. De la creencia de que un sexo es tabú para el otro sexo de la misma tribu, procede, según Preus, o al menos se infiere de su explicación del totemismo sexual, el origen de la ley de la exogamia totémica, esto es, la prohibición de la unión sexual entre los hombres y mujeres pertenecientes a la misma tribu.

Es perfectamente mágica la idea de los indios de California, descrita por Gayton, de que la vida y la creación se deben a grandes animales y que las águilas rigen el universo. El hombre-médico (chamán) posee un gran poder; se cree que el búho, el tótem del gru-

po, es el antiguo hombre-médico que protege a la tribu. Las facultades ocultas del chamán se cree que derivan de un sueño durante el cual recibe la revelación de su poder.

Los abundantes monumentos de la antigua cultura azteca presentan aspectos particulares, interesantes por su carácter mágico. En la época de la conquista hispánica los aztecas habían alcanzado el alto grado de cultura que revelan sus monumentos, sus objetos de arte, sus dibujos y sus armas. La escritura azteca es esencialmente ideográfica; los nombres se simbolizan por animales u objetos que poseen un sonido parecido. Se consideraba la música como peculiar del culto y era supervisada por los sacerdotes y los magos.

La cultura de los mayas era, en muchos aspectos semejante a la de los aztecas, pero mucho más desarrollada en los campos de las matemáticas y de la astronomía.

Es típica de la magia de los aztecas —cuyas ideas se ligan con las de los primitivos— su evolución sistemática. Un pueblo de guerreros y organizadores, que conquistaron vastas y ricas regiones después mantenidas bajo su dominio, los aztecas poseyeron sin duda, las cualidades de excelentes legisladores. Como todos los pueblos cuyo bienestar se basa en la agricultura, dedicaron su máximo cuidado a fijar las fechas y a establecer un calendario. La idea fundamental de los días favorables o desfavorables, ordenados o desaprobados, según los cuales se trabajaba el campo y en las demás actividades de la vida, rigió el calendario azteca, que a su vez regulaba la vida religiosa y civil del pueblo. En la magia alcanza una gran importancia el conocimiento de los días beneficiosos o nefastos. Estas cualidades se determinan e indican por los animales o los fenómenos meteorológicos que establecen los periodos individuales. Los habitantes del antiguo México conocían el año solar, al que dividían en periodos de veinte días combinados con trece números. Estos periodos de veinte días estaban acordes con el número total de los dedos de las manos y de los pies, y eran regidos por animales como el cocodrilo, la serpiente, el ciervo, el perro, el jaguar, el buitre; o la casa, el viento y la lluvia. Cada día estaba puesto bajo la protección de una deidad particular y el sistema aparece extremadamente complicado cuando se piensa que durante todo el año los periodos de sesenta y cinco días y los de tres, contaban, a su vez, con la protección de un ser sobrenatural, dotado de funciones particulares.

La historia del mundo se dividía en cinco grandes lapsos; los periodos del agua, del jaguar, de la lluvia de fuego, del viento y de los terremotos. En las épocas más remotas, según la concepción mexicana, se produjeron grandes diluvios y los seres gigantescos que lo poblaban fueron destruidos completamente. Es manifiesto que ésta

es la misma idea que se encuentra en los hebreos y en los babilónicos. La segunda edad, que es la del jaguar, termina con la caída del cielo, la obscuridad del Sol y la aparición de los jaguares que destruyen a los hombres. La tercera edad, la de lluvia de fuego, termina con los torrentes de fuego que caen del cielo y aniquilan a todos los seres que viven sobre la Tierra. El cuarto periodo o edad termina con los vientos terribles que barren casi completamente toda la vida y transforman a los hombres en simios. El último periodo, en el cual vivimos, es el de los terremotos que un día destruirán todas las formas de vida.

Es interesante señalar que esta idea de la división en grandes épocas se encuentra también en Babilonia y, como indica Danzel, en ciertas tribus de Polinesia. Refleja esto la concepción de los cuatro elementos, tierra agua, aire y fuego, existente en la antigua concepción clásica. No menos sistemática y, podríamos decir, matemática, es la idea del mundo en el espacio. Según esta concepción se encuentran trece cielos sobre la Tierra y un mundo inferior, y en el último de los cielos, el cielo de la obscuridad, habita la muerte. Un río compuesto de nueve torrentes rodea el reino de la muerte. El arte azteca representó al mundo como una enorme pirámide en forma de escalones, sustentada sobre una serpiente.[1]

2. Los pájaros totémicos

La mitología mexicana es monumental y sistemática. Las deidades son estrictamente divididas y clasificadas según la región en que existen y a cada una se le asigna una característica especial. El dios del fuego, por ejemplo, tiene su seno en el centro de la Tierra. El tema central de su culto es el sacrificio humano; en todos los festivales se sacrifican prisioneros a los dioses. La música y los juegos, el más popular de los cuales es el de pelota, se realizan en campos próximos a los templos y, simbolizando los movimientos del Sol y la Luna, constituyen una parte integrante del ritual.

En la arquitectura mexicana predomina el modelo de los cuerpos escalonados, que simbolizan las diversas fases de la vida. Los templos poseen casi todos la forma de grandes pirámides, en la cima de las cuales se encuentra el santuario. Para alcanzar el santuario hay que recorrer, a veces, trescientos sesenta escalones, número de días del

[1] G. Roheim ha producido en una contribución importante al estudio de la magia de los indios americanos y especialmente de los aruntas, pues ha descrito de un modo notable las ceremonias de los intichiumas desde el punto de vista del psicoanálisis. Este estudio, esmerado y completo, sobre el tema, interpreta gran parte de las prácticas mágicas desde una nueva apreciación.

año mexicano. Estas construcciones son una poderosa reminiscencia de los templos babilónicos y budistas y representan la purificación gradual que se requiere para aproximarse a la divinidad.

Las elaboraciones religiosas y mágicas de los antiguos incas, que dominaban el Perú en el momento de la conquista española, presentan una clara analogía con las elaboraciones mexicanas. Los incas se dividían en grupos o *dan*, dirigidos cada uno por un jefe revestido de funciones administrativas, judiciales y religiosas. En el reino inca, el Estado ejercía no sólo el control de la administración y protección de todos los bienes muebles e inmuebles, sino que ejercía una vigilancia sobre todos los ciudadanos cuyos deberes estaban claramente definidos. El culto del Sol era el centro de la concepción; el inca se creía hijo del Sol, cuyo nombre sólo podía pronunciarse en determinadas ocasiones y con la máxima reverencia. El sacerdote, mago al mismo tiempo, tenía un importante papel en la vida social observando el vuelo de los pájaros y por el examen de las entrañas de los animales sacrificados, por las manchas de sangre en sus pulmones y por el examen de varias plantas, pronosticaba el futuro. Estos magos ejercían sus funciones en un estado de éxtasis, logrado por la ingestión de ciertas substancias vegetales.

Toda la historia de la magia de la América meridional lleva impresas las características de la mentalidad de aquellos hombres endurecidos, que vivían en una constante lucha con el peligro, en los altiplanos de los Andes o en las orillas de los grandes ríos impetuosos, antes de que un cultivo intenso revelara la riqueza de la tierra. El tótem que dominaba en toda América era una gran ave de rapiña, que asciende a los grandes espacios, sobre las altas montañas, como un símbolo de poder inasequible. Es el águila de los Estados Unidos y de México, el cóndor de Bolivia, el quetzal multicolor de Guatemala, es el pájaro que adquiere miles de formas a través de los milenios y que ha sido grabado sobre las monedas, sobre las medallas y sobre las estampillas. Este antiguo tótem, que simboliza el deseo y la voluntad de horizontes más amplios, ejerce su fascinación sobre la historia de los pueblos del Continente americano. Se encuentra una referencia continua en la historia de la antigua América a la fuerza, a la belleza y a la audacia de estos grandes pájaros: el trono de los incas, tenía la forma de un huevo gigantesco; las plumas multicolores fueron los ornamentos más apreciados de todos los templos, el signo de la autoridad de todos los jefes de tribus, desde los pieles rojas hasta los indígenas de Chile. El tótem mexicano era la serpiente emplumada, extremadamente importante en el folklore de México.

Creemos que la nota predominante en la América precolombina

es perfectamente apreciable para aquellos que han logrado penetrar en los modos de pensamiento de los pueblos que han conservado sus antiguas tradiciones. Es más difícil apreciar las repercusiones de estas creencias en las modernas corrientes de ideas y en las aspiraciones políticas y sociales. Sin duda, son convincentes las ideas expuestas por Keyserling en *South American Meditations*, un libro que acentúa felizmente y con una profunda visión, los hechos y motivos que constituyen una unidad de pensamiento o, al menos, una continuidad con las concepciones mágicas de los antiguos indios y los modernos habitantes de la América meridional. Las páginas de Paul Morand, que señalan la estrecha relación entre la pasión de la América moderna por los aeroplanos con la de los antiguos habitantes por las aves de rapiña, tienen algo de seductor, porque existe sin duda una relación entre la fascinación de lo remoto e ignoto que ejerce el águila en su espléndido vuelo y el que cautiva al hombre moderno a la vista del aeroplano. Pero sin deducir ninguna conclusión de las ideas del filósofo, ni de las palabras del poeta, ni de ningún tipo de pensamiento de los hombres que hoy viven en el país, sin conceder gran importancia a movimientos como el andinismo, indianismo o la vuelta a las antiguas tradiciones de los aztecas que se manifiesta en ciertas regiones de México, nos vemos obligados a admitir que las antiguas concepciones mágicas, tan poderosas en estas regiones, todavía florecen en las regiones que la civilización occidental no ha destruido, al igual que el espíritu antiguo, a pesar de tres siglos del yugo de la Inquisición. Tal vez en el arcaico inconsciente colectivo permanece oculto el maravilloso tesoro de los incas, descrito en antiguas narraciones, que la codicia feroz de los conquistadores no logró descubrir.

3. La medicina mágica

La medicina de la América precolombina era esencialmente mágica, según se puede deducir de extensos documentos. Los aztecas y los incas creían que la enfermedad era producida por los demonios malignos; los talismanes, los exorcismos, los amuletos ocuparon un lugar importante en su terapia y las prácticas mágicas predominaban en el nacimiento y sobre el recién nacido. El instrumental quirúrgico se construía de pedernal y los cirujanos poseían gran habilidad técnica. Las reproducciones, de un realismo impresionante, de casos patológicos y especialmente de enfermedades de la piel, se encuentran frecuentemente en los vasos de arcilla, los famosos *huacos*, lo que hace suponer que tenían una significación particular y una función específica en el tratamiento de la enfermedad, probablemente por-

que se les atribuía a cada uno de ellos un demonio. Al igual que en todos los pueblos antiguos, los hechiceros poseen un conocimiento de las virtudes de las plantas; están familiarizados con los efectos producidos por las semillas narcóticas del árbol de la datura y por las hojas estimulantes de la coca, el árbol sagrado y venerado, que en los tiempos antiguos sólo podían usar los príncipes y miembros de la corte y más tarde lo empleaba el pueblo por sus propiedades tóxicas. Todavía entre los indios del Perú el mago envuelve en el misterio todas sus prácticas: coloca sobre el pecho del enfermo una cantidad de hojas de coca, extiende un paño negro en el suelo sobre el que deja caer las hojas, examinando las formas de cada una de ellas. Después de haber pronunciado unas palabras misteriosas, afirma que la enfermedad está provocada por la influencia maligna de un animal que él puede descubrir. A esto sigue una serie de ceremonias dedicadas a la búsqueda del animal y dirigidas a neutralizar los efectos del sortilegio. Estos magos son aún más populares entre los campesinos, los cuales creen firmemente en su poder.

La historia de la coca constituye un capítulo aparte y uno de los aspectos más interesantes de la magia en Suramérica. Desde los tiempos antiquísimos la coca se ofrece a la divinidad y su uso es restringido a los reyes y a los grandes magos y se le conoce como una droga poderosa, capaz de provocar alucinaciones. Más tarde llega a ser muy popular y su consumo está extraordinariamente difundido. Todas las limitaciones y prohibiciones impuestas por los virreyes españoles y por las leyes modernas apenas han logrado limitar su uso. La coca es todavía, como en los tiempos de los incas, la hoja sagrada que conduce al encantamiento, que crea la sensación de una vida mejor y que infunde una nueva esperanza en los sufrientes. La gran magia de los caudillos se ha transformado en la magia común de cada día.

H. Valdizán, que ha realizado un cuidadoso estudio de la medicina popular del Perú, descubre la gran difusión de las creencias mágicas: muchos animales, como el gorrión y el pavo, se consideran mensajeros de la muerte; se tiene la creencia de que un perro aúlla en presencia de la muerte y que un caballo espantado ha visto el alma de una persona muerta. Son extremadamente importantes en la vida de los indios los demonios protectores de las cosechas y de los animales domésticos; en algunas regiones los *achachilas* son los primitivos padres de la tribu, los espíritus tutelares y los protectores más piadosos de la vida y de la salud de los hombres, de los animales y de las plantas. Viven escondidos en las colinas y en los bosques. En determinadas épocas del año se les ofrece a estos espíritus una serie de sacrificios y un banquete que presiden los hombres má experimentados en los ritos secretos, quienes pronuncian misteriosas

fórmulas. El centro de este culto es la isla del Sol en el Lago Titicaca, donde los achachilas se reúnen en conciliábulo. Análoga a esta creencia peruana es la boliviana estudiada y descrita por Paredes.

La convicción de los indios de ciertas regiones del Perú, según la cual si una persona pasa por ciertos pasajes peligrosos en las montañas puede perder su alma si no tiene la precaución de llevar como ofrenda votiva una rama fresca, deriva directamente de una concepción primitiva. De esta pérdida del alma derivan, según los indígenas, las enfermedades más graves, sobre todo las mentales, que sólo pueden curarse recuperando el alma por medio de ritos mágicos ejecutados por los magos durante la noche.

También se cree que la enfermedad de los animales es causada por demonios malignos y que se pueden curar sólo por prácticas mágicas.

El culto de los muertos va acompañado de largos y complicados ritos. Los funerales duran varios días y se considera que el muerto puede volver a la vida y manifestar, de varios modos, su acción buena o maléfica.

El centro de la religión primitiva peruana es el *supay*, el espíritu maligno, a quien se le atribuyen todas las enfermedades y desgracias. Este demonio poderoso, opuesto a los buenos espíritus, posee numerosos nombres y formas entre las tribus indias de Suramérica; pero está difundida la creencia de que su peligro sólo puede conjurarse por medio de prácticas mágicas y toda la medicina actual de estas tribus, que han conservado casi intactas las creencias de los antiguos habitantes del país, poseen un carácter mágico. Se ha desarrollado toda una mitología médica y grupos de individuos se ocupan del ejercicio de la medicina. Uno de los individuos más interesantes de estos grupos es la "bruja", una hechicera o maga, que practica su arte con ritos complicados y receta remedios para todas las enfermedades. Aconseja el uso de talismanes, amuletos y fórmulas, en las que la práctica católica aparece extrañamente mezclada con la magia.

Son muy interesantes los ritos que acompañan al nacimiento y al cuidado del recién nacido. En éstos, los ritos de la magia imitativa son realizados por la "recibidora", la comadrona, que lleva a cabo una ceremonia particularmente complicada al cortar el cordón umbilical, el que simboliza la unión de la vida de la madre con la del niño y se considera como el acto central del nacimiento.

La medicina mágica de los aztecas se caracterizaba por su antigüedad y por su extraordinaria reputación entre los indios. Son importantes las substancias narcóticas y excitantes y se han dedicado muchos estudios al *ololiqui* y al *péyotl* o peyote, que durante siglos han

empleado sus encantos mágicos. La Iglesia ha tratado infructuosamente de apartar a los indios de la creencia en los poderes mágicos de estas dos plantas. El peyote y el *ololiqui* se usan por sus efectos sobre la mente y sobre el sistema nervioso, así como para los ritos mágicos. El peyote, con el cual experimentó Havelock Ellis, contiene un poderoso alcaloide, la mezcalina. El *ololiqui*, cuyo nombre botánico es *Rivea corymbosa*, está relacionado íntimamente con nuestro "don diego de día". Se invoca frecuentemente el dios del *ololiqui* y se recogen sus flores con ritos especiales. La planta tiene diversos usos: como narcótico y como una parte de los ritos de adivinación, puesto que se cree que confiere poderes especiales. No se conoce la composición química del *ololiqui*, pero tiende a provocar un estado hipnótico acompañado de alucinaciones, conduciendo a un deleite eufórico. El *ololiqui* y el peyote provocan el mismo tipo de visiones.

Resumiendo brevemente los aspectos más notables de la magia precolombina, se puede concluir que su carácter particular es el estar dominada por una nota fantástica. Aun cuando son enormemente diferentes las corrientes mágicas entre los distintos pueblos, basadas en diferencias esenciales en las condiciones climatológicas y sociales, existe un cierto aspecto especialmente común en la magia de una corriente particular de ideas. Son ampliamente usadas las plantas narcóticas, debido a este deseo de expulsar la "pena verde". Domina la concepción mágica del tótem y entre los tótem ocupa el primer puesto el ave de rapiña o el de plumaje multicolor.

En ningún otro país la antigua magia se conserva tan viva y dispersa en pequeños grupos étnicos, ni ha ejercido una influencia tan profunda sobre las personas incultas. Estas creencias e imágenes que existían en la mente de los pueblos conquistados, reviven, aunque bajo otras formas, en la mente de los descendientes. Estas ideas nuevas y antiguas, reminiscencias de tradiciones que parecían completamente olvidadas o profundamente sepultadas, son innumerables, y bajo circunstancias particulares, aunque las creamos totalmente desvanecidas, surgen con un vigor inesperado y manifiestan con toda evidencia sus remotos orígenes.

XII

LA MAGIA FANTÁSTICA DE LOS HINDUES

1. La vida angustiada

Si consideramos la influencia ejercida por las condiciones externas, que determinan las formas y las leyes de la vida individual y social, sobre la creación de la atmósfera mágica, podremos observar que en ninguna parte esta influencia es tan evidente y predominante como en la India, un país de extremados contrastes climatológicos, limitado y protegido por el océano y una cadena de montañas: un crisol en el que se funden las pasiones, las esperanzas y los pensamientos de muchos grupos raciales, hostiles entre sí y donde diversas facciones ejercen sucesivamente el predominio.

El estudio de su historia, el contacto con sus habitantes y la comprensión de su pensamiento revelan que ningún otro país está tan esencialmente predispuesto para la magia como la India. Este lugar es el museo histórico más completo de la magia, en el que se exhiben de un modo vivo, en el pensamiento simbólico, todas las expresiones de la idea mágica, todos los aspectos de la hechicería y todas las costumbres y ritos mágicos. La India es tal vez el único país en que la realidad de la vida occidental y las creaciones de la moderna civilización mecánica existen al lado del mito y de la leyenda, que toman una apariencia de realidad y parece que sobrepasan y desalojan las ideas, las formas y las leyes de la edad contemporánea.

En la mentalidad colectiva de la India domina un profundo miedo a las fuerzas sobrenaturales. El hinduismo, la adoración de miles y miles de animales deificados, de dioses monstruosos que no reflejan en sus rostros ni un signo de piedad o de bondad, no es sino la fantástica construcción de las mentes aterrorizadas por las cosas terribles y desconocidas. Todo el arte de la India expresa esta creencia mágica: son mágicas las grotescas figuras de animales esculpidas en piedra o pintadas en las paredes de las cavernas; igualmente es mágico el origen del sacrificio de sangre exigido por unos dioses sanguinarios, en el cual el animal substituye al ser humano. Todavía existe en la India, como entre los primitivos, la concepción de las propiedades de la sombra, según la cual el hombre impuro no puede proyectar su sombra sobre un objeto sin que éste pierda su pureza, y la de los nombres de los antepasados, que son invocados y repetidos con respeto y temor. La ley mágica y cruel del tabú, que establece

severas penas para aquellos que osen violarlas, se expresa en el sistema de castas de la India. La India vive en un círculo mágico, del cual intenta en vano liberarla la serena filosofía del budismo, que predica la supresión del deseo y la victoria del espíritu.

La historia de la magia en la India sólo puede exponerse sumaria y episódicamente, seleccionando los hechos y características más notables, dado que se desarrolla en diferentes formas según las épocas y las corrientes religiosas, políticas y nacionales que en diversas épocas dominan la vida social e individual y algunas veces trastornan completamente las antiguas ideas.

La mentalidad colectiva de la India, envuelta en una concepción mágica primitiva y en un demonismo sistemático, da lugar a una ética y a una filosofía que, desde ciertos puntos de vista, puede considerarse una de las más perfectas. Desde la antigua religión de los Vedas, a través de la época del brahmanismo y de las grandes corrientes filosófico-religiosas de las cuales nacen el jainismo y el budismo, hasta la vuelta al brahmanismo, que desemboca en hinduismo, se suceden las concepciones diversas o alternan las unas con las otras. Estas concepciones presentan tal complejidad que es difícil descubrir sus orígenes sin considerar profundas y determinantes influencias extrañas. En todas estas concepciones, sin duda, se manifiesta la mentalidad particularmente fantástica de los pueblos influidos por su medio ambiente y por su clima, de igual modo que su vegetación lujuriosa y de brillante colorido se desarrolla más rápidamente y son más variadas las formas de todas las cosas vivientes bajo su ardiente sol. Todos los medios parecen dirigirse hacia el logro de un fin que parece estar más allá del límite de la realidad. El totemismo se encuentra en la primitiva adoración de los animales —la vaca, la serpiente, el tigre, el elefante, el mono, son todos tótem—, lo que más tarde, con la difundida idea de la metempsicosis, logra una importancia dominante y se manifiesta en simbolismo. El culto de los números, de las formas y de los signos se desarrolla en el grado más alto y encuentra su expresión en los Vedas, las canciones sagradas, que acompañan a las prácticas rituales y contienen fórmulas mágicas útiles para curar la enfermedad, alejar la muerte, evitarla y debilitar a los enemigos.

Tal vez en la India, más que en ningún otro país, la magia se muestra, desde los tiempos más antiguos —lo que encuentra fácil explicación por las condiciones de la vida—, en aquellas formas de encantamiento que requieren un estado especial de ánimo en el cual quedan abolidas las facultades críticas o disminuidas de un modo considerable; así como las facultades emotivas se encuentran en estado de éxtasis o bajo la directa o indirecta impresión sugestiva de

la música, de las palabras, las formas y los signos individuales o colectivos. Una de las prácticas mágicas más importantes y antiguas es la del *soma*, que está en relación con el culto de la Luna. Y una de las partes esenciales la constituía la bebida del soma por los magos y los demás participantes. Esta bebida provocaba un estado de excitación: "hemos bebido el soma y hemos entrado en la luz celestial". En un pasaje ulterior de un texto citado por Hauer, se lee: "me he elevado de la superficie de la Tierra al espacio celestial, del espacio celestial al cielo, y del cielo al mundo de la luz sobrenatural en donde yo soy uno con el Sol". Pertenecen a la misma categoría la ceremonia del fuego, a la que acompañan una serie de prácticas mágicas y particularmente aquellas ceremonias dedicadas al culto de los antepasados, así como otras antiguas prácticas en las que la música, las danzas, la repetición de fórmulas y varias manipulaciones sobre los cuerpos de los fieles, provocan el hechizo sobre los espectadores.

Indra, el dios del Sol y de la guerra, amenazador y terrible, el vencedor de cualquier enemigo, ocupa el puesto central de la mitología india. Indra está acompañado de Varuna, el dios de la Luna, que regula el tiempo y los acontecimientos, premia a los buenos y castiga a los malos. Otros numerosos dioses y demonios aparecen en el panteón indio. Ocupa una posición importante Puruscha, el primer hombre que fue sacrificado a los dioses en una gran ceremonia. Este sacrificio es el origen del mundo, de manera que el Sol se crea del ojo de Puruscha; el cielo, de su cabeza; los guerreros, de sus brazos; los campesinos, de sus muslos; etcétera, y, según esta antigua leyenda, la vida del universo se refleja en el individuo.

Los animales juegan un papel de primer orden en la considerable representación fantástica de formas extrañas, mítica y mística al mismo tiempo, en que las líneas de las formas naturales aparecen exageradas y como tales cristalizan en la rígida escultura y arquitectura de la India.

2. Las danzas mágicas. La fascinación de los animales y de las plantas

La danza en la India es tal vez el ejemplo más perfecto de un rito mágico. Las danzas diabólicas, con máscaras extrañas y feroces, con reproducciones de esqueletos y de monstruos, danzas extrañas en su ritmo, en su monótona continuidad, se ejecutan en todas las ceremonias solemnes y constituyen aspectos preeminentes de la vida nacional en el norte de la India y en el valle del Tibet. Estas danzas no poseen aparentemente ningún motivo musical dominante, ni expresan ninguna pasión, sino sólo un remoto y nostálgico estado de

ánimo, dominado por una profunda tristeza. Este estado de ánimo no es un encantamiento y ejerce un fuerte hechizo sobre los espectadores. Más que una danza, es la representación de una serie de gestos simbólicos de la cual se evaden significaciones lejanas: es una evocación constante y rítmica del éxtasis y una afirmación de extraña belleza, que tiene casi la sencilla movilidad de una fábula. Es, en realidad, el lenguaje de una remota candidez, aparentemente inconclusa, la música de una leyenda cuyo sentido lejano se esfuma, la expresión de una de esas historias sin principio ni fin, amadas por los niños, de la cual la memoria retiene sólo el ritmo y la cadencia. Es un movimiento que se destaca ligeramente de la línea estática, que se vuelve sobre sí y que está en evidente y estrecha relación con la recitación de fórmulas o con el ritmo de la danza. El erotismo aparece completamente ausente y si puede existir algún significado erótico es sólo a través de la evocación simbólica. Tal vez por esto la bailarina hindú es la menos procaz en sus actitudes. En muchas ocasiones he observado estas danzas. He tenido la extraña sensación de sentir pulsar una vida más allá de mi conocimiento, tal como la impresión que uno recibe cuando inesperadamente escucha en el silencio de la noche las voces vibrantes de las calles distantes.

Esta impresión señala la diferencia entre el modo de pensar del hombre de Occidente y el de Oriente, que permanece intocado por la civilización occidental y se deriva del hecho de que el hombre de Oriente siente y actúa despreciando las relaciones causales, el conocimiento experimental y la aproximación matemática. La magia, según Schopenhauer, es la objetivación del deseo fuera de los nexos causales; y la concepción de la vida de la India es esencialmente mágica.

La fascinación y el embrujo de la naturaleza en sus formas, colores, fragancias y en la infinita luminosidad del aire, es tan profundo y magnífico en la India que se puede comprender fácilmente cómo la creencia mágica vive y actúa constantemente y cómo el hombre se encuentra aprisionado en este círculo. Aquel que conoce la India tiene la profunda sensación de que no es suficiente ser un científico, un agudo observador, un estudioso, para la comprensión de este estado de ánimo. Es necesario sentir directamente la acción de estas fuerzas remotas y próximas, fuerzas que ni aun los instrumentos más perfectos pueden mensurar. En la India se comprende cómo las formas de la vida intelectual y del grupo se encuentran estrechamente ligadas a las de toda la naturaleza. Este poder vivo y presente de todas las cosas explica y justifica la adoración de las montañas, de los árboles y de los animales, que están contenidos en el gran círculo mágico y se encuentran bajo el mismo hechizo. La gran cima de lejanas

montañas y los ríos representan en la mente y en la pasión de los creyentes la fuerza suprema, a la cual se vuelve constantemente el pensamiento y de la cual se siente constantemente la presencia y la amenaza. Los árboles se presentan como símbolos de las leyes que gobiernan la vida del hombre. Existe una profunda afinidad, una íntima relación, entre las grandes palmas con sus grandes hojas declinantes y la vida del hombre que reposa bajo su sombra y recoge sus frutos. En todas las leyendas y rituales, el árbol sagrado "aswatta" tiene un papel importante. La aswatta es la *Ficus religiosa* y se le denomina también el árbol de bayán, porque los comerciantes hindúes acostumbran realizar sus transacciones bajo su sombra. Los hindúes creen que este árbol es un ser sobrenatural. Sus grandes hojas de un verde pálido, son tan ligeras, que basta un leve soplo de aire para mecerlas; los extremos de sus largas ramas se inclinan sobre la tierra y echan raíces y poco a poco se forma un nuevo tronco del cual brotan nuevas ramas, de modo que centenares de troncos cubriendo una vasta área forman con sus hojas una densa galería, única por su belleza, bajo la cual los viajeros pueden reposar tranquilamente a resguardo del sol. El aswatta está consagrado a Vishnú. Según ciertos autores, Vishnú asume la forma de este árbol y, a veces, en ciertas regiones de la India, se consagra el aswatta al dios, en una larga y complicada ceremonia.

El árbol sagrado está decorado con un triple cordón blanco que es el distintivo de los brahmanes; una de las ceremonias más antiguas y sagradas es la que celebra sus desposorios con otro árbol sagrado dedicado a Siva, la cual ha sido escogida como esposa. El rito nupcial se lleva a cabo con la misma solemnidad como en el matrimonio de una pareja de brahmanes; los árboles se ligan juntos para que crezcan el uno junto al otro. La fe ciega de los campesinos se satisface con la significación antropomórfica de este rito y los libros atribuyen un significado simbólico a la vida del gran aswatta, el gran árbol. Las ramas que descienden hacia la tierra y echan raíces y forman otros árboles, simbolizan el espíritu de un dios que desciende y entra en el cuerpo que se forma en la tierra. Este árbol es el emblema del universo, que con sus miles de formas vivientes aparece siempre nuevo, derivando siempre, constantemente, de un solo tronco: manifestación de la idea fundamental, mencionada más o menos veladamente en todos los libros antiguos, de que la vida es un ciclo rítmico.

Los animales tienen una parte no menos importante. El pueblo de la India cree que el cuerpo de cada animal es la morada posible de una deidad, que puede manifestar su oculta fuerza o ejercer su poder sobre la vida del hombre. La vaca es el centro del culto y se le

considera sagrada sobre todos los demás animales. Por las calles de una gran ciudad, pobladas y rumorosas, se detiene todo el tráfico delante de un obstáculo insalvable, ofrecido por una vaca tranquilamente tendida en la calle, que nadie puede quitar de allí. Está prohibido matar las vacas y comer su carne. Las batallas más feroces entre los musulmanes y los hindúes se han librado siempre en torno al problema del alimento. Todo lo perteneciente a la vaca es sagrado. Sus secreciones y excrementos, mezclados, forman el *pancha gavia*, una mezcla útil para todas las enfermedades y que contiene las substancias necesarias para la completa purificación del paciente. Ungirse con esta mezcla e ingerir una parte de ella, es el método más seguro para curarse todas las enfermedades y para quedar limpio de toda culpa. Asegurar el bienestar de la vaca, aunque esté vieja y enferma, constituye una de las más grandes obras de piedad en la India y muchos hospitales se dedican exclusivamente al cuidado de animales enfermos. Es así como, debido a la tenacidad de la tradición, el tótem de los antiguos pueblos se mantiene inviolable a través de los siglos.

Pero no sólo la vaca recoge la adoración de los fieles. Las serpientes y las divinidades infernales de los tiempos prehistóricos tienen una parte notable en el mundo infinito de las divinidades de la India. La serpiente es adorada en los templos más famosos de la India y numerosos reptiles son mantenidos y cuidados por los sacerdotes. Los peces y los monos, el pájaro garuda (adorado por los seguidores de Vishnú), el toro sagrado y el tigre, así como todos los seres vivientes, tienen su puesto en el altar. Esto es fácilmente explicado por la creencia, de la cual se encuentran rastros en la historia de todos los pueblos, de que todas las formas de vida son manifestaciones de un ser supremo. En la cosmogonía hindú esta creencia florece y se exagera de un modo fantástico. De acuerdo con ella, cada ser, por grande o pequeño que sea, forma parte de la divinidad.

La observación de las estrellas es paralela a la de las grandes constelaciones y a través de toda la India existe la creencia de que los deseos expresados por una persona al contemplar una estrella fugaz, se cumplirán. En la India esta idea, que es también general en el Occidente, se refleja en el rito mágico de cerrar la boca e introducir un dedo para mayor seguridad de que no se escape el cuerpo que acompaña a la caída de la estrella, que es un espíritu que regresa a la Tierra procedente del paraíso.

La medicina hindú, denominada *ayurveda*, porque sus lecciones se derivan de los antiguos vedas, y su libro de texto clásico, el Susruta, son de tipo mágico. Sus fundamentos se enseñan oficialmente en las Escuelas de Medicina y están reconocidos legalmente por el

Gobierno británico. Aun a pesar de que las tradiciones ancestrales, las observaciones psicológicas y las influencias psíquicas son más importantes en la medicina de la India que los resultados de la ciencia experimental, ésta posee un sólido fundamento en la experiencia y en un agudo sentido de observación clínica.

Es muy importante observar el modo cómo considera la antigua medicina hindú, de un origen netamente astrológico, a los enfermos que sufren de alteraciones mentales. Habitualmente el hombre que sufre alucinaciones y en general el psicópata, es temido y reverenciado y algunas veces considerado como santo. En los casos de individuos afectados por manías violentas o peligrosas, se practican exorcismos con vistas a expulsar al demonio que ha poseído al paciente, para lo que se invoca a un demonio más poderoso. Este demonio terapéutico se encuentra a veces ligado a una caña de bambú y se vende en el mercado por los hechiceros.

La curación a través del tratamiento del alma constituye una parte importante de la medicina de la India. Los textos médicos prescriben la necesidad de que la mujer que va a dar a luz esté de buen humor y que las personas que padecen de tuberculosis sean atendidas por los amigos mediante la música, los perfumes e historias agradables. En ciertas enfermedades están generalmente prohibidas las bebidas alcohólicas.

La personalidad del médico es de primordial importancia. El continuador de la antigua medicina hindú y de sus prácticas debe hacer uso de la terapia sugestiva.

Otras numerosas tradiciones de la antigua magia persisten en la India. La dirección del vuelo de los pájaros se considera como un augurio. El elefante simboliza el dios de la sabiduría: Ganesa. Se consideran sagradas a las serpientes, y a las personas de la casta alta no se les permite matarlas, ni aun a las más venenosas. Claras indicaciones de la deificación de las serpientes se encuentran en el Atharna-Veda.

El agua y el fuego tienen, en la magia hindú, una parte importante.

Una de las características más interesantes de esta magia, es que según las prescripciones más exactas y severas, para el logro de lo deseado el hombre necesita tener fe, *schraddha*. Negelein señala que esto no indica la fe en la bondad o en la justicia de Dios, sino la fe en los poderes mágicos de los ritos, en la repetición de los versos del Veda, en los valores de las ceremonias de sacrificio y en el poder de los brahmanes. Todos los rituales hindúes postulan la necesidad de la fe; todos los milagros serán posibles si existe la credulidad.

Todo el mundo hindú está poblado de demonios y de magos, con un retorno a las ideas totémicas más extrañas y fantásticas, tales como la tigrantropía, la posible metamorfosis del hombre en tigre.

Todas las prácticas mágicas que se conocen en la historia de los primitivos todavía existen en la India. Todas las formas de la adivinación, conchas, palabras, signos, fuego, la prueba de las órdenes por medio del agua y del veneno y los exorcismos se mantienen florecientes.

3. La religión mágica

La lucha del budismo contra la magia se afirma en todas las manifestaciones del Iluminado, que desprecia las leyes de casta, niega el valor de todas las prácticas mágicas y sostiene que la santidad deriva de las obras. Esto permite explicar por qué el budismo no llegó a prender de un modo total en la India y cómo después de unos pocos siglos es sofocado por la creencia en lo mágico, que se extiende de nuevo a través del país bajo la protección del brahmanismo.

La obra completa del Iluminado es en realidad única en la historia de las grandes aventuras del espíritu. Buda abolió (o trató de hacerlo) la creencia del pueblo en la magia y predicó el valor espiritual de las leyes morales, abandonando valerosamente el culto de los símbolos. Buda enseñó con su propio ejemplo la belleza del sacrificio y la justicia, así como la alegría de la vida y de la piedad, y por una ironía suprema, como ha dicho L. H. Elliott, encontró su propio puesto en el altar que él quería suprimir. Los hechos históricos prueban, con elocuencia, que especialmente entre los pueblos organizados en sistemas cerrados como las castas en la India, muy difícilmente puede desplazarse la fe en los símbolos, en los milagros y en lo sobrenatural por las ideas morales y éticas. La miseria de las clases agrícolas, que constituyen casi la totalidad de la población de la India, y la frecuencia de catástrofes naturales y de epidemias pueden explicar, quizá, este hecho.

La estrecha relación entre la magia y la religión, así como que toda religión no sea en realidad sino magia, se demuestra por el hecho de que la palabra *brahman* deriva de un término cuyo sentido es "fuerza mágica". Este concepto es inherente a la convicción de que el sacerdote puede curar a una persona enferma tocándola con el dedo y que sus maldiciones tienen un resultado inmediato, sin posibilidad de revocación, como en la bendición de Jacob. Las fórmulas pronunciadas por los sacerdotes tienen un efecto instantáneo: por ejemplo, la profecía de una larga vida, pronunciada al oído de un recién nacido.

Prescripciones mágicas acompañan toda la alimentación. La manteca líquida, *ghi*, es el alimento mejor y más sagrado, que prolonga la vida; los padres se lo dan a sus hijos en una cuchara de oro. Al recién nacido, según el Susruta, se le debe dar una mezcla de manteca, miel y oro pulverizado.

Se considera que posee una virtud particular el jugo de la planta soma (*Asclepias acida*), una bebida narcótica que induce paciencia en quien la ingiere. Está estrictamente prohibida la carne de todos los animales, y dado que los conflictos más serios entre los hindúes y los musulmanes derivan casi siempre del desprecio mostrado por los hindúes a las personas que comen carne, resulta evidente que la idea mágica domina todavía la vida entera de la India.

El antiguo concepto de la magia presente y perenne y del encantamiento dominador y animador de fuerzas sobrenaturales da lugar al brahmanismo, una religión iniciática caracterizada por la necesidad del propio sacrificio y de la vida ascética. Estas dos creencias básicas adquieren diferentes formas y constituyen el núcleo de una nueva concepción de religión. Los ritos están particularmente dirigidos y obtenidos por la mente humana y todos interesados en conceptos terrenales. Todas las facultades mentales del hombre están dirigidas hacia un completo autodominio, para poder destacar la vida espiritual de la física y hacerla independiente. Esta tendencia hacia la anulación del deseo, hacia la investigación y contemplación ascética y hacia la espiritualización de la vida encuentra su expresión, en la edad moderna, en las prácticas del Yoga.

4. La doctrina y la práctica del Yoga

La creencia primitiva en la continuidad de la vida después de la muerte toma en la religión de Brahma, la forma de la doctrina de la transmigración de las almas. Según el brahmanismo las almas pasan a través de una serie de existencias y llegan a ser, a su turno, planta, animal, hombre, demonio y deidad. Una vida honesta, según los preceptos religiosos, es la condición mejor para la transmigración de las almas. El estado en el que se puede obtener la purificación se llama *atman*, un estado de éxtasis en que se lleva a cabo la comunicación del individuo con el Todo.

El propósito de la idea budista, análogamente, es la liberación del individuo de la infinita serie de transmigraciones por medio de la supresión del deseo y del placer. La felicidad está representada por el Nirvana, el fin de todo sufrimiento que, según Danzel, conduce más allá del ser y del no ser. En esta idea se señala una vuelta al budismo de la religión popular y mágica. El hinduismo, en su evo-

lución, afirma la existencia de una trinidad compuesta por Siva, Krishna y Vishnú, pero admite la presencia de infinitos demonios y seres sobrenaturales que pueden controlarse por varios métodos y prácticas.[1]

La creencia en la necesidad de crear un estado de ánimo especial, un autoencantamiento, que suprime el yo, persiste en la mentalidad de la India en todas las épocas, a pesar de todos los obstáculos. Perdura con la intensificación y amplificación sistemática de hechos de la subconsciencia y la lenta formación de un método, variable en su forma y en su resultado, según el tiempo y la persona, pero que permanece idéntico en su resultado: la evasión. Este método provoca un escape de la personalidad de la vida material y, a despecho de miles de obstáculos y dificultades, efectúa la unión con la pura vida espiritual. Entonces desde afuera, desde una posición de absoluta superioridad, la magia gobierna sobre toda la vida orgánica, sobre los individuos, los animales, las plantas, sobre el tiempo y sobre el espacio.

Todas las complejas prácticas del Yoga, sobre las que tanto se ha escrito y que han sido sucesivamente consideradas como expresiones de una alta idea filosófica, como severas prácticas rituales, como un charlatanismo complejo y un truco refinado y que en los últimos tiempos ha dado lugar a varias doctrinas y escuelas, poseen esta idea central. Uno de los libros más interesantes sobre este tema es el de Vasant G. Rele, un médico hindú, particularmente dedicado al estudio de *Kundalini* o Laya Yoga. Éste es uno de los yogas más antiguos y se funda en el poder mágico de la serpiente. Se requiere una serie de preparaciones que provocan diferentes fenómenos, incluyendo la aparición de la muerte o la suspensión de la vida durante un lapso más o menos largo. Esta práctica es también muy conocida en Europa. Después de una serie de experimentos demostrativos sobre un paciente en la Asociación Médica de Bombay, en la cual se suspendió por varios segundos la pulsación de sus arterias radial y temporal y del corazón, hecho derivado del poder sugestivo del Yoga, Rele sometió al paciente a una serie de observaciones objetivas bajo el severo control científico de los rayos X, esfigmógrafo, etcétera. Llevando a cabo un estudio muy exacto de todos los fenómenos fisiológicos, Rele llegó a conclusiones dignas de citarse, porque aunque no sean aceptables de un modo total y no proporcione una completa explicación de todos los hechos, señalan sin duda el camino que debe seguirse si quiere establecerse la relación de estos

[1] *F. Alexander ha publicado un trabajo importante, "Die Versenkung des Buddhas" (Imago, 1924), que discute el problema del Yoga desde el punto de vista psicoanalítico.*

fenómenos con nuestros conocimientos positivos, científicos, anatómicos y fisiológicos.

La palabra yoga se deriva de la raíz *juja*, que significa unir o fundir, dominar. Es la misma raíz que la latina *jugum*, yugo. Así como pueden unirse dos piezas de metal por medio de la fusión, un proceso de calefacción o de la manipulación, así en el Yoga, el espíritu *Iivátma*, que es una parte del espíritu universal Paramatma, se une al espíritu universal por medio de ejercicios mentales y físicos. Ciertos escritores definen el Yoga como una concentración con el propósito de librar al espíritu de la materia. Otros escritores lo definen mejor como "la ciencia que incrementa la capacidad humana de responder a las altas vibraciones y asimilar los movimientos y los hechos que se manifiestan en el universo". Según los individuos que lo practican, el Yoga es el método para elevar lentamente al iniciado hasta donde puede encontrar el objeto de su búsqueda y de su aspiración. Hay muchos caminos para lograr este propósito: Karma-Yoga, que ordena dedicar a Dios cada acción y cada pensamiento; el Bhakti-Yoga, que enseña a renunciar a todas las aspiraciones y esperanzas del individuo para concentrar todo su pensamiento en la divinidad; y, finalmente, la forma más perfecta, el Jnana-Yoga, según el cual el alma debe identificarse a sí misma con la divinidad.

Los estudios citados demuestran que este sistema, cuyas prácticas más importantes hemos indicado sumariamente, trata de lograr un control del sistema nervioso autónomo y esto, como en el caso experimentado en Bombay, puede producir una paralización periférica de los pulsos arteriales, como el pulso temporal, que difícilmente se puede admitir que se obtenga por contracción muscular. Rele, estudiando atentamente las posiciones y los métodos del Yoga, prueba, sin ninguna duda, que los antiguos sabios que elaboraron este método poseían un amplio conocimiento del sistema nervioso y que del funcionamiento del sistema central y principalmente del sistema simpático y neumogástrico poseían una idea no muy lejana de la que existe actualmente gracias a las más recientes investigaciones científicas. La excitación de todos los centros nerviosos, *chakras*, se logra siempre a través del misterioso *kundalini*, del cual deriva todo poder sobrenatural. El poder divino se comunica al cuerpo humano a través del *kundalini* y por medio de las seis *chakras* y sus derivaciones. Normalmente el kundalini es durmiente y sólo cuando se despierta o incita su actividad por medio del Yoga el hombre puede percibir todas las virtudes sobrenaturales, su alma se evade de la tumba de la mentira y la perfección de la belleza llena su corazón de alegría. El kundalini es el guía de todas las funciones vitales, el centro de energía, la representación individual de todo el poder cósmico

que crea y sostiene el universo. ¿Dónde reside esta fuerza durmiente? Según los textos clásicos habita en el Brahman-Randkra, esto es, el cuarto ventrículo en la cavidad del cerebro. Mientras no se despierta no puede ver su alma viviendo en el cuerpo y no le es posible unirse al alma universal. Varios textos asignan posiciones diversas al durmiente kundalini y no podemos examinar aquí todas las razones que condujeron a Rele a la conclusión de que puede identificarse con el vago o neumogástrico, el décimo nervio craneal. Nace bajo el cuarto ventrículo, sale del cráneo a través del pequeño orificio yugular para formar la yugular o ganglio nudoso y pasa a través de la columna vertebral al abdomen, donde es un factor que contribuye a la excitación de los diversos intestinos y se conecta con el ganglio solar.

Un estudio de las relaciones entre el neumogástrico y el nervio simpático y su comparación con el kundalini revela que la hipótesis de Rele es bastante justa y que todos los fenómenos que hemos citado se pueden explicar como producidos por una excitación del nervio neumogástrico, el cual es el mismo que el kundalini. El propósito y los efectos del Yoga y de sus prácticas consisten en la supresión de toda otra fuente de sensación y excitación para obtener un control consciente del nervio neumogástrico y a través de éste, de todas las funciones más importantes de la vida orgánica. Un examen de las diversas posiciones adoptadas por la persona que realiza estos ejercicios, y especialmente de la lengua dentro de la úvula, por medio de la cual se detiene la sensación de respirar y se logra la apariencia de la muerte, demuestran que el elemento más importante en todas estas prácticas es el dominio de los centros nerviosos, no posibles en el hombre normal.

Ya hemos señalado que esta hipótesis si no en todo, al menos en parte es suficiente para proporcionar una exacta explicación de todos los fenómenos que caracterizan la ejecución del Yoga y de la práctica igualmente notable, denominada generalmente faquirismo. Es seguro que el Yoga, para obtener la separación del alma del cuerpo y para lograr la unión con el espíritu universal, trata de crear un estado de reposo físico y de introversión de la atención y de la voluntad para lograr el perfecto dominio y el control consciente de los centros nerviosos más importantes. Este estado corresponde sin duda a un encantamiento pasivo, en el que se excluyen todas las facultades críticas para concentrar la atención y la voluntad sobre una idea o un hecho sobrenatural. Aceptando una interpretación más amplia que la de Rele, podemos imaginar que a través del control del nervio vago, el Yoga logra despertar el subconsciente y que en realidad el poder misterioso del kundalini consiste en el subconsciente, que puede despertar por medio de la completa supresión de las sensaciones por la abolición de toda actividad psíquica individual y por el restablecimiento de las relaciones, latentes en el subconsciente, entre el individuo y el cosmos.

Pueden persuadir fácilmente de este hecho las prescripciones para lograr el cuarto grado: "Se deben dirigir los ojos, sin cerrarlos o abrirlos del todo, hacia el punto del cuerpo que corresponda con el que necesitamos ver interiormente (estos puntos están delimitados por círculos místicos). Si el yogi consigue concentrar su conciencia y su respiración sobre la cosa interna que desea conocer e inclina su cabeza, fija la mirada en un punto, aunque no lo considere, porque toda su atención está absorbida totalmente por las cosas percibidas interiormente, puede alcanzar el estado de la realidad suprema que se caracteriza por la liberación."

Se ofrece con claridad, sin duda, que este largo procedimiento, el cual todavía se enseña de un modo exacto en muchas escuelas, no es sino la creación de un estado pasivo de hechizo por medio de una profunda autosugestión que debe, finalmente, conducir a la triple sabiduría y así al dominio de los poderes ocultos.

La autosugestión o el despertar del subconsciente individual, la más pura y estrictamente espiritual expresión del Yoga, puede transformarse, en ciertas prácticas del faquirismo, en la heterosugestión o el despertar del subconsciente colectivo, empleando el Yoga en estas manifestaciones todos los ritos de la magia. La magia hindú, a la que varios escritores (como Eliphas Levi) consideran el origen y el centro de la magia negra, emplea —como en la magia primitiva, pero con un sistema mucho más completo— la sugestión del grupo por medio de las palabras, las acciones, los perfumes, los talismanes, los amuletos y los ritmos. La sugestión colectiva explica todas estas manifestaciones: como el tronco del árbol que crece ante nuestros propios ojos bajo la influencia de fórmulas mágicas, o el niño que, lanzado al aire con una caña de bambú, cae en pedazos y es reconstruido por el faquir; dichas manifestaciones pertenecen, sin duda, a la lista innumerable de milagros que existen sólo ante los ojos de los espectadores que se encuentran en estado de encantamiento, preparado conscientemente por el medio ambiente o por otros fenómenos inexplicables, controlados objetivamente y ayudados por una intensa expectación. Estos hechos pertenecen a la esfera de las alucinaciones colectivas y son la base de la sugestión mágica.

El que quiera indagar más profundamente en estos interesantes hechos (lo que no podrá hacer sin estudiar más atentamente el país que, a través de los milenios, posee una preparación física y psíquica y un ambiente ideal favorable) puede deducir, sin duda, si la concepción total del Yoga y de sus prácticas no deriva en sus ori-

genes de la concepción mágica primitiva y no es en el fondo sino una evolución de ésta. Dicha hipótesis puede aparecer bastante justificada. En todos los pueblos y todas las épocas, las ideas mágicas han sido dominadas temporalmente por el misticismo o por la metafísica; y, así, sufren numerosas transformaciones debido a las influencias a que han estado sometidas. Entre los pueblos occidentales la magia mística ha estado implicada en la religión y ha tenido una evolución discontinua o interrumpida por la ciencia experimental o la crítica objetiva. Éstas han destruido, casi totalmente, muchas concepciones fundadas sobre lo irreal o, mejor dicho, le han impedido traspasar los límites de la conciencia, creando constantemente nuevas superestructuras o manifestaciones del ego. En la India el razonamiento científico experimental no ha logrado prender en el pueblo, y los límites entre lo real y lo irreal, lo subjetivo y lo objetivo, lo consciente o inconsciente, nunca han sido trazados de un modo claro. Esto es debido, tal vez, a las condiciones del país, a la vida contenida entre sus valles y sus montañas, a la transparencia de su atmósfera luminosa, a su clima y a la vida social rígidamente dividida en castas. Por esta razón, si no me equivoco, la concepción hindú es la única que mantiene una ininterrumpida continuidad. Su misticismo dominante se perfecciona en una serie de ritos exactos que llegan a constituir un sistema, el sistema más perfecto de misticismo trascendental que el hombre conoce. Por eso creo que se puede afirmar que la mentalidad y la civilización de la India es fundamentalmente mágica y, como tal, se ha mantenido intacta a través de los milenios.

XIII

EL ESTADO MÁGICO DE EGIPTO

1. Totemismo

Desde los tiempos más remotos Egipto ha sido el país de los símbolos, de los misterios, de la magia, de la alquimia y de todas las artes ocultas. De ningún otro pueblo ha quedado un tesoro tan perfectamente conservado de preciosos documentos del lejano pasado; sobre ningún otro país se han elevado elocuentemente tantas voces para recordar los misterios inexplicables durante siglos y para describir los ritos, los templos y las tumbas, que debían permanecer herméticamente ignoradas para el profano. Se origina probablemente en Egipto la concepción, de la cual deriva el canon religioso, del alma que puede separarse del cuerpo, abandonarlo y continuar viviendo después de la muerte de éste. En las pinturas y esculturas de las tumbas egipcias se encuentra expresada por primera vez la creencia en el juicio después de la muerte. En la leyenda de Osiris, un mito solar sin duda, el concepto de la lucha contra la muerte surge del conocimiento de esta última y de la idea, mucho más antigua, de los posibles cambios y de las nuevas formas que de ella se derivan.

La magia domina toda la vida del antiguo Egipto; en ella se origina, y más tarde se desarrolla, todo un sistema religioso. Esto ayuda a explicar los dos problemas centrales de la metafísica egipcia: el de la creación del mundo (la doctrina de Heliópolis) y el de la vida y la muerte (mito de Osiris). Todos los mitos se encuentran basados en creencias mágicas, principalmente el del Sol, el del escarabajo que vaga por el cielo, el del joven Horus, que nace de una flor de loto, la lucha contra la serpiente que se separa del hombre montando sobre la espalda de la madre, la vaca celeste, etcétera. De la idea totémica derivan las representaciones más antiguas de seres superiores, el halcón de Horus, el perro de Anubis, la ibis de Thot, el cocodrilo de Tebas, la vaca de Hator y muchas más. Más tarde las divinidades asumen una figura híbrida y se representan con el cuerpo de un hombre o de una mujer con la cabeza de un animal. Poco después desaparecen los animales y queda sólo un pequeño detalle en las representaciones, como el pequeño cuerno de Amon, de Isis y Hator. La evolución de la magia, según Moret, establece en el pensamiento humano etapas que pueden ser precisadas de un modo exacto. En la época prehistórica, los monumentos sólo muestran fi-

guras totémicas, animales, plantas y objetos. Hacia el comienzo de la primera dinastía los halcones y los peces presentan rasgos humanos y, hacia el final de la segunda dinastía, comienzan a aparecer los cuerpos humanos con antiguas cabezas totémicas, que se transformarán en los dioses antropomórficos. De aquí se evoluciona rápidamente hacia la forma humana, y en los santuarios los antiguos dioses ceden el campo a las nuevas divinidades, que después sólo aparecen en el periodo de la decadencia de Egipto.

En toda época los animales e ídolos totémicos se mantienen en la iconografía. En los emblemas heráldicos de las diferentes regiones permanecen las representaciones del tótem protector del clan. Algunos de estos tótem reciben honores divinos. El buey es adorado en el templo de Thaah, de Ramsés II en la época tolemaica. Otros animales son adorados con devoción, únicamente en ciudades y regiones, momificados después de su muerte y sepultados en tumbas sagradas. La pena por matar un halcón o una ibis es la de muerte. Pero, según Herodoto, el poder de estos animales sagrados está limitado estrictamente a una ciudad o a una región; más allá de sus límites, no están protegidos por la ley y no existe ningún escrúpulo en comérselos. Es evidente la supervivencia del concepto totémico.

2. El culto y la evocación de los muertos

En una época posterior, cuando el poder de los gobernantes reúne en su cetro a todo Egipo y se extiende más allá de sus fronteras, la idea religiosa llega a ser más alta y más perfecta. Los dioses adquieren una significación cosmogónica y representan las fuerzas de la naturaleza. Pero los ritos sagrados se conservan fielmente y contienen todas las características esenciales de la magia. El misterio de Osiris, cuyos temas principales son la muerte, el funeral y la resurrección del dios, se representaba en todo Egipto, al aire libre o en edificios especiales anexos a los templos de los dioses. En los antiguos textos se encuentran las fórmulas mágicas para purificar y amortajar el cuerpo, restaurar la forma del cadáver y para la presentación de las ofrendas. En el *Libro de los muertos* se conservan fórmulas mágicas que se pronunciaban delante de Osiris, quien juzgaba a las almas que habían realizado el tránsito. En las creencias egipcias no existe temor a la muerte. Cuando todos los ritos sagrados han sido cumplidos y la tumba del muerto ha sido provista de todos los alimentos esenciales y de los objetos que le proporcionaban placer en su existencia terrena, el muerto pasa de una vida a la otra, en la cual le están reservados los mayores gozos. Por este motivo es necesaria la conservación del cadáver por un procedimiento idéntico, según la tradición, al empleado por el dios Anubis para conservar el cadáver de Osiris. Un ritual exacto determina la manera como se debe preparar el cuerpo, puesto en una solución de sal y soda, empapado en aceite, untado con ungüentos y envuelto en vendas de lino sobre las que se escriben fórmulas. Este procedimiento va dirigido a la preparación del cuerpo, pero al comienzo se extraen las vísceras y el corazón del muerto y se les coloca en vasos especiales para protegerlos de los cuatro hijos de Horus. La ceremonia más importante, que se lleva a cabo en el más completo secreto en el templo, es la de abrir la boca y los ojos al difunto. Un sacerdote cubierto con una piel de pantera, toca con su bastón la cara, la boca y los ojos del cadáver, mientras otro sacerdote recita una fórmula mágica e inmediatamente después se deposita el cuerpo en su tumba.

Lexa, en su libro sobre la magia del antiguo Egipto (París, 1925) –el cual posee una información excelente para el estudio de los textos de las prácticas e imágenes–, señala que para los habitantes del antiguo Egipto la vida después de la muerte es más importante que la terrena, la cual no representa en su concepto más que un breve pasaje. Esta creencia explica la exactitud con que los egipcios realizaban las preparaciones para la vida futura y adoptaban todas las medidas necesarias para que después de las ceremonias funerarias, la vida del muerto estuviera dispuesta del mejor modo posible.

Las estatuas que se colocaban en las tumbas tenían la significación de reemplazar eventualmente a los cadáveres en el momento del paso a la otra vida. Las esculturas de los sirvientes, de los campesinos, de los animales y aun de los dioses, servían para acompañarlos y protegerlos.

En los textos encontrados en las pirámides se han conservado muchas fórmulas relativas a la resurrección. Plutarco describe el acto mágico de la *cysta mystica*: se lleva al Nilo un vaso de oro y se le llena de agua; se mezcla un poco de tierra con el agua y con ella se forman figuras que contienen semillas de grano. El grano germina de las figuras y esto es un símbolo de la resurrección, que tiene su forma más evidente, como manifestación de la vida de la naturaleza, en la llegada de la primavera, que simboliza la creencia en la resurrección.

En su obra *Egyptian Magic*, Budge señala que la magia ha tenido una influencia en toda la civilización egipcia, desde sus primeros días hasta las últimas épocas, de un modo tan profundo y tan perdurable que es difícil evaluar exactamente su importancia. Durante la cuarta dinastía se reconoce oficialmente al arte mágico; las prácticas mágicas son, no sólo predinásticas, sino anteriores a las concepciones deístas. El contenido mágico de los textos escritos en jeroglíficos es

tan evidente, que Breasted afirma que todas estas inscripciones representan una colección de textos mágicos. El poder mágico de la palabra escrita y hablada y de los amuletos y talismanes constituye una parte importante de la magia egipcia.

La magia en la vida egipcia está estrechamente ligada a la religión, aunque con el transcurso del tiempo se puede señalar una separación entre los sacerdotes y los magos, la que se acentúa cuando la religión se compenetra con las ideas morales y políticas. Los dioses son, sin duda, los inventores de las fórmulas mágicas; Thot es el "dios de la voz creadora, señor de las palabras y los libros", Isis es la gran maga que conoce todos los secretos, Khonsou lleva a cabo ritos mágicos y obras de encantamiento por orden de los dioses. Los dioses poseen el máximo poder; los más inferiores, los seres invisibles que habitan bajo la tierra o el mar, no poseen la fuerza de los dioses, pero su poder puede traer la enfermedad y la desgracia, provocar la muerte de los hombres y de los animales, arruinar las cosechas. Los hombres que son sabios, que conocen los nombres de los dioses, de los espíritus y de los genios, pueden ejercer un gran poder al pronunciar exactamente las fórmulas. La palabra, los nombres, la entonación y el ritmo tienen una enorme importancia en todas las prácticas sacerdotales y mágicas. Según la creencia egipcia el nombre de dios o de rey, de espíritu o de animal sagrado, es en sí mismo creador; pronunciar un nombre es un acto de la mayor importancia que puede tener graves consecuencias si no se observan seriamente todas las reglas prescritas. La prohibición extremadamente severa —el tabú del nombre— contra la pronunciación de los nombres sagrados de las deidades, codificada por los hebreos en el texto bíblico, se origina sin duda en el terror de los resultados que pueden provocarse de la pronunciación inadvertida de un nombre, lo que equivale a una invocación hecha en vano o sin las precauciones requeridas. En la invocación de los reyes muertos, en las fórmulas que contienen sus títulos, en el *Libro de los muertos*, en los textos médicos, la pronunciación de un nombre es equivalente a su invocación. Son innumerables las reglas que especifican, con la mayor minuciosidad, la manera como debe pronunciarse un nombre poderoso y temido para obtener los efectos deseados.

3. Amuletos, símbolos y misterios

El mago egipcio empleaba fórmulas para proteger su vida y la de sus seguidores. Con estas fórmulas, a las que se añadían casi siempre prácticas que revelan un conocimiento básico de la medicina, se curaban las enfermedades alejando los demonios malignos. Los talismanes y amuletos podían ser imágenes de dioses, reyes o animales. Podían ser simples tablas que llevaban grabados los símbolos de la vida, de la salud, del poder o de la belleza, y jeroglíficos que reproducían el concepto de la ayuda o de la protección, de la salud o de la enfermedad. Se atribuye el mismo valor a llevar sobre sí un objeto simbólico que a pronunciar la palabra sagrada o la fórmula mágica.

Los signos, especialmente los grabados sobre los escarabajos u otros amuletos, poseen una gran importancia. El escarabajo simboliza la vida y la inmortalidad, toda vez que posee forma de corazón, y un escarabajo de piedra con la fórmula mágica grabada se colocaba sobre la momia, de la cual se extraía el corazón y junto con las entrañas se colocaba en un vaso de alabastro. Además de estos signos sobre amuletos plásticos, se encontraban otros escritos en pergamino o en papiro que se enrollaban o ligaban al cuello del cadáver o se le ataban. El nudo es uno de los amuletos de más alto valor. El jeroglífico *dmz*, que significa "ligar", "unir", tiene la forma de un nudo. Varios objetos conservan nudos: por ejemplo los escarabajos y partes de animales pequeños.

El Museo del Cairo posee una magnífica colección de escarabajos con el nombre de un faraón, grabado dentro de un pequeño círculo. Éste era un nombre tabú; confería un poder mágico a la persona que lo pronunciaba o lo llevaba escrito. Millares de amuletos, de dedos extendidos y ojos pintados de brillantes esmaltes, de todos los tamaños y colores, árboles que simbolizan la vida, pequeñas estatuas de hombres y de animales, son talismanes que la curiosidad de los arqueólogos y la irreverencia de la civilización moderna ha sustraído de las tumbas y alineado en las vitrinas, donde ostentan silenciosamente el recuerdo de su poder, documentando la historia de las creencias mágicas más vastas y complejas del antiguo Egipto.

Las fórmulas rituales y los exorcismos se recuerdan en el *Libro de los muertos* y en los papiros mágicos. Se encuentra una fórmula y un remedio para cada situación y contra cualquier peligro.

La protección del niño mediante fórmulas mágicas tiene una parte importante en la magia egipcia. El siguiente es el texto de un exorcismo tomado del *Libro de las fórmulas mágicas para la madre y el niño*, publicado por Maspero: "Desaparece, oh muerte, que vives en la obscuridad, oh tú, cuya nariz es vuelta del revés, desaparece sin lograr lo que deseabas hacer. Si tú has venido para besar a este niño yo no te lo permitiré. Si tú has venido para calmar su llanto yo no te permitiré hacerlo. Si tú has venido para tomarlo yo no te permitiré tomarlo. Por este motivo yo me dirijo contra ti con los hechizos de la lechuga que pincha, con el ajo que no se puede oler, con la miel que

es dulce para el hombre y repugnante para el muerto, con un trozo de hilo. Desaparece sin que puedas cumplir el propósito que te trajo." Las fórmulas mágicas contra la enfermedad tienen un lugar importante en la medicina de los papiros. Esta fórmula contra el reumatismo está sacada del papiro Ebers: "Desaparece, oh reumatismo, que rompes los huesos y revientas los cráneos y hieres dolorosamente las siete aberturas de la cabeza. Éste es el remedio: la leche de una mujer que ha tenido un niño; más el perfume que expelerá de su cuerpo la víctima. Derrámate y cae por la tierra, líquido asqueroso que traes la enfermedad."

En el momento en que el médico toma en su mano el vaso con la medicina se pronuncian otras fórmulas mágicas. Con una fórmula en los labios se prepara la cebada, la miel o aquello que constituye los ingredientes de la medicina, se aplican las vendas a las heridas o se curan éstas. Con las fórmulas se alternan súplicas, amenazas, órdenes, prohibiciones y exorcismos.

Un rasgo característico de la medicina mágica de Egipto es que estaba inteligentemente combinada con la medicina empírica. La persona enferma no debe recurrir solamente a la ayuda de la magia, sino procurarse al mismo tiempo la de un médico. El papiro Ebers señala que una fórmula mágica debe unirse a la medicina, pero añade que cada verdadera práctica mágica debe estar acompañada o seguida del medicamento apropiado. Lexa cita muchas fuentes que muestran la costumbre de acompañar con ritos mágicos la cura de la enfermedad, así como el acto de provocarla.

En la introducción del papiro Ebers se lee: "Si se da el remedio es necesario también que el conjuro de las fuerzas enemigas proceda de mi corazón y de mi cuerpo. Las fórmulas mágicas conjuntamente con los remedios son eficaces, y los remedios son potentes cuando operan conjuntamente con las fórmulas mágicas."

El ritual mágico capaz de provocar la ceguera o la demencia en el hombre se conserva en los papiros de Londres y de Leiden y la ceremonia para lograr la muerte se encuentra en más de una inscripción funeraria.

Todos los remedios mágicos, todas las ideas de las pertenencias, todas las creencias, que como hemos visto son familiares a los pueblos primitivos, se encuentran en la magia médica de Egipto. La gota se curaba ligando un amuleto de piel de ciervo a un pie, dada la creencia de que la agilidad de los pies del animal se transmitiría al inválido, la grasa del gato se utilizaba para cazar los ratones y la sangre de un ternero negro o de un toro negro servía para prevenir el encanecimiento. Se podrían citar numerosos ejemplos de prescripciones semejantes. La sangre, la leche, la saliva, son los remedios rituales más usados.

En un principio las fórmulas deben pronunciarse por el médico o el mago, pero más tarde se extiende la convicción de que se puede obtener el mismo resultado escribiendo la fórmula en un papiro para ser ingerida por el enfermo o haciéndolo beber cervera donde se ha lavado el papiro. Más tarde, y simplificando siempre el procedimiento, los magos recitan las fórmulas sobre la cerveza, agua o vino, lo que, al ser ingerido por el paciente, transmite a su cuerpo las virtudes mágicas del brebaje y aseguran su restablecimiento. De estos procedimientos son, evidentemente, reminiscencias las prácticas de los charlatanes o curanderos modernos.

Existe un rito mágico que creemos importante mencionar debido a su evidente analogía con algunas prácticas modernas. Este es el rito descrito en el papiro demótico de Londres y de Leiden, dirigido a evocar los dioses, los espíritus luminosos y las ánimas de los condenados. Resumimos a continuación este rito del libro de Lexa. El mago se sirve de un joven que no ha tenido contacto con mujer y después de haberlo examinado y aprobado le da los amuletos que lo protegen de todos los peligros durante la evocación de los espíritus y comienza el rito con una rogativa en la que pide a los dioses lo favorezcan en la empresa. Enciende una lámpara en una habitación a obscuras y coloca al joven delante, de modo que tenga que cerrar los ojos. El mago se coloca detrás de él, inclina su cabeza sobre la suya y repite siete veces la fórmula adecuada golpeándole suavemente en la cabeza, y entonces le pregunta: "¿Ves la luz?", y cuando le responde "veo la luz", entonces le pregunta sobre lo que desea conocer. Con vistas a provocar más rápidamente el estado adecuado, el mago quema incienso u otra materia olorosa. Cuando el rito ha llegado a su fin y los espíritus han respondido a su llamada, el mago permanece cerca del joven con su cabeza inclinada sobre él, repitiendo la fórmula siete veces y ordenando al joven abrir los ojos.

El libro de Lexa contiene también las instrucciones para un rito en que el mago, colocándose ante una linterna y repitiendo las fórmulas, puede llegar a dormirse a sí mismo y en su sueño contemplar a los dioses y espíritus de la muerte.

De estas y de otras fuentes se deduce que los magos egipcios conocían perfectamente estas y otras prácticas hipnóticas para establecer contacto con los dioses y los espíritus de la muerte. Los nombres semíticos en las fórmulas indican que algunos de los hechiceros eran de origen extranjero. Estos procedimientos evocadores eran familiares al pueblo de Israel.

La idea egipcia de la religión, en su forma más pura, asume el

carácter de un sistema filosófico y por un lento proceso en lo más recóndito de sus misterios, reservados a los iniciados, se aproxima al monoteísmo. Hasta la decadencia que señala el fin o, mejor dicho, hasta la nueva evolución de la civilización egipcia, las prácticas mágicas continúan siendo la expresión de la idea religiosa y los medios por los que los creyentes se comunican con la divinidad.

Posteriormente, en los siglos que preceden al cristianismo, en la época de la Alejandría helenística, la magia organizada y sistematizada da origen a los misterios. Aram cita la historia de Clemente de Roma (200 d. c.), que describe su deseo de conocer el misterio de la vida y del alma después de la muerte y relata cómo lo aprendió de un alto sacerdote egipcio y de un mago, los que, mediante una elevada cantidad de monedas, lo persuadieron para evocar un alma y preguntarle sobre la inmortalidad. Clemente de Roma es uno de los renombrados Padres Apóstoles y la leyenda dice que es el tercer obispo de Roma después de Pedro y un serio oponente de San Pablo. Es interesante que en esta época también se creía en la posibilidad de evocar los espíritus de los muertos por los ritos de los misterios. Juvenal refiere la popularidad de los astrólogos caldeos en Roma, que eran solicitados por todos los ciudadanos, principalmente por las mujeres.

Los datos sobre los antiguos misterios egipcios son muy escasos, ya que los papiros mágicos encontrados en las tumbas de Tebas, cuyo contenido es anterior a las últimas centurias antes de Cristo, han sido descifrados sólo parcial e imperfectamente. Uno de estos papiros, traducido por Hopfner de Praga y citado por Aram, menciona una carta del faraón Psamético en la que se describe un rito de magia negra para la evocación de la divinidad infernal Set, enemigo de Osiris, llamándolo con el nombre griego de Tifón. De este y otros ejemplos se deduce que la evocación mágica de las deidades se practica de acuerdo con un sistema exactamente definido, el cual incluye una práctica mágica de adivinación que debemos citar a causa de su gran analogía con fenómenos modernos. En el centro de un trípode de bronce, sobre el que está el retrato de Ecate, la diosa de todos los magos, se encuentra un orificio a través del cual se inserta una vara en la que se une un disco grabado con letras hebreas, griegas y jeroglíficas en varias casillas. Al lado del disco se fija en la pared un clavo de bronce, de manera que un anillo pendiente de un hilo, ligado al clavo, se detenga en su oscilación en un punto o en otro del disco mágico, al que a su vez podía hacérsele girar. Se anotaban las letras señaladas por el anillo y esta práctica continuaba hasta que las letras y los signos formaran palabras y frases que contenían la respuesta a las demandas del mago.

Veremos más tarde cómo esta magia egipcia de la época alejandrina ejerce una notable influencia sobre los misterios de las primeras centurias del cristianismo y cómo, a través de estos misterios, la idea mágica, revestida de secreto, asume nuevas formas y expresiones, conservando algunas de sus nociones básicas hasta nuestro tiempo.

XIV

LA MAGIA ESPECULATIVA DE ASIRIA-BABILONIA

1. Los mitos mágicos

La historia de la magia puede ser fácilmente delineada entre los babilonios que habitaban la región comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates. Se poseen suficientes elementos para seguir su desarrollo a través del arte y de la poesía épica. Las ilustraciones de los más antiguos documentos babilónicos muestran, una y otra vez, en ejemplos técnicos sin tacha, las ideas mágicas fundamentales en la relación entre el hombre y el animal. Todo el panteón babilónico y todas las calles de su ciudad monumental estaban llenas de formas extrañas, estilizadas, derivadas probablemente de recuerdos de la mente primitiva. La gente mantenía una lucha mágica contra su destino, batallas descritas elocuentemente a través de la épica del Gilgamesh —un tercio de hombre y dos tercios de dios—, que lucha por ser un hombre y pide a los dioses la sabiduría y la inmortalidad. El Gilgamesh es un drama trágico que relata, con una pasión magnífica, la historia de miles de años de la vida del hombre, lentamente destacándose de las ideas mágicas primitivas. Es el drama de Prometeo y Hércules, la lucha del hombre por evadirse, y contra la muerte. Por todos los medios Gilgamesh trata de evitar el sueño, al que teme como a la muerte. El esfuerzo épico de su evocación es la sombra de su hermano muerto. Finalmente, Gilgamesh vuelve a la Tierra con la resignación del hombre que, frustrada su rebelión, acepta su destino. En esta epopeya maravillosa se encuentra toda la historia del hombre que espera siempre y siempre teme, fuerte en su alianza con los seres sobrenaturales o confiando en poderlos vencer; se encuentra la historia del hombre que desea obtener la inmortalidad y ve frustrado su deseo. La lucha perenne, en el hombre, de la carne y del espíritu, la vuelta afanosa a la primigenia concepción astrológica, la búsqueda de los secretos del cielo, que genera el mito del Sol y después de varias centurias, el calendario mágico; todo se representa con una belleza avasalladora en la epopeya de Gilgamesh.

La mentalidad babilónica estuvo, desde un principio, abierta al poder de la razón fundada sobre la experiencia. El desarrollo de la agricultura es sorprendentemente rápido, se establece y llega a ser importante el comercio, se funda la legislación civil y administrativa y los sistemas especulativos y prácticos se basan en una profunda ob-

servación de la naturaleza de las estrellas y de sus movimientos, de los ríos y de sus cambios. Esta actividad se evidencia no sólo en la creación de un sistema político y legislativo, en la promulgación de medidas higiénicas, en la invención de medidas contra las inundaciones, por medio de una canalización perfecta y en la organización del comercio, sino también en la formación de un desarrollado sistema religioso. Es un sistema religioso en el cual la magia, basada en el inconsciente arcaico y en la memoria colectiva del pasado, juega una parte importante; pero ya se advierte el conflicto entre la idea religiosa y la concepción mágica, determinando el progresivo desarrollo de la observación de la naturaleza y del razonamiento científico. Entre los asirio-babilónicos se pueden encontrar los restos de una magia bien organizada, que establece durante siglos el poder de la casta sacerdotal, que se ejercita durante un tiempo bajo la influencia de la observación, determinando el razonamiento científico y el desarrollo de las ciencias ocultas, en la cual la magia asume, quizá por primera vez en la historia, una orientación basada en la atenta observación de la naturaleza y en el pensamiento crítico.

En el panteón babilónico los dioses habitan en el cielo, en las aguas y en el aire. El dios del cielo, Anu, el dios de la Tierra, En-lil (Bel), y el dios de las aguas, Ea, constituyen la trinidad suprema. Los poderes que se atribuyen a estos dioses obran sobre varias regiones y ciudades, se reconoce a cada dios como el protector de una cierta localidad, y se lo inviste de características particulares. En torno a estas tres divinidades principales se encuentran otras, consideradas como sujetas y dependientes de ellas. A alguna de estas divinidades menores, como Marduk, el dios de Babilonia, y al hijo de Ea, se les rinden después los más grandes honores. Pero de todos los dioses, como han observado justamente Lenormand y Lehmann, el más interesante, desde el punto de vista de la magia, es Ea. Preside todas las prácticas mágicas, debido quizá a que es el dios del agua, la cual es de primera importancia en el mundo mágico. Ea es el hechicero divino y, por lo tanto, el dios de la sabiduría, el señor de todas las artes. Él ha formado al hombre de arcilla y le ha dado vida; ha creado la tierra del agua, y, según la creencia popular y oficial, codificada por los textos conservados en las tablillas de arcilla de la biblioteca de Nínive, se le atribuye la posesión del más grande y tremendo poder. Ea es experto en todas las fórmulas mágicas y en exorcismos; su hijo Marduk, el dios del Sol y del fuego, le está subordinado.

Al lado de los dioses ocupan un puesto importante en la religión babilónica los demonios malignos, quienes son responsables de las perturbaciones atmosféricas, eclipses y tormentas. Ellos turban la vida de los hombres y de los animales, e impiden —como afirman los

textos de Nínive— la fecundación de las mujeres y se llevan a los hijos del seno de sus madres. Obligan a las palomas a abandonar sus nidos, a las golondrinas a volar a remotas regiones, y provocan las dos enfermedades más temidas de la antigua Caldea, la peste y la fiebre. "Contra la cabeza del hombre dirige su fuerza el maldito Asak; contra la vida del hombre, el cruel Namtar; contra su cuello, el infame Tuk; contra el pecho del hombre, el portador de la desventura, Alú; contra el intestino del hombre, el malvado Ekín y el terrible Galú contra sus manos." Cada demonio tiene una función claramente definida. Un exacto sistema, calculado hasta el último detalle, especifica el poder de estos seres, su posición y el modo de combatirlos. De este hecho deriva, como una consecuencia necesaria, la concepción de una lucha perenne entre los demonios favorables y los adversos, entre los poderes benévolos y malévolos. Así, los dioses están vinculados a la dirección de estas luchas y deciden el final con su poder supremo.

2. Evocaciones, exorcismos y adivinaciones

La importancia de la magia frente a esta concepción demoniaca es clara. La magia es uno de los elementos más importantes de la religión de los sumerios, acadios y asirios. Sus ritos son ricos en magia. Los dioses frecuentemente producen actos mágicos y los hombres tratan de lograr la influencia de su poder con medios mágicos. Dado que toda enfermedad señala la presencia de un espíritu maligno en el cuerpo, la magia es una *pars magna* del arte de la medicina. Los actos mágicos son ejecutados preferentemente de noche y es necesario el horóscopo para determinar la hora conveniente. Un hombre sobre el cual ha caído un hechizo está impuro y se requiere una serie de ritos catárticos o purgativos en los que se usa la leche, la manteca, la crema y varios metales como el oro y la plata. Los ritos se dirigen hacia la protección y la defensa. El amuleto es la fijación de la acción mágica y por esta razón debe llevarse sobre el cuerpo, colgarse detrás de la puerta o ser colocado bajo el suelo de la casa. Los amuletos permiten al hombre evadirse de los demonios y obtener el favor de los dioses. Se cree que estatuas de arcilla, de demonios o de animales apotropaicos protegen las casas y defienden a sus habitantes de la enfermedad. Estas estatuas representan al tritón, al hombre con cabeza de pájaro, al hombre con rabo y pezuñas de toro, al hombre con cabeza de gato, etcétera. Las acciones mágicas incluyen maldiciones y bendiciones. La palabra es igualmente un método para obligar, tanto física como moralmente; y desatar nudos significa

la rotura del encantamiento. Los conjuros y los sacrificios relacionados con ellos se acompañan de ritos mágicos.

La magia invoca la protección de los dioses contra los demonios malignos y exorciza para defender al hombre en la lucha que realiza contra ellos. La acción mágica se encuentra íntimamente conectada con la religión y su culto: el sacerdote es también un mago debido a que sólo él conoce las fórmulas y los exorcismos y puede evitar los peligros y establecer contacto con los seres superiores. El sacerdote-mago asume todas las funciones del médico y lleva a cabo todas las prácticas para alejar a los demonios malignos y paralizar las fuerzas adversas. Estas funciones se ejercían principalmente por medio de exorcismos, de los cuales se conservan un gran número de fórmulas. Generalmente los exorcismos comienzan con una descripción de la enfermedad, sigue la invocación de la divinidad y una relación de las obras de ésta, como se muestra en el siguiente ejemplo recogido por Lehmann:

"La enfermedad de la frente (¿locura?) es enviada por el señor del infierno; el demonio destructor no permite a este hombre dormir ni encontrar el sueño benefactor. Es una queja día y noche; ataca a los viejos y los dobla como si fuesen una caña y mata a los jóvenes como si fuesen corderos. Marduk percibe y ayuda a este enfermo. Él ha ido a casa de su padre Ea y le ha hablado así: 'padre mío, el dolor de cabeza viene del infierno; ¿qué es lo que debe hacer este hombre para vencerlo?' Ea contesta: 'Ve, hijo mío, toma un cubo, llénalo con agua de las fuentes de dos ríos, con esta agua tú tendrás un gran poder mágico, baña en ella al hombre, hijo de tu dios, y envuelve su cabeza en un velo. ¡Deja que esta locura desaparezca! ¡Deja que la enfermedad de la cabeza de este hombre desaparezca como la breve lluvia nocturna! ¡Deja que la prescripción de Ea lo cure! ¡Deja que Marduk, el primogénito del océano, lo purifique!' "

Esta fórmula indica una práctica todavía usada ampliamente por la medicina popular, como la de los nudos y la purificación por el agua. Otra práctica muy popular en la magia babilónica consiste en fabricar figuras de arcilla que representan demonios de diversas enfermedades. Estas figuras se ligan al cuerpo del paciente en la creencia de que el demonio maligno será puesto en fuga a la vista de su imagen ligada. Talismanes y amuletos, representaciones de las divinidades, frecuentemente de tamaño gigantesco, que se colocaban delante de las casas o palacios para proteger la entrada; y mesas de arcilla o de piedra sobre las cuales se escriben exorcismos, constituyen métodos muy difundidos de la magia sacerdotal de Caldea.

Es interesante observar la parte de los mitos en la religión mágica de Caldea. En estos mitos se encuentran las huellas de aconteci-

mientos remotos, cuyo recuerdo se ha conservado. El mito de Gilgamesh, dos tercios dios y un tercio hombre, se narra en las tablillas de la biblioteca del rey Asurbanipal (alrededor de 600 a. c.). Estas tablillas, que actualmente se encuentran en el Museo Británico, han sido traducidas por Ungnad. El mito describe el estupor de Gilgamesh cuando por primera vez observa la muerte de su amigo Engidú. Gilgamesh va en busca de su abuelo Ut-Napishtim para pedirle que le ayude a luchar contra la muerte. Ut-Napishtim le cuenta la historia del diluvio, que en la mitología babilónica es casi idéntica a la narración bíblica, pero no puede darle ningún remedio contra la muerte. Gilgamesh vuelve a su patria y en la invocación de Ea logra tener éxito al contemplar el reino de la muerte, hablando con el espíritu de Engidú y recibiendo su consejo. En muchos aspectos la figura de Ut-Napishtim corresponde a la de Noé en la narración bíblica; en la leyenda babilónica Ut-Napishtim es la representación de un tipo antiguo de hombre, para el cual la muerte no existe y que está en eterno contacto con las cosas de la Tierra y del cielo. Engidú vive con los animales, come yerba con la gacela, bebe con los cuadrúpedos, muere con los animales. Todo el mito está saturado de conceptos mágicos y aparece para nosotros, como todas las concepciones de épocas remotas, concretado en una serie de simbolizaciones, como aquellas de los misterios iniciadores de los días primigenios.

El mito del gran diluvio, querido por los dioses para la destrucción de la especie humana, se narra también en las tablillas babilónicas de un modo tan convincente que quizá se refiera a un hecho ocurrido en el periodo glaciar. No hay ninguna evidencia según sostienen los estudiosos, de que el mito se refiera a un diluvio ocurrido en la región del Éufrates y el Tigris. En las diferentes relaciones de este mito se habla de una catástrofe ocasionada por una lluvia terrible que dura seis días y seis noches. En la narración babilónica el héroe Ut-Napishtim construye, por consejo de Ea, una nave que salva su vida y la de los animales que viven con él. En el séptimo día los cielos se aclaran y el héroe envía primero una paloma, después una golondrina, que vuelven a la nave, y más tarde un cuervo que no regresa. Ut-Napishtim abandona entonces la nave, lleva consigo todo lo que ha salvado y ofrece un sacrificio a los dioses en la cima de la montaña.

3. La evolución de la magia babilónica

Según la creencia babilónica, los demonios han tenido siempre la forma de animales extraños o monstruosos. Dios y los sacerdotes luchan contra ellos. Fórmulas y ritos, exorcismos e invocaciones, talismanes y amuletos, constituyen un enorme arsenal de defensa, ordenados en varias categorías según las necesidades. El sacerdote conjurador de los sumerios conoce a todos los demonios y se conservan las fórmulas necesarias para vencer y expulsar a cada uno de ellos del cuerpo humano. La antigua concepción del origen de las enfermedades contagiosas es fundamentalmente idéntica a los descubrimientos de la investigación científica más reciente. Según los antiguos sacerdotes, al igual que los científicos contemporáneos, la enfermedad deriva de la infección, esto es, de la penetración en el cuerpo de un ser invisible que necesita ser expulsado y de cuya acción el individuo requiere protección. Existe una innegable analogía entre, por una parte, la idea de expulsar el demonio o de impedirle penetrar en el cuerpo mediante el uso —como apotropaico— de representaciones exactas del demonio mismo, y por otra el uso contemporáneo de vacunas y sueros.

El sumo poder de la magia curativa y benéfica se concentra en las manos de los sacerdotes, que ocupan la misma posición en la sociedad que los magos de los pueblos primitivos. Es natural que este poder mágico, que podría denominarse oficial y sistemático y cuyo uso era ampliamente ordenado y codificado en forma rígida, debe de haber sido combatido con un creciente vigor, por el arte de aquellos magos que, sin ser sacerdotes, apelaban a la protección de los grandes dioses para que pudieran actuar directamente sobre los demonios malignos, no impidiendo o atenuando su acción, sino favoreciéndola. Esta magia constituye el brote de rebelión que surge siempre que se constituye una autoridad. La magia negra o la magia de los individuos o grupos aislados actúa frecuentemente contra la magia de los sacerdotes y la del Estado. Los magos babilónicos que ejercían esta magia eran enemigos de las instituciones existentes y frecuentemente servían sus intereses y sus ideas de venganza. Invocaban a los demonios malignos para destruir y dañar a sus enemigos y competidores y, con prácticas análogas y opuestas a las de la magia oficial, propagaban la enfermedad, la muerte, la desolación y la miseria. Quizá constituyeron, tal vez, el primer tipo del hechicero, enemigo de la religión oficial, contra el cual ésta se defendía. El método más terrible empleado por la magia negra es el mal de ojo, del que pueden derivarse innumerables daños. Otra práctica de la magia negra es el *envoûtement*, la costumbre de construir la imagen de la persona que se desea matar o perjudicar gravemente, infligiendo a la imagen simbólicamente los daños que se desean al propio enemigo.

Con el progreso de la cultura, el incremento de la experiencia y el conocimiento de la astronomía y de las matemáticas, la religión se desarrolla y evoluciona. Una reforma religiosa ocurrió durante el

reinado de Sargón. Restos de estas reformas se encuentran en las tablillas escritas por orden de Sargón II, alrededor del 700 a. c., los conocimientos astronómicos, el estudio del movimiento de los astros y el establecimiento de las leyes de los ciclos que rigen a los planetas dieron lugar a una doctrina sistematizada del dominio de los astros sobre la vida humana y a la posibilidad de predecir el futuro por las posiciones de los mismos. Estas creencias estimularon la astrología y en general las ciencias ocultas, que nacen de la unión de la observación cuidadosa, objetiva y exacta con la antigua magia. La posibilidad de realizar predicciones proféticas aumentó considerablemente el prestigio de los adivinos oficiales, y los magos, sus rivales, trataron de obtener el mismo poder para sus propios fines. Se proyectó el calendario mágico: los días se deviden en propicios o adversos, según que en ellos domine un planeta favorable o no; se calcula exactamente el año solar, se fracciona el año en meses, se calcula de un modo preciso el movimiento de las estrellas, y se prueba por medio de numerosos ejemplos la convicción de la influencia importante de estas leyes sobre la vida de la humanidad. Cada fenómeno celeste se refleja en los acontecimientos sobre la Tierra, cada individuo está bajo la influencia de un planeta o de una estrella fija desde su nacimiento hasta su muerte, y de la posición de esta estrella en relación con la Luna, depende la suerte del individuo.

La observación del vuelo de los pájaros, la de las vísceras, y especialmente del hígado de animales ofrendados o víctimas sacrificadas, el examen de las figuras geométricas, construidas según diferentes reglas mágicas, el estudio de los fenómenos meteorológicos y la aparición y la conducta de ciertos animales, tales como la serpiente y el perro, dan lugar a una serie de interpretaciones. Los sueños, cuya gran importancia se reconoce en el mito de Gilgamesh, los explican los adivinos y son recogidos en las tablas sagradas.

La magia babilónica en su desarrollo complejo de magia sacerdotal y ciencias ocultas, en su evolución, que sigue el rápido desarrollo cultural del pueblo, ejerce una influencia notable sobre los pueblos vecinos, tales como los persas y los hebreos. Más tarde, algunos de estos conceptos fundamentales de la magia babilónica son absorbidos por otros pueblos, entre los que se incluye Egipto y, después de la conquista de Persia por Alejandro el Grande, la magia babilónica penetra ya en la antigua Grecia.

La magia babilónica, entonces, construida sobre un sólido sistema y ayudada por la sugestiva belleza de la poesía de sus fórmulas y por el arte realista de sus representaciones, constituye un modelo para todas las concepciones posteriores y señala una etapa notable en la historia de la magia.

XV

LA MAGIA HEBREA Y LOS COMIENZOS DEL MONOTEISMO

1. La idea mágica en sus varios aspectos

En la historia del pueblo de Israel, durante la época que precede a la legislación monoteísta, la magia ocupa un puesto importante. Aunque los extensos documentos históricos (que acusan la impresión de la idea fundamental del monoteísmo) han sido ya purificados de toda referencia a las creencias mágicas —que esta religión prohibe severamente— y en los que sólo se alude indirectamente a la magia y aunque los textos de magia o de medicina mágica se han perdido o destruido, la misma Biblia contiene evidencias irrefutables que demuestran cómo las prácticas mágicas, ampliamente difundidas en los primitivos grupos étnicos semitas, se conservan entre el pueblo después de la legislación de Moisés. El estudio de la magia del Pentateuco ha sido objeto, particularmente en épocas recientes, de muchas investigaciones con resultados extremadamente interesantes.[1] Se puede admitir la existencia en la Biblia de los conceptos antitéticos, cuyos orígenes se adscriben a dos corrientes diferentes: la "eloísta" (nombre que deriva del plural *Elohim*, los dioses, de indudable origen sumerio), que afirma que en una época lejana la creencia en los dioses y demonios estaba muy difundida; y la denominada "yavcista" (de *Yavé*, nombre tabú del Dios Uno, que afirma la posición monoteísta). En toda la Biblia y especialmente en la parte de origen sumerio, se encuentran frecuentes alusiones a las prácticas mágicas. Juega un papel importante la varita, un instrumento esencial para la magia, que representa un poder en sí misma. El profeta Elías emplea la varita para resucitar a un muerto. Son mágicos los conceptos inherentes a las prescripciones rituales que prohiben el contacto con el Arca de la Alianza, y penan con la muerte a cualquiera que la toque, aun inintencionadamente, como en el caso de Uza, que deseaba levantarla. A millares mueren los hebreos que en el retorno al territorio de Judá guardaban el Arca de la Alianza. La bendición puede ser pasada de un individuo a otro (Génesis, xxvii),

[1] Entre los estudios más recientes y destacados sobre la magia hebrea se encuentran los trabajos de T. Reik: *Der eigene und der fremde Gott* y *Religions-Psychoologie*, I; y el de Erich Fromm: *El dogma de Cristo*, Paidós.

como una fuerza vital, que no puede ser revocada, lo que se muestra en la narración de la decepción sufrida por Jacob de su padre Isaac. Goldberg, en su libro *Die Wirklichkeit der Hebräer*, señala que en una antigua creencia una bendición representa una fórmula mágica, que posee un resultado inmediato y cierto. Una bendición transmitida por medio del contacto de la mano o de un abrazo, representa, sin duda, el paso, la transmisión de una fuerza vital. La importancia del contacto se encuentra en todos los pueblos y en todas las épocas y puede producir efectos opuestos, tales como curar o matar.

Según Goldberg, el nombre de *El schadaj*, dado a Dios, es un ejemplo de una ambivalencia, debido a que la raíz etimológica de esta palabra tiene el significado de fecundidad, *schadajim*, senos, y la de destrucción, *schadad*, la destrucción.

El sueño de Abrahán es un ejemplo interesante de una derivación de las antiguas creencias mágicas. En este sueño Abrahán ve el sacrificio de animales cortados en varios pedazos y entre las partes se ven pasar las nubes y el fuego. Se encuentra evidentemente en este sueño una reminiscencia de la antigua idea de la comunión entre los animales y la divinidad que protege a la especie humana.

Las descripciones bíblicas de los milagros, *othot* (singular *oth*) y *mophetim* (singular *mophet*) dados por Moisés, son no menos interesantes desde el punto de vista mágico. *Oth* es, en el lenguaje bíblico, un signo de un carácter particular; es el signo hecho por Dios sobre la frente de Caín y es la sangre que se usó para marcar las puertas de las casas cuando los judíos abandonaron Egipto, es el *sabbath* por su importancia y la significación y la acción que ejerce. Los primeros milagros realizados por Aarón son los siguientes signos: la vara se transforma en la serpiente y de nuevo en vara, la mano se vuelve leprosa y de nuevo normal. El milagro permanente, como la muerte del primogénito, se indica también con el nombre de *mophet*.

Los magos del faraón son capaces de realizar algunos milagros y sin duda el faraón cree que el dios de los hebreos no es más poderoso que el de los egipcios. En la contienda que surge entre el poder del dios de Israel, representado por Moisés y Aarón, y el dios de los egipcios, representado por los magos del faraón, el rey sólo cede cuando reconoce que Moisés puede realizar milagros que sus magos no son capaces de repetir.

2. El rito de sangre. La evocación del hombre

El sacrificio de sangre del cual se habla repetidamente en la Biblia como una práctica esencial del culto, deriva directamente de las antiguas prácticas mágicas. El sacrificio de animales, que es el único

que agrada al Señor, como se revela en la descripción del sacrificio de Caín y Abel (Génesis, IV, 3-7), deriva del sacrificio humano y particularmente de la muerte del primogénito en los tiempos prehistóricos. La sangre, centro de la vida, en la cual reside el alma y la grasa, que, de acuerdo con una concepción primitiva mencionada con anterioridad, es uno de los centros más importantes de la fuerza vital, son los elementos principales del sacrificio (*korban*) ofrecido al Señor. La sangre es el vehículo del alma y es de origen divino (Levítico, XVII, 11) y por ello le está prohibido al pueblo de Israel nutrirse de sangre de animales.

La substitución de un sacrificio humano por el de un animal se representa claramente en la narración del sacrificio de Isaac. La circuncisión, que presenta todas las características de un acto mágico (sacrificio de sangre y mutilación del órgano generador), y que tal vez deriva de una antigua costumbre de los pueblos del África Central y de Egipto, sin duda es una ceremonia mágica e iniciadora, un sacrificio de la sangre humana y del órgano que, según la concepción mágica, simbolizan el centro de la vida y el órgano de reproducción. Tal vez en cierta época, aun en Israel, al igual que en muchos pueblos primitivos, la circuncisión era un rito prenupcial.

El hecho de que, según la legislación judaica, todos los niños varones deban ser circuncidados ocho días después de su nacimiento prueba el carácter iniciador que desde el principio posee la religión judaica. Este carácter se revela, sin duda, en la práctica de retirarse al destierro, la prohibición de ciertos alimentos, la división exacta de las tribus y, sobre todo, las repetidas afirmaciones de los textos bíblicos, según las cuales, los judíos son el pueblo escogido. Existe una diferencia esencial entre la religión mágica y las creencias judaicas: entre los judíos el conocimiento no está limitado a un número reducido de adeptos, pero como todo el pueblo constituye un solo cuerpo de iniciados, todos deben observar las reglas que ligan al grupo.

Otros hechos que se narran en la Biblia encuentran su explicación en esta persistencia de la concepción mágica: el episodio del becerro de oro, por ejemplo, el de la serpiente de bronce y muchos otros. Los objetos que se usan en el culto, que constituyen una parte integrante del mismo, poseen el carácter de amuletos y talismanes. Tales objetos son el *tephillim*, que se liga al brazo y a la frente como una correa de cuero, y el *mezuzah*, que se coloca en las puertas de las casas y posee un poder apotropaico, capaz de alejar el peligro y los demonios malignos. El valor de estos objetos deriva del hecho de que el nombre de Dios está inscrito en ellos y que este nombre, según la concepción anteriormente descrita, está investido del poder supremo.

La palabra escrita posee un poder mágico y defensivo. La escritura está llena de fuerza mágica y puede sin duda ejercer una influencia que es en parte apotropaica y en parte propiciatoria. En la época de Maimónides, los judíos de Egipto escribían el Salmo XCI en una placa de oro o plata que colgaban de los cuellos de sus hijos. Esta costumbre era condenada por Maimónides.

La importancia del nombre, de la manera como se escribe o pronuncia, de los signos que lo componen, se revela en numerosos pasajes de los textos sagrados y de las prácticas relacionadas con ellos. Antes que nada se encuentra la severa ley que prohíbe la pronunciación del nombre tetragramático, esto es, el nombre de Dios compuesto de cuatro letras. Este nombre sólo puede pronunciarse una vez al año por el sumo sacerdote, en el templo de Jerusalén, delante del Arca que contiene el Santísimo, esto es, el texto de la Ley, rodeado de severas prescripciones tabú. *Kadosch* al igual que *sacer*, significa intocable, lo consagrado a la divinidad. Este término ambivalente corresponde al arábigo *muharram*, del cual deriva el hebreo *herem*. La raíz de *kadosch* significa devoción, consagrado, y de aquí intangible. Más tarde *herem* asume el significado de excomunicado, el excluido de la comunidad de creyentes. En la India el paria es intocable como el sumo sacerdote.

La prohibición de la magia, según la ley mosaica, es debida, no a causa de su ineficacia, sino a que sirve a dioses extranjeros. Muchos pasajes de los libros sagrados separan las prácticas mágicas que pueden ser beneficiosas; por ejemplo, la descripción de la pitonisa de Endor y la lista de castigos impuestos a los adivinos. Un pasaje declara que ningún encantador, mago o nigromante debe evocar el espíritu de Pitón y ningún hebreo debe pasar a su hijo o hija a través del fuego de Moloch. Una sección del segundo Libro de los Reyes (XVI) condena al rey Ahaziah por haber enviado mensajeros a consultar a Baalzebub, el dios de los filisteos. Jeremías (Jeremías, XVII), ordena a los hebreos someterse al rey de Babilonia sin consultar con los profetas, magos o adivinos. El profeta Nahum (III, 4) amenaza a Babilonia, meretriz y maestra de magia, que hace mercancía de las naciones con su magia. Y, finalmente, Malaquías profetiza contra los encantadores.

Lentamente, a través de los siglos, se obscurece el recuerdo del totemismo y de los sacrificios humanos, aunque permanecen huellas en el sacrificio de Isaac, en la adoración del becerro de oro y también en el episodio de la serpiente de bronce. A través de un proceso gradual se prohíben todas las imágenes, consideradas justamente por el legislador como estimuladoras de prácticas mágicas. (La más peligrosa de éstas a causa de su afinidad con el tótem de la raza,

parece ser el Seir [Levítico, XVII], el dios-cabra, contra el cual narra Jacob que luchó y, según Goldberg, el protector de Esaú; del cual se conserva el recuerdo en el rito de la víctima expiatoria [Levítico, XVI, 10].) Como un resultado de la purificación de los ritos hebreos se encuentra la orientación del judaísmo hacia la adoración de un solo dios, el cual no tolera otros dioses y no puede ser representado. De la concepción mágica y demoníaca se destaca la idea religiosa. El origen del monoteísmo no puede señalarse, como algunos escritores indican, en una desconfianza hacia la magia; la religión está en relación con el desarrollo del razonamiento crítico y con los intentos del hombre para evadirse del círculo mágico, por medio de la aceptación de una suprema ley moral. Pero el texto, las palabras, las tablas de la ley y el arca son sagradas y tabú.

En la época más floreciente del antiguo reino de Israel la lejana idea mágica está casi desvanecida o al menos sus restos y sus supervivencias son muy escasas. La esclavitud babilónica, el estado de desesperación producido por el largo sufrimiento, dan lugar a que la concepción babilónica, esencialmente mágica, vuelva a ejercer una amplia acción e influencia sobre la mente del pueblo. En aquella época, 458 a. C., una profunda acción política y religiosa, expresada en la obra del profeta Ezra, impone nuevamente la concepción bíblica en los hebreos, estableciendo una estricta obediencia a las prescripciones, prohibiendo severamente el matrimonio con gentes de otros pueblos, imponiendo la disolución de los matrimonios impuros y buscando la purificación biológica y ritual del judaísmo.

Más tarde, la idea mágica reaparece nuevamente y restos definitivos se encuentran en el Talmud, el cual resume la vida intelectual de los hebreos. El Talmud contiene anécdotas y leyendas, la enseñanza de los maestros, que parecen recogidas fielmente, y los discursos, discusiones y enseñanzas de los sabios de Israel, que son recogidas probablemente en el siglo quinto. En el Talmud revive la idea de los demonios malignos, tanto masculinos (*scedim*) como femeninos (*lilith*), que provocan las enfermedades; así, según algunos maestros, las anginas son causadas por un espíritu maligno que ataca a los niños en la garganta, al igual que los asmáticos son atacados por otros demonios hostiles. Las palabras mágicas, el pasar por determinados lugares, la mirada de una tercera persona, pueden provocar serias enfermedades y aun la muerte. Por otro lado, se puede efectuar la cura pronunciando fórmulas mágicas o aplicando al cuerpo pedazos de pergamino con inscripciones bíblicas. El Talmud cita el hecho de que un sacerdote puede curar colocando sus manos en la cabeza del paciente. Sin embargo, en el mismo libro se encuen-

tran numerosas descripciones de otros tratamientos médicos y quirúrgicos, perfectamente racionales.

3. La cábala

Aunque la magia persiste en la medicina popular y en las creencias del pueblo, reaparece por otra vía, por obra de los individuos que se dedican al estudio de los libros sagrados y que tratan de encontrar el sentido de lo misterioso y recóndito. En el judaísmo la magia del pueblo posee los rasgos esenciales de la magia primitiva; en los intelectuales se convierte en mística y especulativa, inquiere en las combinaciones profundas y difíciles, penetra en las combinaciones relacionadas con los números y las letras y de estas interpretaciones construye todo un sistema de gran importancia histórica. No debe asombrarnos esto, porque así como la mentalidad de los hindúes encuentra su medio de expresión en la tendencia esencialmente imaginativa del pueblo —lo que determina la orientación de su pensamiento—, así la mentalidad caldea está animada y dirigida hacia la tendencia matemática, y los egipcios muestran la influencia de una inteligencia que los dirige hacia la especulación filosófica; de igual modo, la nueva magia judaica surge de la mentalidad especulativa y crítica de un pueblo racional y místico, en cuya historia se observan las huellas indelebles de las dos grandes corrientes del pensamiento asirio-babilónico y egipcio.

La leyenda —contrariamente a una versión según la cual la especulación cabalística deriva de los ángeles caídos (algunos comentadores infieren esto del Génesis, VI, 1, 4, y de las narraciones del libro de Enoch)— atribuye un origen divino a la Cábala según el Talmud babilónico. La leyenda señala que el Dios del Sinaí comunicó a Moisés, junto a la ley que constituye el texto fundamental del pueblo, otra ley oral que sólo se comunica a los iniciados. Solamente más tarde estas versiones del origen de la Cábala asumen una forma precisa con el propósito de corroborar que el sistema cabalístico procede de épocas remotas y es cierto que por mucho tiempo existen tradiciones orales que más tarde son recogidas en dos libros, el *Sefer Jezirah*, es decir, el libro de la creación u origen, y el *Zohar*, el libro de la luz y esplendor. El *Sefer Jezirah* está escrito en los comienzos del siglo séptimo u octavo de nuestra Era, probablemente en Mesopotamia. El *Zohar* se conoce en el siglo XIII, redactado, probablemente sobre las bases de fuentes antiguas, por Moisés de León (1250-1305), un judío español. El fundamento de algunas de las tradiciones e ideas contenidas en estos dos libros se encuentra en el *Mishnah*, que se escribe probablemente en el siglo II de nuestra Era.

El propósito de la especulación cabalística consiste fundamentalmente en la búsqueda de la significación secreta y simbólica de las palabras del Antiguo Testamento, así como la explicación de la creación del mundo y del conocimiento del misterioso trono divino. El *Zohar* dice: "Cada palabra de la Ley posee una profunda significación y contiene un misterio: las palabras de la Ley son como sus vestiduras: sería un error el interpretar los ropajes por la Ley misma. El sabio no da importancia a la Ley, sino que observa el cuerpo que la recubre. Pero los sirvientes del Altísimo Rey, que habita las colinas del Sinaí, se ocupan del espíritu, que es el fundamento de la Ley misma." El sistema para la explicación de las palabras y de los signos, elevado a la dignidad de una filosofía religiosa, ofrece un contraste con la pura doctrina sagrada y es obvio que está influida por los pueblos con quienes los hebreos entran en contacto, particularmente por los babilónicos, que personifican la tendencia a conciliar otras religiones con el judaísmo. Estas doctrinas están rigurosamente reservadas a un pequeño círculo de iniciados. En un pasaje del *Mishnah* se lee: "Está prohibido explicar la historia de la creación a dos personas y la historia del carro celeste no debe explicarse ni aun a una sola persona, a menos que se trate de un hombre sabio que pueda comprenderla por sí mismo." El círculo de los iniciados que lleva el nombre de "Mekubalim" era siempre muy restringido; el *Zohar* cita reuniones a las que no deben asistir más de siete personas, cada una de las cuales debe jurar no revelar el misterio.

El método cabalístico consiste principalmente en buscar la significación de las palabras, bien punteando las consonantes de forma diferente (en hebreo las vocales se marcan con puntos) para obtener palabras diferentes o bien cambiando las palabras en números. Dado que en la escritura hebrea cada número corresponde a una letra, cada palabra posee una significación numérica y sumando el número obtenido de una palabra se puede obtener una cifra idéntica para palabras de distinta significación, el cual, según el concepto cabalístico puede ser variable. Este sistema se denomina "Gematria". Por ejemplo, la palabra *ah(a)d* (unidad) y la palabra *aeb(a)h* (amor) son equivalentes a la cifra 13; de aquí que la una pueda substituirse por la otra. El valor numérico de las palabras del primer libro de Moisés (Génesis, XVIII, 2) que indican la llegada de los ángeles, corresponde al número 701, número que puede también obtenerse sumando las letras que indican los nombres de Miguel, Gabriel y

Rafael. Los cabalistas afirman que en los nombres de los tres ángeles están contenidas las letras de la anunciación.

Otro sistema se indica por la palabra *Notariqon*, del griego *notarikón*. Consiste en considerar cada letra de una palabra como inicial de otra palabra y así cada palabra da origen a una proposición. Por ejemplo, la primera palabra de la Biblia es *bereschid*, "en el principio". Los cabalistas, empleando cada letra como comienzo de una palabra exponen: "En el principio Dios ve la aceptación de Israel en el Torah." Esta sentencia contiene una profecía sobre la promulgación de la Ley. Otra forma de este sistema cabalístico es el procedimiento inverso, esto es, la formación de palabras de las primeras letras o de las últimas de las palabras que constituyen una proposición, como ocurre hoy con las palabras *Fiat, Emit*, etcétera. Así, de la frase contenida en el Deuteronomio (xxx, 12), "la que llevará al cielo", se forma la palabra *Milà* (circuncisión) de las primeras letras de estas palabras y de las finales "Yavé", el nombre tetragramático e impronunciable de Dios. Esto indica que Dios mismo ha indicado la circuncisión como un signo para el pueblo escogido.

El tercer método, llamado *Temurà*, consiste en intercambiar varias letras según una tabla criptográfica, en la cual cada letra corresponde a otra. Un sistema análogo es el llamado "de los nueve espacios". Las letras del alfabeto se distribuyen en nueve espacios y se pueden sustituir por puntos o números escritos en el mismo espacio. Este sistema da lugar a una serie de permutaciones y a innumerables combinaciones sobre las cuales se fundan nuevas interpretaciones.

Una de las leyes principales de la Cábala es la de las diez esferas, las *sephiroth*, que no se considera sólo como número, sino como la esencia de las cosas. La primera *sephirà*, o esfera, que tiene el número 1, representa el Dios Único, la segunda, el número dos, es la Palabra. La palabra es un aliento que puede interpretar el pensamiento del hombre; aliento y pensamiento son dos cosas, aunque, sin embargo, son una, dado que son indivisibles. Veintidós letras, 11 veces 2, forman y expresan el pensamiento; así hay veintidós "caminos de la sabiduría" divididos en tres grupos: los 3 caminos mayores, el 7 doble y el 12 sencillo. Hay tres elementos, fuego, agua y tierra, tres estaciones y tres partes importantes del cuerpo humano: cabeza, *tórax* y abdomen. Las siete partes dobles son los intestinos, que pueden servir tanto para propósitos buenos como malos; los siete planetas, que pueden ejercer una influencia adversa y favorable; los siete días y las siete noches de la semana, que pueden ser buenos o malos; las siete puertas de la inteligencia abiertas a la bondad o a la maldad. Las doce partes sencillas son los doce meses del año, las

constelaciones, y las doce actividades del hombre, que son, según el texto cabalístico, la vista, el oído, el olfato, el tacto, la palabra, la alimentación, la reproducción, el movimiento, la cólera, la alegría, el pensamiento y el sueño.

El *Zohar* está dedicado principalmente a la naturaleza y a las relaciones entre Dios y el hombre. Se describe a Dios como el secreto de los secretos, el Gran Desconocido. La luz de su cabeza ilumina cuatrocientos mil mundos; Él crea trece mil miriadas de mundos al día. Con su cabeza Él hace nacer el rocío que despierta la muerte a una nueva vida; el tamaño de su faz es de trescientas setentas veces diez mil mundos de largo; Dios no ha existido siempre en esta forma, sino que sigue un proceso de evolución, descrito en la primera parte del *Zohar*. En el principio Dios es un *èn soph* (uno e infinito) y más tarde Él asume las formas sucesivas de las diez *sephiroth* o esferas. La primera *sephirà* es el *Kether*, o corona, la base de todo poder, la corona de las coronas, también denominada *ehieh* ("yo soy"), y las demás *sephiroth* derivan de esta primera. La segunda *sephirà* es la *hochmàh*, la sapiencia, que emana de la corona de Dios; la tercera es la inteligencia. Estas tres *sephiroth* constituyen la suprema trinidad de la cual se crea el hombre y engendran la cuarta, *chesed* (la piedad o la muerte) y así sucesivamente. El significado de la doctrina de las *sephiroth*, el árbol cabalístico, es fácilmente comprensible. Las *sephiroth* simbolizan las cualidades atribuidas a Dios, que conjuntamente representa la figura ideal del hombre. Este hombre también es divino en sus diez esferas y posee tres almas que constituyen la suprema trinidad. Las demás almas o formas dependen de ésta.

Tal es la idea fundamental de la Cábala, aunque sus interpretaciones varían grandemente según las épocas. La magia de la Edad Media se apropia muchas de sus nociones. Establece construcciones numéricas y geométricas y varias significaciones simbólicas atribuidas a las letras y a los números, cada uno de los cuales con una significación más o menos directamente relacionada con el significado que se le atribuye, con una importancia particular para la profecía y la evocación. En estos cálculos y combinaciones se funda la mística cabalística con todas sus derivaciones. Como un resultado de varias corrientes místicas, especulativas y analíticas, la mística cabalística ofrece un campo infinito para aquellos que creen que pueden profundizar en el misterio de las cosas a través de la supuesta significación simbólica de las palabras y de los signos. En realidad, la mística cabalística cae dentro del campo de la pura religión; es una estructura de la religión, especulativa, mística y fantástica, y en tiempos posteriores los magos y ocultistas han utilizado las palabras, fórmulas

y símbolos (el pentagrama o pentáculo, la clavícula de Salomón, etcetera), como medio de evocación de los seres sobrenaturales o para protegerse del peligro.

La magia hebrea se origina en un periodo que puede llamarse prehistórico y continúa hasta el 700 a. c. La religión hebrea es creada por los profetas con un estricto sentido ético y monoteísta. De ella emana el principio de que los sacrificios son inútiles cuando Dios no es adorado por un hombre de manos puras. Ésta es una de las formas en que la magia es contraatacada por la ley moral. El sacrificio simbólico ante el altar representa el símbolo por excelencia y queda, tal vez, en segundo lugar ante la importancia de la religión moral. El advenimiento del reino de la justicia se proclama como la esencia de los ideales del Mesías. ¿Quién merece ser el caudillo? El que camina sin culpa, el que practica la justicia y nunca calumnia a otros, el que no hace mal a su prójimo y que no acepta dones a expensas del débil. Isaías se vuelve contra los jueces de Sodoma y el pueblo de Gomorra y exclama: "¿Qué importan vuestros sacrificios si vosotros cometéis el pecado?"

La magia sobrevive, en la época en que los profetas proclaman el monoteísmo y la religión adquiere su sistematización ética, en las creencias populares relativas a la protección contra la enfermedad y en la lucha contra los demonios malignos. Esta tendencia de la magia judaica es especulativa y metafísica y se expresa en manifestaciones formales mejor que en modos de pensamiento. Durante el exilio en Babilonia y más tarde durante la Edad Media, la necesidad de evadirse de los continuos peligros y persecuciones y del sentido de inferioridad que nace del aislamiento forzoso no se encauza por la aventura rebelde o destructora, sino que se sublima en la esperanza mesiánica. La sugestión del Dios, individualizado en la expresión bíblica "Yo soy tu Dios", se reafirma en las prácticas del Chassidim que poseen un claro carácter mágico. Permanece la fidelidad absoluta a la palabra escrita y a la interpretación de los textos; renace la creencia en los amuletos y en los símbolos. Reviven los talismanes como instrumentos apotropaicos. Se usan para alejar a los espíritus malignos que se alojan en la frente o en el brazo. La *mesuzah* es el símbolo que indica su protección. La obra milagrosa de la comunidad de la Rusia oriental posee un prestigio eminente, los rabinos guían a los fieles, los aconsejan en todas las contingencias de la vida. Una amplia sugestión colectiva se establece en las escuelas, en la comunidad, en la familia y se alimenta en las antiguas tradiciones y costumbres que se mantienen vivas en los lazos severos de la Rusia zarista. Estas leyes prohíben todo contacto entre judíos y gentiles y eliminan toda posibilidad de vida independiente. En este estrecho

ambiente y en grupos tan sistemáticamente organizados bajo la influencia de la fe (nunca penetrados por la luz del criticismo, y donde la autoridad del maestro es absoluta y a los estudiantes de los textos divinos se les considera personas sagradas y universalmente respetadas) la acción sugestiva y mágica del "libro símbolo" es superior a la del principio moral.

XVI

LA MAGIA Y LOS MISTERIOS DE LA ANTIGUA GRECIA

1. La magia homérica

En la historia de la civilización prehelénica, que florece en las islas del Mar Egeo, las páginas más luminosas son sin duda las que describen la vida de Creta, probablemente el primer centro de la vida espiritual del Mediterráneo. Los numerosos monumentos de la religión cretense atestiguan su creencia en la magia. En la época del matriarcado, la dominación de la madre, antes que la protección de Hellas fuera añadida a la de la virgen diosa armada, nacida en la cumbre del Olimpo, la diosa madre, un símbolo de feminidad misteriosa, todavía reinaba sobre Creta. Admirables obras de arte que alcanzan un alto grado de perfección, alrededor del 3er. milenio, muestran que la serpiente, el símbolo universal de lo sobrenatural en las épocas primitivas, constituye el centro de la idea religiosa. Los dibujos geométricos de un carácter netamente simbólico y construcciones en forma de representaciones mágicas, como el famoso laberinto, demuestran que en esta avanzada civilización cretense la idea mágica se mantenía viva y floreciente. De lo que se puede deducir de las representaciones, probablemente convergen en Creta influencias procedentes de Fenicia, Babilonia y Egipto, puesto que existe un comercio importante y frecuente entre esos países. El símbolo de la cruz juega un gran papel. La medicina cretense, de la que hacen referencia los textos médicos egipcios, señala como mágicas las fórmulas de Kefti o "habitantes de las islas", lo que se deduce de representaciones en terracota de gentes enfermas en Minos. La medicina mágica de periodos posteriores está íntimamente vinculada con la de Creta.

Los textos homéricos contienen frecuentes alusiones a las prácticas mágicas, que se usaron durante largo tiempo, particularmente en las regiones más remotas, como Arcadia y Tesalia. Las máscaras y las danzas rítmicas, así como el culto a los héroes, en que se identificaba y adoraba el alma de los muertos, jugaron un papel importante en estas prácticas. Los sacrificios se ofrecían a los muertos en los altares domésticos; se invocaban sus nombres y su protección. El culto de los muertos, íntimamente vinculado con las prácticas de adivinación, continuó, junto con los ritos mágicos, hasta el periodo

más alto de la civilización helénica y fue el centro de la fiesta de Antesteria, que se celebraba en Atenas en el invierno. En este festival se ofrecía alimento y bebida a los muertos y se les emplazaba a aparecer.

En la épica homérica son frecuentes las manifestaciones del culto mágico, aun en el periodo en que la mitología griega está casi completamente sistematizada. Los demonios buenos y malos, tal como se menciona en el Canto V de la *Odisea*, juega un papel importante, ya que pueden ser vencidos o aplacados, de la misma forma que puede ser vencido o aplacada la cólera de Poseidón, que se venga sobre Ulises de la ceguera a que este último ha condenado a Polifemo. Se describen los ritos mágicos cuando Menelao vence a Proteo (*Odisea*, IV), que adopta la forma de varios animales para lograr escapar de su enemigo. Una implicación ritual se presenta en la acción de Elena (*Odisea*, IV), cuando vierte en el vino una substancia que hace olvidar toda amargura, el uso de la cual lo había aprendido de Polidamnia en Egipto. Son mágicos, además, los navíos de los feacios, que surcan los mares sin piloto ni timón.

En la medicina de los griegos la magia tiene una parte importante en los templos de Esculapio, dado que se funda en la "incubación", esto es, en la sugestión producida durante el sueño y también en ritos y aplicaciones que sin duda poseen un origen racional.

2. Los oráculos

En Grecia los ritos de adivinación estaban perfectamente sistematizados. El oráculo délfico de Apolo y el de Zeus y Dodona en Epiro eran los centros de un culto bien organizado. Los sacerdotes daban sus respuestas durante éxtasis obtenidos por procedimientos exactamente prescritos, durante los cuales creían recibir los mensajes directos de la divinidad. La sacerdotisa de Pizia, sentada sobre un trípode sagrado colocado sobre una hendidura del terreno que emitía vapores, yacía en un estado hipnótico o hipnoide. La sacerdotisa de Zeus en Dodona, antes de pronunciar ninguna profecía tenía que beber agua de una fuente embriagante próxima. En ambos casos se trata de ejemplos de trances religiosos provocados por substancias que producen alucinaciones.

Entre los siglos VIII y VI antes de Cristo, el oráculo de Delfos poseía una autoridad extraordinaria que constituía una influencia política de primer orden (el Tribunal de los Anfictiones, la corte suprema de Grecia, residía en Delfos). Al principio el oráculo daba sus respuestas sólo una vez al año; más tarde con mayor frecuencia, pero sólo en ciertos días del año. Antes de consultar al oráculo era

necesario que el postulante ofreciera un sacrificio y sólo si el examen de las entrañas de la víctima probaba que el sacrificio era satisfactorio podía entrar en el santuario para someter sus preguntas orales o escritas a la sacerdotisa de Pizia. Como ya hemos dicho, ésta se encontraba (en un trípode) en estado de trance, con una hoja de laurel en su boca y una rama de la misma planta en la mano. Respondía en forma simbólica o vaga. El sacerdote trasladaba el oráculo al verso interpretando el sentido de las palabras, por lo general incomprensible para los profanos. El prestigio del oráculo de Delfos declinó con la conquista macedónica y dejó de funcionar completamente después del edicto de 313 después de Cristo.

El oráculo de Zeus en Dodona era probablemente el oráculo oficial más viejo. El rito consistía sobre todo en recoger la voz de Zeus que se escuchaba en el rumor de las hojas agitadas por el viento y en el murmullo del agua que corría en la fuente sagrada. El oráculo de Dodona gozó del favor por más de 2 000 años y se mantuvo casi hasta la época de la dominación romana.

Análogos o casi similares eran los ritos que se celebraban en el templo de Zeus Ammon, donde a la ceremonia griega se añadía la práctica egipcia de la interpretación de símbolos. Es necesario observar que en todos estos ritos tiene una parte importante el estado de trance de las sacerdotisas, producido no sólo por substancias intoxicantes, sino también, según Maxwell, por sonidos rítmicos como el susurro de las hojas, el rumor del agua, el resonar de los timbales de bronce.

En la antigua Grecia la adivinación consistía también en la interpretación de los fenómenos celestes o de los pronósticos, como los derivados del vuelo de los pájaros o del examen de las entrañas de los animales. En la obscuridad de la noche Diómedes y Ulises (*Ilíada*, v), buscan un signo de los dioses contemplando el buitre inviado por Pallas Atenea y observan que vuela hacia la derecha, señal de buena suerte. Homero describe la necromancia o profecía derivada de la evocación de los muertos. Ulises navega a través del océano hacia Hades y vierte primero en la fosa excavada con la espada la libación sagrada de miel, leche, vino, agua y harina para los muertos que evoca. Les promete que ofrecerá un sacrificio cuando llegue a Itaca. Sacrifica una cabra y las ánimas de los muertos emergen de las profundidades del Grebus. Para obtener una respuesta les pide que beban de la sangre a los muertos y a los dioses.

En Grecia la religión y la magia poseen una interesante relación mutua. La creencia en Zeus Lykaios está ligada a la antigua creencia en el hombre lobo. La importancia que en el culto de Apolo se atribuye a las serpientes, a los laureles y a otras plantas, según

Rendel Harris, señala la existencia de una íntima conexión entre la idea mágica del poder de los animales y las plantas y la producción de las ideas religiosas. Ciertos pasajes de las obras de Aristófanes contienen referencias al origen mágico de las máscaras.

3. Los misterios

La magia en Grecia se espiritualizó en los misterios. Los misterios eleusinos, que estaban en relación directa con los antiguos misterios egipcios fueron objeto de una profunda veneración en Atenas y considerados sagrados hasta los tiempos de la Roma imperial. Suetonio afirma que Nerón, estando en Atenas, no quiso participar en ellos, puesto que a los individuos culpables de crímenes les estaba severamente prohibido solicitar la iniciación. Los misterios eleusinos poseían un carácter oficial.

El centro del rito lo constituía el mito de Deméter que se relacionaba con la leyenda de Perséfone, raptada por Plutón y llevada al Averno, siendo más tarde devuelta a la madre. Deméter, la diosa de la tierra, la Ceres de los romanos, era considerada por los iniciados como la inteligencia suprema, la madre que gobernaba al cosmos y en la que se combinaban todas las fuerzas vitales. Los sacerdotes de la diosa se denominaban los hijos de la Luna y actuaban como intermediarios entre la Tierra y el cielo. Maestros en la doctrina esotérica, dotaron a los misterios de una forma viva y multicolor, que elevó un pequeño culto local a la importancia de una festividad nacional.

Cuando Atenas se transforma en el centro de la vida política de Grecia, los misterios eleusinos adquieren una importancia especial. Probablemente fueron ceremonias iniciadoras, que con el transcurso del tiempo, perdieron su significación mágica, conservando sólo la significación simbólica de los ritos. Los misterios menores que tenían lugar en febrero, en Agrae, pequeña ciudad cerca de Atenas, se realizaban con un ceremonial muy severo y detallado; los candidatos se aceptaban después de un largo examen del sacerdote de Eleusis, el *hierocerynx*, el intérprete, el intermediario, que conducía a los novicios hacia el templo delante de la sacerdotisa de Proserpina, la hierofántida de pelo blanco, coronada de narcisos y cantando el himno de Proserpina. Después de una larga ceremonia, acompañada de danzas y plegarias, los neófitos se reunían el último día en un lugar secreto para asistir al misterio del rapto de Proserpina.

Los grandes misterios se celebraban en Eleusis cada cinco años, en septiembre, y duraban nueve días. Los *mystai* ("los silenciosos"), de donde deriva el nombre misterios, iniciados de primer grado, eran

introducidos en los misterios mayores y recibían el nombre de *epoptai*; en el octavo día cada iniciado recibía la *cysta mystica*, la cesta sagrada, que contenía numerosos objetos. En el último día se celebraban las orgías, cuando la estatua de Dionisos, coronada de mirtos, era trasladada en una gran procesión de Atenas a Eleusis. Este rito simboliza el renacer, el regreso del espíritu renovado, intermediario entre las cosas espirituales y las terrenas. Las ceremonias que siguen son interesantes porque comprueban la base mágica de todos estos ritos. Los *mystai*, alojados en una amplia sala, pasaban la noche en el templo y descendían por un subterráneo laberíntico, donde bebían un narcótico que les provocaba alucinaciones. Inmediatamente después de esto, prescripciones secretas y prácticas misteriosas consagraban a los *epoptai* y con ello terminaban los misterios.

Las descripciones de los escritores antiguos, los elogios de los poetas, como Píndaro, que consideraban feliz al individuo que después de haber practicado este rito gustaba las perfecciones de la vida, y las palabras de Cicerón, señalando que los misterios de Eleusis eran la mejor institución de Atenas, prueban que en estos misterios, como en los de Osiris, Dionisos y Orfeo, la idea mágica primitiva, la tendencia a proyectar el deseo y a objetivarlo en un estado de encantamiento, se transformaba más tarde en un misticismo y adquiría un carácter puramente simbólico; esto es, el carácter de un rito en el que el éxtasis era el factor principal y en el que la terminante prohibición de divulgar el secreto religioso, constituía, tal vez, la principal atracción. La explicación aristotélica de los ritos de Eleusis confirma cuanto hemos dicho: los iniciados no eran obligados a aprender, sino a conocer y se les situaba en un estado de ánimo particularmente sensible.

4. La evolución de la magia en el periodo alejandrino

La magia primitiva presenta un doble desarrollo. De un lado se transforma en un misticismo, caso frecuente en las antigüedades. De otro lado, en la época en que florece la filosofía y el razonamiento científico, la creencia en la magia sufre los duros ataques de todos los partidarios de la nueva forma de pensamiento, dirigidos a destruir los fundamentos de la magia y de la superstición. Pitágoras y Empédocles se encuentran entre los primeros que niegan que los muertos habiten en el Hades y admiten en su lugar, tal vez por la influencia del pensamiento egipcio, la transmigración de las almas. En los libros del *Corpus Hippocraticum*, que recoge todo el conocimiento médico del período de la edad de oro de Grecia, no se encuentran huellas de la medicina mágica y las prácticas mágicas no son importantes en la opinión de los hombres insignes a los cuales debe Atenas el periodo de su mayor gloria.

La mentalidad griega, que por vez primera en la historia se sitúa con ánimo sereno y juicio objetivo ante todos los problemas más graves y profundos, comprende o capta intuitivamente las leyes del cosmos, examina los más profundos misterios de la vida y del ser, discute la inmortalidad de las almas, busca la prueba de ello, crea el sistema complejo e idealmente perfecto del Estado democrático, combate las creencias mágicas; y, en realidad, aunque menos abiertamente, también modifica fundamentalmente la idea religiosa. La superestructura de la cultura helénica, dotada de un gran refinamiento en todas sus manifestaciones, se rebela contra todos los principios de autoridad dogmática en el gobierno del Estado, así como en el campo de las ideas; no admite la existencia de poderes mágicos o sobrenaturales, aunque reconoce la existencia de fuerzas desconocidas, que la mente humana es incapaz de percibir. Ésta es, tal vez, la primera derrota de la magia en la historia. Esta derrota es causada, de un lado, por el desarrollo del razonamiento, la necesidad crítica, que no deja lugar a la magia o reconoce su carácter patológico; y de otro lado, a la constitución de un orden político en que el poder supremo se confía a las leyes y el poder legislativo a hombres de probada superioridad no en el conocimiento de las prácticas secretas o en el arte de evocar a los muertos, sino en su valor en la guerra y en la paz, con su inteligencia y su arte. Sin duda en este periodo se presenta también un tipo de sugestión colectiva, pero es la sugestión ejercida por los grandes oradores, cuya palabra hechiza a la muchedumbre, o la del poeta que suscita su entusiasmo, o la del autor dramático que la conmueve llevando a la escena los hechos del pasado y reviviendo los muertos ilustres y su obra. Es una sugestión ejercida con un propósito moral y social, relacionada directamente con las leyes del Estado y que despierta en el inconsciente los recuerdos ancestrales o los instintos que pueden dirigir al individuo hacia el objetivo deseado. El deseo de conservar al individuo después de muerto se envuelve en la sed de gloria o de inmortalidad del nombre o de la obra; el deseo de mantener alejadas a las fuerzas adversas adopta la forma de una fuerza ética vencedora de los instintos malvados del individuo y crea la armonía necesaria para su vida física y moral. El conocimiento astronómico, que revela las leyes que gobiernan, en un ritmo inalterable, los movimientos de los astros, da lugar a una nueva y más amplia concepción de la vida del cosmos y del hombre, ligadas indisolublemente. En el pensamiento biológico de Aristóteles, el biólogo más grande de todos los tiempos, la nueva ley de la metamorfosis aparece por vez primera formulada

en una pura forma científica. Así, la magia decae en el siempre restringido círculo de los pensadores, filósofos, poetas y médicos, aunque existe en los clanes de los remotos valles e islas, que conservan piadosamente los ritos de sus antepasados.

Las Guerras Médicas, que establecen un contacto violento entre Grecia y el Oriente, introducen nuevas corrientes que refuerzan la concepción mágica, especialmente en regiones como Tesalia, una región alejada de las ciudades progresistas, donde la influencia persa es mucho más fuerte y duradera. En Tesalia las ideas mágicas persistieron constantemente entre el pueblo que vivía en las montañas. Allí permaneció la creencia en la existencia de los magos, los cuales, por medio de ritos y ungüentos, tenían el poder de transformar a los hombres en animales y plantas. Estos magos durante la noche emprendían viajes por el aire en busca de aventuras amorosas. Según Lehmann, esta creencia es el primer ejemplo de nociones similares sobre los vuelos nocturnos de las brujas, que prevalecieron durante la Edad Media. La diosa de la luz, Hécate, en un principio concebida como una deidad benevolente y protectora, se transforma bajo la influencia de la magia oriental, en diosa de la hechicería y de la magia. Los escritores griegos describen en detalle las prácticas, ceremonias y exorcismos de su culto. Hécate es evocada por la noche como enemiga de la luz y diosa de las tumbas, se le sacrifican animales y se celebran ceremonias en su honor. Existía la creencia de que era acompañada de lamias, brujas que celebraban las orgías más fantásticas y vivían de la sangre y de las fuerzas vitales de los hombres con quienes entraban en contacto.

Las grandes guerras civiles que devastaron a Grecia, las epidemias que diezmaron a sus habitantes y la conquista por Filipo de Macedonia, que destruyó la libertad de Grecia y arruinó la vida civil, contribuyeron enormemente a la difusión de la magia. Este es uno de los ejemplos más significativos de un fenómeno mencionado repetidamente. Así como al individuo debilitado por una grave enfermedad, su estado de postración le crea un ánimo fácilmente susceptible a la sugestión a causa de la debilidad de sus facultades críticas, provocándole alucinaciones visuales y auditivas, de igual modo, las naciones que han sufrido largas guerras y graves epidemias se encuentran en condiciones de volver a las creencias ancestrales, al inconsciente arcaico y son accesibles a la sugestión colectiva. Grecia, empobrecida por la guerra, había visto destruidos los más gloriosos monumentos de su civilización, sus ciudades más florecientes reducidas a una existencia miserable bajo el dominio de soldados y oficiales ambiciosos, y clausuradas sus famosas escuelas: el orgullo del país casi quedó borrado. Habiendo perdido la fe en la fuerza del Estado y en el poder de la razón, los griegos se volvieron hacia las supersticiones mágicas. La ocupación de Egipto por los macedonios dio lugar a más frecuentes contactos con los egipcios y sus creencias. Por otro lado, la magia caldea, numérica y astrológica, estableció su concepción sobre la base de la idea esencialmente filosófica y astronómica del poder de los números, que derivaba de la gran escuela pitagórica. Caldeos y magos invaden Hellas, y los dioses caldeos ocupan su puesto en la mitología griega en calidad de demonios adversos que deben evocarse o exorcizarse por medio de fórmulas expresadas en lengua bárbara, de las cuales no se comprende el sentido, pero de las que se confía en su potencia. Los magos evocan la figura luminosa de Hécate en habitaciones obscuras y con exorcismos, ritos y fórmulas reclaman su ayuda o sus profecías. Además, innumerables demonios y seres sobrenaturales reemplazan a los antiguos dioses del Olimpo y constituyen el núcleo de un politeísmo esencialmente mágico.

Con la transferencia del centro de la civilización griega a Alejandría, donde la filosofía helénica encontró sus continuadores y el arte griego se manifestó en nuevas formas de belleza, la concepción mágica se hizo más simbólica y mística bajo la influencia del ambiente, en el cual vivían todavía las antiguas tradiciones alimentadas continuamente por las corrientes procedentes del África Central, sembrando (en un fértil terreno) antiguas e inolvidables ideas primitivas. La magia de Alejandría produjo una serie de prácticas místicas y de complejas ceremonias iniciadoras, relacionadas directamente con el antiguo culto de Isis y Osiris, formuladas en su exterioridad formal, mas no en la concepción ética que en el último florecer del imperio en Egipto acompañaba a toda concepción superior y filosófica.

En el periodo de la decadencia de Alejandría el culto mágico volvió a florecer y a recoger, en numerosas manifestaciones, todas las corrientes de la magia oriental, preparando las bases de las ciencias ocultas y herméticas derivadas de la unión de los procedimientos científicos, aplicados a las ideas básicas de la magia, con los principios de iniciación y los sistemas misteriosos.

XVII

LAS TENDENCIAS DE LA MAGIA OFICIAL EN LA ITALIA ANTIGUA

1. La magia etrusca

Dado que la investigación histórica sólo ha encontrado vagas indicaciones sobre los orígenes de los primeros habitantes de la península de Italia, no se puede probar si los etruscos procedían del Oriente o se trasladaron de Libia o de alguna región de Asia, ya que lo poco que se conoce de sus creencias señala una íntima analogía con los asirio-babilónicos.

La concepción mitológica de los etruscos se personifica en la idea del *genius*, que según Horacio (*Epístolas*, II, 187), acompaña a cada individuo y rige su estrella natal. Demonios afrodisiacos femeninos protegen los partos y se representan en espejos de bronce pulido, al igual que las serpientes relacionadas con los demonios ctónicos o infernales. El hacha representa el poder de la muerte, como la guadaña en el simbolismo cristiano. Durante el periodo correspondiente a la toma de Veio, siglo IV, a. C., se decoran los monumentos funerarios con horribles representaciones de demonios, expresión de la superstición que predomina en Etruria en este periodo, los que ofrecen un fuerte contraste con la compuesta serenidad de las decoraciones funerarias de los griegos. Otra prueba de la importancia del culto de los antepasados entre los etruscos es la frecuente representación de un banquete donde, como en la tumba de Veli y Sette Camini, cerca de Orvieto, se reúnen los espíritus de la familia, asistiendo a la escena el dios del averno sentado sobre su alto trono. En estas representaciones se encuentran monstruos de tres cuerpos, demonios horribles, como uno alado, armado de un martillo y con un pico de buitre, y el feroz Tuchulcha, de orejas de caballo y amenazadoras serpientes sobre su cabeza. Otras figuras de monstruos alados, como la quimera de Arezzo, y los monstruos de pies de serpientes se pintan en la tumba tarquinense del Tifón. Todas estas representaciones, de las que hemos mencionado las más importantes de las citadas por Ducati, muestran el papel jugado por los demonios monstruosos en la antigua mitología itálica, en la cual se practicaba ampliamente el culto fálico.

Entre los etruscos tenía gran importancia la adivinación, principalmente por medio del examen de las entrañas de los animales y

especialmente del hígado (*extispicium*). Parece que la palabra *aruspex* deriva de la antigua palabra caldea *har*, que significa hígado. Esta práctica se origina probablemente en Caldea; en Boghazkeui, la antigua capital del imperio hitita, se encontraron hígados de arcilla con inscripciones hititas, así como en la antigua Caldea, hígados de arcilla con inscripciones cuneiformes. De estos primeros modelos deriva sin duda el bronce de Piacenza, un verdadero *templum* del siglo III a. C., en forma de un hígado de oveja, dividido en cuadros. El bronce de Piacenza parece ser un instrumento de enseñanza en el arte de la adivinación y cada cuadro corresponde a una región habitada por la deidad cuyo nombre está inscrito. En el hígado, como en el tempo celeste, una *pars familiaris*, la cual era propicia, y una *pars hostilis*, que era adversa; las incisiones que dividen las partes se denominaban *fissum* o *limes*; las protuberancias que se observaban en el hígado de la oveja o de la vaca y la más ligera alteración anatómica, poseía una importancia particular en la labor del auspicio.

El culto de los etruscos estaba ciertamente centrado en una magia demoniaca en la que tenían una parte importante los actos sexuales espantosos y obscenos. Grünwedel, en *Tuska* (Leipzig 1922), reconstruye la historia de estas prácticas. La obscenidad fue uno de los motivos que indujeron a los romanos, en la época que se formaba la conciencia ética y moral del pueblo, a condenarla severamente. La leyenda egipcia del Sol que durante las noches atraviesa el mundo inferior para aparecer en la mañana en el cielo, se presenta en la forma de una idea sexual extraordinariamente compleja. Grünwedel, interpretando muchas decoraciones etruscas en vasos y espejos, afirma que el sacrificio ritual de jóvenes fue la base del culto etruso. Una de las epístolas de Horacio (II, ii, 180) revela que los bajorrelieves etruscos eran muy solicitados por los coleccionistas de erótica.

Los etruscos practicaban otros ritos mágicos y deprecatorios como atestiguan las tablillas de plomo (*devotiones*), los plomos en forma de lentes que se encuentran en el Museo de Florencia y por la fórmula mágica rítmica para la curación de los pies, que Varrón traduce del libro del etrusco Sasena:

Terra pestem teneto
*Salus hic maneto**

Se encuentran muchos exvotos etruscos que representan partes del cuerpo humano, los cuales se cuelgan en los templos para expre-

* Que la tierra se quede con la enfermedad / y que me devuelva la salud.

sar la gratitud de la persona curada. La medicina mágica alcanzó un gran desarrollo en la antigua Etruria. La *teogonía* de Hesíodo refiere la leyenda de los hijos de la maga Circe, de fama homérica, que llegaron a ser príncipes etruscos.

En un periodo posterior, el arte y la religión etrusca fueron profundamente influidos por las corrientes del pensamiento griego. Los romanos aceptaron muchas creencias mágicas. Una de éstas fue la creencia en los libros sibilinos, que se consideraban los códigos de la magia. La Italia antigua reverenciaba a la Sibila de Cumas, importada de las colonias griegas del Asia Menor. Según la leyenda, nueve de los libros sibilinos fueron ofrecidos a Tarquino el Soberbio, quien los rechazó debido a su elevado precio. El propietario quemó tres de estos libros y después otros tres y finalmente el rey pagó por el resto el mismo precio que le pedía por los nueve. La leyenda explica que las profecías estaban escritas sobre hojas de palmera; los libros eran guardados celosamente en el templo de Júpiter en el Capitolio, y quince augures tenían el encargo de estudiar e interpretar las predicciones, que eran especialmente solicitadas en los casos de calamidades públicas. Cicerón señala que estos libros contenían obscuras profecías para todas las épocas y circunstancias. La primera colección de libros sibilinos se quemó cuando el templo de Júpiter fue destruido por un rayo. Por orden del Senado y como consecuencia de una investigación cumplida por unos comisionados especiales en Grecia, se hizo una nueva colección y se colocó en el nuevo templo. En 410, d. c., por orden de Estilico, se quemaron los libros.

El origen de estos libros proféticos es muy incierto, como lo es el de las sibilas, hijas de Apolo o de Poseidón. En la creencia de los antiguos, las sibilas están relacionadas con Casandra, la hija de Príamo, cuyas aventuras se narran en la *Ilíada* de Homero, y con Manto, hija de Tiresia, que habitaba en una cueva en el monte Ida. En el siglo IV a. c., se hablaba todavía de una sola sibila; en la época en que los griegos perdieron su independencia y después de la conquista romana, se multiplicaron las sibilas y aparentemente parecían originadas en gran parte en los círculos hebreos de Alejandría.

2. Ritos y prácticas mágicas en Roma

Un rito esencialmente mágico es el *mundus*. Consistía en excavar una pequeña fosa circular, como hizo Rómulo en la fundación de Roma, dentro de la cual se depositaba un poco de tierra procedente de la *terra patrum*, la tierra nativa de cada uno de los presentes. El *mundus* era el camino hacia el *inferi*, la comunicación con los muertos. En el momento que se excavaba la fosa el fundador de la ciudad llamaba a los espíritus de sus antepasados para que poblaran las regiones subterráneas y vivieran con sus habitantes. Simultáneamente los vivos y los muertos entraban en la ciudad. Un vestigio de este rito todavía se encuentra en la práctica de quemar documentos y monedas en las fundaciones de nuevos edificios. El *mundus* permanecía abierto durante ciertas horas en ciertos días (*mundus patet*), en los días impropios en que los espíritus de los muertos podían visitar a los vivientes y se les requería oficialmente para que dejaran abiertas las puertas de sus casas a los antepasados, para que pudieran entrar y sentarse a la mesa familiar. (Varrón: *Saturae*, I, xvi, 18; *Festus*: 154-557.) En las antiguas pinturas de las tumbas etruscas, como la de Corneto mencionada por Grenier, el *mundus* está representado como un pozo del cual se ve salir una figura humana con cabeza de lobo cogiendo a un vivo. Análoga a esta idea del *mundus* es la de la fosa que todavía se encuentra cerca de los templos en la India, en donde se vierten la sangre de la víctima y metales preciosos. En toda la Antigüedad era costumbre lanzar monedas y amuletos en los cimientos de los edificios.

Estos ritos mágicos practicados simultáneamente al acto de trazar el surco, conferían a la ciudad el carácter de sagrada. El significado latino de *sacer* es análogo al de tabú para los primitivos. Eran sagrados la casa, el hogar, los muros y las puertas; es decir, eran objetos venerados y terribles al mismo tiempo. El dibujo púrpura en la *toga praetexta* posee una significación mágica. Son mágicas las fórmulas del ritual compuestas de palabras ininteligibles, procedentes de antiguas raíces etruscas y poseen y confieren un poder ilimitado. Los dioses romanos tenían una importancia menor que la atribuida a los dioses de los primeros tiempos de los griegos. Dioses benévolos, como los *Lares*, jamás amenazadores o vengadores, pertenecen al panteón mediterráneo, en el cual todas las deidades son pacíficas y están vinculadas a los hombres en sus sentimientos y en sus vidas. Los dioses extranjeros tenían fácil acceso y, según los historiadores, en el principio Roma tenía más dioses que ciudadanos. En la misma época la magia continuó floreciendo: en la magia romana juegan un gran papel el umbral (*forculus*), la bisagra (*cardo*) y la puerta (*janua*), más tarde edificada en Jano Bifronte. La concepción mágica de la simiente (*sata*), está divinizada en Saturno. En el rito de Diana Nemorense, la diosa del lago de Nemi, del cual Frazer ha realizado un estudio profundo, debe matarse al sacerdote en una ejecución ritual, para que alguien más poderoso que él demuestre la perennidad de las fuerzas mágicas.

La magia de los números tuvo una gran importancia en Roma.

mundum regunt numeri expresa un viejo adagio. La importancia tradicional del círculo simbólico y del triángulo había sido afirmada por la escuela pitagórica. Para mostrar cómo esta idea fue universalmente aceptada por Roma, es suficiente mencionar el hecho narrado por Livio (XLII, 15), y por Polibio. Durante la guerra llevada a cabo por Antioco IV Epifanio contra Egipto en 168 a. c., Cayo Polibio, embajador romano, se presentó al rey Antioco con la orden del Senado de retirarse. Como Antioco dudase, Polibio, un hombre brusco y enérgico, empezó a trazar un círculo con un bastón en torno al rey, emplazándole a que le respondiera antes de que terminara de hacer el círculo y Antioco, después de haber protestado, aceptó la imposición.

En los principios de la época romana se consideraban sagrados y mágicos los bosques. Cada árbol representaba una deidad y cualquier persona que los cortara era castigada severamente por la ley. En la ceremonia solemne de los *Fratres Arvales*, celebrada en los bosques sagrados, cada año se ofrecían los primeros frutos de la estación a los dioses, para implorar una abundante cosecha. El roble simbolizaba la robustez, el sauce blanco —sagrado para la egipcia Isis— la castidad; el fresno, de cuya madera se construyó la lanza de Aquiles, se dedicaba a Marte; el olmo significaba reposo; el laurel era mensajero de la paz y de la alegría y coronaba la frente de los poetas, los templos de los dioses y los palacios de los césares; el ciprés era consagrado a los muertos. Un vasto y profundo culto al árbol acompañaba a la agricultura popular, fiel y devota a la tierra, en la que encontraba alivio a sus dolores y fuente de sus gozos. Los romanos consideraban a los árboles como espectadores benéficos y protectores mágicos de sus vidas y de su bienestar.

Desde sus comienzos la historia de Roma está entrelazada con las creencias y prácticas mágicas. La leyenda de Rómulo y Remo, y la loba, de la cual se encuentran ejemplos en el Oriente, es una reminiscencia de un antiguo mito mágico que reflejaba la antigua concepción de la relación entre los hombres y los animales. Para alejar a los lobos se practicaban ritos mágicos (*lupercalia*). El pedernal (*silex*) simbolizaba una deidad, que más tarde asume el nombre de Júpiter Lapis. El recuerdo de los antiguos sacrificios humanos se conserva en la ceremonia de la *Argeae*, durante la cual se lanzaban al mar muñecos, que representaban cuerpos humanos.

La purificación por el agua y por el fuego (*lustratio*) es una práctica claramente mágica, dirigida, como en las prácticas del baño oriental, a purificar el cuerpo y el alma.

Algunas ideas mágicas son difíciles de explicar. Entre éstas se encuentra la creencia de que el caballo del lado derecho de la cuadriga vencedora debía matarse con una jabalina y cortársele su cabeza y su cola, y mientras la posesión de esta última era disputada por las personas de las *suburra* y de la Vía Sacra, la cabeza era trasladada a los altares, donde las vírgenes vestales recogían la sangre.

3. La adivinación y los misterios

Los dioses romanos no tenían ninguna parte en los asuntos públicos, pero honrarlos era considerado un deber cívico y no moral. Su autoridad deriva del poder del Estado, pero no lo inspira. Los grandes capitanes y emperadores pueden ocupar un lugar en los templos y en el culto público. La magia, o la parte mágica de la religión, es verdaderamente intangible. La magia, en todas sus formas, tiene un papel predominante. La leyenda de Tulo Hostilio, muerto en la hoguera como castigo de sus crímenes, y la ley de las doce tablas prohibiendo las acciones mágicas dirigidas a pasar el grano del campo ajeno al propio, muestran cómo los primeros legisladores estaban preocupados con la necesidad de restringir las acciones mágicas.

Desde sus comienzos la adivinación jugó un papel importante en Roma; de acuerdo con la mentalidad romana, estaba sistematizada desde el principio y constituía una función del Estado. Era particularmente importante la interpretación del vuelo de los pájaros: originalmente una creencia etrusca. Se estableció una técnica complicada para interpretar el significado de la dirección del vuelo de los pájaros y su posición. Los augures en Roma, señalando en la tierra con sus bastones el lugar donde se verifica el *auspicium*, eran considerados funcionarios públicos, que tenían deberes cívicos. Pero aun fuera del campo oficial, se interpretaba el vuelo propicio o no propicio, según leyes fijadas y aceptadas por todos los observadores. El augurio adquirió las características de una práctica mágica perfectamente sistematizada.

Otra forma de profecía consistía en echar la suerte, para lo que se inscribían tablillas de madera que se depositaban en una caja, de la cual eran extraídas por un niño, puro de cuerpo y alma. El oráculo más famoso era el de Prenesta, puesto bajo la protección de la diosa Fortuna Primigenia. Posteriormente se consultaba la suerte abriendo un libro, particularmente de Virgilio, e interpretando el primer verso de la página. Esta práctica, en uso todavía, se basaba en la admisión de que una intervención sobrenatural guiaba la mano del que indagaba.

Plinio habla ampliamente de la magia, que cree que se origina en Persia por Zoroastro. Considera que la magia fue introducida entre los griegos por Ostanes, que acompañó a Jerjes en su expe-

dición y que Demócrito contribuyó a popularizar el arte mágico en sus trabajos. Entre los antiguos magos, Plinio cita a Moisés, Janes y Lotapes; cita a los magos de Chipre, los druidas, adivinadores y curanderos y, finalmente, a los escitas devotos a la magia. No debe sorprender —escribe— que los magos gocen de gran autoridad, porque la magia ha unido las tres artes que ejercen mayor influencia sobre el pensamiento humano: la medicina, la religión y la adivinación. Según Plinio, la magia se originó en la medicina y se desarrolló con ésta; pero juzgaba a los magos como impostores o como embusteros desvergonzados y concluye que la magia es vana y fútil, aunque puede poseer un grano de verdad, debido más al conocimiento de los venenos que a la magia (XXX, 6). Otros numerosos pasajes muestran que en Roma, durante el Imperio, se empleaban comúnmente las prácticas mágicas para curar las enfermedades y que eran numerosos los curanderos, astrólogos, charlatanes, y que desarrollaron un comercio floreciente los vendedores de amuletos, talismanes, venenos y plantas mágicas. Plinio habla extensamente de los poderes mágicos de los animales y especialmente del dragón, la serpiente y el basilisco, y de plantas como la betónica, la peonía, el muérdago y otras, que deben recogerse con ritos particulares. Enumera las virtudes mágicas de las piedras preciosas, de minerales, de partes del cuerpo humano, de la saliva y de ciertos humores. Establece una referencia interesante a la transferencia mágica de las enfermedades de los hombres a los animales, como el perro, la rana, las mulas y los asnos. Enumera los más diversos amuletos y considera importantes a los números en las prácticas terapéuticas.

Durante la decadencia del imperio romano, bajo las condiciones predominantes después de las guerras y de las epidemias, estas prácticas, con la penetración de las creencias orientales y la influencia de Egipto y de Persia, se hicieron comunes en todo el mundo romano y se les acompañó de una ola de misticismo, que dominó en los siglos I y II d. C., hasta que el cristianismo logra la victoria.

La literatura latina de los primeros siglos de nuestra Era evidencia esta tendencia hacia el misticismo y señala la transformación progresiva de la magia. Se dice que Diocleciano mandó quemar todos los libros de los alquimistas egipcios. Plutarco, nacido alrededor del 50 d. C., cree firmemente en los oráculos y en la adivinación y señala que los demonios son los mediadores entre los hombres y los dioses. Cuenta que al astrólogo Tarracio, amigo de Varrón, se le requirió hacer el horóscopo a Rómulo y contestó que Rómulo había sido concebido el primer año de la segunda Olimpiada, el vigésimo tercer día del mes egipcio Choiak y a la tercera hora durante un eclipse de sol, y a esta información añadió una serie de pronósticos. En la época

que los astrólogos gozaban de la máxima fe, estaba muy difundida la creencia en las virtudes mágicas de las plantas y de los animales. Las *Metamorfosis* o *El asno de oro* de Apuleyo, que vivió en la segunda centuria antes de Cristo, médico y naturalista, filósofo y escritor, es uno de los poemas más fantásticos de la literatura clásica. Las brujas poseen el poder de transformar en animales a sus enemigos, de llevárselos a muchas leguas de distancia, matarlos o mutilarlos o dormirlos; conocen el futuro y dirigen la vida sexual; pueden devolver la vida a los muertos, son por lo general viejas y feas y emplean en sus prácticas sangre humana, pelos y uñas; conocen todas las artes del hechizo, el poder de las invocaciones y de las palabras e interpretan los presagios. La *Apología* de Apuleyo contiene su defensa contra la acusación del mago. Distingue entre magia benéfica, que se indica simplemente con la palabra "magia" y la magia malévola que él condena. Apuleyo defiende el estudio de la historia natural y considera a los demonios como intermediarios. Es un naturalista, iniciado sin duda en el secreto de las artes ocultas, y San Agustín lo cita como autor clásico en este campo. Apuleyo nos ha dejado una notable serie de documentos relacionados con la historia de la nueva orientación de la magia hacia la religión.

La orientación mística está suficientemente subrayada en los trabajos de Apolonio de Tiana, cuya vida ha sido contada por Filóstrato (c. 217). Apolonio, que vive en el siglo I de nuestra Era, tenía fama de ser un gran mago; Filóstrato lo defiende del cargo de magia, que le hizo Éufrates, un filósofo rival. Es interesante señalar cómo Filóstrato habla extensamente de las relaciones entre Apolonio y los magos de Babilonia y Susa y con los brahmanes hindúes, cuyas maravillas relata; describe la levitación practicada por los brahmanes, así como la medicina astrológica y mágica.

Según Filóstrato, Apolonio tenía el don de curar las enfermedades y revivir a los muertos, tenía poder sobre los demonios y realizaba milagros. A través de la Edad Media, debido a la fe que se desprendía de la biografía de Filóstrato, se consideró a Apolonio de Tiana como el más sabio y poderoso de los grandes magos.

Toda la literatura sobre alquimia y sobre todo los trabajos atribuidos a Hermes Trimegisto y los fragmentos que constituyen el *Corpus Hermeticum*, son leídos y estudiados al fin del Imperio y forman los cánones secretos de los iniciados en artes ocultas. En esta época, bajo la influencia ética y social del cristianismo, aparece en los escritores en prosa y en verso una tendencia hacia la orientación mágica mística. La idea mágica es sublimada. En esta época, en que las ideas fundamentales de la antigua religión y las leyes políticas van perdiendo sus contornos, la magia flota en una atmósfera in-

cierta y crepuscular, para emerger más tarde en una nueva forma, después de la clasificación de la conciencia humana llevada a cabo por el cristianismo.

Resumiendo rápidamente esta breve exposición de algunos de los puntos más importantes de la historia de la magia en el mundo latino, vemos que la magia etrusca, itálica y más tarde la griega y la oriental, ejercen una profunda influencia en la evolución mágica de Roma. En este campo también se manifiesta la tendencia unificadora y ordenadora latina, que recoge estas distintas concepciones y prácticas, las transforma en sus funciones sociales y las subordina a los intereses del Estado. La magia, esencialmente antisocial en sus primeras tendencias individuales o de tribu, se transformó en la era grecorromana en factor político y social. Se subordina a la idea de un Estado poderoso, sustentado en leyes inatacables y protegido contra todas las fuerzas que puedan amenazar su poder. La magia domina sobre los pequeños clanes, dispuestos al ataque y accesibles a la sugestión de los vecinos, que viven en un constante estado de miedo, de aprehensión y afectación. Es aceptada por los legisladores inteligentes y agudos observadores de la mentalidad de las masas en la época de la República sabia y fuerte, cuando Roma, militar y legisladora, es vencedora y dominante. La magia sirve los propósitos del Estado bajo el Imperio, que extiende a todo el mundo conocido la grandeza de Roma y la ciudad imperial recoge, no sin un severo discernimiento crítico, las ideas y las creencias de los pueblos vencidos, la suerte de los cuales depende de ella. La concepción mágica recobra su influencia a la caída del Imperio, en una época de grave decadencia política y social, cuando la fuerza de las leyes desaparece junto con el poder de Roma, y el pueblo busca, en su sufrimiento y en su miseria, el consuelo de las cosas misteriosas y desconocidas, para evadirse de las tristes condiciones en una nueva aventura de la mente.

XVIII

MAGIA Y MISTICISMO

1. Decadencia de la magia

La época antigua, en la que dominaba la idea del círculo mágico y las leyes del clan y de la tribu, y en la que la religión y el Estado no estaban todavía fuertemente organizados en una forma definida, fue testigo del apogeo del poder de la magia tribal. La organización de la casta cerrada, mediante la cual los magos asumieron el poder político y civil (algunas veces todo poder), señala, al mismo tiempo, la culminación y el principio de la decadencia de la magia primitiva, y esto por dos razones. Los magos, que habían obtenido una completa autoridad sobre los guerreros y los jefes de la tribu, concentrando el poder en manos de una casta cerrada, llegaron a constituir un obstáculo para la evolución del Estado. Con la constitución del Estado, el poder de dicha casta sufrió la quiebra. El Estado, fundado sobre unas bases racionales codificadas en leyes, se dirigió a proteger los derechos de los gobernantes y del pueblo, subordinando la magia a estas leyes y controlando a los magos o condenándolos.

Otra causa de la decadencia de la magia fue su cristalización en una serie de fórmulas, ritos y símbolos, que impidieron su desarrollo ulterior y su adaptación. Al igual que otras expresiones del pensamiento, cuando se simboliza la magia en una serie de formas invariables impuestas por la fuerza, queda condenada a la esterilidad y a la decadencia. Los deseos y sus objetivos cambian con las condiciones de vida. Debido a un fenómeno frecuente en la historia del pensamiento humano, correspondiente al origen de la idea mágica, ésta renace en una nueva forma generada por las mismas pasiones e instintos vivos y activos en el hombre de todos los tiempos. Entonces una nueva estructura, más o menos análoga a la antigua, surge y se desarrolla, creando nuevas leyes y asumiendo nuevas formas definidas, hasta que nuevamente decae.

La Antigüedad clásica, en su periodo antiguo mejor conocido, señala el fin del mundo mágico de la tribu. En la Grecia de Pericles y en la Roma del Imperio, cuando los guerreros y los legisladores gobiernan al Estado, y el poder de éste se basa en las conquistas y en las leyes, es evidente la decadencia de la antigua magia como un factor político y social. Pero en la formación de un sistema mono-

teísta y teocrático, construido sólidamente y basado en un poderoso prestigio moral y material, los magos y las prácticas mágicas se encuentran con otro potente adversario. Con la sistematización de las ideas religiosas, las prácticas mágicas se eliminan con ayuda de la razón, ya que ellas constituyen un peligro para la conciencia del creyente.

2. Religión y magia en la filosofía de Plotino

Cuando gracias a los primeros esfuerzos de la especulación filosófica egipcia y a la legislación hebrea, el hombre alcanzó la concepción monoteísta, por primera vez la abolición de la magia fue una necesidad imperativa. Con la codificación de la idea de un Dios único, de quien deriva toda la bondad y la maldad, se proscribieron los ritos mágicos, se condenaron a los magos y ninguna nueva ley reconoció su poder. Mas como la concepción monoteísta requiere una fe profunda y la comprensión de un ideal superior, al que deben sacrificarse las antiguas creencias, en las épocas de peligro o de graves sufrimientos físicos, morales o económicos, el pueblo se volvió hacia las simples y obvias ideas primitivas y creencias ancestrales.

La civilización helénica ha atacado la concepción mágica y la idea religiosa desde otro punto de vista: la mentalidad helénica consideró la naturaleza con una serena tranquilidad de ánimo, como una armonía perfecta, basada en una lógica cuya esencia principal es el ritmo. El filósofo griego juzgó al universo desde el punto de vista del actor en el escenario y no desde el del espectador en la platea.

El choque entre la concepción helénica y la oriental es paralelo a la lucha entre los persas y los griegos por ejemplo, y, posteriormente, a la destrucción, por Filipo de Macedonia, de la libertad helénica y a la concepción filosófica e intelectual de Grecia. Un encuentro de estas dos concepciones se llevó a cabo más tarde en la antigua Alejandría. La cultura alejandrina estaba influida tanto por el misticismo oriental como por el pensamiento crítico y especulativo de los helenos. Las características del arte, de la filosofía, de la religión y de la medicina de Alejandría, ofrecen por un lado una gracia perfecta, una belleza exquisita, una especulación crítica, y, por otro lado, un simbolismo vago y abstracto, una evasión de la especulación concreta y una inclinación hacia la abstracción y hacia el simbolismo, derivado en gran parte del elemento oriental.

La concepción romana en la que el grupo o la tribu cede el campo a la idea más amplia y sólidamente fundada del Estado, fue esencialmente antimágica. No permitía ningún sistema individualista o antisocial. En la época de la grandeza romana, se difundió la magia

principalmente en forma de pequeñas especulaciones sobre la superstición popular, sucediendo esto porque nuevamente los pueblos conquistados llevaban sus propios cultos a Roma y se infiltraban en la civilización romana. Pero en ningún momento estas creencias adquirieron una importancia especial en la vida de las masas.

Con la caída del Imperio Romano, debida no tanto a su corrupción moral y a su desintegración política, como a la miseria y a la dislocación económica, provocada por las grandes epidemias y la desintegración de la vida social, el pueblo fue de nuevo susceptible a la influencia de la mágica mística y sobrenatural. En la condición de una profunda depresión por la vida perdida, por la destrucción de sus posesiones, por el derrumbe de toda la estructura del Imperio, se llevó a cabo una reversión hacia la mística. El sufrido pueblo, que había pasado a través de tremendas calamidades, buscó anhelantemente una nueva fe, un nuevo sentido, una voluntad de vivir. En este período, el segundo o tercer siglo de nuestra Era, el cristianismo se difundió rápidamente. El cristianismo, como religión de paz y de bondad, y dotado de una fuerte concepción ética sobrepuesta a la idea del Estado, que había mostrado ser falible, predicó una idea mucho más basta: la de la Humanidad. En la concepción mesiánica de los Profetas, que representaba un intento de evadirse de la miseria y de la corrupción, y que proclamaba la necesidad de la justicia y de la igualdad, se declaraba que todos los hombres eran hermanos. Ensalzaba a los humildes (los hombres más seriamente afectados por las pasadas desgracias y desventuras y por su inhabilidad de volver a encontrar la fe en los antiguos dioses) y les daba el consuelo de algo más allá del sufrimiento: una vida después de la muerte y una esperanza de evadirse de la miseria.

En una época de depresión colectiva y de excesiva sensibilidad, la cristiandad crea una nueva atmósfera para los heridos y afligidos, revive, con una nueva forma y con una sugestión cuya fuerza proviene de la fe, la antigua e inolvidable creencia en una vida en el Más Allá y la constituye en artículo de fe.

Todo el movimiento intelectual cristiano de los primeros siglos presenta, en sus formas y en sus ideas, las huellas del judaísmo y más tarde del helenismo. Durante la decadencia del Imperio Romano, Alejandría se convirtió en el centro del mundo intelectual. En las escuelas y en las bibliotecas de Alejandría, el lugar de reunión de los filósofos y matemáticos, se suscitaban las discusiones entre los partidarios de todas las religiones y sectas. Bajo la influencia del helenismo se discutían y combinaban todas las tradiciones del Oriente. Fue en esta época cuando Plotino (204-270?) fundó el neoplatonismo. El neoplatonismo es la doctrina de una escuela filosófica que

vuelve a las fuentes de la teosofía griega, aparentemente dirigida contra el cristianismo, pero constituyéndose en realidad sobre sus bases filosóficas.

Se puede considerar, tal vez, a Plotino como el primer místico. Sugirió el ayuno como medio de subyugar la carne, y fue el primero en plantear el problema de cómo el alma asciende a Dios y cómo Dios desciende a la Tierra. Fundador de la filosofía de la contemplación, explorador especulativo del infinito místico, Plotino es el filósofo que con su pensamiento y sobre todo con su sensibilidad se relaciona con la antigua magia precristiana y con el culto de los misterios. Espiritualmente Plotino es un descendiente de los magos antiguos, investigadores de lo sobrenatural y que afirman el misterio profundo del ser. En las cámaras secretas del templo de Isis los sacerdotes creen que pueden descubrir por medio de ritos ceremoniales las relaciones entre la existencia individual y la vida cósmica. Plotino, en una época en que la sociedad estaba dominada por la mentalidad helénica, sintiendo fuertemente la influencia del Oriente, combina las antiguas tradiciones mágicas con el nuevo misticismo del cristianismo. La vida, según Plotino, es un drama en que cambian frecuentemente la acción y la escena y así como en la escena el actor que se supone muerto reaparece en otro papel, así la muerte no significa sino el abandono del cuerpo, su cambio por otras vestiduras nuevas. La separación del cuerpo mortal es equivalente al abandono del estado temporal. En los momentos difíciles de la vida no es el hombre interior, el alma, sino su sombra externa la que recita su parte en la escena de la vida. Y de este drama magnífico y terrible Dios es el poeta y el hombre el actor. Plotino crea la doctrina de la contemplación de Dios, lo que él denomina "Teoría" y la deriva de una acción intuitiva de introspección analítica: su doctrina es análoga a la concepción mágica, porque se basa en un hecho emotivo, alejado de la crítica y del razonamiento. Plotino es, sin duda, uno de los filósofos más geniales de todos los tiempos, y en sus *Logoi*, el primer documento del misticismo religioso, se revelan sus tendencias místicas cristianas.

3. Los gnósticos

Todas estas tendencias, fundadas en el misticismo y en la creencia fundamental de que las visiones y las sensaciones del mundo del Más Allá pueden crear un sistema real, dan lugar a la doctrina del gnosticismo. Según los gnósticos, el mundo representa una serie de procesos de generación en todas las esferas, desde la más elevada a la más inferior; las ideas primitivas que simbolizan las verdades existentes se unen en el *hieros gamos*, la unión sagrada o mística. Esta es una época en que se establece un íntimo nexo entre la doctrina de los gnósticos y la del cristianismo, y de aquí que los Padres de la Iglesia luchen violentamente contra los gnósticos y estos últimos, manifestándose cristianos, celebren ritos secretos y ceremonias de iniciación. La herejía de los maniqueos es la doctrina más seria y popular que turba la vida de la Iglesia en las primeras centurias. Los maniqueos afirman la existencia de un alto espíritu consolador, Manes; que sus fieles identifican con el Paraleto del Evangelio, repudian el Antiguo Testamento y prescriben una serie de prácticas extremadamente severas.

El gnosticismo se relaciona con las corrientes precristianas, orientales, babilónicas, egipcias y, sobre todo, expresa una profunda penetración en la idea cristiana en una atmósfera de misticismo. El reflejo de estas ideas se expresa en el Libro de Enoch, famoso en los primeros siglos del cristianismo. Los escritores gnósticos estaban profundamente influidos por las doctrinas primitivas: por las virtudes de los números y por la enseñanza de Ofías, una secta gnóstica que concedía gran importancia al mito de la serpiente.

Simón Mago fue considerado uno de los padres del gnosticismo: afirmaba que todo el poder estaba en manos de Dios, que aparece en Samaria como el Padre, en Judea como el Hijo y en otros pueblos como el Espíritu Santo. De Simón Mago deriva la secta de los simoniacos magos y exorcistas. Según Ireneo y Epifanio, Marcos el Gnóstico fue considerado uno de los maestros de la magia. Los números mágicos y las palabras tienen el valor de símbolos y poseen la virtud de hechizar, reflejando la música de los cuerpos celestes. La literatura gnóstica —con sus prescripciones astrológicas y sus referencias a las tradiciones egipcias y con su fe en la astrología, en la virtud de las piedras preciosas y en los encantamientos— es amplia y cuidadosamente estudiada en la Edad Media y aparece casi simultáneamente con la literatura cristiana apócrifa, en la que se encuentran frecuentes alusiones a los hechos mágicos descritos por Apuleyo y Apolonio; como por ejemplo, la práctica realizada por Cristo o por María (*Ev. infantiae arabicum*, cap. XV) contra los magos que trataron en vano de agredir a Jesús. Prácticas netamente mágicas se atribuyen a Cristo en el Pseudo Mateo, en el Evangelio de Nicodemo, en la Epístola de Bernabé, obras apócrifas de este período.

Después de siglos de lucha, que en un principio se centra en la discusión literaria, pero siempre más violenta, contra todas las desviaciones peligrosas de las sectas, parece que éstas quedaron condenadas a desaparecer. En realidad, la concepción mágica y mística persistió en varias formas y de aquí la infinita deformación entre los

individuos y los grupos, que hizo necesaria la constante acción de la Iglesia. El cristianismo, religión universal, asume una posición esencialmente distinta de la de acatamiento y tolerancia ante casi todas las religiones nacionales o de grupo precedentes. La política religiosa del cristianismo, que tiende a organizarse sólidamente en un perfecto sistema jerárquico, condena y suprime las creencias adversas prohibiendo la adoración de sus dioses, que en otras épocas habían sido aceptados o tácitamente tolerados. De esta incompatibilidad de la religión cristiana con todas las demás, codificada en innumerables leyes canónicas, derivó una reacción: la supervivencia secreta de la religión de los pueblos conquistados, en forma de magia. La derrota de los pueblos prueba, según la Biblia, la inferioridad de sus dioses. Sin embargo, surgen conspiradores y rebeldes contra los dioses victoriosos, buscando refugio contra sus perseguidores en lugares inaccesibles y en prácticas secretas. La adoración de los dioses paganos y de los demonios permanece y esta concepción representa la rebelión de Lucifer y la del ángel caído.

Otras creencias profundamente arraigadas en los sentimientos del pueblo fueron absorbidas y lentamente se transformaron en la nueva religión. Esta es una característica de la fuerza vital del cristianismo; las ideas extrañas son profundamente cambiadas después de su adoración. Las antiguas festividades de la primavera y de la cosecha aparecen como nuevos ritos, los curanderos santos asumen las funciones que se atribuían a las divinidades o a los demonios benéficos y las reliquias adquieren el poder de los antiguos talismanes, y las imágenes de los antiguos dioses paganos se transforman en las imágenes sagradas de la fe cristiana. Después de la supresión, siempre muy enérgica, de las ideas declaradas heréticas porque no pueden ser absorbidas y se consideraron enemigas de la idea fundamental del cristianismo, la estructura de la religión universal quedó definitivamente erigida.

4. El retorno a las creencias mágicas

En los primeros siglos del cristianismo no se admite oficialmente la existencia de los demonios, aunque la creencia en los dioses paganos puede actuar todavía sobre los creyentes apartándolos de la verdadera fe. Los libros sagrados hacen menciones vagas y poco frecuentes de los demonios malignos y de la existencia del infierno. Hacia el final del siglo III, Lactancio señaló que "los demonios están tratando de destruir el Reino de Dios y por medio de falsos milagros y de oráculos ficticios tratan de aparecer como dioses verdaderos". Esta nueva forma de la magia, el arte de los demonios, apareció en

los libros de los Padres de la Iglesia, y los filósofos y los eclesiásticos elaboraron un extenso y complicado sistema basado en su culto, que en aquel tiempo adquirió una gran difusión. En la lucha del cristianismo contra los antiguos misterios, como el de Isis y Mitra, y contra el neoplatonismo, el gnosticismo y las diferentes herejías, hasta llegar a la más peligrosa de todas ellas, el maniqueísmo, los dioses, los ritos y los símbolos de estos misterios y sectas, eran considerados diabólicos. San Pablo, en la Epístola a los Corintios, expresa claramente la creencia de que el sacrificio hecho a los dioses extranjeros es un sacrificio a los demonios. Marco Diácono, en su vida de San Porfirio, obispo de Gaza, alrededor del 400, describió la batalla contra el paganismo y afirmó la existencia del demonio Afrodita.

La figura de San Agustín se destaca entre los Padres de la Iglesia en los primeros siglos (354-430). Su obra decisiva y aclaradora determinó, durante siglos, la actitud de la Iglesia ante el pensamiento científico. Llevó a cabo un estudio exhaustivo de la magia y defendió a Cristo contra la acusación de que la conversión de la gente se efectuaba por magia. Prueba de esta última creencia es el hecho de que todavía en el siglo V existía la común creencia de que el cristianismo empleaba la magia. Más tarde el cristianismo acusa a los judíos y mahometanos de prácticas similares. San Agustín distingue la *goetia*, o magia diabólica, de la magia o *teurgia*, que se usa para preparar el alma y purificarla. Sin embargo, él condena a las dos y atribuye el éxito tanto de la magia blanca o de la negra a la intervención de los demonios. Admite, sin ninguna duda, la verdad de las Santas Escrituras, cuando hablan de los magos del faraón y de la existencia de magos y de demonios, los cuales él cree que son capaces de realizar milagros. Admite que los magos poseen el dominio de los espíritus inferiores y que pueden conjurarlos y que aunque culpables de crímenes horribles, pueden realizar milagros que los cristianos no pueden efectuar, ni aun los más santos. San Agustín explica este poder superior de los magos por el hecho de que Dios desea que los cristianos sean humildes y sólo realicen actos de estricta justicia.

En la *Ciudad de Dios* y en la *Adivinación de los demonios* describe San Agustín el poder de los demonios malignos, que cree capaces de provocar transformaciones y milagros sólo con permiso de Dios. Se opone firmemente a toda herejía; condena todas las prácticas mágicas, ataca a los astrólogos y previene a los fieles contra el estudio de la astronomía, que, según él, conduce a los errores más perniciosos.

Es fácilmente explicable que en una época en que tormentosas dudas asaltan a la conciencia y la preparación para la muerte se considera esencial para la vida, se incremente la defensa contra los

demonios malignos. En la lucha para salvar su alma, el creyente está constantemente expuesto a las tentaciones y persecuciones de los demonios y sólo puede vencer en esta terrible batalla sirviéndose de las armas de la Iglesia. El creyente, naturalmente, usa no sólo las armas como la meditación, el ascetismo y la oración, las cuales son asequibles sólo a los fieles puros y fuertes de espíritu, sino también otros medios que actúan sobre los individuos ignorantes y supersticiosos. Las antiguas prácticas mágicas de exorcismos, los medios apotropaicos, las invocaciones y los amuletos, reaparecen bajo nuevas formas.

En esta época estuvo muy extendida la creencia en la virtud de los amuletos y en las manifestaciones de la gracia divina, expresada en formas mágicas. La imagen surgió como un símbolo religioso, como un instrumento útil; la veneración por las reliquias asumió tales proporciones que con frecuencia estallaron guerras, entre ciudades incluso, por la posesión de una pequeña parte del cuerpo de un santo, y el papa se ve obligado a intervenir para impedir el tratamiento macabro de los cuerpos de las personas que habían muerto en olor de santidad. La preparación de las reliquias de Santo Tomás de Aquino por los monjes de Fossa Nuova, mencionada en los *Actos de los santos* (I, 725) es una página interesante en la historia de esta apasionada creencia. Según Erasmo, era suficiente mirar la imagen de un santo para lograr su protección; así, con una mirada a la imagen de San Cristóbal se obtenía su protección durante un viaje.

La historia de Luis XI revela la fantástica fe de este rey en las imágenes. Consideraba el juramento más sagrado de todos el que se hacía sobre la cruz de San Laud de Angers. Reunió en París, empleando grandes cantidades de dinero, a los monjes, santos y reliquias de todas partes del mundo. Un cronista de su tiempo dice que Luis XI había comprado la gracia al precio más alto que nunca jamás se había pagado.

Se adoptan los ritos mágicos y las costumbres de los pueblos del norte de Europa que habían aceptado el cristianismo. Una de las formas de brujería era el *seid*, práctica que se acompañaba de cantos y música. Las ordalías como intercesiones ante el juicio de Dios, las pruebas del hierro y del fuego, mencionadas en las leyendas más antiguas y la prueba del agua (una práctica mágica de los pueblos del norte) de tiempos antiquísimos, pasaron a formar parte de la magia de la Edad Media. El uso mágico del agua bendita para alejar a los demonios, el empleo de reliquias de santos para curas médicas y una serie de prácticas similares, aparecen tan claras en su significación para todo el mundo que, como dice Lewis Mumford en su admirable

libro *The Condition of Man*, se interpretan en esta cultura como un fenómeno de sueño neurótico.

Paralelamente con estas creencias, la medicina de nuevo se transformó en medicina mágica y mística. Frente al concepto hipocrático de que la enfermedad es un disturbio del ritmo normal de la vida, se vuelve al concepto primitivo e instintivo del origen demoníaco de la enfermedad, produciendo una nueva orientación de la terapia, que consiste en la posición de las manos, la repetición de fórmulas, etcétera. Se considera que las reliquias poseen poderes mágicos contra las enfermedades más variadas. El obispo Gregorio de Tours, en *Los milagros de San Martín*, describe una serie de curas, una de las cuales se logró tocando la cortina que colgaba ante la tumba de un santo.

5. El genio del terror

La necesidad de un orden sistemático, de un plan estable y seguro que determine la forma de vida, de actuar y de pensar, deriva regularmente de una tendencia innata en la mente humana. Esta tendencia se origina, probablemente, en el ejemplo de las leyes inflexibles que regulan todas las manifestaciones de la naturaleza, el movimiento de los astros, la vida de las plantas, la repetición de fenómenos fisiológicos en tiempo determinado en el hombre y en los animales, por las leyes de la armonía, y las de la matemática, que aparecen por primera vez en los matemáticos y en los filósofos griegos y en los trabajos de Pitágoras, y se manifiestan en las esculturas de Fidias y de Praxiteles, así como en los escritos de Hipócrates. La ley biológica de la armonía es una necesidad de la vida. Cuando en la vida del individuo fuerzas extrañas, accidentes o enfermedades rompen la armonía de la vida, el organismo tiende a reconstruirla con sus propias fuerzas. Al igual que la inferioridad de un órgano o de un sistema es compensada por el hiperfuncionamiento de otro, así en la sociedad la inferioridad de un grupo es compensada por el desarrollo substitutivo de otros grupos. El organismo mismo encuentra remedios, substituyendo temporal o permanentemente la parte enferma.

La sociedad desintegradora de la Edad Media estaba dominada por la conciencia del pecado y la necesidad de encontrar los medios de salvación o un remedio contra un mal que amenazaba destruir a los individuos y a la sociedad. El hombre medieval asistía a una lucha feroz entre el feudalismo y los esclavos, entre la ciudad y el campo, entre las comunidades y los príncipes, entre el Papado y le Imperio, factores y sistemas que habían sido considerados absolu

tumente estables. Estaba amenazado por las hambres, las guerras, las epidemias y toda clase de accidentes; trataba de escapar de su miseria creyendo en todo aquello que le ofreciera una ayuda; aceptaba tanto la verdad como la leyenda, lo real o lo irreal, lo emotivo y lo lógico, el instinto y la razón, y creía tanto en Dios como en el Diablo.

Todas las actividades eran absorbidas por la guerra y por la defensa. El trabajo manual era esclavizador, complicado y difícil y las cosas que son hoy fáciles de obtener, requerían una labor física agotadora. De este modo el trabajo tenía la importancia de un acto que expresa no sólo la necesidad de ganancia, sino también la pasión, el orgullo y la sensibilidad de la persona que a él se dedica. Esto explica la constitución de organizaciones de defensa, creadas con paciencia maravillosa, tales como los gremios o corporaciones. El dinero y la riqueza tienen una importancia mucho menor en un periodo de necesidades limitadas y aquellos que viven sin trabajar a duras penas pueden lograr subsistir.

En este mundo caótico, en que no podía encontrarse la salvación en el Estado o en la vida social, la cristiandad era la única realidad viva y las ideas y la fe constituían el centro de la vida. No era necesario razonar para creer; los problemas de las ideas eran los hechos reales. "¿Qué es lo que se debe conocer?", preguntaba San Agustín. Dios y el alma y nada más. La Edad Media busca la salvación por la fe; fe en el cristianismo como una religión práctica; fe en toda manifestación exterior, más que como una ley moral; fe en todo lo espiritual y en las prácticas mágicas, porque éstas aparecen como medios de salvación o de evasión. Todas las cosas son posibles y todas las ideas son reales.

El miedo es el gobernante supremo de esta época. El pueblo cree que el Anticristo puede dominar al mundo y que el reino del mal precede al juicio universal. Un cuadro elocuente de la situación espiritual de estos tiempos se presenta en el arte del periodo; las pinturas, los dibujos, los poemas y las representaciones sagradas, describen las tan llamadas danzas de la muerte y el triunfo de la muerte logra en ellas una parte importantísima. En los individuos y en los grupos se manifiesta la creencia en los demonios y en los rituales mágicos. La humanidad está inundada del terror ante el fin próximo. Las condiciones políticas y sociales justifican este pánico.

6. El misticismo ascético

Así fue como se preparó toda una nueva aventura de la mente, originada en una concepción mística más alta y más profunda, la que a su vez forma la base necesaria de la misma. Nació el misticismo religioso ascético; este sistema religioso aceptó necesariamente la magia y sus concepciones y prácticas; la sugestión, colectiva e individual, se ejerció en una vasta escala por predicadores, mártires y profetas, en grandes asambleas religiosas, así como en las órdenes monásticas o en reuniones íntimas de fieles. Estos grupos de creyentes estaban dirigidos, en común, hacia una vida ascética, de plegaria y de sacrificio. En la opinión de los creyentes la vida ascética representaba la comunión del hombre con Dios, la victoria del espíritu sobre la carne, que es domada por la mortificación, la maceración y la renuncia a todos los placeres.

La necesidad evidente de suprimir las facultades críticas del yo y de rendirse enteramente al dominio de las facultades emotivas para comprender lo sobrenatural dio nacimiento lógicamene a las prescripciones que imponía el dominio de los instintos carnales, los cuales se consideraban impedimentos para la vida espiritual. La vida espiritual se manifiesta a través de una elevada sensibilidad psíquica —consistente en la capacidad de oír voces lejanas, percibir misteriosas fragancias, ver las figuras que aparecen en las visiones, etcétera— y en la abolición o en la disminución de la sensibilidad física. Claramente, éste es un procedimiento idéntico al del trance mágico, acompañado por la excitación de las facultades emotivas y la supresión de toda crítica.

Ocupa un lugar predominante el inconsciente arcaico, que tiende hacia la interpretación mítica y mística de todos los acontecimientos. Todos los fenómenos de la hechicería primitiva se manifiestan de nuevo en las creencias del pueblo, provocando otras series de ideas y diferentes sugestiones. Las visiones y las alucinaciones, la amnesia y los éxtasis, la percepción de los perfumes y de la luminosidad y, finalmente, el vuelo extático, el pasar a través del fuego y otras manifestaciones, pueden interpretarse, si no se explican del todo, sin recurrir a la intervención de lo sobrenatural, como fenómenos derivantes del estado que se desprende del inconsciente y que sin duda se manifiesta con unas características particulares.

Una de las formas más interesantes de la religión mística, desde el punto de vista de la magia, por su íntima analogía con el encantamiento inducido por autohipnosis, es el de una secta monástica (citada por Stoll) cuyos miembros, alrededor del 1300 se reunieron en los claustros del Monte Athos, adoptando el nombre de hesicastas, esto es, "aquellos que están en paz". Las prescripciones de sus ceremonias eran en extremo interesantes: debían inclinar la cabeza sobre su pecho, recitando interminables plegarias en tono monótono, fija la mirada sobre su ombligo: así se les presentaban visiones de luminosas figuras mágicas, entre las cuales distinguían imágenes

sagradas. Se sentían rodeados de una luz divina y el hesicastas llegaba lentamente a un estado de éxtasis.

Todos los procedimientos que, según los místicos, sirven para preparar el estado de éxtasis o de comunicación directa con la deidad, consisten en prácticas físicas o psíquicas para crear un estado especial emotivo. De acuerdo con las principales autoridades ascéticas, estas prácticas se pueden dividir en tres categorías: Primero, las prácticas que Ribet denomina purgativas, esto es, la lucha contra la tentación y el esfuerzo por dominar las pasiones. En segundo lugar, la contemplación de la verdad, la vía iluminativa, dirigiéndose la tercera práctica hacia el estado de absorción, el *raptus*, el éxtasis. Estos medios para alcanzar la perfección espiritual requieren, según los místicos cristianos más autorizados, una vocación especial concedida raramente al creyente. De acuerdo con esta doctrina, es esencial el abandono de todos los intereses materiales de la vida y concentrarse en una sola y sobrenatural idea. Dicha doctrina es aceptada generalmente por todos los que pueden ser considerados legisladores del ascetismo, no sólo en el cristianismo, sino también en el Yoga, que consiste en una separación progresiva de la vida exterior y la concentración gradual en una sola idea; así ocurre también en el budismo y en general en todas las religiones místicas como el chasidismo judaico y las creencias de algunas sectas mahometanas. Si consideramos que en estas prácticas el intermediario —sea el sacerdote, el jefe, la imagen o la voz— cumple un papel esencial veremos inmediatamente la analogía, de hecho la identidad, de estos casos desde el objetivo punto de vista psicológico. Tales prácticas consisten en provocar un estado de ánimo especial, que se manifiesta más fácilmente en las personas de determinada sensibilidad en la abolición del control externo, en la supresión del criticismo y en la concentración en una sola idea, que a su vez adquiere un carácter monomaniático, y crea todo un mundo de ideas, aptas para el deseo y la sugestión.

El éxtasis místico, sin considerar los hechos que lo provocan y que en parte pueden escapar al control científico, está frecuentemente determinado y explicado sin recurrir a lo sobrenatural. Tomás de Aquino, en su *Summa Theologica*, da el nombre de milagro sólo a lo que es *praeter ordinem totius naturae creatae*, más allá del orden de toda la naturaleza creada, afirmando que sólo son verdaderos milagros los contrarios a las leyes naturales y que sólo Dios puede realizarlos, pero que otros acontecimientos nos pueden parecer milagrosos debido a que ignoramos las leyes naturales que los producen. De aquí, según el criterio de Tomás de Aquino, se pueden declarar milagros sólo con la búsqueda y el descubrimiento de las leyes naturales que puedan ser su causa.

Maxwell señala, con justeza, que la Iglesia admite que no todos los candidatos para la vida mística logran la gracia del don sobrenatural y que de aquí se afirma la disposición congénita o adquirida de los individuos que puedan recibir este don.

La necesidad de un intermediario, de un director espiritual, del maestro, del hombre que ayuda a prepararse para la vida ascética, que dirige los esfuerzos y ayuda a concentrar las ideas, es evidentemente análoga a la necesidad de los procedimientos iniciadores. La concentración pasiva, acompañada de la disminución o abolición del razonamiento y el silencio místico, constituyen las características de la intoxicación mística, de la exaltación y del sueño que acompaña a la inconsciencia.

No es cuestión de examinar a la luz de la crítica médica y explicar aquí los hechos bien conocidos que forman parte de la historia del éxtasis individual, ni de discutir las formas en que este fenómeno psíquico se transforma o da lugar a manifiestos hechos físicos. Este problema ha sido estudiado ampliamente por la moderna psiquiatría y ha probado que todos los hechos, aun los que producen señales en el cuerpo (estigmas), para citar un fenómeno bien conocido, pueden explicarse fácilmente.

7. Ilusiones, alucinaciones y pseudoalucinaciones

De cuanto hemos dicho se deduce que los individuos que poseen condiciones psíquicas especiales pueden ser inducidos, fácilmente, a estados análogos al del encantamiento o a la disociación de sus ideas —personas que generalmente alcanzan las condiciones en las que las alucinaciones, los delirios y estados similares pueden manifestarse con facilidad—, y están dispuestos a proceder rápida e intensamente, guiados sólo por la autosugestión, o como un resultado aparente de simples hechos externos, hacia estas manifestaciones. Es fácil de explicar, cómo cuando la crítica individual queda abolida, afloran los instintos e ideas del inconsciente, o aparecen las tendencias obscenas y perversas (tentaciones demoníacas); y también aparece evidente la necesidad de una activa y continua sugestión de un intermediario consciente o inconsciente, que pueda dirigir al individuo hacia un objetivo determinado.

La historia de los místicos, de las tentaciones, pruebas, sufrimientos y dudas, destacan el cuadro de estos contrastes angustiosos y revelan que bajo la guía de una fuerte voluntad, pueden dirigirse hacia la exaltación divina o bajo la influencia de otros intermediarios o hechos de la poderosa irrupción de los instintos incontrolados, pueden dirigirse hacia las ideas y manifestaciones diabólicas.

Del examen objetivo de estos hechos resulta una consideración, en líneas generales, de los fenómenos más ampliamente conocidos. Las visiones y las alucinaciones son algunas veces espontáneas y en otras ocasiones son el resultado de una simple intuición, que puede estar basada en la contemplación del objeto. Estos fenómenos resultan del estado de encantamiento, que a su vez depende, más o menos, de factores patológicos o agentes externos físicos o psíquicos. El estado de encantamiento puede suscitarse por prácticas físicas y psíquicas, siempre bajo la acción sugestiva del intermediario.

Según Bumke, las ilusiones o alucinaciones pueden formar parte de la vida mental normal. La diferencia entre presentaciones y representaciones es notable: las presentaciones son claramente sensoriales, corpóreas, mientras que las representaciones son repeticiones mentales de percepciones con frecuencia vagas e incompletas. Sin embargo, algunas veces las representaciones son extraordinariamente vivaces, como en el caso de personas que recuerdan visualmente series numéricas. En estos casos la sugestión puede ejercer una influencia extraordinaria, no sólo en los individuos histéricos, sino también en los perfectamente normales. Seashore llevó a cabo un experimento interesante sobre este tema. Al final de un largo corredor obscuro se encontraba una perla colgada de un hilo. Los sujetos del experimento debían ir lentamente por el corredor anunciando inmediatamente que veían el resplandor de la perla. El experimento fue repetido veinte veces, y aunque en cinco ocasiones la perla fue quitada del corredor, dos tercios de los sujetos declararon haber visto la perla en el momento en que ellos creían que debía vérsela.

Para comprender cómo la sugestión y los estados de angustia pueden conducir a una percepción errada de lo que rodea, basta recordar que cada representación está formada no sólo de una consecuencia de sensaciones normales, sino también de una acción intelectual, de un juicio del cual depende el reconocimiento. Este juicio complejo puede alterarse de varios modos. Puede ser debido al hábito: cuando una persona pasa inadvertidos los errores de una palabra impresa, dado que su forma correcta le es familiar, no aprecia los errores tipográficos que contiene; puede ser debido también a una ilusión producida por una condición patológica: como ocurre cuando las pinturas o la música parecen distintas a una persona que padece fiebre.

La relación entre las ilusiones normales y las representaciones fantásticas, presenta una forma especial. Algunas veces las imaginaciones vívidas, a las que se añaden componentes extraños a los hechos reales, pueden crear nuevas figuras. Jasper denomina a estas ilusiones *pareidolias*. Leonardo menciona este fenómeno diciendo que,

en el pensamiento total de un paisaje, puede imaginarse, a veces, la existencia de ríos, valles y lagos.

Las imágenes hipnagógicas, de un carácter alucinatorio, son similares a las alucinaciones y se producen con frecuencia en las personas muy cansadas, en el estado de somnolencia que precede al sueño. Estas alucinaciones son independientes de la voluntad del sujeto.

Por otro lado, las alucinaciones reales pueden producirse sin una causa externa. Sin embargo, ellas son poco frecuentes y se originan generalmente de la excitación de los centros sensorios. Algunas de estas alucinaciones están caracterizadas por su extraordinario poder persuasivo, que es mucho mayor que el de las percepciones reales. Expresan, con pocas excepciones, los deseos y temores de una persona enferma.

Las alucinaciones visuales se verifican cuando se presentan perturbaciones en la mente. La cocaína produce visiones ligeras, mientras que el hashish, el opio y el alcohol producen imágenes brillantes y magníficas.

Las alucinaciones más frecuentes son las auditivas y se presentan en la forma de rumores, voces o melodías. Pueden referirse tanto a hechos externos como a internos (tic tac del reloj, pulsación, etcétera). Se producen también alucinaciones reales en que las voces se escuchan no enfrente del sujeto, sino dentro de la cabeza de la persona enferma, en sus pies, en sus vestidos. Casi siempre son voces antagónicas, que se insultan, reprueban o dan órdenes. Los pacientes a veces se quejan de escuchar sus propios pensamientos. Es fácil comprender el poder sugestivo individual o colectivo de tales alucinaciones, las que se manifiestan en sujetos que, debido a que están profundamente convencidos de su realidad, se expresan a sí mismos con un poder sugestivo excepcional.

La Iglesia ha controlado invariablemente todos los casos de esta naturaleza, y desde el punto de vista teológico ha distinguido entre los acontecimientos sobrenaturales, preternaturales y naturales. El milagro verdadero sólo puede ser atribuido a Dios, y los teólogos han dedicado estudios especiales a la determinación de los milagros, examinando cuidadosamente las formas en que estas manifestaciones se produjeron. La Iglesia admite la intervención divina sólo cuando los hechos están coordinados con los principios religiosos más elevados y condena todas las formas de misticismo extraño al dogma. Como una estructura teocrática y política, la Iglesia necesita clasificar los acontecimientos milagrosos y así, directa o indirectamente, la descripción de los hechos místicos ha reforzado los sentimientos religiosos.

En esta forma, una parte de lo que puede denominarse la idea mágica, se incorpora a la órbita de una religión universal, que con su

autoridad ha disciplinado sabiamente estos hechos y procedimientos. La mayoría de las manifestaciones que en otros tiempos podían haber sido consideradas mágicas o milagrosas se clasifican ahora fácilmente como síntomas específicos de ciertos desórdenes mentales, temporales o permanentes (histeria, paranoia, esquizofrenia, etcétera).

PARTE TERCERA

DECADENCIA Y RENACIMIENTO DE LA MAGIA

XIX

APARICIÓN DEL DIABLO Y DE LA BRUJA

1. Orígenes del culto al demonio

La brujería que, según Jean Bodin, es el arte en el que se intenta obedecer los fines deseados con medios diabólicos, se origina en los primeros días de la humanidad. Es la consecuencia de la concepción demoníaca, según la cual los demonios, causa de los fenómenos más importantes de la vida, pueden conquistarse con artes y medios secretos y se puede impedir su poder hostil u obtener su ayuda y su concurso contra la zozobra, la enfermedad o la muerte. El hombre-médico de las tribus primitivas dirige sus esfuerzos en esta doble dirección; sus poderes invisibles pueden ser benéficos o maléficos, y los demonios, protectores, amigos o enemigos. Con el curso del tiempo, lentamente, la magia benéfica se separa de la diabólica y se inclina hacia la religión. La magia benéfica aparece como uno de los elementos formativos dentro de la nueva religión, aceptando ciertas creencias de pueblos antiguos, asimilando sus prácticas y dándoles el carácter de acciones místicas, sometidas al poder de la divinidad.

La magia diabólica y la brujería se oponen a la religión dogmática, y así como ésta sostiene el concepto de una deidad suprema, la magia diabólica, por el contrario, se funda sobre la hipótesis de dos principios opuestos, en lucha permanente por la supremacía (ésta es una idea fundamental de muchas religiones orientales, tales como la del Avesta). Tratan de ensalzar al enemigo de Dios y obtener así su ayuda. Todos los cultos diabólicos derivan de esta idea, que es tan vieja como el mundo.

Las antiguas tradiciones demoníacas que persisten en formas distintas y bajo diversas condiciones de ambiente y que están presentes en la idea dualista de los maniqueos, dan lugar a la creencia en la existencia del Demonio, el enemigo de Dios, capaz de infundir a sus adoradores la fuerza necesaria para luchar contra el poder divino. Todo un sistema se forma lentamente alrededor de este mito, que va adquiriendo gradualmente una forma definida. El Concilio de 547 afirmó oficialmente la existencia del infierno y aumentó el terror del poder diabólico con las armas empleadas por la Iglesia para combatir esta creencia. Según esta concepción, el Diablo se opone a Dios, así como el infierno se contrapone al cielo, el lugar donde sufren las almas después de muertas. Esta idea dualista, cuyos ori-

El chamanismo..., Barcelona, Paidós, 1988

genes se encuentran en la naturaleza humana y en las creencias de las religiones primitivas, es una concepción casi instintiva, y del contraste de las fuerzas adversas se va creando, poco a poco, un nuevo culto sistematizado de la magia diabólica o negra.

En un principio, partiendo de la idea de fuerzas opuestas, las prácticas consistían en deformar las plegarias, repitiéndolas al revés o cambiando sus palabras y consagrando objetos bajos y obscenos, como sucede en ciertas formas de psicosis. En este nuevo sistema se puede decir que el antiguo simbolismo revive al revés. El pentagrama invertido es el emblema de los adoradores del Diablo. El vudú es una extraña e interesante manifestación de culto diabólico que se asocia con prácticas obscenas y a veces presenta la forma híbrida de adoración a la divinidad. El vuduismo se practica entre los nativos de Haití, según los estudiosos que han efectuado un amplio examen de este culto. En el vudú y siempre por el motivo de las dos fuerzas en pugna, se celebran los ritos por personas vestidas de blanco y de negro y son dirigidos por sacerdotisas. Como uno de los rasgos de este culto y derivaciones puede citarse la Misa de sangre, que celebraba ritos crueles y que en ciertas épocas tuvo numerosos fieles.

La existencia del Diablo, distinto de los demás demonios, está demostrada en las Actas del IV Concilio de Letrán (1215), en las que se afirmó que el Diablo y los demás demonios fueron creados por Dios de naturaleza buena, pero que por su propia voluntad se convirtieron a la maldad. Esto demuestra la estrecha relación entre los seres diabólicos y los ángeles caídos. El Apocalipsis de San Juan (xii, 7-9), relata que el dragón muerto por San Miguel es el diablo Satanás, que es seductor del mundo. Los primeros Padres de la Iglesia creyeron que la existencia de Satanás se probaba en las palabras de Isaías (xiv, 12-15), en las que se refiere a un ángel caído del cielo. Lentamente se va elaborando la creencia de que los ángeles caídos lo fueron por su intento de ser independientes e iguales a Dios. Santo Tomás declara que este deseo es imposible "porque él no puede nunca desear ser igual a Dios, dado que conoce que tal cosa es imposible".

El culto al Diablo se extiende, bajo el signo de rebelión contra Dios, y en muchas sectas antiguas surge una serie de plegarias a Satán, invocándolo por su capacidad de realizar milagros, de conocer el futuro y de premiar a sus fieles.

2. La brujería

La magia diabólica se sirve de todos los medios para lograr sus fines, practica todas las formas de culto y especialmente aquellas que

aparecen en un contraste más definido con los ideas religiosas oficialmente prescritas e impuestas. El culto fálico, originado en la adoración simbólica del órgano genital masculino y el de sus representaciones y la admisión de la existencia de un ser superior dotado de las características de ambos sexos, se adopta, con las variantes derivadas de la época y del lugar, por todos aquellos que practican la brujería. Los ritos obscenos, opuestos a las leyes morales y religiosas, constituyen un importante elemento de la brujería. Posteriormente, bajo el predominio de las ideas éticas y el establecimiento de leyes morales, este culto adopta una forma simbólica. Así como en las religiones primitivas la comunión con el tótem o con el demonio protector, por medio del alimento o de la sangre, es una de las prácticas básicas; así, debido a la misma idea por la cual el culto fálico alcanzó una difusión general, la comunión carnal con el demonio forma el fundamento de estos ritos. Estas prácticas son manifiestamente antagónicas con la comunión espiritual con la divinidad, la cual es el último objetivo de la religión monoteísta. Por esto la brujería se basa en la comunión carnal y en sus relaciones.

Otras prácticas de la magia diabólica derivan de las de la antigua magia simpática, según la cual, si se desea un daño sobre un objeto o persona, es suficiente ejercer una acción mágica sobre un objeto o persona similar. De esta creencia derivan todas las prácticas dirigidas a matar a un enemigo, por ejemplo, quemar un corazón de cera, perforar con agujas una imagen que lo represente, destruir los objetos de su pertenencia, etcétera. Estos ritos se acompañan de complejas ceremonias simbólicas en las que el efecto del hechizo mágico y de la sugestión de la persona que ayuda al brujo es muy importante.

Una creencia popular posterior fue la fe en el testimonio de la divinidad en favor de un inocente. Esta fe daba lugar a las pruebas del fuego, del hierro y del agua y a las pruebas conocidas como juicios de Dios (el duelo es un ejemplo de la prolongación de esta creencia).

La idea de que con artes diabólicas el inocente puede ser vencido y el culpable puede ser triunfador, está estrechamente relacionada con la creencia en el juicio de Dios; aquellos que temen a la justicia divina tratan de evitar sus consecuencias, inclinándose hacia la brujería.

En contraste con las leyes morales y civiles y con el desarrollo del concepto religioso, el arte diabólico de la brujería representa una rebelión contra las leyes constituidas y el orden, una vuelta a las antiguas divinidades adoradas por los antepasados, una regresión a las viejas prácticas que conservaban su significación, basadas en la su-

perstición, en el deseo de sobrevivir con la ayuda del diablo, y en el deseo de dominar sobre el orden de los acontecimientos, así como ser el dueño de la vida y de la muerte de los propios enemigos.

En realidad, aunque la brujería procede de los pueblos primitivos, se conserva invariable en sus prácticas a través de los siglos. Cuando aparece la idea religiosa, crece y se organiza y se hace poderosa en una sociedad desarrollada. Y en épocas más civilizadas, las prácticas de brujería se envuelven más y más en el misterio, y se separan definitivamente de la magia blanca, con la que poseía un origen común. Al revivir fundada sobre un conjunto de leyendas y de creencias primitivas, se transforma en un arma poderosa de venganza y de ambiciones políticas, de corrupción y de base pasional, antisocial y anárquica, que es necesariamente combatida por todo sistema legislativo. Las leyes hebreas prohibieron siempre el contacto de sus creyentes con los que practicaban la brujería. En el año 172 a. c., bajo el triunvirato de Octavio, Antonio y Lépido, fueron desterrados los astrólogos y los brujos. Según Suetonio, Mecenas pidió a Augusto que los castigara severamente. Suetonio escribe también que cerca de dos mil libros de magia en griego y en latín fueron descubiertos en Roma y quemados en la vía publica. En el reinado de Tiberio, según Tácito, Lucio Pituanio, un mago famoso, fue arrojado desde la roca Tarpeya y Publio Marcio fue castigado y muerto en el Esquilmo. Bajo Claudio, el Senado dictó otro decreto castigando a los magos; y las leyes promulgadas por Vitelio, Vespasiano y otros emperadores, son igualmente severas. Es evidente que en Roma, mientras existía una magia oficial, se honraba a los augures y los magos jugaban un papel importante en la vida política, pero se atacaba vigorosamente la magia diabólica. De Causon y Summers señalan que es erróneo considerar que la brujería haya nacido en la Edad Media bajo la influencia de la Iglesia. En realidad, ocurre precisamente lo contrario. La Iglesia católica de los primeros tiempos no admitía la existencia de personas que tuvieran relación con el diablo o que fueran capaces de practicar las artes diabólicas: se condenaba a los heréticos y se atacaba duramente a los maniqueos, se ordenó su exterminación y no se admitió la existencia de la brujería. San Martín, obispo de Tours, protestó ante el emperador de que Prisciliano, obispo de Ávila, fuera condenado a muerte por brujo. Numerosos ejemplos comprueban que, en los primeros siglos, la Iglesia actuó severamente contra los heréticos, pero no admitía el crimen de la brujería. En el 785 el Santo Sínodo de Paderborn decretaba: "Aquel que sea engañado por el Diablo, afirmando, según las creencias paganas, que existen las brujas, se le castigará con la muerte, quemándolo en la hoguera." Este decreto fue confirmado por

Carlomagno en el llamado Canon de Aquisgrán, ordenando a los obispos que excluyeran de la comunidad cristiana a todos los creyentes en la magia diabólica y en los vuelos nocturnos de las brujas.

3. La Iglesia contra la magia diabólica

La causa que determinó el cambio de posición de la Iglesia contra la brujería y la admisión de su existencia, fue la amplia difusión en Europa, entre los años 1000 y 1200, de las sectas heréticas, particularmente los maniqueos. Por todas partes surgieron sociedades secretas, practicando ritos grotescos y a veces obscenos y pronto se estableció una vasta organización, dirigida no sólo a combatir la autoridad de la Iglesia, sino también a alterar las leyes y a ridiculizar sus instituciones. En 1179 el Concilio Laterano apeló a los poderes seculares para combatir la difusión de la brujería y se inició la campaña contra los heréticos. En 1235 se establecen tribunales episcopales precursores de la Inquisición, por una bula de Gregorio IX. Las autoridades eclesiásticas abandonan el principio establecido de la no existencia de los demonios y las brujas. Debido a los testimonios constantes de personas de buena fe y sobre todo a la necesidad impuesta por la continua lucha contra los enemigos de la religión, la Iglesia abandonó su antiguo principio de la imposibilidad de lograr resultados por medio de las artes diabólicas.

La brujería medieval surge, según se describe generalmente por las personas convictas ante los tribunales de la Inquisición, de las antiguas y todavía persistentes tradiciones de la magia diabólica. En el siglo XIII la herejía se identificó con la brujería. No se trataba de una cuestión de teología o de discusión de principios, como se afirmaba por los heréticos, sino que tomó el carácter de una lucha contra la actividad de grupos hostiles bien organizados. Los escritores de este periodo afirmaban que tanto los heréticos como los brujas adoraban a Satanás y practicaban ritos oprobiosos. Estos ritos, como prueban numerosos documentos de los procesos de la época, constituían una combinación grotesca de palabras sagradas y fórmulas diabólicas.

No es cuestión de discutir aquí las diferentes herejías que aparecieron alrededor del año 1000, ni de examinar la tan ampliamente discutida cuestión de si algunas de estas sectas habían constituido una nueva religión y cuáles eran sus relaciones con las antiguas creencias. Sin embargo, es importante señalar que hacia la mitad del siglo XIII, Santo Tomás de Aquino (1227-1274) afirmó la existencia de brujas y su relación con los demonios.

Debido a la lucidez de sus ideas y a la claridad de su juicio, la figura de Santo Tomás de Aquino aparece, incluso a la crítica histórica moderna, como uno de los hombres más insignes que han afrontado los problemas filosóficos y morales. Según la biografía de Tomás de Cantimpré, Santo Tomás de Aquino tuvo una turbulenta juventud; fue fraile dominico en Bolonia, más tarde estudiante en París; fue llamado a la Corte papal, siendo alumno de Alberto Magno. Según otros biógrafos vivió en París durante tres años, marchando luego a Italia, donde rehusó el Arzobispado de Nápoles para regresar otra vez a París.

Sin duda, Santo Tomás fue un teólogo profundo y erudito, un maestro convincente. Comentador de Aristóteles, con un notable conocimiento de sus textos, bien versado en la literatura patrística y familiarizado con los problemas más frecuentemente discutidos en su época. Durante su estancia en París se dedicó a la investigación de la irrigación y de la mecánica y al estudio de la zoología y de la botánica y puede considerársele como precursor en el campo de la investigación científica.

La actitud de Santo Tomás de Aquino ante la brujería debió pesar bastante, dada su autoridad. Afirma la existencia de la magia diciendo que no es obra de las brujas, sino del demonio. Niega que el poder adivinador de los magos sea capaz de descubrir objetos ocultos, hacer a los hombres invisibles o hacer mover las cosas inanimadas y señala que estos hechos han sido afirmados por espectadores de buena fe. Cree en la existencia de las brujas y declara, de acuerdo con la autoridad de todos los santos, de la fe católica y de los testimonios, que la hechicería es un fenómeno real capaz de impedir la unión carnal y la consumación del matrimonio. Las afirmaciones de Santo Tomás, en contraste con las de aquellos de sus predecesores que afirman que la brujería sólo existe en la imaginación y en el temor del hombre, consolidan definitivamente la creencia en el poder de las brujas y establecen las bases para toda la acción ejercida contra ellas.

En 1229 el Sínodo de Toledo, con la aprobación del papa Gregorio IX, decretó que los obispos del sur de Francia podían designar a un sacerdote en cada parroquia, con la asistencia de un cierto número de laicos, para juzgar la ortodoxia de los fieles y denunciar las herejías. Instituciones como éstas se difundieron rápidamente en otros países: en 1229 el Conde de Tolosa introdujo esta jurisdicción espiritual en su dominio, y en 1235 Gregorio IX confió esta tarea a los dominicos. En 1251 el poder de la Inquisición se extendió por toda Italia, con excepción del reino de Nápoles. El primer juicio tuvo lugar en 1264. Hacia el final del siglo XV la Inquisición floreció en España. En 1540 Pablo III estableció el Santo Oficio en Roma y la Inquisición, extendiendo su poder y sus reglas en el Vaticano, se introdujo en casi todos los Estados cristianos.

La lucha iniciada contra la herejía se combinó con la campaña contra la magia diabólica. En 1235 se establecen tribunales episcopales contra la magia diabólica. En el comienzo las dos acusaciones eran idénticas: toda herejía era diabólica y todo aquel convicto de prácticas mágicas era hereje. Más tarde se establece una distinción entre los dos crímenes y aparentemente se reúnen con el propósito de influir en el juicio del tribunal.

En España, donde la Inquisición obtuvo el mayor número de víctimas (se afirma que Torquemada, el gran inquisidor, sometió a los procedimientos inquisitoriales a más de cien mil personas), se dirigió principalmente contra los moros y los judíos. Frecuentemente, con el establecimiento de los autos de fe, en donde centenares de infieles se quemaban en un solo día, ofrecían a las autoridades eclesiásticas, a la Corte y al pueblo, un espantoso espectáculo como una manifestación de fe. En Alemania y en Francia se quemaron a las brujas en gran número. En 1596 el obispo de Ginebra hizo quemar a más de seiscientas víctimas en menos de seis semanas y otros inquisidores hicieron subir el número a varios millares. En esta época la organización misteriosa y perfecta del poder penal se empleó con tal severidad y con tal pasión que toda Europa estuvo dominada por el terror. Los inquisidores poseían las vidas, la libertad y las propiedades de todos los ciudadanos en sus manos. Las denuncias secretas no sólo se permitían, sino que se imponían. Las sentencias estaban a la orden del día y el fraile dominico, con su túnica blanca y su capucha negra, aparecía como el vengador implacable, como el administrador tremendo de una justicia inexorable. No puede menos de maravillar el hecho de que, a pesar de las graves medidas y de las severas penas, la herejía aparecía siempre difundida y fue aumentando rápidamente el número de los condenados, y es que bajo la sugestión de la pasión y del fanatismo, cada acto, cada gesto o cada palabra, que no concordara perfectamente con los dictados de la autoridad, podía aparecer como sospechosa, dando lugar a largos procesos, de los cuales rara vez resultaba la inocencia de la víctima.

4. Los albores de la investigación científica

Es interesante observar que estos hechos ocurrían simultáneamente con la difusión de las ideas arábigas en el Occidente cristiano y con los comienzos del estudio experimental en el campo de las ciencias naturales. Lentamente se fue progresando de las creencias mágicas

y místicas hacia un proceso de clarificación, durante el cual y especialmente en el campo de la práctica médica, el pensamiento científico tomó forma. La Escuela de Salerno es un ejemplo de este proceso histórico. Se originó en la enseñanza de la medicina por los benedictinos y, sin duda, en sus comienzos, era una escuela para clérigos; más tarde se transformó en una institución laica de medicina práctica. El monje Constantino Africano introdujo las ideas médicas de los árabes y tradujo muchos de sus textos. La medicina de la Escuela de Salerno se separó de la magia y del misticismo y adquirió una orientación de ciencia clínica y experimental.

Contemporáneamente, o quizá un poco después de la aparición de la Escuela de Salerno, hacia el siglo XIII, se originó todo el movimiento científico. Debido a la fuerte influencia escolástica, se inclinó hacia la ciencia experimental. Pedro Hispano, probablemente de origen portugués, el autor del *Thesaurus pauperum*, uno de los textos médicos más populares del final de la Edad Media, considerado como una especie de manual enciclopédico del conocimiento médico, tomó posición contra los magos y los demonios, prescribió los exorcismos y las prácticas rituales, pero creía necesaria, al mismo tiempo, la *via experimenti*, dirigida científicamente con doctrina y con lógica.

La figura más interesante de la ciencia medieval, opositora a la magia, es, sin duda, la de Alberto Magno (1193-1280 ?), el compañero y maestro de Santo Tomás de Aquino. Nacido en Lauingen, Suabia, hijo del conde de Bollstädt, estudió en Padua y en 1222 ingresó en la orden de los dominicos. Fue provincial de la orden en Alemania y más tarde obispo de Ratisbona. Se trasladó a Roma en 1256 y después a Colonia; enseñó en París y asistió al Concilio de Lyon en 1274. Durante su vida se le consideró el teólogo más importante de su época. Sin embargo, sus mejores libros son los dedicados a las ciencias naturales. Botánico insigne, fue el primero que amplió las investigaciones iniciadas por Aristóteles. En él se revelan la pasión por la naturaleza, el deseo de aprender, la necesidad del experimento personal. En *De Animalibus* escribió que el conocimiento no podía lograrse sólo por la demostración; la experiencia, señaló, es el mejor maestro. Tuvo el valor de oponerse a algunas de las aseveraciones de Aristóteles y de afirmar la necesidad del estudio crítico. Con referencia a la magia, Alberto Magno estaba convencido de que los demonios poseían poderes que llevaban a cabo la obra de la necromancia; creía que la mayoría de los milagros que se atribuían a los magos eran, en realidad, fenómenos naturales. Distinguió entre una magia benéfica y otra maléfica, admitió la virtud mágica de las plantas y de las piedras, pero afirmaba que no se podía discutir este argumento, dado que estas virtudes no podían probarse

por las leyes físicas. Trató ampliamente la interpretación de los sueños. Todos estos trabajos revelan la pasión de Alberto Magno por la investigación de las leyes de la naturaleza y su esfuerzo por explicar con ayuda de las leyes naturales, todos los fenómenos que aparecen como mágicos. De aquí que pueda extrañar el que fuese considerado por el vulgo como un mago y acusado de prácticas mágicas. Pero en aquellos tiempos esto era la consecuencia del conflicto existente entre las diferentes ideas y la acción violenta con que la autoridad eclesiástica combatía en defensa del dogma. El científico que trataba de profundizar en las leyes naturales era considerado no menos peligroso que el que enseñaba magia. Así, por ejemplo, Arnaldo de Villanova, médico y filósofo, amigo de Clemente V, autor del libro del *Tetragrammaton*, dedicado al significado del nombre sagrado y al misterio de la Trinidad, fue culpado de herejía. Apeló a Bonifacio VIII, a quien había curado y a quien había dado un libro conteniendo las predicciones de los acontecimientos que ocurrirían a la llegada del Anticristo. Su vida fue agitada y combatida; viajó por España y por Francia, estuvo con Clemente V en Aviñón en 1305. El Inquisidor de Valencia prohibió la lectura de sus libros, y cinco años después de muerto fue declarado culpable de herejía.

Arnaldo desaprobó la magia, la excluyó de todas las prácticas médicas, creía que los magos eran culpables de embaucar y pensaba que la mayor parte de los resultados de las prácticas mágicas eran pura imaginación. Sin embargo, señaló una serie de prácticas para combatir la magia: por ejemplo, la fumigación de la cámara nupcial con los dientes pulverizados de un cadáver, para prevenir la acción de los magos enemigos. A pesar de todo esto y de su actitud de lucha contra la magia y no obstante que había propugnado el método experimental, Arnaldo fue perseguido y condenado por la Inquisición.

5. La peste como causa de sugestiones colectivas y epidemias psíquicas

En el siglo XIV ocurrió el más espantoso desastre, nunca padecido por la humanidad, que destruyó millones de vidas humanas y paralizó el progreso de la vida social, con la aparición de la epidemia conocida como la peste o la Muerte Negra.

En 1333 la peste bubónica se difundió de Asia a través de la India y Siria por las principales rutas de comunicación. Al final de 1346 el Asia Central, Egipto y casi toda la Europa Meridional, habían sido invadidas por la enfermedad, que se manifestó con una violencia espantosa, especialmente en Sicilia, el sur de Italia y Fran-

cia. En 1349 la epidemia alcanzó a Inglaterra, a través de Holanda, e invadió a Polonia. En 1351 Rusia fue devastada. En 1348 murieron 120 000 personas en Florencia y casi otras tantas en Venecia y en Londres. Ricardo Fitzralph, canciller de Oxford, escribió que en un año se redujo el número de estudiantes de la universidad de 30 000 a 6 000. En 1353, esto es, veinte años después de su aparición, la epidemia cesó de ser pandémica, pero se produjo periódicamente en Europa en los años siguientes. Desde 1357 a 1364 el sur de Francia, Flandes y la Italia central fueron devastadas una vez más por la epidemia, que causó la muerte a casi 25 millones de personas, o sea una tercera parte de la población europea de aquel tiempo.

Los epidemiólogos y los historiadores han discutido ampliamente acerca de las posibles causas de esta terrible destrucción de vidas humanas, de la que se derivó una interrupción en la vida social, intelectual, civil y política de Europa. El estudio de la historia de las epidemias revela que aquellas que se manifiestan con gran violencia, se desvanecen sin ninguna causa justificada. En la actualidad somos capaces de determinar el germen que constituye la causa inmediata de esta enfermedad, pero no podemos asegurar lo mismo sobre los agentes patógenos que dieron origen a un contagio tan amplio y desastroso en ciertas épocas y que aparecía con violencia menor en otras.

En el siglo xiv la humanidad atravesaba, sin duda, un periodo de gran depresión. La epidemia fue atribuida a la conjunción de los astros, a la corrupción de las costumbres y, sobre todo, a los demonios hostiles que introducían la enfermedad en las casas y en los individuos, a quienes se creía que difundían la plaga usando ungüentos diabólicos y a menudo se culpó a los judíos. Fue ésta una de las frecuentes manifestaciones de la tendencia popular de culpar de los desastres a las personas que vivían fuera o al margen de la sociedad. Miles de judíos fueron asesinados en Europa y se confiscaron sus propiedades, especialmente en Francia, donde se propagó el rumor de que habían envenenado los pozos. La débil protección de la Iglesia y de los gobernantes no fue suficiente para salvarlos. La difusión del antisemitismo tuvo todas las características de un contagio psíquico determinado por una sugestión en masa.

Otro ejemplo importante del contagio psíquico es el de los flagelantes, fanáticos que se reunían en grupos de cien, viajaban de ciudad en ciudad, precedidos por abanderados y portadores de cruces, cantando, gritando y tirándose por tierra, sangrantes. En todos los tipos de magia se encuentra la flagelación, que sirve de base a prácticas obscenas. Su objetivo principal era librarse de las influencias malignas y alejar a los demonios que impedían la fecundación. La flagelación ha sido practicada por los egipcios, los espartanos y los romanos. En las fiestas lupercales, para evitar la esterilidad, las mujeres se flagelaban con correas elaboradas con la piel de una cabra sacrificada.

La epidemia psíquica de la flagelación apareció en la Edad Media por primera vez en la Italia septentrional, en Alemania y en la Bohemia, alrededor de 1260. Hordas de individuos delirantes atravesaban las ciudades, poseídos de un furor místico, y esparciendo el terror allí donde llegaban. Pocos años después cesaron estas manifestaciones gracias a las severas medidas punitivas tomadas por las autoridades eclesiásticas.

En 1349, inmediatamente después de la epidemia de peste, las bandas de los flagelantes aparecieron de nuevo en el sur de Alemania. Se organizaron bajo el mando de un jefe al cual todos los miembros de la hermandad debían obediencia. La flagelación duraba treinta y tres días y se practicaba con correas de piel a las que se les insertaban clavos de hierro. Los pobladores de las ciudades y aldeas que atravesaban los flagelantes, los contemplaban con terror, pero otros grupos de habitantes, especialmente los miserables o delincuentes se les unían y los incitaban contra los judíos. En Polonia, en las regiones del Rin, en Flandes y en casi todas partes los flagelantes se extendieron rápidamente, hasta que en 1349 el papa Clemente VI publicó una bula ordenando a las autoridades eclesiásticas adoptar medidas enérgicas y decisivas contra estos heréticos, muchos de los cuales acabaron en el patíbulo. Al final, esta epidemia fue detenida, pero en 1414, sin embargo, se produjo en Alemania una reaparición de la flagelación, agrupándose los flagelantes en bandas de individuos alucinados que, bajo el nombre de la Fraternidad de la Santa Cruz, predicaban la rebelión contra la Iglesia de Roma y la abolición de los sacramentos. La Inquisición intervino con medidas tan enérgicas que en un corto tiempo todos los miembros de la secta fueron encarcelados o quemados, desapareciendo así la flagelación de la historia de Europa.

Después de la epidemia de la peste apareció otra enfermedad psíquica colectiva, el llamado "baile de San Vito", frecuentemente citado, que se transmite en epidemias periódicas a través de las regiones del Rin en los siglos xiv y xv. Grupos de hombres y mujeres comenzaban a bailar y continuaban haciéndolo con contorsiones violentas hasta que caían en tierra, espumeantes las bocas y sufriendo violentas convulsiones y ataques epilépticos. Estos síntomas son muy semejantes a los de la enfermedad que se denomina *chorea minor*. Fue ésta la única ocasión en que la enfermedad se manifestó

entre individuos cuya salud era aparentemente normal, los cuales después del ataque, se curaban definitivamente. El baile de San Vito se originó probablemente durante la depresión que siguió a la epidemia de peste, por las relaciones —de las cuales se encuentran numerosos ejemplos entre los pueblos primitivos y en ciertas regiones orientales— entre las concepciones místicas y simbólicas, que con frecuencia poseían un carácter sexual, y la danza.

Otra epidemia psíquica que se manifestó en Alemania, fue la que se denominó Cruzada de los Niños del monte Schwäbisch. Millares y millares de niños abandonaron sus casas y partieron a liberar el Santo Sepulcro. Muchos murieron durante el viaje y otros tantos fueron recluidos en hospitales en grave estado. En este caso no se conoce de dónde partió la primera sugestión. La Cruzada de los Niños fue tal vez el resultado del temor y el pánico de las masas que encontraron su única esperanza de salvación en actos desesperados de fanatismo religioso.

Todas las herejías que adoptan esta forma epidémica fueron originadas por la difusión del miedo y por el espanto de la destrucción de la vida humana por la peste y fueron combatidas vigorosamente por la Iglesia.

Las autoridades religiosas mantuvieron una estrecha vigilancia no sólo sobre los individuos sospechosos de realizar actos prohibidos, y sobre las personas enemigas del dogma, sino sobre todos aquellos que no atendían estrictamente a la doctrina y resultaban sospechosos por su pasión por la investigación y por no poseer una fe ciega y una devoción a la autoridad. Tal vez, y esto es un hecho que puede asombrar al historiador, esta fiera persecución, frecuentemente exagerada o fundada sobre escasas indicaciones, fue lo que contribuyó más a la intensa difusión de la brujería.

6. El pacto con el demonio

La autoridad de los más altos dignatarios de la Iglesia, la enorme cantidad de material recogido por la Inquisición y la amplia sugestión colectiva, contribuyeron a reforzar y desarrollar la concepción de la bruja y a establecer sus poderes y atributos. El problema del origen y de la manera como las brujas contraían el pacto con el demonio, dio lugar a numerosos debates y a una literatura copiosa. Se concedió especial atención al contrato firmado con sangre por medio del cual las brujas vendían su alma al diablo. Otro problema que los escritores de este periodo discutieron era el concerniente a las cualidades inherentes a los niños nacidos del contacto carnal de las brujas con el demonio.

Existe una analogía aparente entre los poderes que se atribuyeron a las brujas y los crímenes de que se acusaron a los cristianos, según Orígenes y Celso, en la época de las primeras persecuciones.

La historia de la brujería medieval revela claramente que el diablo es el aliado de las brujas. Aun los doctores de la Iglesia católica concedieron que el diablo tiene poder de rebelarse contra Dios y de combatir sus planes. Francisco María Guazzo, según Sinistrari, en su libro *De Demonalitate*, afirmó que las brujas entablaban pactos con el diablo o con los magos u hombres malignos que lo representaban, comprometiéndose, ante testigos, a ponerse a su servicio. En recompensa el diablo les prometía honores, riqueza y los placeres carnales. Este convenio se hacía siempre en forma de contrato legal y tales documentos han sido frecuentemente examinados por los jueces. La biblioteca de Upsala conserva el contrato que Daniel Salthenius, un profesor de Koenigsberg, vendió su alma a Satán. La costumbre de que el contratante firmara con su propia sangre el documento derivaba de la antigua magia de los pueblos primitivos, originada en la importancia concedida, en toda época, a la sangre como un factor de vida. El contrato podía hacerse por toda la vida o por un número determinado de años y, según las autoridades competentes, podía anularse si el contrayente hacía una amplia confesión y penitencia. Se conocen muchos casos de brujas arrepentidas y convertidas. Uno de los casos más famosos fue el del beato Gil de Santarem, que firmó un pacto con el demonio en su juventud y se dedicó durante siete años a las prácticas mágicas y diabólicas, hasta que, arrepentido, quemó sus libros, tomó el hábito de Santo Domingo y dedicó su vida a la plegaria y a la penitencia. Murió en 1205 y fue beatificado en 1748.

Con frecuencia el pacto con el diablo era sellado con el estigma diabólico, considerado como el más importante signo de identificación de los adoradores de Satán. El estigma consistía en una marca profunda en la piel; según las descripciones de los inquisidores y médicos, tenía el aspecto de una pequeña mancha roja, parecida a la picadura de un insecto. Otras veces tomaba la forma de una depresión en la piel o de una úlcera y en otras adquiría la forma del pie de una rana o de un ratón. Según el padre franciscano Sinastrari, la señal diabólica parecía la uña del demonio y se imprimía en la carne de todas las brujas y magos en las partes más ocultas del cuerpo, bajo los párpados, en los sobacos o en los genitales. Dos médicos que en 1611 examinaron a Luis Gauffridi, un sacerdote de Accoules cerca de Marsella, sospechoso de herejía y de brujería, describen con gran exactitud los tres signos diabólicos fácilmente reconocibles, los cuales no eran sensibles al dolor y, según los expertos, no provenían

de enfermedad de la piel. Es un hecho reconocido que la presencia de zonas anestesiadas es característica de una condición patológica del sistema nervioso.

La causa principal de la brujería, *causa efficiens primaria*, es el Diablo mismo. Todos los individuos que carecen de una fe absoluta en la religión y son presa de las pasiones están expuestos a las tentaciones del diablo. La primera señal de que una persona había establecido relaciones y una alianza diabólica era, según los escritores, que vivía contrariamente a las doctrinas de la Iglesia, desobedecía sus preceptos, se rebelaba contra la autoridad de los sacerdotes e invocaba a los enemigos de Dios. El hacer un pacto con el Diablo o con los que lo representaban concedía un poder que es descrito minuciosamente en los textos canónicos y en las pruebas de los tribunales que contienen las confesiones de culpabilidad y la declaración de brujería.

7. El sabbath

Se tenía la creencia de que las órdenes se impartían directamente por el demonio o en asambleas en donde se llevaban a cabo ritos obscenos o deformaciones grotescas de las ceremonias religiosas. Estas reuniones de brujas constituían una de las manifestaciones más interesantes e importantes de la brujería. La palabra *sabbath* se aplica a estas reuniones y no tiene conexión con el sabbath bíblico o con el número siete, pero según Summers, deriva probablemente de Sabatius, una divinidad frigia, identificada algunas veces con Zeus o con Dionisos, el protector de las orgías y de las prácticas obscenas. Las reuniones se llevaban a cabo en fechas fijas. En gran parte de Europa tenían lugar el 30 de abril, pero con frecuencia se celebraban en otra época. El 24 de junio, día de San Juan Bautista, y el 21 de diciembre, día de Santo Tomás, eran días festivos para las brujas. Durante el proceso seguido por la Inquisición en 1610 en Logroño, Castilla, las brujas confesaron que las reuniones del sabbath tenían lugar los días de solemnes festividades católicas y la misma confesión se atribuye a otras personas acusadas de brujería. Algunos escritores consideran que el gran sabbath, la reunión de todas las brujas de una región, debía distinguirse del sabbath menor, reunión de las brujas de una ciudad o pueblo únicamente, celebrándose en una capilla abandonada o en una casa aislada. Existe una amplia literatura concerniente a las fechas, localidades y ritos para celebrar estas reuniones.

Por lo general, las reuniones comenzaban a la medianoche. La bruja de Keith, Agnes Sampson, que fue juzgada en 1590, confesó que el diablo ordenó realizar los sabbath a medianoche y que eran dirigidos personalmente por él. Esta confesión se encuentra apoyada en centenares de reseñas de los procesos de la Inquisición y en los libros voluminosos de los juristas y eclesiásticos consagrados al estudio de la brujería.

Según Baronio, en su libro *Annales ecclesiastici*, la base del sabbath y de todas sus prácticas consistía en actos sexuales. Las prácticas del sabbath estaban directamente relacionadas con las antiguas celebraciones romanas en honor de Venus y con los misterios de Baco, que tenían lugar en un bosque cerca del Tiber. Prácticas análogas se difundieron en todos los períodos entre todos los pueblos; en la Lupercalia romana, por ejemplo, en honor del dios Pan, en el festival de Liberalia, ceremonia en la que los hindúes consagraban sus templos y las columnas a Lingam representado en forma fálica, y muchos otros ritos primitivos cuyo recuerdo se perpetúa en monolitos. Una de las figuras más significativas empleadas para simbolizar la unión sexual en una forma misteriosa, es la figura bisexual andrógina o hermafrodita que aparece en las antiguas mitologías.

En períodos posteriores, los ritos sexuales, con las características del culto del demonio, se continuaron practicando o renacieron en varios países. La famosa Misa Negra que se celebraba en Francia en el siglo XVII pertenecía a estos ritos.

8. La posesión diabólica y el exorcismo

La idea de la posesión diabólica se encuentra íntimamente vinculada a la historia de la brujería. Se origina en la antigua creencia de que cada enfermedad —particularmente aquellas que provocan un cambio de personalidad, tales como la histeria, la epilepsia y otras formas de enfermedades mentales— está causada por un demonio. Se cree que un demonio se ha apoderado del cuerpo del paciente. Esta suposición se apoya en los monumentos egipcios y en las leyendas de los antiguos celtas, en las tragedias griegas y en los libros de los Padres de la Iglesia. Se consideraba que las personas poseídas por el demonio eran incapaces de hablar y que el diablo hablaba por ellas. Casos semejantes se describen en todos los evangelios. El Evangelio de San Marcos cita el caso de un hombre joven poseído por un espíritu maligno, el cual fue curado por Jesús. Según San Lucas, Jesús distinguía fácilmente entre la posesión diabólica y la enfermedad natural (xiii, 32): "Porque yo expulso a los demonios y curo la enfermedad." Según San Mateo (x, 1) Jesús facilitaba a sus discípulos el poder de expulsar a los espíritus malignos, de curar cualquier especie de enfermedad y, según San Marcos, los apóstoles podían expulsar a los demonios en nombre de Dios. Poco a poco se

formó toda una doctrina de exorcismos, acompañada de un ritual propio y por prescripciones exactas de cómo debían ejecutarse las prácticas y los ritos. El *Rituale Romanum* describe con detalle las plegarias que deben pronunciarse en estos ritos. (*Exorcismus in Satanam et angelos apostaticos*, Roma, 1903, *Horae diurnae*.)

Uno de los casos más interesantes de posesión diabólica es el relatado por San Gregorio el Grande en sus famosos diálogos. Una religiosa de Roma, mientras paseaba por el jardín del convento, tuvo deseo de comer una lechuga y olvidándose de pronunciar la bendición, inmediatamente fue poseída por el demonio. Llamado el sacerdote comenzó el exorcismo y se escuchó lamentarse al demonio: "¿Qué he hecho yo? Estaba en la lechuga y esta mujer la cogió y se la comió." El sacerdote consiguió expulsar al demonio del cuerpo de la monja.

La literatura sobre los exorcismos es enorme; puede afirmarse que todo ritual eclesiástico contiene exorcismos. Una de las colecciones más completas es la publicada por Maximiliano d'Tymatten, canónigo de Amberes, en 1678.

En la historia del arte las escenas de exorcismos ocupan una parte importante. Este tema fue frecuentemente utilizado por artistas como Rubens (tríptico del Museo de Viena), Breughel (grabados representando el exorcismo de San Jacobo), Callot y mucho otros.

Desde el punto de vista eclesiástico el problema de la posesión diabólica se estudia en numerosas obras que contienen pruebas importantes. Tales pruebas incluyen documentos autógrafos en los que varios demonios contraen obligaciones y hacen promesas. El padre Surin, de la Compañía de Jesús, fue invitado por el cardenal Richelieu al convento de las Ursulinas de Laudun para exorcizar a los demonios que se habían alojado en los cuerpos de las monjas. El padre Surin dio comienzo a una lucha que duró varios años y que fue recogida en detalle. En 1629 el padre J. B. Gaus expulsó al demonio Asmodeo del cuerpo de una monja y lo obligó a firmar una declaración, actualmente en la Biblioteca Nacional de París, la que fue confirmada por el obispo de Poitiers y otros eclesiásticos que fueron testigos del acto. En esta declaración autógrafa el demonio promete que él y sus compañeros abandonarán el cuerpo de la monja. Pero a pesar de la promesa de Asmodeo, la expulsión de los demonios se verificaba muy lentamente, por lo cual el 7 de marzo de 1634, el padre Surin comenzó su difícil tarea. Tres meses más tarde otro demonio fue expulsado y firmó la misma declaración y una semana más tarde el demonio Neftalí fue también expulsado. En 1635 el padre Surin escribió a un amigo jesuita en Reims diciéndole que estaba en constante conversación con los demonios, uno de los cuales estaba siempre cerca de él. Los demonios que poseían a la madre abadesa se llamaban Leviatán, Balán, Isacarón y Behemoth. A veces el padre mismo era poseído. Es interesante observar que bajo la influencia de estos demonios las personas más ignorantes del convento en ocasiones hablaban perfectamente latín. Finalmente todos los demonios, uno tras otro, fueron expulsados. Un demonio marcó una cruz roja en la abadesa y otro escribió el nombre de María sobre su mano en caracteres romanos. El último demonio abandonó al paciente en 1637 y desde entonces volvió la calma al convento de Laudun.

Hemos recogido este caso entre los centenares relatados en la literatura de este periodo, de las narraciones de Grillot de Givry, debido a que contiene detalles particularmente interesantes sobre la escritura, la sugestión directa e indirecta y sobre objetos producidos o transferidos. Consideramos que este caso, cuya historia aparece descrita minuciosamente día por día, puede iluminar el problema de la posesión diabólica y mostrar cómo los fenómenos considerados sobrenaturales pueden explicarse cuando son considerados desde el punto de vista de nuestro conocimiento actual sobre las causas de la sugestión. Es particularmente notable que los fenómenos más complejos tienen lugar, por lo general, en un medio reducido, tal como un monasterio o un convento, cuyos habitantes se encuentran casi aislados del resto del mundo. Los casos de posesión diabólica que han sido frecuentemente recordados con exactitud por los grandes Padres de la Iglesia, como San Justino Mártir, San Atanasio, San Cirilo y otros, muestran que la idea de la posesión diabólica se ha mantenido constantemente. Algunos casos han sido descritos últimamente: el más reciente tuvo lugar apenas en 1925, cuando una joven que vivía en Keighley, declaró que había sido poseída y atormentada durante todo un año por un espíritu maligno. La joven fue mantenida bajo observación en Londres por varios psiquiatras, revelando poseer cualidades de médium, fue hipnotizada y sugestionada: mostró graves manifestaciones y, finalmente, se curó cuando el espíritu maligno abandonó su cuerpo después de un tratamiento psiquiátrico.

El caso de los dos hermanos Burner es uno de los más famosos y tal vez el más interesante en la historia de las posesiones diabólicas. Esta historia está descrita por el padre Paul Sutter en un libro impreso en Londres en 1922, con licencia de las autoridades eclesiásticas. Teobaldo y José Burner, nacidos en Illfurt, Alsacia, de una familia de campesinos, manifestaron a los ocho años de edad una enfermedad misteriosa. En 1864, el médico de Altkirch y otros médicos llamados a consulta se declararon incapaces de diagnosticar la enfermedad. En septiembre de 1865 los hermanos sufrieron convul-

siones, que después de movimientos violentos e incontrolados, les provocaban una rigidez que los sumía en la insensibilidad absoluta por varias horas. Después de estos accesos en que durante más de un día eran incapaces de pronunciar palabra, los dos jóvenes se entregaban a un discurso espantoso y obsceno. En algunas ocasiones podían hablar correctamente latín, a veces inglés y aun dialectos italianos y españoles, de los cuales era seguro que no habían tenido ocasión de escuchar ni una palabra. Este fenómeno se considera característico de una posesión diabólica. Los dos jóvenes fueron exorcizados y, según el autor, se recobraron y llevaron una vida pacífica. Uno vivió hasta la edad de dieciséis años y el otro hasta los veinticinco.

El papel jugado por la sugestión en los procesos de la brujería es evidente en centenares de casos. Citemos uno que nos parece digno de atención. En el año de 1500 en Lindheim (Alto Hesse) seis mujeres, procesadas por un inquisidor, confesaron haber desenterrado el cadáver de un niño y haberlo usado en la preparación de un famoso ungüento maligno. El tribunal las condenó a muerte en la hoguera. Sin embargo, la familia de una de las condenadas consiguió permiso de las autoridades para examinar la tumba. Al abrir ésta, el cuerpo del niño se encontró en perfecto estado. El proceso se sometió a revisión, pero la sentencia había sido dictada y ejecutada; el inquisidor sostuvo la tesis, aceptada por los jueces, de que el cuerpo del niño se encontró intacto gracias a la intervención diabólica, y que la confesión de las seis mujeres ante el tribunal tenía más valor que el juicio de los sentidos infectados por la mistificación infernal.

Otro caso que proporciona alguna luz en el problema de la posesión diabólica es el relatado por el fraile dominico Nider (1380-1438). Este expone que escuchó a otro sacerdote hablar de una mujer que declaraba asistir regularmente al sabbath en compañía del diablo. Los dos dominicos le pidieron a la mujer que los dejara asistir a su partida al sabbath. Ella consintió permitiéndoles invitar a otro testigo. En el día y la hora fijada la mujer se tendió en una artesa y pronunciando invocaciones diabólicas, se untó el cuerpo con un ungüento. Después de algún tiempo cayó en un profundo sueño, hablando de Venus y del diablo y haciendo movimientos violentos con las manos y con los pies. Finalmente, cayó a tierra hiriéndose en la cabeza. Cuando ella despertó el sacerdote le preguntó dónde había estado y respondió que había estado con el diablo y había asistido a la reunión de las brujas y los diablos. Después de hablar un largo rato con ella el dominicano la convenció de que estaba poseída por el demonio.

El ungüento de las brujas, frecuentemente mencionado en los procesos de la Inquisición, fue repetidamente analizado por los médicos. El médico jefe del papa Julio III descubrió que tal ungüento estaba compuesto de extractos de cicuta, mandrágora, beleño y belladona. Probó el ungüento en el cuerpo de una mujer y observó que ésta se sumía en un profundo sueño que duró treinta y seis horas y que estuvo interrumpido por frecuentes alucinaciones. Es evidente que estos ungüentos, así como los brebajes y substancias venenosas, tienen una parte importante en la armazón de la magia y son los factores principales del encantamiento: podrían ser la explicación de alucinaciones de todo tipo.

Sin duda uno de los factores que contribuyeron a provocar el trance de individuos psicopáticos y en personas que poseían cualidades de médium —que tal vez son debidas a una sensibilidad excesiva— es la amenaza de serios castigos y de consecuencias espantosas. Durante cuatro siglos se siguió proceso a las brujas, y millares de mujeres (algunos escritores hablan de cifras superiores), fueron convictas de brujería y condenadas a muerte. El estudio del terrible *Malleus maleficarum* (Martillo de la bruja) de Jacobo Strenger, publicado en 1487, es el más autorizado texto sobre las persecuciones de las brujas por las autoridades eclesiásticas y de sus procesos, consiste principalmente en cargos y confesiones, obtenidas frecuentemente por medio de torturas. Este libro concede escasa importancia a las pruebas y nos convence de que todo este largo episodio, que no logra su fin con el término oficial de los procesos, es producto de una vasta sugestión colectiva, que incluye a acusados y acusadores. Estos procesos son la espantosa consecuencia de la falsa interpretación de que los fenómenos contienen elementos sobrenaturales. La simple observación, serena e imparcial, podía haber valorado estos hechos en su justa medida.

Se podría preguntar cómo todas esas mujeres y por qué exclusivamente ellas, habían caído en esta psicosis que incluso les costaba la vida. Es evidente que el atractivo de los poderes sobrenaturales de la dominación del mundo y de la adquisición de riquezas extraordinarias, sumada a las alucinaciones más inmediatas y eficaces de las relaciones carnales con el demonio y las orgías sexuales tenían un efecto extraordinario sobre las mujeres histéricas. Por otro lado, el hecho de que las relaciones carnales con el diablo y las orgías sexuales eran reconocidas oficialmente por el pueblo y por las decisiones de los tribunales, probaba su existencia real y favorecía la sugestión. La brujería es un fenómeno trágicamente destructivo y antisocial que llega a ser colectivo, pero que no puede desaparecer con el fuego y la amenaza, sino por medio de una crítica científica y

racional que domine la influencia de la superstición y de la sugestión.

9. Renacimiento de la crítica

En la época en que las brujas ardían en las piras y autoridades como Juan Tritemio, abate de Sponheim, sostenía en su *Antipalus maleficarum*, la opinión general de que los magos y las brujas podían causar daños inconmensurables, y cuando Martín Lutero aseguraba también el peligro derivado de las brujas, algunos espíritus animosos comenzaban a afirmar que las brujas sólo eran personas que sufrían de desórdenes mentales.

Juan Weyer o Wier (1515-1588), nacido en Grave, en Brabante, médico y hombre de letras, conocido bajo el nombre latino de Wierus, publicó en 1563 su famoso *De praestigiis daemonum et incantationibus ac veneficiis*, del que se hicieron muchas ediciones en pocos años. En este libro Weyer afirmó valerosamente que no podían compararse las brujas con los heréticos, que no eran sino viejas melancólicas, que no controlaban sus sentidos; cobardes y tímidas, cuyos pensamientos eran tan confusos que ellas creían realizar cosas que eran en realidad imposibles. Weyer sostenía que la confesión obtenida por medio de torturas era un horrible error y negó la posibilidad de la transformación de los hombres en animales y el vuelo de las brujas. Las pesadillas, según este valeroso médico, son fenómenos causados por la aprehensión o la angustia: los filtros, las prácticas mágicas y la brujería, conducen a la locura, pero jamás al éxito. Las artes diabólicas y sus tretas no pueden espantar a nadie, dice Weyer, y los ritos de las brujas, que él cubrió de ridículo, carecen de toda importancia.

El segundo libro de Weyer, *De lamiis* (Acerca de las brujas), completa el *De praestigiis* y resume sus conclusiones. Weyer cita, discute y comenta los textos eclesiásticos. Expone y critica los conceptos relativos al poder de la imaginación y describe numerosos casos. Él no es, sin embargo, un libre pensador o un espíritu innovador; cree sinceramente en el demonio y en las artes mágicas y describe la estrategia de Satán. Es un observador perspicaz que desenmascara a los charlatanes. En el caso de una mujer que vomitaba trozos de estopa que el diablo introducía diariamente en su estómago, Weyer señaló la completa ausencia de jugos gástricos en la estopa, descubriendo la impostura de la mujer, que ocultaba la estopa en la boca, arrojándola con esfuerzos fingidos. Una mendiga, llamada Bárbara, sostenía que vivía muchos años sin alimentarse y sin realizar las funciones corporales. El senado de su ciudad natal le dio

certificados acreditando sus poderes sobrenaturales. Weyer la llevó a vivir a su casa, la puso bajo observación y descubrió que su abstinencia era sólo un truco, ya que su hermana le suministraba los alimentos que ella tomaba en secreto. La opinión de Weyer es la de que los magos existen realmente, pero que son muy semejantes a gran número de personas, especialmente mujeres, mentalmente enfermas, que tienen un pacto con el demonio y que son víctimas de alucinaciones y sueños que les hacen creer que han cometido crímenes. Esta obra del valiente doctor, en realidad magnífica, sometió a las brujas al examen clínico, observándolas desde el punto de vista de un patólogo y afirmando su irresponsabilidad. Tan tempranamente como a mediados del siglo XVI reclamó la completa absolución de los acusados, y si esto no era posible, que no se les sometiera entonces a torturas o se les condenara a muerte. Escribió: "Si se sostiene que las brujas merecen un castigo, su enfermedad es un castigo más que suficiente, ya que no las deja en paz ni de día ni de noche." Se rebeló contra tanta barbarie, calificando de verdugos a los jueces que procesaban a esas miserables y, con valor asombroso, se levantó a reclamar un juicio justo e imparcial.

El trabajo de Weyer alcanzó un éxito notable e inmediato. En pocos años se hicieron cinco ediciones y se tradujo al alemán; los médicos y filósofos más famosos de este período escribieron dándole su apoyo. Inquisidores y teólogos emitieron vivas protestas. Uno de estos últimos, el padre Bartolomé da Spina, autor de un libro polémico contra Weyer, afirma: "Recientemente Satán asistió a un sabbath ataviado como gran príncipe y dijo a la asamblea de brujas que estuvieran tranquilas y no tuvieran cuidado, porque gracias a Weyer y a sus partidarios, los asuntos del demonio progresaban brillantemente." No menos violenta fue la crítica de Jean Bodin, ministro de Enrique III, erudito profesor que, basando sus afirmaciones en los textos, atacó violentamente a Weyer, acusándolo de irreligiosidad y herejía, de ignorancia e indecencia; y defendía tenazmente su creencia en el peligro de las brujas y en la necesidad de condenarlas. Sin embargo, a pesar de toda la animosidad desatada contra Weyer, su trabajo logró una profunda influencia sobre la opinión pública y aunque continuaron los procesos de las brujas, las verdades que el médico de Grave fue el primero en defender comenzaron a hacer huella en las personas inteligentes y en los grupos sanos del pueblo.

Otro bravo adversario de las creencias en la brujería fue Reinaldo Scott (1538-1599). En 1584 publicó su famoso *Discovery of Witchcraft*. Con este libro, que es admirable por la modernidad de sus ideas, hablando del proceso de las brujas, dice: "Estas mujeres son

infelices enfermas de melancolía, y sus palabras, acciones y gestos muestran que la enfermedad ha afectado su cerebro y ha alterado su juicio. Debemos saber que los efectos de la enfermedad en los hombres y todavía más en las mujeres, son casi increíbles. Algunas de estas personas imaginan, confiesan y afirman que son brujas capaces de realizar extraordinarios milagros por medio de las artes de la magia; otras, debido al mismo desorden mental, afirman que suceden cosas extrañas e imposibles, de las cuales son testigos."

Lentamente, como vemos, médicos aislados osaron luchar contra la corriente, avanzaron y se dirigieron hacia resultados definidos.

La psiquiatría moderna nos proporciona los medios para juzgar estos hechos, tan importantes en la historia de la humanidad, desde un punto de vista objetivo, que es diferente al de los inquisidores, pero que no se identifica con el de los que consideraban los procesos como crímenes sistemáticos. Estos hechos determinaron, de un lado, un incremento de la fe ciega y de la superstición fantástica, y de otro, un ascendente y secreto sentido de rebelión. El trabajo de los tribunales de la Inquisición no destruyó la brujería. Sólo hacia el fin del siglo XVI, cuando la cultura y la civilización del Renacimiento se extiende por toda Europa y recobra su imperio la crítica, entonces comienza la decadencia de la brujería y de la magia diabólica contenida en ella. Es entonces cuando sus devotos se ocultan en los lugares más inaccesibles, atacados y vencidos, no por la persecución y la matanza judicial, sino por las luces de las nuevas ideas que iluminaron, en un momento heroico, el camino de la civilización.

XX

LAS CIENCIAS OCULTAS

a) LA ASTROLOGIA

1. Los orígenes de la astrología

Las tan llamadas ciencias ocultas no son ni nunca han sido ciencias, dado que no se fundan ni en el análisis, ni en la síntesis, ni en el razonamiento crítico, aunque, en rigor, hacen uso de una sola parte y desde un solo punto de vista de los métodos de investigación y estudio denominados científicos. El nombre de "ciencias ocultas" no es injustificado del todo y puede significar los primeros contactos del pensamiento científico con la complejidad mágica. La base de las ciencias ocultas es un complejo heterogéneo de supersticiones, de ideas arraigadas en el inconsciente y de tradiciones mágicas derivadas especialmente de Egipto y Caldea. Sobre esta base, dominada por la idea de lo mágico y por todas las características que la acompañan, se erige una nueva estructura, aparentemente científica porque usa los cálculos matemáticos y el experimento, el estudio de las estrellas y la investigación de los elementos químicos.

Es necesario, antes que nada, tener en cuenta un hecho esencial: las leyes fundamentales de la ciencia positiva, descubiertas a través de la experimentación, las conoció y admitió primero sólo una pequeña minoría. La ardua labor de siglos que precedió la aceptación final de los hechos positivos, fundamentados científicamente, como, por ejemplo, el sistema heliocéntrico, la circulación de la sangre y la localización de las facultades intelectuales en el cerebro, revelan la dificultad de hacer aceptables ciertas verdades, no sólo a las masas, sino también a individuos cultivados, intelectualmente capaces de comprenderlas. La lógica ha sido vencida en gran parte por las tradiciones, por las supersticiones, unidas al inconsciente, a las sensaciones y a las emociones; la experimentación ha triunfado con dificultad sobre la fe inconmovible en los errores antiguos y la evidencia de los hechos ha sido incapaz, durante siglos, de invalidar las conclusiones derivadas de las afirmaciones dogmáticas, de las hipótesis o de las analogías.

La astrología y la alquimia, ciencias mágicas por excelencia, pueden considerarse como las primeras tentativas, inciertas aunque ordenadas sistemáticamente, para aplicar los resultados de los estudios

exactos, con vistas a lograr el éxito mágico, esto es, para lograr la objetivación de los deseos que no pueden obtenerse por medios naturales. La astrología lleva a cabo un estudio preciso de la posición de los astros; examina su curso con admirable precisión, juzga lógicamente que las relaciones entre el macrocosmos y el microcosmos hacen segura la influencia de los astros sobre la vida terrestre. Intuye ciertos hechos que la ciencia apenas ha demostrado, interpreta correctamente los fenómenos de la vida fisiológica, pero emplea toda su estructura sistemática al servicio de la adivinación, con el propósito de formular el horóscopo de las personas y de los acontecimientos. La alquimia conoció e investigó con éxito la conexión entre los metales y los astros; llegó a consecuencias importantes para la medicina y abrió nuevos horizontes para el estudio del cosmos. Organizó todo un sistema de experimentación e investigación, pero dirigido a satisfacer los deseos mágicos. Trataba de hallar la piedra filosofal y la transformación de los metales en oro. Después de siglos de trabajo, la astrología, bajo la guía de la ciencia exacta, se transformó en astronomía y resolvió (o trató de hacerlo) los vastos problemas del cosmos. La alquimia se transformó en química, ocupándose de la investigación de los hechos fundamentales de la vida, buscando sus orígenes y su explicación. Los elementos ocultos de la astrología y de la alquimia, esto es, la adivinación y la solución de los problemas alquímicos quedaron como puros elementos mágicos.

2. El concepto de la influencia astral

La astrología es, aparentemente, de origen egipcio o asirio-babilónico. Un calendario que contiene la lista de los días propicios o nefastos está fechado en 1300 a. c.; asimismo, tablillas que indican el curso de los astros se han encontrado en tumbas de ese periodo.

En la época clásica de Grecia la astrología era muy popular y se escribieron numerosos trabajos sobre el tema. En la época de la cultura alejandrina la astrología se relacionó, poco a poco, con la observación objetiva. Tolomeo (150 a. c.) creó la doctrina del cosmos y del movimiento de los astros, que fue considerada como dogma hasta Copérnico. El conocimiento del Sol y de la Luna y el de la posición de los astros respecto a cada uno de ellos y a la Tierra, constituyeron las bases teóricas de la astrología. La información fundamental en relación con este tema se encuentra en la obra de Tolomeo *Tetrabiblos* o *Quadripartitus*, que durante siglos fue considerado el libro clásico de astrología.

El punto de partida de Tolomeo fue la opinión, común en su época, de que los elementos y los humores se dividían en fríos y

calientes, húmedos y secos. El Sol es sobre todo cálido y frío, la Luna es húmeda y produce los vapores que provocan la descomposición de las cosas; Saturno, el más alejado del Sol, es frío y seco; Júpiter es húmedo y cálido; Marte posee el calor del fuego, seco y ardiente; Venus, siendo vecino del Sol, es igualmente cálido, pero emana humedad; Mercurio es seco y algunas veces húmedo. De estas concepciones derivan las consideraciones referentes a los pronósticos y horóscopos relativos a las influencias de los planetas. Júpiter, Venus y la Luna son cuerpos benignos; Saturno y Marte poseen las cualidades opuestas: son malignos; el Sol y Mercurio se encuentran entre estos dos grupos y pueden ejercer diversas influencias, *según su posición*.

Según Tolomeo, los astros se dividen en masculinos y femeninos: Venus y la Luna son femeninos debido a que la humedad que en ellos predomina, favorece la fecundidad. Saturno, Júpiter y Marte son masculinos. Mercurio posee las cualidades de ambos grupos y es de un sexo indeterminado. De modo análogo, las mismas cualidades poseídas por los planetas se encuentran, en cantidades diferentes, en elementos, regiones, estaciones, los órganos del cuerpo humano, alimentos, etcétera.

La influencia de los planetas no es absoluta, pues depende de su posición en el espacio. Se conoce el curso de los astros y el hecho de que siguen aproximadamente el mismo camino. El zodíaco, una faja imaginaria que envuelve a los cielos, se divide en doce partes, denominada cada una de ellas de acuerdo con la constelación que en ella se encuentre. Se concede la máxima importancia a la posición respectiva de los cuerpos celestes. Las relaciones de los planetas entre sí se consideran "principios esenciales".

De esta doctrina se construye la teoría de los triángulos planetarios. Cada sistema de las doce partes del zodíaco se divide en cuatro triángulos iguales. El horóscopo se formula observando la posición del planeta en el triángulo y, partiendo de ello, las relaciones entre los diferentes planetas.

Es del mayor interés para juzgar el origen y el desarrollo de la astrología conocer los fundamentos de la influencia astral según Tolomeo. Estos fundamentos se muestran en parte de acuerdo con la doctrina moderna de la disposición constitucional. Tolomeo afirmaba que la naturaleza física y moral de la gente dependía, en gran parte, de la posición de la región en que vivía en relación con el Sol; señalaba que las personas que vivían en regiones meridionales estaban tostadas por el Sol, tenían el pelo negro y la sangre caliente como consecuencia de la larga duración del verano. Por otro lado, la gente que habitaba en las regiones nórdicas tenía la piel blanca y los ca-

bellos claros: su naturaleza debía ser fría. Las cualidades de los pueblos dependen, de igual modo, de las diversas relaciones con los astros. Júpiter y Marte gobiernan el noreste, es decir, Europa, pero la posición recíproca de las constelaciones ejerce una influencia particular. Los fríos y belicosos germanos y los galos se encuentran bajo el dominio de Marte y Capricornio, los italianos bajo el del Sol y el León, etcétera.

Los grandes escritores latinos Vitruvio, Plutarco y Apuleyo sostuvieron creencias astrológicas. Más tarde la astrología fue atacada por los filósofos. Cicerón la repudió y criticó los horóscopos, preguntándose cómo era posible que todos los hombres muertos en la batalla de Cannas hubieran nacido en el mismo instante y bajo la misma constelación y cómo podía ser posible que los individuos nacidos en el mismo lugar y en el mismo momento poseyeran características completamente diferentes, al igual que los temperamentos y destinos. Declaraba que se oponía firmemente a las creencias en los horóscopos y en la adivinación. Uno de los adversarios más violentos de la astrología fue Luciano, quien ridiculizó a los magos que en su tiempo gozaban de gran popularidad en Roma. Pero a pesar de todo, hombres insignes como Celso admitían la influencia de los astros.

Los escritos conocidos como pseudo-clementinos, atribuidos a Clemente de Alejandría, contienen buen número de pasajes en los que se considera la astrología como una ciencia matemática. Se reconoce en ellos a la magia como un arte ejercido por los demonios o por las almas de los muertos a través de agentes humanos.

Celso (178 d. C. ?), un platónico ecléctico y opositor al cristianismo, acusó a los cristianos de brujería y de culto a los magos, afirmando que los judíos también eran adictos a la magia. Orígenes defendiendo al cristianismo de los cargos de Celso, hizo una animada descripción de las opiniones predominantes en la Iglesia con respecto a la magia. Admitía que los magos estaban ayudados por espíritus malignos, quienes presidían la brujería, atribuía gran poder a los hechizos, discutió la personalidad del demonio Balaam, concedió gran fuerza a la evocación de los nombres y se opuso claramente a los horóscopos debido a que anulaban la libertad de la voluntad. Afirmó, sin embargo, que las estrellas son seres racionales que pueden predecir el futuro y que pueden prever las guerras, desastres y los acontecimientos políticos importantes.

El neoplatonismo se considera generalmente fundado por Plotino en el siglo III de nuestra Era; aparece en el principio como extraño y hostil a las ideas mágicas y astrológicas, pero más tarde parece acercarse a la astrología. Algunos escritores señalan que los astros

influyen en los crímenes y discuten las relaciones amistosas o enemigas entre los planetas y los seres vivientes. Una concepción dominante en los escritores cristianos de la Edad Media, con respecto a la astrología, es la de que el poder de los astros es análogo al del viento que mueve las embarcaciones: de igual modo pueden agitar los cuerpos sobre los cuales las almas viajan en la tierra, aunque el alma misma sea libre. Así se intenta conciliar la existencia del libre albedrío con la acción oculta de los cuerpos celestes.

Una de las primeras obras que logra una gran influencia sobre toda la cultura de la Edad Media es la que se atribuye unas veces a Hermes Trimegisto y otras veces al patriarca Enoch. Este tratado es probablemente una colección de escritos recogidos de antiguos fragmentos hebreos y arameos. Posee la autoridad de texto canónico y San Agustín en *La ciudad de Dios* (XV, 23) admite, bajo la fe de los apóstoles, que el Libro de Enoch contiene escritos divinos, no excluyendo la posibilidad, sin embargo, de que algunos escritos sean apócrifos. Este libro contiene una verdadera personificación de las estrellas y se atribuye una enorme importancia a su control sobre la vida humana.

La teoría astrológica predomina en el gnosticismo, que se origina probablemente en la astrología caldea y es influido por las creencias persas y egipcias. Las renombradas gemas gnósticas son, según King (*The Gnostics and Their Remains*, Londres, 1887), talismanes astrológicos que poseen virtudes mágicas y médicas. Un símbolo frecuente, de origen egipcio, es el *agathodaimon*, una representación de la serpiente egipcia con cabeza de león, con una corona de siete a doce rayos, representando los planetas o los signos del zodiaco.

Es necesario mencionar otra secta astrológica, la de los maniqueos, discípulos de Manes, en la cual los escritos astrológicos ocupan una parte importante.

3. La oposición de la Iglesia a la astrología

La discusión sobre la importancia de los astros y del papel importante que juegan en los acontecimientos humanos, domina la literatura de los primeros siglos de la Era cristiana, penetrando en todos los argumentos y comentarios relativos a la historia de la creación e influye sobre la concepción filosófica de la vida futura. El problema de reconciliar estas ideas con los principios del cristianismo tiene siempre un carácter urgente. San Agustín personifica la voz de la cristiandad opuesta a todas las artes mágicas conectadas con la brujería. Condena duramente los crímenes cometidos por los magos y sostiene que está comprobado que los actos que estos individuos eje-

cutan derivan de deplorables ritos de demonios enmascarados bajo el nombre de ángeles. Ante la astrología y los horóscopos, que San Agustín estudió en su juventud, sostiene (*De Doctrina christiana*, II, 21) una actitud contraria y declara que el mundo sólo está regido por la voluntad divina. No obstante, admite que Cristo ha nacido bajo la influencia de los astros, aunque esto no determina el problema de su acción.

La ciencia oriental ejerce una influencia notable sobre la cultura occidental alrededor de 1000, y está dominada esencialmente por conceptos mágicos. Un autor arábigo, Alkindi, en su *Astrología*, traducida por Gerardo de Cremona, trata de formular una explicación científica de las teorías astrológicas y hace un número de profecías observando la conjunción de los astros. Entre otros importantes astrólogos árabes se puede mencionar Albumazar, citado frecuentemente por Pietro d'Abano, y Thebit, citado también como una autoridad por Rogerio Bacon, Alberto Magno, Pietro d'Abano y Cecco d'Ascoli. Según Thebit, la perfección de los misterios depende del conocimiento astrológico; las imágenes que pueden ser quemadas o rotas, deben ser construidas teniendo en cuenta la posición de los astros.

En los siglos IX y X la astrología y la adivinación, relacionadas con la observación de la Luna y de las estrellas, asumen una importancia siempre mayor en la Europa Central. La creencia en los días nefastos, con frecuencia llamados egipcios, llega a ser fundamental en los textos médicos, que prohíben ciertos tratamientos en ciertos días, como, por ejemplo, la sangría.

No es el caso de citar aquí los numerosos libros sobre astrología que aparecen en la Edad Media, todos llenos de descripciones y de combinaciones astrológicas, ni los textos pseudo-astrológicos y los volúmenes dedicados a las virtudes de las piedras preciosas.

Tomás de Aquino admite la importancia de la teoría astrológica y sostiene la nobleza y la incorruptibilidad de los cuerpos celestes, gobernados por la sabiduría suprema y que rigen todos los acontecimientos terrestres, pero no guían el alma humana. Define el destino como el poder ejercido por los astros en sus movimientos y relaciones recíprocas.

Tiene interés la actitud de Rogerio Bacon, uno de los grandes precursores de la ciencia experimental. La fe de Bacon en la experiencia, su afirmación de la existencia de dragones voladores, su actitud hacia la magia, en la cual admite que hay algo de verdad, su intento de trazar una línea entre la magia y la ciencia y su oposición ante la astrología, son características de su método. Bacon cree que un médico que no esté versado en astrología no puede curar a una

persona enferma, y afirma que las estrellas ejercen una gran influencia sobre la vida, la salud y la enfermedad. Afirma que Mercurio, el planeta de la sabiduría y de la elocuencia, de los oráculos y de las profecías, domina sobre la cristiandad. Sostiene, apoyándose en la fe de los astrólogos, que el islamismo sólo durará un número determinado de años, 693, igual al número de las bestias del Apocalipsis.

Es problemática la cuestión de si Bacon fue encarcelado y condenado por sus escritos astrológicos, pero no parece probable, dado que, como hemos visto, sus doctrinas astrológicas son generalmente aceptadas. Sin duda Bacon posee una clara visión de la necesidad de un estudio profundo de la naturaleza, de una distinción entre la ciencia y la magia. Afirma (*Opus tertium*, IX) que sólo los filósofos llevando a cabo un cuidadoso estudio de las fuerzas de la naturaleza son capaces de lograr una valoración adecuada de las ilusiones de la magia y de los milagros del cristianismo. Afirma que algunas formas de fascinación consideradas mágicas deben considerarse como enfermedades, siendo contagiosas.

En esta época la idea de la investigación científica se difunde rápidamente en varias partes de Europa: se incrementan los estudios médicos y biológicos. En varios textos atribuidos a autores de esta época, tales como Guglielmo de Saliceto en sus comentarios sobre Honein ben Izach y en los libros de Giovanni Paolino sobre las serpientes, y en muchos otros, se encuentran referencias explícitas sobre los experimentos. Thorndike, que ha realizado un serio estudio de estos textos, subraya su importancia. El *Liber astronomicus* de Guido Bonatti (Dante: Infierno, XX, 118) es el trabajo astrológico más importante del siglo XIV. Bonatti basa su estudio en la autoridad de Tolomeo y de Hermes y, sobre todo, en la astrología árabe. El *Liber astronomicus* alcanzó un enorme éxito, siendo frecuentemente plagiado, así como reimpreso. Guido Bonatti, que murió alrededor de 1300, parece haber sido un profesor de Bolonia. Fue el astrólogo de Guido de Montefeltro, "capitán del pueblo" de Forlì. Sostuvo que la astrología y la astronomía son una y la misma cosa y afirma claramente la influencia de las estrellas y la importancia de los horóscopos. Muratori, un profesor italiano, escribe: "Guido hizo, para un pobre droguero, la imagen de cera de un barco ordenándole que la tuviera oculta y prediciéndole mucha suerte y grandes riquezas, siempre que el barco estuviera en su posesión, pero que le acarrearía la desgracia si se le perdía. La primera parte de la predicción fue cierta, pero el pobre droguero confesó todo a un sacerdote, quien le ordenó destruir la imagen mágica, después de lo cual el droguero cayó en la miseria."

La más elevada autoridad astrológica de este período es Arnaldo

de Villanova, médico, filósofo, insigne hombre de Estado y naturalista, quien prohíbe el uso de la magia en la medicina, condena la creencia popular en las brujas, aunque cree en la existencia de los magos y en la eficacia de los remedios contra ellos. Sostiene la doctrina de la medicina astrológica, relaciona estrechamente las sangrías con las fases de la Luna y describe (*De parte operativa*, 107) sellos o imágenes de carácter astrológico que, según él, poseen múltiple eficacia. La imagen de un león en una piedra preciosa hace desaparecer el dolor; el hombre que sostiene una serpiente muerta con la mano derecha y la cola con la izquierda se inmuniza contra el veneno. Arnaldo describe con detalle la manera de preparar y grabar las gemas con los signos del zodíaco, y él mismo se encargó de modelar una figura mágica para un talismán del papa Bonifacio VII.

Cecco d'Ascoli, cuyo nombre está asociado al estudio de Dante, fue condenado a morir quemado en 1327, al lado de su obra *L'Acerba* y de sus trabajos astrológicos. Boffito ha estudiado los motivos de su condena, la cual no es debida, probablemente, a creencias astrológicas, sino a sus ataques a la fe católica y a sus predicciones de los acontecimientos políticos.

En este período, como ha mostrado Thorndike, predomina en las escuelas el estudio de la astrología.

4. El horóscopo

Se puede afirmar sin ninguna duda que hasta fines del siglo XVII la astrología fue la ciencia oculta dominante, de la cual todas las demás dependían. Los medios empleados por la astrología consisten principalmente en dos operaciones: la formulación del horóscopo y su explicación. La formulación del horóscopo consiste simplemente en calcular la posición de los cuerpos celestes en el momento del nacimiento del individuo a quien se le formula. Después de hecho esto puede determinarse la duración de la vida y su fortuna. Esta se establece según aparecen los planetas en las casas astrológicas. Cada uno de los signos del zodíaco es un signo controlador de la "casa de la vida". Al signo que aparezca en el momento del nacimiento se le denomina ascendente. Júpiter y Venus son portadores de la buena suerte; cuando Venus está en la primera casa indica una vida larga. Si Júpiter está en la primera casa significa riqueza y fama. Se estudia cuál es la posición respectiva de los planetas según sus ángulos. La conjunción, la cuadratura (noventa grados) y la oposición de los planetas se considera desfavorable, mientras que los otros ángulos (sesenta y ciento veinte grados) se admite que son favorables. Es posi-

nacido. Los astros que se encuentran en la casa doce indican desgracia, contrariedad, etcétera. La fecha en que estos acontecimientos pueden ocurrir se puede determinar por medio de las direcciones de los planetas, esto es, calculando los grados necesarios para que se efectúe una cierta relación entre dos planetas. Cuando las previsiones no estaban de acuerdo, existía buen número de sistemas para la corrección de los horóscopos, el más conocido de los cuales es el denominado *per accidentia nati*, en el que se pueden combinar varias posibilidades.

La astrología puede ser considerada como una ciencia mágica, dado que tiende a lograr la objetivación del deseo del hombre por medio de un mejor conocimiento de su futuro. Pero en realidad, al igual que la medicina mágica, la astrología conduce al hombre a un estudio más profundo y mejor de la naturaleza. Los estudios modernos sobre la constitución del cuerpo humano, de los cuales se encuentran huellas en las antiguas doctrinas de Hipócrates, afirman la relación que existe entre los hechos meteorológicos y la vida normal y patológica del organismo humano; las investigaciones modernas de las radiaciones contenidas en los astros y estudiadas por los espectros, las hipótesis formuladas recientemente, respecto a la relación entre las grandes manchas solares y los acontecimientos históricos notables, la publicación por Swoboda y Fliess de las leyes de los períodos septeniales: todo esto nos lleva a pensar que la intuitiva y profunda concepción humana, derivada inmediatamente de la sensibilidad para la acción de los astros, poseía un fundamento de verdad, más amplio y profundo de lo que se había creído lícito admitir en la época en que este concepto de solidaridad intercósmica parecía olvidado.

b) LA ALQUIMIA

1. Los orígenes de la alquimia

Las concepciones de la alquimia derivan directamente de las teorías astrológicas, según las cuales los planetas y sus leyes rigen el universo. Todos los hechos de la vida se encuentran ligados con lazos innumerables a los fenómenos astrales, de los cuales no son sino su reflejo. Desde tiempos antiquísimos se busca la correspondencia entre los metales y los planetas, creyendo que los metales se forman por la influencia astral y que cada metal corresponde a un planeta. La idea de que existe una correlación entre el Sol y el oro, la plata y la Luna, el plomo y Saturno, es antigua; huellas de ella se encuentran

neos. Plinio afirmaba que cada estrella poseía su color propio; Pindaro decía que el poder creador del oro era debido a las manchas del Sol. El color amarillo rojizo atribuido al Sol, el *aureus sol* de los poetas, corresponde al color del oro; la luz pálida de la Luna se corresponde con el color de la plata. Marte, a quien Plinio llama *igneus*, recuerda el color de la sangre y del hierro y por esto los símbolos de guerra llevan su nombre. El color azulino de Venus recuerda, según la creencia de los antiguos, el color de la sal de cobre, conocida con el nombre de *cuprum*, que viene de Chipre, isla consagrada a la diosa.

La alquimia, denominada también arte egipcio, se cree generalmente que se originó en Egipto; la palabra aparece por vez primera en los escritos de Zósimo de Panópolis, en el siglo III d. C. Se desarrolla sin duda, según Berthelot y Thorndike, en las prácticas de los joyeros y trabajadores egipcios que experimentaban con varias mezclas. La palabra "alquimia" deriva probablemente del nombre de Egipto: Kamt o Quemt, esto es, negro, y se refiere al fango del Nilo. Esta palabra se aplicó también al polvo negro derivado de ciertas mezclas de mercurio, a las que se les atribuían propiedades maravillosas. Se la identificaba místicamente, según Budge, con el cuerpo de Osiris, al que se consideraba la fuente de la vida y del poder. Las primeras huellas de esta idea, que, como la astrología, tiene su fundamento en el secreto deseo del hombre de conocer y dominar las leyes de la naturaleza y mejorar su suerte, son sin duda muy antiguas. Los sacerdotes y magos del antiguo Egipto, y los babilónicos, eran muy aficionados a los problemas químicos y en particular a la transformación y transmutación de los metales. La tentativa de cambiar los metales innobles en oro se fundamentaba en la observación de ciertas mutaciones estelares y en las metamorfosis de los animales. El origen de la alquimia es análogo al de la doctrina de los elementos y de sus alteraciones.

Es difícil establecer las relaciones entre esta antigua doctrina secreta y la experiencia práctica, especialmente porque las diversas interpretaciones varían según la época, el lugar y los individuos; los principios y reglas místicos son diferentes, los propósitos que persiguen son inciertos y las descripciones y explicaciones casi siempre llevan a la obscuridad. Los estudios de Forke (Berlín, 1927) sobre la evolución del pensamiento en la cultura china, prueban que en los tiempos antiguos la alquimia era considerada desde un punto de vista filosófico. En la concepción alquímica un poder supremo espiritual, nunca visible, ni reconocible, dirige la transformación de los elementos. Según la antigua filosofía china, el principio del mundo era inmanente en la mezcla de las substancias primitivas y en la serie

de transformaciones que estos elementos, *yin* y *yang* padecen. Así, en esta idea se encuentra la concepción de estos elementos, que podemos denominar químico-biológica, la idea de una ley universal y cósmica de la continua transformación determinada por fuerzas invisibles.

Aunque la teoría del fondo filosófico de la alquimia consiste en esta explicación y aunque la alquimia es una búsqueda de las leyes fundamentales, existe una íntima relación con las doctrinas astrológicas basadas en los principios de las posibles metamorfosis y de las relaciones recíprocas que gobiernan el cosmos (estas metamorfosis y relaciones se vinculan con aquellas leyes de simpatía y antipatía anteriormente mencionadas). la investigación alquímica no vacila en dirigir sus esfuerzos hacia la preparación artificial del oro, de la plata y de los remedios secretos, que pueden lograrse a través de la combinación de diferentes metales. La idea fundamental de los grandes alquimistas de todas las épocas, ha sido la de una ciencia hermética, una doctrina profunda y secreta dirigida a la "gran obra" de la transmutación de todas las substancias en oro.

Muy pronto se desarrolla esta concepción de la aplicación práctica y por este motivo los hombres se dirigen hacia el arte secreto del alquimista para la preparación del agua mágica o de alguna otra substancia que prolongue la vida. De la idea de inmortalidad que se puede obtener mediante hechos mágicos, provocando, determinando o activando la transformación de la materia, nace la necesidad de proveerse secretamente de medios que sirvan a este propósito. La literatura china de los siglos III y II a. C. abunda en recetas para remedios universales. En éstas el cinabrio ocupa un lugar importante. Durante siglos se hacen las preparaciones combinando el cinabrio y el rejalgar, afrodisiaco compuesto de hierro y mercurio, considerándoselas de una eficacia infalible y siendo recomendado por los médicos, magos, hombres de letras, cortesanos, sacerdotes y astrólogos que inundaban las cortes de los príncipes.

Según la antigua concepción cósmica de la escuela de Heráclito, que sostenía la tesis de que el devenir era la característica del ser y que no hay nada en la naturaleza durable e inmutable: la tierra se transforma en agua, el aire en tierra, lo muerto en lo vivo, el fango en plata, la plata en oro; y todas las cosas derivan del oro y pueden transformarse en él. El símbolo de esta idea del eterno devenir del ser, que se verifica bajo la acción del fuego, el elemento latente de creación, es un anillo único, que más tarde se conoce como el "anillo platónico". El oro es al mismo tiempo dios y hado, destino y fin, causa y principio. El principio de toda evolución es el *logos*, la palabra, medida, definición, la cual deviene según los filó-

sofos posteriores, inteligencia dominante, en la cual todos los contrastes desaparecen. Cada substancia puede destruirse y crearse según un arte secreto. Éste es a un tiempo el principio de las ciencias naturales y la concepción dominante de un vitalismo universal. De aquí que la alquimia, en sus nociones fundamentales, no sea sino la doctrina de la vida que se renueva, de la trans-elementación, con lo cual se asemeja a la religión y a la filosofía.

La "materia primigenia" es, según Platón, el fundamento de todas las cosas. Dado que la naturaleza puede transformarse por varios caminos, existe la creencia de que el hombre puede transformarse igualmente y que incluso podría producirse el *homunculus* (el hombre creado artificialmente) si se poseyera el conocimiento necesario. Mercurio representa esta substancia primaria debido a sus cualidades mudables, que en la remota Antigüedad asombraban a los observadores. Platón atribuye a una mezcla de elementos y metales, cada uno de los cuales presenta su opuesto, la creación de todas las cosas.

Aristóteles crea la teoría vitalista universal en la cual se atribuye la máxima importancia al desarrollo de la energía: el mundo se crea por las mutaciones de la substancia y la forma. Cree en la mutación cualitativa de los elementos: *Corruptio unius est generatio alterius* (la corrupción de uno es la generación del otro). Llegar a ser no es sino la transformación de las energías latentes en varios modelos.

Todos los conceptos alquímicos posteriores derivan de esta doctrina, que postula una *metabole*, un cambio químico de la primera materia, por la cual se transforma. Así como el mármol contiene la potencialidad de la expresión artística, que se crea por medio de la forma, de igual modo el alma crea al individuo de la substancia original.

Esta doctrina de la transmutación de la materia es un concepto fundamental de la alquimia: ésta demuestra teóricamente la posibilidad de lograr su último propósito, que no es sólo la preparación del oro, la substancia más noble, sino también la creación del *homunculus*.

2. La evolución de la alquimia práctica

En el campo de la práctica, la idea de la alquimia deriva probablemente de una concepción familiar a los egipcios, quienes pensaban que los metales preciosos, el oro, la plata y también el cobre, el estaño y el plomo, se encontraban mezclados en la naturaleza y mediante la fusión podían combinarse en mezclas diferentes. Como una consecuencia, la transformación o, mejor dicho, la posibilidad de la transformación de los metales de manera más fundamental,

como en el color y otros aspectos externos, se ofrecía como un hecho seguro. Los antiguos conocían que el bronce se obtenía por una mezcla de cobre y estaño y que esta mezcla poseía cualidades no inherentes a ninguno de los dos componentes; conocían que el latón se obtenía por una mezcla de cobre y zinc. Sabían que de la mezcla de ciertos metales con plomo se desprendían pequeñas cantidades de plata. Pensaban, por lo tanto, que existía una afinidad entre el plomo y la plata, ya que presentan una apariencia similar, así como el oro y la combinación de arsénico y azufre, que por esta semejanza fue denominada "oro", o tintura de oro.

Lentamente la alquimia comenzó a servirse de todas las técnicas perfeccionadas con vistas a lograr este propósito último: la obtención del oro. Esta finalidad estaba simbolizada por el *urobolos*, una serpiente que se muerde la cola, la que representa el cosmos, el Sol y el oro. Las estufas y otros utensilios de los alquimistas no son sino medios dedicados a este objeto y son considerados como instrumentos místicos y simbólicos.

Durante la Edad Media predominó en la evolución de la alquimia la dirección práctica, positiva, utilitaria y desapareció el concepto filosófico. La alquimia se separa de la filosofía y se vuelve hacia la mística. Se transforma en una interpretación de los acontecimientos de la vida, principalmente de los hechos sexuales, como fenómenos químicos y sus partidarios consideran que es posible crear la "materia primigenia". De aquí se explica el concepto de la piedra y del huevo filosofales, los que se consideran como medios universales para lograr efectos magistrales. Esto explica, igualmente, la creencia de que la vida puede recrearse, por la combinación de las partes de un muerto en una forma particular. Estas creencias proceden de los mitos antiguos. La creación del *homunculus* por medio de la preparación y cocimiento de todas las substancias que componen a un hombre, da lugar a posibilidades infinitas: la alquimia llega a ser el arte real, dominada por la idea mágica y mística. Se interpreta el nacimiento y la muerte por teorías místicas, principalmente por la palingenesia, la cual es análoga a la teoría cristiana de la resurrección.

Las prácticas químicas se desenvolvían al principio conforme a las tradiciones contenidas en los papiros de Leiden y Estocolmo, estudiados por Berthelot, y se relacionan con las prescripciones de los artífices egipcios del oro y de los colores para cambiar y falsificar los metales nobles. Así, la combinación de varias mezclas para hacer armas, monedas y adornos, el vidrio, preparar colores como el cinabrio, el índigo, etcétera, la fabricación de alimentos fermentados como la cerveza y el vino, y la tintorería, constituyen la primera prueba de este arte.

3. La orientación de la alquimia hacia la investigación positiva

Hacia el final del periodo medieval se constituyó una escuela de apasionados investigadores. Es difícil juzgar si estos hombres fueron siempre sinceros y si se guiaron por su fe en la experiencia. En la penumbra de la conciencia medieval, la magia de los alquimistas y la pasión de sus doctrinas secretas aparecieron en las formas más extrañas. Hombres de gran erudición e intelectualmente honestos, que sacrificaron todas sus posesiones y actividades a la investigación, ansiosos de traspasar el alto muro que circundaba la ciudadela alquimística, en la cual sólo las personas dotadas de cualidades superiores podían penetrar; hombres alucinados que vivían con la idea fija de que se podía obtener aquella famosa piedra filosofal, guardada por un dragón enorme y que sólo sería asequible a aquel que hubiera vencido todos los obstáculos; filósofos y místicos que se aproximaban al problema con el uso de palabras secretas, complicados números, invocaciones y exorcismos; hombres prácticos que poseían la exacta noción de las maravillas sorprendentes que podía lograr la química y que al margen de las doctrinas y de los secretos, sólo esperaban aferrarse a algún resultado práctico y útil; finalmente, charlatanes y embaucadores, cortesanos grandilocuentes, aventureros, eruditos, filósofos que discutían de química al azar y empíricos insignificantes que alardeaban de filósofos: todos éstos formaban una muchedumbre de alquimistas que, durante siglos, poblaron las cortes y las antesalas, dominando la mente de los hombres, gracias a la sugestión colectiva.

En la conciencia de cada adepto, de cada iniciado, el *opus magnum* que se preparaba secretamente en retortas era análogo a la creación del cosmos: los alquimistas esperaban el nuevo misterio de una nueva creación que debía producirse en el atanor, un receptáculo de forma semejante a un huevo, como el mundo, el cual es un huevo gigantesco, el huevo primero, símbolo y fundamento de toda obra iniciadora. La creación se efectuaba por medio de un soplo, análogo al soplo del Señor, que, según el Génesis, dio vida al mundo. En los libros de alquimia numerosas ilustraciones representan esta concepción. La alquimia es igual a una magia natural, porque en realidad trata de obtener su fuerza de la naturaleza y de su imitación. Éste es el profundo significado del simbolismo de la alquimia, conservado en numerosas representaciones que, según Grillot de Givry, que publicó una preciosa colección de estas imágenes emblemáticas, han permanecido casi idénticas a través de los siglos. Sin embargo, al lado de estas representaciones fundamentales la iconografía alquímica

contiene un poco de todo; el andrógino, el Sol, la Luna, el dragón, numerosos animales mágicos de dos cabezas, el grifón de cabeza de águila, las sirenas y las fuentes herméticas. Fórmulas extrañas e inexplicables, que hacen dudar de si sus autores las habían comprendido, hablan de las prácticas complicadas y difíciles y demuestran cómo los jeroglíficos constituyen una parte esencial de la alquimia y se encuentran grabados incluso sobre las puertas de las iglesias. La estatua de San Marcelo en la fachada principal de Notre Dame de París es un jeroglífico alquímico.

¿Cuáles eran las prácticas del *opus magnum* que tenían lugar en el vaso filosófico, denominado "aludel", y colocado sobre el hogar atanor y que a menudo se confunde con éste? Las indicaciones de los autores son muy vagas y obscuras. Antes que nada, el trabajo debía comenzar en un momento exacto, calculado por los astrólogos; de otra manera no se obtendría éxito. El tiempo necesario para la preparación de la piedra filosofal era, según algunos escritores, el de un año. Según otros, se requerían de siete a doce años. El primer paso era combinar sal, azufre y mercurio. Si el resultado era maravilloso, la piedra servía no sólo para transmutar los metales, sino también para curar toda enfermedad.

Hacia fines del siglo XVII, desaparecieron los alquimistas y astrólogos de la antigua escuela y se transformaron en trascendentalistas, siempre perdidos en vagas especulaciones místicas. Los estudiosos de los problemas prácticos llevaban a cabo en los laboratorios investigaciones que aclararon dificultades importantes, dando lugar a descubrimientos inesperados y abriendo nuevos horizontes a la ciencia. Así como la magia natural se había ido destacando de la concepción mágica, gracias a una segura intuición que atribuía a la obra de la naturaleza una serie de hechos calificados de mágicos, y así como la astrología se transformó lentamente en astronomía, en igual forma la alquimia inició el camino para las investigaciones fundamentales de la química.

El desarrollo de la literatura alquimista desde 1600 a 1700 fue enorme. Entre otros, J. B. Helmont (1578-1644) y H. Helvetius (1671-1727) sostuvieron la posibilidad de la transformación de los metales.

Hacia el fin del siglo XVIII la alquimia o, mejor dicho, la creencia en la posibilidad de la transformación de los metales innobles en oro, desapareció. La química heredó sus instrumentos y su técnica y absorbió algunas de sus ideas básicas.

Así, desde la antigua concepción egipcia de la alquimia como una ciencia y una pasión dirigida a descubrir el secreto del mundo, hasta las afirmaciones contenidas en los libros de los alquimistas del si-

glo XVIII —llenos de fórmulas extrañas y prescripciones complicadas, ocultando los fracasos para resolver con una "gran obra" el profundo misterio—, la idea de la alquimia se cambió y se transformó con el tiempo, mediante la acción del pensamiento crítico y de la investigación científica. Poco a poco, la concepción básica de la misteriosa composición del universo se transformó en los estudios experimentales; las manifestaciones del deseo de prolongar la vida y curar la enfermedad por medio del elixir mágico y la piedra filosofal tomaron otra orientación. Debido en parte a los estudios y a las agudas observaciones de Paracelso y de su escuela, la alquimia se dirigió en el laboratorio, hacia la investigación del *arcanum*, el secreto remedio útil. Tal remedio, y esto se considera esencial, no deriva de fuerzas sobrenaturales, sino más bien de combinaciones químicas. La magia simpática encontró un nuevo campo en los intentos para descubrir las analogías de la forma, color y aspectos de las plantas y los órganos humanos, de un lado, y con la enfermedad, de otro. Esto condujo a un nuevo examen de las virtudes terapéuticas de las plantas, investigando cuidadosamente sus usos y regulando su aplicación. El alquimista se transformó en un investigador, en un biólogo y en un químico. De los laboratorios misteriosos, inmortalizados en las pinturas de los grandes artistas holandeses, emerge, en medio del sensacional anuncio del descubrimiento del remedio universal, una nueva idea universal y vivificadora: ésta es la de las relaciones químicas entre los órganos vivientes y el mundo inorgánico. El conocimiento de las fuerzas inherentes a la materia, que los antiguos consideraban justamente capaces de producir las transformaciones y los renacimientos, ha conducido a la ciencia moderna, no a la solución de los problemas examinados por los alquimistas, sino a un estudio más amplio y directo de las cuestiones que parecen ser el fundamento de la vida.

El hechizo fundamentalmente mágico de la vida y de la muerte, la intuición, fuertemente arraigada en la mente humana, de la creación y destrucción que se evidencian a través de los cambios químicos y de las transformaciones de las mismas substancias, iniciaron a los antiguos alquimistas en su búsqueda de la piedra filosofal y a los científicos modernos en el secreto de los laboratorios que producen remedios no soñados y sistemas para la total destrucción de la vida, como la bomba atómica.

* * *

La astrología y la alquimia constituyen dos grandes aventuras de la mente. En sus orígenes significan esfuerzos de evasión, intentos para escapar de la realidad con la ayuda de fuerzas misteriosas y desconocidas, cuyo papel en el desarrollo de la vida humana es escasamente vislumbrado. La astrología y la alquimia asumen todas las características de las prácticas mágicas, tales como la sugestión ejercida por personas u objetos, símbolos enigmáticos, secretos comunicados a unos pocos escogidos a través de ritos iniciadores, la garantía de la supervivencia y de la continuidad de la vida en otros seres, la promesa de poderes excepcionales. Los astrólogos y alquimistas de la Antigüedad y de la Edad Media estaban dirigidos por la fe y por la esperanza de crear los medios de encontrar los caminos secretos que condujeran a una vida mejor. Conseguir la protección de los astros, producir la piedra filosofal, descubrir la fuente de la juventud, la metamorfosis de los metales y la creación del *homunculus* (esto es, de la vida humana) fueron los fines ideales de los astrólogos y de los alquimistas.

Con el renacimiento de la física, el establecimiento de los experimentos, el predominio del razonamiento sobre la imaginación fantástica, la investigación se dirigió por nuevos caminos, y en este, como en otros campos, la primera intuición, como el conocimiento inconsciente de las leyes biológicas del ciclo de la vida, o de la unidad entre las leyes del cosmos, o de la mutabilidad de la materia inmortal, de la conservación de la energía, probó una vez más su justeza. La búsqueda del remedio contra todo mal dirigió a la química hacia el descubrimiento de remedios que en otras épocas se habrían considerado como mágicos y a la creación artificial de la vida, mediante la fecundación artificial en el laboratorio. Muchos descubrimientos matemáticos y biológicos, que han producido una nueva orientación de la ciencia, derivan de aquella alquimia. La sugestión inconsciente originó una vasta obra de reconstrucción y reorganización en la cual las antiguas ciencias mágicas encontraron una nueva interpretación a la luz de la ciencia experimental.

XXI

LA MAGIA NATURAL

1. Los albores del Renacimiento

En el siglo XV en casi toda Europa y particularmente en Italia, con el renacimiento del saber, algunos grandes maestros llevaron a cabo un primer intento para inquirir sobre los problemas del Universo y para procurar explicar racionalmente su misterio. El humanista, el *homo doctus*, fue el tipo de la nueva época, que ocupó el lugar del *homo sanctus*.

Un gran erudito, Giovanni II Pico de la Mirandola (1463-1494), había iniciado una lucha inteligente y viva contra la astrología y recogió sus estudios sobre la filosofía hebrea y la Cábala en sus *Conclusiones cabalisticae* (1482). Johanes Reuchlin (1455-1522), que nació en Alemania, pero que vivió en Italia durante muchos años, tuvo numerosos amigos hebreos eruditos y adquirió un perfecto conocimiento del hebreo. *De verbo mirifico* (1494), de Reuchlin, fue un intento de conciliación entre las antiguas doctrinas hebreas y las concepciones cristianas basadas en la significación oculta de las palabras. Su *De arte cabalistica* (1517) logró una gran difusión en toda Europa. Un tercer estudioso digno de ser recordado fue Juan Tritheim (nacido en 1462) que ingresó muy joven en la orden de los benedictinos y llegó a ser abad en el claustro de Sponheim. Se consagró al estudio de los escritos secretos y al del significado oculto de las palabras, se hizo sospechoso de herejía, fue designado abad del claustro de Würzburg en 1505 y escribió un valioso libro sobre criptografía. Tritheim fue el amigo y el maestro de dos hombres que jugaron un papel importante en la evolución de la magia: Agrippa y Paracelso.

2. Orígenes y tendencias de la magia natural

El concepto de la acción mágica de la palabra, de la perfección de los caracteres alfabéticos, del valor del símbolo, que, como hemos visto, era fundamental para los antiguos, reaparece en una nueva forma más elevada, más amplia y más completa. El valor de las letras, palabras y símbolos deriva del secreto, de la comunión intelectual y de su comprensión. Sobre la base de esta idea se fue formando lentamente todo un sistema en la época en que comenzó a

florecer la cultura, y la vuelta al espíritu clásico se hizo visible en el humanismo, y se manifestó la resurrección de la filosofía griega. La significación del símbolo y de la letra, al igual que la *opus magnum* de los alquimistas y los cálculos de los astrólogos, fue antes que nada filosófica y procuró una explicación natural. Con el cambio de las ideas cambió la antigua magia, así como con la sucesión de nuevos acontecimientos espirituales y sociales que modificaron el medio ambiente: la observación de la naturaleza, que comenzó a llamar la atención de los estudiosos como un elemento fundamental de investigación, ocupó un lugar preeminente. Agrippa de Nettesheim, Teofrasto, Paracelso y G. B. Della Porta son los fundadores o, mejor dicho, los organizadores de estas ideas en un sistema de magia natural. Espíritus inquietos y rebeldes, anonadados por las luchas y conflictos de su tiempo, de ásperas guerras religiosas y civiles, pensadores rebeldes y místicos al mismo tiempo, observadores apasionados no libres de los vínculos de las antiguas creencias mágicas, constituyeron las figuras más interesantes y características de esa época de transición en que apareció la magia natural y fue aceptada universalmente.

La magia natural representa un grado ulterior de la evolución de la magia primitiva hacia la ciencia experimental. Se desprende del concepto fundamental mágico, así como de la idea religiosa, usando la forma racional de la filosofía, pero permaneciendo ligada a la realidad en sus observaciones. Se desarrolla lentamente de la magia primitiva, porque la observación procede y el método avanza según la fuerza con que las facultades críticas predominan sobre las emotivas y se ataca en la mente humana la noción de los seres sobrenaturales y su intervención, y se procura explicar la naturaleza por medio de sus propios fenómenos. La magia natural, que había de llegar a ser ciencia, conservó durante un largo tiempo, gran parte de su herencia ancestral de magia primitiva y difícilmente se libró de algunas de sus concepciones, especialmente de aquellas que están más firmemente arraigadas en los estratos profundos de la mente. Hemos visto cómo los escritores más antiguos, partidarios de la idea mágica y propagandistas de las ciencias ocultas, vislumbran repetidamente la necesidad de la crítica y de la experiencia. En una época primitiva sólo unos cuantos hombres aislados se plantearon este problema. Pero más tarde numerosos estudiosos e investigadores, que tuvieron actitudes diferentes ante los problemas místicos y mágicos, crearon una nueva corriente de ideas. Maxwell señala justamente que esta nueva orientación se manifestó primero en el dominio de los problemas físicos y naturales, porque ellos se prestaban más fácilmente a la observación y a la crítica.

La evolución del fenómeno psíquico del encantamiento es más laboriosa, porque sus problemas son más complejos, las causas son más difíciles de establecer y sus resultados son menos controlables. Todos los problemas concernientes a la mente permanecen durante mucho tiempo bajo el dominio de lo mágico y del misticismo, debido a que muchos de ellos no aparecen con suficiente claridad. Apenas en nuestros días la investigación científica sobre el funcionamiento del cerebro y del inconsciente, determinando las características y los orígenes de ciertos estados psíquicos, como le hipnotismo, la sugestión, el desdoblamiento de la personalidad y los sueños, han levantado el velo del misterio e iluminado una serie de fenómenos ocultos con la luz de la observación y de la crítica.

3. Agrippa de Nettesheim

La magia natural se inicia con el estudio de los fenómenos atmosféricos y astrales y establece la relación entre los individuos y los elementos. Afirma que todos los fenómenos están coordinados por simpatía. Esta doctrina de la simpatía permite a los que practican la magia natural imaginar la existencia de relaciones secretas y de conexiones de encantamiento. Se afirma la existencia de un lazo secreto innato entre las cosas y sus nombres, los cuales contienen el poder de las cosas en la forma de expresión. Esta fuerza mágica de las palabras deriva de su relación con las cosas que designan y de las propiedades mágicas de las cosas que se originan en sus formas.

Agrippa de Nettesheim (1456-1535) es la primera de las grandes figuras situadas en la nueva Era. La historia de su vida es un ejemplo perfecto de sus estudios y de su mentalidad. Hijo de una antigua familia noble, se consagró asiduamente desde su juventud al estudio de las lenguas y fue un coleccionista apasionado de toda la literatura sobre las ciencias ocultas, ensayando la alquimia y fundando en París, a los 20 años, una sociedad para el estudio de las ciencias secretas. Vivió en Francia y viajó por Inglaterra y Alemania predicando infatigablemente sus ideas. Con frecuencia era perseguido por las autoridades eclesiásticas. Escribió *De occulta philosophia*, que lo hizo famoso, en 1510; luchó con las tropas imperiales contra los venecianos y fue armado caballero en el campo de batalla. Más tarde se vio obligado a defenderse de las acusaciones de los inquisidores. En Metz, donde obtuvo gran éxito defendiendo la causa de algunas personas acusadas de brujería, salvándolas de la pena de muerte, fue acusado de ser cómplice, viéndose obligado a huir a Lyon, donde ocupaba el puesto de médico del rey. Posteriormente fue historiador de la corte de Margarita de Austria y médico en Colonia. Por último

volvió a Lyon, donde, perseguido por sus enemigos y en desgracia, murió en 1535 con la fama de mago.

Entre las nuevas ideas en proceso de formación y en medio del conflicto entre las antiguas concepciones mágicas y la nueva forma de pensar, Agrippa trató, con una magnífica intuición de la verdad, de canalizar la magia por la vía principal de la observación de la naturaleza y explicar los fenómenos diabólicos y sobrenaturales como el resultado de fuerzas naturales. Los hechos mágicos aparecen como demostraciones y aplicaciones de verdades científicas; la doctrina de la "simpatía y antipatía de las cosas", que era fundamental en la antigua filosofía itálica, volvió a nacer. Con la decadencia de la anatomía de Galeno, de la física de Aristóteles, del sistema astronómico de Tolomeo, la antigua magia fue perdiendo sus fieles. Agrippa de Nettesheim, que fue llamado el último de los magos, pero que puede ser considerado el primero de los naturalistas, situó la idea de la magia sobre unas nuevas bases y comprendió que todo aquello que generalmente se le atribuía a la magia debía serle atribuido a la naturaleza misma. La magia natural, según Agrippa, es una ciencia. Afirma la existencia de una relación directa y recíproca entre las cosas más elevadas y las más bajas y sostiene que cada cosa es atraída por las cosas afines, que lo hacen con todas sus fuerzas. Estas fuerzas secretas forman parte del mundo espiritual donde existen las ideas. Pero las ideas, de acuerdo con Agrippa, no pueden obrar sobre las cosas, ni la materia puede ponerse en movimiento por sí misma. Se requiere un mediador, una fuerza vital que pueda transferir la actividad del espíritu al cuerpo, y este médium, esta *quinta essenza*, dado que no está compuesta de los cuatro elementos, existe más allá y por encima del ser. El médium cumple en el mundo la misma función que el alma en el cuerpo humano y es por ello el alma del mundo. Irradia de los planetas y las ocultas cualidades de las substancias vivientes derivan de él. Puede extraerse de una subsistancia y transferirse a otra. Por eso el fuego se dirige hacia el fuego celestial y el agua corre hacia las aguas; por ello los seres vivientes transforman sus alimentos en substancias de su organismo; y las estrellas, las piedras preciosas y los animales ejercen su influencia sobre el hombre. Sus signos están grabados en la tierra, en las plantas y en los órganos del hombre (*ley de las signaturas*).

Por eso, sostiene Agrippa, la magia natural no debe admitir la aplicación de las operaciones prohibidas ni solicitar la ayuda de lo sobrenatural, sino que debe basarse en la búsqueda de las leyes secretas de la naturaleza y en la utilización de sus fuerzas. Los magos, según esta concepción, se transforman en los sacerdotes de la ciencia.

En esta concepción científica el poder mágico de las palabras es

importante. Esta doctrina, que encuentra su fundamento en la filosofía neoplatónica, pero cuyos orígenes pueden encontrarse en una época más remota, sostiene que las palabras y los nombres son la reflexión del poder creador de las "formas" en el pensamiento de Dios. Lo mismo es verdad para los escritos. Un discurso compuesto de muchas palabras tiene un poder mayor que el que posee una sola palabra. El valor en el hechizo mágico depende de la enunciación, del ritmo y calor con que se pronuncie, de la emoción y de la convicción del mago. Agrippa cita el ejemplo de Orfeo y señala que los encantamientos, pronunciados con vehemencia y pasión y con una cuidada observación de la mesura y número de sus palabras, proporcionan una gran fuerza al encantador debido a la impetuosa corriente de su imaginación que se proyecta sobre el objeto del hechizo, para ligarlo y conducirlo de acuerdo con los deseos y las palabras del mago. El verdadero instrumento del encantamiento es una especie de soplo, puro, armonioso y viviente, dotado de movimiento y voluntad, hábilmente compuesto, lleno de sentimientos profundos y concebido por la razón.

Maxwell observa, con justeza, que Agrippa afirmó una idea psicológica moderna: la idea de que el encantamiento depende de la fuerza emotiva del encantador y que la fuerza mágica reside en la esfera afectiva, mientras que la razón debe concebir el propósito y preparar los métodos que lo comprenden. Según Agrippa la obra de la razón es calcular la posición de los astros o las proporciones numéricas entre las palabras y las cosas; la tarea de la emoción es la de imprimir a la acción mágica su dirección y su fuerza. En esta forma la magia natural y la moderna psicología coinciden en la valoración del poder de la sugestión.

4. Paracelso

La ley de la simpatía y la doctrina de las "signaturas", que, como hemos visto, estuvo defendida decididamente por Agrippa, encontró una aplicación más amplia por parte de un médico genial, reformador violento, que llevó a cabo una verdadera revolución en el dominio científico. Felipe Teofrasto Aurelio Bombasto de Hohenheim, Paracelso, nació en Einsiedeln, Suiza, en 1493. Hijo de un médico, se ocupó desde su juventud en el estudio de la alquimia, de la filosofía y de la medicina. Estudió en Basilea y se apasionó de un modo particular por las ciencias ocultas. Posteriormente se trasladó a Würzburg para visitar al famoso abate Tritemio, quien lo inició en los misterios de la magia y, por su recomendación, entró en el laboratorio de un rico alquimista, Fúcar, quien a su vez lo introdujo en los secretos de la química. Viajó a través de toda Alemania, se radicó en Italia, asistió a la Universidad de Ferrara, a la Escuela de Medicina, y fue alumno de Leoniceno. Más tarde fue partidario ardiente del neoplatonismo de Marsilio Ficino y uno de los primeros que osaron atacar la autoridad de Galeno. Paracelso reanudó su vida peregrina y visitó Asia y África. Durante sus viajes frecuentó las compañías más extrañas, recogiendo casi todas las tradiciones y ritos secretos, las máximas y las supersticiones, los juicios y las medicinas populares. Con gran sagacidad curó a los enfermos que encontraba y fue al mismo tiempo un médico y un curador de almas, que se rebeló contra la autoridad de las escuelas, se irguió contra la rigidez del dogmatismo, que hasta entonces había sido sufrido en silencio, incluso por hombres famosos e inteligentes. Fue un espíritu romántico, que, en su rebelde inquietud, exageró el peso de todas las tradiciones sin discriminación y dejó libre de freno a una crítica destructiva. En 1524 abandonó Salzburgo y se trasladó a Estrasburgo y más tarde a Basilea, donde obtuvo una cátedra, pero pronto se vio obligado a abandonar la ciudad y reemprendió sus viajes por Alemania. Perseguido por sus enemigos, no le fue posible encontrar un impresor para sus manuscritos o una autoridad que aprobara su publicación. En 1541 murió en Salzburgo.

Según el juicio de numerosos partidarios, Paracelso fue el científico más grande y el ocultista más insigne de todos los tiempos; para los profesores de la Universidad de Basilea fue un charlatán y un borracho. Constantemente fue atacado y combatido. Pero en él había, sin duda, una concepción inspirada: la nueva y limpia idea de liberarse del peso de las tradiciones que sofocaban la enseñanza académica, para guiar el pensamiento únicamente hacia la experiencia y al juicio imparcial. En el campo de la medicina Paracelso fue un innovador fértil y en el de la magia natural fue un discípulo y un continuador de Tritemio y de Agrippa, que introdujo las enseñanzas de sus maestros en la medicina. Las concepciones básicas, en la opinión de Paracelso, se fusionan; su medicina se origina en la teoría de la simpatía y de la antipatía de todas las substancias. Aquello que actúa en una cierta parte del cuerpo se llama "arcana", y la tarea de la alquimia era encontrar la arcana, esto es, las substancias eficientes de los metales y de las plantas. Y así, como consecuencia, la compleja enseñanza de Paracelso se dirigió, a través de premisas fantásticas, a la investigación química.

Gracias a este hombre extraordinario, que reflejó exactamente la agitación y la incertidumbre de la época en que le tocó vivir, se atribuyen los secretos de la antigua magia a los poderes infinitos y misteriosos de la naturaleza.

5. G. B. della Porta

El tercero de estos últimos magos fue un italiano, G. B. della Porta, que procedía de una familia famosa: nació en Nápoles, en 1545. Su vida se desarrolló bajo condiciones diferentes a las que determinaron las vicisitudes de Agrippa y Paracelso. Estos dos últimos vivieron en una Alemania agitada por una terrible guerra religiosa y civil, combatidos por una tenaz adversidad y estuvieron dominados por un sentimiento de inquietud que les llevó a vagar por el mundo. Por el contrario, Della Porta nació bajo otra estrella. Perteneciendo a una rica familia, pudo dedicarse pacíficamente a sus estudios. Viajó por Italia, Francia y España y entró en contacto con los hombres más insignes de su época. Desde su infancia tuvo gran interés por las ciencias ocultas, y sus biógrafos afirman que tenía apenas quince años cuando publicó su primer libro, *Magia naturalis*. El joven Della Porta vivía con su hermano Vicente, un arqueólogo entusiasta, en una bella casa de campo cerca de Nápoles. Su casa se transformó muy pronto en un lugar de reunión de muchos jóvenes estudiantes y Della Porta fundó un círculo denominado el "círculo de los secretos".

El más importante de sus trabajos es sin duda la *Magia naturalis*, la primera edición de la cual fue ampliamente difundida y publicada en latín, italiano, francés, alemán, danés y árabe. La segunda edición, en veinte volúmenes, se publicó en 1589. La primera parte abarca un resumen de la filosofía oculta de Agrippa, y en el resto da muchos consejos prácticos y contiene varias indicaciones sobre las leyes de la atracción y simpatía, sobre las varias especies de escritura secretas, cosméticos, perfumes, remedios médicos, pirotecnia y química, así como una descripción del telescopio y de la cámara obscura. Dedica un libro entero a la alquimia, pero el autor declara al comienzo que no cree en la producción del oro y de la piedra filosofal, pero que considera importante para el lector aprender las fórmulas para fundir los metales y preparar los medicamentos. Algunas páginas del libro octavo de la segunda edición tienen un interés particular. En ellas Della Porta evidentemente se ocupa de la sugestión hipnótica y de la hipnosis. Parece que los miembros del círculo napolitano, fundado por él, realizaron algunos experimentos en este sentido. Se encuentran en el libro descripciones del método a seguir para lograr que un hombre se duerma y hacerlo que cumpla las órdenes que se le den: por ejemplo, que cuando se le dice que es un pez, haga todos los movimientos del acto de nadar, o si se le dice que coma hierba lo haga. A través de la *Magia naturalis* que, según Goethe, refleja claramente los progresos de la ciencia en la época del

autor, Della Porta muestra una convicción perfecta en que todos los fenómenos mágicos se deben a causas naturales.

La importancia de esta obra deriva de su enorme poder sugestivo. Escrita por un joven, es ampliada más tarde por un hombre que poseía autoridad científica. Es el primer escritor que trató de exponer al gran público una serie de hechos que hasta entonces eran considerados extremadamente secretos, sin emplear aquella profusión de fórmulas mágicas, signos cabalísticos y términos inexplicables a que los lectores estaban acostumbrados por sus predecesores. El científico napolitano expuso hechos e ideas con gran sencillez, trató siempre de basarse en la experiencia y reveló una profunda comprensión de los fenómenos del pasado y una correcta intuición de numerosas verdades nuevas.

Así, después de los dos maestros inquietos y rebeldes, G. B. della Porta contribuyó a la transformación de la magia con su elevada inteligencia y su profunda sabiduría y más todavía, con su sabido discernimiento, con su razonamiento ordenado y sereno, que lo mantuvieron alejado de las exageraciones iconoclastas de Paracelso y de las especulaciones metafísicas de Agrippa. En la historia de la ciencia su trabajo señala una etapa importante, porque en un momento de transición marca nuevas orientaciones ideológicas, nuevas orientaciones no sólo para una minoría de científicos, sino para un público culto que poco a poco se iba formando en la Italia del siglo XVI, con aquellos estudiosos e investigadores curiosos de la naturaleza que poblaban las academias y tuvieron una parte notable en la formación de la cultura europea de la época.

6. Las leyes de la simpatía

Durante todo el Renacimiento la ciencia se mantuvo a la cabeza. El espíritu crítico, libre del escolasticismo y de la superstición, tendió cada vez más a construirse un sistema que le sirviera de base, sin necesidad de recurrir a las explicaciones sobrenaturales. Las ideas se acabaron lentamente y la magia natural se transformó en física y en química; los hechos que en el pasado se atribuían a la influencia mágica, como por ejemplo la varilla adivinatoria, se examinan desde el punto de vista de la ciencia. Las tradiciones de los grandes magos se mantuvieron en las leyendas populares, como la de Fausto; asimismo en las creencias populares persistieron todas las formas de la magia primitiva; los talismanes y amuletos, las curaciones simpáticas y ocultas, las evocaciones de los muertos y el culto de las reliquias habían de quedar fuertemente arraigadas en la conciencia popular.

La magia natural trató de describir las leyes de la simpatía y la

afinidad que producen el fenómeno mágico y, como hemos visto, esta creencia se originó en periodos muy remotos. Debido a su particular modo de pensar, que en la época moderna conduce a métodos terapéuticos especiales como la homeopatía, la magia natural no dudó en utilizar el primer recurso de encantamiento por simpatía mágica, el filtro amoroso. El *poculum amatorium*, que logró la difusión más amplia, y cuyo ejemplo más famoso es la poción amorosa de Tristán e Isolda, que consiste en un brebaje preparado con hierbas recogidas a ciertas horas y en el que se colocan cabellos o alguna secreción fisiológica de la persona de la cual se quiere conquistar el amor. La magia natural y la medicina relacionada con ella, trataron de combinar en la armazón de una concepción única de causas y efectos, fenómenos de la alquimia y de la astrologia, así como instintos primitivos. Agrúpanse estos fenómenos en sistemas construidos artificialmente; rechazan los hechos sobrenaturales; niegan la acción sobrenatural de demonios, brujas, genios, hadas, etcétera, adscribiendo todos los fenómenos de carácter misterioso a causas naturales, sólo que secretas y desconocidas. En esta concepción se encuentra un principio bien definido de percepción crítica, un concepto, no expresado siempre, de la necesidad de la experimentación y una comprensión de la importancia del factor psicológico.

El hombre sabio, culto, experimentado, que trató de darle a la magia esta orientación hacia la ciencia, vivió en un medio y en una época en que dominaba el misticismo y el espíritu de investigación parecía detenido por premisas dogmáticas que parecían inatacables. Este hombre hizo un esfuerzo para conciliar las nuevas ideas —producidas por una visión más clara y profunda del mundo y de la existencia— con los hechos que se presentaban como inexpugnables y que como tales se ofrecían en la conciencia general de la época. Un paso importante en la evolución de la magia lo constituyeron, sin duda, los esfuerzos para substituir las creencias vagas y los fenómenos sobrenaturales incontrolables (que podían modificarse con la ayuda de los demonios) por una nueva concepción, formulada con audacia, sobre la acción de las leyes naturales. Este proceso, en virtud del cual se fueron soltando los lazos que unían el pensamiento individual con las tradiciones ancestrales y con las leyes férreas del medio ambiente, fue necesariamente muy lento. Los viejos lazos fueron reemplazados por otros nuevos y más complicados y las viejas concepciones que parecían desterradas definitivamente, surgieron bajo nuevas formas. Pero el esfuerzo por reemplazar las antiguas explicaciones con otras nuevas, representó un aspecto importante de la lucha perenne entre la crítica y la autoridad, entre la razón y el

sentimiento, entre el individuo y la masa anónima. Estos primeros esfuerzos para una exposición de la magia natural, intentos que presentan una íntima similitud con otros más modernos, se destacan de un modo definitivo de la concepción mágica primitiva.

XXII

EL RENACIMIENTO CIENTÍFICO

1. Las corrientes científicas del Renacimiento

El gran cambio en la evolución de los estudios hacia la observación experimental no puede fecharse, como algunos escritores afirman, en la reforma protestante, sino que tiene su origen en una serie compleja de fenómenos intelectuales, sociales y políticos que constituyen el Renacimiento. Por mil corrientes diversas, por la vuelta a las tradiciones de la Antigüedad clásica y por el movimiento del pensamiento que se orientó de un modo definido hacia lo positivo y lo concreto, favorecido por el estado floreciente de las grandes repúblicas marítimas y de las ciudades que han alcanzado un alto nivel de prosperidad financiera y de habilidad industrial, así como un alto grado de libertad y de conciencia civil, el movimiento intelectual asumió una nueva orientación. Esto señaló el nacimiento de la concepción de la individualidad artística y de la crítica libre que, inspirándose en las más puras formas clásicas, afirmó el reino soberano de la belleza y de la armonía rítmica del universo y creó las más insignes obras maestras del arte. De igual modo renació el estudio apasionado de la naturaleza, podríamos decir, purificado de la turbia atmósfera medieval, e idealizado en una concepción de belleza. Es la época en que Leonardo inició el camino de los estudios anatómicos, y en todas las universidades italianas el estudio del cuerpo humano en las mesas de disección tenía un puesto importante en los planes de estudio. El bisturí del anatomista que aborda los secretos de la naturaleza, la investigación del fisiólogo, que abatiendo las viejas construcciones sistemáticas, trata de escudriñar las verdaderas leyes del organismo humano, marchan paralelos al estudio apasionado de los físicos y químicos. Mientras, los hombres de letras y los artistas tratan de encontrar las leyes de la belleza, y las leyes de la armonía adquieren forma en nuevas estructuras musicales, y en las calles y plazas de Italia se erigen perfectas obras de arte; los investigadores estudian con afán, ya libres de las falsas presuposiciones dogmáticas, las leyes de la naturaleza y los filósofos tratan de formular nuevos sistemas. Ha nacido la nueva crítica científica y las visiones de Leonardo parecen encontrar su encarnación en las últimas afirmaciones de Galileo. Leonardo no es sólo un gran artista, sino un hombre torturado por un inextinguible deseo de conocer el misterio más

profundo de la existencia. Personifica, podríamos decir, el verdadero espíritu del Renacimiento. Este escudriñador permanente, este dubitante inquieto, que después de haber terminado su cotidiana labor de artista emplea las horas de la noche en la disección de "cadáveres masculinos y femeninos" para "descubrir la causa primera y la esencia íntima de la vida", es un hombre a quien atormentan todos los problemas, cuya respuesta busca, para solucionar todas las cuestiones que aparecen como insolubles a su gran espíritu de trabajo. En él se resume, en una forma exquisita, la ansiedad intelectual de la humanidad de todas las épocas, impulsada a una búsqueda desesperada, en la que cree su deber proseguir, con una sed insaciable de conocimientos, que trató de calmar con investigaciones nuevas, más profundas y dolorosas.

Una de las características más notables de esta época fue el renacimiento de la conciencia de la dignidad y la valoración de la personalidad humana. Junto a esto, el Renacimiento mostró un brote de la sed de gloria, del deseo de una vida más intensa, de una existencia terrena más grata, prolongada gracias a la fama después de la muerte. *Omnis non moriar*. No quiero morir del todo: deseo que alguna parte de mí mismo, la parte mejor, la más noble, me sobreviva.

El deseo de gloria es la más elevada y noble sublimación del instinto de conservación del individuo, después de su disolución física. Constituye una nueva manifestación, análoga a la que se presentaba en la Antigüedad clásica, de la ley suprema de la naturaleza, una vuelta a la concepción apolínea de la vida y de la belleza. Hay que conservar algo más que nuestro cuerpo, mucho más que nuestra efímera existencia, a la cual el Renacimiento atribuía una importancia muy diversa de la del misticismo cristiano: hay que conservar para siempre, grabado en el marco de la historia, el nombre y la gloria de las propias acciones, con lo cual se abre el camino a una nueva vía de escape, a una nueva aventura creadora de la mente.

Por esta razón el hombre del Renacimiento posee un sentido más elevado y perfecto de las viejas tradiciones, es capaz de re-crear la grandeza, y busca ansiosamente las pruebas de sus relaciones directas con sus ilustres antepasados. Es la época en que se descubren los antiguos códices, en que se sacan a luz los documentos de la pasada grandeza y que emergen de las antiguas ruinas las figuras de los héroes y de los dioses, en que toda la nación afirma ser la heredera directa de la antigua gloria, no sólo por razones de derecho, sino históricas y de belleza. Así, la antigua concepción mágica se transforma y presenta un nuevo desarrollo a la luz del Renacimiento italiano, cuando la conciencia individual y de grupo se forma y se

manifiesta en las comunidades y en las corporaciones. De un lado la necesidad de la conservación del individuo y de la especie encuentra su expresión en esa sed de gloria que prende en el individuo más humilde; de otro lado, la tendencia hacia lo desconocido, hacia lo misterioso se manifiesta en la corriente que conduce a los pensadores italianos hacia la ciencia experimental.

El nombre de Galileo es suficiente como ejemplo de toda una época. Su visión penetró en el tiempo y en el espacio, investigó lo infinitamente grande y remoto, como lo infinitamente pequeño, y creó con el telescopio y el microscopio, unos poderosos instrumentos de investigación. Afirmaba que todas las leyes del mundo son matemáticas y que cada verdad científica debe probarse; se consagró a la verdad y a la dignidad de la ciencia con el más completo sacrificio de sí mismo. Para él y para su tiempo la ley del experimento científico fue un canon necesario e incontrovertible. Guiados por estas luces, estudiantes de todas las partes del mundo, acudían a las universidades italianas de los siglos XVII y XVIII, para beber en las propias fuentes de la sabiduría. Como una consecuencia, la idea de la magia sufrió un cambio completo en la mentalidad de los pensadores y estudiantes. El pensamiento humano no tenía menos sed de aventura que antes, pero siguió un camino distinto dirigido hacia la luz y la belleza. El ejemplo más sorprendente de esta tendencia de la nueva aventura de la mente es la sugestión en masa que impele a exploradores, a guerreros, comerciantes, obreros y criminales, hacia la exploración y la conquista de nuevos caminos, para descubrir países, riquezas y glorias fabulosas. Burckhardt dice que los hombres del Renacimiento fueron los exploradores, los que se embarcaron hacia lo desconocido y lo misterioso. Y esto es una nueva objetivación del deseo de poder y de riqueza, de la evasión del mundo de la Edad Media.

Esta exploración de nuevos caminos produjo el descubrimiento de continentes desconocidos, el contacto con nuevas realidades y el fin de muchas antiguas creencias.

Sin duda la astrología y la alquimia todavía predominaban en las escuelas, debido a que el progreso de la verdad, que no es para todos, es excesivamente lento. Nada es más difícil que combatir los antiguos errores, y los experimentos más completos y seguros no son suficientes para dispersar la niebla de la superstición y de la ignorancia. La demostración física y experimental de la circulación de la sangre fue incapaz, por siglos, de destruir la concepción fundada sobre la autoridad de Galeno. La astrología tenía todavía sus partidarios. Durante todo el siglo XVII y parte del XVIII continuaron los procesos de las brujas y persistió la creencia popular en los magos y encantadores. Pero la magia de esta época era simplemente superstición o negocio; era sirviente de los propósitos políticos o religiosos o provecho pecuniario de aquellos que especulaban con la credulidad del pueblo. En la medicina, la ciencia experimental se coloca rápidamente a la cabeza; en las universidades la astrología se enseñaba teóricamente, y se concedía escasa importancia a las prácticas mágicas; la crítica experimental se aplicó al estudio de las causas de la enfermedad y las curas simpáticas o mágicas sólo gozaron de crédito entre aquellos que permanecían arraigados a las antiguas supersticiones. Así, en la historia del pensamiento humano el renacimiento científico señaló la transformación de la concepción mágica; señaló el fin de una época de opresión, sometida a un yugo espiritual y político y, sobre todo, a un régimen de terror. Sin embargo, con la evolución del Renacimiento volvieron a dominar los gobernantes absolutos y predominó de nuevo la influencia de las doctrinas escolásticas. Aristotélicos, dogmáticos y galenistas, se levantaron fieramente sobre los púlpitos y las cátedras, contra los fundadores de la nueva ciencia. Los tribunales podían todavía condenar a los más eminentes entre los intelectuales heréticos, pero fueron impotentes para suprimir las ideas.

El Renacimiento es la evasión de la mente colectiva, fuertemente oprimida, y la reaparición del individualismo y del sentido de la dignidad, es la primera afirmación solemne, científica y doctrinaria, de los derechos humanos, que tres siglos más tarde serían consagrados en las leyes. Desenvolviéndose, después de una larga y laboriosa preparación, en una Europa convulsionada por las guerras civiles y religiosas, el Renacimiento proclamó el fin de los sistemas mágicos y demostró que en el momento en que se rompían las trabas y se liberaba a la crítica, terminó la trágica aventura del espíritu y dio comienzo la construcción de un nuevo orden de vida.

2. La vuelta al estudio de la naturaleza

El Renacimiento científico partió de la concepción helenística, oscilando al principio entre Platón y Aristóteles, pero sustentándose más tarde, sobre un método de observación y experimentación, según el cual, se admite que las leyes matemáticas gobiernan el universo y en donde no hay lugar para las ideas mágicas en su forma primitiva. La orientación científica del Renacimiento fue eminentemente crítica y sintética y por ello abandonó y combatió las concepciones fantásticas e inciertas. En esta forma se estableció, poco a poco, una medida racional de juicio, una escuela positiva de estudiosos investigadores de la verdad; y, así, en esa época la magia inició su decadencia.

Perdió el puesto que había ganado en la Edad Media cuando predominaban las orientaciones místicas y fantásticas.

La investigación científica en la química logró la superioridad sobre la alquimia; la astrología cedió el campo, casi por entero, a la astronomía. Los problemas de los alquimistas y de los astrólogos disminuyeron en importancia cuando se compararon con los nuevos y magníficos problemas a que hacían frente los estudiosos, problemas cósmicos y universales, dado que la concepción del cosmos y las leyes del universo volvieron a la palestra en el Renacimiento. Para el científico que investigaba las leyes de la transformación de los cuerpos, la búsqueda de la piedra filosofal se ofrecía como un problema de importancia dudosa y sin ninguna base segura. La investigación de la influencia de los astros y de sus conjunciones sobre el destino de los seres humanos le pareció al hombre que poseía la concepción de las leyes del espacio como un asunto mísero y, por añadidura, vano. Al mismo tiempo los grandes acontecimientos políticos y sociales del Renacimiento, la elaboración de la conciencia de la propia individualidad, la afirmación de la ilimitada libertad de pensamiento y de crítica, fueron otros tantos hechos que contribuyeron a la decadencia de la magia oficial y científica e hicieron que ésta, una vez más, permaneciera incorporada al deseo individual. El hombre del Renacimiento no pudo ignorar o negar el conocimiento positivo y tendió a dar expresión objetiva a sus deseos por otro método, en otra forma y a través de otras manifestaciones. Esto, quizá, pueda explicar la orientación del Renacimiento hacia el arte y el conocimiento biológico. Existe una profunda analogía entre estas direcciones, porque en ambas domina la fascinación de la ley suprema del ritmo.

3. El hombre universal

El arte del siglo XIV era un arte dogmático y estilizado en la rigidez de sus formas. Era un arte de escuelas o de grupos, traducción exacta, casi siempre, a los lienzos o al mármol, de los conceptos elaborados en forma definitiva, de los cuales no podían salirse. En el Renacimiento, cuando el pensamiento se libera de las leyes que lo oprimen, los elementos de rebelión no se manifiestan en corrientes antisociales. Es interesante observar que cada vez fueron más raros los santos extáticos, los individuos poseídos por los demonios y las brujas. No cesaron los procesos de heréticos, pero ya no se presentaban procesos de brujas. El espasmo violento que buscaba una salida a través de la fe en la renunciación o en la rebelión, se mostró calmado con la reaparición de la libertad de crítica. El Renacimiento

italiano no se caracterizó por la rebelión abierta como la Reforma alemana. Los reformistas fueron en Italia los pintores que dieron a las imágenes de la Virgen, de Cristo y de los santos una expresión de elevada humanidad, suprimiendo su rígida máscara de simbolismo; fueron los historiadores que estudiaron los acontecimientos con una observación aguda y una mente libre de prejuicios, como Guicciardini, Maquiavelo y Vasari; fueron los naturalistas como Aldovrandi, los que trataron, con amor, de describir la historia de la vida de las plantas y de los animales y de descubrir las leyes de las relaciones intercósmicas, no por medio de las prácticas mágicas y de los exorcismos, sino por la investigación y el estudio.

El arte del Renacimiento ejerció una fascinación más profunda, mayor y sutil que en las épocas que le precedieron, o al menos la ejerció en distinta forma. El rito, los símbolos y las fórmulas imaginadas, se vivificaron con el carácter pasional y personal del artista. El espíritu reanimaba lo que parecía estrictamente vinculado a la letra y, así, en la mentalidad del hombre nuevo, la belleza redescubría sus leyes y sus formas y ejercía, una vez más, su antigua fascinación. Hemos visto que en los pueblos primitivos la magia se sustenta más en actos, objetos y palabras, que en conceptos; las más importantes acciones mágicas están ejercidas y derivan del ritmo sugestivo, de las formas de seres fantásticos, de las palabras, de las letras. La palabra es un sonido unido a un ritmo o una forma vinculada a un ritmo. La investigación más moderna ha puesto de relieve la profunda significación concedida al hecho de que las plegarias, invocaciones y narraciones, fuesen siempre cantadas en las épocas primitivas, es la sugestión a que se recurre así en los sencillos ritmos de los dibujos primitivos, en las representaciones simétricas repetidas en largas series con un movimiento lento y monótono de las figuras, en la música que todavía se puede escuchar en las grandes llanuras de la India, en las estepas de Rusia y en las pampas argentinas: una música lenta e invariable, con una profunda nostalgia de alguna cosa ignota y triste. Un principio similar se encuentra en todas las danzas orientales, que consisten en una sucesión rítmica de gestos cuyo significado se precisa en la repetición. Creo que no se puede encontrar un cuadro más sugestivo que el que se ofrece en las orillas del Ganges, cuando millares de creyentes, arrodillados, tocan sus ojos y su boca y repiten indefinidamente estos gestos en un estado de ánimo de profunda emoción. Es el espectáculo de la mezquita a la hora de la oración, cuando miles de hombres en un amplio movimiento sincronizado, arrodillados y prosternados, repitiendo casi inconscientemente, mecánicamente, un rito que tiene el propósito, o al menos el

efecto, de provocar un estado de sugestión en los ejecutantes y en los espectadores.

4. La magia de la belleza y del arte

Debido al desarrollo del pensamiento, a la evolución de la mente y también, quizá, a una nueva virtud inherente al gesto, que llega a asumir la belleza de la forma, el ritmo se transforma en melodía y los dibujos que representan hombres y animales no son, como en el pasado, simples reproducciones de una percepción, sino también reproducciones de una representación mental y, en ocasiones, de una ilusión, de una esperanza, de una creencia. Podría decirse que la historia de la magia recorre los caminos seguidos por la naturaleza en la búsqueda de medios para lograr un estado de encantamiento con un propósito idéntico: exaltar la procreación. En la formación de los colores de las plumas de los pájaros, en su canto, en los perfumes de las flores y en millares de expresiones que nuestros sentidos no perciben, se señala una progresiva evolución de la belleza.

La magia humana adoptó las características del arte; su encantamiento es nuevo en las formas, aunque no en el proceso de su formación. Se originó bajo condiciones especiales porque su creador, el nuevo mago, se encontraba prendido, como los magos de todos los tiempos, en el hechizo que creaba y ante el cual sucumbía. La magia humana provoca un estado de ánimo que puede ser sólo de simple excitación, pero también de un carácter crepuscular, hipnoidal, alucinatorio o estupefaciente, determinado por substancias tóxicas; haciendo uso de las palabras, de la música o de las pinturas, la sugestión es particularmente efectiva de un modo especial cuando los espectadores están predispuestos. De este tipo es la sugestión ejercida por el estudio o por los cicerones sobre los visitantes de un museo; o la ejercida por las grandes representaciones sobre el público, y muchas otras. Esta sugestión produce una parálisis de la crítica. Algunas veces encuentra sus bases en las facultades emotivas, como, por ejemplo, la moderna y compleja sugestión del cinematógrafo.

¡La magia del arte! En rigor, se puede pensar que esta palabra, que con frecuencia se usa para expresar en un sentido metafórico y convencional, las cosas que describe, indica de un modo exacto e indubitable verdaderos fenómenos psicológicos, cuya intensidad y características es difícil definir, pero que no por ello presentan menos realidad. Si, como habíamos dicho, la magia es la proyección objetiva de un deseo y de un querer, para obtener un resultado por métodos sólo conocidos por unos pocos, por medios secretos, individuales, sobrenaturales, para dominar a las fuerzas superiores, se puede decir

muy bien que es mágica la idea del artista que invoca, anhela y realiza el milagro de la creación. Así se pueden percibir en las expresiones y pensamientos de los grandes artistas de todas las épocas, y en la influencia ejercida por sus obras, los elementos característicos de la magia: la creación de un estado de ánimo particular en el que predominan las facultades emotivas sobre las críticas y la idea del artista o del mago que ejerce su acción penetrando dulce o violentamente en la mente de quien observa. Creo que para ilustrar y demostrar la verdad de este hecho es suficiente examinar las íntimas analogías existentes entre el estado de ánimo del artista en plena labor creadora y los estados de éxtasis y alucinamiento. Basta recordar que al ritmo y a la música, tanto en la naturaleza como en el arte, se les atribuye en todas las épocas una parte activa de primer orden para suscitar el encantamiento. Se puede objetar fácilmente que el arte no obra únicamente sobre las facultades emotivas, sino que las facultades críticas son indispensables para comprender el arte. De acuerdo: para juzgar una obra de arte en todo su valor, en sus formas y en las referencias a los medios usados por el artista, la facultad crítica es indispensable y en este sentido una obra de arte estimula las facultades en aquellos que las poseen. Pero la obra de arte obra sobre las emociones individuales, directamente, a través de la sugestión y del encantamiento; y en este punto creemos que, al igual que todas las formas de la magia, el impacto del hechizo sólo llega a su máxima plenitud cuando la obra de arte se apodera plenamente de su creador. Esta constituye, tal vez, la primera condición requerida para que una obra de arte produzca el efecto deseado; es necesario que sea perfectamente sincera, en perfecta consonancia con el pensamiento que la ha creado. La influencia de la obra de arte deriva de esta sinceridad absoluta.

Otros hechos importantes explican el estado de ánimo del Renacimiento. Esta es una época en la que por motivos ya mencionados y principalmente por la reaparición del sentido de libertad y por la elaboración del concepto del valor del individuo y de la nación, renace y se difunde una profunda corriente de optimismo. Ahora nada parece inalcanzable, nada se encuentra más allá de los poderes humanos. El hombre del Renacimiento, el *Homo universalis*, siente que vastos horizontes inexplorados se han abierto inesperadamente ante él; contempla los profundos horizontes de su personalidad y del universo lejano; su mirada penetra en los cielos estrellados, que el telescopio ha hecho accesibles, y en la asombrosa variedad del mundo infinitamente pequeño, que el microscopio le ha revelado. En él no hay lugar para profecías astrológicas o para las leyes del destino, al menos no las acepta sin discusión; las examina escépticamente y

con frecuencia se rebela contra ellas. En una época en que la cepa mediterránea parece que ha producido nuevos vástagos en el terreno empapado en sangre, la concepción mágica primitiva no es suficiente para indicar el camino o para frenar los impulsos del hombre. El despertar de la razón humana, que se libera de la tradición, prepara el nacimiento del *Homo sapiens*, después del dominio del *Homo sanctus* y del *Homo doctus*. El ego colectivo, racional y social, comienza a formarse.

XXIII

LA IDEOLOGÍA MÁGICA EN EL SIGLO XVIII

1. La orientación metafísica

La guerra de los Treinta Años (1618-1648), causada por acontecimientos que no justifican aparentemente tal violencia y tan amplia manifestación de las pasiones, fue una catástrofe social. Al destruir cientos de ciudades, al disolver las instituciones civiles y al dejar una numerosa estela de muertos, heridos y enfermos mentales y físicos, dejó sin resolver los conflictos más serios entre todos los países de Europa y entre los diversos grupos sociales y religiosos. Esta fue, quizá, la característica más notable de esta guerra terrible: su desarrollo y sus consecuencias fueron desproporcionadas con respecto a sus causas aparentes. En las pequeñas aventuras colectivas el propósito estuvo claro: político o económico, de guerra de conquista o de destrucción, pero siempre visible. En las grandes aventuras colectivas que conmueven a las naciones y a los Estados, los motivos son varios y contradictorios. Los motivos que las determinan originalmente son más tarde desplazados por otros completamente diferentes. La finalidad de un conflicto internacional sólo comienza a delinearse con claridad cuando la guerra, originada por causas que en apariencia son insuficientes para justificar una ruptura internacional, adquiere proporciones inesperadas.

La Guerra de los Treinta Años hundió al mundo en un caos resultante del rápido y desordenado florecer de las nuevas ideas. En Italia y en otros países latinos, el Renacimiento constituyó una corriente creadora y señaló, sin dejar muchas víctimas, una ruta de progreso científico y artístico. En Alemania el conflicto ideológico culminó en la guerra religiosa, llevada a cabo con un fanatismo extremo y el conflicto cruel y grotesco sólo terminó cuando el hambre y la miseria habían destruido casi totalmente las poblaciones de la Europa Central. Más o menos directamente toda Europa giró en el vértice de la guerra. El conflicto fue conducido sin ningún programa y ninguno de los países participantes supo escoger el momento oportuno para ponerle fin. El imperialismo obtuvo una victoria decisiva en 1620 y aunque Wallenstein y Gustavo Adolfo podían haber impuesto una paz victoriosa, ninguno de los caudillos fue capaz de detener esa espantosa carnicería. Cada uno deseaba continuarla hasta aniquilar al enemigo. De esta trágica aventura surgie-

ron dos grandes jefes: Wallenstein, duque de Friedland, comandante de las tropas imperiales, y el rey sueco, Gustavo Adolfo. La atracción personal de Wallenstein le procuró la lealtad incondicional de sus partidarios. Era un soldado y un astrólogo, un aventurero de la política, que no gozó de la confianza de los soberanos por los cuales combatía: el emperador y el rey de Bavaria. Encarnó en Alemania la idea del dictador personal, totalitario, sediento de poder y de gloria. El pueblo creyó que este caudillo de tropas católicas había firmado un pacto con el diablo para no ser herido en las batallas, y cuando fue asesinado por orden de la corte de Viena, que temía justamente su poder, se desencadenó una gran alarma a causa de la popularidad de que gozaba.

Gustavo Adolfo fue el campeón de los principios del luteranismo y el caudillo de los gobernantes protestantes contra Roma, pero su propósito principal era la conquista. Creó el mito del hombre nórdico, rubio y fuerte, conquistador de Europa y defensor de la libertad de religión. En realidad fue un gran comandante, que comprendía, en el momento preciso, la importancia de la caballería en el campo y condujo su victoria hasta los Alpes, donde murió en batalla. Después de su muerte dos poderosos y astutos hombres de Estado, el cardenal Richelieu y el cardenal Mazarino, fueron los defensores de la causa, no del catolicismo, sino de la Francia monárquica y conservadora, ambiciosa de mantener y prolongar su poder político y económico. En esta terrible guerra, motivada aparentemente por asuntos religiosos, se vio a los católicos combatir en las filas de los protestantes y a los protestantes obedecer las órdenes de los católicos. Esta guerra señaló la destrucción del orden de cosas predominantemente religioso que hasta ese momento había dominado en la política europea.

Las consecuencias de esta violenta conmoción aparecieron en el siglo XVIII, época de convulsiones políticas dirigidas contra todas las estructuras dominantes, y animada por un idealismo revolucionario orientado hacia la liberación de la conciencia del hombre y de las multitudes. Este espiritualismo idealista se originó en la corriente de la cultura hacia las ciencias naturales y en el ataque, cada vez más violento, al dogmatismo escolástico; se afirmó la necesidad de elaborar una nueva escala de valores que controlara la vida política e intelectual en substitución de la que ha sido destruida. Los creadores de estos nuevos valores, en política y en economía, así como en otros campos del conocimiento, fueron estudiosos que trataban de explicar los problemas de la vida de acuerdo con los descubrimientos científicos y con los resultados, a veces mal interpretados, de la investigación experimental, cayendo con frecuencia en especulaciones metafísicas.

En el principio del siglo predominó la influencia de la filosofía y se consideró que todos los problemas podían resolverse de modo racional. Los filósofos modelaron el nuevo orden social y ejercieron una influencia considerable sobre el desarrollo de la ciencia. El sistema de Leibnitz (1646-1716), publicado por su discípulo Christian von Wolff, se basa en la existencia de seres infinitamente pequeños e invisibles (las denominadas mónadas animadas y pensantes) como partes esenciales de todos los cuerpos y de todos los seres vivientes, de los cuales ellas constituyen el alma y derivan de una mónada central (Dios), con la que se ligan en una relación de armonía preestablecida. Esta concepción presenta algunos puntos interesantes de contacto con las antiguas concepciones mágicas.

Hacia el fin del siglo se observa, principalmente en Alemania, una inclinación hacia las fantasías románticas y místicas, que origina otros nuevos sistemas, en los cuales la magia adquiere, otra vez, sus notas características. El magnetismo animal o mesmerismo es un producto del siglo XVIII. Su defensor preeminente fue Francisco Mesmer (1733-1815), quien ejerció una influencia extraordinaria en la orientación de la medicina hacia el misticismo. Es significativo el hecho de que dedicó su tesis doctoral a la influencia mística de los planetas y a la patología y fisiología de los cuerpos humanos.

La medicina magnética está íntimamente relacionada con la medicina simpática. William Maxwell, un médico inglés que vivió hacia la mitad del siglo XVII, puede ser considerado como el fundador de la medicina magnética. Fue autor de un tratado titulado *De medicina magnetica*, impreso en Francfort, en 1679. Según Maxwell, el alma humana no está contenida dentro de los límites del cuerpo, sino que actúa fuera de él. Cada cuerpo humano emite radiaciones compuestas parcialmente de elementos materiales e inmateriales que son los vehículos que transmiten la acción del alma y que contienen fuerzas vitales. La fuerza vital puede encontrarse también en todas las substancias que abandonan el cuerpo, como la sangre, las secreciones, etcétera. Los efectos de cada acción ejercida sobre una substancia se hacen provenir de la enfermedad del cuerpo que la irradia. En todas las substancias pertenecientes al cuerpo reside un espíritu vital y persiste en ellas tanto como se conserve su naturaleza. El espíritu vital de substancias pertenecientes a diferentes individuos da lugar, cuando se combina, a la simpatía y como consecuencia al amor. De aquí se derivan innumerables doctrinas. Se basan en la antigua y correcta concepción de las relaciones recíprocas que unen a todos los seres vivientes en el macrocosmos y en el microcosmos. Se

originan parcialmente en la observación objetiva y sus huellas se encuentran en las primitivas concepciones referentes a la extensión de la personalidad humana más allá de los límites del cuerpo. A causa de la búsqueda incesante de los lazos entre el mundo espiritual y el material, estas doctrinas reafirman el valor y la importancia de los símbolos y dan lugar, como puede comprenderse fácilmente, a innumerables sistemas fantásticos y a aplicaciones prácticas de todos los tipos, en los que las ideas iniciales de correlaciones se substituyen por la noción de las relaciones fundadas exclusivamente en la similitud de los nombres, sonidos y formas accidentales.

Las teorías de Mesmer, según las cuales todo cuerpo viviente posee un fluido magnético en el que circula una fuerza especial animando tanto el mundo orgánico como el inorgánico, culmina en su "terapia magnética", consistente en colocar las manos sobre el paciente y en otras prácticas "magnéticas". Esta doctrina, examinada a la luz de la ciencia actual, con un criterio distinto a los entusiasmos que la exageraron y que luego la condenaron de un modo definitivo, forma parte más bien que del misticismo, de la historia de la sugestión terapéutica y del hipnotismo, y es en este aspecto bajo el que la discutiremos posteriormente. El término *magnetismo animal* y su concepción son extraordinariamente populares y dan lugar a una orientación mística que alcanzó gran importancia en el siglo XVIII.

Los magnetizadores surgieron en gran número, por todas partes; algunos pocos de ellos, de buena fe, buscaron una confirmación científica con ayuda de la filosofía natural, que en esa época y particularmente en Alemania, comenzaba a desarrollarse. Otros, la gran masa de impostores y charlatanes, que vislumbraron el enorme campo de acción que se ofrecía a los hombres inteligentes y sin escrúpulos, supieron explotar hábilmente una idea que hizo fácil presa en los crédulos, en los enfermos y en los ingenuos. Se discutían con gran seriedad los problemas de la llamada fecundación espiritual que el magnetizador efectuaba en el magnetizado y la polaridad de las sensaciones. La sugestión colectiva dio lugar a una extensa literatura sobre el magnetismo animal. Un médico, Kieser (1778-1862), afirmó la existencia de un cerebro solar al que se adscribía el funcionamiento de la vida intelectual durante el día, en contraste con el ganglio telúrico, una especie de centro psíquico superior que regulaba las funciones espirituales durante la noche. Entre los partidarios de Mesmer había gran cantidad de filósofos y médicos. Sentían su atracción, en general, todos aquellos que veían en esta doctrina una confirmación de la orientación hacia el ocultismo y el misterio que fue una de las características del siglo XVIII. El éxito de personalidades extrañas y fascinantes como Casanova, el conde de Saint-Germain y los innumerables grandes aventureros de este siglo, sólo puede explicarse en el contexto de esta atmósfera.

En las últimas décadas del siglo XVIII y en los comienzos del XIX, simultáneamente con el desarrollo de la orientación romántica, se propagaron por toda Europa Central la medicina magnética y el ocultismo. La homeopatía, fundada por Christian Friedrich Hahnemann (1755-1843), quien afirmó que se pueden curar las enfermedades si se provocan fenómenos análogos a los que causaron el mal, por medio de ciertas substancias, pertenece a los sistemas interesantes desde el punto de vista de la acción sugestiva. Hahnemann recetaba paños calientes para curar las quemaduras, opio para la somnolencia, y así sucesivamente. Esta concepción presentaba una inmediata analogía con la medicina simpática. Otra idea fundamental en la teoría de Hahnemann es la de que los grandes efectos de un remedio se producen por pequeñas dosis del mismo. Según esta doctrina, la reducción de las dosis incrementa su eficacia. De la teoría de Hahnemann se desarrolló otra teoría denominada "isopática". Según la isopatía, la enfermedad puede curarse con productos derivados de la enfermedad misma. Por ejemplo, los enfermos de solitaria se curan ingiriendo proglótidos, a los enfermos de gonorrea se les debe tratar con pus gonorreal, a los tuberculosos con saliva de otra persona tuberculosa, etcétera. Esto es suficiente para demostrar la analogía con algunos sistemas modernos de tratamiento, particularmente en la profilaxis, aunque ésta derive de un principio completamente diferente.

Es obvio que el producir estados emotivos especiales, facilitando la sugestión directa, es un principio dominante y nota típica de los sistemas magnéticos, así como de otros medios similares de la medicina del siglo XVIII. La medicina magnética emplea las prácticas evocatorias, como las de Schrepfer, quien por medio de la fumigación creaba en los pacientes un estado de trance onírico, en el que veían a los espíritus en forma material. Una lectura de las descripciones de las sesiones presididas por Cagliostro en París, en las cuales Mesmer magnetizaba a sus clientes y las operaciones mágicas efectuadas por Casanova convencen de la evidencia de estos hechos. La idea mágica de que hablamos, deriva su éxito de la relación directa y recíproca entre el agente y el sujeto, independientemente de que se manifieste en forma de arte adivinatorio, fácilmente creído por las mentes que muestran tendencias hacia el misticismo, o se aplique en la terapia, donde algunas veces ejerce una acción benéfica que llega a producir curas verdaderas.

2. Emanuel Swedenborg

En el misticismo del siglo XVIII dominó la figura de Emanuel Swedenborg, quien nació en Estocolmo en 1688 y fue sin duda una de las personalidades más seductoras de su época. Hijo de un obispo muy erudito, se consagró desde edad muy temprana al estudio de la teología. Asistió a cursos de ciencias naturales en la Universidad de Upsala, viajó por Inglaterra, fue alumno de Newton y ocupó más tarde un papel importante en la administración de su país. Se le consideraba como excelente organizador y dirigió la administración de minas, canales y puertos. En 1745, después de haber alcanzado renombre en su país, renunció a todos sus puestos y se dedicó exclusivamente al estudio del misticismo y del ocultismo. Es muy difícil determinar cuáles fueron los factores que decidieron este cambio en la evolución de Swedenborg, cuyas concepciones son sin duda excepcionalmente brillantes. Quizá pueda explicarse en la suposición de que ciertos hechos de su vida sexual ejercieron una influencia decisiva en este cambio de sus estudios y en la dirección de su vida. En la noche del 7 de abril de 1744 tuvo la primera visión. Cansado por sus labores y habiendo tenido sueños agitados, se encontraba en un estado de inquietud en el que con frecuencia escuchaba voces internas y percibía visiones luminosas. Durante esta primera visión, que tuvo carácter alucinatorio, Swedenborg experimentó la sensación de haber sido tocado por la gracia de Dios. Un año más tarde, en Londres, tuvo otra visión. Una figura vestida de púrpura aparece ante él y le anuncia que ha sido escogido para explicar a los hombres el sentido espiritual de las Escrituras. Esa noche, según Swedenborg, sus ojos internos estaban abiertos y pudieron ver el cielo y el infierno y los espíritus que los habitan, reconociendo entre ellos muchas de sus antiguas amistades. Swedenborg relató entonces que continuamente era tocado por los espíritus, durante toda su vida, que terminó en 1772. Virgilio, Lutero y Melanethon lo visitaban frecuentemente y hablaban con él. Él sostenía que poseía el don de la televisión. Emanuel Kant expuso, en una narración muy interesante, estos hechos descritos por Swedenborg. El caso mejor conocido y el más frecuentemente citado tuvo lugar en septiembre de 1759. En esta ocasión Swedenborg, estando en Gotemburgo, relató minuciosamente un incendio que tenía lugar en aquel momento en Estocolmo, y lo describió como si tuviera lugar a tres casas de la suya. Algunos días después, las cartas recibidas de Estocolmo hablaban del incendio en la forma precisa en que él lo había relatado. Muchos hechos tienden a mostrar los poderes proféticos de Swedenborg y son citados por sus biógrafos, pero en realidad las pruebas aducidas para estos hechos son tan inciertas que es difícil atribuirles un valor real.

La doctrina de Swedenborg se revela en su *De coelo et eius mirabilibus, et de inferno ex auditis et visis*, impreso en Londres en 1758. Afirma la existencia de un mundo de espíritus y de un estado de transición a través del cual las almas pasan después de la muerte para ser preparadas, según sus méritos y sus culpas en la vida terrena, para el cielo o para el infierno; algunas almas permanecen allí durante un corto tiempo, otras durante muchos años, pero nunca más de treinta. Todos los ángeles y los demonios, puesto que ángeles y demonios fueron originalmente hombres, poseen forma humana; los espíritus mantienen su apariencia humana y las funciones de su vida terrena. Los hombres, para lograr establecer contacto con los espíritus, necesitan hallarse en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia.

Hacia el fin del siglo XVIII, se difundió rápidamente la creencia en el ocultismo y en el misticismo; se fundaron muchísimas sectas y toda la organización internacional de la masonería, que hasta ese momento había vegetado en la sombra, logró rápido desarrollo. En esta época la institución adquiere una tendencia netamente simbólica y fantástica, con la fundación del "Capítulo de Clermont" por el caballero de Bonneville (1748). Una estructura jerárquica complicada, con una riqueza de símbolos y designaciones, se impone al cuadro original de la masonería, que al comienzo del siglo se había constituido en Inglaterra como un rito iniciador, empleando la antigua terminología, grados y prácticas de los albañiles y arquitectos. En 1756 se fundó el "Capítulo del caballero del Oriente" y en 1758 el de "Soberanos del Oriente y Occidente", compuesto de veinticinco grados de innumerables ritos pomposos. Gradualmente, a través de toda Europa, se fueron extendiendo las nuevas prácticas esotéricas y misteriosas. Las discusiones en las logias masónicas versaban casi siempre sobre problemas de ocultismo, de misticismo y, algunas veces, sobre filosofía. La orientación ocultista se acentuó en Suecia con la fundación de un sistema claramente gnóstico-cabalístico, consistente en nueve grados, en los cuales el dignatario más alto llevaba el nombre de "Vicario de Salomón" y era el único que tenía derecho a conocer todos los misterios y los ritos. En 1776, Adam Weishaupt, profesor de derecho canónico en Ingolstadt, fundó la secta de los "Más Perfectos", que más tarde se llamaría de los "Iluminados". Esta secta se extendió rápidamente a través de toda Alemania y contaba entre sus miembros a los hombres más famosos del país. En toda Europa existía un interés mórbido en todas las cosas extrañas y ocultas, y dominaba una fervorosa pasión por las prácticas mágicas y

simbólicas, así como una amplia sugestión colectiva en las clases más elevadas, cultas y poderosas. Era una edad de continua expectación de las revelaciones divinas, de grandes y nuevos acontecimientos y de personalidades dominantes. Prevalecía una tendencia a creer las cosas más extrañas, aceptando las narraciones más inverosímiles y adorando a todo lo que parecía extraordinario.

Esta dirección general hacia el ocultismo y el misterio, hacia los ritos secretos y complicados, tomó, en diversos países y medios, formas extrañas y variadas, y ofrecía un amplio campo para todo aquel que deseaba explotar hábilmente la situación en su provecho, atribuyéndose títulos fantásticos y poderes quiméricos y ejerciendo una sugestión personal en un ambiente perfectamente preparado. Estas condiciones de la sociedad europea del siglo XVIII explican la extraordinaria popularidad que gozaban en las multitudes, así como en palacios reales, en la sociedad aristocrática y en los grupos cultos, hombres cuyas aventuras poseían un sentido que procedía del ámbito puramente biográfico y que constituían una parte notable en el cuadro de la vida social de su tiempo.

3. Cagliostro

Entre los grandes aventureros del siglo XVIII se encuentra Giuseppe Balsamo, autonombrado conde de Cagliostro (1743-1795). Es sin duda la persona más notable de esta época no tanto por sus cualidades, ya que no fue un hombre de genio, ni de una gran voluntad, ni aun un hábil charlatán, sino porque el estudio de su vida ilumina el escenario sobre el que se desarrollan los acontecimientos. Cagliostro fue verdaderamente un mago en el viejo sentido de la palabra y podríamos decir que fue el último de los grandes magos. Muestra la ausencia de la actividad crítica, aun en los momentos en que la más simple observación de los hechos le hubiera revelado la gravedad de los peligros que lo rodeaban. Ninguna ley frenaba sus deseos; ningún sentido moral lo hacía dudar, ni por un momento, del camino que parecía el destino había marcado a su voluntad. Falsificador de documentos por el deseo de la grandeza y del poder, más que de la riqueza, la que evidentemente no deseaba, por la pasión del fasto y por sus sueños de éxitos magníficos y clamorosos. En realidad, el problema más interesante en la vida de Cagliostro es saber el propósito práctico que lo movía. Podía haber atesorado grandes riquezas explotando los escasos conocimientos que poseía sobre preparaciones farmacéuticas, que había aprendido cuando muchacho en el convento de Catalgirone. Sin embargo, practicaba la medicina a su propia manera y era bien conocido que atendía a los pobres con

el mayor desinterés y que con frecuencia rehusaba tratar a gente acaudalada: las ganancias obtenidas con su práctica médica eran muy reducidas. Amigo íntimo de algunos de los hombres más ricos y poderosos de su tiempo (es suficiente mencionar entre ellos al cardenal de Rohan), jamás utilizó estas amistades con fines de provecho personal. Aunque en contacto con las personas que desarrollaban una parte activa en el famoso asunto del collar de la Reina, se mantenía alejado de toda interferencia y evitaba que se le pudiera considerar en complicidad. Sólo solicitaba de sus protectores influyentes que se hicieran miembros de la logia o que asistieran a sus experimentos y le posibilitaran la compra de drogas. En una época en que tenía infinitas maneras de hacerse rico aquel que viviera cerca de la corte, Cagliostro continuó siendo durante toda su vida, el inquieto buscador de la aventura.

No se puede afirmar que fuera un místico o un creyente. Las ideas de Cagliostro siempre aparecen, aun en los documentos fundamentales que comprueban su actividad, desordenadas, inciertas y confusas. Produce la impresión de que todos sus discursos y escritos están inspirados más bien en la búsqueda de palabras y sentencias rimbombantes que en la necesidad de expresar alguna cosa concreta y profundamente sentida. No fue un gozador de la vida como Casanova, y aun sus críticos más severos sólo lo pueden acusar de faltas menores. Y es cierto que no se le pueden atribuir acciones que nos hagan creer que el deseo de una vida opulenta o la pasión sensual dirigieron su conducta.

Cagliostro fué un mago por excelencia porque sólo lo guiaba la creencia en sí mismo y en su poder de convencer y orientar; lo guiaba la pasión por el fasto y el esplendor, por las cosas secretas y admirables. Más que nada, era un mago porque el poder que poseía lo ejercía en provocar la sugestión sobre todos los que le rodeaban. Eran numerosas las personas de gran inteligencia y de estudios profundos que se acercaban a él con recelo, ya que conocían su turbio pasado y las deficiencias de su educación, pero que eran ganadas por el encanto de su personalidad. Una lista de las personas que sufrieron su hechizo incluye muchas de las más famosas notabilidades de la historia de Europa en los finales del siglo XVIII. Por un momento, cuando Cagliostro fue arrestado por orden del papa, parecía que toda Europa perdía interés en los problemas de la Revolución Francesa para fijarse únicamente en el problema de si Giuseppe Balsamo y el Conde de Cagliostro eran una y la misma persona. Desde los primeros días de su vida errante en Londres hasta el momento triunfal en que fue liberado de la Bastilla, cuando la multitud, delirante de entusiasmo, escoltó su carruaje hasta su casa, cuando todos los bal-

cones de la ciudad se iluminaron en su honor, ejerció casi constantemente su arte mágico de sugestión profunda. Todas las formas de la magia encontraron en él un devoto apasionado. Alquimista de conocimientos no comunes, se dedicó en numerosas ocasiones a la preparación de la piedra filosofal, y en Varsovia convenció al príncipe Adam Poninsky para financiar la continuación de sus experimentos. Trabajaba en el nuevo alquímico, mientras todos los miembros de la logia se reunían en el laboratorio delante del atanor; preparaba la *secunda materia*, destilando el agua de lluvia y, con mercurio y otros componentes misteriosos, trataba de obtener plata, e impregnándola del "germen universal" se disponía a convertirla en oro. Las descripciones de sus partidarios nos revelan, en sus obras, cómo Cagliostro ejecutaba estas prácticas y la solemnidad con que realizaba todas las ceremonias. Adivinador, dotado —como él mismo sostenía— de espíritu profético infalible, predijo, según las narraciones de sus contemporáneos, la suerte de María Antonieta y el número de la lotería de Londres de 1776. En muchas otras ocasiones se reconoció la justeza de sus profecías. Renombrado curandero, efectuó en Estrasburgo, París y Rovereto, para sólo citar los lugares donde residió por algún tiempo, curas maravillosas. El príncipe de Nassau, la princesa de Mont-Barey, el príncipe de Soubise, el príncipe de Rohan, el duque de Caylus, el príncipe arzobispo de Trento y muchas otras personalidades famosas se contaron entre sus clientes y proclamaban su fama de hábil diagnosticador, insuperable en reconocer la verdadera naturaleza de la enfermedad y en prescribir su cura. Afirmaban su capacidad de evocar a los muertos y obligarlos a responder a sus preguntas. Finalmente, sus "pupilas" o "palomas" —muchachas escondidas detrás de una pantalla, a las que mantenía sin duda en estado de "trance"— eran médiums excelentes, capaces de responder a preguntas referentes a cosas desconocidas o lejanas. Los filtros de la juventud y la piedra filosofal, las iniciaciones secretas y las prácticas basadas en fórmulas cabalísticas y las rítmicas repeticiones de nombres, las curas mágicas y los experimentos alquimistas, las profecías, la cristalomancia, la sugestión individual y colectiva, todo formaba parte de la vasta y compleja obra de Cagliostro, siempre acompañada por el fervor entusiasta y el aplauso delirante de la multitud.

En el centro de la sala circular de la logia madre de Lyon, se eleva el magnífico busto en el cual el hermano Houdon había inmortalizado los rasgos del profeta, y en las reuniones de la orden egipcia, la Gran Coptha, fundada por Cagliostro, rodeado de los altos dignatarios era venerado como el Maestro Único, mientras en la Logia Adoption, Lorenza Feliciana, la esposa de Cagliostro, una mujer extraordinariamente bella, subía los escalones del pequeño trono

en torno al cual se recogían en éxtasis devoto las mujeres que llevaban los más grandes nombres de Francia.

La traición de Lorenza y las acusaciones contra su marido llevaron a Cagliostro a la ruina, provocando su arresto, su proceso y su condena. No podemos examinar aquí con detalle aquellos hechos, como, por ejemplo, las convulsiones que sufrió mientras estuvo en prisión, que le produjeron la pérdida de la conciencia y que nos pueden hacer pensar que Cagliostro era epiléptico. Es cierto que en la historia de la magia, y particularmente en la del siglo XVIII, el éxito sin paralelo obtenido por este hombre de poca cultura y de inteligencia mediocre, dotado de una extrema sensibilidad y con todas las cualidades requeridas para influir sobre las masas, constituye uno de los fenómenos más interesantes del milagro. En una época de la historia en que había una profunda y vasta expectación por los milagros y hechos raros, Cagliostro, por medio de una preparación adecuada, gracias a las escuelas filosóficas y místicas, persuadió y dominó y fue, a su vez, persuadido y dominado por acontecimientos más fuertes que él.

4. La magia romántica del siglo XVIII

Si pensamos que el hecho dominante y permanente es siempre la acción sugestiva, es evidente que, según los cambios sufridos por la personalidad del sujeto y del objeto y las variaciones impuestas en ellos por el clima intelectual y sentimental en que viven, así como por los acontecimientos políticos, religiosos y sociales, estas corrientes adquieren mayor o menor importancia, unidas o separadas, completándose o excluyéndose unas a otras, desapareciendo o reapareciendo. Hacia el fin del siglo XVIII predominaba la tendencia romántica, y fue fácil a los charlatanes y a los aventureros imponerse a los individuos y a las multitudes por medio de promesas extraordinarias, complicadas representaciones y el anuncio de grandes éxitos y de poderes ilimitados. En igual forma ocurre en la época en que por la acción de los acontecimientos sobre los individuos y los grupos, predominan las direcciones místicas y se ejerce una gran influencia por personas que son claros explotadores de las doctrinas y teorías que satisfacen esta necesidad de misticismo.

Poco a poco, con la explicación científica de los fenómenos extraños, con el estudio profundo de la psicología y con el examen crítico de los estados subconscientes y sus manifestaciones, aparecieron evidentes las causas y efectos de una serie de fenómenos pertenecientes al círculo mágico. Pero dado que las explicaciones científicas sólo parcialmente resolvían el misterio que envolvía estos fenómenos

ante los ojos de los creyentes y, sobre todo, dado que las ciencias prescindían de la esencial necesidad de fe, que es la atmósfera en que estos fenómenos tienen lugar, el conocimiento científico no obtuvo éxito y tal vez nunca pueda obtenerlo, en sus intentos de eliminar la magia por completo.

En comparación con la orientación experimental del Renacimiento, el ocultismo mágico del siglo XVIII representó una reversión que aparece como una reacción lógica y casi necesaria, para la revolución estética y ética producida por el Renacimiento. Tal reacción se produjo simultáneamente en todos los campos del pensamiento. Constituyó una de las oscilaciones del péndulo en el ciclo de las aventuras de la mente. No debe asombrar, por esto, que los principales acontecimientos políticos de la última parte del siglo pasado, no provocaran sino un cambio temporal en el estado de cosas. La Revolución Francesa, con la proclamación de los derechos del hombre y la abolición de los privilegios, en guerra despiadada con las ideas religiosas, se presentó, a primera vista, como una victoria del racionalismo, y en verdad la idea mágica apareció disminuida en primer lugar, desapareciendo más tarde. Pero, en realidad, debido a la violenta tempestad que agitaba a las mentes y a las conciencias, a los movimientos revolucionarios y a las guerras que a comienzos del siglo destruyeron centenares de miles de vidas y trastornaron todos los valores, el materialismo que surgía triunfante y que dominaba el concepto democrático durante la primera mitad del siglo XIX, no venció definitivamente a la magia, fundada principalmente sobre el instinto de conservación de la especie. Este instinto, herido en lo profundo por las revoluciones y las guerras, renació con mucha fuerza y con una intensidad más violenta. Fue una llamada a todas las antiguas tradiciones del inconsciente, a todos los recuerdos arcaicos, para defender, por todos los medios, la existencia individual, nacional o racial. En este, como en otros períodos históricos, la regresión a la idea mágica después de una época de progreso triunfal, de racionalismo e investigación, fue una indicación de la oscilación histórica, descrita claramente por Goethe, entre los polos positivos y negativos, entre la orientación hacia la libertad de investigación y la vuelta a los viejos vínculos. La magia es un intento de evasión y de afirmar la independencia ante las leyes humanas; es una evasión hacia el Cosmos, una reversión hacia los vínculos primitivos que ligan a todos los seres vivientes; es una tentativa de rebelión ante todas las leyes sociales, que en un momento determinado se sienten demasiado estrechas o demasiado injustas, es una vuelta al individualismo antisocial. La magia puede oscilar entre la aniquilación de la verdad y el deseo, en los estados místicos y la rebelión contra la idea religiosa. Estas oscilaciones derivan de miles de causas complejas, que son difíciles de analizar, porque en gran parte no son percibidas, y actúan bajo la acción de fenómenos políticos, sociales y económicos que determinan las fases sucesivas en el progreso de la Humanidad.

XXIV

LA FORMA MODERNA DE LA MAGIA: LA ADIVINACIÓN

1. El arte mágico fundamental

En todas las épocas la adivinación ha constituido el arte mágico fundamental. En los tiempos antiguos se la consideraba derivada de un don particular conferido a ciertas personas o a ciertas épocas, consistente en escuchar cosas que otros no oían, en ver huellas invisibles para los demás, y en adivinar, con sentido profético, los acontecimientos futuros.

Con el desarrollo de la historia de la magia a través de los siglos la adivinación se sistematiza. Cristaliza en diferentes formas, leyes y reglas, las cuales son modificadas sucesiva o parcialmente, dando lugar a toda una técnica adivinatoria.

En la tradición de todos los pueblos se concede gran importancia, en lo que se refiere a los orígenes de la profecía, al susurro de las hojas, al canto de los pájaros, a los perfumes y, entre los pueblos de la India en la edad védica, a pequeñas dosis de tóxicos. En ciertos santuarios donde debe pronunciarse la profecía, la pitonisa entra en un verdadero estado de trance y la interpretación de los oráculos, que corresponde a los sacerdotes o a los expertos, presenta muchas dificultades. En otros casos, de adivinación primitiva y antigua, de los cuales se conserva la documentación histórica, se puede concluir con certeza que las visiones de los oráculos consisten en verdaderas alucinaciones de individuos psicopáticos. Entre muchos pueblos los perturbados mentales eran considerados videntes. Cuando la adivinación mágica deviene un arte practicado de acuerdo con reglas fijas, es necesario establecer de un modo claro y definido el simbolismo de los signos, tales como el vuelo de los pájaros, la conjunción de los astros o las manifestaciones de los sueños, para evitar las contradicciones entre los magos y las posibles interpretaciones erróneas de un solo hecho o signo por varias personas o por diferentes épocas.

Como consecuencia, la adivinación evolucionó poco a poco y adquirió una forma un tanto distinta de la primitiva. No consistía sólo en el producto de un estado mental psicopatológico o hiperemotivo, ni tampoco se interpretaba según el individuo y el caso, sino que consistía en la interpretación de los fenómenos según reglas permanentes, establecidas. Así quedaba suprimida, casi por completo, la acción de un individuo en estado de trance. El profeta de los antiguos, el mago de los primitivos, la sibila, las sacerdotisas de Pitón, en el acto de profetizar obraban bajo la influencia de un estado manifiestamente emotivo e hipersensitivo. En épocas posteriores los magos ejercen sus diversas artes adivinatorias de acuerdo a reglas establecidas y aceptadas. Por un desarrollo análogo al que causa que la astrología se transforme en astronomía y la alquimia en química, mientras los símbolos en ambos casos mantienen su valor mecánico, la adivinación mágica puede dividirse claramente en dos categorías distintas. La primera, la adivinación según el viejo sentido del término, incluye los fenómenos en los que predominan las sensaciones psíquicas y se pueden atribuir a la sensibilidad denominada por Richet criptestesia: la telepatía, el preconocimiento, los fenómenos rabdománticos, los sueños premonitorios, etcétera. La segunda comprende las artes como la quiromancia, la fisionogmía, la cartomancia, la interpretación de los sueños y aun la moderna astrología tal como se practica en la actualidad, formas que no pueden considerarse mágicas en el sentido general dado a la palabra.

La primera categoría comprende, sin duda, los fenómenos que se producen en el inconsciente, en un estado de ánimo especial, bajo la sugestión de un deseo o bajo la influencia de una ilusión, hechos que serán más tarde interpretados por algún agente o que conducirán a la objetivación del deseo. Por otro lado, en las artes de adivinación mecánica, la acción mágica se verifica por medio de cartas u otros medios, como en la quiromancia, que consiste simplemente en la lectura e interpretación de ciertas líneas muy visibles. La expresión más evidente de esta técnica llevada a sus últimos resultados es el famoso libro de los sueños, que centenares de miles de copias han hecho asequible en todas las lenguas y que incluye un número de la lotería correspondiente a cada persona o hecho que aparezca en los sueños. Debemos añadir, sin embargo, que en las artes adivinatorias clasificadas en la segunda categoría, la acción mágica puede ejercerse por la persona que actúe como intérprete y así se puede admitir que en las artes de esta categoría, los instrumentos como las cartas, se usan simplemente para provocar en el adivinador el estado de encantamiento o para intensificar la sensibilidad mediante la cual es capaz de percibir hechos desconocidos del pasado y del futuro. Pero es claro, de todos modos, que así como los hechos mecánicos poseen una cierta importancia en las artes adivinatorias correspondientes a la primera categoría, de igual modo se debe atribuir una cierta importancia a los fenómenos psicológicos y a los mecánicos que se manifiestan en las artes adivinatorias correspon-

dientes a la segunda categoría. Esta distinción muestra la lenta transición, la transformación gradual de la magia determinada por una serie de hechos, repetidamente examinados.

2. Telepatía, telestesia e hipersensibilidad psíquica

La telepatía pertenece a los hechos adivinatorios correspondientes a la primera categoría. La lectura del pensamiento fue descrita por Brown, un norteamericano, en 1875 y posteriormente por otros experimentadores. Una serie de experimentos científicos (descritos por Lehmann en los *Proceedings* de la Sociedad para las Investigaciones Psíquicas) probaron aparentemente que la lectura de los pensamientos sólo es posible a una distancia relativamente corta. Muchos hechos parecen confirmar esta afirmación, que se basa en las vibraciones involuntarias del paciente. Algunos experimentos interesantes hechos por Lehmann y Hansen en Copenhague muestran que si el paciente, después de que se le ha prohibido firmemente que mueva sus labios o emita algún sonido, piensa un número, realiza un pequeño movimiento en sus órganos vocales. Se pueden percibir estos movimientos por el simple método de colocar dos espejos cóncavos, uno delante de la boca del sujeto y el otro en el oído del observador, de modo que los centros de esos espejos se encuentren en línea recta. Se puede admitir que los movimientos involuntarios de los labios son leídos por una persona que observe atentamente. Todo el mundo ha tenido la ocasión de comprobar algunos ejemplos asombrosos de cómo una persona sorda, acostumbrada a largos y pacientes ejercicios de labios, reconoce las palabras y puede leer a una considerable distancia el pensamiento de personas que negaban haber pronunciado una palabra y que en ese momento particular tenían que admitir la posibilidad.

Si estas explicaciones no son suficientes para presentar de un modo claro y exacto el problema, indican la dirección que debe seguir el experimentador. No es necesario admitir, como una explicación de la telepatía y de la lectura del pensamiento, la existencia de fuerzas misteriosas, pero sí es lógico considerar que la telepatía consiste en impresiones recíprocas, enviadas y recibidas por personas bajo la influencia de un estado de ánimo especial y de un deseo.

Es evidente para las personas que siguen estos razonamientos que fenómenos como las previsiones, los sueños premonitorios y otros, pueden explicarse de un modo análogo. Sin duda, como observadores autorizados han señalado, después de serias investigaciones, un cierto número de casos recogidos y descritos en la bibliografía de este tema, revelan fenómenos que pueden considerarse como basados en una

presencia. Pero al examinar y probar tales casos para valorar su significación no debe olvidarse que representan una fracción muy pequeña en comparación con aquellos en que se ha demostrado su falsedad.

Está plenamente comprobada la existencia de fenómenos orgánicos que tienen lugar en el inconsciente y que originados en una sensibilidad particular son dirigidos por fuerzas sobre las cuales es muy difícil obtener dominio y control. Son aquellas impresiones que interpretadas por el yo consciente bajo la influencia del medio, de la sugestión o de otros factores, pueden aparecer como consecuencia o presentimiento. Para explicar estos fenómenos es suficiente establecer una relación entre la conciencia y el inconsciente.

Estos fenómenos presentan, por varias razones, una analogía con la magia debido a que necesariamente implican estados de ánimo particulares producidos por gran variedad de causas. La disposición de ánimo puede ser producida por un sueño, una varita mágica o cualquier otro agente que ejerza un hechizo sobre un individuo o por otros factores más limitados o remotos que se ignoran y sobre los cuales no se ejerce ningún control.

¿Pero por qué se debe suponer que estos fenómenos tienen lugar en el inconsciente? Debido a que el trance, como es sabido, se caracteriza por el hecho de que es provocado por la acción del ritmo (canciones, danzas, música, luces brillando repetidamente, etcétera), y despierta impresiones pasadas o las hace ascender a la superficie. No hay duda de que existe un recuerdo ancestral, un hábito arraigado en el inconsciente arcaico; no se puede negar la existencia en el organismo de una memoria, de un conocimiento instintivo del pasado y del presente, que sigue, con una sucesión de actos que no pueden considerarse como simplemente automáticos, los caminos de sus predecesores. De igual forma los insectos ejecutan diariamente las acciones necesarias para su vida futura con una habilidad y precisión que nos dejan perplejos, porque resulta difícil admitir que sean sólo el producto del instinto.

Podemos pensar que bajo la influencia del encantamiento o de un estímulo, pueden revivir las remotas impresiones ancestrales radicadas en la conciencia. El hechizo despierta la memoria del pasado y reanima la experiencia que puede determinar el futuro. Un aroma, una música, una palabra, una substancia química, un factor luminoso, sonoro, eléctrico o una radiación indeterminada, pueden hacer que súbitamente renazca en nuestro organismo el recuerdo del pasado. Por los medios bien conocidos de la regresión de la personalidad es posible, a través de la sugestión hipnótica, trasladar a una persona a un período anterior de su existencia, induciéndole a que renazca

en su mente, o haciéndole recordar hechos aparentemente olvidados del todo. Análogamente, nadie nos puede impedir que creamos que bajo la influencia de la sugestión, o en un estado de encantamiento o trance, motivado por diversos factores, se puedan evocar los recuerdos del pasado de los que deriva por analogía una predicción del porvenir. Esta parece ser, en líneas generales, la aplicación elemental del problema, porque no debemos olvidar que aun los conceptos de la conciencia y de la inconsciencia, del ego y del ello, en sentido freudiano, no representan complejos perfectamente determinados, porque en cada período, individuo, especie y raza, tales complejos difieren en límites, contactos y relaciones. Según Freud y su escuela, el ego controla al ello, pero en opinión de Maxwell se encuentran situados el uno al lado del otro. Algunos creen que el ello personifica el *daimon* de los antiguos o el *ka* de los egipcios. La explicación más lógica y una de las aceptadas por la intuición y la inteligencia del hombre en todas las edades, es la que sostiene que estas percepciones se deben a fuerzas no controlables por el razonamiento crítico y que se encuentran fuera de la esfera de la conciencia.

Todos los seres humanos, los animales y especialmente los insectos, poseen continuamente algunos vagos recuerdos del pasado y estos fenómenos, de los que hemos hablado, son tal vez los responsables de las antiguas creencias en la metempsicosis y en la reencarnación, que eran casi universales en el pasado. Todos tenemos experiencias de fenómenos similares y poseemos indistintamente recuerdos de personas que nos parece haber visto, de palabras que recordamos haber escuchado, de situaciones que creemos haber vivido. Se puede suponer justamente que, en la época en que nuestro yo crítico no estaba suficientemente desarrollado o no predominaba sobre nuestra inconsciencia, en la época que podríamos denominar, con rigor, mágica, en ella estos fenómenos eran normales o por lo menos muy frecuentes. La adivinación de los primitivos aparece como un hecho normal de cada día; en nuestra época, por el contrario, es sólo una manifestación del estado de encantamiento o la expresión de la objetivación del deseo. La adivinación moderna, por medio de la rabdomancia, la telepatía, los sueños premonitorios, la lectura del pensamiento y prácticas similares, ha conservado los objetivos y en cierto modo, los ritos de la magia, tal vez porque en realidad todos los ritos, en su ritmo, en las fórmulas y en las palabras, repiten o simbolizan los agentes naturales que dan lugar al poder encantador de la naturaleza, como, por ejemplo, las canciones, los perfumes, la música y tantos otros. . .

3. La técnica de la adivinación mecánica

La adivinación moderna, al menos la que se practica en la actualidad, que se destaca en su línea esencial de la adivinación y se ha hecho mecánica, no pertenece en realidad a la magia, en el sentido que se le ha dado a esta palabra o, por lo menos, sólo le pertenece en una forma indirecta. Las artes adivinatorias ampliamente practicadas, como la cartomancia, la quiromancia, la fisiognomía y aun la astrología en sus más recientes aplicaciones y la oniromancia o interpretación de los sueños, constituyen sistemas reales, por medio de los cuales una persona, sin necesidad de un estado especial o de sensaciones determinadas, puede, con la guía de un maestro o de un libro, dar respuesta a los problemas que se le plantean. Se puede fácilmente sostener que estas artes no forman parte de las aventuras colectivas de la mente, mas se encuentran entre los innumerables intentos para sorprender la credulidad de las masas. Hasta cierto punto esto es verdad: ninguna adivinación ni quiromancia o prácticas similares de artes ocultas han determinado corrientes de pensamiento ni han ejercido alguna influencia antisocial. Pero merecen ser mencionadas porque el florecer de estas artes mágicas siempre precede a las grandes aventuras de la mente o las acompaña, constituyendo siempre uno de sus síntomas. Por sí mismas no pueden originar ninguna aventura peligrosa mental, pero contribuyen a crear la atmósfera, a orientar y a determinar el estado de ánimo de las masas, de las cuales son un síntoma muy significativo. El incremento de su popularidad en ciertas épocas es indicación de una condición particular del ambiente.

La adivinación se practica hoy en día en amplia escala y en variedad de formas por pitonisas, adivinadores y nigromantes de todas las nacionalidades y clases sociales: desde las damas de la alta aristocracia hasta las mujeres del pueblo; desde la princesa rusa a la zíngara y por el público de todas las categorías, pudiéndosele considerar como una explotación sistemática y hábilmente organizada de este estado de ánimo individual y colectivo. Es fácil explicar por qué en algunos casos individuales las observaciones de los videntes pueden parecer proféticas: es fácil imaginar cómo una persona inteligente y sensible puede entender, sin recurrir a las artes mágicas, los pensamientos y los sufrimientos de una persona inteligente que la consulta para conocer su futuro y sabe revestir estos pensamientos y sufrimientos de consideraciones apropiadas y de vagas previsiones elásticas, muy similares a las de los antiguos oráculos, haciendo predicciones que por lo general no son mucho más agudas que las que obtienen las sirvientas por unos pocos centavos de la mujer del pue-

blo, que algunas veces acierta. Cualquiera que haya leído previsiones célebres y generalmente aceptadas, como, por ejemplo, las de Madame de Thèbes y las compara con los acontecimientos actuales, puede admitir que corresponden muy poco a los hechos, aunque sean interpretadas con la máxima buena voluntad para presentarlas como profecías.[1]

En conclusión, se puede admitir que toda la magia moderna adivinatoria puede clasificarse como telestesia o critestesia, si se acepta la vaga definición de Richet, para la adivinación efectuada en un estado de encantamiento o de trance, que puede provocarse en algunos sujetos por medio de las cartas, de la bola de cristal o por algún otro objeto o substancia. Tales manifestaciones adivinatorias derivan de la memoria del inconsciente, de la sugestión o de la autosugestión, y presentan una íntima conexión con los fenómenos de la magia. Todas las otras formas de la adivinación moderna, la sedicente adivinación moderna, no pueden considerarse, desde el punto de vista científico, sino como manifestaciones que son capaces de actuar sugestivamente sobre los individuos expuestos a ellas. Desde este punto de vista puede ser curativa o simplemente benéfica, aunque su predominio puede ejercer una influencia extremadamente peligrosa.

[1] Los estudios y experimentos de precognición realizados por Rhine y su escuela, de la Universidad de Duke, constituyen un esfuerzo interesante para explicar la posibilidad de la existencia de hechos que pueden ser considerados como adivinatorios y que pertenecen al orden de fenómenos que se han definido como parapsicología.

XXV

LA METAFISICA DEL ESPIRITISMO

1. El espiritismo anterior al siglo XIX

Si consideramos que la causa primordial de la creencia mágica está ligada al instinto de conservación y al deseo de probar la continuación de la vida después de la muerte física, debemos admitir que los fenómenos que se agrupan bajo el nombre de espiritismo, impropiamente denominado espiritualismo, se encuentran dominados por tales elementos esenciales. Por esta razón es evidente que el espiritismo, o al menos su parte esencial, no data de fecha reciente y que cuando los adeptos a la doctrina espiritista reclaman que es tan vieja como la humanidad, en cierto modo tienen razón. En rigor, las prácticas espiritistas revelan fenómenos que, como hemos indicado, existen desde las más remotas épocas y se encuentran analogías en las explicaciones de estos hechos con las doctrinas más antiguas.

La concepción fundamental del espiritismo moderno difiere de todas las viejas doctrinas similares, sólo porque se presenta como un completo sistema orgánico en que se explican todos los fenómenos. Una serie de hechos o fenómenos, conocidos exactamente y descritos con frecuencia, parcialmente documentados, de hipótesis que presentan la forma de afirmaciones dogmáticas, se recogen en sistemas cerrados, cuyas conclusiones, más o menos simplificadas, muestran la idea fundamental del espiritismo, acerca de que el alma es inmortal, de que continúa viviendo después de la muerte del cuerpo y es sometida a una serie de transformaciones o cambios en un ambiente situado más allá del mundo de la percepción sensible y que puede, bajo ciertas circunstancias, establecer contacto con los vivientes, provocando una serie de fenómenos físicos o psíquicos que no pueden explicarse por la ciencia experimental.

Junto a este fundamental concepto se encuentra la creencia de que los espíritus, las almas de los muertos, necesitan emplear "médiums", esto es, individuos que posean cualidades particulares que les permitan comunicarse con los espíritus y transmitir sus mensajes.

Entre los pueblos antiguos el mago era el médium que se encargaba de establecer contacto con las almas de los difuntos. La diferencia fundamental entre la evocación de los antiguos y la del espiritismo moderno, consiste en el hecho de que en las épocas antiguas no se

admitía que los espíritus fueran capaces de entrar en relación con los hombres, aunque se les atribuían cualidades sobrenaturales, diabólicas o angelicales. Como seres superiores al hombre, poseían mayor conocimiento y poder que el que posteriormente se atribuyó al alma de los muertos. Pero si consideramos que el requisito esencial para establecer comunicación entre los espíritus y el hombre es la presencia de un médium, especialmente un individuo en estado de éxtasis o de trance, que puede lograrse por factores diferentes, y si recordamos, además, que este individuo no puede ejercer su acción sino en un grupo cerrado o sobre un círculo de creyentes o iniciados que lo rodean, encontraremos numerosos ejemplos de este fenómeno en la literatura antigua y en ellos se observa la misma preparación del médium, la misma disposición del círculo y la misma manifestación de los fenómenos. Lehmann cita un libro de Abraham von Worms en el que se enseña la práctica de la magia divina. Este libro está fechado en 1600 y se refiere, con toda claridad, a los ritos espiritistas y a sus prácticas, a los fenómenos luminosos y a la materialización de los espíritus.

Aquel que lea los legajos de los procesos de las brujas y los numerosos casos de individuos poseídos por el demonio, que afirmaban repetidamente que escuchaban voces, veían visiones, percibían olores, etcétera, se ve obligado a concluir que, al menos en algunos de estos casos, se trataba de la aparición espontánea (o inducida) de cualidades de médium.

El desarrollo del espiritismo en el sentido moderno se debe en gran parte, a la gran influencia ejercida por un hombre de genio, que tuvo un prestigio indiscutible sobre sus contemporáneos y sobre las generaciones sucesivas. Ya nos hemos referido a la obra de Emanuel Swedenborg (1688-1772), místico que se consagró al estudio de la naturaleza y de la física con una extraordinaria aplicación. Según su mismo relato, observó que podía caer en un estado de autohipnosis en el que contemplaba una luz interior. Este hecho se manifestó por primera vez cuando tenía catorce años y lo indujo a creer que era un individuo de constitución neurópata. Hacia 1745 comenzó a dedicarse exclusivamente a sus visiones. Afirma que el conocimiento sólo depende parcialmente de la percepción sensible pudiendo derivarse también de comunicaciones directas con lo sobrenatural. Esta comunicación se puede lograr venciendo a los sentidos y viviendo una vida de puro ascetismo. Swedenborg describe una serie de sus visiones, las que considera, nada menos que como manifestaciones de la gracia de Dios. Estas visiones presentan las características típicas de las alucinaciones, análogas a las descritas por Benvenuto Cellini y otros autores. Swedenborg afirmó que estaba

en contacto continuo con los espíritus hasta su muerte y que había hablado con Virgilio y Lutero. También afirmaba que poseía el don de la telepatía.

En su interpretación de la Biblia, Swedenborg es un partidario decidido del sistema cabalístico y busca una explicación mística y simbólica de las palabras y las letras. Su obra fundamental, *De cerlo et eius mirabilibus et de inferno ex auditis et visis*, publicado en Londres en 1758, fue leído ampliamente. En él afirmaba algunos puntos esenciales de la doctrina espiritista, tal como la posibilidad de establecer comunicación con los espíritus, la vida del alma después de la muerte, etcétera.

No es el caso de examinar todas las teorías originadas en la doctrina de Swedenborg. Algunos de sus alumnos consideran sus afirmaciones como dogmas y fundan la Iglesia de la Nueva Jerusalén, otros fundan la neumatología, doctrina de los espíritus, cuyo partidario más importante es Heinrich Jung-Stilling (1740-1817). Este último más tarde fue autor de la *Ciencia de los espíritus* (Nurenberg, 1808), en la que trata de explicar las relaciones con el mundo de los espíritus por el magnetismo animal. Jung-Stilling piensa que el hombre adquiere una visión especial en estado de sonambulismo y afirma que cuando el alma del hombre se libera del cuerpo puede ser visible, simultáneamente, para personas situadas en lugares distintos, atrayendo hacia sí a la materia por medio de su poder nervioso.

Ya en la época de Swedenborg se llevaron a cabo numerosos intentos para explicar estos fenómenos científicamente. Georg Konrad Horst (1767-1838) trató en su *Demonomagia* (Francfort, 1818) y en su *Deuteroscopia* (1830) de examinar críticamente los fenómenos mágicos y las manifestaciones de televisión y profecía. Debemos citar, brevemente, a una médium que tuvo una gran importancia en su época: Frederica Hauffe, la denominada adivinadora de Prevorst (Würtemberg), quien manifestó todos los fenómenos descritos posteriormente por el espiritismo moderno, recogidos por el médico y poeta alemán Justinus Kerner en 1829.

Todos estos fenómenos tuvieron lugar casi exclusivamente en Alemania; y es que en Alemania las tendencias ocultas habían encontrado los partidarios más entusiastas.

2. La doctrina espiritista

Se considera a un norteamericano, Andrew Jackson Davis, el fundador del espiritismo moderno. Fue el primero que describió el movimiento de los veladores y de objetos e instrumentos no tocados por personas vivientes (1848), hechos que ocurren en sesiones espiritistas

ante un público numeroso. En su *Relations with Spirits*, Davis expuso su doctrina según la cual los espíritus son almas humanas que no han logrado su perfección y que sólo pueden lograrla a través de un proceso evolutivo, pasando de esfera a esfera.

El espiritismo se difundió rápidamente de América a Europa. Prevaleció la tendencia mística norteamericana y se aceptó generalmente el velador como un medio de comunicarse con los espíritus. La base religiosa de la nueva doctrina, para la cual no existe una condena definitiva del alma, siendo siempre posible la salvación, es la razón principal de esta difusión. Conquistó rápidamente a todo aquel que sentía la necesidad de lo sobrenatural y de encontrar una explicación a su innato y profundo deseo de una vida ultraterrena y de descubrir nuevos y más amplios horizontes.

Esta tendencia religiosa se afirmó más claramente en el espiritismo francés, fundado por Hyppolite Denisard Rivail, conocido como Allan Kardec, nombre que adoptó después de su comunicación con los espíritus, que le revelaron que era este nombre el que había llevado en una encarnación anterior. En su obra *Book of the Spirits* (París, 1858) cita la comunicación con la médium Céline Japhet y la sonámbula Bodin, y crea la doctrina fundamental del espiritismo francés.

El espiritismo se extendió rápidamente a través de Europa, aumentó el número de médiums, los fenómenos físicos se hicieron más y más frecuentes y la comunicación con los espíritus adquirió las formas más variadas. Los experimentos del famoso químico inglés William Crookes, que descubrió el talio, despertaron el más grande interés. Comprobó, por medio de instrumentos extraordinariamente sensibles, una serie de resultados físicos y llegó a la conclusión de que los fenómenos físicos que puedan ser comprobados con instrumentos que registren exactamente su peso y midan sus vibraciones, deben, indudablemente, ser motivados por una acción psíquica. Crookes atribuyó el origen de tales fenómenos a una causa desconocida que él llamó fuerza psíquica y que más tarde identificó con la fuerza que Thury de Ginebra (1857) designó como "force extenique" o *agent restant*.

Manifestaciones de este tipo se documentaron con fotografías de los espíritus, que fueron sometidas a la crítica más violenta, y más tarde con los fenómenos de materialización que tuvieron lugar en Nueva York en 1863.

En Inglaterra el interés por el espiritismo creció rápidamente y prominentes científicos se dedicaron a su estudio. Alfred Russell Wallace, naturalista insigne, admitió, después de muchos experimentos, la existencia de manifestaciones telequinéticas y comunicaciones

con el Más Allá. Pronto se constituyó un grupo de ocultistas que formularon varias hipótesis para explicar científicamente estos fenómenos. Hacia el fin del siglo pasado, durante la primera Guerra Mundial y más rápidamente en la posguerra, se multiplicaron los experimentos y estudios, y el número de los partidarios del espiritismo aumentó considerablemente. Con mayor frecuencia tenían lugar manifestaciones psíquicas en todas partes y especialmente en los países anglosajones. En la actualidad, una vasta literatura, una completa colección de documentos sobre experiencias de todo tipo, una serie de hipótesis explicando estos fenómenos (desde los más antiguos de Reichenbach, 1788-1859, insigne químico alemán que admitía la presencia de una fuerza llamada *Od*, determinante de todos los fenómenos, hasta las teorías más recientes del filósofo alemán Hans Driesch en su *Parapsicología*, 1933), constituyen un rico material de investigaciones, de crítica, de estudio y de teorías.

Examinaremos ahora brevemente aquellas características generales sin entrar en detalles, de los datos que puedan iluminar el problema del espiritismo como una aventura de la mente en su relación con la magia.

3. Telequinesia y materialización

Consideremos antes todos los fenómenos físicos y en primer lugar las manifestaciones telequinéticas, que han sido discutidas con amplitud, extensamente estudiadas y generalmente admitidas. El movimiento del velador, que puede ocurrir sin contacto humano (telequinesis), y la levitación se encuentran entre ellos. El sonar de las escaleras (experimento que se originó con Crookes), la fotografía de los espíritus y la materialización de los mismos pueden incluirse también entre los fenómenos físicos. Se han observado y descrito muchas materializaciones desde que se produjo la primera con las médiums Katie y Margaret Fox en Nueva York (1848).

Hacia 1850 se extiende una sugestión en masa por los Estados del este, por todas partes los médiums producen rostros y manos luminosos, música espiritista, pinturas espiritistas, voces y otros fenómenos. En dos o tres años el número de espiritistas en los Estados Unidos alcanzó a ser de millones. El médium más famoso fue Daniel Dunglas Home (1833-1886), que alcanzó fama mundial y gozó de enorme popularidad.

A propósito de estos fenómenos físicos es necesario, antes que nada, observar que mientras algunos son admitidos generalmente y sin ninguna duda, presentándose innumerables veces bajo el sistema de control más estricto, las manifestaciones más complicadas,

por el contrario, son difícilmente controlables, y en muchos casos, a pesar de que los hechos los presentan como perfectos, posteriormente la evidencia o las confesiones revelan su carácter fraudulento.

El fenómeno más discutido es el de la materialización, esto es, la formación de substancias que emanan del médium y que toman la forma de personas u objetos. Entre las materializaciones más populares se encuentra la de Martha Beraud, conocida en el mundo espiritista como Marta B., y la de Eva C., que Richet y Schrenk-Notzing observaron con completa evidencia, pero cuya autenticidad fue combatida violentamente por muchos escritores, incluyendo al doctor Gulat-Vellenburg, que adujo pruebas para demostrar que se trataba de un vulgar truco. En relación con este caso podemos mencionar el del médium húngaro Laszlo, que después de haber realizado una serie de experimentos que convencieron plenamente al auditorio, confesó que había ocultado en su boca tiras de algodón grasiento que expulsó con la lengua. Un caso análogo es el de los hermanos Schneider, Willy y Rudy, que llevaron a cabo una serie de manifestaciones teleplásticas que fueron cuidadosamente examinadas por el profesor Przibram, de la Universidad de Viena, quien descubrió que no eran más que engaños.

Según la doctrina espiritista, la substancia teleplástica irradia del médium bajo la influencia de la concentración del pensamiento y puede asumir formas diversas y ser reabsorbida por el médium, de cuya acción psíquica depende. Se trata, sin duda, de una transformación ideoplástica de las energías vitales del médium.

Estos fenómenos, que son producidos generalmente por individuos neurópatas en una habitación escasamente iluminada, ante personas que casi siempre se encuentran bajo el poder de la sugestión y en una atmósfera de credulidad, son muy difíciles de controlar y de juzgar. Es verdad, sin embargo, que no se puede negar la presencia de ciertos hechos que son difíciles de explicar sobre la base de nuestro conocimiento.

En lo que se refiere a la fotografía de los espíritus, se puede afirmar que el control científico nunca ha comprobado su valor. Aun los espiritistas convencidos, como Hyvlov, sostienen que por haber sido tomadas de lejos o en condiciones tales que no se prestan al severo examen científico, no deben publicarse.

Sin embargo, aun expresando todas las reservas sobre la existencia y la posibilidad de controlar la materialización y la fotografía de los espíritus, no se puede negar que se trata de fenómenos que pueden denominarse parapsíquicos, como sugiere Driesch, y en los que se señala la influencia física ejercida por factores psíquicos. Conocemos numerosos casos análogos de los efectos de la sugestión: inflamaciones, cortes de hemorragias y aun síntomas de embarazos que pueden producirse todos por la sugestión. La levitación sería, así, un fenómeno paranormal producido por un factor psíquico, que se manifiesta sólo bajo ciertas condiciones y a través de agentes personales que poseen especiales cualidades. La analogía con las manifestaciones de la antigua magia es evidente.

4. Los fenómenos psicofísicos y psíquicos

Los fenómenos psíquicos pueden dividirse en dos grupos: fisicopsíquicos, como por ejemplo la formación de nombres o palabras por medio de una mesa moviente, la escritura automática, etcétera; y los fenómenos puramente psíquicos. Estos últimos no requieren ningún aparato o medio físico y consisten en comunicaciones que pueden ser orales o escritas, pero casi siempre cuando el sujeto se encuentra en un estado particular de éxtasis o de trance. Este trance puede presentar gradaciones: a veces es tan leve que un médico experimentado puede escasamente discernirlo; en otras ocasiones es muy profundo y está acompañado de graves sufrimientos.

Las comunicaciones de los médiums que se hacen en nombre de un espíritu ausente que se denomina el control y que, a su vez, comunica informaciones que recibe de otros seres, son múltiples y de caracteres variados.

En la mayoría de las sesiones que emplean médiums de escasa educación, las comunicaciones son muy simples y rara vez exceden los conocimientos del médium. Lehmann, que experimentó durante muchos años con médiums de diferentes clases sociales, hizo la interesante observación de que las réplicas siempre correspondían al grado de educación del médium. Los informes y discusiones en torno a la comunicación del médium y a la posibilidad de que en un cierto número de casos las comunicaciones deriven del conocimiento comprobado del médium o de otras personas presentes, en lugar de las que excluyen esta hipótesis, constituyen toda una biblioteca y es imposible citarlas aquí, aun en forma resumida.

Entre los científicos despertaron gran interés las comunicaciones de la médium Mrs. Piper's, que tuvieron lugar alrededor de 1884-1892. Por esta médium se recibieron interesantes comunicaciones relativas a cuestiones completamente ignoradas por los presentes. William James afirmó justamente que en las sesiones espiritistas se lleva a cabo un verdadero cambio dramático de ideas y sugestiones entre el médium y los participantes y que es fácil olvidar las confusiones y errores del médium y recordar, y con frecuencia exagerar, las réplicas mejores y más exactas. En muchos casos se tiene la clara sensación

de que la misma médium sufre la sugestión consciente o inconsciente de los pensamientos o deseos de algunas de las personas que asisten a la sesión.

Se han formulado varias explicaciones científicas del poder de recordar de los médiums. Una de tales explicaciones es la de que se debe a la criptamnesia, es decir, una memoria oculta de cosas olvidadas. Se encuentran numerosos ejemplos de tales fenómenos: por ejemplo los de la histérica Clementina, mencionados por Krafft-Ebin. En esta forma se puede admitir que los médiums repiten cosas que han escuchado en sesiones anteriores o a otras personas en otras ocasiones, que aparentemente habían olvidado. Este fenómeno es análogo, en lo que se refiere a la memoria, al recuerdo de cosas remotas, que despiertan, aun bajo condiciones normales, por algunos estímulos aparentemente insignificantes relacionados con ellos, como un perfume, una palabra, etcétera (Proust).

5. La idea de la supervivencia

Entre todas las hipótesis propuestas ninguna explica el fenómeno satisfactoriamente, pero tal vez la señalada por Driesch indica el camino para una explicación aceptable. Él sostiene que no hace falta buscar una solución física, dado que aun la hipótesis de las radiaciones parece muy improbable. Es necesario buscar una explicación biológica o vitalista —dice Driesch—, admitiendo que ahora es corriente en biología, un factor suprapersonal, alguna cosa semejante a la entelequia, como factor directivo fundamental de la vida psíquica. Pero dejando aparte todas las explicaciones propuestas, es necesario destacar un hecho, admitido generalmente y probado en numerosas experiencias. En todos los casos de manifestaciones intelectuales se trata siempre de fenómenos derivados de una relación entre personas determinadas, que se producen en lugares concretos y en particulares circunstancias.

Todas las posibles categorías de fenómenos, todas las hipótesis, desde la de los espíritus puros a las de los negativistas, o la menos verosímil de transmisión de imágenes mentales de un cerebro al otro, o la conjetura de que estos fenómenos están causados por ondas similares a las hertzianas, que vibran entre estaciones sintonizadas de telefonía sin hilos, o la semejante de que son motivadas por la desmaterialización atómica, tales como la radiactiva que emite rayos alfa, beta y gama, todas se basan en una premisa esencial: la presencia de un sujeto bajo condiciones especiales que usualmente determinan un trance.

Este sujeto en trance de médium puede actuar psíquicamente

no sólo sobre los presentes, sino sobre otras personas, como se puede admitir cuando se confrontan hechos que no pueden ser sugeridos ni por el médium ni por la audiencia. Maxwell piensa que el espíritu no es sino el desdoblamiento psíquico del médium formado con el concurso o bajo la influencia de los asistentes (polipsiquismo de Aksakov y Mackenzie). Según Mackenzie, cuando algunas personas forman una cadena, cada una de ellas cede algo de su individualidad psíquica en favor de una psique colectiva. No hay duda de que los médiums recogen de los presentes que forman la cadena lo que ellos llaman la fuerza, una cualidad psíquica que ejerce su influencia sobre el médium. El hecho es que esta acción psíquica que requiere la labor y el esfuerzo del médium corresponde a los hechos análogos con que todos los magos, sibilas y demás, acompañan el complejo proceso de formación de ideas (ideoplástica) con evidente manifestación del esfuerzo físico.

Después de mencionar estos hechos que pueden considerarse como generalmente aceptados, es necesario añadir que nuestro conocimiento actual es incapaz de explicar todos los fenómenos de espiritismo. No debe asombrar a nadie la consideración de que fenómenos mucho más simples permanezcan inexplicados. Esto último no hace necesaria, naturalmente, la admisión de las hipótesis espiritistas. Aun admitiendo una serie de fenómenos supranormales o paranormales, esto es, fenómenos que no logran explicarse por nuestro conocimiento actual, pero que mañana podrían iluminarse con el descubrimiento de nuevas manifestaciones de la vida —como el descubrimiento de la radiactividad ha aclarado una serie de hechos hasta ahora inexplicables— no hay nada que justifique para un crítico sereno la admisión de la supervivencia, aun cuando trate de probarse por las manifestaciones del espíritu de los muertos.

La idea de la supervivencia domina y anima todo el espiritismo; se origina, como todas las ideas mágicas, en la convicción ancestral de un ser primitivo e inmortal, o tal vez en la intuición inconsciente y profunda de una inmortalidad que es, en cierto sentido verdadera, esto es, la inmortalidad de la energía y, en un cierto aspecto, de la materia. Esta concepción de la supervivencia es la objetivación de una de las ideas más antiguas, fundamentales, innatas en la especie humana y necesarias, además, para su conservación. Se trata siempre de la misma idea, desde los antiguos magos a los hindúes creyentes en la metempsicosis, desde las sibilas de las primeras épocas históricas a las adivinadoras de nuestros días: idea que encuentra su forma más compleja y orgánica, lógicamente sistematizada, en la teoría espiritista.

La idea de la supervivencia es un factor que contribuye a la for-

mación de las pruebas formuladas por los espiritistas, que se llevan a cabo bajo su sugestión. Todo aquel que ha asistido a una sesión espiritista y ha leído sus descripciones o escuchado las narraciones de los participantes, puede notar que en estas relaciones, los hechos y las palabras están ligeramente alterados y revelan el deseo y la interpretación del narrador. Se puede decir que existe una tendencia a ampliar lo que se ha visto y a introducir, en lo que debía ser una explicación objetiva, interpretaciones subjetivas. Esto significa que después de terminar las manifestaciones espiritistas, la sugestión continúa ejerciendo su influencia sobre las personas que han participado en la sesión, así como sobre el médium y sobre las personas que la describen, constituyendo un factor fundamental para la elaboración de las bases del espiritismo.

6. Espiritismo y magia

Si examinamos atentamente los fenómenos conocidos como espiritistas y percibimos las analogías existentes entre el espiritismo actual y la magia evocadora de existencia inmemorial, se deben destacar algunos hechos que inmediatamente se imponen a nuestra observación.

Es evidente, antes que nada, que tanto la antigua magia como el espiritismo se originan en fenómenos que ocurren en el inconsciente: hechos que en condiciones normales no son percibidos por el hombre normal o que no se producen en él, pero que constituyen la contraparte de los fenómenos que se elaboran durante los sueños, en los estados hipnóticos o de delirio, en las alucinaciones o en los individuos dotados de una sensibilidad extremadamente excepcional.

Una segunda analogía entre la magia y el espiritismo es la de que, para producir el fenómeno mágico, se requiere la presencia de una persona en estado de trance. Trance, "estado de encantamiento", son términos que también pueden aplicarse a las personas asistentes a las manifestaciones espiritistas. Se disminuyen las facultades críticas y se prepara una atmósfera que aumenta la sensibilidad o que por lo menos la agudiza. La obscuridad o la luz roja o amortiguada, el silencio, la concentración, la plegaria, la sugestión de la persona o la del medio, formado por buen número de espectadores que ejercen la sugestión recíproca y finalmente un estado de expectación, son los elementos que prepara y producen el trance. Algunos de los más fervorosos partidarios del espiritismo denominan al trance estado de gracia, en el cual los asistentes atienden y aceptan con fe y sin espíritu crítico o, al menos, sin la crítica directa e inmediata, los fenómenos que se manifiestan ante sus sentidos. La necesidad de este estado se prueba por el hecho, admitido generalmente

por los creyentes, de que los fenómenos espiritistas no llegan a producirse si personas incrédulas o escépticas se encuentran presentes. Es verdad que se hallan casos de personas originalmente crédulas que asisten a las sesiones con la intención de formarse una opinión objetiva y convencerse. Sin duda, esto no invalida el hecho de que en los casos de este tipo el deseo de convencerse y la expectación superan rápidamente a la incredulidad, debido a que tal incredulidad es ostentada con el propósito de ocultar una profunda y reprimida necesidad de fe. Es absolutamente indispensable que el medio y la audiencia estén preparados. Todos los observadores admiten generalmente que se requieren condiciones especiales para la producción de fenómenos espiritistas y no hay duda de que esta preparación es análoga a la de todos los fenómenos mágicos.

Una tercera similitud esencial entre la magia y el espiritismo es la preparación de la atmósfera por medio de acciones y reminiscencias de ritos simbólicos y mágicos. Es frecuente que los participantes formen una cadena uniendo las manos, hecho que se basa, sin duda, en la sugestión por contacto. Es notorio que cuando el cuerpo se siente ligado por los vínculos del contacto, disminuyen las facultades críticas. La repetición de ritmos, invocaciones, fórmulas, y el ritmo numérico de las respuestas del velador, son indudablemente normas bien conocidas de todas las ceremonias mágicas e iniciadoras.

El papel jugado por los sonidos y la rítmica repetición de las palabras para provocar los estados hipnóticos, oníricos y alucinatorios, es un hecho que siempre ha atraído la atención de los observadores y estudiosos de la historia de la magia y de todas las formas en que se manifiesta la sugestión tanto en estado de sueño como de vigilia. Basta recordar las danzas rítmicas y la música basada en la monótona repetición que han acompañado a las ceremonias místicas y religiosas desde los períodos primitivos, y que constituyen una premisa esencial e indispensable de la preparación del rito mágico. La misma palabra, el mismo concepto de "encantamiento" está estrechamente relacionado con la palabra "canto", esto es, la repetición rítmica y musical de palabras y frases. Algunos estudios franceses muestran que es muy verosímil que los versos de la Biblia, así como todas las antiguas plegarias estaban destinados en sus orígenes a repetir el mismo tema, con insistencia musical. Tendremos ocasión de observar posteriormente qué es lo más importante, la cosa repetida o el hecho mismo de la repetición: nos parece más probable que lo esencial es la repetición, con igual tono de voz y en el mismo ritmo. Es interesante recordar el éxito de la repetición monótona en las fórmulas optimistas de la terapéutica de Coué. El ritmo de los sonidos, o la alteración de las palabras, de las danzas o de las luces, juegan un

papel importante y producen el mismo efecto en el espiritismo que en la magia, debido tal vez a que el ritmo es la ley dominante en la armonía del Universo y por ella la acentuación manifiesta del ritmo ejerce una influencia profunda en el alma humana.

Una cuarta analogía, muy interesante, es ésta: tanto en la antigua magia evocadora como en el espiritismo las acciones derivan del automatismo motor o están estrechamente relacionadas con él. Así, por ejemplo, la escritura automática se obtiene poniendo un lápiz en la mano del médium y sugestionándolo para que escriba, al igual que las respuestas automáticas de los veladores, y otras manifestaciones similares que recuerdan procedimientos análogos de la antigua magia.

La analogía más importante, sin embargo, y una de las que casi prueban el fenómeno espiritista, debido a sus características esenciales, se encuentra estrechamente ligada a la magia, y procede del hecho de que es indispensable la presencia de un intermediario, una persona que transmita y reciba las comunicaciones de los seres sobrenaturales del Más Allá. El médium se reviste evidentemente de las mismas características que el mago: en un estado de éxtasis o de posesión repite lo que le sugieren las voces externas o internas que lo guían, y por medio de éstas se produce la sugestión o el contacto. La voluntad que guía estas acciones, sea la voluntad del médium o el reflejo del estado de sugestión de los espectadores, o el traslado del pensamiento de una persona situada fuera del círculo, siempre se manifiesta indirectamente, por grados. Las antiguas religiones y las ceremonias iniciadoras de los pueblos primitivos se caracterizan por las mismas manifestaciones. Esto es, en mi opinión, una prueba concluyente de la similitud o identidad de todos los procedimientos mágicos y espiritistas, más o menos sistemáticos y complejos, que conducen a los mismos resultados. El individuo extraordinariamente sensible es el más adecuado a la influencia mágica. Él, a su vez, con las llamadas al inconsciente por medio de las palabras y sobre todo por su estado, provoca la disminución o abolición del autodominio individual y de las facultades críticas de las personas que lo rodean. Indudablemente estos requisitos especiales, que son en general reconocidos como necesarios por el médium, se recomiendan e indican siempre. Es obvio que los estados de médium derivan de condiciones psicológicas anormales que se caracterizan por un tipo particular de sensibilidad, así como por fenómenos externos o sensaciones procedentes del inconsciente. Cuál sea el carácter de estas energías y de dónde proceden es un problema no resuelto, pero es evidente la íntima similitud entre el trance del médium y el éxtasis o la posesión diabólica.

Debe considerarse otra analogía interesante entre los fenómenos

espiritistas y mágicos: la presencia o la posibilidad de la presencia, tanto en el espiritismo como en la magia, de espíritus enemigos o malignos, que impidan las acciones esperadas, que ocasionen una interpretación errónea de los sucesos o que turben en diversas formas el curso regular de las prácticas. Estos espíritus chocarreros, mencionados frecuentemente en las narraciones de reuniones espiritistas, que hacen ruidos extraños, que golpean o molestan a los espectadores, perturbándolos algunas veces seria y violentamente, están íntimamente relacionados con los demonios enemigos de la antigua magia, cuya presencia era siempre temida y sospechada aun cuando no fueran perceptibles físicamente.

Es admisible que existe alguna fuerza vital, escasamente conocida, una energía nerviosa radicada en los centros neurales semejante al fluido de los teóricos del magnetismo animal, al od de Reichenbach, a la fuerza psíquica de Crookes. Los efectos producidos por este fluido han sido escasamente estudiados debido a que no somos capaces de describir su esencia con una cierta exactitud. Hay efectos psíquicos fácilmente explicables, generalmente conocidos e identificables, como los efectos materiales de los fenómenos de levitación, el movimiento de objetos y demás —que serían difíciles de explicar si no se admitiera como una hipótesis que el sistema nervioso central puede, bajo ciertas circunstancias, emitir, por ejemplo, fluidos similares a las ondas hertzianas, las cuales determinan hechos físicos. La posible solución de este problema es extremadamente interesante: no es indispensable el recurrir a agentes sobrenaturales o extranaturales para explicar un fenómeno que no aparece claro ante nosotros en nuestro estado actual de conocimiento. Ciertos fenómenos físicos pueden estar determinados por hechos psíquicos, como prueban los estigmas, la suspensión de la menstruación causada por la hipnosis, la eliminación de verrugas por la sugestión, y otros casos. Que estas fuerzas psíquicas ejercen una acción material, mecánica, sobre las cosas inanimadas, no es evidente, ni es obligado ni estrictamente necesario el admitirlo. No se puede excluir de un modo absoluto la posibilidad de que, en algunos casos, los movimientos automáticos de otras personas sean motivados por la sugestión ejercida por la voluntad del médium.

Quien examine con total imparcialidad (manteniéndose alejado todo lo que le sea humanamente posible, de los juicios de este género) la sugestión ejercida por fenómenos claramente emotivos sobre el inconsciente, el cual tiende apasionadamente hacia el misterio; aquel que rehúse la influencia no menos notable de la sugestión ejercida sobre el razonamiento individual por sus estudios, observaciones y las afirmaciones de aquellos que niegan todo valor positivo

a las hipótesis espiritistas, debe llegar a una conclusión que al menos puede tener un valor histórico. El espiritismo constituye, sin duda, una forma de la magia o posee sus características esenciales. En primer lugar representa la incorporación de un deseo en forma objetiva, una incorporación que puede ser una completa violación de los nexos causales. Sin excepción, todas las prácticas espiritistas tienen su contraparte en la antigua magia: todas se basan en el hechizo mágico y en la presencia de un intermediario. El elemento nuevo en el espiritismo moderno es el encuadrar todos estos hechos en un sistema, reduciéndolos a una sola explicación. El espiritismo moderno es uno de los fenómenos históricos más interesantes: es un intento de reorganización lógica de las antiguas ideas, una nueva actitud asumida por aquellos que mantienen la fe en los viejos anhelos frente a la crítica, la cual no puede ser ignorada como en épocas anteriores. Por esto, el espiritismo representa el intento de una explicación aceptable para la crítica consciente de los fenómenos bajo la influencia del *logos* y por esta razón no es totalmente aceptado por los hombres de ciencia o de fe pura, debido a la dificultad de conciliarlo con la razón crítica o con el dogma. El espiritismo es una aventura de la mente que cae dentro de los límites del misticismo y trata de adaptar sus conclusiones a leyes racionales. Puede encuadrarse entre las aventuras con una tendencia constructiva y una fe absoluta en el dominio de la supervivencia.

XXVI

LA SUGESTIÓN QUE CURA: TERAPÉUTICA MÁGICA

1. El valor de la sugestión

Hemos visto que los orígenes de la terapéutica mágica se remontan a las primeras creencias prehistóricas. Creencias idénticas subsisten en gran parte en el hombre moderno y por esta razón la terapia mágica es ampliamente usada en diferentes formas y bajo distintos nombres. Consistiendo, como se ha dicho, en sugestión y hechizo, la terapia mágica se basa no sólo en antiguas tradiciones que han persistido casi invariables en todos los pueblos en relación con ciertas enfermedades y remedios, sino sobre todo en el éxito actual de tales prácticas. Estos éxitos se han logrado especialmente en el campo de las enfermedades funcionales en las que la sugestión o la autosugestión, cualquiera que sea su origen y forma, produce resultados reales y algunas veces asombrosos. Además de las enfermedades de un puro carácter funcional, sobre las cuales es claro el efecto de la sugestión y fácil de explicar, ha sido probado que la sugestión puede ejercer una influencia directa sobre hechos físicos, especialmente cuando el paciente es fácilmente susceptible de influir y cuando posee una absoluta confianza en el "médico". El efecto de los factores psíquicos sobre el desarrollo de los fenómenos físicos, tales como los cambios de temperatura, la detención de la menstruación provocada por la sugestión, la aparición del estigma sangriento —fenómeno que se ha repetido en muchos casos como un experimento y otras demostraciones interesantes— es bien conocido. De este tipo son las llamadas curas milagrosas, el éxito obtenido por el método de Coué y otros sistemas similares de los cuales el de la *Christian Science* es el más conocido. Todos los médicos saben y han tenido ocasión de examinar casos análogos de curas verdaderas, en las cuales la afirmación de su origen milagroso exagera su importancia y sus efectos. En estos casos la sugestión, produciendo la abolición de la crítica y a menudo de la sensibilidad, determina una desproporción entre el fenómeno objetivamente controlable por la observación clínica y las sensaciones del paciente. La cesación temporal de los dolores físicos hace posible movimientos que los mismos dolores impedían; la fe en el éxito, exaltando la voluntad, anima todos los intentos para probar que el éxito se ha logrado.

Tales éxitos pueden producirse por la influencia del médico que sabe cómo ejercer el poder sugestivo de su personalidad, combinándolo con el poder curativo real o parcial de los medicamentos, de los instrumentos, de las operaciones (cada médico puede citar gran número de estos casos: el efecto de substitutos de la morfina, de los purgantes, etcétera, el simular la extracción de cuerpos extraños, tumores y cosas parecidas). A este éxito contribuye en gran manera la influencia simultánea de objetos y acciones que, debido a que están rodeados del hado del poder sobrenatural, son los más aptos para provocar el estado de ánimo en que la curación del paciente puede lograrse. Esto explica cómo una adivinadora o cartomántica afirma que tiene visiones sobrenaturales o que un viejo campesino que goza de fama de mago sea capaz de obtener resultados que son imposibles de lograr por el más famoso médico en posesión del equipo científico más perfecto. Es sabido cómo frecuentemente personas histéricas, o extremadamente sensibles, sostienen que sufren violentos dolores producidos por hechos que el examen revela de escasa importancia y que normalmente no pueden causar dolor. Es fácil explicar cómo en tales casos pueden suprimirse los dolores con una anestesia general o parcial, análoga a la producida por ciertas substancias químicas, la cual puede lograrse a través de la influencia psíquica y especialmente de la hipnosis.

En el campo de la magia erótica, algunas formas de inhibiciones absolutas o relativas del acto sexual pueden originarse, aun en personas sanas y en estado normal, por factores mentales que determinen la impotencia. Cualquiera que conozca estas formas de inhibición puede comprender fácilmente cómo de la sugestión ejercida por un acto milagroso o sobrenatural, cuya eficacia está en proporción al grado de su rareza y a su acción sobre la imaginación, resulta un incremento notable de las facultades sexuales. Pueden citarse prácticas con el mismo propósito en la literatura que habla de los filtros amorosos y de otros brebajes semejantes.

La historia de las curaciones y de los curanderos mágicos muestra la antigüedad de esta idea y cómo persiste la fe del pueblo en la existencia de personas que poseen poderes especiales supranormales para curar ciertas enfermedades. Esta fe está íntimamente ligada a la de los antiguos magos, brujas y santos milagrosos. Aun en la actualidad no existe ningún país o ciudad en el mundo que no posea alguno de estos curanderos, algún especialista acreditado, cuya fama no haya trascendido los límites de su pueblo, ciudad o aldea.

La influencia de la fe religiosa es muy conocida, porque las prácticas religiosas ejercen una gran atracción sobre el paciente y contribuyen a crear el estado emocional necesario para curarlo y preparan

el terreno para ello. En este sentido se pueden explicar muchas curas milagrosas, desde las del templo de Esculapio a las de la gruta de Lourdes, más tarde confirmadas y reconocidas por el examen objetivo, por aquellas personas que no admiten la existencia de milagros verdaderos. Como un ejemplo de la influencia de la sugestión en tales curas es suficiente mencionar el éxito logrado por los famosos rabinos de Polonia y Rusia, algunos de los cuales han logrado una fama extraordinaria debido a la sabia combinación de ritos religiosos y cabalísticos con sugestiones prácticas fundadas en su vasta experiencia.

2. Historia de la terapéutica mágica

Para aclarar este problema interesante es necesario mencionar unos cuantos hechos, escogiendo los más famosos. Para comenzar debemos referirnos a las prácticas de medicina mágica y colectiva realizadas entre los pueblos antiguos y consistentes en contactos y ritos sanguinarios. Casi todas estas prácticas existen en la actualidad en ciertas tribus de Polinesia y África y están relacionadas directamente con las formas más modernas de la curación mágica. Entre las prácticas antiguas que evidencian esta similitud con los casos citados se encuentra la curación por el contacto de las manos sobre la parte enferma del cuerpo. Este tipo de curación era practicado en gran escala, como demuestran los descubrimientos arqueológicos, en los santuarios de Esculapio. La aparición del sacerdote durante la noche en el interior sagrado del templo, donde un gran número de pacientes se encontraba en la obscuridad y eran tocados en la parte enferma del cuerpo con una varita o una serpiente (la vara es un atributo esencial de Esculapio y la serpiente es el dios curador y posteriormente el símbolo del arte médico debido a su carácter de divinidad misteriosa e infernal) es ampliamente descrita en el *Pluto* de Aristófanes. Durante más de diez siglos los enfermos se reunían en gran número en el tempo del dios médico y los testimonios entusiastas de las curas realizadas no eran menos numerosos ni menos rebosantes de gratitud que las que se escuchan en la actualidad sobre curaciones maravillosas, con la única diferencia de que aquéllas se registraban en placas de mármol y las de hoy en las columnas de los periódicos.

En estas curaciones la sugestión se efectuaba probablemente durante el sueño, como se encuentra en prácticas semejantes en el Oriente actual. Por ejemplo, los cristianos, judíos y mahometanos duermen en la cueva del profeta Elías, cerca de Caifa, para curarse de sus males.

Hace pocos años, cuando visitaba el Museo del Cairo un viernes, día de fiesta mahometano, quedé sorprendido cuando vi a un grupo de mujeres, humildemente vestidas, que desfilaban ante una estatua de un dios egipcio. Expresé mi sorpresa al director del museo por el interés que mostraban los nativos hacia las obras de arte y él me explicó que la razón para que estas mujeres acudieran al museo era que desde tiempos antiquísimos se atribuían a la estatua poderes sobrenaturales para hacer posible la fecundación y que continuamente las mujeres que deseaban tener un hijo acudían a ponerse en contacto con la estatua para lograr su deseo. Éste es un ejemplo de un antiguo tratamiento de la esterilidad (tratamientos similares eran muy populares en Roma, en el templo de Priapo y por todo el Oriente) que posee las tres características esenciales mencionadas.

La historia de la cura de la escrofulosis por medio del tacto es particularmente interesante desde este punto de vista. Se ha escrito mucho sobre este tipo de terapia. Se relaciona con la antigua tradición de que la curación es un atributo soberano. Plinio (Libro VII de la *Historia Natural*) relata que Pirro, el rey del Epiro, curaba a los enfermos del bazo tocándoles la parte enferma con el dedo gordo de su pie derecho. Según la *Historia* de Tácito, en Roma era popular la creencia de que Vespaciano curaba a los ciegos tocándoles los ojos y que el emperador Adriano tenía el poder de curar la hidropesía tocando al paciente con la punta de sus dedos.

Los cronistas medievales explican los poderes curativos de los reyes franceses. El monje Algaldo, que vivió alrededor del siglo XI, relata que Roberto el Piadoso, rey de Francia, curaba a los enfermos con su mano, haciendo la señal de la cruz sobre la parte enferma del cuerpo. Gilberto, abad de Nogent, que vivió un siglo más tarde, narra que Felipe I y Luis VI de Francia curaban la escrofulosis por medio del tacto. Desde entonces la escrofulosis es conocida como el "mal de los reyes".

Una discusión seria surgió entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra, cada uno de los cuales sostenía que poseía el don de curar. Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra y muerto en 1066, curó ciertamente a un gran número de pacientes. Un dibujo de la época, conservado ahora en la biblioteca de la Universidad de Cambridge, muestra al rey en el acto de practicar la cura. Gilberto Ánglico, que estudió medicina en Salerno entre los años 1180 y 1190 y abandonó la escuela para seguir la cruzada de Ricardo Corazón de León, en el capítulo titulado "De scrophulis et glandibus" de su *Compendium medicinae*, escribe que la escrofulosis se llama enfermedad real debido a que la curaban los reyes. En las cuentas de la casa de Eduardo I, rey de Inglaterra, de los años 1277-1278, se registran los gastos de 73

personas tocadas por el rey el 4 de abril, de 192 tratadas la semana siguiente y de 288 tratadas y curadas el día de Pascua del año 1277. Cientos de pacientes acudían a curarse cada año. Según la descripción de la *Vida de San Luis rey de Francia*, de Tillemont, el tratamiento era el siguiente: "El Rey, después de prepararse para la ceremonia por medio del ayuno y de la plegaria, recibía al enfermo, que se inclinaba ante él. Colocaba su dedo sobre la parte enferma del cuerpo, haciendo la señal de la cruz y pronunciando las palabras: *Le roi te touche et Dieu te guérit*. El Rey bendecía al enfermo y ordenaba que se le sirviera comida de la cocina real y se le diera dinero para el viaje a su casa." El número de pacientes tocados por el rey de Francia fue enorme; Felipe de Valois (1293-1350) tocó a 1 500 personas en una sola sesión. Es interesante señalar que los médicos de la época no dudaban en aconsejar a sus enfermos el tratamiento real. John de Gaddesden (1280-1371), en su libro titulado *Rosa anglica*, después de aconsejar para la cura de la escrofulosis varios tratamientos, añade: *Si haec non sufficiant, vadat ad Regem, ut enm tangat atque benedicat: quia iste morbus ets vocatus regius ad hunc valet contactus Serenissimi Regis Anglorum* ("Si estas [curas] no son suficientes, debe ir con el Rey para que pueda tocarlo y bendecirlo; porque a este mal se le llama real, y el toque de Su Serena Majestad de Inglaterra es lo que le puede hacer bien.")

Esta cura real continuó ininterrumpidamente hasta el siglo XVIII, y las ceremonias que acompañaban al tratamiento eran descritas exactamente por los cronistas de la época. Un tratado escrito en latín por Tooker, capellán de la reina Isabel, publicado en 1597, cita la controversia entre los reyes de Francia, que afirmaban que el don de curar la escrofulosis ya era poseído por Clodoveo, cerca del año 496, y los reyes de Inglaterra, que afirmaban que su poder era patrimonio hereditario de la casa real inglesa. William Clowes, el médico real de Su Majestad la Reina, que asistía a la ceremonia, afirmaba que gran parte de los súbditos de Su Majestad y numerosos extranjeros, dado que los pacientes llegaban de todas partes del mundo, fueron curados mediante el toque, y que sin él hubieran seguramente perecido. Andrés Laurens, primer médico de Enrique IV de Francia, publicó en 1609 una respuesta al libro de Tooker afirmando como un hecho positivo que el don de cura era propiedad absoluta del rey de Francia y que los enfermos acudían de España, Flandes, Alemania y de muchos lugares de Italia.

En 1775 Luis XVI de Francia, con ocasión de su coronamiento, tocó a 2 400 pacientes, señalándose que no fue el último rey de Francia que efectuó esta cura, pues Carlos X, cuando fue coronado en 1824, tocó a 121 pacientes, que fueron presentados ante él por los

dos médicos más famosos de la época: el gran dermatólogo Alibert y el famoso cirujano Dupuytren. Esta es una historia interesante, apoyada en una documentación exacta a través de los siglos, de una práctica curativa caracterizada por tres notas esenciales: la sugestión derivada de la personalidad del médico —no se puede dudar del poder del rey—, el contacto inmediato y la sugestión colectiva.

3. Terapia magnética: Francisco Mesmer

Al final el siglo XVIII aumentó el número de casos curados por la imposición de las manos. Es éste un periodo en el que predomina la fantasía mística y, consecuentemente, obtiene mucho éxito la práctica de la medicina mágica basada en la sugestión. Un irlandés, Valentín Greatrakes, fue famoso en toda Inglaterra como médico de las enfermedades reumáticas por el sistema de imposición de las manos, y los hombres más famosos de esta época alababan sus poderes. Toda Francia estaba entusiasmada con los milagros realizados por el famoso François de París, un fanático jansenista (1670-1727), cuya tumba es visitada por multitudes de creyentes.

Pero el médico que obtuvo el éxito mayor de todos es Francisco Antón Mesmer (1734-1815), nacido en Iznang, cerca de Constanza, que estudió en Viena e introdujo en la medicina la terapéutica magnética, basada en la imposición de las manos, método con el cual sostenía haber efectuado curas asombrosas.

Mesmer utilizó de nuevo un antiguo método de tratamiento, ejemplos del cual se encuentran en la antigua Grecia y trató de explicarlo científicamente, creando la teoría de que cada cuerpo posee un fluido magnético que circula y emana una fuerza especial que anima toda la creación y aun el mundo inorgánico. Este fluido constituye los lazos que unen a todos los seres vivientes. Las doctrinas de Mesmer, y, más que nada, el prestigio alcanzado por sus curas y el poder que poseía para sanar las enfermedades y hacer cesar el dolor por medio de un estado que él llamaba sonambulismo o clarividencia, le proporcionaron una gran fama. Sus métodos curativos fueron ampliamente aplicados. A despecho de la circunstancia, o quizá debido a ella, de que las escuelas médicas y las asociaciones científicas condenaron sus afirmaciones, gentes enfermas de todos los países de Europa declararon su entusiasmo por sus tratamientos.

Libros y periódicos de la época se encuentran llenos de datos interesantes relativos al método de Mesmer y a sus éxitos. Cuando llegó a París en 1768 rehusó someter sus resultados a la observación de la Academia de Medicina, y debido a que suscitó el entusiasmo de los parisinos y a la exaltación de sus milagrosos poderes curativos,

ganó sumas extraordinarias de dinero. Fue protegido de María Antonieta. El rey le pidió que permaneciera en Francia ofreciéndole un sueldo anual de 10 000 francos para establecer una clínica magnética y 20 000 francos de renta vitalicia. Lafayette y muchos de los más famosos hombres de letras, políticos y aristócratas se contaron entre sus pacientes. Recibía a sus enfermos en un magnífico departamento, en donde en medio del salón se encontraba un recipiente lleno de agua en la que se había disuelto ácido sulfúrico. Del recipiente partía una barra de hierro curvada, dispuesta de modo que pudiese girar en todas direcciones, en cuyo extremo colgaba un anillo de hierro que se prendía al cuerpo de la persona que iba a ser magnetizada. También se encontraban cables que eran conductores del fluido magnético. Los pacientes se colocaban en círculo alrededor del recipiente mágico, sujetando la barra de hierro con una mano y con la otra formaban cadena entre sí. Con una serie de artificios en que los perfumes y las luces eran importantes, Mesmer se colocaba cerca del paciente y comenzaba la magnetización tocando varias partes del cuerpo del enfermo e induciéndolo a un estado hipnótico durante el cual se sugería la cura. El éxito de Mesmer fue enorme, a despecho de la Academia, que tuvo el valor de expresarse desfavorablemente de él, lo que provocó en París una impresión profunda y despertó fuertes controversias. Y aunque había todavía quienes trataban de defender el magnetismo, prácticamente había terminado. Pero a pesar de todo, su historia permanecerá siempre como uno de los capítulos más interesantes en los anales de la medicina.

Stefan Zweig, en *La curación por el espíritu* ha enfocado de modo nuevo la figura de Mesmer, afirmando que su trabajo señala el comienzo del reconocimiento de la dinámica y de la ley fundamental que rige la vida del espíritu, el primer conocimiento claro del cosmos interior, una ciencia psicológica accesible perfectamente no sólo al médico, sino al pensador, al poeta y al científico. Los experimentos de Mesmer prueban que entre el sueño y la vigilia, la razón y el instinto, la voluntad y la coacción, la conciencia y el inconsciente, se encuentra una serie de estados inciertos, discontinuos, oscilantes. Todos los problemas del espíritu, según Zweig, adquieren un nuevo sentido, cientos de problemas como el del libre albedrío, que hasta ahora sólo habían pertenecido a la dogmática teológica, adquieren un tono psicológico y fisiológico y un gran número de impulsos irrumpen hacia la puerta, abierta inesperadamente. Pierre Janet señala justamente que, gracias al mesmerismo, la gente fue obligada a considerar el fenómeno de la concentración y desconcentración, el de la fatiga, el de la hipnosis, las crisis nerviosas y las simulaciones que

constituyen como un todo en los problemas fundamentales de la moderna psicología.

Los trabajos de Mesmer lanzaron una luz inesperada sobre la historia de las brujas y los milagros, sobre toda la historia de la magia y de los exorcismos y dirigen nuestra atención hacia la eficacia del contacto manual, probado en innumerables casos. Se puede explicar fácilmente cómo la noticia del descubrimiento de Mesmer tuvo sobre su tiempo un efecto inmediato y profundo. Era como si el impenetrable misterio de los tan esperados milagros se hubiera aclarado. De pronto Mesmer proporcionó una explicación para una serie de problemas. Filósofos como Schelling, Hegel, Fichte y, más tarde, Schopenhauer, se encontraron vivamente interesados en el mesmerismo. Zweig señala justamente: "Siempre que la ciencia perfora el muro misterioso del Universo, la fantasía del poeta penetra por él y anima el espacio abierto con imágenes y figuras. Con la renovada psicología comienza una nueva literatura psicológica."

El mesmerismo, la concepción fundamental del magnetismo, indudablemente contiene alguna verdad, alguna primera visión, todavía indecisa, de la verdad de los hechos. El peligro residía en que los charlatanes, especuladores, gente fantástica y literatos pudieran explotarlo para sus propios fines. Y así fue como los alumnos de Mesmer, en vez de comprender la gran importancia del mesmerismo y continuar su idea fundamental, utilizaron únicamente la magnificencia de su éxito. Representaron al Universo como un sistema magnético. Se olvidó la gran idea y se condenó al mesmerismo por lo que tenía de teatral. Mesmer murió en el exilio, casi olvidado y durante décadas el magnetismo animal fue relegado, según el juicio de los doctos y particularmente en la época del materialismo, al museo de las supersticiones y de los errores.

Mesmer tuvo entre sus alumnos a gran número de filósofos, médicos y místicos y, en general, atraía a todas las personas que encontraban en sus teorías una respuesta a su tendencia hacia lo oculto y lo misterioso. Esta tendencia fue una de las notas fundamentales del fin del siglo XVIII. Sólo en una atmósfera como ésta era donde podían surgir fenómenos tan extraños y fascinantes como Casanova, Cagliostro y otros grandes aventureros de la época.

Sin embargo, estudiosos como Hufeland y como Rudolf Heim se ocuparon seriamente de estos fenómenos. Se puede decir que en las últimas décadas del siglo XVIII y a comienzos del XIX, simultáneamente al desarrollo del romanticismo —el cual, si no se originó en el círculo de los enciclopedistas franceses, al menos recibió un impulso vigoroso—, la medicina magnética y el ocultismo dominaban en la Europa Central. Los intentos por localizar la sede del alma, que culminaron en la doctrina frenológica de Gall y sus seguidores, dieron impulso a los estudios anatómicos y fisiológicos, los cuales, a través de largos y concluyentes experimentos, establecieron la sede y el funcionamiento del sistema nervioso, y de todos sus centros. Estas ideas dieron nuevas orientaciones racionales a las aventuras de la mente.

La historia del hipnotismo es otro ejemplo de las explicaciones científicas, críticas y experimentales de un estado anormal de la mente, similar a los estados de encantamiento. Un indicio del fenómeno característico del hipnotismo se encuentra en las curas de Valentín Greatrakes, mencionadas anteriormente. Era capaz de inmovilizar el brazo, pasando su mano sobre él y ordenando al paciente que lo mantuviera inmóvil. También puede estudiarse el hipnotismo en las sugestiones del famoso Gassner, sacerdote, exorcista y curador milagroso, que provocaba estados hipnóticos, de los cuales se encuentran descripciones exactas en los tratamientos de Mesmer y sobre todo en los del marqués A. M. J. Chastenet de Puységur, que dormía a sus pacientes y dirigía el mesmerismo en una clara dirección hacia la cura hipnótica. En el desarrollo del hipnotismo jugaron un papel importante un médico de Lyon, el doctor Tetetin, quien describe la electricidad animal en uno de sus libros, y el abate Faria, un portugués cuyos tratamientos fueron investigados por la Academia de Medicina de París en 1837. Finalmente, todo el problema fue estudiado, objetiva y cuidadosamente, por James Braid, quien estableció la relación entre el agente y el sujeto en su libro *Neurohypnology* (1843), demostrando ser uno de los conocedores más profundos del hipnotismo y plenamente consciente de sus peligros. La escuela de Charcot y la de Nancy, dirigida ésta por Bernheim, llevaron a cabo una contribución definida para el conocimiento de los estados hipnóticos y su valoración.

4. Aventuras de la medicina

A la medicina mágica pertenecen en un sentido más amplio otras prácticas extraordinariamente difundidas entre las personas más cultas. Existe una amplia profilaxis mágica para prevenir y curar una serie de enfermedades, peligros o influencias nefastas o mágicas de personas que pueden ser dañinas. Prácticas como colgar del cuello de los niños ruda o coral, tocar madera o hierro al encontrar a ciertas personas o evitar pronunciar el nombre de la persona de quien se supone que posee poderes malignos. No se pueden citar aquí las innumerables prácticas, palabras, gestos, acciones y objetos que se cree que sirven para este propósito y que en la actualidad constituyen el bagaje popular de la persona que se expone a un peligro

especial y de quien se encuentra en un estado de ánimo particularmente susceptible a la sugestión, que puede transformarse en un hábito. Así, durante los exámenes, los viajes peligrosos, durante las pruebas difíciles y, como acabamos de ver, durante la guerra, la gente se vuelve con gran fe hacia estas creencias y hacia estos medios profilácticos y apotropaicos (mascotas, etcétera). Estos medios, como todas las prácticas basadas en la sugestión, han sido empleados ampliamente en los periodos de grandes calamidades y peligros, como se encuentra en la historia de los siglos que siguen a la caída del Imperio Romano, durante el periodo de la peste y otros más; tales prácticas reaparecieron y se difundieron ampliamente antes y después de la primera Guerra Mundial.

En ningún otro periodo de la historia, tal vez, como en tiempos recientes, se encuentran tantas descripciones de curaciones consideradas milagrosas, debido a que la ciencia no ha podido explicar sus causas. Tal vez las prácticas y supersticiones mágicas no han gozado nunca de tanta popularidad como hoy, ni el pueblo recurre con tanta fe y tan frecuentemente en toda Europa y especialmente en Alemania y Francia, a los taumaturgos, a los magnetizadores, a los cartománticos y a todos aquellos que en formas y modos diversos, partiendo de premisas distintas y empleando aparentemente medios diferentes, prometen su cura. Es fácil identificar la causa de este fenómeno, el cual se manifiesta periódicamente en la historia después de las grandes guerras y las epidemias, en las épocas que siguen a los sufrimientos intensos y en que disminuye las facultades críticas de los individuos y de los grupos y se incrementa la sugestibilidad y la emotividad. La desesperación, la zozobra y el ansia de evasión son intensamente activas. En este sentido el grupo no se diferencia de los individuos. Después de haber salido de una grave enfermedad el individuo es más susceptible a la sugestión y se dirige casi instintivamente, quizá por el recuerdo del peligro, a recurrir a lo sobrenatural y a pensar en las amenazas y en la ayuda que se encuentra más allá de lo visible y en lo incógnito. Lo mismo se puede afirmar del grupo en el que se crea ese estado de fácil susceptibilidad por una depresión general de las condiciones físicas, determinadas por el número enorme de los mutilados de guerra, por la desnutrición y las múltiples preocupaciones económicas. Un factor muy importante en la actualidad es la difusión de las grandes noticias y la sugestión inconsciente de la prensa. Muchos periódicos destacan los acontecimientos de este tipo, al igual que todos los hechos sensacionales que pueden satisfacer el interés mórbido del público y describen largamente las curaciones maravillosas y envuelven a los curanderos en una atmósfera casi heroica, lo que contribuye notablemente a difundir su fama y a incrementar su poder.

La actitud adoptada por los médicos frente a los curanderos milagrosos difiere según las épocas, los países en que aparecen y la importancia que logran. Los curanderos o los sedicentes curanderos, aparecen en todas las épocas, y los médicos se contentan con observarlos sin mayor preocupación, pensando que su popularidad durará poco. En América, así como en Europa, son frecuentes los casos de charlatanes de diferentes denominaciones, de sociedades y sectas con nombres seudocientíficos, que prometen curar todas las enfermedades, y las autoridades sanitarias no se dan por enteradas a menos que el caso aparezca con unos caracteres graves y constituya una injuria a la dignidad de la ciencia y a los intereses morales y materiales de la profesión médica y amenacen a la salud pública. En tales casos, como es bien sabido, las protestas enérgicas y violentas no han tenido ningún éxito.

El último caso de este tipo, que ha trascendido más allá de las fronteras de Austria, es el de Valentín Zeileis, que fundó en Gallspach, un pueblo casi desconocido hasta hace pocos años, un sanatorio al que acudían cada año millares de pacientes de todas partes del mundo. Hoteles y albergues surgieron de la noche a la mañana, de pronto el lugar se transformó en el centro de cura más famoso de toda Europa y alrededor del taumaturgo se formó una fina red de intereses comerciales, industriales, políticos y especulativos. Los médicos trataron de desacreditarlo y las sociedades médicas pidieron la ayuda del gobierno, que eludió la cuestión y dejó que las cosas siguieran su curso, en realidad porque toda la región que debía a ese curandero ilustre su rápida prosperidad, amenazó con una revuelta en el caso de intervención gubernamental. El profesor Lazarus, de Berlín, comenzó una rigurosa campaña, analizando los sistemas de tratamiento empleados en Gallspach, negando su eficacia, citando numerosos casos en que los pacientes se agravaron por los tratamientos terapéuticos; subrayó, sobre todo, que el laboratorio, el instituto, los aparatos y el método de tratamiento eran mantenidos secretos y que Zeileis no permitía a otros médicos asistir a los tratamientos. Los ataques ampliamente documentados del profesor Lazarus produjeron una gran impresión en los círculos médicos, pero sería erróneo creer que ellos disminuyeron la fe de los partidarios de Zeileis. Una asamblea compuesta de miles de antiguos pacientes de Zeileis protestó inmediatamente de modo violento contra estos ataques y propuso nada menos que una cruzada contra las personas que habían declarado la guerra a Zeileis. Éste, a pesar de las polémicas, a despecho de los ataques de los médicos y de la promesa de intervención de las

autoridades, continuó sus tratamientos y tuvo un número considerable de pacientes.

Sin embargo, se puede decir con certeza absoluta que era imposible que Zeileis formulara ningún diagnóstico con su varita, la que, según él, estaba impregnada de helio o de actinio. En dos o tres horas examinaba a cientos de pacientes y en ese caso es imposible imaginar que pudiera, ni aproximadamente, dictar un diagnóstico. Es difícil admitir que la denominada corriente de alta frecuencia pudiera ejercer una acción benéfica. Todo el trabajo de Zeileis se basaba evidentemente en la sugestión.

Son análogos los casos de los curanderos de Steinmeyer, de Hahnenklee y del párroco de Gudmannsbach, descritos detalladamente en el libro de Liek. Uno de los más interesantes curanderos mágicos fue el magnetizador Tetter, que practicó su arte en Viena en un apartamento suntuoso de un gran palacio. Gozó de inmensa popularidad y atrajo a centenares de pacientes.

Uno de estos hombres famosos, comparable a Cagliostro, es el del enladrillador Josef Weissenberg, considerado profeta y Divino Maestro. Por medio de prácticas hipnóticas, el contacto, la sugestión sexual y las preparaciones terapéuticas, en las que jugaba un papel importante una especie de queso blando, Weissenberg logró tener más de cien mil adeptos en Alemania en pocos años, publicó un periódico en el que colaboraban los espíritus de Lutero y Bismarck y fue venerado por sus fieles con una devoción sin límites.

Es interesante examinar las características de estos y de otros casos similares y los motivos y formas en que se manifiestan. Cuando este problema sea aclarado será fácil, sin duda, deducir conclusiones y determinar la actitud que deben adoptar los médicos conscientes de su deber y de su dignidad. Tanto una academia, al enfrentarse a los que osan infringir las leyes, como las escuelas oficiales y las corporaciones profesionales al situarse ante los innovadores, se encuentran siempre en una situación desventajosa en relación al público que reclama en todo momento que lo curen y que no le preocupa si el curandero o el método de la cura ha sido reconocido y aprobado oficialmente. En la opinión de las masas, el curandero que afirma que su poder se basa en sus habilidades personales y en su talento, o en sistemas secretos, y no en la ciencia, tiene una gran ventaja sobre los científicos. El deseo de evasión, la esperanza del milagro, el instinto de dirigirse hacia lo sobrenatural, actúan en favor de estos aventureros de la medicina.

5. Características de los tratamientos mágicos

Examinaremos a continuación las notas características de los métodos de Zeileis y de curanderos similares. Sin discutir si las irradiaciones, que son totalmente hipotéticas, o los rayos ultravioletas derivan de la substancia que se encuentra en la varita que localiza a la enfermedad, y sin penetrar en el secreto que los curanderos consideran inviolable y el cual, según cuanto se puede creer racionalmente, no tiene otra cualidad importante que la de ser secreto, veremos cuáles son los hechos que caracterizan la cura. El primero y a la vez más importante es el contacto entre el curandero y el paciente, por medio de la varita mágica que toca el cuerpo. Este contacto tiene todas las características de las prácticas mágicas y se realiza acompañado de un fenómeno altamente sugestivo. La varita se conecta con una corriente de alta potencia y según Zeileis, se ilumina al establecer contacto con el órgano enfermo. Por este contacto, repetido tres o cuatro veces en repetidas sesiones, se devuelve la salud al paciente.

La segunda nota es la "atmósfera", el aspecto de la habitación, extrañamente iluminada por aparatos que lanzan rayos intermitentes de luz, que emiten chispas y que actúan sobre la piel; el aspecto taumatúrgico del curandero que aparece vestido como un sacerdote y con una larga barba blanca que le da un aspecto venerable; el empleo de palabras misteriosas para los profanos, que conocen poco o nada de la lámpara de helio, de las leyes de las radiaciones y de los rayos ultravioleta; finalmente, un hecho complicado, aunque aparentemente simple, derivado de la larga espera de los pacientes, la sugestión que en ellos ejercía la atmósfera, apoyada en el convencimiento de las virtudes milagrosas de Zeileis y, sobre todo, la enorme prosperidad que su habilidad había proporcionado a sus colaboradores y a todo el distrito.

La tercera nota y la más decisiva es la que se deriva del sistema de recibir a cincuenta o cien enfermos a la vez, medio desnudos, iguales en el sufrimiento y en la esperanza y parejamente confiados en el milagro. Esta nota provocaba una recíproca sugestión colectiva, manifestada a través de fenómenos que han sido ampliamente estudiados por especialistas en psicología colectiva. No es necesario mencionar los numerosos ejemplos que se poseen en la historia y en la clínica de la gran importancia de la sugestión colectiva: un solo paciente que sostiene que ha sido curado, que alaba los méritos de su curador, desata inmediatamente una ola de esperanza, una voluntad general de curarse, una fe absoluta en el acto milagroso. En el grupo no son las facultades críticas del individuo aislado, sino in-

tintos los que con mayor violencia expresan sus necesidades. Rápidamente salen a la superficie los recuerdos ancestrales, lo que Jung denomina el inconsciente arcaico; la obscura memoria de supersticiones milenarias, de antiguas leyendas, de acontecimientos sobrenaturales narrados por otros, y el todopoderoso instinto de conservación, del deseo de eliminar el dolor y curarse a toda costa, crean el estado de ánimo del individuo y del grupo. Cuando aparece el curador, el grupo se encuentra en un estado que puede denominarse de gracia, preparado para aceptar, como un milagro, aun la disminución temporal de sus sufrimientos.

Estas tres notas —contacto, atmósfera y sugestión colectiva, son particularmente notables, porque son características esenciales de todos los curanderos de este tipo, desde el caso de Asuero, un famoso médico español, que sostenía que curaba todas las enfermedades por medio del tratamiento de las membranas mucosas de la nariz, hasta el fenómeno de Zeileis. Es necesario considerar que tales notas constituyen el punto esencial de las curas, teniendo menor importancia la aplicación terapéutica a la que se atribuye el poder curativo. El papel de la varita mágica, de la sonda de plata y de todo el equipo de este tipo, es idéntico al de los amuletos, talismanes, fórmulas mágicas y tal vez a muchos medicamentos que han sido prescritos durante siglos con gran éxito y que todavía se pueden recomendar. El valor de todos estos tratamientos deriva de la fe con que se recomienden y del ambiente en que la sugestión individual y colectiva se prepara para el contacto directo.

Es fácil imaginar que tratamientos como el de Voronoff, del que se ha demostrado la escasa consistencia, deben en gran parte su éxito a estos factores. El resultado que se puede obtener en el empleo de la sugestión para tratar anormalidades anatómicas ha sido probado por muchos cirujanos con el tratamiento simpático de las verrugas. Este tratamiento ha sido adoptado por la medicina científica y descrito por Bloch (1927). Por obra de una decidida y enérgica sugestión desaparecen las verrugas invariablemente y según las estadísticas de muchos especialistas, se obtienen curas completas en el ochenta por ciento de los casos.

6. Cura y encantamiento

Podría mencionarse una cantidad innumerable de curas prodigiosas de este tipo u otros análogos; pero nos hemos limitado a citar unas pocas de las más famosas de la historia de todos los tiempos, dejando aparte todas aquellas que pueden llamarse milagros y que se atribuyen a intervención divina y, por otro lado, aquellas que son manifiestamente obra de charlatanes, aunque presenten algunos elementos en común. La sugestión colectiva deriva de la atmósfera, de la personalidad del curandero y del contacto directo o indirecto. En todos los casos mencionados el curandero es un médico o una persona que posee sus características y que en tal calidad interviene para asistir al enfermo y controlar la curación. Los casos de Asuero y de Zeileis deben considerarse como pertenecientes a este grupo, debido a sus características comunes. Su base es evidentemente una serie de factores complejos y múltiples, y podríamos decir que sistematizados en una práctica sugestiva, pudiendo, sin duda, en ciertos casos, producir la cesación del fenómeno del cual no derivan lesiones orgánicas importantes. Nadie puede dudar que los pacientes que sufren de afecciones histéricas o tienen su enfermedad agravada por su extrema sensibilidad, no puedan beneficiarse de tales tratamientos. El problema difícil de resolver, que deberá ser estudiado y aclarado atentamente, es la influencia que los factores psíquicos pueden tener sobre un fenómeno derivado de lesiones orgánicas. Este problema indudablemente es muy difícil y obscuro, aunque muchas autoridades han tratado de atacarlo científicamente por medio del examen crítico y del experimento. Pero es imposible negar su existencia.

La conclusión parece ser la de que todos los tratamientos y curas de este tipo pertenecen al campo de la magia, debido a que postulan la necesidad de que el paciente se encuentre bajo la influencia mágica, que puede ejercerse por medio de factores diferentes. Distinta puede ser la actitud, la figura y la idea directriz del curandero, pero tiene que tener la seguridad del éxito y saber cómo crear el estado físico y psíquico necesario de un modo indispensable para la cura. Cuál sea el medio de que el curandero se sirva no tiene importancia excesiva: puede ser una droga química, esencialmente eficaz por su acción fisiológica controlable sobre el organismo, o puede ser una droga que llega a ser tal, gracias a la fe con que el paciente espera la realización del milagro. En el Evangelio de San Marcos (VI, 3-6) cuando Jesús vuelve a su ciudad natal es acogido por la indiferencia de sus compatriotas que hablan de él como "carpintero, el hijo de María, hermano de Jacobo, y de José y de Judas, y de Simón": "Jesús dijo: No hay profeta deshonrado sino en su tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no quiso hacer ningún milagro, salvo poner las manos sobre un pobre enfermo, y lo sanó. Y se maravilló de su incredulidad." Aparece claramente en la narración del Evangelio cómo la fe se considera premisa indispensable para la curación.

En la antigua terapéutica mágica y en todas las prácticas de la moderna medicina mágica se señala una línea de continuidad; la im-

posición de las manos (la palabra alemana *Behandlung* indica que el tratamiento del médico subraya este acto manual), el contacto, la sugestión de la fe, la creación de un hechizo que suprime la crítica objetiva.

No hay duda de que estos métodos de curar pueden llegar a ser peligrosos para el individuo y para el grupo, porque socavando la autoridad del científico conducen al paciente más bien hacia el curandero que hacia el médico, con lo que pierde un tiempo precioso y se dejará explotar por hábiles impostores. Los pacientes que sufren de enfermedades que creen incurables pueden ser fácilmente persuadidos para aceptar la sugestión de los curanderos mágicos y la más mínima disminución de dolor, la posibilidad de una esperanza, incrementa su confianza y su sugestibilidad. Ésta es la razón de que todas las medidas realizadas por las autoridades y de que todas las campañas desatadas por los médicos sean incapaces de frenar la obra de estos curanderos, que, de hecho, es siempre más vasta y remuneradora. En cada época y en cada lugar, a despecho del progreso de la civilización, se señala una vuelta o una persistencia en las antiguas creencias, un deseo apasionado de milagros. La fe que cura puede ser, al menos hasta cierto punto, controlada, sistematizada y guiada sabiamente por el conocimiento positivo. De la evolución de la antigua magia curadora, gracias al hábil talento psicológico del médico, puede tal vez producirse un cambio decisivo en un futuro próximo, sin que por ello logre suprimir nuevos deseos y nuevos intentos desesperados.

En la labor paciente del laboratorio, en una rigurosa investigación psicológica, la ciencia moderna ha escuchado y ha controlado la voz misteriosa de la sangre, ha pesado los átomos, ha pronunciado cifras, inconcebibles para nuestras mentes, de billones y trillones de átomos contenidos en una célula invisible. En nuevas formas imprevistas, revelando algún aspecto de lo ignoto, la ciencia ha ejercido su hechizo. Yo creo que nadie que conozca la historia de la iconografía mágica y que sepa evocar la figura de los antiguos magos o que haya visto las poblaciones primitivas de la India, de África o de ciertas regiones de Sudamérica, que ya tuvimos ocasión de estudiar, y los vestidos, las costumbres y las prácticas de las personas que realizan los actos mágicos, quedará impresionado por la similitud, y algunas veces identidad, de tales formas con las creadas por la vida moderna.

El cirujano, envuelto en su bata blanca, el químico, protegido por una máscara de metal y vidrio, que trabaja con substancias peligrosas, el médico, que maneja las lámparas de cuarzo y trata a los pacientes con rayos rojos y ultravioleta, el radiólogo, con sus guantes y su delantal de plomo, el psicólogo, que oye la narración de los

sueños del paciente: todas son visiones modernas que parecen salidas de algún antiguo libro de estampas mágicas y que parecen estar fuera de lugar. ¿Cómo se explica esta analogía? Podemos decir simplemente que en los casos antiguos y modernos se trata de medios para proteger la vida individual de los peligros conocidos del todo o a medias. Esta afirmación es indudablemente cierta. Pero es necesario y obligado admitir que la parte preponderante de todo lo que consideramos aparato escénico deriva del deseo o de la necesidad de ejercer la sugestión activa, y no es del todo improbable que la sugestión imperiosa, parcialmente inconsciente, contribuya a crear los aspectos modernos a que nos hemos referido. Una cierta parte del éxito logrado por la sugestión se debe a la viva impresión de estos inventos. Todos los psicólogos conocen que la atmósfera de una sala de operaciones crea, desde el punto de vista psicológico como del clínico, un estado de ánimo especial, tanto para los pacientes como para los médicos. Ésta es precisamente una de las razones, y no la menos importante, por la que los cirujanos se sienten completamente seguros en la sala de operaciones y en su atmósfera, y de que los pacientes entren en ella preparados para el milagro. Es un hecho que la espera del milagro, que engendra la fe en el éxito, es un elemento esencial para la curación, y como prueba de ello no hace falta más que recordar las curas mágicas ampliamente citadas en este libro. Estas curas se basan exclusivamente, o casi exclusivamente, en la acción mágica, en el encantamiento de la sugestión, de tal modo que podría decirse que en toda cura la sugestión tiene su parte. Liek, en su excelente libro *The Miracle in Medicine* señala repetidamente esta nota esencial de la magia, que ejerce su acción en miles de formas antiguas y modernas.

La ciencia moderna ha heredado total o parcialmente la concepción mágica, la ha admitido bajo nuevas formas, la ha justificado, la ha dirigido de acuerdo con los resultados de la experiencia, la ha clasificado y catalogado y ha logrado desplazar las antiguas supersticiones y creencias mágicas por la fe en la ciencia. Los demonios diminutos, invisibles, que según los egipcios entraban en el cuerpo humano, causando la enfermedad y que eran expulsados por medio de exorcismos, han sido aprisionados, teñidos de rojo o de azul, cubiertos con placas de vidrio y estudiados bajo el microscopio. Así hemos aprendido que ellos son causa de la enfermedad, hemos descubierto cómo destruirlos o hacerlos inocuos, por métodos muy próximos a las prácticas mágicas y que nos permiten ahora impedir que entren en el cuerpo humano mejor que los antiguos amuletos y talismanes. La ciencia ha resuelto en gran parte el problema, y por un momento parecía que lo había solucionado completa y definiti-

vamente. La reciente investigación científica, sin embargo, ha revelado que hay otros factores que no pueden teñirse, ni controlarse de un modo riguroso y que tienen un puesto importante en la causa de las enfermedades al igual que todas las emergencias de la vida: especialmente en la predisposición y en la capacidad de resistencia del individuo y del grupo.

Lentamente las ciencias de hoy, la química, la física, la biología, la medicina y, últimamente, el psicoanálisis, van adoptando una dirección vitalista, admitiendo, por lo tanto, la existencia de una fuerza vital no conocida de un modo perfecto. Las antiguas teorías, que parecían mágicas, relativas a la influencia de factores meteorológicos sobre el cuerpo humano, la mezcla de los humores o de las secreciones de las diversas glándulas, los hechos que derivan de la insospechada combinación química que tiene lugar en el organismo animal, reaparecen bajo nuevas formas y con justificaciones científicas.

Uno de los ejemplos más interesantes y evidentes de la influencia sugestiva, ejercida según los antiguos métodos pero en una forma moderna, es la del cinematógrafo, que en realidad es verdadera magia. Las luces, los colores, la música y, sobre todo, y éste es el punto más interesante, la rápida sucesión rítmica de las imágenes, que despierta las pasiones y desata los deseos, es obvio que ejercen sobre el auditorio una acción sugestiva idéntica en sus características a las prácticas de magia de los antiguos aztecas o de las tribus malayas. El cinematógrafo produce un hechizo mágico sobre los espectadores: determina una exaltación de los poderes afectivos del hombre y elimina las facultades críticas. Esto explica, probablemente, por qué el cine goza hoy del gran favor del público, mucho más que el teatro. El teatro contiene argumentos y provoca discusiones y el actor en el escenario aparece en el mismo plano psíquico del espectador. Las películas, a causa de su extraordinario carácter mecánico, y ésta es la nota más importante, eliminan la más mínima crítica racional. El teatro es humano porque la teatralidad es característica innata de la naturaleza humana; el cinematógrafo aparece como superhumano porque la persona obedece el inconsciente. Debido a que conocemos los factores que lo determinan, y conocemos más o menos cómo funciona, todos sin ser técnicos y sin necesidad de realizar un gran esfuerzo podemos comprender cuáles son las leyes mecánicas a que obedece el cine. El teatro llama a la razón y a la crítica; el cine habla directamente a la emoción y la guía dentro de los límites de la imaginación, elaborando aventuras posibles, esto es, evasiones sociales aceptables.[1]

[1] Un ejemplo interesante de la sugestión individual, a la que sigue la sugestión en masa y que probablemente puede motivarse en el cine, es el caso del muchacho Joseph Vitolo, del Bronx, en la ciudad de Nueva York. En noviembre de 1945, el muchacho, que había visto la película *The Song of Bernadette*, tuvo visiones en que se le apareció la virgen en una piedra por seis veces consecutivas, ordenándole levantar una capilla en su honor y anunciándole que una fuente de poder milagroso brotaría del lugar. El muchacho de ocho años, perteneciente a una pobre familia italiana, contó esta historia a sus familiares y vecinos, y una gran multitud comenzó a acudir al lugar, alcanzando en algunas ocasiones a tres o cuatro mil personas. Entre ellos se encontraba gran número de gente enferma, especialmente paralíticos, que rogaban por el milagro. Las curaciones que se realizaron en una o dos ocasiones parece que presentaron un aspecto muy dudoso. Finalmente, como la fuente no aparecía, el muchacho informó que la Señora le había dicho que tardaría en aparecer; a pesar de ello, la gente continuó reuniéndose en el lugar, escarbando en el lodo y esperando encontrar la fuente prometida.

En general, y ésta me parece que constituye una de las características de nuestra época y de nuestra civilización, las imágenes toman rápidamente el lugar de las palabras. Los hechos hablan su lenguaje eficaz y algunas veces violento por medio de figuras, mejor que con las narraciones. Las imágenes se crean con gran rapidez, se lanzan a través del espacio, se reproducen con procedimientos que permiten el cambio completo de la expresión del rostro, el aspecto de un monumento, o la significación de un hecho llenan las páginas de los periódicos y substituyen a las noticias diarias. El mito de las imágenes substituye al de las palabras; y esto representa fundamentalmente, para las personas que sepan comprenderlo, una vuelta a la antigua idea mágica, a la mentalidad primitiva que piensa y habla en imágenes y para la cual la imagen simboliza exorcismos, plegarias, invocaciones y letras del alfabeto. Los actores norteamericanos son una prueba evidente de este éxito de las imágenes. A los que sostienen que la fotografía garantiza la verdad de la imagen, será fácil responderles que ocurre exactamente lo contrario, y que toda la práctica brillante, hábil y eficientemente comercial conocida como fotomontaje, está tan ligada a la realidad como los antiguos mitos con los hechos. En los reportajes modernos de las grandes revistas norteamericanas, la actriz o el atleta se presentan con la misma aureola que los antiguos guerreros llevaban en la poesía épica: de un modo distinto, como es natural, debido a que los métodos para ejercer la sugestión sobre las masas son diferentes.

La popular figura del *Superman*, que ejerce una amplia fascinación sobre los lectores de las secciones cómicas con sus aventuras extraordinarias y sin igual, presenta una gran analogía con las figuras mágicas de épocas antiguas y expresa el deseo de los niños de evadirse de su trabajo de cada día. Un ejemplo interesante de sugestión colectiva, con todos los síntomas de una manifestación de contа-

gio histérico, que atrae la atención de todos los observadores de la vida norteamericana, lo ofrecen las demostraciones patológicas de interés apasionado en torno a las estrellas de cine y de los cantantes más populares.

Todo el mecanismo de la vida moderna representa esta evolución de las prácticas de encantamiento y de magia. Empleando medios técnicos perfectos y un amplio conocimiento de las vastas y remotas conexiones entre las causas y los efectos, la vida moderna, en una época en que la radio y el teléfono han reemplazado a la telepatía, y en que la televisión ha substituido a la adivinación, la antigua influencia de los magos ha dejado el puesto a la técnica, sugestiva y violenta, de la propaganda. ¿Qué produce, si no, la vida moderna provocando un estado de sugestión análogo al que se deriva de las prácticas mágicas o de las drogas estupefacientes, por medio de una gigantesca sugestión colectiva sobre el público de las grandes ciudades, iluminando las paredes de las casas y los tejados de los edificios con haces de luces resplandecientes y alternantes, iluminando con letras flamígeras el cielo hasta ahora puro y repitiendo las noticias políticas, las novedades musicales y los avisos comerciales para millones de oyentes? ¿Nos recuerdan estos métodos a las grandes hogueras encendidas por los magos en la cima de las colinas y a los miles de efectos luminosos y musicales empleados como un efecto poderoso por la magia de todos los tiempos? El propósito de reducir los poderes críticos al mínimo, de excitar las facultades emotivas por medio de una serie de sensaciones repetidas en una rápida sucesión es evidentemente idéntico, aunque presente una nueva dirección, algunas veces agradable y benéfica, debido a la extensión ilimitada de las aventuras peligrosas de la mente.

XXVII

LA SUGESTIÓN QUE MATA: LOS MITOS POLÍTICOS

La historia de las enfermedades nos enseña cómo en todas las épocas las epidemias contagiosas se producen con una frecuencia y violencia inesperadas, por razones que somos incapaces de determinar, mientras que en otras condiciones, cuando la inmunidad ha sido ampliamente inducida o adquirida, los mismos factores patógenos sólo engendran casos esporádicos o focos de infección fáciles de dominar. En la vida social y política tienen lugar fenómenos similares, que según la época, el lugar y las circunstancias producen distintos resultados. Las grandes aventuras derivadas de las sugestiones creadoras, dirigen las posibilidades de la vida social dentro de los límites de las leyes morales, fecundan y remozan las antiguas civilizaciones, hacen florecer a sus retoños y determinan nuevas corrientes intelectuales y económicas. Las sugestiones destructoras detienen el desarrollo progresivo del tiempo, destruyen gran parte de la obra realizada y de los tesoros adquiridos. En ambos casos la sugestión ejerce una influencia que puede ser lo bastante fuerte para determinar de un modo decisivo el desarrollo de contagiosas manifestaciones colectivas.

En este breve análisis de la historia de los acontecimientos sociales y políticos recientes no es posible considerar todos los casos que pueden interpretarse fácilmente en este sentido, ni tampoco con el propósito de lograr un examen completo y decisivo. Sólo hemos escogido unos pocos, entre los ejemplos más típicos, y en ellos subrayaremos las notas características, según las cuales adquieren forma, prestando una atención particular a los casos que producen resultados antisociales importantes e inesperados. Muchos factores económicos, sociales y políticos, a los que se ha dedicado un acopio considerable de estudios, pueden intervenir en la producción de estos acontecimientos. De la falsa apreciación de los hechos o de la acción impulsiva de los hombres de Estado o de los caudillos, se pueden derivar muchos de los errores que provocan resultados fatales o casi fatales. Nuestro propósito no es seguir la historia de los acontecimientos, sino indagar en los orígenes de algunos factores psicológicos que los han determinado, aunque no constituyan su causa primera. En las epidemias de enfermedades contagiosas, para citar sólo un ejemplo análogo, la presencia de un microbio concreto es, sin duda, la causa primera, pero esto no explica por qué bajo ciertas

condiciones surgen tales epidemias con mayor o menor virulencia, ni por qué los poderes de defensa y de resistencia funcionan diferentemente. La historia de las epidemias muestra que el conocimiento de los hechos, el aumento de la resistencia, la creación de medios de protección y la producción de fuerzas contrarias a la enfermedad en los organismos débiles, no sólo determinan la extensión del contagio, sino que también dan lugar a unas condiciones de bienestar, mejores y más seguras.

Es indudable que en todas las aventuras de la mente colectiva, la sugestión tiene un papel predominante. Ella determina en su orientación y en su desarrollo, el alma del cuerpo. Sin embargo, nada que la guíe o dirija puede ejercer sobre ella una influencia sugestiva permanente. La orientación de la mente colectiva puede cambiar bajo condiciones diferentes, perdiendo su carácter destructivo y antisocial y revelando tendencias constructivas o metafísicas. También puede ocurrir lo contrario. No obstante, es innegable que la sugestión ocupa un lugar preeminente entre los factores que acarrean las consecuencias más trágicas y serias al grupo. Hay necesidad de estudiar los hechos y determinar su importancia y carácter desde un punto de vista psicológico. La observación cuidadosa de la psicología de los individuos, de las masas, de los grupos étnicos y de sus reacciones ante la sugestión, explica muchas cosas e indica cómo pueden prevenirse o contraatacarse. La observación de los acontecimientos mundiales desde el comienzo del siglo xx, desde este punto de vista, con la debida atención a las crisis sociales, económicas y morales por las que el mundo ha atravesado y que han sido ampliamente estudiadas e investigadas por los historiadores, sociólogos y hombres de Estado, pueden permitirnos comprender algunos de los múltiples factores que han dado lugar a estas aventuras.

La primera Guerra Mundial tuvo consecuencias que pueden considerarse similares a las de la "muerte negra" o peste del siglo xiv o a las de la Guerra de los Treinta Años: introdujo la confusión en toda la vida económica y social de Europa. Esta guerra estuvo acompañada y fue seguida de todos los fenómenos y características de una grave catástrofe social: disminución de los nacimientos, abundancia de enfermedades contagiosas, incertidumbre en los nuevos arreglos provisionales que se crearon, perturbaciones económicas, brotes de conflictos violentos entre varias naciones y entre las clases sociales, aspiración fantástica de un nivel de vida más elevado, deseo de una venganza feroz, irrazonable, contra los supuestos culpables, cómplices o víctimas propiciatorias de la catástrofe que envolvió al mundo; amplia difusión de todas las formas de superstición y de magia; una desconfianza profunda de las leyes morales, sociales y religiosas y, finalmente, la creación de una nueva mitología política, de una mística de la violencia y del terror colectivo, formados, en la mayor parte de los casos, sobre antiguos ejemplos. En los distintos países los acontecimientos se desenvolvieron de modo distinto.

Un factor característico —que se encuentra en la historia de las aventuras anteriores de la mente—, fue la aparición de magos: dirigentes o gobernantes locales, nacionales y aun internacionales que ejercieron una profunda y vasta influencia sugestiva y crearon el mito del poder sobrenatural.

En los Estados Unidos, después de las graves crisis económicas que por un momento amenazaron el orden establecido, la democracia —esto es, la libertad de pensamiento, de crítica y de acción, basada sobre tradiciones universalmente aceptadas, sobre bases inconmovibles y sobre la convicción individual de que constituye una necesidad absoluta para la forma de vida americana— y, en un amplio sentido, el bienestar material del pueblo, la firme convicción de que las oportunidades de prosperidad y el éxito estaban siempre abiertas, representó la primera y más valiosa defensa. Junto a esta convicción aparecía la certeza de que permanecería el derecho inatacable de buscar la felicidad, aun bajo las condiciones y tribulaciones económicas más graves: el futuro aparecía siempre de color de rosa. De aquí se dedujo que los norteamericanos eran siempre menos susceptibles a la sugestión colectiva de cualquier especie, y particularmente a la sugestión antisocial dirigida a derrocar el principio de la libertad constitucional. Las tendencias que de este tipo aparecieron, sólo alcanzaron un grado de desarrollo muy limitado y siempre fueron unánimemente extinguidas por la opinión pública, que rápidamente se movilizó contra ellas. En realidad, jamás representaron, por lo menos hasta ahora, un peligro serio. Las aventuras colectivas del Ku Klux Klan (como los cazadores de brujas de Salem, en el siglo xvii), o los linchamientos de negros, en rigor constituyeron episodios graves, pero nunca afectaron la mentalidad colectiva profundamente, ni ejercieron una influencia decisiva sobre el pensamiento y la acción más allá de las regiones en donde se producían. La sabia y razonable mentalidad crítica de los ciudadanos conscientes de sus deberes y de sus derechos, ha reaccionado siempre, más o menos rápidamente, contra tales aventuras.

El examen de algunas de las grandes aventuras de la mente, que constituyen los problemas más graves de la época actual porque significan una amenaza a la paz mundial, determina su clasificación en diferentes grupos. En primer lugar examinaremos los acontecimientos que tuvieron lugar en el Oriente, dado que la mentalidad de los pueblos orientales presentaba comúnmente ciertas características no-

tables. En segundo lugar examinaremos su desarrollo en Rusia, en donde desde muchos puntos de vista fue muy interesante la aparición de un nuevo mito político. A continuación consideraremos las aventuras de la mente en los países del Mediterráneo, en los que la tradición secular, la psicología étnica y la mezcla de razas ha ejercido, sin duda, una influencia decisiva sobre las aventuras de la mente colectiva. A continuación estudiaremos la situación en Alemania, que presenta también ciertos rasgos distintivos notables. Por último estableceremos una analogía entre las aventuras de la mente y sus características en los tiempos pasados y en el momento presente.

1. La India y Gandhi

Desde el punto de vista psicológico, tal vez, ningún grupo o colectividad llama más la atención que la India. Ningún país puede mostrar un cuadro tan claro de las relaciones entre el pasado y el presente, u ofrecer un ejemplo más definido de las tendencias tradicionales de la mentalidad del pueblo y probar con mayor evidencia cómo tal mentalidad conduce el alma colectiva por un desarrollo peculiar y cómo predomina la influencia de la sugestión.

El sistema social que ha existido en la India durante siglos, fue establecido por los clanes de los invasores que subyugaron a los nativos y afianzaron su propio poder. Crearon una sociedad cerrada, perfectamente organizada, encuadrada estrictamente en una concepción mágica que prohibía al individuo la transgresión de las leyes del grupo a que pertenecía. Ninguna otra ley en la historia, con excepción de las tribus primitivas, ha sido tan rígida; cualquiera que la violara o intentara violarla estaba considerado inmediatamente fuera de la ley.

La historia de la India ofrece innumerables ejemplos de sugestión colectiva ejercida por personas que saben cómo obtener la devoción y la fe sin límites de las masas. La enseñanza, aceptada de un modo general, de Buda, el Iluminado, constituyó la base de la estructura religiosa del hinduismo y creó en la mentalidad hindú una inclinación más decidida hacia las aspiraciones metafísicas. La doctrina del Iluminado se encontraba en armonía con la forma de pensar y de sentir, y podríamos decir, con la constitución física de los habitantes de un país en donde la atmósfera luminosa y una vegetación lujuriante y casi fantástica, acompañada de un arte que asume miles de formas grotescas y extrañas, da lugar a que los habitantes estén predispuestos a la sugestión. Dadas sus tendencias metafísicas, el pueblo estaba dominado constantemente por la antigua magia, con sus

creencias, sus ritos, sus prácticas y sus innumerables símbolos. La antigua concepción de la metempsicosis, que encuentra su expresión en la doctrina de Buda y propugna la supresión del deseo con el propósito de lograr la vida pura en todas las encarnaciones, tuvo una aceptación general. El culto de todos los animales, cada uno de los cuales representa o puede representar una nueva encarnación del espíritu, aparece en la vida del pueblo hindú como una nota característica. La vaca, el tótem hindú, es el símbolo de la fecundación y de la fertilidad y es considerada como la madre de la raza. Esto constituye una nueva forma del culto a la *Dea Mater*, común a todas las tribus agrícolas y pastoriles.

La ley mágica del tabú encontró una expresión sintética, decisiva e inmutable en la idea aceptada universalmente, que afirmaba que un brahmán y en general un hombre perteneciente a una casta superior no puede ser tocado, ni tener contacto con la sombra de un hombre perteneciente a otra clase social. Las leyes que prohíben ciertos alimentos, la prescripción de baños frecuentes de acuerdo con ciertos ritos, las reglas para los funerales y la cremación de los cadáveres, y la actitud fatalista de los hindúes ante la muerte, todo ello pertenece al mundo mágico de los primitivos. En la India se les prohíbe a los infieles el acceso a los lugares sagrados y existe una difundida creencia en los amuletos y talismanes y en el poder mágico de los nombres.

Si al examinar la reciente situación de la India no se olvidan todas estas circunstancias, se podrá comprender fácilmente la sugestión ejercida por Gandhi sobre su medio. Gandhi, como todos los magos, fue producto de la tierra de la cual había brotado y del pueblo cuyas tradiciones ancestrales había heredado, del medio y de la educación. Humilde y puro en sus aspiraciones espirituales que trascienden todos los intereses terrenos, utilizó un poder que emana de una personalidad excepcional. Él creó o adoptó todos los símbolos de la tierra: el trabajo manual del campesino y del tejedor, el telar, la azada y el azadón. Sostuvo el principio ético fundamental del *Satyagraya*, el poder del alma, que se expresa en la vida tranquila y en la resistencia pasiva a todos los obstáculos y amenazas. Como todos los caudillos de su género estuvo plena y sinceramente convencido de que tenía razón. Obtuvo éxito al imponer una forma general de pensamiento a sus partidarios, eliminando cualquier forma de libertad de acción y de crítica, aunque permitía la libertad de palabra y de discusión. La historia de la magia revela cómo los magos logran poder asumiendo diversos vestidos y aspectos: los vestidos diabólicos, las máscaras de animales terroríficos, las apariencias grotescas y aun, como en el caso de Savonarola, la conducta, el garbo y el

aspecto del anacoreta, de acuerdo con el modo de ser del individuo. La sugestión de las masas se provoca por la sensación del contacto con un ser que aparece como sobrehumano porque es capaz de hacer cosas que ninguna otra persona puede realizar. La fe profunda que anima sus acciones y sus palabras, los largos ayunos, las constantes plegarias y la insistencia en llevar una vida dirigida hacia el propósito ideal de la pureza, domina la mente colectiva. Aquel que vio a la multitud seguir ciegamente las instrucciones de Gandhi, su obediencia devota y extática, puede comprender que la sugestión que ejercía se encontraba esencialmente en armonía con las tradiciones y las tendencias de su pueblo. Quizá no se encuentre otro ejemplo de una sumisión tan profunda e íntima con la palabra de un caudillo que fue capaz de despertar todas las emociones e instintos del inconsciente, así como el amor hacia la tierra y el país. Tal vez nada impresione más al testigo de esta gran demostración de perfecta obediencia despertada por sus palabras, que el hecho de que la multitud hindú nunca gritaba, aplaudía o hacía algún gesto violento de asentimiento.

Gandhi creó a su alrededor una sociedad organizada y cerrada, que poseía todas las características, leyes y funciones de las antiguas sociedades secretas. Su sociedad era más importante que un partido político, no importa cuál fuera su extensión y poderío e influencia. Sólo los miembros de su grupo de fieles adeptos podía lograr puestos directivos en la vida económica o política de la nación; nadie obtenía su apoyo para lograr el más pequeño beneficio personal. El desprecio que Gandhi sostuvo y mostró por todas las formas de la violencia, así como por todas las formas de bienestar, fue uno de los factores fundamentales de su éxito. La aventura religiosa y mística derivaba de la mentalidad hindú y se desarrolló dentro de la aventura política, según la dirección de Gandhi, sin que renunciara por ello o cambiara su carácter. La orientación política pudo lograr el postulado esencial de la completa libertad para la India: su única arma fue la *resistencia pasiva, sin ningún intento* de prosperidad económica o independencia individual. En realidad, este postulado fue una superestructura dirigida a satisfacer las aspiraciones de los intelectuales que habían asimilado algunas de las ideas directrices de la civilización occidental. La inmensa mayoría de los hindúes no tenían aspiraciones políticas, ni comprendían otra cosa que lo sugerido por su caudillo. Éste de la India es uno de los ejemplos característicos de una gran aventura colectiva de la mente, que se desenvuelve en un medio extraordinariamente favorable, gracias al contagio de una sugestión mística. Todo ayuda a una aventura de este tipo; el clima tropical, la historia de los hechos, las constantes invasiones de extranjeros; todo

preparó las condiciones para esta orientación metafísica y fantástica, según la cual la vida no tiene fin, pero cambia de forma y de sede, con la marcha del tiempo.

2. El Japón y las sociedades secretas

La aventura de la mente japonesa es, en muchos aspectos, análoga a la hindú. En ambos casos el punto de partida es el mismo: un grupo étnico invasor esclaviza a los primeros habitantes del país. En ambos casos se establecen rígidas normas de dominación y ambos pueblos poseen el mismo tipo de ideas mágicas y religiosas. Tanto en la India como en el Japón el budismo juega un papel importante; en los dos, la influencia de la civilización occidental o la influencia de naciones más fuertes y mejor armadas tratan de mantener abiertas las puertas cerradas de la vida intelectual, social y económica. Sin embargo, los resultados fueron distintos. En la India y en el Japón las imposiciones extrañas se aceptaron sólo en un grado mínimo y con repugnancia: la India y el Japón nunca absorbieron del todo la cultura y las ideas occidentales. Pero mientras el Japón, con un riguroso espíritu práctico de adaptación, asimiló todas las enseñanzas técnicas de Occidente, manteniendo al mismo tiempo su intenso odio a los extraños, la India no ha aceptado nunca las consecuencias prácticas de los postulados económicos del Occidente y sólo se ha resistido en una forma pasiva. La razón para la diferencia entre los dos países puede encontrarse en el diferente desarrollo de los acontecimientos (en la India la penetración europea fue de larga duración, agresiva, sistemática, persistente, metódica y económicamente beneficiosa; en el Japón fue esporádica, apacible y francamente egoísta), así como en el hecho, quizá, de que la India siempre ha estado sometida a la influencia extranjera e invadida continuamente, mientras que el Japón conservó durante siglos su posición cerrada de una sola raza dominante. Los acontecimientos muestran con evidencia que, aunque originándose en los mismos puntos, la aventura de la mente se dirige, en casos distintos, en direcciones opuestas. Es difícil comprender por qué mientras la mentalidad de la India siempre es claramente asequible para los estudiosos y hombres de Estado europeos, la mentalidad japonesa ha sido mal o parcialmente comprendida. Quizá se debe esto a que la India ofrece a los extranjeros una gloriosa historia, en parte legendaria, una literatura magnífica, un arte fascinante, la sugestión de su poesía épica, sus leyendas místicas y su original y atrayente filosofía. El camino de la comprensión del glorioso pasado de la India y de su espíritu se encuentra abierto para todo aquel que posea la necesaria disposición.

El Japón, poco comprendido y escasamente conocido hasta hace pocos años, aun para los hombres de Estado y para los estudiantes de psicología, se presentó ante el mundo occidental, envuelto en una simple aureola literaria y romántica, algo así como Italia para el tipo medio del turista americano. Se ofrece como un país de pobres gentes, de gustos simples y modestos, dotadas de una fuerte e ingenua fe religiosa, poseyendo un fino espíritu artístico que ha sido altamente apreciado en el Occidente y, más tarde, en todo el mundo, espíritu que luego se tradujo en un amor apasionado hacia los grabados, las cerámicas y bronces japoneses, más bien que al estudio de las tendencias emotivas y políticas de sus habitantes. El Japón ha sido por mucho tiempo un país de geishas y volcanes, de caras mercancías falsificadas, pero también de delicadas obras de arte, de sencillas casas de madera, de gentes amables con sus reverencias y frases infantiles. Según las descripciones de los libros del siglo XIX, era un país pintoresco y delicioso, benévolo y casi fabuloso. El retrato que del Japón se formaron los europeos y los norteamericanos fue el resultado del contacto superficial que tuvieron los japoneses con el Oeste, con Europa y Norteamérica. Ésta ha sido una representación convencional de una raza también convencional, tanto más que los japoneses, deliberada y obstinadamente, se presentaban candorosos e ingenuos, pasando desapercibidos, sin levantar sospechas, visitando las escuelas europeas, la fábricas y los mercados, copiando aquí y allá la maquinaria y las fábricas, el equipo científico, los métodos de estudio, las armas y los utensilios, todo lo que consideraban que eran capaces de producir y que necesitaban. En todas partes ellos estudian y aprenden los hechos, no el espíritu; lo hacen perfectamente, con diligencia incomparable y extremado esmero. Sobre todo, aprendieron la organización del ejército en Alemania y los principios del sistema económico e industrial de Norteamérica. La preparación del Japón fue larga y laboriosa y sobre todo silenciosa. Los japoneses saben cómo permanecer silenciosos y conciben sus planes con una tenacidad inexplicable para nuestra mentalidad. Esta es quizá la nota más singular y decisiva de toda la compleja organización japonesa creada bajo la capa del máximo secreto, al igual que un típico y esencial sistema "iniciador". Todos los japoneses se encuentran ligados entre sí por ritos de sacrificio y de sangre, desde el metódico asesinato a sangre fría, preparado con complicados cálculos desapasionados, al suicidio individual o colectivo que constituye el fin honorable de una fracasada aventura individual, esperado sin miedo y practicado sin emoción. El Japón, encerrado dentro de su aislamiento —en este caso la palabra expresa un hecho, debido a su posición geográfica—, adoptó el lenguaje y la cultura chinas con la intención de forjar las armas para dominar y destruir a la misma China, así como más tarde adoptaría las invenciones de la civilización occidental con las mismas remotas intenciones.

Algunos hechos extremadamente importantes, que pueden extraerse de la historia de la religión japonesa, caen dentro de esta tendencia de la mente colectiva. Hacia el fin del siglo VI a. C., en la época de los primeros hombres-emperadores, el budismo se introdujo en el Japón, antes de que se sintiera la influencia de la civilización china. Pero el Japón aceptó el budismo sólo en su ritual, no en su concepto ético. Los dioses japoneses del sintoismo se hacen santos budistas o reencarnación de Buda; los dos ritos se entremezclan en forma que puede considerarse un compromiso, y Buda y los dioses nacionales son adorados en templos comunes. Cuando en 1809, los *Shoguns* o señores feudales tomaron el poder, el concepto de la superioridad racial japonesa apareció abiertamente y se proclamó al sintoismo, religión de la Casa Imperial y del Estado, desterrándose el budismo. La deificación del emperador, el símbolo del Imperio, asumió un carácter religioso y político definido. Así, cuando en un primer período la imitación de una civilización superior predominó en el país y se aceptaron su literatura y su religión, lentamente el Japón volvió a sus antiguas creencias y a la fe en su superioridad racial. El episodio del budismo fue similar a la aparente absorción de la civilización occidental en el siglo XIX; ni el uno ni la otra dejaron la menor huella en la mentalidad japonesa. Con el mito de la victoria religiosa y política el emperador llegó a ser, y permanece (casi) desde entonces como el símbolo eterno; y el imperio se desarrolló y fue considerado como el principio y el fin de la vida nacional, destinado a conquistar y a dominar al mundo entero. El pueblo japonés se presentó como la raza más antigua y gloriosa, constituyendo la única dinastía que reinó ininterrumpidamente por miles de años, y cuyo origen se atribuía al Sol, del que heredó directamente su poder para perpetuarlo sin ninguna otra autoridad.

Desde la primera aparición de los barcos norteamericanos en las aguas japonesas en 1853, cuando nuestra civilización rompió su aislamiento por la fuerza de las armas, caso único en su historia, comenzó la sistemática preparación para el desquite y continuó sin interrupción. En el Japón han ocurrido revoluciones, pero todas con el mismo propósito: la defensa del pasado contra el futuro, el mantenimiento de un sistema básico de fuerza, la ley ancestral del culto a los antepasados, el respeto de las viejas familias por las sagradas e inviolables tradiciones nacionales y la devoción, en un tiempo fanática, al emperador.

La rebelión de 1868, con la abolición del generalato y la apa-

rente estabilización de un nuevo orden político, según el cual el emperador era el centro y la vida misma de la nación, no fue en realidad sino una nueva forma bajo la cual la antigua creencia asumía la dignidad de una religión final y absoluta. Esta religión, según el programa de sus creyentes, era universal y sostenía la justificación de la violencia como principio. La aceptación de una constitución y de una apariencia de régimen parlamentario, han constituido nuevas etapas en el proceso de adaptación política; en realidad sólo cambió la fachada de la estructura política. La decisión de los representantes del poder militar en el gabinete ha sido tan preponderante en todas las deliberaciones que el gobierno no hizo sino seguir los pasos del grupo militar. Los funcionarios del Gobierno se vieron obligados a someterse a la voluntad de los dirigentes del ejército, especialmente en problemas de política exterior.

La preparación y el desarrollo de la mentalidad japonesa desde el emperador al soldado, desde el banquero al campesino, para la aventura totalitaria, se basó en una fe inconmovible y absoluta en la superioridad de la raza japonesa, de su religión, de su ejército y del Estado sobre todas las demás instituciones de los otros países y de otras épocas. El principio dogmático dominante ha sido igual al proclamado por Ymmu Tenno, el primer "hombre-emperador", el tipo clásico del héroe nacional. Las escuelas, la literatura popular, las leyendas y el teatro, han ensalzado los sacrificios al emperador como el único deber de los ciudadanos. En la atmósfera creada por esta doctrina totalitaria, sobre la cual no obraba ninguna influencia o poder extraño, se creó la convicción natural de que el Japón podía dominar primero a Asia y después al mundo, siendo ésta la idea central de la política japonesa durante casi un siglo. Los políticos y filósofos que hicieron algún intento de defender la política de paz, fracasaron. Muchos de ellos cayeron asesinados y sus victimarios fueron exaltados como héroes y gozaron de impunidad.

La política exterior del Japón se desarrolló simultáneamente con la de la Alemania de Bismarck. En 1894 el Japón conquistó Formosa; en 1904 invadió Corea, trampolín para la conquista de Asia. Al principio, el gobierno japonés sólo reclamaba el derecho de transportar tropas por Corea, garantizando su independencia en un tratado solemne. Este tratado fue roto en 1910 con la anexión de toda la península, seguida de la supresión de su lengua, cultura, agricultura y comercio. El gobierno de la raza superior japonesa fue proclamado abiertamente y miles de coreanos pasaron a ser prisioneros o esclavos. Después de la victoriosa guerra contra Manchuria, se anexionó parte de este país, y en 1918, después de la primera Guerra Mundial, el Japón ocupó las islas del Pacífico que habían pertenecido a Alemania y que, según el plan japonés, debían ser consideradas como avanzadas de una conquista final en la nueva Guerra Mundial. En 1931 fue ocupada totalmente Manchuria y se creó un Estado ficticio con un emperador pelele, con el objeto de ejemplificar la deslumbrante promesa de un Asia gobernada por Estados independientes, aunque en realidad todos estuvieran ligados al Imperio.

La guerra de conquista contra China, anunciada como un programa de la solidaridad y prosperidad panasiática, fue la consecuencia inevitable. Con un plan exacto, con la perfecta conciencia de sus propósitos y la convicción completa en su éxito, el Japón procedió de victoria en victoria.

Es evidente que el Japón seguía las huellas de su maestro, el Estado alemán, sobrepasándole a éste en intensidad de trabajo y, en silencio. Lo prueba la completa ausencia de crítica, y la falta casi total de la expresión individual de opiniones independientes, gracias a la destrucción —llevada a cabo por el rápido y decisivo sistema del asesinato en gran escala— de toda oposición y, finalmente, por la obligada conclusión del programa, la gran aventura de la guerra, consumación lógica y necesaria del viejo sueño de siglos, el propósito perseguido por medio de una evolución sistemática, mantenida en las mismas líneas. Esta aventura fue la expresión de una mentalidad bien establecida. La sugestión había logrado su desarrollo máximo gracias a las condiciones excepcionalmente favorables y se dirigía hacia un solo propósito: el dominio de la raza superior. El grupo dirigente, especialmente los caudillos militares, que constituyeron durante siglos los grandes promotores del sistema, lograron su influencia más plena, creando la obediencia totalitaria absoluta, más allá de la vida y de la muerte. El poder se transfirió del individuo al Estado o al emperador, que lo personificaba y que continuaba las huellas de los antepasados, simbolizando, en una continuidad perpetua, el destino glorioso del Japón. Se suprimieron la alegría de vivir, el deseo de placer y la búsqueda de la felicidad y no permanecía nada que no estuviera ligado al destino de la familia o de la nación. La mujer en el Japón no era sino la sirvienta del marido, y la madre tenía una función única, como en los primitivos clanes: la de procrear hijos para que fueran a luchar por el dominio y la omnipotencia del Imperio.

La atmósfera, un factor básico en el desarrollo de la sugestión colectiva, fue excepcionalmente propicia; la mentalidad oriental es tradicionalmente respetuosa a los ancestros y progenitores. Toda la nación, establecida en un grupo de islas en que la influencia extranjera no había podido poner un pie y en donde no había mezcla de razas, mantenía y desarrollaba su mentalidad de acuerdo con las directrices

establecidas por la tradición. Las islas griegas, abiertas a todas las corrientes de comercio y a las influencias y al pensamiento de todo el Mediterráneo, crearon en el Egeo una civilización universal, cuna de las más elevadas creaciones y realizaciones en todos los campos del intelecto. Las islas japonesas, herméticamente cerradas, se convirtieron en terreno de plantas de invernadero, de florescencia fantástica, gigante y malévola, que culminó con la aventura destructiva. El Japón es quizá el único ejemplo en la historia, de un proceso de pensamiento que se desarrolló en una atmósfera cerrada, hermética e impermeable a las otras naciones. Las características de la mentalidad insular, que se encuentran en los grupos primitivos de las islas del Pacífico, y en el curso de la historia apenas en islas como Australia y Cerdeña (y en mucho menor grado en otras situadas en las grandes rutas de comercio, como Sicilia) alcanzaron su máximo desarrollo en el Japón.

Los orígenes de la historia de la aventura japonesa muestran todos los rasgos típicos de las aventuras antisociales que se dirigen a crear estructuras políticas contrarias a las reglas sancionadas por las religiones, la ética y la filosofía de Occidente. En su aislamiento geográfico todas las primitivas tendencias instintivas del inconsciente se desarrollan libremente, en condiciones tales que aparecen como una psicosis colectiva. El mito del gobierno divino y eterno del Hijo del Sol, derivado de los mitos solares comunes a todos los grupos raciales de las épocas prehistóricas, cristalizó en un dogma quasi totémico.

El poder del jefe de la tribu, del clan y de la nación se integra en la sugestión permanente de los caudillos religiosos y políticos; se constituyen sociedades secretas en las cuales los fanáticos mantienen la llama siempre encendida. Mencionaremos sólo la sociedad secreta más famosa del Japón, la del Dragón Negro, inspirada en Mitsui Tojama, cuya influencia se reveló en una serie de asesinatos, realizados de acuerdo a un programa inflexible. Mitsui Tojama, consejero del emperador, vivió rodeado de la admiración del pueblo. Cada día él adoraba a sus antepasados en el altar doméstico. El antiguo mito de la supervivencia después de la muerte creó el culto de los antepasados y adoptó la ley de venganza contra todos los enemigos antiguos o contemporáneos del emperador o del Estado. Esta ley se mantuvo intacta con indudable lealtad y ha estado firmemente arraigada en la mente del pueblo. El mito del destino universal del Japón y de su misión histórica para dominar a todos los otros pueblos derivó de este principio.

El simbolismo mítico, otra característica de la antigua magia, perduró en el Japón como en ningún otro país. El Dios-Emperador es un hombre que ha encarnado el símbolo de la fe religiosa y política. En nombre de este simbolismo se resucitó el sacrificio humano, que en las religiones primitivas se supone es el mejor recibido por la deidad suprema. La muerte y el suicidio han sido un símbolo de fe; el *harakiri* ha constituido el ápice del más elevado honor; es el sacrificio voluntario del individuo, que habiendo fracasado, lleva a cabo una definitiva demostración de lealtad. Finalmente, la lengua japonesa misma permanece simbólica; el simbolismo determina no sólo sus ideogramas, sino también la construcción del lenguaje. Los intentos para introducir el alfabeto latino resultaron infructuosos. El acento o la entonación son suficientes para cambiar el sentido de una palabra, con lo cual hasta el mismo lenguaje está cerrado a los extraños, en su secreta significación.

El mundo de los japoneses, como el de los antiguos, estuvo situado dentro del círculo mágico y fue completamente dominado por la creencia de que lo sobrenatural tenía una parte en la vida cotidiana. Lo sobrenatural era aceptado sin discusión, incluso por los científicos, los filósofos, los políticos, los soldados y los campesinos. Cada japonés estaba convencido de que sus antepasados vivían y de que su propia vida continuaría en sus hijos por los siglos de los siglos, en un plan fantástico y mágico. Las sociedades japonesas fueron una prueba de la verdad de la afirmación, de que las manifestaciones del espíritu de generaciones pasadas influía en la mentalidad colectiva de tiempos posteriores, y cada sociedad estaba constituida tanto por los muertos como por los vivos. Esto muestra el prestigio activo de los muertos predominando sobre los vivos o, en términos psicoanalíticos, la dominación del inconsciente sobre el yo consciente.

Es difícil descubrir cuál es el papel que el sugestionador, el caudillo o el mago juegan en esta gigantesca sugestión colectiva. Su presencia en la historia japonesa ha sido, sin duda, importante, como lo muestra el estudio de las aventuras pasadas y presentes. Pero mucho más difícil es identificar al sugestionador en este caso, porque aparece constantemente enmascarado, como los actores en el teatro japonés. La personalidad del mago está oculta y la obra que realiza se atribuye a los símbolos, al emperador o a los antepasados; la mentalidad formada en grupos cerrados y de acuerdo con reglas secretas tiende a evitar la claridad en las acciones y esto dificulta o imposibilita la identificación. La sugestión se origina actualmente en un grupo de factores, símbolos o personas, grupos o castas. Sólo el conocimiento de la historia íntima de las sociedades secretas podría revelar la identidad de los más importantes sugestionadores, dado que los conocidos se encuentran sin duda entre los de menor importancia. La pérdida de la personalidad individual en la penumbra mística de la religión política, que constituye la mejor estructura

mágica, es típicamente oriental. La respuesta totalitaria del pueblo japonés a esta continua sugestión debe atribuirse a que se ejercitaba sobre una masa perfectamente organizada. No hay duda de que el ejército se creó por obra de esta sugestión y ha vivido por ella. En Alemania, el ejército fue organizado primero en Prusia y después por el nazismo. Se produjeron conflictos entre la mentalidad del ejército y la del *Führer*; los ecos de estos conflictos, que quizá no han muerto del todo, pudieron observarse en muchos acontecimientos posteriores. En el Japón, por el contrario, el ejército aceptó el mito definitivamente, sin ninguna resistencia; y ese ejército, gracias a las sociedades secretas organizadas con la misma severa disciplina, se difundió poco a poco, de manera que cada ciudadano, desde su nacimiento, pertenecía al ejército y se encontraba firmemente ligado a él.

En el Japón, los episodios de violencia individual y de rebeliones de grupo, como la famosa insurrección de los oficiales, fueron expresiones del deseo o de la necesidad de un completo dominio del ejército y de una acción inmediata más violenta. El juicio de los conjurados, que se rodeaba de gran publicidad y en que los acusados expresaban sus ideas en largos e impresionantes discursos, despertaron una nueva ola de emoción popular que contribuyó a una mayor sugestión colectiva. Miles y miles de personas manifestaban su solidaridad con los acusados por medio de manifestaciones violentas y suicidios, que hacían imposible su condena. La constante sugestión recíproca logró mantener una estrecha solidaridad y una continuidad ininterrumpida en los lazos de la mentalidad colectiva. Bajo estas condiciones, el éxito de los nazis (otro mito político cuyo inmediato desarrollo pareció de acuerdo con su dirección) constituyó el momento oportuno para inclinar el movimiento popular hacia la guerra.

Las maneras convencionales y las sonrisas amables con que se aceptó a los conquistadores y sus decisiones, pertenecían al retrato habitual y bien conocido de los japoneses y a sus relaciones externas y superficiales con la gente cuya superioridad era necesario reconocer. Pero esta aparente mansedumbre y fácil adaptación a la nueva situación, no debe constituir ninguna seguridad para el futuro.

3. La Rusia de Stalin

Aventuras colectivas del mismo tipo, al menos en sus orígenes, se encuentran en la historia contemporánea; por ello es lógico pensar que las condiciones de intranquilidad y de conflictos espirituales y económicos han afectado a todo el mundo en épocas distintas y en

grados diferentes. De este modo, la sugestión triunfante de la Rusia comunista se presentó en sus orígenes como una de esas grandes aventuras trágicas, pero en su desarrollo posterior se ofreció con las características de una aventura creadora y reconstructora, que a través de graves errores y sufrimientos y después de la destrucción de los grandes valores del pasado, creó un nuevo orden de cosas y una nueva orientación mental. El comunismo ruso surgió de la atmósfera de depresión y miseria creada por la autocracia zarista. Estuvo animado del espíritu de rebelión contra los esfuerzos de la clase gobernante para mantener al pueblo ligado con las cadenas de la monarquía absoluta. Antes del comienzo de la revolución social, la vida social y política presentaba las huellas del trágico absolutismo, creando, como en otros casos, el "nihilismo", esto es, una orientación hacia la destrucción. Las crueles represiones, el exilio a Siberia, las grandes series de programas preparados y efectuados por el gobierno y sus partidarios, llevaron a los grupos revolucionarios a conspirar en silencio. Rebelados en 1904, fueron ahogados en sangre, pero más tarde obligaron al gobierno a crear un régimen parlamentario ficticio, y finalmente, durante la primera Guerra Mundial, la avalancha de supersticiones y de fenómenos típicamente mágicos, como el episodio Rasputín, fueron las consecuencias. La necesidad de una evasión espiritual encontró expresión en el ascetismo de Tolstoi y en el pesimismo de los grandes escritores del siglo XIX. La revolución social de 1918 explotó con gran violencia y fue el resultado de otro caso en el que se puede meditar sobre cómo quedó transformada la vida de un gran país después de una guerra terrible, en que la oposición entre las clases se hacía más manifiesta.

Se estableció una severa dictadura, con control absoluto sobre toda Rusia y con la completa supresión de cualquier manifestación independiente a la voluntad de los dirigentes. Éstos crearon y organizaron una poderosa máquina, la GPU, que cambió su nombre en diversas ocasiones, pero que nunca perdió su poderoso control sobre el país.

Lentamente y con una preparación inteligente, Rusia se desarrolló vigorosamente en el sentido de una construcción sistemática de la vida económica y social, manteniendo su estructura política intacta, pero aceptando ciertas instituciones del orden social destruido. Se creó una nueva orientación del pensamiento y de la acción bajo la influencia de un caudillo poderoso y se evidenció que era necesario defender este sistema que probó sus posibilidades en medio de las dificultades de su constitución, luchando contra las obscuras maquinaciones de sus enemigos y las lentas y difíciles adaptaciones de la agricultura y de la industria, y cada esfuerzo se dirigió hacia la am-

plia reorganización, sistemáticamente planeada y cumplida rigurosamente, en todos los campos de la industria, de la economía y de la ciencia. Se produjo una evolución decisiva: Rusia presentó la creación de un nuevo ejército perfectamente organizado, el reajuste de su sistema administrativo, el rápido y eficiente desarrollo de su industria, el incremento gradual de la producción científica, especialmente en el campo de la investigación experimental; ocurrió una rápida difusión de la cultura popular y se produjo un renacer del individualismo y un florecimiento extraordinario de la ciencia, de la literatura y del arte. Existía una llamada eficiente y una vuelta gradual a las más profundas y arraigadas tendencias afectivas de la mentalidad rusa: el amor a la tierra, el apasionado afecto al hogar y la tradicional creencia mística. La amenaza externa de Alemania era aparentemente dirigida hacia el sistema social, y se consideró como un grave peligro el éxito futuro del nazismo. Los ejércitos alemanes invadieron el país, intentaron destruir el orden establecido y aniquilar las conquistas recientes, pero al sentir amenazado el suelo de la vieja Rusia, todas las pasiones del pueblo ruso se alzaron a la defensa. Y en un impulso unánime y heroico, se unieron todas las fuerzas del pueblo, en una suprema voluntad de derrotar a los invasores. Esta es sin duda la explicación psicológica de la conducta del pueblo ruso, del ejército, los campesinos, los obreros, las mujeres y los niños, durante la guerra. El mundó quedó asombrado por este fenómeno, que fue una sorpresa, especialmente para aquellos que no creían en la eficiencia y justeza de su organización política e industrial, a pesar de que ese vigor surgía de una explosión tan grande de heroísmo, capaz de producir tales resultados y de crear acontecimientos tan extraordinarios.

En los principios básicos de la política rusa se han sucedido cambios tan importantes que es difícil identificar los principios directivos de la Rusia de hoy con los de 1919. Es evidente un nuevo y deliberado esfuerzo para crear una conciencia nacional, y los resultados de este esfuerzo están claros. En todas las manifestaciones oficiales se destaca la importancia del patriotismo y el deber y el privilegio de todos los ciudadanos soviéticos de defender su patria. La nueva Constitución soviética de 1936 constituyó un paso decisivo hacia la unidad nacional, y cinco años de guerra destacaron este progreso hacia el nacionalismo y los deberes patrióticos. Sin embargo, se puede admitir que la tendencia de la mentalidad colectiva en Rusia, bajo la dirección poderosa y sugestiva de Stalin, y bajo la influencia de las circunstancias políticas, representó la renuncia o, al menos, la postergación, de la propaganda internacional de las doctrinas comunistas. Los principios fundamentales del comunismo no fueron abandonados al organizarse todo el poder, tanto político como económico, bajo el Estado; el poder permaneció en manos de los dirigentes, pero el énfasis no se situó ya en el trabajador, sino en el ciudadano, no en la exclusiva defensa de los derechos del pueblo, sino en la defensa del suelo y del poder del país. Este es uno de los ejemplos más fascinantes de la sugestión colectiva que, originándose en una revolución destructiva, terminó con la aceptación de una idea constructiva y creadora, sobre bases amplias y originales.

Estas dos grandes aventuras, nacidas en una atmósfera casi preparada, bajo el imperio sugestivo de un orden nuevo, se desarrollaron en direcciones opuestas. En Alemania predominó el espíritu militarista prusiano, el culto ciego a la autoridad, la fe en la dominación fantástica del Estado sobre toda forma de vida, siendo la guerra la consecuencia natural. En Rusia, por el contrario, el espíritu crítico, nacido y fortalecido a través de siglos de opresión y sufrimiento, fue el que se vio germinar por todos lados y el que impulsó todo hacia adelante. La experiencia rusa revela que siempre se encuentra, en la mentalidad colectiva, un elemento vivo que, a despecho de la excesiva destrucción de los antiguos valores, ayuda a restablecer el orden social. La historia de la aventura rusa destaca la constante influencia ejercida a través de una amplia sugestión colectiva por los caudillos revolucionarios y por sus ideologías.

La aventura rusa no ha terminado. Los mismos hechos que se originaron y guiaron su progreso y sobre todo la amplia y profunda sugestión de un poderoso jefe, se encuentran jugando un papel decisivo en la evolución de Rusia y de su política interior e internacional. El papel que los soviets —cuyo prestigio se ha incrementado extraordinariamente—, pueden jugar en la organización de la paz y en la posibilidad de un nuevo orden, es todavía un problema. Su solución está íntimamente conectada con el hecho de que su gestión colectiva permanezca y con la reacción que pueda originar en otros pueblos. La imposibilidad de estar bien informados sobre los cambios en el pensamiento y en las decisiones de aquellos que son los conductores en esta aventura, el escaso conocimiento de los factores que los guiaron en el origen de la incertidumbre que se ha observado en muchos pueblos.

4. Los países mediterráneos

A continuación examinaremos cuáles fueron las orientaciones que se manifestaron en los países mediterráneos y qué campo encontraron para su desarrollo. La historia nos enseña que la característica

básica de la mentalidad mediterránea es su tendencia hacia la construcción de sistemas filosóficos, religiosos, sociales y científicos. Tres de las grandes religiones de la humanidad han nacido en las orillas del Mediterráneo; los grandes sistemas filosóficos fueron creados por hombres mediterráneos; durante veinte siglos los centros de la investigación científica florecieron en las playas de este mar, donde han tenido lugar todas las grandes batallas ideológicas, todas las guerras por las formas políticas y económicas; las razas y las tendencias se fundieron en los países mediterráneos; el Mediterráneo fue el crisol del comercio y de las ideas. Por consiguiente, todas las aventuras de la mente se han desarrollado principalmente bajo la influencia de un espíritu crítico, estético, individualista y social. Quizá otro rasgo sea también importante. Los pueblos dotados de un sentido del humor —esto es, la apreciación de los acontecimientos y de las personas con la habilidad intuitiva de percibir de una vez lo incongruente y lo cómico y ejercer con plena comprensión el sentido crítico, sin menospreciar la autoridad o la importancia de las cosas que se están juzgando—, nunca han sido terreno fértil para las aventuras destructivas. La mentalidad crítica siempre ha expresado su independencia con un sentido del humor, el cual es una evasión de las situaciones más graves. En Francia el desarrollo excesivo del individualismo crítico y el extendido descontento engendrado tal vez por el exagerado amor a la comodidad física dejaron a la población perpleja y en un estado de duda permanente, en un contagioso pesimismo derrotista. Pero fueron principalmente los conflictos económicos y el esfuerzo de los políticos por obtener el poder los que explicaron la falta de una dirección estable en la política francesa, la sucesión de una serie de gobiernos débiles y tambaleantes y los constantes conflictos entre las pasiones individuales y las ambiciones. Sin embargo, el espíritu galo, procediendo de las antiguas tradiciones de la Revolución Francesa, crítico y escéptico, representó una salvaguarda contra las aventuras destructivas.

En España se encontró más bien una extraordinaria ola de violencia organizada más que una sugestión colectiva. La rebelión contra el gobierno republicano —el cual no estaba todavía firmemente establecido, dado el temple intelectual y político del país, durante siglos bajo un gobierno de monarquía absoluta, eclesiástica y aristocrática—, fue un *coup de main* ejecutado por una camarilla militar descontenta.

El fascismo español se impuso por la violencia armada y con la ayuda extranjera sobre un pueblo desarmado, desalentado por largos sufrimientos. Por eso no creemos justificado afirmar que los acontecimientos sangrientos de España, que constituyeron la iniciación

de la segunda Guerra Mundial, fueron una aventura colectiva de la mente del pueblo español.

5. La Italia de Mussolini

La orientación de los acontecimientos en Italia y la forma en que se desarrollaron constituyeron una sorpresa para todas las personas familiarizadas con la vida pública italiana. El pueblo italiano, al igual que el español, es susceptible a la teatralidad, inclinado a la aceptación emotiva de las sugestiones y aventuras extraordinarias que logran dominar gracias a que se imponen con su arrojada determinación e influyen con su hechizo de grandeza. Esta sugestionabilidad, tal vez originada en un complejo de inferioridad, que es en parte el resultado de la convicción —fuertemente subrayada por la sugestión fascista—, de que Italia nunca había tenido éxito en mantener sus derechos en los campos político y económico, y en obtener el lugar merecido entre los Estados europeos. Esta fue la herencia de siglos de sufrimiento y de pobreza, de persecuciones y guerras, y de dominación extranjera; siglos durante los cuales los italianos mismos se contemplaban como una nación de tocadores de organillo, de harapientos y andrajosos. El fascismo se presentó, en sus orígenes, como una defensa contra la amenaza del bolchevismo, como una protesta contra las supuestas injusticias del tratado de Versalles, y contaba con el apoyo de todos aquellos que temían una nueva revolución social. El fascismo fue favorecido por el supernacionalismo, creado por D'Annunzio y por una floreciente literatura patriótica y fue recibido con estrépito más que con sinceras manifestaciones de asentimiento. Pero el espíritu templado, escéptico y crítico de los italianos, producto de su clima y de su medio cultural, de miles de años de desarrollo histórico y del hábito mental de contemplar los hechos desapasionadamente, de conclusiones correctas y de emociones moderadas por la crítica, creó después de los primeros crímenes del fascismo, una plena comprensión de los peligros que amenazaban, y desató un amplio y profundo descontento. La sugestión violenta y teatral ejercida por el *Duce* y sus lugartenientes, la evocación del pasado esplendoroso y la promesa de un infalible futuro de grandeza, conquistó a las masas desde el comienzo. En Italia, empero, el pueblo nunca ha sido susceptible a la influencia de odios nacionales o raciales, y la clamorosa sugestión de grandeza del fascismo fue recibida con gran escepticismo y con sonrisas irónicas ante las mascaradas simbólicas. En el comienzo, el pueblo era tal vez partidario del fascismo, llevado por un sentimental error de apreciación. Aceptó el fascismo como un fenómeno temporal, como un tratamiento violento

pero eficiente de la crisis en la cual el pueblo estaba tratando de resolver sus problemas más graves. Se pensaba que el fascismo desaparecería rápidamente o se vería obligado a permanecer dentro de los límites del orden establecido, obedeciendo las antiguas leyes oportunamente revisadas. Cuando el pueblo comprendió la naturaleza real del fascismo y su fatal evolución, ya era demasiado tarde. Un sistema de violencia organizada, rápidamente establecido, respaldado por el apoyo de todos los que se aprovechaban, por el silencio de todos los agnósticos y la supresión deliberada de todos los oponentes, que practicaba el terror como un sistema de gobierno, y que aceptaba —tal vez más allá de su programa original—, las sugestiones del nazismo, al que ayudó a crear, ignorando, naturalmente, que después dominaría a sus primeros protectores.

Mussolini no fue un paranoico, ni un gran mago; era perfectamente consciente de sus acciones, aunque a veces no elegía con seguridad a sus aliados y parecía vacilante en sus decisiones; sus movimientos eran realizados con exactitud, aunque con un cálculo erróneo y dictados por una apreciación oportunista y elástica. Siendo un italiano amante del teatro, era extremadamente accesible a la sugestión de las masas. Él hubiera estado igualmente dispuesto a situar la llamada revolución fascista al lado de Dios o del diablo, de la Iglesia o de la masonería, del socialismo o del conservatismo y, sin duda, hubiera preferido estar al lado de Francia y de Inglaterra que al lado de Alemania. Buscó y encontró partidarios en todas partes para su sistema de organización de tipo corporativo, reminiscencia de los gremios medievales. Habló de la grandeza heroica y de la necesidad de la dictadura. El fascismo era sostenido por los insatisfechos, los indecisos y los vacilantes; y éstos eran, o creían serlo, los promotores de las grandes realizaciones económicas e industriales y se agruparon en una abigarrada muchedumbre de individuos amantes de la aventura y desdeñosos de las leyes, por la violencia y la excesiva debilidad. La burguesía y las clases laboriosas se sometieron a la imposición fascista por medio de amenazas y de promesas. Se ejerció una amplia sugestión sobre todas las clases sociales, y la nueva doctrina se impuso en las escuelas, donde se enseñaba el último triunfo del poder y de la mística de la violencia, creando, bajo las normas falsificadas de las enseñanzas de Nietzsche, Sorel y Pareto, la nueva teoría del Estado fascista y de la super-nación transfigurada por el mito de pasadas y nuevas grandezas. Italia, donde la gran mayoría de los ciudadanos poseían inteligencia crítica, se sometió a las leyes fascistas sin una abierta rebelión, la cual parecía imposible, pero lo hizo con grandes reservas mentales y con una continua y frecuentemente heroica oposición. El fascismo, debido a las circunstancias de

su nacimiento y a la extremada violencia con que se impuso, era aceptado algunas veces por las muchedumbres de mala gana como un símbolo o una bandera, pero no constituyó jamás una aventura del espíritu italiano. El fascismo fue sin duda un incidente de sugestión colectiva, pero episódico y temporal, y nunca condujo al pueblo a actos de violencia o de venganza sangrienta, que fueron siempre realizados por los partidarios fanáticos de Mussolini. Constituyó una ruidosa y grotesca representación teatral, llena de promesas espectaculares de un futuro político glorioso y de prosperidad económica. Los italianos, que poseían la experiencia de cincuenta años de libertad, deseaban y aplaudían, mientras tanto, el éxito aparente del orden restablecido que, por otra parte, también logró el aplauso de expertos hombres de Estado extranjeros. Estos hechos originaron una fuerte corriente fascista en Francia, en Inglaterra y en América y despertaron abiertas afirmaciones de simpatía por el fascismo, preparando el apoyo práctico de estos gobiernos, manifestado por una aprobación tácita y con frecuencia decisiva.

En Italia, sin embargo, la reacción del pueblo estuvo siempre caracterizada por un profundo escepticismo, y muchos individuos que afirmaron su fe antifascista y su abierta oposición al régimen fueron perseguidos, amenazados, condenados a muerte o recluidos en campos de concentración o en prisiones. Ellos constituyeron el exponente animoso de la opinión más sana y activa del país. Los adversarios políticos del fascismo, particularmente los maestros que fueron excluidos de las escuelas y los escritores, como Croce, permanecieron firmes en su actitud crítica y guardaron expresivo silencio en algunas ocasiones, con la abierta aprobación de los intelectuales y pensadores. Sólo aquellos que poseían o creían poseer su propia seguridad económica y su satisfacción en las ambiciones políticas del fascismo, y que esperaban grandes ventajas personales del régimen, eran sus partidarios en todo y por todo. Junto a ellos se encontraba una parte de la juventud italiana que había crecido y había recibido su educación en el medio fascista, bajo la acción constante de la sugestión de la propaganda y con el cotidiano espectáculo de reuniones y manifestaciones de partidarios, preparados con las teorías metafísicas de la "escuela de misticismo político" del fascismo. La diferencia entre las reacciones de la masa homogénea y la heterogénea es que esta última estaba menos dispuesta a la sugestión, debido a que no se suprimió su individualismo, mientras que la masa homogénea respondía a la sugestión más fácil, rápida y violentamente, y se unía con lazos emotivos o artificiales que la ligaron en una sola unidad.

Las masas italianas nunca fueron rigurosamente organizadas debido a que no podía suprimirse su criticismo, al igual que no podía

suprimirse el individualismo del hombre del Mediterráneo. Jamás podrá suprimirse la clara conciencia de la dignidad individual, aunque se oculte bajo una camisa negra. Por estas razones las masas eran sensibles a la sugestión colectiva sólo cuando el fascismo aparecía como una fuerza creadora y organizadora. De este modo fue aceptado pasivamente por el pueblo italiano. Sus únicos partidarios entusiastas entre el pueblo fueron los jóvenes, envenenados por las enseñanzas del fascismo y la instrucción militar. Cuando el desarrollo de los acontecimientos se hizo más violento y constreñido y fueron severamente suprimidas las críticas más duras y se falsificó la enseñanza de la historia, el fascismo no gozó más del apoyo del público inteligente. Es este mismo, esencialmente, el temperamento crítico y estético, el que aun en las manifestaciones más teatrales producidas alrededor de los dos grandes acontecimientos históricos de la vida nacional italiana, el Renacimiento y el *Risorgimento*, los que causaron un despliegue de violencia iconoclasta y de destrucción, que determinó, aun entonces, la conservación respetuosa de los monumentos del pasado de Italia y sus tradiciones históricas. Los procesos de brujas fueron raros en Italia; las epidemias psíquicas eran ligeros fenómenos locales de corta duración. El Renacimiento representó la gran lucha por la libertad de pensar y de un nuevo orden político y fue ganada por los científicos, críticos e historiadores, pero en una mayor extensión por la mente colectiva del pueblo italiano, firmemente dirigida hacia la nueva aventura creadora.

El *Risorgimento* —esto es, la gran lucha de la nación por su libertad política, económica y social— fue logrado principalmente por la preparación emocional e intelectual de un gran Estado, guiado por hombres de gran fe, más bien que por heroicos luchadores en el campo de batalla. Los caudillos de esta época estaban tan seguros de su conducción de la mente colectiva y de las ardientes pasiones de ese pueblo racional que nunca llegaron ni condujeron a sus connacionales hacia manifestaciones de odio faccional.

Los caudillos criminales que destruyeron la moral de Italia y su capacidad económica estuvieron guiados por el deseo de poder sin límites que inspiraba el terror, pero nunca por la aceptación de sus doctrinas; y quedaron definitivamente condenados por la opinión pública mucho antes de la derrota militar del fascismo. El heroico silencio de la acción clandestina culminó en la brava lucha de los guerrilleros y en la sublevación victoriosa del pueblo contra todos los enemigos de la libertad.

6. La Alemania de Hitler

El desarrollo del nazismo en Alemania estuvo íntimamente relacionado con la historia de su pasado. La Reforma, que produjo entre su agitación la Guerra de los Treinta Años, con la explosión de odios violentos y de crueles persecuciones, destruyó no sólo cientos de miles de vidas humanas, sino también inestimables tesoros del pasado. La reconstrucción de Alemania, impregnada de feudalismo, se llevó a cabo con lentitud y principalmente bajo la dirección de naciones latinas. Ninguna corriente filosófica occidental, ni la influencia literaria, dejaron la más ligera huella en la mente alemana. La aventura del nazismo señaló un punto de partida fatal. No es del todo necesario repetir las observaciones bien conocidas relativas a las condiciones sociales de la Alemania oprimida por los *junkers* prusianos, la crisis intelectual de pesimismo sufrida por la filosofía alemana y la aparición de nuevas metafísicas de la violencia, después de las condiciones económicas de la postguerra. La República alemana era demasiado débil para mantener la libertad democrática frente a la oposición, dada la mentalidad del mismo pueblo alemán, acostumbrado a la disciplina militar, a la obediencia colectiva y a la fe ciega en un sistema inflexible. La sugestión creada por el enorme número de individualidades descontentas y desilusionadas después de la guerra y la miseria imperante desembocaron en el nuevo sistema político y social del nazismo. Dadas las estructuras de Alemania y la mentalidad de su pueblo, constituía sin duda una amenaza para la paz y la civilización. Sería tarea necesaria la de estudiar la parte que tuvieron la literatura, el teatro, los clubes de todo tipo y, en particular, los atléticos y los estudiantiles, así como la enseñanza en las escuelas, en la creación de la mentalidad típica de la raza superior. Richard M. Brickner, en su libro *Is Germany Incurable?* ha señalado los factores que cooperaron a la formación de lo que él denomina "el estado paranoico de Alemania". Con muchos ejemplos clínicos e históricos señala la presencia de síntomas característicos de paranoia tales como megalomanía, delirio de persecución y mendacidad sistemática, en la gran mayoría de los alemanes, afirmando que estas tendencias paranoicas se desarrollaban independientemente, y mucho antes del ascenso de Hitler al poder. Todos los historiadores y observadores inteligentes de los últimos acontecimientos afirman, no obstante, que estas tendencias se originaron en parte en los acontecimientos y sugestiones mencionados, los cuales han sido sabiamente analizados por varios escritores. Pero antes de Hitler estas tendencias o agregados de tendencias, se limitaban a grupos aislados: el ejército, la aristocracia prusiana, las asociaciones pangermanas, los grupos an-

tisemitas y demás; estos grupos se oponían unos a otros y se combatían ferozmente. La nota definitiva y nueva del nazismo actuó como la dirección política unitaria, la enérgica organización de la sociedad, sólidamente agrupada en torno al jefe y la programática y eficiente sistematización de la propaganda y de la acción. Se afirmaron categóricamente los derechos del Estado sobre los del individuo; el Estado, identificado con la raza superior, asumió las funciones casi deificadas de una individualidad suprahumana, y el total mito político del super-Estado cristalizó en dogma.

Esta orientación de la mentalidad alemana no ha sido quizá comprendida y expresada con tal claridad como en las palabras proféticas del exiliado Enrique Heine, que tan bien conocía la mentalidad del pueblo alemán. Este autor escribió en 1843:

> La cristiandad, y éste es quizá su mayor mérito, ha mitigado un poco el brutal deseo alemán de lucha. Pero no ha podido destruirlo; y cuando sea rota la Cruz, el talismán apacible, el salvajismo de los viejos guerreros, el insano *berserk* será cantado por los vates nórdicos, floreciendo de nuevo. El talismán es frágil. Llegará el día en que sufrirá un colapso piadoso. Entonces los viejos dioses de piedra surgirán de las canteras olvidadas y se frotarán los ojos de la obscuridad de miles de años; Thor podrá aparecer de nuevo y con su gigante martillo destrozará las catedrales góticas... Y cuando se oiga un estrépito como nunca se ha escuchado en la historia del mundo, entonces se sabrá que el trueno alemán ha dado en el blanco...
>
> Hay quien muestra el deseo de realizar en Alemania otra Revolución Francesa en forma inocente e idílica... Tengo más miedo de una Alemania liberada que de toda la Santa Alianza con sus croatas y cosacos.

Aquel que esté familiarizado con la historia del nazismo y recuerde los rasgos típicos de las grandes aventuras colectivas trágicas de la mente, puede reconocer la verdad de las palabras de Heine. Nunca en la historia de estas aventuras la sugestión colectiva conquistó o dominó, directa o indirectamente, a todo un pueblo; debe estar claro que cuando hablamos de la aventura del nazismo no queremos decir o imaginar que la constituyó todo el pueblo alemán o una inmensa mayoría de él. Pero es el caso de todas las enfermedades contagiosas, en que hay varios grados de infección y la curva de la difusión de la enfermedad varía. En una gran epidemia, aun si cada persona aislada no presenta síntomas de la enfermedad, todos los individuos sienten las consecuencias directa o indirectamente; se trata de transmisores de la enfermedad que la difunden sin participar en ella y por eso todos los contagios son hoy más fáciles, rápidos y en mayor escala, dado que los contactos son más inmediatos, frecuentes y, de hecho, inevitables. Ya no existe la protección natural de las murallas de las ciudades y la distancia y la cantidad suficiente de tiempo para vencer al peligro.

Pero así como en las grandes epidemias una parte de la población no es atacada por la enfermedad, no hay duda de que la Alemania de los liberales, demócrata, republicana o socialista de la preguerra y sobre todo la Alemania razonable y honesta, todavía vivía en los pensamientos, la fe y la esperanza de gran número de sus habitantes, a quienes juzgó y condenó severamente la maldad nazi. La arrogancia dominante y la violencia, debida al progreso triunfal de la técnica, que suministraba nuevas armas y medios de propaganda y la organización de la policía, que era perfecta en Alemania, como lo era toda institución sometida a la vigilancia severa y disciplinada, derribaron todos los obstáculos y mataron, encarcelaron, desterraron o maltrataron a todos sus enemigos. Las fases progresivas hábilmente preparadas para la gran aventura explican el origen y el éxito de la enorme sugestión colectiva del nazismo, pero igualmente predeterminaron su necesario fracaso.

El medio fue preparado por la difusión del nuevo mito racial, la organización militar de grupos compactos ligados por fórmulas iniciadoras, por el secreto y por el uso de la camisa parda, que llegó a ser simbólica. El tono lo dio el constante y profuso empleo de todos los medios de sugestión conocidos, los desfiles y la música militar, las proclamas rimbombantes, las palabras incendiarias y las generosas promesas de un futuro glorioso. El símbolo místico y ario de la esvástica dominaba en todas las partes; el espejismo del *lebensraum* y el prestigio de todas las consignas clásicas: *Unser Führer*, *Ein Volk ein Führer*, *Kraft durch Freude*, *Juda Verrecke*, y muchos otros; la aceptación del *Mein Kampf* como un evangelio; la exaltación de los mártires o de los declarados mártires, título atribuido a los rudos criminales que habían perpetrado la violencia nazi; la feroz propaganda de odio y de destrucción, el asesinato sistemático y la sádica tortura de miles de judíos, dirigidos hábilmente hacia la explotación del odio de las masas por el pueblo rico y los intelectuales, la sed de pillaje y el deseo de saquear la propiedad de los ciudadanos privados, los depósitos de los bancos y el apoderarse de las grandes firmas de las que se decía estaban controladas por enemigos o personas que los representaban. En ello se insistía día a día por medio de una propaganda inteligente, perfectamente organizada, de palabras y de hechos, que en ocasiones parecía disminuir, pero

que siempre surgía con mayor intensidad bajo cualquier pretexto. Todo el sistema nazi representa la perfección de la violencia, la propaganda sistematizada, la disciplina organizada y la obediencia ciega. La novedad histórica consiste en que todos los beneficios modernos de la ciencia y de la organización técnica se aplicaron sistemáticamente por vez primera, con un método inflexible y con la máxima energía. Este sistema había sido probado con anterioridad y se había asegurado el éxito de la vida nacional, comercial, científica, de investigación y de la enseñanza. Dirigido hacia un propósito irracional y destructivo, el nazismo pudo lograr grandes triunfos y garantizar que la voluntad del Führer se podría aplicar hasta en los detalles más mínimos. Así, las acciones de violencia que aparecen episódicamente en la historia del pasado se aceptan como bases de un sistema de gobierno y los principios de la dictadura reaparecen revestidos de la máscara de la intangibilidad. La aventura se originó en medio de la depresión y de la crisis económica y moral de la postguerra; se desarrolló bajo la sugestión sistemática y violenta de un paranoico y de sus criminales partidarios, se estableció la ley de un nuevo Estado en el que no sufría la menor restricción la tendencia a dar carácter de sanción universal a los dictados de la voluntad dominante.

Como la religión cristiana se oponía violentamente a la nueva deificación del Führer, fue obligada a quedar recluida; las leyes morales sucumbieron ante las leyes del Estado; no se permitió la crítica, ni aun la científica. La diferencia fundamental entre la aventura nazi y todas las anteriores es que el nazismo fue capaz de llevar a cabo, con resultados excelentes, una vasta experiencia práctica, de progreso técnico y hábil preparación mecánica, que dio armas casi perfectas y peligrosas a un caudillo alucinado. Las grandes masas se ordenaron en organizaciones compactas marchando en el desfile del nazismo, la sugestión del Führer se ejerció en este medio, el cual difería de los demás, no en su composición fundamental, sino en la perfección del sistema, en los considerables recursos a su disposición, en las armas en que se apoyó y en la forma maestra en que fue funcionando.

Permítasenos examinar la personalidad y la influencia del jefe, a quien sin duda puede considerársele como un mago. Estaba convencido de que siempre tenía razón, al igual que todos los paranoicos y megalómanos. Era un hombre de mediocre inteligencia y perfectamente seguro de sus acciones, debido a que no sentía las molestias de la duda o de la crítica acerca de sus acciones. Animado del deseo de venganza, como una compensación de la frustración de su empobrecida infancia y su mediocre juventud, y la falta de reconocimiento de sus méritos; un orador vehemente y redundante, que

usaba un repertorio de frases agresivas, sin salirse de su programa de la superioridad germánica, de la conquista del mundo, del odio y la destrucción; un embustero por principio que sostenía en su libro, evangelio del pueblo alemán, que el pueblo debía ser engañado y que la mayor mentira es la más fácil de creer. Evocaba las leyendas, consignas e historias del pasado remoto, el Sacro Imperio Romano y los hechos heroicos de los teutones; concedía escasa importancia a y calumniaba todas las realizaciones de sus predecesores en el gobierno, vertiendo su desprecio sobre la cultura de todas las demás naciones y sobre las realizaciones de todas las épocas, lo mismo en la literatura como en la ciencia, que habían sido usadas con propósitos distintos a los suyos. Él fue el arquitecto de la fantástica estructura del odio, el hombre que planteó el incendio del Reichstag, el asesinato de Röhm, los programas contra los judíos (llevados a cabo con un plan sádico, feroz y despiadado). Este hombre fue el mismo que había manifestado su programa de aniquilación homicida, de eliminación sistemática de todos los enemigos del nazismo allí donde pudieran existir; fue el propio autor de la destrucción de Polonia, de las matanzas en Rusia, en Italia, en Francia y de la supresión de toda oposición, mejor dicho, de toda forma de vida independiente, en los países ocupados. Por estos métodos y por el terror derivado de ellos y de las amenazas, creó un estado de intoxicación colectiva, de la cual sólo quedaron inmunes los hombres que despreciaban sus vidas y decidieron continuar la lucha en silencio. La organización perfecta de sus métodos de dominación creó la máquina de la gestapo, que sólo obedecía la dirección y la voluntad del Führer y en la que se suprimieron todas las leyes de humanidad.

Disciplinado al concepto nazi, se fijó y se definió dentro de sus límites todo un sistema de fórmulas y de símbolos. Las consignas se elevaron a la dignidad y a la importancia de leyes sociales, la esvástica substituyó a la cruz, y el dios germano intentó suplantar a la cristiandad.

Como debía ocurrir, una sugestión recíproca se produjo entre las masas, que esperaban las palabras del Führer y caudillo que las dirigía. En Alemania este mago fue decididamente el más fuerte; conquistó al militarismo y al junkerismo, que pensaban que podían manejarlo, al igual que a los reaccionarios que creían encontrar en el nazismo protección contra la revolución proletaria. Hitler, al igual que Mussolini, estaba siempre muy seguro de sí mismo, y nunca cedió un solo punto de su programa; él creía sobre todo en su misión personal, en su genio como general y como hombre de Estado.

Los primeros éxitos militares fueron la consecuencia de una preparación comenzada aun antes del nazismo y conducida con volun-

tad inflexible y tremenda energía hasta en su más mínimo detalle; fueron el resultado de un programa que no se desvió nunca aunque pareciera ceder ante la influencia de otros factores.

A los que creen que en casos como el de la Alemania nazi se puede hablar de una real epidemia psíquica y afirman que con frecuencia las acciones de las masas presentan las características sintomáticas de la paranoia, se podría hacerles esta pregunta: ¿Bajo la influencia de la sugestión de un paranoico o de un individuo alucinado, los mismos síntomas no pueden desarrollarse en el mismo grupo aun cuando en este grupo no se presente ninguna anomalía orgánica? Conocemos numerosos casos de epidemias de suicidios o de histeria, o de acciones criminales cometidas por individuos predispuestos a la sugestión, que se hallaban en condiciones en que el razonamiento era prácticamente nulo. Pero el hecho de que los síntomas manifestados por la masa sean propios de la misma, no prueba que las condiciones psíquicas de todos aquellos afectados por la sugestión sea idéntica. Tenemos experiencias de masas que han aceptado repetidamente la sugestión de visiones, de apariciones fantásticas y demás, con la mayor facilidad, aunque no se pueda decir que la muchedumbre esté compuesta de individuos que sufren alucinaciones.

La megalomanía se origina en un deseo reprimido de poder, en un sentimiento de frustración, de inferioridad, que también produce manía persecutoria. Resulta obvio que un grupo organizado o una sociedad cerrada en que predomina un sentimiento de inferioridad económica, racial o política, llega a producirse un deseo fantástico de grandeza que puede asumir la forma de religión trascendental, como la idea mesiánica de salvación del mundo, o bien la forma antisocial y supernacional, al igual que la idea alemana del nazismo. La nota más importante y notable de este fenómeno consiste en el efecto decisivo de sugestión colectiva sobre los individuos predispuestos a ella.

7. El fin de las aventuras mágicas

Todas las epidemias psíquicas de la historia han terminado en tragedia y han sido seguidas, más tarde o más temprano, por un renacimiento. La violencia sólo puede suprimir temporalmente el germen vivo de la crítica y de las fuerzas de la razón, en su afán constante de un nuevo orden estable (protección sanitaria, leyes éticas o religiosas, nuevos órdenes políticos). ¿Fueron estas tendencias suprimidas por el nazismo a causa de la nueva explosión de terror y de la sugestión sin precedentes? El observador imparcial encuentra dificultad en

responder. Manifiestamente en todos los países ocupados por los nazis la sugestión de las masas fracasó. Pero es verdad que en Alemania el sistemático y sádico asesinato de cientos de miles de personas, la detención de niños, mujeres y ancianos, y el espionaje organizado perfectamente hasta el menor detalle, con un profundo conocimiento de la psicología del pueblo alemán, crearon una atmósfera irrespirable en la que se ahogaba cualquier intento de crítica y de rebelión. El terror en Alemania, el terror en los países ocupados y en los no ocupados, pero unidos al carro de la guerra alemana, el terror aplicado con una falta absoluta de conciencia moral, transformaron a Europa en un cementerio sobre el cual el Führer y sus partidarios triunfaron aparentemente. Tal vez el aspecto más grave de la situación es que, en una extensión mayor que en otros casos y épocas, la juventud había sido condicionada deliberadamente para el espíritu nazi; esta infección se transmitía por los familiares, por las escuelas, por los amigos, por los periódicos y por la radio. Toda una generación nació y se formó en esta atmósfera de contagio mental, sin fuerzas suficientes para liberarse a sí misma; tal vez se podría decir que no poseía elementos de defensa. La capacidad de razonar y el poder crítico de esta generación fueron sofocados al nacer; la ausencia absoluta y total de crítica, la imposibilidad de leer, escuchar o pronunciar una palabra que indicara algo que no fuese la aprobación completa del sistema oficial; la prohibición aun del silencio, porque el silencio se consideraba hostil, eran los nuevos hechos, que, comparados con las más enérgicas medidas de la Inquisición, aparecen mucho más graves. El contagio psíquico, el encadenamiento temporal del pensamiento y la silenciación de las fuerzas vivientes del intelecto hacían imposible toda oposición. Muchos cientos de miles de hombres fueron encarcelados o asesinados; otros se consumían en los campos de concentración o vivían en el exilio.

¿Dónde se encuentra la diferencia fundamental entre las dos grandes aventuras destructivas de la mente, la europea y la asiática, diferencia que es necesario captar, no sólo para comprender su esencia fundamental, sino también los métodos, formas y desenlace final?

En Alemania, debido a la mentalidad de su pueblo, apareció la racionalización de la violencia y su formulación dentro de un sistema lógico aparentemente respetable, desde el comienzo, como algo necesario. Tal racionalización se compuso de elementos derivados de la filosofía de Hegel, Nietzsche y Sorel, de la propaganda de Jahn, Schönerer, Wagner y sus continuadores. Estos elementos se reunieron y adaptaron a la mentalidad fanática en el libro del Führer, *Mein Kampf*, que llegó a ser clásico. El punto de vista darwiniano

de la lucha por la vida y la doctrina de la selección natural, que concede la victoria al más fuerte y al más apto, se desarrolló en la doctrina del superhombre y de la raza superior, en la selección del grupo racial más fuerte y en la colectividad étnica más capaz. Tal doctrina fue aceptada parcialmente por biólogos como Huxley, quien sostuvo que el hombre —poseyendo innatas las características del tigre y del mono—, debe su éxito, en gran parte, a estas cualidades, y sólo más tarde adquiere las características intelectuales y sociales, en las que se originan las leyes éticas. La racionalización alemana y la idealización de la violencia dieron lugar a que esta doctrina se convirtiera en el factor determinante de todas las manifestaciones raciales, y a que la responsabilidad del individuo fuera establecida por esta necesidad. Muy pronto, por espíritu de imitación y no por convicción el fascismo seguiría el ejemplo de Alemania y establecería escuelas de *mística fascista* similares en su dirección, con el propósito de establecer las leyes de la nueva ideología.

El Japón, por el contrario, nunca intentó racionalizar la violencia o darle una explicación lógica, contentándose con aceptar o imponer el mito como una realidad indiscutible. En Alemania, por las razones mencionadas, la difusión de la sugestión colectiva fue enorme; pero en el Japón fue completa. Las creencias y los sentimientos religiosos fueron los factores dominantes en la preparación de los acontecimientos en el Japón; la fría lógica y la técnica perfecta fueron las que lograron la victoria en Alemania.

El fin de la aventura en Alemania lo señaló la victoria de las armas aliadas. La armazón del sistema nazi se fue derrumbando finalmente y se pudo establecer un nuevo orden basado en las corrientes espirituales y en las tradiciones de la civilización alemana. Estas fuerzas podían ser una promesa y una garantía del futuro, después de los conflictos revolucionarios, y podían ejercer una influencia decisiva en la estabilización de una paz duradera.

Pero todavía no es posible valorar las consecuencias de esta aventura. Tal vez el trastorno sufrido por la mentalidad colectiva haya originado una condición difícil de curar. La situación económica de Alemania en los próximos años ha podido ser decisiva en la evolución de los acontecimientos, dado que la nutrición y el restablecimiento físico del organismo tiene una parte decisiva en la recuperación total, después de una enfermedad. La revolución, la resurrección o la actividad renovada de gérmenes ocultos, el hambre y la miseria, y los errores en el tratamiento, pudieron empeorar la situación y retrasar o excluir la posibilidad del restablecimiento.

La solución del problema japonés no fue posible juzgarse fácil. El Occidente reconoció muy poco y comprendió muy tarde la amenaza

representada por la agresiva mentalidad del Japón. El problema a que el mundo tenía que enfrentarse en la postguerra no tiene precedente en la historia. Los conquistadores de la Antigüedad, los invasores de la India, de Egipto, de Grecia y del Mediterráneo y, en un periodo más reciente, los triunfantes y fanáticos árabes o los aventureros que conquistaron América, pudieron, casi sin armas, imponer su voluntad y establecer un nuevo orden, algunas veces inferior al existente, destruyendo la antigua civilización, diezmando y esclavizando a la población. ¿Pero se puede hoy en día tratar de reconstruir el Japón en esta forma? Podemos imaginarnos la destrucción de las ciudades, pero ni esto, ni el castigo de los agresores, ni la destrucción del sistema de gobierno o la dispersión del ejército, significó que la mentalidad japonesa, formada por el mito, pudiera también ser abolida con prontitud.

Podría ser probable, en cierto sentido, que China fuese considerada más eficaz en la reconstrucción japonesa, que Europa o América. No encontramos hace algún tiempo ningún motivo de conflicto o desacuerdo grave entre los pueblos chino y japonés; la mentalidad china está indudablemente imbuida en las ideas y tradiciones del Oriente, que el Japón comparte en la misma medida. Tal vez China sea capaz de dominar al Japón y de transformarse en su directora intelectual, como ya lo fue una vez, imponiendo su lengua, su filosofía y su religión ética. China, debido a la mentalidad de sus habitantes, que crearon, en épocas más recientes, un notable código ético, ha sido siempre, más que nada, un país en el que los profesores, escritores, filósofos y fundadores de religiones han tenido siempre una gran autoridad. La mentalidad colectiva deseaba lo espiritual y aborrecía la violencia. El individualismo no fue suprimido y siempre fue permitido el pensamiento respetuoso y expresado en los términos más corteses. Desde su iniciación, la aventura de la mente posee en China una dirección decididamente metafísica, que más tarde condujo a un vasto movimiento reconstructivo. Tenemos la esperanza de la ayuda de China para establecer un nuevo orden, aunque sus delineaciones no sean apreciables por ahora. Es demasiado pronto para estar en situación de apreciar si los intentos de reconstrucción podrán encontrar una ayuda eficiente de aquellas corrientes del pensamiento japonés que la propaganda y el terror, la sugestión violenta y la convicción de la inutilidad de toda resistencia, redujo al silencio.

La solución del problema japonés es sin duda infinitamente más remota, compleja y difícil que la de cualquiera otro de los que al fin de la guerra se presentaron a los poderes victoriosos en todo el mundo. Ha existido una recíproca falta de comprensión entre el Oriente

y el Occidente. Es evidentemente imposible para los japoneses aceptar el orden social y las leyes morales del Occidente y las funciones críticas de la mentalidad occidental, anglosajona o grecorromana, sin más. No encontramos ningún ejemplo en el pasado que nos aclare el horizonte; en la historia han tenido lugar otras catástrofes, aunque en menor escala, pero siempre han sido producidas por el impacto de la fuerza bruta y de las armas, esto es, por la victoria del inconsciente sobre la personalidad racional. Por el contrario, en el caso del Japón la aventura colectiva se basaba en la violencia sistematizada y conducida no sólo con las armas, sino con todos los medios dictados por una profunda sugestión consciente hábilmente explotada, gracias al perfecto conocimiento del medio, por la situación que en la misma se ha creado. Nunca existieron medidas coactivas semejantes contra la crítica individual y la libertad de discusión, ni han sido éstas tan despiadadamente sofocadas. La supresión del poder del ejército hubiera significado necesariamente, al menos hasta el momento en que se estableciera definitivamente un sistema de gobierno, la suspensión de todas las manifestaciones de la vida social en una colectividad étnica. Sería necesario, si se desea de verdad que todo el pueblo no volviera a su antiguo y tradicional aislamiento, hacer más susceptible la influencia de una concepción ética y ayudar a crear las condiciones para la libre expresión y para el en otro tiempo suprimido individualismo.

En un futuro próximo sólo la convicción general de la necesidad de una suprema ley ética, la decidida aceptación de un principio de justicia y de equidad, válido en todos los países y bajo todas las condiciones, puede desarrollar y proporcionar una protección adecuada. Todos los precipicios deben estar vigilados y protegidos por todas las fuerzas organizadas de la humanidad civilizada. Si esto no es posible habrá que esperar el fracaso trágico del orden moral y social, lo que puede culminar en la desaparición del ego colectivo y en la reversión violenta del inconsciente, que asumirá el poder bajo la forma de una nueva doctrina y explotará todos los descubrimientos de la ciencia moderna.

Las funciones que tendrán que desempeñar los legisladores del mundo estarán caracterizadas según el esquema fundamental de la expresión de Tomás Jefferson: "Obrarán justamente sólo por la razón o por la libre investigación de sus causas." No hay duda que hubiera sido necesario aplicarle el castigo más severo y decisivo a los autores y caudillos de esta aventura, pero ¿podía el pueblo alemán ser castigado en bloque como se ha sugerido? Este problema considerado desde el punto de vista médico-histórico, no pudo ser solucionado, pero sí era posible determinar qué fuerzas de defensa

y qué remedios poseía el pueblo alemán para asegurar su salvación y la paz del mundo. El sistema aplicado durante siglos en la curación de las personas que sufrían alucinaciones, tales como el exorcismo en aquellos que se creían poseídos por los demonios, o el quemarlos en la picota, ponerles cepos o cadenas y demás métodos, prueba de un modo definitivo su fracaso. Una camisa de fuerza no cura ni a los individuos ni a la sociedad.

Todas las epidemias que hemos denominado grandes aventuras trágicas comienzan y se producen en factores preexistentes, que se forman en el propio organismo. La defensa se origina automáticamente como un producto del envenenamiento. En el caso en cuestión se debe admitir que igualmente se originan defensas en los elementos existentes y que se han formado barreras protectoras, que se refuerzan y hacen más eficientes por la voluntad inteligente del convaleciente. Es natural que una importante tarea recaerá sobre aquellos que desde fuera supervisan, directa y activamente, el proceso de reconstrucción.

Desde varios puntos de vista y desde varias formas se ha examinado el problema esencial de si la tendencia innata o adquirida de los alemanes hacia la disciplina militar y su deseo de poder podrá ser suficientemente fuerte para anular todas las defensas y crear, en un futuro, más o menos remoto, nuevas aventuras trágicas para la nación alemana y para la humanidad.

No es la construcción de defensas duraderas lo que proporcionará la mayor garantía posible de éxito. Se han discutido las maneras en que debían aplicarse las medidas defensivas, así como también fue objeto de controversias su carácter esencial. Siempre tuvimos esperanzas en que la reeducación del pueblo alemán, o mejor dicho la reorientación de sus direcciones sociales, podía hacerlo volver a lo que humanamente puede denominarse la vida social y racional, las funciones críticas de la mente colectiva. La sugestión del triunfo de la violencia y del terror por medio del éxito nazi, cesó. Esperamos que se continúe la eliminación del veneno hábilmente administrado por años. El pueblo alemán puede volver a descubrir sus energías creadoras y seguir el camnio indicado para restaurar la armonía del organismo nacional. La regeneración será la consecuencia natural de un lento, pero seguro retorno a las actividades de las energías individuales. Estamos seguros que después de la eliminación de los elementos responsables el pueblo ha sido capaz de recuperarse. Hay gente para quien la actividad crítica es imposible y toda verdadera ley ética o social, todo orden no fundado en la violencia y en el mito de la raza superior, parece imposible. Estas gentes deben compararse

con las partes muertas, necrotizadas, del organismo; ellas serán las víctimas de las revoluciones sociales de la postguerra, de las venganzas incontrolables, de la reacción producida por el desequilibrio causado por el fracaso de los grandes magos. Pero los saludables elementos nacionales funcionan de nuevo y se podrán crear valiosos sistemas de defensa con la convicción de la necesidad de eliminar el pasado y crear una nueva vida. Esta convicción no se generará en el éxito de la idea victoriosa y en las condiciones impuestas por los conquistadores, sino principalmente en la evidencia de que los sufrimientos de los individuos y de los grupos han sido una amenaza para la causa de la salud social e individual, habiéndola destruido en parte.

No hay duda de que la experiencia colectiva ha sido más trágica que en ninguna otra etapa de la historia, pero esto no nos debe hacer olvidar que las tendencias destructoras y las crueles medidas han sido sugeridas a las masas alemanas e impuestas por una sugestión de violencia sin precedente. El éxito aparente se logró alimentando los deseos de aventura, las emociones del inconsciente, y por una astuta utilización de la propensión del pueblo hacia el paternalismo, la dependencia, la fe en la dirección, y la búsqueda metafísica de soluciones fantásticas al problema de la vida. Pero la parte sana y razonable del pueblo alemán, obedeciendo a sus grandes pensadores, científicos y filósofos, ejerce sus facultades críticas y creadoras. Ellos están dispuestos a efectuar una destrucción radical del pasado y de sus creadores; arrancarán las doctrinas y borrarán la memoria de la aventura nazi. Y, así, han podido volver a un orden normal, estable, hacia un régimen constitucional, legal, ético, social y religioso. Puede existir el temor que como un resultado del envenenamiento colectivo las generaciones nacidas y acunadas en la atmósfera nazi, deben considerarse perdidas o que al menos la tarea de salvarlas presente grandes dificultades. Pero es una característica y una función normal de la juventud el estar abierta a todas las sugestiones creadoras una vez que han fracasado las destructoras; el ser accesible a los deseos de una solución armoniosa y pacífica de los graves conflictos, y la necesidad natural de crear una nueva solidaridad en una atmósfera de paz es una ley biológica. La juventud siempre se manifiesta con una insospechada vitalidad y un poder extraordinario de recuperación y regeneración.

Un seguro remedio contra la repetición de fenómenos como aquellos que han devastado el mundo, debe ser proporcionado tal vez, por medidas colectivas de defensa y por lo que podemos denominar inmunidad psíquica colectiva contra el contagio originado por

aventuras de la mente que traspasen los límites de las leyes humanas. Creemos que la experiencia del pasado, el temor de una posible repetición de acontecimientos antisociales igualmente desastrosos, predominará, al menos por algún tiempo futuro, sobre la mente colectiva de la humanidad.

CONCLUSION

AVENTURAS DE LA MENTE

1. Orígenes de la sugestión mágica y del encantamiento

En el fervor de la investigación moderna, la orientación materialista en el campo de la ciencia ha sido reemplazada por una orientación biológica, vitalista, de unidad histórica y cósmica, habiendo sido superada la época en que podía considerarse a los acontecimientos mágicos como procesos patológicos aislados. Es necesario examinar los hechos, conceptos e ideas derivadas de ella no como imágenes que se alzan rígidas, según escribe Ferguson, de un agregado mutable, sino como partes esenciales de un todo viviente, como manifestaciones de vida, como pertenencias de un individuo, lo que hace que se les considere de distinta manera según se presenten como fenómenos aislados que aparecen personalizados en el espacio y en el tiempo. Desde este punto de vista no pueden ya calificarse de aberraciones mentales o de hechos patológicos inexplicables o deducirse de ellas conclusiones metafísicas o enseñanzas trascendentales.

La magia deriva de una forma de conducta de la naturaleza, dirigida hacia la objetivación del deseo de vivir y de evasión, que constituye su *leitmotiv*. El encantamiento, para usar un término moderno, es el *sex-appeal* cósmico o libido, expresado en la música del Universo, en el ritmo de sus leyes, en la maravillosa belleza de sus flores, en la acción estupefaciente de los miles de perfumes enervantes, en las luces resplandecientes, en la elegancia perfecta de los animales y en el destello de sus colores. Cada manifestación de la belleza de la naturaleza es una nota de la eterna sinfonía. A través de todas las formas de la existencia fecunda y germinadora, la naturaleza ejerce su fascinación, la cual es la premisa misma de la vida, que preside todos los aspectos esenciales y crea las leyes del Universo.

Esto no es negar que ciertas manifestaciones rítmicas de la vida y quizá todas ellas, aunque no sean siempre apreciables por nuestros sentidos, evidencian la predominante intención de la naturaleza de dirigir a los organismos vivientes hacia la procreación para asegurar la estabilidad de sus especies. Es interesante señalar que los medios empleados por la naturaleza para lograr este resultado son extraordinariamente complejos, elásticos, adaptables y más variados en sus efectos y en sus gradaciones según pertenezcan a una escala más elevada de desarrollo los seres a quienes se destinan. Esta suges-

tión magnífica, universal, crea la esencia y la concepción de la belleza, de la paz, de la bondad y sublima el instinto sexual del hombre, en el curso de su evolución, hacia un fin superior y hacia la actividad creadora del espíritu.

Otras manifestaciones que los antiguos consideraron como perturbaciones de la armonía y que pueden considerarse más justamente como disonancias, manifiestan un propósito destructivo. Cuando la naturaleza impera sola y potente, todas las manifestaciones de destrucción son terribles y violentas. Es el hechizo de la selva en la noche, cuando los feroces aullidos de las bestias de presa atraen a sus víctimas y las fragancias profundas anuncian y difunden la destrucción; las luchas de los animales que se exterminan unos a otros en combates furibundos e inexplicables, como ciertas especies de hormigas; o de voraces insectos que destruyen rápidamente bosques enteros, como si el cuadro de una completa aniquilación se revelara de pronto con el retorno de la luz victoriosa. Esta obra de rápida destrucción, como la que con frecuencia realizan los tornados en los Mares del Sur, constituye el hechizo de la muerte y expresa la sugestión de la aniquilación del ser, y de ella deriva la angustia universal que dominaba en el hombre primitivo y que todavía existe en el inconsciente de todos los seres. Quizá una forma de esta tendencia destructora sea la fascinación de la velocidad, a la que los accidentes automovilísticos proporcionan cientos de miles de víctimas (las recientes estadísticas de los Estados Unidos revelan que el alto porcentaje de mortalidad por accidentes automovilísticos es superior al de todas las enfermedades contagiosas consideradas conjuntamente). ¿Es del todo improbable que una ley desconocida de destrucción, por medio de la sugestión del aumento de velocidad, siegue vidas humanas en la misma proporción que la ciencia reduce el nivel de mortalidad de las enfermedades más graves e incrementa la duración de la vida? ¿No son los aspectos del mundo, durante y después de las guerras, análogos a los que se presentan después de catástrofes telúricas y epidemias devastadoras?

El fenómeno misterioso de la emigración de animales, que se trasladan a través de la superficie de la tierra en incontables millones hacia una meta definida, pertenece a las manifestaciones fascinantes del hechizo mágico de la naturaleza. Podríamos referirnos, entre otros muchos ejemplos, a las anguilas del Atlántico, que de pronto abandonan su residencia y se internan en el Océano con el propósito de engendrar y propagar la especie; y, por otro lado, la conducta asombrosa de masas suicidas de turones que abandonan sus terrenos en el Canadá y Noruega y se sumergen y desaparecen en el mar; y los rebaños de pequeños antílopes que aparecen de pronto

en las costas de Sudáfrica y se lanzan a la destrucción. ¿Qué tipo de sugestión colectiva los conduce a la muerte y qué es lo que impele a las anguilas del Atlántico a recorrer una distancia de veinticuatro mil millas con propósitos de reproducción? Es poco admisible la suposición, sugerida por Ivan T. Sanderson, de que los cambios en la nutrición, dependientes del medio o del clima, puede ser la causa de las emigraciones fatales; o, según la hipótesis de A. L. Wegener, la "corriente de los continentes" empuja a las anguilas hacia sus tierras ancestrales, donde fueron puestos sus huevos. Es bien conocido que todas las formas de la influencia mágica del medio y la acción del "inconsciente arcaico" juegan una parte importante. Pero también es evidente que el hechizo de la vida y de la muerte encuentra algunos ejemplos asombrosos en estos fenómenos colectivos.

El embrujo o la sugestión de la naturaleza da lugar a la magia humana. Esta puede definirse como un desesperado intento de defensa sugerido por la angustia en condiciones en que el hombre no sabe o no puede razonar. Schopenhauer define la magia como la objetivación del deseo fuera de sus nexos causales, y tal vez esta fórmula sea la más evidente y comprensible de todas. Más exactamente podríamos decir: fuera de los nexos causales de los que tenemos experiencias ciertas y comprobadas.

2. El hechizo de la vida y de la muerte

La magia humana surge de la inmensa angustia universal, cuando todas las causas de los acontecimientos son invisibles o inexplicables y el hombre se encuentra constantemente amenazado por el peligro. Se origina en el miedo y en la necesidad de defensa, en el instinto de rebelión y destrucción, en el deseo sexual, en el deseo de vivir y en la necesidad de matar para vivir. Se desarrolla y se orienta en varias formas según las condiciones de la atmósfera, de la existencia y del medio ambiente. En ciertas zonas de los Andes, en ciertas mesetas elevadas, donde las luces resplandecientes iluminan las cimas de las montañas, se crea el tipo de magia que concentra sus creencias en los grandes pájaros de presa, que parecen dominar el espacio, y de ahí nacieron los ritos mágicos de los aztecas, de los incas y de otros pueblos antiguos. El misterio pavoroso de los bosques impenetrables da lugar a la fascinación mágica de los reptiles, que se arrastran en silencio. De esta manera, según la época y el lugar, se forman las ideas mágicas y se relacionan con los animales, las plantas y las piedras. La magia se transforma igual que los aspectos de la naturaleza de la cual emanan. La hechicería cambia de tono

con el doble encanto de la vida y de la muerte, que se oponen e integran, se combaten y completan, alternando el uno con el otro.

¿No prueban los descubrimientos científicos más recientes sobre la desintegración del átomo, que las fuerzas antagónicas existen en un aparente estado de equilibrio que, cuando la estructura es alterada, se interrumpe con insospechada y casi sobrenatural violencia destructora? ¿No es casi instintivo pensar que en forma análoga las perturbaciones del equilibrio en la mente humana desatan la acción violenta de ocultas fuerzas opuestas?

Frente a la naturaleza y al violento fervor de la agitación de la vida, el hombre primitivo forma lentamente su personalidad a través de los siglos y de los milenios. En el principio sólo predominaban los instintos, sobre los que la naturaleza ejercía su influencia decisiva. Mas, lentamente, se fue constituyendo con la experiencia, con el aumento del conocimiento, con la mayor seguridad de la vida, el yo razonador, lo que los griegos llamaron el *Logos*. Los instintos demasiado violentos fueron suprimidos o dominados racionalmente; cada instinto que no pudo ser controlado o que no era compatible con las nuevas condiciones de vida, fue reprimido. Estos instintos fueron recluidos para siempre, sepultados, como afirma Freud, en el inconsciente; pero se manifiestan violentamente activos cuando de improviso las condiciones del medio son similares a las de la vida primitiva —violenta destrucción de la vida, angustia terrible, miedo de los acontecimientos inexplicables—, o cuando la ley y el orden son administrados deficientemente o son muy débiles los elementos encargados de su mantenimiento —condiciones de anarquía legislativa, de supresión de la justicia debido a hechos económicos, políticos o sociales—, o bien, cuando los factores de la sugestión colectiva actúan como recuerdos del pasado —epidemias psíquicas colectivas de la Edad Media—; y, finalmente, en casos individuales o colectivos, cuando una substancia venenosa ejerce un poder disociativo sobre la personalidad (envenenamiento causado por el opio, por el alcohol y por otras drogas).

La mente humana, según Vico, después de pasar por varios estados progresivos, elevándose de la sensación a la imaginación y de ésta al pensamiento conceptual, de la violencia a la práctica y a la interpretación de una ley equitativa, puede recaer según su eterna naturaleza, en la violencia y en la sensación. La civilización puede terminar en una "barbarie de la reflexión", que es peor que la primitiva "barbarie de la sensación". Esta última no está libre de una cierta nobleza generosa; la anterior, por el contrario, es despreciable, indigna de confianza, traicionera...

El contraste —y esto es digno de subrayarlo— entre la razón imaginativa y racional de Vico, el *Logos*, y el inconsciente que puede designarse por *Eros* (palabra empleada por los antiguos en este sentido), o el *Ello* de Freud, en contraste con el *Ego*, estudiado en sus formas diferentes y múltiples manifestaciones, revela y explica el fenómeno universal y permanente de la magia. Es el contraste que se presenta en la lucha de la carne contra el espíritu, según las creencias cristianas, la lucha de Brahma, el espíritu del yo razonador, contra Atman, el instinto y el espíritu del Universo, según la creencia indostánica. El inconsciente, según el término generalmente aceptado de Freud, es el elemento desconocido y peligroso, que debe ser perfectamente conocido y dominado: representa los instintos libertados y amenazantes. En el yoga hindú, del cual hemos hablado en capítulos anteriores, el subconsciente es dominado antes de que despierte. El individuo necesita concentrar todos sus poderes en un estado de absoluto reposo, practicando rítmicos ejercicios respiratorios y sólo después de un largo periodo de preparación puede concentrar sus pensamientos en la reflexión de las cuestiones más profundas y secretas de la personalidad, llegando al conocimiento de sí mismo. Puede liberar a la serpiente Kundalini sólo cuando la conozca, de acuerdo a la ley de la antigua magia, extraordinariamente significativa, según la cual reconocer al demonio invisible y llamarlo por su nombre basta para obligarlo a obedecer. El lenguaje nacido en la imaginación poética logra la eficiente expresión de *Logos*.

De igual modo, los ejercicios espirituales prescritos por Ignacio de Loyola conducen a la concentración de la voluntad, a la abolición del deseo y a la comunión del espíritu con Dios. Todas las prácticas de la moderna medicina mágica que hemos expuesto, desde el mesmerismo a la Christian Science, desde el "coueísmo" a las contribuciones recientes de Schulze, el destacado neurólogo berlinés, acerca de lo que él llama "entrenamiento autógeno" (un ejercicio para librarse de ciertas ideas y concentrar el conocimiento), son etapas de la misma dirección.

Todos los factores sugestivos están acompañados de una influencia emocional sobre el inconsciente, porque así se sirven de los mismos medios y llegan a las mismas conclusiones que la magia antigua. ¿No es clara la analogía entre la serpiente de la Biblia, un símbolo fálico de los instintos que seducen al hombre para que realice actos prohibidos y la serpiente de la filosofía hindú, entre los "demonios de los sentidos" de los teólogos cristianos y el *Ello* de la escuela de Viena? Es claro cuál pueda ser el resultado del contraste entre el *Logos* y el *Eros*, y entre los diferentes estadios a que puede conducir la magia. El conocimiento del inconsciente y de sus funciones dentro de los límites de la personalidad, señala una influencia

similar a las del yoga, a la princesa de la leyenda de la magia blanca, benefactora o social; mientras que el despertar violento del inconsciente desconocido que aflora y que es rechazado con medios insuficientes, significa la tendencia hacia la destrucción y puede conducir al individuo al suicidio o incitar a la masa hacia la destrucción colectiva.

En el contraste cósmico entre la ley de preservación y la tendencia de destrucción, como en el conflicto entre el yo razonante y el *Ello*, el inconsciente, el encantamiento constituye siempre una de las armas más constantes, poderosas y eficientes.

3. Factores característicos del encantamiento

Si tratásemos de resumir los hechos que caracterizan a la magia en sus rasgos fundamentales a través de las centurias, que son invariables o casi invariables, podríamos decir que la premisa indispensable de la magia es un estado de hechizo individual o colectivo, creado por las condiciones del medio, por la predisposición individual, por un tóxico, por hechos mecánicos o rítmicos o por otros elementos sugestivos. En este estado de encantamiento, ejemplificado en su forma original por la sugestión que sobre los animales ejerce la naturaleza con sus colores, formas, fragancias y música, la atención de los animales disminuye y a veces es abolida; en el hombre las funciones del yo crítico y de la razón decrecen o se destruyen. Las ideas primitivas que en el hombre moderno están normalmente durmiendo en silencio, surgen de nuevo; las emociones se desatan sin freno, la emotividad se intensifica, desaparece la distinción entre lo real y lo irreal. Como resultado, cualquier imagen auditiva o visual, inducida por cualquier tipo de sugestión, adquiere el valor de un hecho actual y produce la ilusión o la alucinación.

Este estado de encantamiento puede ser provocado por factores insospechados y difíciles de identificar. El hechizo ejercido por los magos de los pueblos primitivos es similar al de la naturaleza misma. Stoll, que ha hecho estudios cuidadosos de los métodos sugestivos favoritos de los malayos, señala el uso de perfumes, de canciones de música monótona y la repetición de sonidos rítmicos, tales como el golpear de un tambor o el sonar de una campana, todos ellos factores esenciales para la primitiva sugestión cósmica. La repetición rítmica, lenta y monótona de sonidos musicales, produce la *inmovilización* del individuo, una fijación de su atención y lo induce a un estado similar al de la autohipnosis. Por otro lado, en la sugestión ejercida por la naturaleza, así como en la de los pueblos primitivos, se emplean sabiamente los agentes que provocan la excitación,

tales como substancias amargas e irritantes, sonidos agudos, danzas grotescas, que son agentes usados también por los magos. Este estado de hechizo puede determinarse por muchos medios: la sugestión pasional, emotiva, que induce al éxtasis (estado extático), la alucinación o el delirio (estado de excitación), el hechizo de la poesía (la creencia de que Virgilio y Dante, cuando evocaron los espíritus y visitaron el reino de los muertos, eran magos), el encantamiento del arte (factor de encantamiento por excelencia) y otros más. Las prácticas físicas y químicas, como los denominados pases magnéticos y el empleo de las drogas estupefacientes, pueden causar un embrujo similar, del cual se puede calcular aproximadamente el grado y la duración, así como una pequeña cantidad de cocaína, de opio, éter, etcétera, puede producir la intoxicación, esto es, la disminución de las facultades críticas y la excitación de las emotivas. Sin duda muchos estados de encantamiento no han sido analizados exactamente, porque sus causas y sus síntomas son difíciles de reconocer, y se originan por factores físicos o químicos insospechados. Desde que la ciencia moderna ha probado que pequeñas cantidades de substancias, como las vacunas, al ser introducidas en el organismo pueden determinar una reacción biológica típica que dura largos períodos y hasta toda la vida, es lógico suponer que aquéllos pueden ser substancias o agentes que producen un aumento de la sensibilidad o una reacción psíquica durable o permanente, que sólo se manifiesta bajo ciertas circunstancias dadas.

Admitiendo que el estado de encantamiento o hechizo es el hecho más característico, resulta, sin embargo, evidente que la presencia de un intermediario, un hombre, un animal, un objeto (que puede ser el agente o el instrumento empleado por el agente), debe considerarse indispensable en todo fenómeno mágico. En las relaciones interhumanas el agente, intermediario y sujeto, puede ser consciente o inconsciente, puede ser a la vez brujo y embrujado y puede ser, como ocurre algunas veces, sugestionador de sí mismo; puede ser psicópata de diferentes grados y tipos. Sin embargo, se debe admitir sin duda que el agente estará dotado por lo menos de una sensibilidad particularmente aguda.

Finalmente, tanto el agente como el sujeto pueden estar unidos en la misma persona física; esto es, la acción sugestiva puede originarse en el exterior, pero también lo puede ser en el ego. Los diálogos de los hombres con los héroes muertos y con los seres sobrenaturales, con los antepasados o con los espíritus, que constituyen los hechos más importantes en la magia de todos los siglos, son probablemente los diálogos entre el ego, el inconsciente y el superego, diálogos entre el presente y el pasado, entre el actual individuo ra-

cional y la personalidad o los vestigios de la personalidad de la cual es su heredero. Son las afirmaciones del espíritu individual frente a la tradición, a la familia, a la ley y a los instintos: todas las leyes, desde las del clan a las de la sociedad, las de la vida y la muerte, y todos los instintos, desde los que primariamente dormitan en el hombre moderno a los perennes. El poeta, que en el estado de encantamiento extático que se llama inspiración, evoca a los muertos y repite las palabras de los héroes, hace hablar en realidad aquella parte de su personalidad que se siente como un precursor o como un héroe; el médium que pronuncia las palabras de Carlomagno o de Napoleón, repite casi siempre las palabras y conceptos que se unen en la superficie de la conciencia bajo los efectos de la sugestión, para formar el complejo "Carlomagno" o "Napoleón". Así se explica cómo los grandes espíritus evocados dicen casi siempre cosas de acuerdo con la mentalidad del médium o de las personas próximas y no con la de la personalidad histórica que se supone que las pronuncia. La bruja que, en los tremendos procesos de la Inquisición, era sometida a la angustia de las torturas y a la amenaza de la picota, confesaba haber visto al diablo y haber tenido contacto carnal con él, bajo la sugestión del ambiente, de la época, de las cosas sabidas y presenciadas, y del peligro que la amenazaba; actuaba así, debido a que objetivaba su deseo de poder y su singular anhelo sexual, en un cuadro que le parecía tan real como si hubiera ocurrido de verdad. El místico que describe sus visiones espirituales las vive en realidad al objetivar sus deseos en un estado de encantamiento.

4. La acción mágica

En la vida fisiológica normal del hombre se encuentran estados y hechos que son en parte idénticos a los estados de encantamiento y se manifiestan en el sueño. Durante el sueño la personalidad racional y las facultades críticas se adormecen o se suspenden, y, en sucesiones rápidas y desordenadas, o mejor dicho en sucesiones en las que el orden no es claramente visible y cuyas líneas de desarrollo no son apreciables, surgen ideas y manifestaciones que toman la forma de deseos ocultos, deseos que el hombre racional no se confiesa a sí mismo porque está habituado a mantenerlos en la inconsciencia (Freud). Los deseos violentos y primitivos que viven en el inconsciente, creados por la angustia de la vida y el deseo de vivir, el instinto de matar, las manifestaciones más violentas del deseo sexual, todos los deseos reprimidos del hombre, son libertados por los sueños. Frecuentemente son trasladados a otras imágenes y tal vez la corta vida de los sueños sea suficiente para satisfacer las necesidades

de los instintos del hombre. Partiendo de los sueños, esas imágenes llegan a influir en la realidad y pueden aparecer verídicas cuando persiste la abolición de la crítica durante el estado de vigilia. Esto ocurre siempre en el hombre primitivo, quien considera las cosas de la imaginación verdaderas y reales (todo el mundo del primitivo es un mundo de imágenes). Igual ocurre con el hombre moderno cuando los deseos instintivos asumen una violencia tal que sobrepasan los límites impuestos a ellos.

Todos estos hechos explican la importancia que en todos los pueblos y en todos los tiempos se les ha concedido a los sueños, así como los diversos intentos realizados con métodos diferentes y con grados diversos de éxito, para clasificarlos y ordenarlos como profecías, avisos o comunicaciones de seres remotos y sobrenaturales, en la vida de los individuos. En realidad, como la doctrina de Freud ha mostrado de un modo brillante, el sueño sólo en parte es lo que los antiguos creían: recuerdo de unos hechos ocurridos en una época olvidada por el individuo y sus antecesores, un deseo latente, una voz remota de vestigios abandonados en el inconsciente, un instinto de rebelión, una profecía en cuanto que cada recuerdo y cada evocación del pasado puede tener una significación profética, dado que tanto la historia del individuo como la de las especies representan o contienen una reversión modificada del pasado.

En un estado de disociación psíquica, causado por un cambio permanente en el tono emocional (frenesí maníaco depresivo) o debido a una enfermedad mental temporal (formas de demencia), en que la impotencia de las facultades razonadoras deriva de hechos patológicos, el inconsciente se destaca predominantemente y se manifiesta asimismo en delirios, alucinaciones, perversidad, impulsos homicidas, angustia destructora y automutilación. En un estado transitorio que puede ser llamado accidental, determinado por una intoxicación aguda producida por cocaína o alguna otra droga, se dan las mismas condiciones en grado mayor o menor. Finalmente, una disociación de la psique que puede ser temporal o permanente, tiene lugar durante los estados de hipnosis, de sugestión o de hechizo, cuando el ego se encuentra bajo la influencia de otra voluntad más fuerte que lo domina e inmoviliza, o que obra por medio de luces, de ritmos, etcétera, impidiendo o suprimiendo la crítica o el ejercicio de la razón.

En realidad, la más mínima alteración del cerebro humano, las drogas estupefacientes, las sugestiones de todos los tipos y épocas y los embrujamientos mágicos se manifiestan análogos en todo, tanto en los fenómenos como en las consecuencias. Suprimen parcial o totalmente la personalidad racional, su control y su crítica. Su acción,

naturalmente, varía grandemente en intensidad, ya que los organismos reaccionan de modo muy distinto según su constitución, su disposición, el medio, la época y demás. . . Es bien sabido que la fascinación ejercida por la música sobre varias personas y en diferentes ocasiones, puede ir desde la creación de un ligero estado de bienestar a un verdadero y profundo éxtasis y puede producir en otras ocasiones un estado de inquietud o una irritación aguda y violenta. De modo análogo, diferencias profundas señalan la influencia que un mismo factor y una misma persona ejercen sobre el mismo individuo y sobre los grupos en diferentes ocasiones y bajo distintas condiciones.

5. Evolución de la sugestión mágica y colectiva

Una vez establecidos los fenómenos y las características esenciales de la magia y del encantamiento, resumiremos brevemente su historia para seguir sus transformaciones a través de las épocas.[1]

En la época en que el hombre se sentía parte de la tierra e íntimamente unido a ella, tenía el temor de todas las amenazas y peligros, escuchaba todas las sugestiones de la vida y era consciente de que ésta tendría un término o sufriría una transformación. Esta etapa es la que Vico denominó "poética". El hombre vivía entonces dentro de un círculo mágico y, más bien que estar ligado a él, constituía una parte esencial del mismo. Sus instintos le inducían a contemplar y a seguir las sugestiones ejercidas por la naturaleza misma y por miles de voces abiertas u ocultas. Se defendía contra las amenazas de los vivos y de los muertos. Las primeras acciones mágicas, dictadas por la angustia, eran actos de defensa y de solidaridad. En el principio cada hombre era por su cuenta un "médico-mago". El

[1] En *The Psychological Frontiers of Society* (Nueva York, 1945), edición en español: *Fronteras psicológicas de la sociedad*, Trad. de Ramón Parres. Fondo de Cultura Económica, México, 1955, A. Kardiner, en colaboración con Ralph Linton, Cora du Bois y James West, ha realizado un estudio minucioso de la formación de la personalidad en tiempos diferentes y en países distintos. El estudio se basa en observaciones antropológicas guiadas por el examen de factores psicológicos. Kardiner califica a su estudio de una "aventura en la técnica psicodinámica". Las relaciones entre la personalidad y la cultura en tres sociedades diferentes y opuestas (comanches de Norteamérica, alores de las Indias Holandesas, comunidades rurales del Medio-Oeste norteamericano), constituyen el objeto de su estudio, que contiene un acopio impresionante de observaciones objetivas, agudos análisis y conclusiones originales. Revela la importancia del cuidado del niño y su educación, y sus resultados en la religión, en el folklore y en la conducta social. Esta obra señala una etapa en el desarrollo de la psicología de la sociedad y es de gran interés y beneficio para todas las personas que estudian estos problemas.

hombre más fuerte, más inteligente, más sensible, más experto, era seleccionado rápidamente, y así estos primeros intérpretes fueron intermediarios de las fuerzas de la naturaleza. Su primera tarea fue ayudar y proteger al hombre. Debido a su sensibilidad mayor y más agudamente desarrollada, a su capacidad de ver más lejos, de escuchar y oler mejor, a la posesión de instintos más despiertos, creían o fingían conocer las cosas más remotas, secretas o incomprensibles para los demás. Poseían sin duda un conocimiento intuitivo de la posibilidad de crear un estado mental especial en el hombre que confiaba en ellos, a quien podían dirigir y dominar. Los primeros magos, que por supuesto con colores, plumas, aromas, música, terror o promesas, eran hechiceros que seguían paso a paso los caminos de la naturaleza.

El mago de los tiempos primitivos interpretaba los sonidos procedentes de voces lejanas, aunque sin duda percibía voces que no eran generalmente escuchadas por los demás. La sensibilidad necesaria para percibirlas se nos ha atrofiado, así como nuestros sentidos no reaccionan ya ante ciertos tipos de estímulos, como, por ejemplo, olores a los que ciertos animales son sensibles y contra los cuales reaccionan violentamente. La música, los ritmos y los colores son suficientes para determinar en el hombre primitivo, como en los inválidos o en las personas convalecientes de una grave enfermedad, un estado de encantamiento. En el hombre primitivo, como en el niño, esto sucede porque las facultades críticas no se han formado y porque la individualidad está todavía indefinida y no se ha separado él mismo de su círculo y de sus objetos; en las personas enfermas esto ocurre porque las facultades críticas han sido suprimidas por la enfermedad.

En el periodo que podemos denominar histórico, la brujería derivó de las relaciones entre la conciencia y el inconsciente, entre la voluntad individual de un lado, y las tendencias ancestrales y los instintos primitivos de otro, con la formación del ego crítico y la clara determinación de la voluntad, con los límites definidos de la individualidad en las obscuras bases de la autoconciencia y con el establecimiento de la familia, el clan, la tribu y las leyes. Lentamente, con el desarrollo del conocimiento, con la mayor profundidad de la crítica y con la ampliación de los métodos de investigación, con la aclaración de hechos que aparecían como misteriosos, todas las cosas que en otra época eran consideradas como productos de las fuerzas naturales encuentran ya su explicación en las bases del nexo causal. El individuo y el ego colectivo aparecen dotados de un conocimiento más perfecto, que ilumina los acontecimientos y hace más difícil la aparición de los fenómenos del in-

consciente o bien los reprime para siempre: *la historia de la magia es la historia de todas las angustias y de todas las esperanzas.*

Cuando el poder de los magos se hizo peligroso para los guerreros y para los políticos, comenzó la primera decadencia de la magia con el establecimiento de los Estados y de los poderes civiles. El caudillo, el gobernante o el príncipe, aparece como el gran mago, el primero y más importante de cuantos se encuentran en el rango de funcionarios del Estado. Sin embargo, el simple hecho de la pretendida estabilidad divina o legal, mina su poder. Ni el legítimo príncipe o gobernante, ni el gran hombre de Estado, han gozado nunca la popularidad de los magos famosos, de igual modo que ningún científico ilustre ha logrado nunca la confianza y la fe entusiasta de las masas, en la medida que lo ha hecho el curandero milagroso. Pero cuando el trueno, el rayo, el movimiento de los astros, los hechos de la vida sexual, la enfermedad y la muerte aparecieron libres del velo del misterio, no fue ya necesario recurrir a la intervención de lo desconocido y a fuerzas ignotas para explicarlos. Estos hechos fueron incluidos en una concepción de la vida más amplia y mejor ordenada, como expresión de voluntades superiores; los magos fueron substituidos o absorbidos por los sacerdotes.

Con la formación de la idea religiosa, que consideró justamente como enemiga a la magia, la corriente mágica, esto es, el poder de realizar prácticas mágicas, se debilitó una vez más. Las leyes morales y éticas alcanzaron su forma definida y todos los deseos se encontraron sometidos a la armazón de rígidas estructuras legislativas en la esfera de las leyes divinas. La religión destruye, o al menos intenta destruir, las bases de las creencias mágicas por medio de una explicación general y definida que pueda eliminarlas. Cada hecho natural o sobrenatural, sea explicable o no, deriva de Dios, cuyos actos son conscientes y voluntarios, con un objetivo predeterminado y de quien no se puede obtener la ayuda o el perdón sino invocando la piedad con buenas obras y con la plegaria. La Biblia expresó por primera vez y en una forma imperativa la proscripción de los magos y de las prácticas mágicas, aunque no negó su poder.

En la Antigüedad clásica, con el florecimiento de la filosofía, toda la fascinación de la naturaleza y de su armonía, toda la fuerza sugestiva de la belleza, aparecen en un nuevos aspecto ideológico de armonía cósmica, que encuentra su expresión en los conceptos filosóficos contenidos en los escritos de Protágoras y de sus alumnos.

En la Parte Primera de este libro hemos procurado dar un breve resumen de cuáles han sido las transformaciones sufridas por el concepto mágico en la Antigüedad y en épocas posteriores. El período más interesante en la historia de la magia, la época en que

pareció condenada definitivamente en los hechos como en la letra, fue la época en que con la triunfante difusión del cristianismo, la fe apasionada de las masas se volvió únicamente hacia los grandes ideales místicos de sufrimiento y de piedad. En las profundidades del inconsciente colectivo, así como en el del individuo, la antigua idea de rebelión revivió en miles de manifestaciones de magia diabólica, de satanismo, mientras aquella parte de la humanidad que sentía la fascinación de la belleza y la piedad se refugió en la fe, se exaltó en el éxtasis místico y se sobrepuso y venció a sus rebeldes instintos con la abolición del deseo.

Con la renovación progresiva de las facultades críticas y con la liberación de la razón de las ligaduras de las leyes, que habían llegado a ser demasiado rígidas, y de los sistemas que impedían su desarrollo, la ciencia suministró explicación a un número creciente de hechos, identificó fuerzas desconocidas y descubrió leyes no imaginadas hasta entonces. El embrujo se aclaró, cambió de aspecto, hizo uso de otros métodos, de acuerdo con las condiciones de la vida individual y social; las prácticas mágicas rindieron tributo a la razón más que a la imaginación, a la poesía mejor que a los mitos. Como resultado del instinto inconsciente y del llamado de la vida primitiva, la magia asumió nuevas formas y nuevas expresiones a través de las cuales las antiguas manifestaciones aparecían de nuevo, pero bajo condiciones especiales. La creencia mágica se hacía mística, especulativa, buscó la ruta de las ciencias ocultas y de la astrología, que más tarde cedería el puesto a la astronomía; y la alquimia, con la ampliación de los conocimientos y el perfeccionamiento de la técnica abandonaría el objetivo de la piedra filosofal y se transformaría en una ciencia exacta: la química.

La magia del siglo XVIII fue romántica debido a su interés en las aventuras de los metafísicos y en la metafísica de las aventuras. Tomando parte en el amplio movimiento espiritista del siglo XIX, una vez más trató la magia de objetivar el deseo de inmortalidad del hombre, en la continuación de la vida, por medio del contacto con el Más Allá. Tal fue el drama de Fausto, el pensador profundo, que llegó a la magia para dominar los instintos de su inconsciente, para satisfacer su apasionado deseo de vida infinita. En el drama humano y divino de Goethe, la magia, al final, es victoriosa porque posee el conocimiento o, al menos, porque desea ardientemente poseerlo.

En la época en que renació el individualismo, que culminó con la Revolución Francesa, la balanza se había inclinado por la nueva civilización mecánica en que la industria y la producción en masa interfirieron gravemente en la vida y en el papel del individuo. La difusión de los periódicos, y sobre todo de los diarios, esparció pron-

ta e inmediatamente los juicios sobre las personas y los acontecimientos, disminuyendo o suprimiendo la necesidad de la crítica personal, ofreciendo una fácil forma de juzgar, aceptando las opiniones previamente preparadas. Aparentemente autoritaria, la prensa constituyó una sugestión colectiva aceptada por las masas.

Así se ofrecen, brevemente, las notas esenciales de las grandes aventuras de la mente ocurridas en épocas recientes. Estas aventuras se dividen en dos grandes corrientes antitéticas: las constructivas y las destructivas. La Revolución Francesa y las corrientes intelectuales y políticas que le siguieron determinaron una nueva orientación del pensamiento y una definida afirmación del poder del razonamiento crítico y del experimento científico. El misticismo y las tendencias metafísicas se oponían instintivamente a la crítica, a la experimentación científica y al materialismo predominante. Se ha dicho con justeza que el siglo XIX estuvo totalmente controlado por los intelectuales y los científicos, así como por el capitalismo en el campo económico.

Las vicisitudes intelectuales del siglo XIX condujeron, de un lado, a la ideología romántica, al espiritismo y a orientaciones análogas que sostenían una fe indestructible en la supervivencia después de la muerte. Pero estas tendencias fueron bien pronto orientadas a la búsqueda exacta de la sugestibilidad, en el hipnotismo y en las actividades del inconsciente. Sólo en casos esporádicos las nuevas orientaciones aparecen en grupos aislados como en la Christian Science. La depresión económica y otros factores ya mencionados, originaron las trágicas aventuras del espíritu en varios países, que condujeron a la conflagración mundial.[2]

La magia ha existido en todas las épocas, en todos los pueblos y en todas las formas: magia imitativa y contagiosa, fantástica y especulativa, magia de Estado y religiosa, blanca y negra, mística y diabólica, alquimista y natural, médica, espiritista y científica.

La magia ha existido en todas las épocas y existirá siempre, porque siempre existirá la posibilidad, y a veces la necesidad, de un

[2] Uno de los ejemplos más interesantes del poder de la sugestión colectiva es la denominada rebelión en los "sertones", descrita de modo maestro por Euclides da Cunha, en su libro *Os Sertões*. Un personaje extraño, conocido como Antonio el Consejero, un *sertanejo-santo*, fue el caudillo de este movimiento. Antonio rogaba y profetizaba, construyó un gran número de capillas, vivió de limosnas y siempre durmió en el suelo. En 1896-1897 el gobierno realizó muchas expediciones para vencerlo. Las dos primeras fueron rechazadas por los partidarios de Antonio, pero la tercera, que logró acercarse a la población, fue destrozada por los sublevados, que señalaron la línea de retirada con numerosas cabezas de soldados muertos, momificadas en el aire cálido. Una cuarta expedición logró tomar la ciudad después de cuatro meses de ataque.

estado de encantamiento, esto es, de abolición de la crítica. No obstante, si pensamos en el progreso continuo de la humanidad hacia el conocimiento, en la sucesiva ampliación y difusión de la crítica, en la más amplia familiaridad con los métodos de investigación, es razonable suponer que las creencias en los encantamientos mágicos se transformen sucesivamente en análisis, en ciencia exacta y en concepciones éticas. Esto ha ocurrido siempre en la historia. Esta concepción no impide que en épocas de civilización avanzada y de gran progreso científico, como la nuestra, no se puedan esperar noticias de la aparición de una corriente impetuosa de creencias mágicas en forma primitiva. Estos son fenómenos de sugestiones colectivas y patológicas que surgen en la sociedad después de las guerras, de las hambres, o durante periodos de gran miseria. Cuando la humanidad está empobrecida, física y económicamente, se debilitan las facultades críticas del ego de grupo y los instintos del inconsciente colectivo surgen a la superficie. En una sociedad débil y empobrecida, presa de la angustia, la sugestión encuentra el campo abonado, debido al predominio de la emotividad, al igual que el hombre dotado de una elevada y desarrollada inteligencia crítica, que se encuentre convaleciente de una grave enfermedad es fácilmente accesible a la reaparición de las ideas primitivas y a una reversión de la búsqueda de lo sobrenatural y de lo mágico. Hace poco tiempo se publicó un estudio sobre la difusión de las creencias mágicas en Alemania durante el mes de diciembre de 1932: el autor señala que en esa época había en Berlín ocho periódicos, con una circulación de más de 50 000 ejemplares, dedicados a la astrología, a las profecías, a los horóscopos y a la predicción de los cambios de la política y de la economía. Simultáneamente florecía un gran número de quiromantes, de pitonisas, de cartománticos, que poseían una clientela procedente de todas las clases sociales.

Estas reversiones periódicas hacia las creencias mágicas en tiempos de graves perturbaciones se pueden considerar análogas a los abusos de los estupefacientes hechos por los enfermos que sufren de dolores graves y que continúan las experiencias de las sensaciones denominadas "paraísos artificiales". Es interesante señalar que los países del Mediterráneo en general han mantenido su equilibrio normal y han resistido las resurrecciones contagiosas de las supersticiones y de las creencias mágicas.

Las crisis económicas y políticas de destrucción y de reconstrucción son manifestaciones de la ley rítmica del cosmos, de la ley de los periodos cíclicos. Podríamos decir que el grado de difusión de la magia y de sus características constituye un índice del estado de la mentalidad de un grupo, de la sugestibilidad de una nación

o de una época. Ella nos puede guiar en el examen y en el juicio sobre la influencia que, en este sentido, ejercen los factores externos sobre el individuo o sobre el grupo. Por ejemplo, es evidente que un hombre o un grupo de hombres, inmediatamente después de un terremoto, de un naufragio, de una tormenta o de una epidemia, después de haber visto de cerca el peligro de la muerte y de haber asistido a la desaparición de los valores que en la vida normal parecían más firmes, si no poseen una segura, clara y vigorosa conciencia y una gran voluntad, tendrán que buscar un ancla de salvación. Con el retorno a un estado de angustia análogo al del primitivo, amenazado por miles de peligros desconocidos e imprevistos, renacen los recuerdos de la infancia, las creencias heredadas del pasado remoto, y las defensas sugeridas por el miedo. Predomina la emoción y la razón se debilita. El grupo repite la historia del individuo y la de la especie, en sus orígenes y en su evolución, en sus transformaciones y en toda su historia. Esto es lo que constituye la "reflexión de la barbarie, pronosticada por G. B. Vico.

Un hecho esencial que determina la suerte de la magia y de las aventuras que derivan de ella, es el estado de la libertad de pensamiento. El libre espíritu crítico, en el ritmo regular de la vida, no es atraído fácilmente por las aventuras peligrosas. La magia de la naturaleza y de su orden y el embrujo de la belleza creadora y de la vida armoniosa ejercen, necesariamente, una influencia constructiva y social. Toda la magia de la naturaleza se dirige primordialmente a asegurar la fecundación: la continuación de la vida en las generaciones futuras. Toda su fascinación se dirige hacia ese objetivo.

Las sociedades que viven con un ritmo rápido pueden crear difícilmente los medios de protección. Por otro lado, las que viven con ritmo lento, como los grupos étnicos del Oriente, poseen la tendencia hacia las concepciones místicas y fantásticas que nacen del medio ambiente. Tal vez en civilizaciones que poseen un ritmo de vida extremadamente rápido, como los Estados Unidos de Norteamérica, la mentalidad colectiva está absorbida por el esfuerzo de asegurar el bienestar económico y social, pero en todos los países y en todas las épocas, cuando éste no se logra fácilmente o falta la voluntad de afrontar los peligros, el mismo ritmo violento conduce a las aventuras fanáticas y destructivas.

El tan citado "retraso cultural" es en realidad el retraso entre el rápido progreso de la ciencia y en especial de las aplicaciones técnicas y la imposibilidad de adaptar la mentalidad humana con la misma rapidez a la necesidad de eliminar los peligros derivados de este desarrollo inesperado. Es evidente que la mente humana no ha sido capaz de seguir con el mismo paso la rápida evolución de la civilización que ella misma ha creado, la cual, trágicamente, ha sobrepasado el poder de la mente para dominarla y controlarla. Los diques que la mente humana es capaz de construir, los frenos sugeridos por el desarrollo normal de la civilización, se han hecho insuficientes al igual que la muchedumbre desarmada se encuentra incapaz de defenderse contra un enemigo con armas desconocidas para ella, aunque sea capaz de conocer su poder por medio de la experiencia.

Todos los hechos calificados como mágicos desde el comienzo de la historia, todas las concepciones que caen dentro de los dominios de la mágia, encuentran su puesto en un cuadro en el que se advierten sucesivamente modificaciones y readaptaciones. Con el normal progreso de la evolución de la personalidad crítica, afectada por el incremento del conocimiento, con la perfección de la percepción, gracias a los instrumentos que aumentan o prolongan el radio de acción de nuestros sentidos, tales como el microscopio o el telescopio, nuestras facultades volitivas se readaptan. El ego aumenta su habilidad para explicar los hechos que antiguamente aparecían como misteriosos, para incrementar el ejercicio de una crítica independiente en relación con el fenómeno de la vida y para comprender la necesidad de mantener a los instintos en orden, de controlarlos o suprimirlos, defender al individuo del grupo o al grupo de los individuos. La defensa del yo y la necesidad de sus cambios asume formas diferentes y se manifiesta por medios distintos.

La victoria sobre los instintos y sobre el inconsciente puede lograrse o, al menos, puede intentarse por ambos medios. En primer lugar, por el medio que puede llamarse método sistemático, inflexible, de la religión y del ascetismo que condena, suprime o domina a los instintos sin detenerse a examinarlos. En ciertas épocas la religión prohíbe a los individuos hablar de los instintos: los considera como fenómenos demoníacos, esto es, externos o accidentales.

El dominio sobre los instintos puede lograrse, por otro lado, por el método de la psicología moderna, la que los examina y los estudia con métodos científicos y biológicos, tratando de comprender y conocer esos instintos y el inconsciente, demostrando su antagonismo o su incompatibilidad con el individuo y con la vida social, o bien, bajo ciertas condiciones, mostrando su adaptabilidad. Reforzando la crítica, la voluntad y el hábito de razonar, la ciencia moderna ha triunfado al ordenar los instintos. Ninguno de los dos métodos soluciona de un modo definitivo el problema; la vida humana con sus continuas metamorfosis y la eterna oscilación de las relaciones entre los factores que la determinan impiden una solución precisa y definida de sus complejos problemas. Entre, por un lado el hombre educado en la fe religiosa, que vive psicológicamente en un uni-

verso creado por la fe, adaptado a su fe y explicando por ella todas las manifestaciones de la vida, esto es, creando otra forma de círculo mágico en el cual sus representaciones mentales tienen el mismo valor que la realidad; y por otro lado el hombre que descubre en las voces que surgen de los estratos más profundos del yo una auténtica autoridad que necesita examinar, estudiar y que puede ser un factor determinante de su vida, existen miles de formas de transición, que se crean, se repiten y se renuevan. El cuadro cambia para cada época y para cada individuo; y un observador objetivo e imparcial puede con toda conciencia trazar esta transición, que puede ser diferente aun en un mismo individuo en diversas situaciones y bajo distintos estímulos. Por esto el juicio de las personas difiere según el punto de vista. Don Quijote, que era en realidad un mago porque trataba de objetivar el deseo de su inconsciencia fuera de todo nexo causal, por vías extrañas e imposibles, puede ser considerado, según el tiempo, la época y el juez, un héroe o un loco. Con frecuencia se considera a los locos como héroes o como seres inspirados en la divinidad y los rodea la admiración del pueblo.[3]

Un aspecto de nuestra época nos anima a pensar que la necesidad de renunciar a las sugestiones verbales y a la retórica fútil se ha aceptado especialmente en América. Lo artificial y lo pretensioso en todas las manifestaciones de la vida ha perdido su atractivo. En la arquitectura, en la decoración interior, en los vestidos y en el teatro se señala la orientación hacia la simplicidad; éste es uno de los medios de defensa de una forma peligrosa de sugestión. Es interesante observar, especialmente para aquellos que conocen la fraseología de los europeos, cómo los discursos, declaraciones y editoriales de los caudillos aliados eran en su momento una reacción evidente a los temas de gloria, de tradiciones ancestrales y superioridad nacional del nazismo y del fascismo; se inspiraban en una base de propio respeto y en una consideración adecuada a los hechos existentes. Leyendo los discursos memorables de los jefes de la política y de los ejércitos victoriosos, se encuentra un juicio sobrio sobre las dificultades presentes, la valoración de las fuerzas del enemigo y se suprime cualquier tipo de alarde. El futuro siempre se enfrentó con una apreciación seria y nunca se menospreciaron los peligros. Esta dirección hacia un pensamiento racional y objetivo, que puede constituir la base de una inteligente propaganda sugestiva, señala el punto de partida por donde pueden transcurrir las direcciones del pensamiento en la nueva democracia.

[3] El profesor A. G. Keller, en su libro *Net Impression* (Yale University Press, 1945), analiza la crisis de la civilización moderna. Señala la historia de las instituciones básicas en la sociedad y observa que la corriente religiosa deriva de un elemento de azar, el cual siempre amenaza al hombre. La ciencia, en su progreso triunfante, reduce los márgenes de lo azatoso. El profesor Keller, que cree que sólo debe aceptarse una actitud racional, es escéptico, sin embargo, sobre la posibilidad de que la ciencia logre un éxito completo al poner fin a todo misterio. El agnosticismo racional sólo debe considerarse como una adaptación y tendrá éxito en substituir a la religión entre las masas.

Las aventuras de la mente se dividen y subdividen en grandes corrientes. Aquellas relativas a las prácticas mágicas, las supersticiones cotidianas, los exorcismos, el mal de ojo, los ritos diabólicos, las curas magnéticas y tantas otras, evidencian, de un modo constante, una tendencia similar a la magia primitiva; se originan y existen en estados de encantamiento determinados por factores nuevos y viejos, por una variada y múltiple sugestión de palabras, de ideas, de substancias venenosas, de drogas estupefacientes y de música fantástica. Todas las bases del ocultismo antiguo y moderno, ligado al profundo y gran deseo de la preservación de las especies y de la vida, encuentran o pueden sin duda encontrar, aunque lentamente, su lugar en la ciencia.

Los microbios y los venenos no podrán nunca eliminarse, pero la resistencia física y moral del individuo puede reforzarse. El suero procedente de la sangre de personas que se han repuesto de una grave enfermedad contagiosa contiene los elementos que defienden y protegen al niño de la infección; el veneno de una serpiente contiene los elementos que componen el suero curativo. Todas las trágicas aventuras de la mente producen, y siempre los han producido, elementos que pueden preparar la defensa del individuo y del grupo contra una nueva infección.

La humanidad se enfrenta hoy a uno de sus problemas más graves, aunque se admitía que la bomba atómica nunca llegaría a usarse de un modo real. El sentimiento general de angustia y de incertidumbre dominante en la actualidad debido a la situación económica y política puede originar fácilmente, en varios países del mundo, una angustia colectiva. La amenaza de una total destrucción sugerida por las nuevas armas es con seguridad no menos terrible que el sentimiento de terror ante el fin del mundo del año 1000, que asumió el carácter de una psicosis colectiva. Sólo la convicción de la estabilidad de una paz justa puede detener el peligro.

Si consideramos cuáles pueden ser las medidas preventivas para defender a la sociedad de las aventuras trágicas, pueden señalarse los siguientes principios:

1. La total comprensión del hecho de que los factores psicológicos y, en primer lugar, la sugestión colectiva, juegan un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos. Sólo un acuerdo internacional puede crear un sistema de defensa, que podría denominarse

protección sanitaria de la mente colectiva. Sólo una ley ética suprema, aceptada voluntariamente por todas las naciones del mundo, puede ofrecer, frente a peligros inesperados, la seguridad de una vida individual y social apacible, ya que limitaría y controlaría la necesidad de evasión y suprimiría las contagiosas corrientes de las sugestiones colectivas.

2. La libertad con las limitaciones que imponen las distintas condiciones de pueblos diferentes, es algo más que una necesidad política; en general se ofrece como una condición biológica esencial para la vida. Privar al hombre de la libertad de pensamiento y de acción es igual que negar al organismo la libertad de respirar y de alimentarse. Los individuos y los pueblos mueren por la falta de nutrición y se sofocan con la falta de oxígeno o de libertad.

3. La reconstrucción de la conciencia y del propio respeto sólo se logrará por medio de un sistema de educación, que ha de tener presentes los distintos medios y condiciones para los diversos pueblos. Los vencedores no podrán lograr esta reconstrucción por la fuerza.

4. La educación de la mentalidad del individuo y del pueblo requiere como medida sanitaria una profilaxis contra las epidemias psíquicas, así como contra los envenenamientos de las masas y las enfermedades contagiosas. La más peligrosa de todas las armas que amenazan o pueden amenazar en cualquier forma la base de una vida social es la poderosa propaganda técnica y psicológica de la superioridad racial, del nacionalismo, del odio y de la violencia. Ésta es la forma más moderna y más peligrosa de sugestión colectiva. Guiarla, controlarla y limitarla enérgicamente es una medida sanitaria no menos necesaria que la defensa internacional contra las enfermedades contagiosas o contra la agresión militar. La supresión de cualquier tipo de propaganda que difunda el miedo, el odio y la tensión constituye una condición esencial para una paz duradera.

5. Sólo de la mutua comprensión de la mentalidad, de la tradición y de las necesidades de los diferentes grupos étnicos pueden establecerse relaciones recíprocas que sean la base de un nuevo orden y creen una seguridad, no amenazada por la frustración o la agresión.[4]

Es tan imposible frenar el deseo de la aventura como suprimir la curiosidad del niño y el eterno instinto de lucha por la vida existente en toda criatura viviente. Sería un error dar una solución a los problemas psicológicos estableciendo bases idénticas para distintos pueblos que viven en diferentes condiciones de clima, de educación, de medio y de tradiciones. La mentalidad de las naciones europeas que sufrieron esclavitud y miseria, se ha encontrado en un estado de profunda depresión que puede durar mucho tiempo. Desean tanto la restauración de su seguridad económica y de su libertad como la de su dignidad y de su vida social. Desean evadirse tanto del pasado como del presente. Sólo asegurando a cada grupo étnico la libertad de decidir su propio destino y orientando al mismo tiempo a los pueblos por las vías de un acuerdo internacional —para lograr el desarrollo económico y cultural—, basado en una bien cimentada comprensión de su mentalidad, será posible alcanzar el objetivo de una vida material y moralmente aceptable para el individuo y para la colectividad.

[4] Reclamamos la atención del lector hacia la cuidadosa y autorizada discusión de este problema en la "Conferencia de mesa redonda: Alemania después de la guerra" (*American Journal for Orthopsychiatry*, 15:2, julio de 1945), en que tomaron parte un gran número de eminentes psiquiatras y psicólogos norteamericanos. En este estudio se subrayó la necesidad de una aproximación psíquico-cultural para la solución de los problemas de postguerra.

BIBLIOGRAFÍA

La BIBLIOGRAFÍA de la magia y de su desarrollo es tan vasta, que aun indicando las obras fundamentales en relación con los temas de este libro, se requeriría un espacio desproporcionado con las necesidades de un lector que no desee profundizarse en tema tan especial. La historia de la magia a través de los siglos, en sus diversos aspectos, en su evolución y en su influencia en la investigación científica, ha sido estudiada en forma maestra por Lynn Thorndike en su obra *A History of Magic and Experimental Science* (Nueva York: Macmillan Co., 1923-1945), que constituye el trabajo más acabado y documentado sobre este tema, y desde todos los puntos de vista, la más valiosa fuente de información. Su bibliografía es completa. También se encuentra una bibliografía muy abundante en la excelente obra de A. Lehmann *Aberglaube und Zauberei* (traducción alemana del danés, tercera edición, Stuttgart, 1925). *The History of Magic and Demonology* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1926), de Montague Summers, contiene también un gran número de referencias valiosas.

En la lista bibliográfica que sigue, el autor ha escogido las obras que ha tenido más ocasión de consultar y que han sido objeto de un estudio especial. No trata de constituir una referencia total, pero puede servir de guía al lector para la comprensión de los problemas tratados en este libro.

Abelson, A.: *Misticismo ebraico (La cábala)*. Turín, 1929.
Agripa, Cornelio: *De occulta philosophia*. Colonia, 1651.
Aksakow, A.: *Animismus und Spiritismus*. Leipzig, 1890.
Alberto Magno: *Opera omnia*. Lyon, 1651.
Allendy, R. F.: *L'alchimie et la médecine*. París, 1912.
Allier, T.: *Le non civilisé et nous*. Paris, 1927.
Aquino, Santo Tomás de: *Opera omnia*. París, 1871-1880.
Aram, K.: *Magie und Mystik in Vergangenheit und Gegenwart*. Berlín, s. f.

Bacon, Rogerio: *De secretis operibus magiæ*. Paris, 1542.
Beaunis, H.: *Le somnambulisme provoqué*. Paris, 1887.
Berthelot, M. P. E.: *Les origines de l'alchimie*. Paris, 1885.
Beth, K.: *Religion und Magie*. 2ª ed. Berlín, 1927.
Bisson, J. A.: *Les phénomènes dits de matérialisation*. París, 1921.
Blackmore, S. J.: *Spiritism, Facts and Frauds*. Londres, 1925.

Bleuler, E.: *Naturgeschichte der Seele und ihres Bewusstwerdens*. Berlín, 1932.
Bodino, J.: *De magorum dæmonomania*, 4 vols. Basilea, 1581.
Bois, J.: *Le Satanisme et la magie*. Paris, s. f.
Boncompagni, B.: *Della vita e delle opere di Guido Bonati, astrologo*. Roma, 1851.
Boodin, J. E.: *The Social Mind*. Nueva York, 1939.
Bozzano, E.: *Le prime manifestazioni della voce diretta in Italia*. Roma, 1927.
Breasted, J. H.: *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt*. Nueva York, 1912.
Brecher, A.: *Die transzendentale Magie und die magische Heilarten im Talmud*. Jena, 1850.
Budge, E. A. W.: *Egyptian Magic*. Londres, 1899.
Burkitt, F. G.: *The Religion of the Manichees*. Cambridge, 1925.
Burr, G. L.: *Narratives of the Witchcraft Cases*. Nueva York, 1914.

Caillet, A.: *Manual bibliographique des sciences physiques ou occultes, etc.*, 3 vols. Paris, 1913.
Cantú, C.: *Gli eretici d'Italia*. Turín, 1865.
Cassirer, E.: *Sprache und Mythos*. Leipzig, 1935.
Castelli, G.: *La vita e le opere di Cecco d'Ascoli*. Turín, 1892.
Castro, C. de: *Il mondo segreto*, 9 vols. Milán, 1863.
Caufeynon y Jaf: *Les messes noires*. París, 1905.
Cauzons, T.: *La magie et la sorcellerie en France*, 4 vols. Paris, 1900.
Clemente de Alejandría: *Opera*, 2 vols. Venecia, 1757.
Constant, A. L.: *Transcendental Magic*, trad. por E. A. Waite. ed. revisada, Filadelfia, 1923.
Croissart, J.: *Aristote et le mysticisme*. París, 1932.

Chevreul, A.: *De la baguette divinatoire*. París, 1854.

Danzel, T. W.: *Handbuch der präkolumbische Kultur in Latin America*. Hamburgo, 1932.
— *Kultur und Religion der primitiven Menschen*. Stuttgart, 1925.
— *Magie und Geheimwissenschaft*. Stuttgart, 1926.
Davies, D. W.: *Magic, Divination and Demonology*. Londres, 1896.
Dawson, R. Warren: *Magician and Leech*. Londres, 1929.
Debay, A.: *Histoire des sciences occultes*. Paris, 1860.
Doré, H. S. J.: *Recherches sur les superstitions en Chine*, 15 vols. Shangai, 1911-1925.

Dornseiff, F.: *Das Alphabet in Mystik und Magie.* Leipzig, 1925.
Driesch, H.: *Parapsychologie, die Wissenschaft von den okkulten Erscheinungen.* Munich, 1933.

Eliade, M.: *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis.* Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
Elliot, R. H.: *The Myth of the Mystic East.* Edinburgo, 1934.
Ennemoser, J.: *The History of Magic,* 2 vols. Londres, 1854.
Evans-Pritchard, E. E.: *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande.* Oxford, 1937.

Fischer, H.: *Magie und Mystic in Vergangenheit und Gegenwart.* Berlín, 1929.
Fliess, W.: *Zur Periodenlehre.* Jena, 1924.
Forke, A.: *The World Conception of Chinese.* Londres, 1925.
Fossey, C.: *La magie assyrienne.* París, 1902.
Frazer, J. G.: *Folk-lore in the Old Testament.* Londres, 1919.
— *La rama dorada.* Fondo de Cultura Eonómica, México, 1944.
Freud, S.: *Psychology and the Analysis of the Ego.* Nueva York, 1922.*
— *Totem and Taboo, Resemblances between the Psychic Life of Savages and Neurotics.* Londres, 1929.*
Fromm, E.: *Die Entwicklung des Christus Dogmas.* Viena, 1931.*

Ginzberg: "Cabala", en *The Jewish Encyclopedia,* Vol. III, 1902.
Grillot de Givry: *Le musée des sorciers.* París, 1929.
Gruenwedel, I.: *Tuska.* Leipzig, 1932.
Guazzo, F. M.: *Compendium maleficorum.* Milán, 1608.

Hallowell, A.: *The Child, the Savage and Human Experience.* Langham, 1895.
Hansen, J.: *Quellen und Untersuchungen zur Geschichte des Hexenwahns.* Bonn, 1901.
Haschek y Herzfeld: "Physikalische Erkärung des Wünschelruten Problems": en *Wochenschrifte für die Fortschritte der Naturwissenschaft,* Nº 51, 1921.
Hehn, E.: *Siebenzahl und Sabbath, etc.* Leipzig, 1907.
Henry, V.: *La magie dans l'Inde antique.* París, 1904.

Jaida, W.: "Zum Verständnis der primitiven Zauberei", en *Arch. für Psychologie,* Nº 102, 1938.

* Las obras marcadas con asterisco están traducidas al español.

Kaplan, L.: *Das Problem der Magie.* Heidelberg, 1927.
Keyserling, H.: *Südamerikanische Meditationen.* Stuttgart, 1932.*
King, J.: *Babylonian Magic and Sorcery.* Londres, 1896.
Kunz, G. F.: *The Curious Lore of Precious Stones.* Filadelfia, 1913.

Lea, H. C.: *A History of the Inquisition of the Middle Ages,* 3 vols. Nueva York, 1887.
— *Material towards a History of Witchcraft.* Filadelfia, 1939.
Le Bon, Gustave: *Psychologie des foules,* París, 1895.*
Lenormant, F.: *Die Magie und Wahrsagekunst der Chaldäer.* Berlín, 1920.
Leroy, Olivier: *La raison primitive.* París, 1927.
Levi, Eliphas: *Histoire de la magie.* París, 1922.
Lévy-Bruhl, L.: *L'âme primitive.* París, 1927.*
Lexa, F.: *La magie dans l'Égypte antique,* 3 vols. París, 1925.
Liek, E. W.: *Dans Wunder in der Heilkunde.* Munich, 1936.
Lillie, A.: *Modern Mystics and Modern Magic.* Londres, 1894.

Maddox, J. L.: *The Medicine Man, a Study in the Character and Evolution of Shamanism.* Nueva York, 1923.
Marie, A.: *La psychanalyse et les nouvelles méthodes d'investigation de l'inconscient.* París, 1928.
Mauchamp, E.: *La sorcellerie au Maroc.* París, s. f.
Maury, A.: *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au Moyen Âge.* París, 1877.
Maxwell, J.: *La divination.* París, 1927.
— *La magie.* París, 1925.
McDougall, W.: *The Group Mind, a Sketch of the Principles of Collective Psychology.* Nueva York, 1920.
Michelet, J.: *La sorcière.* París, 1922.
Molitor, U.: *De lamiis et phitonicis mulieribus.* Constanza, 1489.
Montmasson, J. M.: *Le rôle de l'inconscient dans l'invention scientifique.* París, 1928.

Nevins, W. S.: *Witchcraft in Salem Village.* Boston, 1892.

Ogburn, W.: *Man and His Machines.* Washington, 1942.
Olliver, C. W.: *An Analysis of Magic and Witchcraft.* Londres, 1928.

Paredes, M. R.: *Mitos, superestructuras y supervivencias populares en Bolivia.* La Paz, 1914.
Parson, R. P.: *History of Haitian Medicine.* Nueva York, 1930.

Payne, J. F.: *English Medicine in the Anglo-Saxon Time*. Oxford, 1904.
Perini, O.: *Storia delle società segrete*, 2 vols. Milán, 1863.
Perry, W. D.: *The Origin of Magic and Religion*. Nueva York, 1923.
Ponzinibio, F.: *De lamiis*. Venecia, 1584.
Preuss, K. T.: *Arte monumental prehistórico*. Bogotá, 1931.

Rele, Vasant Gangaram: *The Mysterious Kundalini*. Bombay, 1927.
Ribet, M. J.: *La mystique divine*, 4 vols. París, 1895.
Richet, Charles: *Traité de metapsychique*. París, 1923.
Ridgeway, W.: *The Drama and Dramatic Dances of Non-European Races*. Cambridge University Press, 1915.
Rochas, de: *La scienza psichica*. Roma, 1924.

Schuré, E.: *Les grandes légendes de France*. París, 1922.
Seligmann, S.: *Die magischen Heil und Schutzmittel aus der unbelebten Natur*. Stuttgart, 1927.
Sighele, S.: *L'intelligenza della folla*, 2ª ed. Turín, 1922.
Singer, Charles: "Early English Magic and Medicine", en *Proceedings of the British Academy*, Vol. IX. 1920.
From Magic to Science. Londres, 1928.
Sinistrari, L. M.: *Opera omnia*, 3 vols. 1753-1754.
Smith, W. Robertson: *The Religion of the Semites*. Londres, 1907.
Sprenger, O. P. J.: *Malleus maleficorum*. Nuremberg, 1494.
Steiner, R.: *Les mystères antiques et les mystères chrétiens*. París, 1920.
Stern, B.: *Medizin, Aberlaube und Geschlechtsleben in der Türkei*. Berlín, 1903.
Strunz, F.: *Albertus Magnus*. Viena, 1925.
Swoboda, H.: *Das Siebenjahr*. Viena y Leipzig, 1917.

Tartarotti, G.: *Del congreso notturno delle lamie*. Rovereto, 1749.
Tonnini, A.: *Psicologia della civiltà egizia*. Turín, 1906.
Trachtenberg, J.: *Jewish Magic and Superstition*. Nueva York, 1939.

Upham, C. E.: *Salem Witches*, 3ª ed. Salem, 1891.

Valdizán, H.: *Diccionario de medicina peruana*. Lima, 1923.
Vayra, P.: *Le streghe nel Canavese*. Turín, 1874.
Vivekananda, Swami: *Carma Yoga*. Nueva York, 1901.*

Wake, C. S.: *Serpent Worship*. Londres, 1888.

Webster, Hutton: *Società segrete primitive*. Bolonia, 1922.
Wier I.: *Histoire, disputes et discours*, 2 vols. París, 1885.
Wundt, W.: *Völkerpsychologie*. Leipzig, 1910-1915.

Yve-Plessis, R.: *Bibliographie française de la sorcellerie*. París, 1900.